



Joseph Conrad

Azar

de

Lectulandia

Si bien en cierto modo, como ha señalado uno de los más importantes biógrafos de JOSEPH CONRAD, dentro de la obra de éste AZAR (1913) resulta un caso atípico por contar con una heroína romántica y sentimental redimida finalmente por el amor y por tener un final feliz, la novela, primera obra del autor de origen polaco que obtuvo en su época el reconocimiento del gran público, insiste, no obstante, en uno de sus temas recurrentes, como es el del aislamiento emocional. Por medio de la técnica del relato dentro del relato y a lo largo de una extensa conversación que mantienen esencialmente el capitán Marlow alter ego del autor, protagonista de «El corazón de las tinieblas» y «Juventud» y el segundo de a bordo del Ferndale, el joven Powell, narrador propiamente dicho de la historia, conocemos los avatares y padecimientos de Flora de Barral, la hija de un financiero especulador y desaprensivo. Delicado personaje femenino que constituye una de las mejores creaciones de Conrad, Flora pasa por una azarosa existencia llena de soledad interior hasta alcanzar, no sin la intervención de la desgracia, el desvanecimiento de las tinieblas que ensombrecen su existencia.

Lectulandia

Joseph Conrad

Azar

Relato en dos partes

ePub r1.0

Leddy 12.12.17

Título original: *Chance*
Joseph Conrad, 1913
Traducción: Miguel Martínez-Lage
Diseño de cubierta: Ángel Uriarte

Editor digital: Leddy
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a
Sir Hugh Clifford, K. C. M. G.,
cuya inquebrantable amistad
es responsable de
la existencia de estas páginas*

Quienes sostienen que todas las cosas están regidas por la fortuna no
habrían errado, de no haber persistido en ello.

SIR THOMAS BROWNE

Azar es una de las novelas que a poco tiempo de empezadas hube de abandonar durante varios meses. Tras arrancar con el ímpetu de un remero de vehemente temperamento, pleno de confianza en sus fuerzas, que emprende la navegación muy de mañana, pronto llegué a una bifurcación del río en donde se me impuso la necesidad de hacer un alto y reflexionar seria y pausadamente sobre la dirección que iba a emprender. Una y otra me fascinaban por igual, cuando menos en la superficie, y debido a esta razón mis dudas se prolongaron por espacio de muchos días. Me dejé flotar sobre las encalmadas aguas de la plácida especulación, entre las corrientes divergentes de impulsos contradictorios, con la placentera aunque perfectamente irracional convicción de que ninguna de las dos corrientes terminaría por arrastrarme a la destrucción. Comoquiera que mis simpatías estaban divididas a partes iguales, y que una y otra fuerzas eran de igual magnitud, es perfectamente obvio que nada sino el azar influyera a la postre en mi decisión. Es una poderosa fuerza la del azar, sin más aditivos, absolutamente irresistible por más que se manifieste a veces en formas tan delicadas como, por ejemplo, el encanto, ya sea cierto o ilusorio, de un ser humano. Es muy difícil poner el dedo en la llaga de lo imponderable, pero me aventuro a decir que es Flora de Barral la auténtica responsable de esta novela que refiere, de hecho, la historia de su vida.

En el momento crucial de mi indecisión, Flora de Barral pasó ante mí, aunque tan rauda que al principio ni siquiera acerté a abordarla. Aunque me fastidiara darla por perdida, no vi con una mínima claridad de qué modo podría iniciar su persecución, y a punto estaba de reconocerme derrotado por el desánimo cuando mi natural simpatía por el capitán Anthony acudió en mi ayuda. Me dije que si aquel hombre estaba tan resuelto a abrazar «un jirón de neblina», nada mejor que unirme a él en una aventura tan eminentemente pragmática y digna de todo elogio. Me limité, así pues, a seguir los pasos del capitán Anthony. Cada uno de los dos estaba empeñado en capturar su propio sueño. Del lector depende juzgar los logros de cada cual.

La resolución del capitán Anthony le llevó a recorrer un largo y tortuoso camino, y ahí hay que buscar la razón de que sea éste un libro largo. Que dicho camino fuese fruto de mi propia elección es algo que no pienso desmentir. Cierta crítica ha subrayado que, caso de haber optado yo por otro método de composición, y caso de no haberme tomado tantas molestias, el relato podría haberse referido en doscientas páginas más o menos. He de confesar que no logro percibir con exactitud en qué se fundamenta dicha crítica, ni alcanzo tampoco a comprender qué provecho pueda obtenerse de tal comentario. Sin duda, seleccionando un determinado método y

tomándose infinitas molestias, el relato entero podría haberse escrito en un papel de liar. A ese respecto, la historia misma de la humanidad podría haberse escrito de igual manera sólo con aproximarse a ella con el debido distanciamiento. La historia de los hombres en este planeta, desde el comienzo de los tiempos, podría resumirse en una sola frase de infinita mordacidad: nacieron, sufrieron, murieron... ¡Y sigue siendo un gran relato! Sin embargo, en lo que atañe a esas historias por demás infinitamente detalladas, cuyos héroes son los hombres y las mujeres de a pie, en lo que atañe a esas historias que me ha tocado narrar en esta vida, no soy capaz de semejante distanciamiento.

Lo que ha hecho de éste un libro para mí memorable, dejando al margen el sentimiento natural que uno tiene para con sus propias obras, es la respuesta que provocó. El público en general respondió con generosidad, quizá con mayor generosidad que ante cualquier otro de mis libros, y de la única forma en que puede responder el público en general, es decir, adquiriendo un determinado número de ejemplares. Ello me proporcionó un placer considerable, pues lo que siempre me ha causado más temor es desplazarme insensiblemente hacia la posición del escritor que escribe para un círculo reducido, posición que por cierto me habría resultado tan odiosa como arrojar la piedra de la duda a las profundidades insondables de mi firme creencia en la solidaridad de la humanidad toda, en lo que a las ideas simples y a las emociones sinceras se refiere. Contemplada como manifestación del espíritu crítico, pues sería un desafuero indecente negarle al público en general la posesión de una mentalidad crítica en efecto, la recepción fue muy satisfactoria por el interés que pudo suscitar. Pude constatar que había logrado complacer a cierto número de personas muy ocupadas en resolver sus propios y muy reales asuntos. Es agradable pensar que uno es capaz de complacer. Desde el punto de vista de las personas cuyos asuntos estriban precisamente en criticar tales esfuerzos por complacer, este libro dio pie a abundantes discusiones y a un análisis en profundidad, que en mi caso no sólo satisficieron esa vanidad personal que al fin y al cabo comparto con el resto de la humanidad, sino que también alcanzaron de lleno mis sentimientos más hondos y despertaron mi agradecido interés. La indudable simpatía que dio forma a las muy variadas apreciaciones del libro me agrada pensar que fue un reconocimiento de mi buena fe en la dedicación al cultivo de mi arte, ese arte del novelista que, según queja de un distinguido escritor francés expresada ya al término de una brillante trayectoria, era *trop difficile!* Y es ciertamente *demasiado* arduo, en lo que respecta a un esfuerzo que invariablemente ha de ser muchísimo mayor que el éxito que con suerte pueda propiciar. En esta tarea, de cualquiera de las formas condenada por adelantado, y por su propia naturaleza extremadamente solitaria, la simpatía es un preciado bien. Puede servir para aceptar de buen grado las críticas más severas. Saber que de uno se esperaban logros mucho mejores puede incluso ser un consuelo, a la vista de los logros mejores que uno había esperado de sí mismo en su trato con este arte, que en estos tiempos, sea como fuere o donde fuere, ya no se justifica como razón de ser de

un propósito didáctico.

Nada más lejos de mi intención que sugerir siquiera que alguien haya llegado a hacerme el daño (no digo insulto: digo daño) de acusarme por haber lastrado una sola de mis páginas con un propósito didáctico. Ahora bien, en las regiones del intelecto y de la emoción todos los temas han de tener una moralidad propia si son tratados con sinceridad; hasta el escritor que artísticamente posea mayor habilidad se delatará, junto con su moralidad, a cada tres frases. Los matices de diversa significación moral que se han descubierto en mis escritos son muy numerosos. Ninguno de ellos, sin embargo, ha provocado una muestra de hostilidad. Puede haberse dado el caso, qué duda cabe, de que de ciento en viento haya pecado yo contra el buen gusto, pero aparentemente nunca he llegado a pecar contra los sentimientos básicos y las convicciones elementales que hacen que la vida sea posible para la mayoría de los hombres y las mujeres, que al establecer un criterio de enjuiciamiento permiten a su idealismo buscar con entera libertad formas más simples de hacer las cosas, sentimientos más elevados, propósitos más profundos.

No puedo decir que en esta novela haya introducido ninguna tendencia moral en concreto; no creo que nadie haya detectado en ella una perversa intención. Y sólo de sus intenciones son responsables los hombres. Los efectos últimos de todo cuando hagan escapan por completo a su control. Al escribir este libro mi intención era interesar a los lectores por mi visión de las cosas, indisolublemente ligada al estilo en que se expresa. Dicho con otras palabras, deseaba escribir en prosa cierto número de páginas, en lo cual, hablando en plata, consiste mi oficio. A ello me he aplicado con plena conciencia, con la esperanza de resultar entretenido o, cuando menos, no insufriblemente aburrido a mis lectores. Nunca insistiré lo suficiente en la verdad de que cuando me siento a escribir mis intenciones siempre estarán libres de toda culpa, por deplorable que pueda ser el resultado último de ese acto.

J. C.

1920

Primera parte

LA DAMISELA

Creo que nos había visto desde la ventana cuando salimos a almorzar en el bote de remos de una yola que desplazaba catorce toneladas y era propiedad de Marlow, anfitrión y patrón mío. Ayudamos al grumete que venía con nosotros a varar el bote y amarrarlo al embarcadero antes de encaminar nuestros pasos a la posada ribereña donde encontramos a nuestro recién conocido, que daba cuenta de su almuerzo en digna soledad, sentado a la cabecera de una larga mesa, blanca e inhóspita como un banco de nieve.

La enrojecida tez de su rostro de rasgos nítidos, en el que destacaba un bigote negro y bien recortado bajo una mata de pelo rizado, gris plumizo, era la única mancha de una cierta calidez en medio de aquella sala apagada y sórdida, enfriada más si cabe por efecto de un deslucido mantel. Le conocíamos ya de vista, le sabíamos propietario de un pequeño cúter de unas cinco toneladas que por lo visto tripulaba él solo, siendo como era otro navegante aficionado más entre la modesta banda de fanáticos que surcaban la desembocadura del Támesis. Ahora bien, tan pronto hizo uso de su voz cortante para llamar «despensero» al mozo que le atendía, le tuvimos de una vez por todas por marino avezado y no ya por un simple aficionado a la navegación.

En seguida tuvo oportunidad de reprender al mozo por el desaliño con que le servía la cena. Lo hizo con gran energía, y al concluir se dirigió a nosotros.

—Si en la mar —afirmó— faenásemos igual que estas gentes de tierra adentro, sean de alta o de baja cuna, jamás nos ganaríamos la vida. Nadie, lo que se dice nadie, estaría dispuesto a contratarnos. Y, lo que es aún más grave, ni un solo barco guiado y pilotado con el descuido y el descaro con que la gente de tierra adentro se ocupa de sus quehaceres, ni un solo barco en tales condiciones arribaría jamás a puerto.

Desde que se había retirado de la mar había tenido tiempo y ocasiones de sobra para darse cuenta de que las personas con cierta educación no eran ni por asomo mejores que las demás. A nadie parecía resultarle su trabajo motivo de orgullo: desde los fontaneros, que no eran sino ladrones de medio pelo, hasta, digamos, los periodistas (a quienes él tenía en muy especial consideración dentro de la clase de los intelectuales), que nunca, lo que se dice ni por casualidad, daban una versión ceñida a la realidad de los asuntos más sencillos. La ineptitud universal de lo que él denominaba «la chusma de tierra adentro» la achacaba, por lo general, a una falta de responsabilidad absoluta y a una determinada concepción de la seguridad.

—Están todos convencidos —prosiguió— de que no importa lo que hagan ni lo que dejen de hacer, que esta isla tan segura seguirá sin volcar mientras estén ellos a bordo, ni tampoco se le abrirá un boquete por el que entre el agua a espuestas y la lleve a pique con sus mujeres y sus hijos a bordo.

Desde ese momento, y en lo sucesivo, la conversación dio un giro hartamente especial, para versar única y exclusivamente sobre la vida del mar. En este tema encontró inmediata afinidad con Marlow, quien siendo todavía mozo se había hecho a la mar. Mantuvieron un animado intercambio de recuerdos y vivencias mientras yo les escuchaba. Convinieron en que la época más feliz de todas sus vidas fue la que pasaron de jóvenes en aquellos buenos navíos, sin otra preocupación en la cabeza que la de no perder una guardia por haberse quedado abajo, en el camarote, ni perder tampoco un solo instante en desembarcar cuando estaban atracados, tras largas horas de faena. Coincidieron también en cuanto al momento de mayor orgullo que les había deparado toda una vida dedicada a la vocación del mar, a la que uno por cierto nunca se entrega por motivos prácticos o racionales, sino por el sortilegio que ejercen las románticas visiones que inspira. Fue el momento en que pasaron con éxito su primer examen, dejando atrás al examinador de náutica, provistos de aquella preciada hoja de papel azul.

—Aquel día no me habría dignado tutear a la Reina —afirmó con entusiasmo nuestro nuevo amigo.

En aquella época, los exámenes de ingreso en la Marina Mercante tenían lugar en la Dársena de St. Katherine, a espaldas de la Torre de Londres; nos dijo que guardaba un especial afecto por aquel paraje, con los jardines a la izquierda, la fachada de la Fábrica de Moneda y Timbre a la derecha, las amiseriadas casuchas más al fondo, una parada de coches de punto, los limpiabotas sentados en los bordillos de las aceras y un par de fornidos policías que miraban con aire de superioridad las puertas de la taberna del Caballo Negro. Ése fue el trozo del mundo, dijo, en que primero posó la vista el día más hermoso de su vida. Había salido por la puerta principal de la Dársena de St. Katherine hecho un contramaestre de pies a cabeza, no sin haber pasado antes los momentos más apurados de su vida entera en presencia del Capitán R., el más temido de los tres examinadores de náutica que eran por entonces responsables de la calificación de los oficiales de la Marina Mercante en el puerto de Londres.

—A todos los que nos habíamos preparado para pasar el examen —dijo— nos castañeteaban los dientes con sólo pensar en presentarnos ante él. Me tuvo hora y media en la cámara de tortura y se comportó conmigo como si me aborreciese. Con una mano se protegía los ojos de la luz. De pronto, la dejó caer y dijo: «¡Ya está bien!». Sin darme tiempo siquiera de entender lo que había querido decir, vi que empujaba hacia mí, sobre la mesa, el papel azul. Me puse en pie de un brinco, como si me estuviese quemando la silla.

»—Gracias, señor —le digo mientras agarro el papel.

»—Buenos días y que tenga buena suerte —me gruñe.

»El viejo bedel estuvo un rato enredando en el guardarropa hasta encontrar mi gorra. Siempre les da por hacer tal cosa. Sin embargo, se me quedó mirando largo y tendido, con insistencia, antes de aventurarse a preguntarme en un tímido susurro:

»—¿Ha salido todo bien, señor?

»Por toda respuesta deposité media corona en la ancha palma de su mano.

»—Vaya —dice de pronto, sonriendo de oreja a oreja—, la verdad es que nunca le había visto entretenerse con uno de ustedes durante tantísimo tiempo. Esta misma mañana, antes que le tocara a usted, suspendió a dos aspirantes a segundo de a bordo. Los despachó a cada uno en menos de veinte minutos: ése es todo el tiempo que, como mucho, suele tomarse.

»Me encontré en la planta baja sin tener constancia de los peldaños que había bajado, como si hubiese recorrido la escalera flotando por el aire. Aquel fue el día más hermoso de mi vida. El día en que uno recibe su primera comisión de mando es, comparado con ése, una minucia. Para empezar, en ese momento uno ya no es tan joven; por otra parte, y usted lo sabe bien, a nosotros no nos queda mucho más que esperar. Sí, señor: el día más hermoso de mi vida, sin lugar a dudas, aunque en el fondo no fuese sino un día más. Todo lo que haya de venir a continuación no son más que sinsabores para un joven que ha de esforzarse con denuedo por conseguir un camarote de oficial sin otro aval que un certificado recién expedido. Es pasmoso cuán inútil llega a resultar ese pedazo de piel de asno por el que tantos jaleos se arman. En aquella ocasión ni siquiera se me pasó por la cabeza que un certificado de la Cámara de Comercio no le convierte a uno en oficial lo que se dice ni por el forro. Ahora bien, los patrones de los barcos a los que había puesto cerco a fuerza de solicitarles un puesto de trabajo sí que lo sabían, ya lo creo. Hoy no me extraña lo más mínimo, ni tampoco les echo la culpa de nada, ni les guardo rencor. Con eso y con todo, esforzarse por conseguir trabajo a bordo de un buen barco es una penosísima tarea para cualquier joven...

Pasó después a referirnos qué cansado llegó a sentirse, cuánto le había desanimado aquella amarga lección, aquella desilusión que sucedió, sin darle apenas tiempo de respirar, al día más hermoso de su vida. Nos contó su ronda de visitas por las oficinas de los armadores de toda la ciudad, donde los empleados de turno le habían cargado de formularios e impresos de solicitud que se llevó a su casa para cumplimentar debidamente a la caída de la tarde. Salía a todo correr antes de la medianoche para echarlos al buzón más cercano. Y en eso quedó todo. Por decirlo con sus propios términos, igual le habría dado echarlos con sus sellos y matasellos por la alcantarilla, a la vuelta de la esquina.

Un buen día, mientras recorría a pie su itinerario de costumbre, camino de los muelles, topó con un viejo amigo y compañero de a bordo, algo mayor que él, a la entrada de la Estación de Ferrocarril de Fenchurch Street.

Ansiaba en aquellos momentos una charla amistosa, pero su amigo acababa de

enrolarse en un barco aquella misma mañana, y se dirigía a toda prisa a su domicilio, presa de un júbilo que no tuvo ningún rebozo en exteriorizar, aunque por dentro le royese esa comezón tan propia del marino que tras muchos días de espera en tierra firme de pronto se hace con un camarote. Su amigo tuvo al menos la deferencia de condolerse de su suerte, siquiera fuese sumariamente. Tenía que darse prisa en recoger el petate. De pronto, cuando ya se iba, se dio la vuelta sobre la marcha para hacerle una sugerencia por encima del hombro: «¿Por qué no vas a ver al señor Powell a la Agencia de Contratación de Fletes?». Nuestro amigo objetó que no conocía de nada al tal señor Powell. Y el otro, a punto ya de doblar la esquina, le dio un consejo a voces: «Entra por la puerta privada de la Agencia de Fletes y vete derecho a verle. No tiene pérdida: su mesa es la que está junto a la ventana. Ve con decisión y dile que vas de mi parte».

—Les doy mi palabra —dijo nuestro nuevo amigo mirándonos al uno y al otro—; estaba tan desesperado que habría sido capaz de plantarme con toda decisión delante del demonio en persona; me habría bastado con saber que estaba en condiciones de ofrecerme trabajo de segundo de a bordo.

En ese momento interrumpió su charla para encender la pipa, pero sin quitarnos ojo de encima, e inquirió si habíamos llegado a conocer al tal Powell. Marlow, con una vaga sonrisa, murmuró que sí, que se «acordaba muy bien de él».

Se hizo una pausa. Nuestro amigo se vio enzarzado en un vejatorio contratiempo con su pipa, que sin previo aviso había traicionado la confianza que tenía depositada en ella, y habíale negado el placer que ya se prometía con fruición. Más que nada por mantener la bola en juego, pregunté a Marlow qué tenía de notorio el tal Powell.

—No es que fuese exactamente notorio —contestó Marlow con su habitual aplomo—. Hablando en general, es difícil que nadie llegue a alcanzar una cierta notoriedad. La gente nunca se fija demasiado en una persona determinada, supongo que se ha percatado. Me acuerdo bien de Powell sencillamente porque por haber desempeñado el cargo de responsable de la Agencia de Fletes Marítimos en el puerto de Londres me despachó y me encomendó varias prolongadas estadias en alta mar durante mi peregrinaje de marino. Se parecía a Sócrates, y lo digo en el sentido más genuino de los posibles, es decir, en el semblante. Que tuviera mentalidad de filósofo no es sino mero accidente. Era talmente una reproducción en carne y hueso del busto de aquel sabio inmortal, siempre que uno se imagine el busto con un alto sombrero de copa en el cogote y un negro gabán sobre los hombros. Comoquiera que nunca le vi salvo del otro lado del largo mostrador de la oficina de la Agencia de Fletes, ante una de aquellas cinco mesas, el señor Powell siempre ha sido un simple busto para mí.

Nuestro amigo se acercó desde la repisa de la chimenea con la pipa por fin en óptimas condiciones de uso.

—Lo más notorio de Powell —anunció dogmáticamente, con la cabeza envuelta en una nube de humo— es que se apellidara precisamente así. No sé si lo saben, pero resulta que también yo me apellido Powell.

Es evidente que esta información no nos fue impartida por motivos de carácter meramente social. No fue preciso hacer las presentaciones de rigor. Los dos seguimos mirándole con inocultable expectación.

Se entregó de lleno al vigoroso disfrute de su pipa, en silencio, por espacio de un minuto o dos. Luego reanudó el hilo de su relato y pasó a contarnos cómo echó a caminar a paso vivaz hacia Tower Hill. No había estado por aquellos pagos desde el día de su examen —desde el día más hermoso de su vida—, el día en que se desbordó su presunción y su orgullo. Esta otra ocasión fue muy distinta. Tampoco en ese momento habría reconocido mantener el más remoto parentesco con la reina, pero habría sido más que nada por hallarse sumido en un profundo abatimiento. No se tenía siquiera en la estima necesaria para considerarse digno de gozar de una cierta afinidad con ninguna otra persona. Envidió a los viejos cocheros, parados allí con las narices enrojecidas; envidió a los limpiabotas, sentados en el bordillo de la acera, y a los dos policías corpulentos que paseaban junto a los barandales de los jardines de la Torre con plena conciencia de su poder infalible, y a los centinelas de uniforme escarlata que marcaban el paso delante de la Fábrica de Moneda y Timbre. Les envidió por ocupar el lugar que les había tocado en el reparto del trabajo que se ha hecho en este mundo. Y envidió además a los míseros holgazanes de rostro enjuto, que guiñaban el ojo con gesto procaz, apoyadas las grasientas espaldas contra las jambas del Caballo Negro, porque habían caído tan bajo que ya ni siquiera eran capaces de percibir su degradación.

Debo hacer justicia a este hombre y subrayar que nos transmitió con auténtica pericia su juvenil desesperanza, su sorpresa al no encontrar un lugar apropiado bajo el sol ni reconocimiento alguno de su derecho a la vida.

Subió la escalinata de la Dársena de St. Katherine, aquella misma escalinata desde lo más alto de la cual, seis semanas antes a lo sumo, había contemplado la parada de coches de punto, los demás edificios, los policías, los limpiabotas, la pintura sobredorada y la luna del Caballo Negro con los ojos de un Conquistador. En aquel momento tal vez sintió cierto desánimo, pasmado porque todo cuanto le rodeaba no le diera la bienvenida con cánticos e incienso, pero esta vez (no era ningún secreto, y él no nos lo ocultó) hizo su entrada casi como un furtivo, de tapadillo, hecho que no podía pasar desapercibido al bedel.

«No tenía en el bolsillo ni media corona que darle de propina», comentó con gesto torvo. El bedel, por lo visto, echó a correr tras él, preguntándole: «¡Eh! ¡Oiga! ¿Qué se le ofrece?». Ahora bien, tras lanzar una mirada de agradecimiento hacia la primera planta, en recuerdo de la sala de exámenes del capitán R. (qué fácil, qué placentero había resultado aquel encuentro), bajó de tres en tres un tramo de escalones, hacia el sótano, y se encontró en un lugar lúgubre y misterioso en el que abundaban las puertas. Había temido que le fuese impedido el paso por alguna norma que prohibiese la entrada. Empero, nadie le persiguió.

Los sótanos de la Dársena de St. Katherine son vastísimos y muy confusos.

Algunos haces de luz entran oblicuos desde arriba, rasgando la penumbra de esos gélidos pasadizos. Powell deambuló de acá para allá como uno de aquellos primeros cristianos refugiados en las catacumbas; ahora bien, notó que se le escapaba la escasa fe que tuviera depositada en el éxito de su empeño por todos los poros de la piel, y que le rezumaba hasta en las yemas de los dedos. Al doblar una oscura esquina, iluminada por una lámpara de gas cuya llama apenas lucía, perdió por completo toda confianza en sí mismo.

—Me paré allí un momento a pensar —dijo—. No pude cometer mayor estupidez, ya que me entró el miedo. ¿Qué otra cosa se podía esperar? Hacen falta agallas para abordar sin previo aviso a un desconocido e importunarle pidiéndole un favor. Habría resultado de todo punto preferible, pensé, que mi homónimo Powell hubiese sido el diablo en persona. Me pareció que hubiese sido una faena más llevadera. No sé si me explico, pero nunca me ha parecido que el diablo sea suficiente para meterme el miedo en el cuerpo, mientras que un hombre siempre puede resultar muy desagradable. Probé muchísimas puertas, todas cerradas a cal y canto, cada vez más convencido de que nunca tendría arrestos para abrir por lo menos una. Pero pararse a darle vueltas a las cosas nunca sirve para hacer acopio de valor. Llegué a la conclusión de que era preferible dar por perdido el intento. Al final no lo hice; les diré por qué. Me acordé del aturdido bedel que me había llamado a voces. Estaba seguro de que aquel punto andaría buscándome por el vestíbulo, o estaría a la espera de verme aparecer. Si, tal como era de prever, me preguntase qué había estado haciendo, y estaba en su perfecto derecho, no habría sabido yo qué responderle, y habría quedado como un bobalicón, o como algo mucho peor. Esa idea me hizo enrojecer hasta la raíz del cabello. No tenía ninguna posibilidad de escabullirme.

»Allí abajo, no sé cómo, había terminado por desorientarme. De todas aquellas puertas de varios tamaños, a izquierda y derecha, unas cuantas ostentaban sendos ventanucos sobre el dintel; otras tantas, sin embargo, debían dar paso meramente a estancias que no se usaban, o almacenes, porque cuando probé suerte en tres o cuatro me desconcertó encontrarlas cerradas. Pasé un rato sin moverme, indeciso e inquieto como un ladrón acorralado. Aquel confuso sótano estaba en completo silencio, como una tumba; tuve constancia del latir de mi corazón. Es una sensación tremendamente incómoda. Antes, nunca me había pasado, ni tampoco ha vuelto a pasarme después. A mi izquierda vi una puerta más grande, con un gran pomo de bronce, que tenía toda la pinta de dar a la Agencia de Fletes. Apreté los dientes y probé suerte, diciéndome: «¡Allá vamos!».

»Se abrió con suma facilidad, y hete aquí que daba a una sala poco mayor que un cajón. En fin, no tendría más de tres metros por cuatro, y comoquiera que yo esperaba encontrarme en un interior espacioso y sombrío, una sala como la de la Agencia de Fletes, en la que ya había estado una o dos veces, me quedé pasmado. Colgaba del techo una lámpara de gas encima de un escritorio oscuro y desaseado, repleto de documentos polvorientos, amarillentos. Bajo aquella única llama, que situada en el

centro de la estancia la colmaba de luz, un hombre pequeño y gordezuelo escribía con mucha aplicación, la nariz casi pegada al escritorio. Estaba perfectamente calvo, y tenía una tez poco más o menos tan parduzca como los papeles. También parecía él un tanto polvoriento y apergaminado.

»No llegué a precisar si estaba cubierto de telarañas, pero tal cosa no me habría extrañado, porque daba la impresión de llevar años preso en aquel agujero. Su gesto al posar la pluma y mirar hacia mí, parpadeando, me molestó sobremanera. En aquella mazmorra suya hacía calor y olía a moho; olía a gas y a hongos, y la sensación dominante era la de hallarse a unos cuarenta metros bajo tierra. En todos los rincones había papeles apilados hasta media altura. Y cuando me pasó por la cabeza en un visto y no visto la idea de que aquél era el edificio de la Marina Mercante y que aquel menda estaba en relación, fuera como fuese, con los barcos, con los marinos y con el mar, el pasmo me dejó sin resuello. Era imposible imaginar por qué los responsables de la Marina Mercante habían decidido mantener esclavizado allá en el subsuelo a aquel sujeto calvo y gordinflón. Por la razón que fuese, sentí lástima y vergüenza por haberlo molestado en su infortunado cautiverio. Con amabilidad y tristeza le pregunté por la Agencia de Fletes.

»Me contestó con un graznido despectivo y tembloroso, que me hizo sobresaltarme: “Por aquí no. Pruebe en el pasaje del otro lado, del lado de la calle. Éste es el lado del muelle. Debe haberse extraviado usted...”.

»Habló con un tono tan rencoroso que pensé que iba a terminar por insultarme y llamarme imbécil. Puede que ésta fuese su intención. En cambio, terminó cortantemente con un “Cierre sin hacer ruido al salir”.

»Y vaya si lo hice: pueden apostar lo que quieran a que cerré en absoluto silencio. De prisa y en silencio. El espíritu indomeñable de aquel sujeto me había impresionado. A veces me pregunto si a fuerza de escribir se habrá ganado la libertad y cuando menos una jubilación decente, o si habría salido de aquella tumba iluminada con luz de gas para ir a dar con sus huesos en esa otra lóbrega tumba a la que nadie querría ni asomarse. Me complació descubrir que le quedaban agallas, pero eso no me sirvió de consuelo. Se me ocurrió pensar que si el señor Powell tuviese un temperamento similar... Fuera como fuese, no me di tiempo para pensar y crucé a buen paso el trecho, ante el pie de la escalera, que me separaba del pasillo en donde me había indicado que probase suerte. Y probé la primera puerta que pude, sin entretenerme ni un momento, porque del vestíbulo, de arriba, me llegó con toda claridad una voz perpleja y escandalizada, dispuesta a desentrañar qué me proponía yo. “¿No sabe que ahí está prohibido el paso?”, rugió. Y si dijo alguna cosa más no llegué a enterarme, pues abrí y cerré de un golpe una puerta en la que por fuera vi un letrero que decía *Privado*. Me vi en una franja de unos dos metros de anchura, situada entre un largo mostrador y una pared, ante una sala espaciosa, abovedada, en cuyo extremo opuesto había un ventanal enrejado y una puerta acristalada por las cuales se filtraba la luz del día. Lo primero que vi fueron tres caballeros de mediana edad que,

al parecer, estaban tomándole el pelo a otro sujeto de cuello largo y delgado, de hombros alicaídos, inclinado ante un escritorio, que escribía en una gran hoja de papel sin hacer caso de nada ni de nadie, pero con una curiosa sonrisa de tranquilidad. Se les agrió la diversión nada más verme. A uno le oí musitar: “Anda. ¿Qué es esto?”.

»—Quisiera hablar con el señor Powell, por favor —dije educadamente pero con firmeza; no estaba dispuesto a dejarme amedrentar. Aquello era, sin lugar a dudas, la Agencia de Fletes. Pasaban de las tres de la tarde, y aquellos personajes parecían haber dado por concluida la jornada. El del cuello estirado siguió escribiendo sin parar. Observé que de su rostro habíase desvanecido la sonrisa. Los otros tres volvieron la vista al mismo tiempo hacia el otro extremo de la sala, desde donde un quinto personaje contemplaba sus caprichos sentado en un alto taburete. Me dirigí hacia él con la misma determinación con que me hubiese dirigido hacia el demonio en persona. Con un pie apoyado en el barrote del taburete, no dejaba de columpiar el otro, suspendido a un palmo del suelo. Se había desabrochado los botones superiores del chaleco y llevaba el sombrero sobre la coronilla. No tenía en todo el rostro ni una sola arruga, y sus ojos relucían con tal claridad que la barba gris parecía del todo falsa, parte de un disfraz. Dijo usted que se parecía a Sócrates, ¿no es así? Bien, no puedo decírselo. Si no me equivoco, el tal Sócrates era un sabio.

—Lo era —asintió Marlow—. Y era fiel amigo de la juventud. Aleccionaba a los jóvenes de forma peculiarmente exasperante. Era su forma de ser.

—En ese caso me quedo con Powell —declaró nuestro nuevo amigo con resolución—. No me sermoneó en ningún momento. Ese talante no rezaba con él. “¿Cómo está?”, contestó con amabilidad a mi torpeza. Luego, se me queda mirando fijamente y me dice: “No creo que tenga el gusto de conocerme... ¿o sí?”.

»—No, señor, —dije, y se me cayó el corazón a los pies, ya que había llegado el momento de hacer acopio de todo mi valor. No hay en el mundo mezquindad mayor que la de un acto de impudicia del que no se sale airoso. Por miedo de parecer avergonzado, me lancé a hablar con tal libertad, tan a mis anchas, que casi me dio miedo. Me miró durante un rato a la cara con una expresión de evidente sorpresa y curiosidad, y alzó la mano. Me alegró poder callarme, se lo aseguro.

»—Veo que es usted un hombre frío y decidido —me dice—. Y ese amigo suyo también lo es, a fe que sí. Me dio la lata durante quince días; no dejó de venir a verme ni un solo día, hasta que cierto capitán, un buen amigo mío para más señas, condescendió a darle un camarote. Y en cuanto me lo quito de encima y lo dejo bien provisto, tiene a bien agradecerme el favor mandándole a usted de su parte. A los jóvenes, a lo que se ve, les tía lo mismo a quién haya que poner en un aprieto.

»Me tocó a mí el turno de mirarlo con sorpresa y curiosidad. No me había hablado en voz muy alta, pero bajó aún más de tono.

»—¿No sabe usted que lo que me pide es de todo punto ilegal?

»Me pregunté dónde querría ir a parar hasta que caí en la cuenta de que procurar camarote a un marino es delito tipificado por la ley. Dicha clausula penal, claro está,

tenía por objeto castigar las estalvas y engañifas de esos delincuentes que suelen ir de pensión en pensión con el único propósito de inducir a los marinos, por lo general después de emborracharlos a conciencia, a enrolarse en un barco escaso de tripulantes y mano de obra. Jamás me había pasado por la cabeza que pudiera aplicarse por igual a cualquier otra persona sin tener en cuenta cuál fuese el motivo, y es que por entonces aún creía yo que las gentes de tierra adentro cumplían sus tareas con mimo y previsión.

»Me sumió en la confusión la sola idea de que así fuese, pero el señor Powell pronto me hizo entender que una ley del Parlamento no tiene sentido por sí sola. Tiene únicamente el sentido que tenga la letra, que a veces es muy escaso. No le molestaba ayudar de cuando en cuando a un joven marino para que consiguiera empleo a bordo, pero si lo hiciera de continuo no tardaría en difundirse la especie de que lo hacía por dinero.

»—Bonito entuerto, sí señor: el principal responsable de la Agencia de Fletes del puerto de Londres llevado a juicio por acusación de la policía y multado con cincuenta libras —me espeta—. Mire usted: me quedan solamente cuatro años de servicio para que me concedan la pensión y el retiro. Una cosa así me pondría el futuro muy negro, más vale que no se llame usted a engaño.

»Y a todo esto seguía con una rodilla en alto, columpiando el otro pie como un mozalbete en una verja, mirándome fijamente con sus ojos relucientes. Me sentí confuso, se lo aseguro. Me puso enfermo que diera por sentada la posibilidad de que alguien fuera capaz de emitir un informe contrario a su persona.

»—¡Oh! ¿A quién iba a ocurrírsele una jugarreta tan ruin, señor? —pregunté asombrado. En parte, me había dado asco que tal cosa se le pasara por las mientes.

»—¿A quién? —me pregunta a su vez en voz muy baja—. A cualquiera. Quién sabe, mismamente a uno de los mensajeros del despacho. He llegado a ser el principal responsable de la agencia, y es verdad que aquí somos todos muy amigos, pero más vale tener muy presente que mi colega, el que toma asiento todos los días a mi lado, a lo mejor tiene ganas de sentarse precisamente ante este escritorio, junto al ventanal, cuatro años antes de lo previsto, e incluso un solo año antes. Es muy propio de la naturaleza humana.

»No pude por menos que volver la cabeza. Los tres sujetos que estaban de juerga a mi llegada departían sobriamente, y el menda del cuello estirado seguía aplicado a su escrito. Me pareció con diferencia el más peligroso del grupo. Le vi de perfil y noté que apretaba los labios. Previamente, nunca había contemplado la humanidad bajo esa luz. De jóvenes, la naturaleza humana suele dejarnos con un palmo de narices. Conste que lo que más me asombró fue ver que se abría la puerta por la que había entrado yo y que hacía su aparición por la rendija una cabeza cubierta con la gorra del uniforme de los empleados que trabajaban en la Cámara de Comercio. Era el maldito bedel del vestíbulo. Me había perseguido hasta las entrañas de la tierra, dispuesto a desenterrarme. Se dirigió al mostrador con una sonrisa artera en los labios

y la gorra entre las manos.

»—¿Qué sucede, Symons? —preguntó el señor Powell.

»—Me preguntaba a dónde habría ido este caballero, señor. Se me escabulló a la entrada.

»Me sentí incómodo a más no poder.

»—Está todo en orden, Symons. Conozco al caballero —dice el señor Powell, adusto como un juez.

»—Muy bien, señor. Claro que sí, señor. Como vi al caballero echar carreras de acá para alia por aquí abajo...

»—Está todo en orden; puede quedar tranquilo.

»El señor Powell lo despachó con un breve gesto; cuando por fin se marchó el pelma del vejestorio, elevó hacia mí la mirada. No supe qué hacer, si quedarme, largarme con viento fresco o decirle cuanto lo sentía.

»—Veamos —dijo—. ¿Cómo me ha dicho que se llama?

»Bien, dense cuenta que yo no le había dado mi nombre y apellido, y esta pregunta me hizo sentir algo avergonzado. De un modo u otro, no me pareció adecuado espetarle a bocajarro su propio apellido, así que me limité a sacarme del bolsillo el certificado recién obtenido y a depositarlo en su mano una vez desdoblado, de manera que pudiese leer con toda claridad *Charles Powell*, tal como rezaba el pergamino.

»Fijó la vista en él y pasados unos instantes lo dejó sobre su escritorio. No supe si llegó a tener intención de hacer algún comentario sobre la coincidencia. Sin darle tiempo a decir palabra, se abrió de golpe la puerta acristalada y entró con prisas y a grandes zancadas un hombre vivaz, de gran estatura. Bajo el alto sombrero forrado de seda tenía muy enrojecido el rostro. Se veía a la legua que era el patrón de un gran barco.

»El señor Powell, tras indicarme con un hilillo de voz que esperase un momento, se dirigió a él con tono muy amistoso.

»—Estaba esperando que llegase de un momento a otro a recoger su contrato, capitán. Están listos todos los papeles —y volviéndose a una pila de contratos que tenía a la altura del codo, tomó el que estaba encima. Desde donde me encontraba pude leer “Barco *Ferndale*” escrito con caligrafía amplia y redondeada en la primera página.

»—No, señor Powell, de ninguna manera pueden estar listos los papeles: mala suerte —dice el patrón—. Tengo que pedirle que tache de la cláusula el nombre de mi segundo de a bordo—. Parecía a un tiempo agitado y molesto. Explicó que el segundo de a bordo había pasado la mañana faenando en el barco. A la una de la tarde bajó a tierra para almorzar, pero no apareció a las dos, tal como había anunciado de acuerdo con su obligación. Por el contrario, se presentó un mensajero del hospital con una nota firmada de puño y letra por el médico. Se había partido un brazo y la clavícula. Se había dejado atropellar por un carro con tiro de dos caballos nada más

salir del muelle, como si no tuviera ojos ni oídos, el muy lelo. Y el barco estaba listo para levar anclas a las seis de la mañana, al día siguiente.

»El señor Powell mojó la pluma en el tintero y empezó a pasar las páginas del contrato. “Pues entonces habrá que tachar su nombre”, dijo con aire despreocupado.

»—¿Y qué voy a hacer? —saltó el patrón—. Esta oficina cierra a las cuatro: en media hora me será imposible encontrar a un hombre que ocupe el puesto.

»—Esta oficina, sí señor, cierra a las cuatro —repite el señor Powell sin dejar de repasar las páginas, retocando una letra aquí y otra allá, con absoluta indiferencia.

»—Aun cuando me las arregle para encontrar un hombre a lo largo del día, dándole tan breve plazo de aviso, no creo que pudiese embarcarlo con todos los papeles en regla..., ¿me equivoco?

»El señor Powell seguía ajetreado, haciendo anotaciones en las cláusulas del contrato relativas al infortunado segundo de a bordo, garrapateando algunas observaciones en los márgenes.

»—Como la sustitución ha de producirse durante las veinticuatro horas previas a la partida del barco, basta con que el hombre en cuestión firme los papeles a bordo —dice sin levantar la vista—. Ahora bien, no creo que encuentre a un hombre dispuesto a saltar desde el muelle sin más contemplaciones.

»Al oír esto, el patrón dio muestras de inquietud a pesar de su excelente apostura. Bajo ningún concepto podía dejar pasar la pleamar de la mañana siguiente. Tenía que cargar a bordo cuarenta toneladas de dinamita y ciento veinte de pólvora en un muelle río abajo, antes de hacerse a la mar. Todo había quedado dispuesto para el día siguiente. Si el barco no aparecía a tiempo allí donde había convenido, surgirían complicaciones y contratiempos desmedidos... No pude por menor que oír todo esto al tiempo que ardía en deseos de que se marchase con viento fresco, ya que ansiaba saber por qué me había hecho esperar el señor Powell. Después de todo lo que había dicho, no entendía qué sentido pudiera tener el que me quedase allí. De haber tenido mi certificado en el bolsillo, me habría escabullido sin hacerme notar; el señor Powell habíase dado la vuelta, y se hallaba en la misma posición en que lo vi al entrar, balanceando de nuevo la pierna. Mi certificado, abierto sobre el escritorio, reposaba bajo su codo izquierdo; hubiese sido de todo punto inadmisibile que me acercara a llevármelo de un tirón.

»—No sé —dice al desgaire, dirigiéndose al desamparado capitán pero mirándome a mí fijamente, con una expresión tal como si no estuviese yo presente—, no sé si debería comunicarle que tengo noticia de un segundo de a bordo que en este momento no está comprometido...

»—¿Quiere decir... que está aquí mismo? —grita el otro, para ponerse a escrutar la zona reservada al público como si estuviera dispuesto a lanzarse sobre cualquier sujeto con pinta de segundo de a bordo y llevárselo a rastras. Estaba tan obcecado por el revés de fortuna que acababa de sufrir que, estoy convencido de todo corazón, ni siquiera había parado mientes en mí. Tal vez, al verme dentro, había creído que era

uno de los chupatintas del lugar. Claro que cuando el señor Powell hizo un gesto en dirección hacia mí, se calmó sobremanera y me observó largo y tendido. Se inclinó entonces sobre el oído del señor Powell... supongo que imaginó murmurar, pero yo oí lo que dijo con toda claridad.

»—Parece respetable...

»—Ciertamente —dice el responsable de la Agencia de Fletes con tranquilidad absoluta y sin quitarme el ojo de encima—. Se apellida Powell.

»—¡Ah, entiendo! —dice el patrón boquiabierto—. Pero ¿está listo para unirse a la tripulación de inmediato?

»En ese momento tuve una visión de mi alojamiento al norte de Londres, más allá de Dalston, en el quinto infierno; vi todas mis pertenencias desparramadas y mi baúl de marino guardado en un cobertizo que la buena gente en cuya casa me hospedaba tenía en un jardín escueto y fuliginoso.

»—Dormiré esta noche a bordo —oí decir con voz gélida al responsable de la Agencia de Fletes.

»—Más le vale —comentó el capitán del *Ferndale* como un hombre de negocios, como si el asunto estuviese ya zanjado.

»No diré que me quedase tan alelado de júbilo como puedan suponer. No fue exactamente eso, sino que más bien me quedé sin respiración por la celeridad con que había ocurrido todo. Me pareció imposible que tal cosa estuviera pasándome a mí, El patrón, después de conversar un rato con el señor Powell en voz tan baja que no pude oírles, se mostró manifiestamente perplejo.

»Supongo que se había enterado de que yo acababa de aprobar el examen y que carecía de experiencia de oficial, porque se dio la vuelta y empezó a remirarme de arriba abajo como si yo estuviera en venta.

»—Es joven —musita—. Pero parece avisado... Así que es usted listo y voluntarioso —me suelta tic repente y en voz muy alta— y que está dispuesto a todo lo que haga falta, ¿no es así?

»A duras penas pude abrir y cerrar la boca, nada más, al haberme cogido desprevenido. A él, por lo visto, le bastó. Hizo como si le hubiese dejado sordo a fuerza de garantizarle mi inteligencia y mi talante voluntarioso.

»—Por descontado, por descontado. Todo en orden —y se volvió al responsable de la Agencia, que seguía sentado y columpiando el pie, para decirle que, ciertamente, no podía hacerse a la mar sin un segundo oficial. Seguí en mi sitio, como si todo aquello estuviera ocurriéndole a otra persona y yo no fuese sino un mero testigo. El señor Powell me miraba con sus ojos relucientes. El molesto patrón, empero, se me plantó delante de las narices como si quisiera arrancarme la cabeza de cuajo.

»—No es tan mayor como para no admitir que se le indique cómo hay que hacer las cosas, ¿o sí? Aún le queda mucho por aprender, aunque esté convencido de lo contrario.

»Tenía medio en mente salvar mi dignidad diciéndole que caso de ser mis conocimientos de náutica los que había dado por aludidos, quería que le entrase en la cabeza que un individuo que ha sobrevivido a la hora y media de vueltas y más vueltas a que lo sometió el capitán R. estaba a la altura de todas las exigencias que su viejo barco pudiera imponer sobre su competencia. Fuera como fuese, ni siquiera me dio la oportunidad de ponerme de tal forma en ridículo, ya que sin darme tiempo a decir esta boca es mía, se había dado la vuelta en redondo y volvía a dirigirse afablemente al señor Powell, quien, sin dejar de balancear el pie, no dejaba de mirarme.

»—De buena gana daré empleo a su amigo, señor Powell, siempre y cuando dé su visto bueno para que firme en calidad de segundo de a bordo; me llevaré el contrato ahora mismo.

»De pronto, caí en la cuenta de que el inocente patrón del *Ferndale* sí había dado por hecho que yo era pariente del señor Powell. Este descubrimiento me dejó asombrado, por más que sin duda fuera un comprensible error, habida cuenta de las circunstancias. Lo que debía haberme admirado fue la reticencia con que se estableció el malentendido, pero es que por entonces era yo tan estúpido que nada me admiraba. Me produjo una enorme ansiedad la necesidad de aclarar el entuerto cuanto antes, y el responsable de la Agencia de Contratación se dio la vuelta en su taburete y se dirigió a mí llamándome “Charles”. Así, tal cual, sin mediar más palabras. Y noté que por el rabillo del ojo y muy de prisa miró un instante antes mi certificado, porque es evidente que hasta ese momento no estuvo seguro de cuál era mi nombre de pila.

»—Bien, Charles, ven aquí delante del escritorio —dice en alta voz.

»¡Charles! Al principio, lo juro, no me pareció posible que se dirigiera a mí. Llegué a darme la vuelta, por ver si aparecía el tal Charles, pero a mis espaldas no había nadie más que el sujeto del cuello estirado, todavía aplicado a sus tareas de escribano, y los otros tres titulares de la Agencia de Contratación de Fletes, que ya se ponían los gabanes y los sombreros, listos para marcharse a casa. Fue el industrioso hombre del cuello estirado quien, sin dejar la pluma que esgrimía en su mano izquierda, abrió la portezuela en el mostrador y me dijo amablemente:

»—Pase por aquí.

»Caminé como si estuviera en trance, me encaré al señor Powell, por el cual supe que zarparíamos primero para tocar tierra en Port Elizabeth, y firmé el contrato de segundo de a bordo del *Ferndale*, para cumplir un periplo que no debía sobrepasar los dos años de duración.

»—No nos fallará usted a la hora de embarcar, ¿eh? —dice el capitán con palpable ansiedad—. Si nos falla, tendremos que hacer frente a un sinfín de problemas y de gastos. Cuenta usted con seis horas, tiempo de sobra para empaquetar sus pertenencias, y podrá entonces echar una buena cabezada a bordo, antes que llegue de amanecida el resto de la tripulación.

»Cuán fácil le resultó hablar de prepararse en menos de seis horas para un periplo

que no habría de sobrepasar los dos años de duración. No tenía él que hacer tales preparativos, ni tampoco que resolver el problema de su baúl: el mío estaba encerrado en un cobertizo cuya llave llevaba, por lo que alcanzaba yo a saber, más de una semana extraviada. Pero tampoco me sentí muy preocupado. La sola idea de que a las seis de la mañana del día siguiente iba a hacerme a la mar todavía no se me había subido a la cabeza. Había sido todo demasiado repentino.

»El señor Powell, introduciendo el contrato en un sobre alargado, tomó la palabra tras proferir una media carcajada, fría, sin mirarnos a ninguno de los dos.

»—Honra el apellido de la familia, Charles.

»Y el patrón apostilla con voz cantarina:

»—Seguro que cumplirá como es debido. Y yo procuraré echarle un ojo.

»Dicho esto, coge el contrato, dice algo acerca de ir corriendo al hospital, a ver al pobre diablo, y se va con su pesado andar no sin antes decirme:

»—No se le ocurra ir por ahí como ese pobre tipo, no sea que lo atropelle un carro como si no tuviera ojos ni oídos.

»—Señor Powell —digo tímidamente; para entonces sólo quedaba en la oficina, aparte de nosotros, el sujeto de cuello estirado, ya en la puerta y a la pata coja, recogiendo el dobladillo de los pantalones—. Señor Powell —digo—, mucho me temo que el capitán del *Ferndale* se haya creído que somos parientes.

»Yo estaba bastante preocupado por la propiedad del comentario, por la superchería que podía haber dado a entender, pero al señor Powell pareció no importarle lo más mínimo.

»—¿Ah, sí? —me dice—. Pues es curioso, porque a mí también me da en la nariz que últimamente me he portado con algunos de ustedes, jovencitos, como se portaría un buen tío con sus sobrinos. ¿No le parece? De todos modos, si no le agrada siempre podrá usted desmentir la confusión... una vez hecho el barco a la mar.

»Llegados a este punto me sentí un tanto enrarecido. El señor Powell me había hecho un favor enorme: es un hecho contrastado que, en nuestro caso, me refiero a los marinos mercantes, el primer viaje en calidad de oficial es el verdadero comienzo de la vida. Eso, nada menos, era lo que me había concedido. Le dije calurosamente que en un solo día había hecho más por mí que toda mi parentela junta.

»—Oh, no, no, no —dice—. Creo que ha sido más bien esa carga de explosivos que espera río abajo la que tanto ha hecho por usted. Hoy, su mejor amigo ha sido esas cuarenta toneladas de dinamita, joven.

»Tal vez también eso fuera cierto. En cualquier caso, entendí con toda claridad que no era a mí mismo a quien debía dar las gracias por aquel golpe de buena fortuna. Ahora bien, cuando intenté agradecerle su intervención cortó en seco mis balbuceos.

»—No se apresure tanto en darme las gracias, que aún no ha terminado la travesía —me dice.

Nuestro amigo hizo una pausa.

—Curioso hombre —añadió con aire meditabundo—. Como si eso fuese a

cambiar las cosas. Curioso hombre, sí.

—Ciertamente, no es de sabios admitir cualquier clase de responsabilidad sobre nuestros actos, cuyas consecuencias jamás somos capaces de prever —comentó Marlow a manera de asentimiento.

—La única consecuencia de este acto fue que me enrolé en un barco —repuso el otro—, hecho más bien inofensivo —añadió con una risa que seguramente esgrimía cierto desprecio inconsciente por toda idea de carácter genérico.

Marlow, empero, no se dejó intimidar. Era de natural paciente y reflexivo. Había surcado los mares durante muchos años, y estoy en lo más hondo convencido de que le gustaba la vida del mar por ser en conjunto favorable a la reflexión. Me refiero a la ya casi inexistente navegación a vela. Para aquellos a quienes sorprenda tal afirmación, señalaré que esta vida del mar asegura a todo aquel que la emprenda las incalculables ventajas que tienen la soledad y el silencio. Marlow tenía el hábito de trazar las ideas genéricas de una manera hartamente peculiar, entre burlas y veras.

—Ah, no era mi intención dar a entender —dijo— que su homónimo, el señor Powell, titular de la Agencia de Contratación de Fletes, le haya causado un gran daño. Nada más lejos de su intención. A decir verdad, ni siquiera en el caso de habérselo propuesto, habría podido hacer tal cosa. No era sino un hombre, y la imposibilidad de lograr algo que sea absolutamente bueno o absolutamente malo es inherente a nuestra condición terrenal. La mediocridad es nuestra enseña. Y tal vez sea mejor que mejor, ya que, al menos la inmensa mayoría de las veces, no podemos tener la menor certeza del efecto que haya de desprenderse de nuestros actos.

—No entiendo yo de efectos —dijo el otro, poniéndose virilmente a la altura de Marlow—. ¿Qué efecto se esperaba usted en cualquier caso? Tan sólo he dicho que el suyo fue un acto de una amabilidad fuera de lo común.

—Hizo lo que pudo —replicó Marlow con tacto—, y a juzgar por su actitud no le supuso un gran esfuerzo, ni lo tuvo en gran estima. No puedo por menos de pensar que hubo un punto de malicia en su forma de atrapar la ocasión al vuelo para hacerle un favor a usted. Se las apañó para hacerle sentirse muy incómodo. Usted quería, sí, hacerse a la mar, pero él no desaprovechó la oportunidad de hacer realidad su deseo al tiempo que se vengaba. Tiendo a pensar que su descarado llegó a alarmarle. ¿Qué mejor ocasión para quitárselo de enmedio sin más ni más? Y es que, al aceptar usted, él se libraba de usted con todas las trazas de haber realizado un acto humanitario; caso de que usted pusiera alguna objeción (tras solicitar su ayuda, no lo olvide), quedaba en su mano la posibilidad de despacharlo por las buenas y tildarlo de impostor. Quién sabe, usted podría haber rechazado ese camarote que se le ofrecía aduciendo alguna razón de peso. Tal vez por alguna causa de fuerza mayor. El plazo que se le dio para presentarse a bordo fue inusitadamente breve. Habida cuenta de las circunstancias, en tal caso se habría cubierto usted de ignominia.

Nuestro amigo sacudió de golpe las cenizas de su pipa.

—Está usted en un error —dijo—, pues no soy yo dado a rechazar ofertas de esta

especie, aunque he de admitir que fue como preguntar a cualquiera si le apetece un baño y acto seguido arrojarlo por la borda sin más contemplaciones, y que se ahogue o que salga a nado con las botas puestas. De todos modos, al menos en un primer momento no me sentí como si tuviese el agua al cuello. Salí en silencio de la Agencia de Fletes y durante un rato paseé por las calles con toda tranquilidad, como si tuviera una semana por delante antes de embarcarme. Poco a poco me di cuenta de que el plazo era más breve aún de lo que yo había calculado. Iba bien avanzada la tarde; tenía algunas minucias que resolver, unos cuantos asuntos que atender, una o dos personas con las que entrevistarme. Una era en concreto una tía carnal mía, mi único familiar, que estuvo peleada con mi pobre padre durante toda su vida por alguna estupidez de la que nada bueno, ni tampoco malo, podría deducirse. Me dejó sus ahorros al morir. Siempre solía pasar a visitarla, aunque sólo fuese por pura decencia. Tenía, en fin, tantas cosas que hacer antes que anocheciera que no supe por dónde empezar. Sentí la tentación de sentarme en el bordillo de la acera y sujetarme la cabeza entre las manos. Era como si dentro del cráneo me hubiese empezado a petardear un motor. Por fin tomé asiento en el primer coche de punto que acertó a pasar, y me costó un verdadero esfuerzo, de veras lo digo, mantenerme allí sentado mientras subíamos y bajábamos las calles, deteniéndonos aquí y allá, con los bultos que iban acomodándose a mi alrededor y con el motor que me resonaba en la cabeza cada vez con más fuerza. La compostura de la gente que andaba por la calle me resultó hasta cierto punto una provocación, y en cuanto a las gentes que vi en las tiendas, estaban aturcidas, más que medio congeladas... imbéciles. Qué curioso, cómo puede llegar a afectarnos un determinado estado de ánimo; cualquiera que no actúe de acuerdo con nuestra especial excitación parece rematadamente hostil. Y mi estado de ánimo, sumado a las prisas, la preocupación y una exultación creciente, era hartamente peculiar. El motor que llevaba en la cabeza no dejó de bramar a toda velocidad hora tras hora, hasta que a eso de las once de la noche me dejó de pronto a la entrada del muelle, ante las grandes verjas de hierro, junto a una tapia.

Las verjas estaban cerradas con candado. El cochero, tras arrojar las cosas desde el techo a los brazos del joven Powell, se alejó dejándole a solas con su baúl de marino, su petate de lona y algunos paquetes más a sus pies. Estaba en una calle angosta y oscura, nos dijo. La hilera de casuchas del otro lado parecía deshabitada: no había en ninguna ni una sola luz. El blanco resplandor de una de esas chillonas tabernas en que sirven sobre todo ginebra de garrafa, algo alejada, hacia que la calle estuviese negra como boca de lobo. Algunas figuras humanas aparecidas misteriosamente, como si hubiesen brotado del tenebroso suelo, ocluyeron la débil iluminación que proyectaban los faroles de la verja. Tales figuras eran cautas de movimiento y perfectamente silenciosas al desplazarse, como animales de presa que rondasen la hoguera de un campamento. Powell recogió sus pertenencias como una

clueca que reúne a sus polluelos. Oyó una voz carrasposa e insinuante...

—Déjenos llevar sus cosas, capitán. Aquí viene mi camarada.

Era un rufián de gran estatura, huesudo, de cabellos grises, con un mentón de bulldog, vestido con una camisa de algodón algo desgarrada y unos molesquines. La sombra de sus botas claveteadas era enorme y tenía forma de ataúd. Su camarada, que por cierto no le llegaba al codo, al dar un paso adelante expuso una cara pálida, una nariz larga y ganchuda y una barbilla punto menos que inexistente. Parecía recién salido del tacho de la basura, con una boina escocesa y un andrajoso abrigo militar que le estaba demasiado grande. Al ser tan mortuoria su palidez, más parecía un inválido horrorosamente sucio, vestido con una deshilachada bata de andar por casa. Llevaba abierto el abrigo; el resto de su indumentaria constaba de un solo tirante, que le cruzaba en diagonal el pecho desnudo y huesudo, y un par de pantalones. Parpadeó rápidamente, como si le deslumbrase la débil luz del fondo, mientras su jefe, el viejo bandido, escrutaba al joven Powell con los ojos brillantes bajo un entrecejo renegrido. «Dé la orden, capitán. El guarda nos franqueará el paso sin poner pegas. Nos conoce a los dos».

—No le contesté palabra —prosiguió Powell—. Escuchaba en ese momento un ruido de pasos al otro lado de la verja, un eco que rebotaba contra las paredes de los almacenes como si fuese una ciudad deshabitada y llena de edificios altísimos, oscuros y sin ventanas del sótano a los tejados. Jamás hubiese imaginado que a tiro de piedra estaba la dársena en la que flotaban, amarrados, unos cuantos barcos de buen calado. Las escasas farolas de gas que iluminaban aquí y allá unos cuantos ladrillos parecían, en la negrura, cabos de vela repartidos por un sinfín de bodegas... A todo esto, aquellos pasos solitarios seguían acercándose. Al otro lado de la verja apareció un guardia del puerto, ancho de espaldas y severo.

»—¡Hola! ¿Quién va?

»Estaba realmente sorprendido, pero tras palabrear un poco me dejó entrar junto con los dos azotacalles que llevaban mi equipaje. Les soltó, en cambio, un par de gruñidos y cerró la verja con gran estruendo. Me asombró descubrir qué cantidad de merodeadores nocturnos se habían congregado en las tinieblas que cubrían la calle, en qué poco tiempo y sin que yo me percatara. Nada más atravesar las verjas se agolparon contra los barrotes, callados, como una banda de espectros repulsivos. De pronto, calle arriba, seguramente cerca de la taberna aquella alumbrada de chafarrinones, se armó una zapatiesta tal como si en el manicomio de Bedlam la hubiesen emprendido a porrazos todos contra todos: gritos, berridos, un chillido desmesurado... y con ese escándalo todas las cabezas desaparecieron de los barrotes.

»—Fíjese —se maravilló el guardia—. Me parece imposible creer que no arramplaran con todas sus pertenencias mientras estaba usted esperando.

»—De eso ya me habría encargado yo —dije en tono retador. El guardia, sin embargo, ni se inmutó.

»—Pues sí que habría hecho usted gran cosa. El petate desaparece por una

esquina, el baúl por otra... ¿Habría echado a correr por ambas cosas a la vez? Además, se le habrían echado encima sin darle tiempo a mover un dedo. Le aseguro que ha tenido usted una suerte extraordinaria, pues, por lo visto, los trotacalles que suele haber de costumbre por los alrededores no se fijaron en su coche cuando llegó cargado de bultos. Ted, en cambio, es honesto..., ¿eh, Ted? Tú haces un trabajo honesto, ¿o no?

»—Yo siempre, oficial —dijo el rufián con sentimiento. El otro frágil personaje parecía en cambio idiota, y no hacía sino saltar rozando el suelo con el dobladillo de su capote militar.

»—Ah, faltaría más: de eso doy fe —dijo el guardia—. Bien, pues: adelante, ¡marchando! Este es así porque no le va el andar por el mundo a salto de mata —me confió—. No tiene arrestos. De todos modos, no pienso perderlos de vista hasta que estén del otro lado de la verja. Ese enano es un demonio; ése sí que tiene arrestos para lo que sea, sólo que no le acompaña el músculo. ¡Bien, bien! Está usted de enhorabuena, por haber pasado la verja con la piel intacta y con todas sus pertenencias.

»Me mostré un poco incrédulo. Me pareció imposible que tras aprestarme para zarpar con tantas prisas y tantos impedimentos, hubiese estado a punto de echar a perder mi gran ocasión de empezar con buen pie la verdadera vida, total por una causa tan nimia. Le pregunté...

»—¿Pasan tales cosas a menudo tan cerca de las verjas del muelle?

»—¡A menudo! ¡No! Claro que no pasan a menudo. Pero tampoco es muy corriente que digamos que llegue un hombre en un coche lleno de bultos a estas horas de la noche y dispuesto a embarcar. Llevo trece años de guardia en los muelles, fíjese bien, y nunca había visto una cosa así.

»Entretanto seguimos tras mi baúl, transportado por un estrecho callejón flanqueado por sendos almacenes, a hombros del honrado Ted y de su demoníaco compinche, que tenía que ir al trote para no perder comba con el otro. Los faldones de su capote, flotando a sus espaldas, barrían el suelo, de modo que daba la sensación de ir transportado en volandas. En la esquina del tenebroso callejón surgía de la noche, junto a una farola de hierro forjado, un bauprés con su martingala correspondiente, terminado en punta de flecha. Estábamos ya en el muelle. Dejaron la carga bajo la luz y el honesto Ted preguntó con aspereza...

»—Y... ¿dónde dice que para su barco, gobernador?

»Yo no lo sabía; al guardia le interesó mi ignorancia.

»—¿Que no sabe dónde está su barco? —preguntó con evidente curiosidad—. ¿Y es usted el segundo oficial? ¿Qué pasa, que aún no ha trabajado a bordo?

»No podía yo explicarle que el único trabajo que había intervenido en relación con mi nombramiento era obra del azar. Le expliqué brevemente que no conocía el barco ni por asomo, a lo cual señaló...

»—Ya veo. Pues ahí lo tiene, ahí mismo. Ese es.

»El bauprés que iluminaba la luz de gas me inspiró en el acto interés y respeto; los palos eran grandes, las cadenas y cordajes recios y todo el armazón parecía poderoso y digno de confianza. Alcanzada apenas por el halo de luz, la proa sobresalía lo justo por encima de la línea del muelle; el resto era un negro manchurrón en la negrura de la noche. Me hallaba cara a cara con el auténtico comienzo de mi vida. Caminamos agrupados sobre un grasiento pavés, por entre el costado del barco y el alto muro de un almacén; me di duramente con la espinilla contra la pasarela. El guardia saludó al barco con profunda voz de bajo. “¡Ah del *Ferndale!*”. Contestó, tras la borda, un ruido débil y amortiguado, a caballo entre un zumbido y un ronco gruñir.

»Distinguí aunque vagamente una especie de pomo irregular y redondeado, de madera tal vez, sobre la batayola. No cedió ni un ápice; comoquiera que sonó entonces otro zumbido como una especie de eco debilitado del primero que oí, llegué a la conclusión de que aquella protuberancia debía de ser la cabeza del marino encargado de guardar el barco. El robusto guardia del muelle se mofó en imitación de una característica orden oficial.

»—Llega a bordo el segundo oficial. Hágase a un lado, marinero.

»La verdad de tal afirmación me tocó en la boca del estómago (ése es el lugar en donde un hombre siente de veras las emociones), pues entendí a carta cabal que entera y verdaderamente no era yo sino un segundo oficial exactamente igual a cualquier otro segundo oficial, al menos a ojos de aquel guardia. Me conmovió aquella prueba palpable de mi nueva dignidad: solamente me ofendió algo su tono. Con eso y con todo, le di la propina que andaba buscando. A partir de ese instante perdió todo el interés que pudiera tener por mí, fuese humorístico o de otra índole, y se marchó al paso escoltando con ademán severo al honesto Ted, que se alejó arrastrando las botas y farfullando como un ogro hambriento, y a su repulsivo e idiotizado compinche con su capote de soldado, el cual no emitió ni un solo sonido de principio a fin.

»Estaba muy oscuro el alcázar del *Ferndale*, entre las bordas a las que daba sombra la toldilla de popa y el ceño del almacén. Tomé asiento sobre el baúl, cerca de la escotilla de popa, tal como si de pronto me hubiesen fallado las piernas. De repente me sentí muy cansado, desfallecido. El vigilante del barco, a quien apenas lograba distinguir, se había debruzado sobre el cabestrante, presa de un arranque de toses lastimeras.

»—¡Ay, ay de mí! —jadeó con un hilo de voz; tanto tardó en recobrar el resuello que me puse en pie, alertado e indeciso—. Llevo así desde... hizo un año en navidad, ya va para largo. Pero no es nada.

»Parecía tener cuando menos cien años. Nunca llegué a verle como es debido, ya que marchó a tierra y desapareció de mi vista cuando subí al puente a la mañana siguiente, pero me dio la sensación de que era el ser más escuálido que haya respirado jamás en esta tierra. Tenía la voz tan imperceptible como el zumbido de un

mosquito. Como hubiese sido una crueldad inhumana requerir ayuda de tan lúgubre piltrafa, me puse yo mismo manos a la obra, arrastrando mi baúl por un pasadizo negro como la tinta que había bajo la toldilla de popa, en tanto el pobre hombre suspiraba y gemía a mi alrededor, como si mis esfuerzos fuesen más de lo que su debilidad le permitiese tolerar. Por fin, cuando tropecé ruidosamente contra los mamparos, me advirtió con su voz de silbo que anduviese con más cuidado.

»—¿Pues qué pasa? —le pregunté un tanto desabrido, ya que no podía yo acoger de grado una amonestación por parte de aquel melancólico, desolado espíritu.

»—¡Nada! Nada, señor —protestó tan de prisa que volvió a quedarse sin resuello, inspirándome lástima de nuevo—. Sólo que el capitán y su parienta duermen a bordo. Es una dama a la que de ninguna manera se debe molestar. Llegaron pasadas las ocho de la tarde, y se nos permitió dejar encendidas las luces del camarote sólo hasta las diez.

»Me sorprendió bastante la novedad, a qué negarlo. Jamás había estado en un barco cuyo capitán llevase consigo a su esposa. Había oído decir por ahí que las mujeres de los capitanes tienen por norma causar considerables quebrantos a bordo de cualquier barco con sólo tomar ojeriza a alguno de los tripulantes, sobre todo si se trata de mujeres recién casadas, jóvenes y hermosas. Las maduras y experimentadas, por otra parte, se las dan de saber del navío más que el propio patrón, y siguen con ojo de halcón todo lo que acontece a bordo. Son como un contramaestre de sobra, de talante particularmente picajoso e inflexible, dadas a pasar el parte al atardecer. Hasta las mejores son una molestia. Según opinión general, el patrón es más difícil de complacer si lleva su esposa a bordo; ahora bien, que ello se deba al deseo de hacer ostentación de su autoridad en presencia de una rendida admiradora, o que sea por la ansiedad de mantener a salvo a su amada, o sencillamente por la irritación que pueda causarle su presencia, nadie a quien haya oído yo comentar el particular está seguro del todo.

»Después de guardar mis cosas como pude, encendí un fósforo y entreví de súbito mi camarote; eché sobre el catre la ropa de cama, pero no me tomé la molestia de extenderla. No tenía sueño, ni sentía tampoco cansancio. Y la sola idea de haber suspendido relaciones con tierra firme, y de que así había de ser durante los meses venideros, me dio una gran tranquilidad de espíritu. Cualquier marino entenderá a qué me refiero.

Marlow asintió.

—Es una sensación estrictamente profesional —comentó—. Una persona dedicada a otra profesión o negocio no tiene ni la menor idea de qué se trata. Es la única vocación cuyo atractivo primordial yace en la sugerencia de una inquieta aventura aún por venir, y que encierra una hondísima sensación para quienes se entregan plenamente a ella. Muy difícil de definir, lo reconozco.

—Yo la llamaría la paz del mar —dijo Charles Powell con sinceridad, pero mirándonos como si en el fondo esperase por respuesta una risa despectiva, como si

los dos estuviésemos más que dispuestos a salvaguardar su reputación y su sentido común aunándonos en la risa. Ninguno de los dos, empero, rió ante Charles Powell; por algo se nos había hecho partícipes del inicio de su verdadera vida. Tuvo suerte con sus contertulios.

—Muy bien dicho, sí señor —dijo Marlow mirándolo con gesto de aprobación—. Un marino descubre una honda sensación de seguridad en el ejercicio de su vocación. La rigurosa vida del mar tiene esta ventaja sobre la vida en tierra firme, y es que todas sus exigencias son sencillas y de ninguna manera pueden rehuirse.

—Palabra de Dios —asintió Mr. Powell—. No, de ninguna manera pueden rehuirse.

Que tan excelente entendimiento se diera de forma natural entre mi viejo amigo y nuestro recién conocido es por sí solo hecho destacable. Y es que eran de todo punto disímiles, pues una individualidad tendía a proyectarse a lo largo y otra a lo ancho, pretexto más que suficiente para que se diera una discordancia irreconciliable. Marlow, un hombre larguirucho, desgarbado, con una calma apostura y una tez que cubría todo el espectro del moreno, despojado de todo vestigio de relumbre, tenía una mirada escueta, velada, un porte neutro y la secreta irritabilidad que suele acompañar a la predisposición hacia las congestiones biliares. El otro, compacto, ancho, robusto, parecía colmado de órganos en óptimas condiciones, en vigoroso funcionamiento a todas horas, para conservar su color abrigado, la leve ondulación de su cabello negro como el carbón y el lustre de los ojos, aposentados con rotundidad por cierto en un rostro abierto y varonil. Entre dos organismos tales, nadie habría esperado la más remota concordancia temperamental. He observado, sin embargo, que los hombres profanos que viven a bordo de los barcos, al igual que los santos varones congregados en los monasterios, desarrollan ciertos rasgos de una honda semejanza. Ello es probable que se deba a que el servicio en el mar y el servicio en un templo están uno y otro desgajados de las vanidades y errores de un mundo que no obedece a ninguna regla severa. Los hombres del mar se entienden muy bien unos con otros en lo que atañe a su visión de los asuntos terrenales, ya que la sencillez es buena consejera y el aislamiento no es mal educador. Cierta mentalidad compuesta de inocencia y escepticismo a partes iguales es común a todos ellos, con el añadido de una inesperada capacidad de penetración en toda suerte de motivos, como si fueran testigos en el fondo desinteresados que coinciden al asistir por casualidad a un juego. Powell hizo conmigo un aparte.

—Me gustan las cosas que dice.

—Se entienden ustedes muy bien —observé.

—Conozco a los de su raza —dijo Powell, acercándose entonces a la ventana para observar su cúter, que cabeceaba de proa a la marea—. Es de esos que andan siempre en pos de un concepto u otro, que no dejan de darle vueltas a la sesera y solamente por el entretenimiento que ello pueda depararles.

—Pues de ser así, esa actividad les conserva en buena forma —dije.

—Yo diría que los conserva bastante animados —reconoció.

—¿Preferiría usted a un hombre que dejase sus reflexiones sin desenredar?

—Eso sí que no —contestó nuestro recién conocido. Claramente, no era difícil seguirle el hilo—. Ciertamente, me agrada —prosiguió—, aunque no sea fácil saber qué piensa con exactitud. Siempre parece estar pensando en varias cosas a la vez. ¿A qué se dedica?

Le informé de que nuestro amigo Marlow se había retirado del mar, aunque de mala gana y si acaso a medias, hacía ya algunos años.

—A lo mejor es que ha tenido ya más que de sobra —fue el comentario de Powell.

—Ese «a lo mejor» es el giro más atinado para expresarlo —observé, pues me había acordado del carácter sutil y provisional de la prolongada estancia de Marlow entre nosotros. De un año para otro residía en la tierra tal como se posa a descansar un ave en la rama de un árbol, tan tensa por el poder de levantar el vuelo bruscamente en su verdadero elemento que resulta incomprensible cómo permanece en calma un minuto tras otro. El mar es el verdadero elemento del marinero, y Marlow, al callejear por tierra firme, me resultaba objeto de una incrédula conmiseración, tal como un ave que, en secreto, hubiese perdido la fe en la enaltecida virtud del vuelo.

Para entonces estábamos de pie en el comedor, y Marlow, enjuto y decidido, se acercó al ventanal junto al que habíamos departido el señor Powell y yo.

—Perdón, pero... ¿cómo dice que se llamaba el barco que cambió su suerte? —inquirió.

El señor Powell lo miró unos instantes.

—El *Ferndale* —dijo—. Un barco de Liverpool, de construcción mixta por cierto.

—El *Ferndale* —repitió Marlow pensativo—. El *Ferndale*...

—¿Lo conoce?

—Nuestro amigo —dije yo— algo sabe, mucho o poco, de todos los barcos. Se diría que ha recorrido los mares repasándolo todo a conciencia.

Marlow esbozó una sonrisa.

—Lo he visto al menos en una ocasión.

—El mejor barco que jamás se haya hecho a la mar —proclamó el señor Powell impetuosamente—. Sin lugar a dudas.

—Desde luego, parecía un barco sólido, confortable —asintió Marlow—. Inusitadamente confortable, diría yo... Aunque no demasiado veloz.

—Tenía velocidad sobrada para cualquier hombre que esté en sus cabales... Al menos cuando estuve yo a bordo —gruñó el señor Powell de espaldas a nosotros.

—Para un hombre que esté en sus cabales... cualquier barco es bueno —generalizó Marlow en tono conciliador—. Un marino no tiene por qué ser un trotamundos, ni mucho menos un turista.

—Cierto —musitó el señor Powell.

—Para un marino, el tiempo nunca lo es todo —conjeturó Marlow.

—No creo yo que sea gran cosa —repuso el señor Powell—. Con eso y con todo, una travesía rápida es poco más que una pluma de adorno en un sombrero.

—Desde luego. Y ese adorno es para uso y disfrute exclusivo del capitán. A propósito, ¿cómo se apellidaba?

—¿El patrón del *Ferndale*? Anthony. Capitán Anthony.

—Sin más ni más —dijo Marlow pensativo—. Muy cierto —a lo cual, nuestro nuevo amigo miró por encima del hombro.

—¿Que quiere decir? ¿Habría sido más cierto caso de apellidarse Brown?

—Es probable que lo haya conocido —expliqué—. Este Marlow es capaz de haber conocido mucho o poco a todas las almas que hayan surcado alguna vez los mares en el cuerpo de un marino.

Diríase que el señor Powell era sensible en extremo a cualquier sugerencia verbal, pues volvió a mirar por la ventana y murmuró:

—Fue un hombre bueno.

Claramente se refería al capitán Anthony, del *Ferndale*. Marlow se volvió hacia mí para expresar su protesta y poner las cosas en su justo punto.

—No llegué a conocerle. De veras que no. Fue un hombre bueno, aunque eso no diga gran cosa de él. Ni siquiera estoy seguro de tal extremo, aunque le creo. De él, tan sólo tuve noticia de un accidente llamado Fyne.

El señor Powell, que sin lugar a dudas era capaz de ponerle proa al más pintado, se volvió de espaldas a la ventana.

—¿Qué diantre quiere decir? —preguntó—. Un accidente... llamado Fyne —repitió, espaciando las palabras para darles mayor énfasis.

Marlow no pareció desconcertarse.

—No hablo de accidentes en el sentido de desgracia; nada más lejos de mi intención. Fyne era un hombre de corta estatura, un buen hombre que trabajaba de funcionario para la administración civil. Al decir accidente quiero dar a entender algo que sucede a botepronto, a ciegas, sin obedecer a ningún plan trazado de antemano. De esa forma, y no de otra, suele aparecer un cuñado en la vida de un hombre.

Como el tono que utilizó Marlow fue más bien de exculpación, y como nuestro amigo se había vuelto hacia la ventana, me hice cargo de continuar la conversación.

—Justo es decirlo. La inmensa mayoría de los matrimonios rara vez responden a un plan inteligente trazado de antemano, lo cual no quiere decir que por ello desmerezcan. A veces, la inteligencia extravía a las personas por los mismos caminos que la pasión. Sé que no lo dice con cinismo.

Marlow esbozó su peculiar sonrisa retrospectiva, tan afable como si no guardase ningún rencor contra las muchas personas que hubiese podido conocer a lo largo de su vida.

—Al matrimonio Fyne le fueron bastante bien las cosas, por no aventurarme a decir que fue un éxito redondo, aun sin obedecer a ningún plan previsto de antemano, qué duda cabe. Fyne era un caminante entusiasta, conviene que lo sepan. Solía pasar sus vacaciones recorriendo a pie nuestra tierra natal. Era un hombre de gustos sencillos. A sus vacaciones y a sus ratos de ocio dedicaba infinita convicción y perseverancia. En la estación adecuada del año se veía a Fyne, un hombrecillo de rostro adusto y anchas espaldas, mochila al hombro, de camino a cierta iglesia famosa por su campanario. Le horrorizaban las carreteras. Llegó a escribir un librito titulado *Itinerarios de a pie*, y se le reconoció como verdadera autoridad sobre las trochas y senderos de toda Inglaterra. Fue así que un buen año llegó a su manera, campo a través, por alguna de sus rutas predilectas, a un bonito pueblo de Surrey, donde conoció a la señorita Anthony. Puro accidente, ya lo ven. Y fue más o menos así que se entendieron, probablemente cada uno a un lado de la cerca. El pequeño Fyne era un hombre de solemnes convicciones respecto al destino de las mujeres en la tierra, la

naturaleza de nuestros amores mundanos, las obligaciones propias de esta vida que no es más que puro tránsito, etc. Probablemente las expuso con todo detalle a la que había de ser su futura esposa. La concepción de la vida que tenía la señorita Anthony era igualmente muy firme, pero de forma harto diferente. Desconozco los pormenores de su noviazgo. Imagino que lo llevaron a escondidas y, estoy seguro, con una seriedad portentosa, detrás de los setos, ocultos en medio de las arboledas.

—¿Y por qué fue aquél un noviazgo clandestino? —inquirí.

—Debido al padre de la dama. Era un sentimental desmesurado, que tenía ideas propias acerca de las prerrogativas de la paternidad. Era el terror en persona; sin embargo, la única prueba de la por lo demás inexistente imaginación de Fyne era el orgullo que le inspiraba la ascendencia de su esposa. Además, tal rasgo era todo un estímulo para su ingenuidad. Qué difícil, ¿no es así?, dejar caer en una conversación sobre tales o cuales generalidades el apellido de soltera de la propia esposa. El simple de Fyne hizo uso del nombre del capitán Anthony para lograr tal fin; de otro modo, jamás habría tenido yo noticia del hombre en cuestión. «El hermano de mi mujer, el marino...». Así solía mencionarlo. Echaba mano de su cuñado, el muy estimable marino, a propósito de los temas más variados: los asuntos coloniales relacionados con las Indias, las cuestiones de comercio, una conversación acerca de los viajes, de unas vacaciones a la orilla del mar, etc. Recuerdo haberle oído relacionar al «capitán Anthony, el hermano de mi mujer, ya sabe usted, el marino», con algo tan traído por los pelos como un simple crepúsculo. Además, el pequeño Fyne nunca olvidaba apostillar: «hijo de Carleon Anthony, el poeta, ya sabe usted...». Al hacer uso del latiguillo tenía por costumbre bajar la voz, con lo que sus oyentes quedaban impresionados, o al menos lo fingían.

El fallecido Carleon Anthony, el poeta, cantó en su mejor época las amenidades y virtudes domésticas y sociales de nuestro tiempo en versos sumamente afortunados, con el único objeto, según sus propias palabras, «de glorificar el resultado de estos seis mil años de evolución encaminada hacia el refinamiento del intelecto, las costumbres y los sentimientos». Desconozco por qué razón fijaría el plazo en seis mil años^[1]. Sus poemas se leían como novelas sentimentales referidas en verso, un verso de una calidad realmente excelsa. Se tenía la sensación de verse transportado por un delicioso paisaje campestre, en compañía de una encantadora dama, en un coche descubierto y tirado por un pony. Ahora bien, ese mismo Carleon Anthony mostraba en su vida doméstica ciertos rasgos del primitivo temperamento de los cavernícolas. Era un hombre imponente, implacable, de rostro agraciado, arbitrario y despiadado para con la servidumbre, pero suave como la seda para con sus admiradores. Estos despliegues contrastados debieron resultar particularmente exasperantes a su desquiciada y paciente familia. Tras la muerte de su segunda esposa, su hijo, a quien por puro capricho se obstinaba en educar en su propia casa, se fugó al estilo convencional y, como si de hecho estuviese asqueado de tantas y tan civilizadas amenidades, se arrojó, dicho sea en sentido figurado, al mar. La hija, la mayor de los

dos, ya fuese sólo por compasión, ya porque las mujeres tengan de natural mucho más aguante, permaneció leal cual esclava al poeta durante varios años, hasta que también ella aprovechó la ocasión de escapar arrojándose en brazos, en los musculosos brazos, de Fyne el caminante. Pudo ser puro azar o gran sagacidad por su parte. Un funcionario de la administración civil es, imagino yo, el último ser humano capaz de conservar los rasgos típicos del cavernícola del cual ansiaba escapar. Su padre jamás condescendió a verla después del casorio. Es difícil penetrar en un egoísmo tan empedernido y tan refractario al perdón, y mucho menos comprenderlo, a menos que se piense en una perversa versión del refinamiento. Se aventaron además serias dudas en torno a la salud mental de Carleon Anthony durante un tiempo considerable, mucho antes de que falleciera.

La mayor parte de lo que antecede lo deduzco de lo que dijo Marlow, ya que todo lo que alcanzaba yo a conocer de Carleon Anthony eran sus tibios pero fascinantes versos. Marlow aseguró que el matrimonio de Fyne fue un perfecto éxito, un matrimonio incluso feliz en el más honrado y menos chabacano de los sentidos, bendecido además por tres hijas sanas, activas y dotadas de una enorme confianza en sí mismas. Por si fuera poco, las tres fueron muy dadas a las largas caminatas. Incluso la más pequeña de las tres era capaz de caminar sin rumbo fijo por espacio de varias millas a menos que se la contuviera. La señora Fyne era una mujer rubicunda y muy amiga de la vida al aire libre; llevaba las blusas con la pechera almidonada, como las camisas de hombre, el cuello subido y un lazo de terciopelo. Marlow los había conocido un verano en el campo, donde tenían por costumbre alquilar una casa para pasar las vacaciones...

Llegados a este punto nos interrumpió el señor Powell, quien nos comunicó que debía marcharse. La marea estaba a punto de cambiar, anunció nada más alejarse de la ventana no sin cierta brusquedad. Deseaba estar a bordo de su cúter antes que aproase el repunte de marea; dormía, por descontado, a bordo. Estando de crucero jamás pernoctaba lejos de su cúter. Se marchó en un santiamén, sin ceremonias, pero sin ofendernos tampoco y dejando al marcharse la viva impresión de que lo conocíamos desde hacía tiempo. La ingenuidad con que nos había relatado sus primeros pasos en la vida algo tuvo que ver con el hecho de haberse acomodado en una posición así para con nosotros. No pensé que volviéramos a verle. Marlow, en cambio, manifestó cierta esperanza de topar con él sin que pasara demasiado tiempo.

—Surca la embocadura del río durante todo el verano. Será fácil encontrarnos con él algún fin de semana que otro —subrayó, para tocar después el timbre y pedir la cuenta al tabernero.

Más adelante pregunté a Marlow por qué deseaba cultivar aquella amistad que en el fondo había sido mero fruto del azar. Confesó, a manera de disculpa, que era la suya una curiosidad normal y corriente. Tengo a gala jactarme de comprender todas

las clases de curiosidad que puedan existir. La curiosidad por los hechos cotidianos, por las cosas de cada día, por las personas con que vamos encontrándonos es, de hecho, la facultad más respetable de la mente humana. No alcanzo a entender qué uso pueda dársele a una mentalidad proclive a la indiferencia, carente de curiosidad. Sería como una cámara perpetuamente cerrada a cal y canto. Ahora bien, en este caso en concreto el señor Powell parecía habernos proporcionado ya una visión completa de su personalidad tal cual era, una personalidad dotada de una evidente perspicacia, afinada para captar los caprichos del destino, pero en lo esencial sumamente sencilla.

En esto Marlow estuvo de acuerdo conmigo. Explicó, empero, que su curiosidad no la excitaba exclusivamente el señor Powell. Tenía su origen mucho antes, en su accidental conocimiento de los Fyne, en las fortuitas relaciones que con ellos había tenido en el campo. El haberse encontrado por pura casualidad con un hombre que había navegado con el capitán Anthony sólo la había revivido. Y la había revivido, por cierto, con un propósito determinado, de cuyo origen y naturaleza también pasó a darme noticia. Se me dio, sin embargo, en sucesivas etapas, a intervalos que aquí no se indican. En aquella primera ocasión hube de comunicar a Marlow con cierta sorpresa:

—Veamos: si no me engaña la memoria, dijo usted que no conocía al capitán Anthony.

—Así es. Nunca llegué a verle. De esto hace ya muchos años, pero me parece oír aún la voz profunda y solemne del pequeño Fyne al anunciar la inmediata visita del hermano de su mujer, «el hijo del poeta, ya sabe usted». Había arribado a Londres tras un largo viaje y, directamente, caso de permitírsele sus ocupaciones, iba a pasar algunas semanas en compañía de sus parientes. Sin lugar a dudas, los dos tendríamos mucho de que hablar, al menos a juzgar por nuestra común vocación, según añadió el pequeño Fyne en tono de mal agüero y con su grave voz, como si la Marina Mercante fuese una sociedad secreta.

»Ha de entenderse que yo cultivaba el trato con los Fyne únicamente en el campo y durante las vacaciones; aquél era el tercer verano en que nos relacionábamos. De su vida en la ciudad no sabía yo más que lo que pudiese inferir por analogía. Jugaba al ajedrez con Fyne a la caída de la tarde, y a veces me acercaba a su casa con tiempo suficiente para tomar el té con la familia entera, sentados ante una gran mesa redonda. Tratábase de una congregación poco o nada sonriente de rostros quemados por el sol, aparte de ser parcos en palabras. Hasta las propias niñas eran muy calladas, tal si tuvieran desprecio unas por otras y todas por sus mayores. A veces, Fyne murmuraba algo que parecía salirle de las profundidades del pecho. La señora Fyne sonreía mecánicamente (tenía unos dientes espléndidos) sin dejar de repartir el té, el pan y la mantequilla. Algo que no era del todo frialdad, ni tampoco indiferencia, sino un peculiarísimo dominio de sí misma, le daba la apariencia de una institutriz muy de fiar, muy capaz, por no decir excelente, como si Fyne fuese viudo y las niñas no fueran hijas de ella, como si estuvieran confiadas a sus sosegados y eficaces

cuidados, a salvo de toda emoción. Era casi de esperar que tratase a Fyne de «míster». Al oír que le llamaba John, quien estuviese presente sorprendíase sin duda ante semejante exceso de familiaridad. El ambiente de aquellas vacaciones, si es que así puede decirse, fue de un brillante aburrimento, todo rostros saludables, animadas y frescas tonalidades de piel, ojos claros y nunca, en todos ellos, una sonrisa amistosa, salvo, sí acaso, en alguna jovencita, amiga de la familia, que pasaba con ellos las vacaciones.

»El misterio de aquellas jóvenes amistades femeninas me dio grandes quebraderos de cabeza. De qué forma, o de dónde sacarían los Fyne a aquellas hermosas criaturas que tan a menudo pasaban una temporada con ellos, es algo que ni siquiera acierto a imaginar. Al principio albergué la disparatada sospecha de que las traían de donde fuese con el solo objeto de entretener a Fyne. Pronto descubrí, sin embargo, que él no conseguía distinguir a una de otra, por más que obviamente otorgase a esta presencia su solemne aprobación. Lo cierto es que aquellas muchachas acudían por la señora Fyne. Fa trataban con admiración y deferencia. Ella respondía a una u otra necesidad de las muchachas, las cuales tomaban asiento a sus pies como si fueran sus discípulas. Era todo ello muy curioso. En Fyne apenas si se fijaban. En cuanto a mí, consiguieron que me sintiera hasta cierto punto inexistente.

»Después de tomar el té me acomodaba con Fyne para jugar al ajedrez, momento en el que su imperecedera gravedad teñíase levemente de un atenuado resplandor, reflejo tal vez de alguna interioridad suya, más bien parecida a una socarrona satisfacción. Solamente ante un tablero de ajedrez manifestábase capaz de la divina frivolidad de la risa. Ciertas disposiciones de las piezas en el transcurso de la partida se le antojaban de lo más humorístico, dándole una alegría que no despertaba en él ningún otro asunto de este mundo.

—Solía ganarle —afirmé con seguridad.

—Sí, me ganaba casi siempre —reconoció Marlow al punto.

Así pues, jugaba con Fyne dos partidas después de tomar el té. Fas niñas retozaban serias en el jardín, sin el menor ánimo de jugar, tal como cualquiera habría esperado de las hijas de los Fyne, mientras la propia señora Fyne desaparecía por el jardín en compañía de la jovencita que hubiese acudido a visitarla aquel fin de semana. Después de tomar el té, se alejaba siempre caminando sin más contemplaciones, rodeando con el brazo la cintura de su amiguita. Marlow comentó que únicamente llegó a trabar conversación con una de aquellas jóvenes. Había ocurrido de forma punto menos que inesperada, mucho después que diese por perdida toda esperanza de intimar con aquellas muchachas tan reservadas.

Un día vio una silueta femenina que caminaba al filo de una altísima cantera, un auténtico precipicio de unos cien pies de altura a contar desde el sendero que serpeaba por la colina en que había sido excavada. Desde el pie de la cantera, a donde por casualidad le había llevado su paseo, Marlow le dio una voz de aviso. La muchacha se encontraba, qué duda cabe, en verdadero peligro. Al oír el grito

retrocedió y desapareció de su vista tras unos jóvenes abetos de Escocia plantados al mismo borde del precipicio.

—Me senté en un ribazo cubierto de hierba —prosiguió Marlow—. Me había dado un verdadero disgusto. El vuelo de su falda parecía flotar sobre aquel espantoso talud, de cerca que estaba del precipicio. Qué ocurrencia tan absurda. Una auténtica locura... ¡además, inconcebible! Reflexionaba yo sobre la estúpida temeridad propia de las muchachas al uso, al tiempo que recordaba otros ejemplos que no hacen al caso, cuando volví a verla; doblaba una de las empinadas revueltas del sendero. Portaba el bastón de la señora Fyne y la escoltaba el perro de los Fyne. Su rostro, céreo como el de una muerta, me asombró hasta el punto de que se me olvidó quitarme el sombrero. Seguí sentado, mirándola. El perro, un animal vivaz y afable que por alguna razón que se me oculta me había obsequiado con su amistad a pesar de mi porte indigno, echó a correr con decisión por el ribazo, para plantarse a mi lado a la espera de recibir alguna caricia.

»La amiga, pues de una de ellas se trataba, siguió su camino como si no me hubiera visto, hizo un alto y llamó al perro varias veces; el animal, en cambio, siguió acurrucado junto a mí, y cuando procuré apartarlo de mi lado puso de manifiesto esa notoria capacidad de resistencia interior mediante la cual un perro resulta prácticamente inamovible aunque se le trate a puntapiés. Ella nos miró por encima del hombro; la vi arquear las cejas primero y después fruncir el ceño en su rostro inmaculado. Fue una mueca serena, pero de evidente fastidio. Luego cambió su expresión; pareció desdichada. «¡Ven aquí!», volvió a gritar con un tono más irritado e intranquilo. Por fin me quité el sombrero, pero el perro, con la lengua fuera y esa expresión de alborozada imbecilidad que tan bien saben adoptar los perros cuando conviene a sus propósitos, fingía estar sordo.

»Volvió a gritar desesperada, de lejos:

»—Tal vez quiera usted llevarlo a la casa de campo. Voy con prisa y no puedo esperar.

»—No quiero hacerme responsable de ese perro —repliqué a la vez que bajaba del ribazo y avanzaba hacia ella. Parecía dolida a causa, por lo visto, de la deserción del perro—. Ahora bien, si me permite acompañarla, a buen seguro que vendrá tras nosotros —sugerí.

»Ella siguió su camino sin contestarme. De repente, el perro echó a correr a toda velocidad. Tras alejarse, desapareció, y a la postre dimos con él; nos esperaba tumbado sobre la hierba. Resollaba a la sombra de un seto, con los ojos encendidos, pero fingió no habernos visto. Hasta ese momento no habíamos cruzado ni palabra. La muchacha, a mi lado, me lanzó una despectiva mirada al pasar.

»—Se ofreció a venir conmigo —comentó no sin amargura.

»—¡Y luego la abandonó! —dije dándole la razón—. Desde luego, parece muy poco caballeroso. Claro que debe de ser porque aspira a un trato más afable. Creo que se ha propuesto protestar por su temeridad. ¿Por qué se acercó tanto al filo de la

cantera? El terreno podría haber cedido bajo sus pies. ¿No se fijó en el abeto despanzurrado que hay al pie del talud? Se desmoronó el otro día, después de que lloviera durante toda la noche.

»—No veo yo por qué no haya de ser tan temeraria como me plazca.

»Me aguijoneó la brusquedad con que se reiteró en su estupidez, y le dije que tampoco era asunto que me incumbiera con un tono con el que di a entender que allá penas si lo que le apetecía era desnucarse. Fue sin duda excesivo por mi parte, habida cuenta de lo que me había propuesto, pero es que me repugna la impertinencia y la falta de modales en una jovencita. Habíamos sido presentados el día anterior ante la mesa del té, y ella apenas se había dado por enterada. No llegué a retener su nombre, pero sí me llamaron la atención sus cejas finas y arqueadas, que según los fisonomistas son muestra de valor.

»La examiné quedamente. Tenía el cabello casi negro, los ojos azules y ensombrecidos por unas pestañas luengas y oscuras. Noté que tenía mejor color que antes. Miraba al frente; la comisura de los labios que más cerca me quedaba le caía un poco, y tenía el mentón algo puntiagudo. Le dije a continuación que convenía tener en consideración a los demás cuando uno decide jugar con peligro; le hice ver, quitándole importancia, el desconuelo que se habría apoderado de los Fyne caso de producirse un accidente. Añadí que, a juzgar por su temeridad, no tenía ni la menor idea de cómo es de veras la mentalidad bucólica. Caso de haber dado pie a una investigación del forense, el veredicto hubiese sido de suicidio, con la consiguiente sospecha de un amor infeliz o no correspondido que tal desenlace acarrea consigo. Jamás habrían comprendido que hubiese saltado por encima de dos vallas solamente por la diversión que le hubiera procurado ese acto de absurda imprudencia. Ahora bien, por más que hablase también con ligereza, a mí me asombró, y mucho, el suceso. Ella repuso que, una vez muerta, poco o nada podía importar lo que dijese o pensaran de uno los demás. Lo comentó con infinito desprecio, pero una especie de estremecimiento que pese a todo logró reprimir me llevó a mirarla de nuevo. Percibí que se le habían humedecido las luengas pestañas. Tan sorprendente descubrimiento me hizo callar, como bien puede suponer. Parecía desgraciada. Y, bueno... aunque no sé cómo expresarlo... lo cierto es que le sentaba bien. La frente nublada, la boca adolorida, la mirada fija en algún punto lejano, perdida... En fin, una genuina víctima. Y este aspecto característico le daba atractivo, un aire muy personal, ya sabe usted.

»El perro había echado a correr por delante de nosotros y nos contemplaba desde la verja del jardín de los Fyne, en una tensa actitud, meneando el rabo recortado con extrema lentitud, como si estuviese concentrado y muy atento. La amiga de los Fyne pasó violentamente a la acción y cruzó rapidísima la mencionada cancela, dejándome plantado y perplejo en medio del camino.

»Un par de horas más tarde volvía a la casa de campo para jugar al ajedrez, como de costumbre. No vi ni a la muchacha ni a la señora Fyne. Acabamos nuestras dos

partidas; al marcharme, advertí a Fyne de que debía regresar a la ciudad por un asunto de negocios, y que probablemente tardaría algún tiempo en volver. Lo lamentó sobremanera. Esperaba la llegada de su cuñado para el día siguiente. Pero no sabía si era o no aficionado al ajedrez. El capitán Anthony («el hijo del poeta, ya sabe usted») era de talante retraído, tímido con los desconocidos, poco hecho a la vida social y muy devoto de su profesión, según explicó Fyne. Durante todo el tiempo que llevaba casado tan sólo había conseguido convencerle en una ocasión para que les visitara durante unos pocos días. Había pasado una adolescencia más bien infeliz, de ahí su carácter callado. Claro que sin lugar a dudas, concluyó Fyne como si resolviese con aire agorero un misterio, siendo los dos marinos tendríamos muchas cosas que decirnos mutuamente.

»Esta cuestión nunca llegó a aclararse. Hube de permanecer en la ciudad semana tras semana, hasta que me pareció que ya no valía la pena volver al campo. Comoquiera que había mantenido el alquiler de mis habitaciones en la granja, resolví acercarme a pasar unos días.

»Era tarde, ya de anochecida, cuando bajé del tren en el apeadero y cayó mi vista sobre una espalda ancha e inconfundible, sobre unas piernas musculosas y enfundadas en calcetines de ciclista, que no podían ser sino del pequeño Fyne. Recorrió a buen paso los vagones hasta llegar a la cola del tren, que en ese momento arrancó, quedándose a solas al extremo del rústico andén. Cuando llegué a donde lo esperaba noté que estaba sumamente turbado: tanto, que olvidó la convención de los habituales saludos. Tan sólo exclamó “¡Oh!” al reconocermelo, y se calló en seco, titubeando. Cuando le pregunté si había ido a esperar a alguien dio la impresión de que ni siquiera lo sabía. Balbuceó algunas frases inconexas. Lo miré fijamente. A ojos vistas, estaba perfectamente sobrio; más aún, sospechar en Fyne cualquier desacato al elemental decoro, fuera por exceso o por defecto, nimio o considerable, era de todo punto absurdo. Asimismo, era una persona demasiado seria y comedida para haberse vuelto loco de repente. Viendo no obstante que parecía haber olvidado que disponía de la facultad del habla, opté por dejarlo en paz con su misterio. Con gran sorpresa por mi parte me siguió al salir del apeadero y se puso a caminar a mi lado, por más que yo no le hubiese dado pie a ello. Tampoco rehusé, empero, su esfuerzo por trabar conversación. Ya no contaba con que llegase, dijo: había dejado de esperarme. El tiempo había sido invariablemente bastante bueno, y suma y sigue. Me enteré también de que el hijo del poeta había abreviado su visita, regresando a su barco antes de lo esperado, el día anterior a mi llegada.

»Esta noticia no me conmovió en demasía. Como yo creo en lo hereditario del carácter solamente con moderación, bien sabía yo de qué forma modela a un hombre la vida en el mar sobre todo de puertas afuera, y cómo estampa en su alma el sello de una cierta y prosaica aptitud, pues un marino no por fuerza ha de ser un aventurero. No manifesté ningún pesar por no haber conocido al capitán Anthony, y seguimos caminando hasta que, al acercarnos a la casa de campo en que residía durante el

verano, Fyne rompió inesperadamente el silencio, con la apresurada afirmación de que me acompañaría un trecho más.

»—Voy con usted hasta la puerta —musitó, para encaminarse acto seguido a la cancela en que aguardaba la figura de la señora Fyne, claramente a la espera de verlo. Estaba sola. Las niñas debían de estar ya acostadas, y no vi siquiera la sombra de alguna amiga que acompañase aquel vagaroso e inconfundible perfil, semioculto en la oscuridad del jardincillo.

»Oí que Fyne exclamaba: “Nada”. Oí después la voz mesurada y formal de la señora Fyne, que decía: “Es lo que había dicho yo” con incisiva ecuanimidad. Para entonces ya había pasado ante ella, no sin antes saludarla con el sombrero. Casi de inmediato me alcanzó Fyne, el cual disminuyó su ritmo para ponerse a la altura de mi paso, que por cierto debió resultarle irritante, habida cuenta de sus notorias facultades de andarín. Estoy seguro que todo su musculoso ser debió de sufrir un espantoso aburrimiento de estricto carácter físico, toda vez que tampoco se propuso disiparlo mediante la conversación. Guardó un agorero y fastidioso silencio. Y también me aburría yo. De pronto, percibí la amenaza de un aburrimiento infinitamente peor. ¡Sí! Iba tan callado porque tenía algo que decirme.

»Me entró el miedo en el cuerpo. Ahora bien, el hombre, animal intrépido donde los haya, está hecho de tal pasta que la curiosidad, por ínfima que sea, habrá de llevarle a superar todos los terrores, el desagrado, y hasta la mismísima desesperación. A mi lacónica invitación de que pasara a beber algo, contestó con un hondo y grave “sí, gracias”, como si fuera un responso pronunciado en la iglesia. Su rostro, visto a la luz del farol de la entrada, no me dio la menor clave acerca del carácter de la comunicación inminente; si bien la naturaleza de los acontecimientos tampoco se lo hubiera permitido, su expresión habitual ya era de una seriedad absoluta. Era el suyo un semblante perfecto e inamovible; qué duda cabe que no habría variado ni un ápice si fuese a comunicarme algo prodigiosamente gracioso.

»Me contempló con mirada sincera, y pasó a esbozar ciertos comentarios de peso acerca de la inclinación que tenía su mujer por hacer buenas migas con toda clase de jovencitas, para aconsejarlas y guiarlas por el camino de la vida. Era una misión de carácter voluntario. Aprobaba la conducta de su esposa, así como sus puntos de vista y principios generales.

»Todo esto lo expresó con solemne comedimiento y en tono profundo y reposado. Pero de algún modo tuve la irreprimible convicción de que le exasperaba algún particular. Con la indigna aspiración de encontrar algún entretenimiento en las desventuras de mi prójimo, le pregunté a bocajarro qué era lo que no iba bien.

»Lo único que no marchaba como debiera era que habían echado en falta a una de las amigas de su esposa; la echaban a faltar exactamente desde las seis de la mañana. A esa hora la había visto salir, al parecer con la intención de dar un paseo, la mujer que se encargaba de las tareas domésticas en la casa de campo. El concepto de paseo, en la mentalidad de Fyne el caminante, era por supuesto muy amplio, aunque la

muchacha no había aparecido a la hora del almuerzo, ni a la hora del té, ni tampoco a cenar. No se le había visto por ningún sendero, carretera o ferrocarril. Fyne había desestimado la posibilidad de emprender una investigación en toda regla, pues tal cosa habría desatado las hablillas entre los lugareños. Los Fyne llevaban la tarde entera esperando que apareciese en cualquier momento, hasta que las sombras de la noche y el silencio del sueño se habían apoderado poco a poco del amplio y apacible paisaje rural del que se enseñoreaba la casa de campo.

»Tras darme cuenta de todo esto, Fyne permaneció sentado, en actitud de evidente desamparo, padeciendo una agonía que no había hecho sino empezar. Acostarse era de todo punto impensable... y tampoco podía emprender ninguna acción, al menos de momento. ¡No sabía qué podía hacer...!

»Le pregunté si acaso se trataba de la misma damisela a quien había conocido yo uno o dos días antes de irme. La verdad, no se acordaba. ¿Era acaso una jovencita de negros cabellos y ojos azules? No supo decirme de qué color tenía los ojos. Eran nulas sus dotes de observador, salvo si se trataba de las peculiaridades de los senderos que recorría a pie, en las que era toda una autoridad.

»Pensé con perplejidad y cierta admiración que las jóvenes discípulas de la señora Fyne eran, vistas con la gravedad connatural de su esposo, poco más que sombras evanescentes. Sin embargo, y tras un leve titubeo, Fyne se aventuró a afirmar que... sí, que tenía el cabello más o menos negro.

»—Esa jovencita nos ha dado mucho quehacer, al principio, cuando llegó, y ahora, al final —explicó solemnemente; luego, poniéndose en pie como movido por un resorte, tomó la gorra que había dejado sobre la mesa—. Tal vez ya esté de vuelta en la casa de campo —gritó con su característica voz de barítono. Salí tras él a la carretera.

»Era una de esas noches claras, de cielo estrellado, y con abundante rocío en los prados, que oprimía nuestros espíritus y aplastaba nuestro orgullo mediante la luminosa y concluyente prueba de la espantosa soledad, de la desesperada y oscura insignificancia de nuestro planeta, perdido en medio de la espléndida revelación de un universo reverberante de luz y carente de alma. Aborrezco de esos cielos. La luz del día es bondadosa con el hombre que faena bajo un sol que le caldea el ánimo; las noches suaves y nubladas son más afables para con nuestra pequeñez. A punto estuve de volver corriendo a la habitación iluminada que me aguardaba en la granja: ver a Fyne afanado con sus pantalones bombachos de paseante ante las huestes del cielo, sobre una tierra sombría, empeñado en averiguar algo, lo que fuera, de una muchacha fantasmal, pasajera, era un espectáculo ridículo en extremo, con el que nadie habría deseado tener ninguna ligazón. Por otra parte, en la raíz misma de aquel absurdo había algo fascinante. Echó a caminar con sus mejores trazas de paseante avezado, y yo me encontré invitado de buenas a primeras, sin poder negarme, a una tanda de severo ejercicio, nada menos que a las once de la noche.

»A lo lejos, sobre los campos y los árboles que jaspeaban y emborronaban la

vasta oscuridad, una de las ventanas de la casa de campo, iluminada y con las contras abiertas, semejaba un faro encendido a fin de guiar al viajero extraviado. Dentro, ante la mesa en que descansaba la lámpara, vimos a la señora Fyne sentada con los brazos cruzados, con su compostura de costumbre, sin que se le hubiese movido un cabello del peinado. Parecía talmente una institutriz que acabase de acostar a los niños; su actitud fue para conmigo tan neutra y desapasionada como la de una institutriz. Y para con su marido, a decir verdad, no se comportó de manera muy distinta.

»Fyne le dijo que me había dado cuenta del suceso. En su rostro suave, hermoso y rubicundo, no se movió un solo músculo. Se había adiestrado para afrontar situaciones como ésta. Tras haber visto a las dos sucesivas esposas del poeta martirizarse y preocuparse hasta la muerte, había adoptado ese aire frío y desapegado para mejor sobrellevar los temperamentales y egoístas arranques de su talentoso padre. Se había convertido en su segunda naturaleza. Supuse que siempre se conducía de ese modo, que incluso así debió de ser en el momento de su fuga con Fyne. Ese episodio, cuando se traía a colación en su presencia, adquiría una tonalidad maravillosa y pintoresca que tenía por efecto relegarlo al reino de la ficción. Sin embargo, su contención y dominio de sí cuadraba a la perfección con la invariable solemnidad del pequeño Fyne.

»Sentí lástima por él. ¡Qué preocupación la suya, qué recrudescimiento de la solemnidad! Al mismo tiempo, me hacía gracia. A mí, lo de la “muchacha desaparecida” no me tornó lúgubre el ánimo. No sé por qué, pero no pude verlo como si fuera un suceso nefasto. Ahora bien, no dije nada. Ninguno de los dos dijimos nada. Permanecimos sentados en torno a la gran mesa redonda como si nos hubiésemos reunido a conversar, pero nos limitamos a mirarnos el uno al otro con una especie de fatua consternación. Habría terminado por reírme a carcajadas de no haberme salvado de tal impropiedad la extravagancia que fue adueñándose del pobre Fyne.

»Se dio, con angustia y gravedad, a comentar su intención de dar parte a la policía tan pronto amaneciese, de mandar imprimir carteles en los que se describiera a la chica, de hacer que los lugareños rastreasen los lagos que encontrasen en varias millas a la redonda. Todo aquello era un perfecto desatino. Algo murmuré acerca de la conveniencia de ponernos en contacto con los parientes de la damisela. Me pareció una sugerencia de lo más natural, pero Fyne y su esposa intercambiaron una mirada tan significativa que me pareció haber hecho un comentario con el que incurrí más bien en una completa falta de tacto.

»En realidad deseaba ayudar al pobre Fyne; entendí que, como cualquier otro hombre, le producía un intenso sufrimiento la impotencia en que se hallaba, la pasividad forzosa de la espera, de manera que dije:

»—Hasta mañana no se podrá hacer nada de lo que usted propone. Sin embargo, como al menos me ha indicado usted cuál es la naturaleza de sus pensamientos, le diré qué es lo que sí podemos hacer ahora mismo; ir a echar un vistazo al pie de esa

gran cantera que bordea el camino a una milla de aquí.

»Al oírme, a los dos se les pusieron los ojos como platos, así que les di parte de mi encuentro con la muchacha. Tal vez le sorprenda, pero le aseguro que no había percibido esa faceta del suceso hasta aquel mismo instante. Fue como una pasmosa revelación, como si el pasado proyectase una siniestra luz sobre el futuro. Fyne abrió la boca gravemente, y volvió a cerrarla con idéntica gravedad. Nada más. “Mejor será ir cuanto antes”, dijo la señora Fyne como si hubiese recibido un alfilerazo del que no pudo protegerle su imperturbable serenidad.

»Y yo, ya sabe usted cuán estúpido puedo ser a veces, yo caí en la cuenta, no sin consternación, de que al complacer las mórbidas fantasías de Fyne acababa de obligarme a otra tanda de severo ejercicio. ¡Cuánto me arrepentí de haber dicho nada! Sabe usted de sobra cuánto me fastidia caminar... sobre todo por el sólido terreno de la campiña; no es por nada, pero si no queda otro remedio, puedo pasarme una noche de niebla caminando sin cesar por el puente de un barco, y eso sin pensármelo dos veces. Asimismo, hay algo satisfactorio en hacerse el vagabundo por las calles de una gran ciudad hasta que el cielo palidece sobre la cordillera que forman los tejados, pero deambular al trote por la adormilada campiña, y además a oscuras, es para mí una pesadilla agotadora.

»Con perfecta indiferencia, la señora Fyne me vio partir tras los pasos de su marido. ¡Aquella mujer era de pedernal!

»El frescor de la noche olía a tierra húmeda, a terrones recién revueltos como los de una tumba abierta, asociación particularmente odiosa para un marino por la idea de estrechez y confinamiento que encierra, incluso, a qué negarlo, por más que haya abandonado la esperanza de ser enterrado en alta mar, que es por cierto la última esperanza que abandona un marino tras verse arrastrado por algún señuelo insólito, como a veces ocurre, a las faenas de tierra adentro. Un penetrante hedor a tumba. La zanja de la cuneta, ante la casa de campo, debía haberse cavado hacía poco tiempo.

»Una vez salimos del jardín, Fyne abrió la marcha como un cúter en plena regata. ¿Qué era una milla para él, o veinte, llegado el caso? Podría usted pensar que tal vez emprendiera aquella tarea con el ánimo encogido, pero nada más lejos de la realidad. Lo guiaba la fuerza del genio de los paseos, supuse. Yo lo seguí con el humor apesadumbrado, sintiéndome vejado por aquella joven lagartuela. Y es que ya estuviera viva o muerta, había dado en considerarla una frescachona y una lagarta...

Sonreí con evidente incredulidad ante la ferocidad de que hizo gala Marlow; pero Marlow, tras una pausa con la que pareció reconsiderar el capricho del recuerdo, no vaciló.

—Sí, sí: aunque estuviera muerta, le digo. Veo que le sorprende, pero es lógico, puesto que es usted un animal caballeresco y viril. Ahora bien, hay en mi naturaleza los suficientes elementos femeninos para despojar mi enjuiciamiento de las mujeres

de toda reticencia y todo relumbre. Además, ¿por qué habría de tomarme la molestia? Para mí, la mujer no es una muñeca, ni tampoco un ángel. Es un ser humano muy similar a mí mismo. Y he topado con demasiados seres muertos y tendidos, por así decir, al pie de riscos imposibles de escalar, para que la mera posibilidad de hallar un cadáver en una cantera confunda o enmudezca mi sinceridad.

»La cantera, que más parecía un acantilado, resultaba imponente, formidable. Debo reconocer que Fyne y yo hicimos un alto antes de salimos del camino y adentrarnos por entre la maleza que crecía al pie de aquella escarpada ladera de caliza. Los arbustos estaban cargados de rocío. Había además roderas y oquedades ocultas aquí y allá. Avanzamos a trompicones, tentando el terreno con las manos. Nos empapamos la ropa, nos arañamos la piel, nos embarramos los zapatos y las perneras de los pantalones. Fyne dio de pronto con una extraña cavidad, probablemente un horno de cal abandonado. Su voz, elevada a pesar de su proverbial gravedad y de la inquietud, resonó más matizada, solemne y profunda que de costumbre. He ahí el cómico interludio de una situación absurda y dramática. Mientras lo ayudaba a salir del agujero, me permití por fin prorrumpir en una carcajada. Fyne, claro está, no me acompañó.

»No será menester decir que tras una búsqueda hecha a conciencia no encontramos nada. Fyne avanzó incluso a duras penas hasta un cobertizo de maderamen podrido y medio enterrado bajo la vegetación cargada de rocío. Encendió varias cerillas, como si quisiera cerciorarse, sin duda de ninguna clase, de que la desaparecida amiga de su esposa no se escondía allí. Las breves llamaradas alumbraron su semblante grave e impasible, en tanto que yo perdí el control y me eché a reír a mandíbula batiente.

»Le pregunté si de veras creía que una muchacha en sus cabales habría sido capaz de esconderse en el cobertizo y, de ser así, por qué.

»Desdeñoso de mi hilaridad, murmuró con su voz de barítono qué agradecido alivio le producía no haberla encontrado por aquel paraje. Tras haber desarrollado una sensibilidad extrema (por efecto de la irritación) a todas las coloraciones posibles, si así puede decirse, de todo este asunto, tuve la impresión de que la suya no era sino una gratitud imperfecta, un alivio con múltiples reservas, que seguía sin perder de vista las posibilidades ocultas en las diversas lagunas de la vecindad. Y recuerdo que resoplé, sin duda que resoplé ante las propias narices del pobre Fyne.

»Lo que en realidad me desquiciaba era su ritmo de andarín empedernido. Cualquier diferencia, ya sea en política, en ética e incluso en estética, no tiene por qué dar lugar a un antagonismo ni irremediable ni grave en exceso. Las opiniones que uno sostiene están sujetas al cambio; los gustos de cada cual son susceptibles de transformarse y, de hecho, se alteran con el tiempo. Incluso la misma concepción de la virtud que cada cual defiende se halla a merced de alguna inoportuna tentación que salta a la vuelta de la esquina, cuando menos se la espera. Todas estas cuestiones están siempre en la cuerda floja. En cambio, una diferencia temperamental, siendo

temperamental sinónimo de inmutable, es algo que prohija el odio. Por esa razón las disputas religiosas son las más encarnizadas de todas. Mi temperamento, en lo que atañe a tierra firme, es un temperamento proclive a los movimientos reposados, reacio a las prisas. Y héte aquí al pequeño Fyne, empeñado en recorrer el camino a paso vivo y con una avidez ofensiva a más no poder: era un hombre uncido a las botas de cordones y suela gruesa, en tanto mi temperamento es propenso a llevar zapatos más ligeros. Claro está que jamás podría haber brotado la amistad entre nosotros, pero es que ante la provocación de tener que ir a su paso empecé a sentir por él un intenso desagrado. Le rogué con sarcasmo me hiciera saber si estaba en condiciones de afirmar en qué andábamos metidos, y si era farsa o tragedia. Deseaba poner en orden mis sentimientos, pues, y así se lo indiqué; empezaba a encontrarme en un estado de confusión poco recomendable.

»Fyne, a la sazón, era tan impermeable al sarcasmo cual tortuga. Siguió marcando el paso, y tan sólo acertó a barbotar en un par de ocasiones, dubitativo, vagamente y con su voz profunda: “Me temo... mucho me temo que...”.

»Trágica expedición. El ruido de sus botas era lo único que se escuchaba en aquel mundo sombrío. Seguí a su paso con un andar en comparación con el suyo silencioso, fantasmagórico. Por alguna extraña ilusión, el camino parecía ascender hacia un cúmulo de estrellas bajas, posado a escasa distancia, si bien a medida que avanzábamos parecían alzarse del negro terreno nuevos fragmentos de una cinta entre blancuzca y siena. Observé, al pasar, que en mi habitación de la granja seguía encendida una luz. Pero no dejé solo a Fyne para correr a apagarla. El ímpetu de su andarina destreza me transportó en su estela antes de poder decidirme.

»—Dígame, Fyne —le grité—, ¿no creerá usted que la muchacha está loca, eh?

»No se dignó contestar. Pronto volvimos a ver la ventana, iluminada como un faro, de la casa de campo.

»—Desde luego que no —dijo solemne Fyne, en tono de absoluta seguridad—. Claro que —añadió de inmediato— sí es una joven de nervio muy fogoso —lo cual volvió a desazonarme. ¿Se trataría en efecto de una tragedia?

»—Mire usted, Fyne: nadie, que yo sepa, se ha levantado de la cama a las seis de la mañana con intención de suicidarse —afirmé bruscamente— ¡Es algo inaudito! Y esto es una farsa.

»En realidad no se trataba de tragedia ni de farsa.

»Al llegar a la casa de campo, de lejos vimos a la señora Fyne todavía sentada bajo la intensa luz, ante la mesa redonda, con los brazos cruzados. Daba la impresión de no haberse movido siquiera una pulgada desde que la dejamos allí. Era asombrosa, pero de una forma en modo alguno sutil: crudamente asombrosa, pensé. ¿Por qué esa crudeza? No lo sé, puede que fuese por verla bajo una cruda luz. Lo digo en un sentido literal: se hallaba bajo una lámpara desprovista de pantalla. Las conclusiones a que llegamos mentalmente dependen en gran medida de las sensaciones físicas que nos acompañen en ese momento, ¿o no? Si se hubiese tratado de una lámpara

apantallada, tal vez hubiese regresado a mi habitación de la granja después de manifestar cortésmente mi preocupación por la desagradable e inquietante situación en que se hallaban los Fyne.

»Perder a una amiga de semejante forma es sin duda deplorable. Además, es misterioso. Tan misterioso que a las personas a quienes sucede una cosa así se les adhiere un cierto aura de misterio. Por decir más, la verdad es que nunca llegué a entender a los Fyne, a él con esa solemnidad suya que hacía extensiva al acto de comerse una tostada con mantequilla; a ella, con ese aire de desapego y de indiferente resolución con que tan a pecho se tomaba el fluir normal y corriente de las cosas más banales de su vida, sin sobresaltos, cuyo episodio más peligroso, a mi juicio, y con diferencia, era la merienda a base de té con pan y mantequilla. A veces me entretenía dándome a suponer que, a sus ojos, este mundo nuestro ha de adoptar un rebozo perfectamente abrumador, y que los respectivos espíritus de los dos por fuerza estaban repletos de pensamientos espantosamente serios y rematadamente desesperados, aparte de intentar imaginarme qué ratos tan apasionantes debían pasar en las insondables profundidades de sus seres. Mis esfuerzos habían terminado por investirlos a los dos de una especie de hondura inaudita.

»Pero cuando volvimos Fyne y yo a la sala, entonces bajo la escrutadora, doméstica, intensa luz de la lámpara, enemiga de todo fingimiento, los vi a los dos despojados de todas las vestiduras que me había entretenido en ponerles. Bastante raros eran los dos de por sí. ¿Acaso hay algún ser humano que no lo sea, más o menos en secreto? Fuera cual fuese su secreto, me resultó manifiesto que no era sutil ni mucho menos profundo. Formaban una buena pareja, sincera, estúpida y además muy preocupada. Eso eran, sin más ni más, con la habitual crudeza desprovista de pantallas, característica de la gente normal. No había en ellos nada que no pudiera iluminar aquella lámpara sin el más recóndito riesgo de resultar indiscreta.

»Nada más entrar en la sala Fyne anunció el resultado de nuestras pesquisas diciendo: “Nada”, con el mismo tono que empleara en la verja, a su regreso del apeadero del ferrocarril. E igual que entonces, la señora Fyne profirió un incisivo “Es lo que había dicho yo”, que bien podría haber sido el mismísimo eco de las palabras que dijera en el jardín. Nos miramos mutuamente los tres como si estuviéramos al borde de una revelación. No sabría decir si a ella le molestó mi presencia, que difícilmente podría calificarse de intrusión. El pequeño Fyne había dado pie a que se produjera, y después fue preciso proseguir. Estábamos los dos delante de ella, embarrados por igual (¡Fyne era todo un espectáculo!), con los mismos rasguños, que nos habíamos hecho en los mismos espinos, conscientes de haber pasado por idéntica experiencia. Sí, estábamos delante de ella. Y ella nos miró con los brazos cruzados, con la extraordinaria actitud de quien asume plenamente la responsabilidad.

»—Usted no cree que haya ocurrido un accidente, ¿verdad, señora Fyne? —la interpele.

»Negó con un ademán terminante en tanto Fyne, embarrado hasta las cejas, con el

rostro serio e inexpresivo, parecía respaldarla con todo el peso de su solemne presencia. Imposible concebir nada más absurdo. Era delicioso. Así, proseguí, con tono deferente:

»—¿Debo entender, pues, que prefiere usted la teoría del suicidio?

»No tengo yo constancia de ser proclive a padecer accesos de delirio, pero por alguna súbita y alarmante aberración, mientras aguardaba a que contestase tuve la impresión mental de ver a tres perros de circo que bailaban sobre sus patas traseras. No sé por qué. Tal vez fuese aquella solemnidad que todo lo impregnaba. Nada hay en el mundo entero tan solemne como el baile de unos perros bien adiestrados.

»—Ha optado por desaparecer. Eso es todo.

»Tal fue la contestación que me dio la señora Fyne. En un santiamén descubrí que había mandado el baile a hacer gárgaras y que estaba a cuatro patas, por así decir, con entera libertad de ladrar y morder cuanto quisiera.

»—El diablo se la lleve —exclamé—. ¿Que ha optado... así, por las buenas, deprisa y corriendo, sin más ni más? He tenido el privilegio de conocer a esa intrépida y brusca damisela, y debo decir que con sus aires de víctima encolerizada...

»—Precisamente —dijo la señora Fyne por sorpresa, como un resorte de acero que se acciona de repente. La miré fijamente. ¡Qué provocación podía llegar a ser! Decidí terminar lo que estaba diciendo.

»—Me pareció, a primera vista, la muchacha más desconsiderada y testaruda que jamás...

»—¿Y por qué, si puede saberse, habría de ser más considerada una muchacha que, digamos, cualquier caballero, eh? —inquirió la señora Fyne asumiendo así toda la responsabilidad con mayor altivez en su porte.

»Nada más oír tal cosa proferí, claro está, una exclamación, bien que no en voz muy alta, es cierto, pero sí con la vehemencia necesaria. ¿Así pues, era conveniente hacer caso omiso de los sentimientos de los demás, ya fueran amigos, familiares o incluso desconocidos? Pregunté a la señora Fyne si no pensaba acaso que era un evidente deber para con los demás mostrar la consideración más elemental y no sólo por los sentimientos naturales, sino incluso por los prejuicios de nuestros congéneres.

»Su respuesta me dejó desarmado.

»—No, ese deber no reza con las mujeres.

»Tal cual. Confieso que me quedé de una pieza. Y mientras me hallaba sumido en ese estado de abatimiento, comprendí la auténtica naturaleza de la doctrina feminista que sostenía la señor Fyne. No era de índole política, ni social. Era una doctrina de aquí te pillo y aquí te mato; tratábase de estar dispuesta, la mujer, claro, a llevarse cuanto se le pusiera por delante. Era una doctrina práctica e individualista. No creo que me quedase usted agradecido por exponérsela con detenimiento. Desde luego, ella tampoco se tomó la molestia de instruirme por lo menudo. Debía de comprender ciertos detalles poco o nada aptos para los oídos de un hombre. En breve, y en tanto en cuanto mi perplejidad me permitió comprender su ingenua atrocidad, venía a ser

algo de este estilo: ninguna consideración, ninguna delicadeza, ninguna muestra de ternura, ningún escrúpulo debía de ninguna manera interponerse en el camino de una mujer (la cual, por el mero hecho de pertenecer a su sexo, era víctima predestinada de las condiciones que han generado las egoístas pasiones de los hombres, sus vicios y su abominable tiranía) que estuviese dispuesta por lo demás a tomar cualquier atajo que la condujera a asegurarse la existencia más cómoda que le fuera posible. Una mujer tenía incluso el derecho a dejar de existir cuando más le placiera, sin pararse a considerar los sentimientos o la conveniencia de los demás, dado que no en vano la existencia de algunas mujeres era punto menos que imposible por mor de la vileza y cortedad de vista propia de los hombres.

»La miré; seguía sentada bajo la lámpara a la una de la madrugada, con su rostro maduro y sus mejillas lustrosas de corte masculino, desprovisto de toda frescura a causa de la fatiga; tenía los ojos empequeñecidos por culpa de aquella vigilia insensata. También miré a Fyne. El barro que se le había adherido empezaba a secarse; estaba obviamente cansado. El cansancio de la solemnidad. Sin embargo, mantenía en su expresión una gravedad inflexible, impávida. Respaldaba así todo lo dicho, como conviene en un esposo bueno y convencido.

»—¡Oh! Ya veo —dije—. Sin ninguna consideración... Bueno, pues con su pan se lo coman.

»Me hacían una gracia superior a las imaginaciones más descabelladas de que pueda ser capaz. Tras la sorpresa inicial, ya me entiende usted, me repuse casi de inmediato. El orden de este mundo estaba a salvo. Él era un funcionario y ella su esposa buena y fiel. Claro que en el trato con los seres humanos hay que esperarse cualquier cosa, prácticamente de todo. De ese modo, ni siquiera mi perplejidad duró mucho tiempo. Que cómo hubiese desarrollado esa doctrina austera y sin escrúpulos, y hasta qué punto la hubiese ilustrado a sus jóvenes amigas y discípulas, al fin y al cabo meras sombras transitorias a ojos de su esposo, es algo que no llego a vislumbrar siquiera. Hasta cualquier extremo imaginable, digo yo. Él se limitaba a observar, asentir, aprobar, precisamente por esa misma razón, porque aquellas hermosas muchachas no eran más que sombras para él. ¡Oh, virtuoso Fyne! Bajó la vista al suelo. Era evidente su desagrado. Yo en cambio le miré con oculta animosidad, por haberme hecho correr tras sus pasos so capa de más bien falsos pretextos.

»La señora Fyne se había limitado a sonreírme de forma harto expresiva, con gran confianza en sí misma.

»—Bien, debo entender que acepta usted tener plena responsabilidad —dije—. El único que está haciendo el ridículo en toda esta... no sé cómo calificarla... en toda esta representación, soy evidentemente yo. En cualquier caso, aquí no me queda más que hacer, así que buenas noches o, según se mire la hora que es, buenos días.

»Antes de marcharme, movido por una elemental decencia, me ofrecí a poner cualquier telegrama que desearan enviar. Mi alojamiento estaba mucho más cerca de

correos que su casa de campo, así que nada me costaría acercarme al día siguiente. Supuse que querrían ponerse en contacto, aun cuando sólo fuera para devolver el equipaje, con los parientes de la damisela...

»Fyne, que parecía ya bastante triste y abatido, me dio las gracias y rechazó mi ofrecimiento.

»—La verdad es que no hay a quién... —dijo muy grave.

»—No hay a quién —exclamé.

»—Prácticamente —dijo lacónica la señora Fyne.

»—¡Ah! Entiendo, se trata de una huérfana.

»La señora Fyne apartó la mirada, hastiada y sombría, y Fyne dijo “sí” impulsivamente, para corregir luego la afirmación con un “hasta cierto punto” poco menos que inaudible.

»Me percaté de un azoramiento lánguido y extenuado, me incliné ante la señora Fyne y salí de la casa de campo para encontrarme desde la misma puerta con la revelación salpicada y cruel de la Inmensidad del Universo. No era la noche aún bastante avanzada para que las estrellas empezasen a palidecer; la tierra me pareció profundamente dormida... quizá por estar solo. Al no tener ya ni a Fyne ni a nadie que me marcara el paso, me dejé llevar por mis pies, más que caminar, en dirección a la granja. Dejarse llevar de ese modo es la única variante reposada del movimiento (y pregunte, si no, a cualquier barco que haya estado a la deriva), por tanto muy afín a un ánimo pensativo. Así, me dije: ¿cómo es posible ser huérfano sólo “hasta cierto punto”?

»Por más solemnidad que quiera ponerse en una pregunta así, siempre sonará, como poco, estrafalaria. Qué extrañísima condición... ¿No sería que solamente había fallecido uno de los padres? No, era imposible, ya que Fyne había dicho que no había a quién comunicar nada. ¡Nadie! Al recordar entonces aquel cortante “prácticamente” dicho por la señora Fyne, mis pensamientos se imantaron más en esa dama, por ser objeto de especulación más tangible.

»Me pregunté, y en la pregunta me asaltaron las dudas, si habría comprendido cabalmente la teoría que se había dignado a exponerme. Puede decirse cualquier cosa, y es de hecho necesario decirlo todo, siempre y cuando uno sepa cómo. Cabe la probabilidad de que ella no supiera. No tenía la inteligencia necesaria, ni tampoco el suficiente conocimiento del mundo. Se había apropiado de las palabras tal y como puede un niño apoderarse de unas píldoras venenosas y jugar con ellas a las canicas. No. Ni la hija y esclava doméstica de Carleon Anthony, ni el pequeño Fyne, funcionario de la administración civil (dichosa flor de la civilización) eran personas inteligentes. Eran personas vulgares, sin doblez, incapaces de sonreír y de la más simple astucia. Empero él tenía sus solemnidades y ella sus ensoñaciones, sus truculentas, crudas ensoñaciones. Y yo pensé con cierta tristeza que todas estas revueltas e indignaciones, todas esas protestas, revulsiones sentimentales, aguijonazos del sufrimiento y la rabia, no expresaban sino la desazón de esos seres

sensuales que tratan de acceder a su parte en los disfrutes de la forma, los colores y las sensaciones, las únicas riquezas de nuestro mundo sensorial. Un poeta puede ser un hombre muy sencillo, pero está destinado a ser diverso y dotado de varias artimañas, ingenioso e irritable. Reflexioné sobre la variada gama de formas que sabría inventar el fallecido bardo de la civilización a la hora de atormentar a los seres que de él dependían. Como no suelen gozar los poetas de una mínima claridad de visión para los asuntos prácticos de la vida, nada le constreñiría, ni siquiera el atisbo de las consecuencias. Qué duda cabe: los Fyne eran personas excelentes, pero conviene no pasar por alto que la señora Fyne era hija de un tirano del ámbito doméstico. Su capacidad de rebelión no conocía límite. Pero eran, sin duda, excelentes personas. Evidentemente, debían haber sido muy buenos con aquella jovencita cuya posición en este mundo parecía algo difícil, con su carita de víctima, con su obvio rechazo de la resignación y su extravagante condición de huérfana “hasta cierto punto”.

»Tales fueron mis pensamientos, pero a decir verdad no tardé en dejar de preocuparme por aquellas personas. Descubrí que mi lámpara se había apagado, dejando en el aire un molesto olor. Huí escaleras arriba y me acosté a oscuras. Me dormí; supongo que lo bueno del ejercicio del paseo, así se confunda, es que refuerza nuestra natural insensibilidad. Así que dormí profundamente y sin soñar; fue un descanso reparador.

»A la hora del desayuno, mi apetito no había variado por más que ignorase los hechos, los motivos y las conclusiones. Creo que comprenderlo todo a carta cabal no es beneficioso para el intelecto. Una inteligencia bien provista debilita el natural impulso que nos conduce a la acción; aún es más, una inteligencia bien provista en exceso desemboca dócilmente en la idiotez. Sin embargo, la doctrina feminista de la señora Fyne, individualista, ingenua y sin escrúpulos, aún me daba vueltas en la cabeza. ¡La ensalada de nociones ajenas a todo principio razonable que les había metido en la cabeza a todas aquellas jovencitas! Persona bondadosa e inocente, digna esposa y excelente madre (aun del tipo de las que más parecen estrictas institutrices), era tan cándida para todo lo que fuesen las consecuencias como cualquier filósofo determinista.

»Por lo que atañe al honor, y usted bien lo sabe, se trata de un excelente legado medieval del que las mujeres nunca han llegado a apropiarse. Nunca les ha pertenecido. Comoquiera que puede proponerse como principio general que las mujeres siempre se salen con la suya, habremos de dar por supuesto que se trata de algo que nunca han deseado poseer. Asimismo, carecen de decencia, quiero decir, de decencia en el sentido masculino de la palabra. La cautela les resulta completamente ajena, me refiero a esa cautela sopesada y razonable que constituye nuestra gloria. Y si la tuvieran harían de ella algo tan pasional que ni siquiera su propia madre —me refiero a la madre de la cautela— podría reconocerla. En ellas, la prudencia es cuestión emparentada con la emoción, como cualquier otra invención terrena. “Las

sensaciones a toda costa”: he ahí su lema secreto. Ni siquiera les bastan todas las virtudes; ansían también apoderarse de todos los crímenes. ¿Por qué? Porque en ese absoluto radica el poder, que es por cierto la emoción que más las subyuga...

—¿Acaso espera que me muestre de acuerdo con todo esto? —le interrumpí.

—No, no es necesario —dijo Marlow percatándose del revés acusado por su elocuencia, si bien esforzándose por hacer gala de su amabilidad—. Ni siquiera es necesario que lo entienda, pero permítame continuar: lo que impide que las mujeres, por aprovechar la frase que un contramaestre conocido mío aplicaba de forma sumamente descriptiva a su capitán, lo que les impide “subir al puente y poner el barco vuelta al aire”, es algo que hay en ellas y que es a un tiempo preciso y misterioso, algo que funciona a un tiempo como guía y como inspiración: por decirlo en una palabra, su femineidad, de la que están convencidas de poder desembarazarse a poco que lo intenten con todas sus fuerzas, si bien es de todo punto imposible. Por tanto, podemos concluir que a pesar de todas sus industrias y aventuras el mundo sigue a salvo. Sintiéndome apaciguado por semejante conclusión, dado que soy de natural amante de la paz, me dispuse a disfrutar de un buen día.

»Hacía de hecho un día espléndido, un día delicioso; un magnífico celaje azul velaba el horror del infinito. Era un día inocentemente luminoso, como un niño con la cara recién lavada, fresco como una inocente muchachita, a la hora de acoger nuestros respetos como pudiera serlo un prelado romano. Adoro los días como aquél. Son perfectos para quedarse a cubierto, en el interior. Y lo disfruté temporalmente, sentado en mi silla, con los pies sobre el alféizar de la ventana, un libro en las manos y el armónico murmullo del viento y el sol en el corazón como acompañamiento acordado a las melodías de mi creador. Al alzar la vista de la página vi fuera un par de ojos grises cubiertos por unas cejas desflecadas, entre amarillentas y blanquecinas, que me observaron con solemnidad por encima de mis zapatillas de andar por casa. Sobre esa mirada agorera había una frente nublada, el ceño fruncido, y una gorra de *tweed* castaño posada sobre la cabeza sudorosa.

»—Pase, pase —grité tan cordialmente como mi encogido corazón me permitió.

»Tras una breve pero severa rebatiña con su perro entró Fyne por la puerta. Le traté sin ceremonias, indicándole una silla con un simple gesto. Antes incluso de sentarse, exclamó con voz entrecortada:

»—Hemos tenido noticias... en el correo del mediodía.

»¡Con voz entrecortada! ¡El grave, inamovible Fyne, de la administración civil, habló con voz entrecortada, sin resuello! Aquello fue más que suficiente, convendrá usted, para hacerme echar pie a tierra de inmediato. Aquel sujeto no cesaba de obligarme a hacer ciertas cosas en sutil desacuerdo con mi temperamento meditabundo. No es de extrañar que le profesara un afecto muy limitado. Insinuando tan sólo un tono burlón, le dije:

»—Pues claro. Ya le dije yo ayer noche que estábamos metidos en una farsa.

»Hizo que la estancia retumbase hasta los cimientos al emitir una nota profunda y

colérica, punto menos que sepulcral.

»—¡Que me aspen si era farsa! Se ha fugado con el hermano de mi esposa, el capitán Anthony —y a este estallido sucedió una absoluta quietud. Tartamudeó míseramente al añadir, por la fuerza de la costumbre—: El hijo del poeta, ya sabe usted.

»Siguió un largo silencio. Las diversas expresiones de Fyne fueron otros tantos ejemplos de variada consistencia y un mismo carácter. He aquí el desconcierto de la solemnidad. Por descontado que revivió mi interés.

»—Pero espere un momento —dije—. No se fueron juntos, luego ¿se trata de una sospecha o dice expresamente que...?

»—Se ha marchado tras él —dijo Fyne en tono conminatorio—. Tenían un acuerdo previo. Eso es todo lo que ella llega a confesar.

»Añadió que le resultaba pasmoso. Le pregunté si acaso hubiese preferido que se marcharan juntos y, de ser así, en qué basaba su preferencia. Tal pregunta fue, para mí, pura y simple diversión, ya que el matrimonio Fyne también había empezado de forma similar, que en su momento llegó a salir en los periódicos, pues, por si fuera poco, el fallecido poeta, presa de la indignación, no tuvo reparos y cometió la indiscreción de vengarse de su ultraje, o al menos intentarlo, públicamente e incluso, por ridículo que fuera, ante un juez con peluca. El derrotado además que hizo entonces el pequeño Fyne me hizo renunciar a mi ánimo burlesco, pero no pude por menos que expresar mi sorpresa ante el hecho de que la señora Fyne no hubiese acertado a detectar lo que se estaba cociendo. Se dice que las mujeres tienen un ojo infalible para estas cosas.

»Me dijo que su esposa había estado muy ocupada con cierta clase de trabajo. Yo me había preguntado en qué ocupaba su tiempo. Pues al parecer escribía. Al igual que su marido, había publicado un opúsculo. Nada tenía que ver con las caminatas. Se trataba de una especie de manual para mujeres afligidas (no en vano todas las mujeres tienen sus aflicciones), una especie de compendio de teoría y práctica de la moralidad femenina libre. Tanta simpleza, tanta transparencia daban ganas de reír. Ahora bien, su autoría no me fue revelada hasta mucho después. No osé preguntar a Fyne a qué clase de trabajo se dedicaba su esposa; me maravillé entre mí de su completa ignorancia del mundo, de su propio sexo, de las diversas clases de pecadores. Con todo, ¿de dónde habría podido extraer ella una mínima experiencia? Su padre la había mantenido secretamente enclaustrada. Su matrimonio con Fyne obró ciertamente un cambio, bien que ingresara entonces en otro claustro de distinta índole. Podrá usted aducir que tendría que haber sido suficiente su ordinaria capacidad de observación. Claro que sí. Ahora bien, comoquiera que había decidido ser guía y tutora moral en modo alguno pudo sorprenderme descubrir que era ciega. Entra dentro de lo previsible. Era una persona de una descomunal inocencia, sólo que de ninguna manera hubiese sido correcto decírselo a su marido.

»En cambio, en modo alguno podría tacharse de incorrecto que observara delante de Fyne que la noche anterior su señora sí parecía tener cierta idea de a dónde podría haberse marchado la emprendedora jovencita. Fyne negó con la cabeza. De ninguna manera: su esposa no tenía ni mucho menos la certidumbre que fingía tener. Tenía meramente algún que otro motivo para pensar, para confiar más bien, que la muchacha hubiese encontrado alojamiento en Londres, que se hubiese escondido en la ciudad para prepararse de cara al día en que..., o quién sabe, tal vez espantada por su proximidad.

»Calló y tomó asiento solemnemente abatido, con un aire lúgubre y meditabundo.

»—¿Qué día? —pregunté a la postre; por lo visto, no me oyó. Difundía en el ambiente un pesimismo tan portentoso que perdí la paciencia—. ¿A cuento de qué diantre se me pone usted tan agorero? —terminé por exclamar, genuinamente sorprendido e incluso perplejo—. Cualquiera diría que la muchacha era un prisionero de Estado que hubiese sido confiado a su custodia.

»Y de pronto me sorprendí más aún por mi reacción, por cómo había dado por sentadas ciertas cosas cuya rareza saltaba a la vista tan pronto se pensarán dos veces.

»—Pero... ¿a qué viene tanto secreto? ¿Por qué se ha fugado... si es que de veras se trata de una fuga? ¿Acaso estaba la muchacha temerosa de su esposa de usted? ¿Y su cuñado, qué diantre se le ha metido en la cabeza para hacerse cómplice de una acción evidentemente clandestina? ¿O también él tenía miedo de su esposa?

»Fyne hizo un esfuerzo por sobreponerse a su aturdimiento.

»—Claro está que mi cuñado, el capitán Anthony, el hijo del... —se quedó con la palabra en la boca, como si quisiera romper con una mala costumbre—. Tuvo que ser él quien la convenciera. ¡Nosotros nos portamos de manera inmejorable con ella!

»—Debo decir que a mí la jovencita me pareció una persona insensata y desconsiderada. Ahora bien, ¿por qué se toman su esposa y usted tan a pecho lo que no es sino una rematada insensatez... o una absoluta falta de consideración?

»—Se trata de un acto desvergonzado, llevado a cabo sin ninguna clase de escrúpulos —proclamó Fyne todavía apesadumbrado, y suspiró.

»—Imagino que es pobre —observé tras un breve silencio—. Pero después de todo...

»—No tiene usted idea de quién es —Fyne había recobrado su irreprochable solemnidad.

»Tuve que confesar que no había llegado a fijarme en su apellido cuando me fue

presentada.

»—Creo recordar que su apellido empezaba por S..., ¿o me equivoco?

»Fyne, con la más absoluta frialdad, comentó que tal cosa carecía de importancia. Tal apellido no era su verdadero apellido.

»—¿Quiere usted darme a entender que me presentó a la damisela con un apellido falso? —pregunté con la divertida sensación de que los días de las maravillas y los portentos no habían hecho más que comenzar. Que Fyne, por naturaleza tan eminentemente serio, hubiese hecho algo tan excepcional, no podía por menos que resultarme sencillamente asombroso. Con una entonación más apresurada que de costumbre, el pequeño Fyne se mostró seguro de que no iba yo a exigirle una disculpa por tal irregularidad, al menos en cuanto supiese de qué apellido estábamos hablando. En su grave forma de hablar se introdujo de rondón cierta calidez.

»—Hemos intentado cuidar y proteger a esa muchacha de todas las maneras habidas y por haber. Es la hija única de De Barral.

»Obviamente contaba con que en mí se produjera una auténtica conmoción, y en espera de que surtiese efecto se me quedó mirando fijamente. Me contenté con imitar su actitud de apasionado interés, devolviéndole su intensa mirada. Consciente de mostrarme excesivamente refractario, actitud reprochable donde las haya, sondeé las tinieblas del recuerdo: De Barral, De Barral..., y de buenas a primeras se hizo en mí la luz, como si una de las ventanas de mi memoria acabara de abrirse de par en par a una calle de la City. ¡De Barral! Pero ¿podría tratarse del mismo? ¡Seguro que no!

»—¿El financiero? —insinué con incredulidad.

»—Sí —dijo Fyne, momento en el cual su habitual solemnidad pareció extrañamente adecuada—. El convicto.

Marlow me miró de forma harto significativa.

—Fuera como fuese —adujo a manera de explicación—, y conste que cuando menos me parece llamativo, no creo que ni yo ni nadie hubiese esperado jamás que De Barral tuviese hijo o hija alguna, ni otro hogar que las oficinas del «Orbe», ni otra existencia, relaciones o intereses distintos de los estrictamente financieros. Veo que recuerda usted la catástrofe...

—Navegaba yo por entonces en los mares de Oriente —dije—. Pero naturalmente que...

—Pues claro —cortó Marlow—. Todo el mundo... Tal vez le extrañe mi lentitud a la hora de reconocer el apellido, pero ya sabe usted que mi memoria es un mausoleo repleto de nombres propios. En el caso de De Barral, terminó por ocupar en el mausoleo un lugar en compañía de tal cantidad de nombres de su propia invención que tuvo que quitarse de encima toda una pila de huesos antes de aparecer ante mí una vez invocado por el mago Fyne. El sujeto tenía verdadero capricho por los nombres: el «Orbe», Banco de Depósitos; la Sociedad de Ayuda Mutua «Cetro», la Asociación «Ahorro e Independencia». Pues sí, un bonito gusto por los nombres el suyo; además de eso, nada de nada, cero, ningún otro mérito. Bueno, sí: otro nombre

más, aunque fuese por pura chamba: De Barral, su apellido, no era invención suya. No creo que un simple Jones o un Brown hubiese sido capaz de pescar de las honduras de lo Increíble tan colosal manifestación de la locura humana, comparable a la de ese individuo. En fin, puede ser que subestime la alacridad de la locura humana cuando se trata de un anzuelo tan bien cebado. Sí, sin duda la subestimo. La codicia de ese absurdo monstruo es incalculable, insondable, inconcebible. La trayectoria seguida por De Barral pone de manifiesto que es capaz de tragarse a ciegas un anzuelo desnudo. No es menester adornárselo con un cuento de hadas. No tenía imaginación suficiente...

»—¿Era extranjero? —pregunté—. Es claramente un apellido francés, en el supuesto de que fuera su apellido.

—Oh, no se lo inventó. Nació con ese apellido puesto, y además en Bethnal Green, según se reveló durante el juicio. Tenía por costumbre aludir a sus ancestros escoceses, cosa que por cierto ha hecho todo gran hombre. La madre, según tengo entendido, era en efecto escocesa. El padre, De Barral, fuera cual fuese su origen, se retiró del Servicio de Aduanas (creo que era uno de esos oficiales que se pasan la vida esperando la marea favorable para abordar e inspeccionar los barcos anclados en puerto) y empezó a prestar dinero en minúsculas cantidades en algún tabuco del East End, a las gentes de los muelles: estibadores, pequeños propietarios de alguna que otra chalana, abastecedores de buques, inspectorzuelos de embarque, en fin, gentes de toda ralea, todas de poca monta. Así se ganaba la vida. Era un hombre muy decente, según tengo entendido. Gozaba de la influencia necesaria para conseguir que su hijo empezase a trabajar de contable en una de las compañías de los Muelles. “Hijo mío”, le dijo un día, “te he dado un punto de arranque excelente. Ahora sólo tienes que echar a andar”. Sólo que De Barral no arrancó. Se quedó clavado en su puesto; daba toda clase de satisfacciones a sus superiores, cumplía a la perfección. Pasados tres años, le concedieron un pequeño aumento de salario y se dio a salir por las tardes. Empezó a cortejar a la hija de un viejo capitán de barco, ya jubilado, que desempeñaba el cargo honorario de administrador de su parroquia y vivía en una destartalada casa de estilo georgiano, una de esas antiguas casas que se levantan sobre unos escuetos cimientos y que suelen descubrirse en un laberinto de callejuelas sórdidas a más no poder, iguales unas a las otras, chabolas de seis habitáculos.

»Algunas eran vicarías de las parroquias de arrabal. El viejo marino se había hecho con una muy barata, y De Barral se había hecho con su hija, toda una ganga para él. El viejo marino se portó muy bien con la parejita, en parte por estar colado por su hija. La señora De Barral era una mujer sencilla, modesta, por entonces dotada de una generosa porción de alegría y sin ambiciones de ninguna especie; ahora bien, mujer al fin y al cabo, suspiraba por un cambio en su vida, ansiaba que ocurriera algo interesante al menos de cuando en cuando. Fue ella quien animó a De Barral para que aceptara la oferta de trabajar en el West End, en una sucursal de un gran banco. Parece ser que él se abstuvo de emprender esa aventura durante largo tiempo. Por fin

se impusieron las opiniones de su mujer. Mucho después, ella solía decir: “Fue la única vez que me hizo caso, y ahora dudo si no hubiese sido preferible morirme antes de animarle a entrar en ese banco”.

»Tal vez le sorprenderá mi conocimiento de los detalles; bien, a la postre los obtuve de la señora Fyne. La señora Fyne, en sus tiempos de soltera, cuando aún era la señorita Anthony, sumisa esclava de su padre, llegó a conocer a la señora De Barral cuando ésta vivía en su exilio. La señora De Barral vivía entonces en una gran mansión de piedra cuyas ventanas tenían todas maineles, sita en un parque amplio y húmedo, llamado el Priorato, cercano a la aldea en que había edificado su residencia el refinado poeta.

»Eran los tiempos del mayor éxito que alcanzó De Barral. Había adquirido la mansión sin dignarse a verla siquiera, y había mandado allí a su mujer y a su hija con todas sus pertenencias: no sabía qué hacer con ellas en Londres. Él se alojaba en una *suite* de hotel, compuesta por varias habitaciones. Allí daba fiestas, o cenas para varios comensales, seguidas de partidas de cartas. Él tenía verdadera pasión por el juego, o simple manía de jugar a las cartas; en cualquier caso, jugaba fuerte por el mero placer de relajarse, con un séquito de comparsas poco o nada recomendables.

»Entretanto, la señora De Barral vivía en el Priorato, todos los días a la espera de que llegase su esposo; tenía a su disposición un elegante carruaje con capacidad para cuatro personas y tirado por dos caballos, una institutriz a cuyo cargo estaba la niña y varios criados. Las gentes de la aldea la veían tras la verja, paseando por entre los árboles con la niña, perdida en un entorno desconocido. No se le acercaba nadie. Y allí murió como mueren algunos animales fieles y delicados, por descuido y negligencia de forma más bien inesperada y sin hacer el menor ruido. Los lugareños tuvieron lástima de ella porque, aunque fuera evidente su perpetua preocupación, siempre fue buena con los pobres y siempre tuvo un rato para conversar con las gentes más humildes. Por descontado, todos sabían que no era una dama, o al menos no era lo que suele entenderse por una verdadera señora. Hasta la relación que mantuvo con la señorita Anthony fue una simple relación hecha de encuentros entre vecinas por las calles de la aldea, de breves retazos de conversaciones a la puerta de una u otra casa. Carleon Anthony era un aristócrata tremendo (su padre fue uno de aquellos arquitectos “restauradores” que tanto daño hicieron a los edificios antiguos), y a su hija no se le permitía relacionarse sino con las damiselas de buena familia que hubiese en el condado. A pesar de los pesares, desafiando el iracundo celo que invertía el poeta por el refinamiento impoluto, hubo algunos paseos sosegados y melancólicos por la gran avenida flanqueada de castaños que conducía a las puertas del parque, en el curso de los cuales la señora De Barral llegó a llamar a la señorita Anthony “querida mía” e incluso “mi pobrecita y querida niña”. Aquel alma solitaria no tenía con quien hablar, descontando aquella jovencita más bien infeliz. La institutriz la menospreciaba. El ama de llaves afectaba distanciamiento, reserva. Además, la señora De Barral no era mujer que gustase de los cotilleos. Sin embargo,

sí que hizo algunas confidencias a la señorita Anthony. En cierta ocasión llegó al extremo de confesarle que se moría de ansiedad. El señor De Barral (así le llamaba) había sido un marido excelente y un padre ejemplar, pero “querida mía, le aseguro que lo conozco muy bien. Estoy convencida de que no sabrá qué hacer con todo ese dinero que las buenas gentes han decidido confiarle. Tal y como es, no me extrañaría nada que cometiese alguna imprudencia. Cuando venga, he de charlar largo y tendido con él, muy seriamente, como aquellas charlas que teníamos los dos tiempo atrás”. Y un buen día se le escapó un grito de angustia: “Querida mía, ¡no vendrá nunca, nunca, nunca!”.

»Se equivocaba. Acudió al funeral tremendamente apenado; con la niña bien sujeta de la mano, lloró amargamente junto a la tumba. La señorita Anthony, aun a riesgo de tener que pasarse una semana entera a expensas de las burlas y abusos del poeta, fue a verlo todo con sus propios ojos. De Barral se aferraba a la niña como un náufrago a su tabla de salvación. Con todo, se las apañó para coger el tren de las cinco y media: volvió a la ciudad a solas, en un compartimento reservado, con las persianas bajadas...

—¿Dejando a la niña? —inquirí.

—Sí. Dejándola... Hizo la vista gorda ante el problema: así era él desde el día en que nació. No tenía ni idea de qué hacer con ella ni, por decirlo con claridad, consigo mismo ni con ninguna otra persona. Volvió como alma que lleva el diablo a la *suite* de su hotel. Nunca estuvo más desvalido... La niña podría haberse quedado en el Priorato hasta el fin de sus días de no ser porque la campanuda institutriz amenazó con presentar su renuncia. La niña le importaba un comino, y la solitaria y lúgubre mansión había terminado por atacarle los nervios. No estaba de ninguna manera dispuesta a tener que sobrellevar una vida así; como antes había estado al servicio de no sé qué familia ducal, acosó a De Barral de forma muy altanera. Éste, para apaciguarla, alquiló una casa espléndidamente amueblada en la parte más cara de Brighton, a la que de cuando en cuando iba a pasar todo el fin de semana llevándose un arcón repleto de exquisitos dulces y los bolsillos a rebosar de dinero. La institutriz se encargaba de gastarlo como correspondería a un estilo más que ducal. Frisaba los cuarenta y cultivaba en secreto el vicio de proteger a jóvenes varones de toda laña — por no decir de muy determinada ralea—. Claro que por entonces la señora Fyne no tuvo conocimiento de todo ello; me dijo, sin embargo, que ya en los tiempos del Priorato había sospechado que se trataba de una mujer artificial, despiadada, vulgar, de ínfimos ideales. De Barral no lo sabía; literalmente, no sabía nada de nada.

—Dígame, Marlow —le interrumpí—, ¿cómo se explica usted esta opinión? En cierto sentido, tenía que tratarse de una auténtica personalidad. No es posible ser responsable de los mayores estragos materiales de toda una década a menos que uno esté hecho de una pasta muy especial.

Marlow meneó la cabeza.

—Era puro gesto, un portento. Más o menos en aquella época la palabra Ahorro

había salido a la palestra y andaba en boca de todo el mundo. Usted conoce bien el poder de las palabras. Pasamos por períodos dominados por las palabras: ora puede ser desarrollo, ora competencia, o educación, o pureza, o eficacia, o incluso santidad. Bueno, pues por entonces era la palabra Ahorro la que andaba por las calles del brazo de la rectitud, compañera inseparable y respaldo de otros latiguillos de alcance nacional, mirando cara a cara a todo hijo de vecino. Ni siquiera los más pobres, los que se arrastran por las esquinas, escapaban a esa fascinación, pobres diablos... ¡En fin...! Bien, la inmensa mayoría de los periódicos cacareaban en todos los tonos habidos y por haber, como un confuso batallón de loros a las órdenes de algún diablo con evidente facilidad para los chistes prácticos, proclamando a los cuatro vientos que De Barral estaba haciendo por entonces la mayor contribución posible en la gran evolución moral de nuestro carácter de cara al redescubrimiento de la virtud del Ahorro. Su contribución tomó por cauce todas aquellas grandes fundaciones y establecimientos, con los que había puesto de relieve el mérito moral implícito en el ahorro incluso para los más reticentes y duros de corazón, simplemente mediante la promesa de pagar un diez por ciento de interés sobre cualquier depósito. Para participar en las ventajas de tal virtud ni siquiera era necesario formar parte de las clases acaudaladas; ¡bastaba con tener disponible una moneda de seis peniques y dársela a De Barral: eso ya era ahorro! Es harto probable que, a la fuerza, hasta él mismo se lo creyera. Es inconcebible que él solito hubiese hecho frente a los encaprichamientos y a la locura del mundo entero. No tenía la inteligencia necesaria. Pero mirándole a la cara era imposible saber...

—Entonces... ¿llegó usted a verlo? —dije con cierta curiosidad.

—Sí. Es extraño, ¿no cree? Lo vi una sola vez, en sus tiempos de gloria o esplendor... No, en el fondo ninguna de estas palabras se ajusta al tamaño de su éxito. No hubo nunca en su estampa nada que semejase la gloria o el esplendor. Digamos, pues, que lo vi en los tiempos en que, si ha de hacerse caso a la mayor parte de la prensa diaria, representaba una potencia financiera de primerísima magnitud que funcionaba en pro del mejoramiento del carácter de la gente. Le contaré cómo fue.

»En aquella época conocía yo a un hombrecito, calvo y gordinflón, pero forrado en oro, que se alojaba en el Albany; a su manera, era también un financiero que llevaba a cabo transacciones de naturaleza íntima y en modo alguno de carácter moral, fundamentalmente con jóvenes de alta cuna y elevadas expectativas, aunque osaré decir que no negaba sus servicios a los plebeyos de cierta edad. Era un verdadero demócrata; habría hecho negocios (negocios ingeniosos, contantes y sonantes), llegado el caso, con el demonio en persona. Todo eran moscas que caían en su tela de araña. Recibía a sus clientes en estado de máxima alerta, pero con una jovialidad que resultaba sorprendente. Inspiraba alivio inmediato sin excederse en la confianza, lo cual tal vez fuese inmejorable. Realizaba sus transacciones en un apartamento amueblado como si de un salón de recepciones se tratara, con las

paredes llenas de óleos oscuros de marcos recargados. Desconozco si eran buenos o no, pero sí eran de considerable tamaño; además, los marcos sobredorados y bruñidos dotaban a la sala de una melancólica dignidad. El propio personaje tomaba asiento ante un escritorio taraceado que parecía talmente una pieza de museo; su sillón tenía el respaldo alto, ovalado, tallado en madera y tapizado con una rica tela; todos estos objetos hacían de su habano negro y costoso, que se pasaba sin cesar de la comisura izquierda de los labios hasta el centro de la boca, y viceversa, un objeto barato, inexpresivo y desagradable. Tuve que ir a verle varias veces en nombre de un pobre diablo tan infortunado que ni siquiera tenía amigos más cualificados que yo que le representasen en una racha particularmente difícil.

»Desconozco a qué hora empezaba su jornada el financiero, pero solía fijar sus citas a horas inusitadas: por ejemplo, a las ocho menos cuarto de la mañana. Nada más llegar, uno se lo encontraba muy ajetreado ante su maravilloso escritorio, con aire de hallarse muy fresco, exhalando una débil fragancia de jabón perfumado y con el puro ya encendido. Podrá usted pensar que di inicio a mis pesquisas con abundantes y desagradables presentimientos, si bien en aquel hombrecillo rechoncho, admirablemente atildado, había un desprecio tan profundo por la humanidad que rozaba cierta clase de buen carácter, que, al contrario que la leche que mana de la genuina generosidad, no corría peligro de agriarse. Poco después, durante una pausa en la conversación, mientras esperábamos a que llegase un documento que había mandado a buscar (¿tal vez al sótano?), se me ocurrió comentar que nunca había visto tal cantidad de objetos artísticos reunidos, y dejando al margen, por supuesto, algunas conocidas colecciones. Que tal comentario fuese o no un detalle de diplomacia inconsciente por mi parte, no soy yo quien deba decirlo, pero lo cierto es que se ajustaba a la verdad; a él le complació en extremo.

»—En efecto, es una colección —dijo con énfasis—. La única diferencia respecto de la mayoría de los coleccionistas es que yo vivo rodeado de mi colección. En fin, veo que entiende usted lo que está viendo, al contrario de la mayoría de los clientes que vienen a verme en visita de negocios, quienes por cierto mejor se hallarían en los establos y las porquerizas.

»Desconozco si mi apreciativo comentario tuvo por efecto adelantar algo el negocio en que andaba metido mi amigo; en cualquier caso, sí adelantó nuestro mutuo conocimiento. A partir de ahí me trató con un deje de familiaridad, como si formase parte de los iniciados.

»La última vez que acudí a verlo con objeto de concluir la transacción nos interrumpió una persona, una especie de cruce de contable y secretario privado, el cual entró por una puerta que no era la de la antesala, se acercó a él y le murmuró algo al oído.

»—¿Eh? ¿Quién dice que es?

»La persona en cuestión volvió a inclinarse y a murmurarle al oído, esta vez en voz más alta, añadiendo:

»—Dice que se trata de un momento, que no quiere interrumpirle.

»—Ah, bueno —dijo el hombrecillo, mirándome, indeciso. Me levanté de mi asiento y me ofrecí a volver más tarde. Clavó en mí la mirada, caprichosamente alarmado—. No, no, por favor. Ya es bastante deplorable malgastar mi dinero; no quisiera dedicar más tiempo a su amigo de usted. Hay que zanjar este asunto hoy mismo. Tenga, pues, la amabilidad de echar un vistazo a esa *garniture de cheminée* que hay allí. Existe otro bastante parecido en el castillo de Laeken, pero el mío es muy superior de diseño y ejecución.

»Así, pues, me desplazé al otro extremo de la gran sala. La *garniture* era excelente. Ahora bien, mientras fingía examinarla vi que mi hombre se adelantaba a saludar al visitante, un hombre de notoria estatura, que dijo:

»—Creí que estaría disponible a hora tan temprana. En fin, si tiene la amabilidad, no serán más que dos palabras —y tras susurrar en tono de confabulación durante poco más de un minuto, regresó a la puerta, ante la cual se estrecharon la mano ceremoniosamente.

»—En absoluto, en absoluto. Me complace estar a su servicio. Puede contar usted con esa información para lo que haya menester.

»—Pues ya sabe usted. Cuando quiera... Buenos días.

»Miré al visitante largo y tendido mientras intercambiaban cortesías. Iba vestido de negro de pies a cabeza. Llevaba una corbata ancha, de satén negro, prendida en un alfiler que adornaba con un gran camafeo, y un pequeño cuello vuelto. El cabello, descolorido y sedoso, se le rizaba ligeramente sobre las orejas. Tenía las mejillas redondas y pulcramente afeitadas, aparentemente suaves. Era de porte envarado, caminaba a pequeños pasos y hablaba en voz afable y queda. Tal vez por contraste con la magnificencia de la estancia y con el meticuloso esmero de su propietario, me sorprendió por su indigencia, y si no exactamente por su humildad, sí por parecer acosado por las adversidades.

»Me maravilló considerablemente la urbanidad mostrada por mi pequeño financiero para con aquel dudoso sujeto, sobre todo cuando me preguntó, una vez hubimos tomado asiento, si sabía quién era la persona que acababa de salir. Comoquiera que yo negase con la cabeza, esbozó una extraña sonrisa, dijo “De Barral” y gozó de mi evidente sorpresa. Luego adoptó un tono más grave:

»—Un personaje oscuro donde los haya, no sé si estará de acuerdo conmigo. Todos sabemos bien de dónde ha surgido y hasta dónde ha llegado, pero nadie logra adivinar qué es lo que se propone —se tornó por un momento pensativo, y añadió, como si hablara para sí: —Me pregunto cuál será su juego.

»Como sabe usted, De Barral no jugaba a nada, no había juego de ninguna clase. Bien pudo comprobarse en el juicio. Tal como le he dicho, era un empleado de banca, como tantos otros miles. Ese empleo le supuso un segundo comienzo en su vida, en el cual volvió a quedarse atascado de nuevo, para gran satisfacción de diestro y siniestro. Un buen día, como si hubiese oído un murmullo sobrenatural, o como si le

hubiese picado una mosca invisible, se encasquetó el sombrero, se echó a la calle y empezó a hacer publicidad. Así fue todo, ni más ni menos. Cazó al vuelo, por la calle, aquella palabra tan en boga y la unció a su absurdo carruaje.

»Recuerdo sus primeros, modestos anuncios, encabezados por la palabra mágica Ahorro, Ahorro, Ahorro, tres veces repetida, prometiendo el diez por ciento de interés sobre cualquier cantidad depositada. Seguía tan sólo la dirección de la Asociación por el Ahorro y la Independencia, sita en Vauxhall Bridge Road. Aparentemente no hacía falta nada más. Ni siquiera se tomó la molestia de explicar qué intenciones tenía respecto del dinero que solicitaba públicamente le fuese vertido en la faltriquera. Claro está que se proponía prestarlo a un interés más alto aún. Así lo hizo, sólo que sin método, sin atenerse a plan, provisión o juicio alguno. Y a medida que malgastaba y desperdiciaba las sumas que entraban a espuestas, puso más anuncios para conseguir más..., y vaya si lo consiguió. En plena época de prosperidad global fundó la Banca del “Orbe” y las Cuentas de Crédito “Cetro”, se diría que pura y simplemente para que le sirviesen como reclamo publicitario. No eran sino meros nombres. Era de todo punto incapaz de organizar nada, incapaz de promover la más nimia empresa, de no ser por el placer que le daba andar enredando con las acciones. Por aquel entonces, nada más que con pedirlo habría podido sentar alrededor de las mesas de juntas y los consejos de administración más disparatados que le cupiese imaginar a cualquier duque, a generales retirados, a parlamentarios en activo, a exembajadores, etc. Pero ni siquiera llegó a intentarlo. No tenía verdadera imaginación. Lo único que sabía hacer era publicar más y más anuncios, abrir más y más sucursales de Ahorro e Independencia, de la Banca del “Orbe” o del Crédito “Cetro”, con el único propósito de extender resguardos de ingreso; primero en tal ciudad, luego en tal otra, al norte y al sur, por doquiera pudiese encontrar locales adecuados a precios asequibles. Tal era el rasgo esencial de su administración. Modestia, moderación, sencillez. Ni el “Orbe” ni el “Cetro”, ni el padre y la madre de ambas, Ahorro e Independencia, habían hecho construir los palacios al uso, ni tampoco los habían alquilado. Por esta renuncia gozaron del aplauso de algunas ridículas hojas volanderas que las consideraron ilustración perfecta del concepto de ahorro en aras del cual se habían fundado dichos establecimientos. Lo cierto es que De Barral ni siquiera paró mientes en ese detalle. Por descontado que pronto se mudó del primer local, el de Vauxhall Bridge Road: hasta ahí sí le llegaban las entendederas. Después se apropió de una antigua casona de ladrillo, enorme e infestada de ratas, en una angosta bocacalle del Strand. A los desconocidos se les echaba el guante donde fuese y se les conducía ante el paredón de ladrillo más mezquino, amarillento y sucio de hollín que se pueda imaginar, del cual resaltaban dos hileras de ventanas desprovistas de todo adorno y que más parecían agujeros; una vez allí se les exhortaba a la chita callando a considerar y admirar la sencillez del cuartel general de la principal potencia financiera del momento. La palabra ahorro bien encaramada bajo el techo, con gigantescas letras sobredoradas, amén de dos

placas de latón, enormes, como escudos curvos, redondeadas, a cada lado de la puerta, eran los únicos puntos llamativos del encarte que revestía el negocio de De Barral. De las operaciones que llevaban a cabo en el interior nadie sabía más que lo siguiente: a saber, que si uno entraba y confiaba algún dinero a la persona que le atendiese en el mostrador, ésta aceptaría con toda calma la suma que se le entregase a cambio de extender un recibo impreso. Y punto. Parece ser que semejante certidumbre es algo irresistible, ya que la gente entraba sin cesar a ingresar su dinero; una vez arrebatado de sus manos, y en apariencia puesto a buen recaudo, era en realidad más irrecuperable que si lo hubiesen arrojado al mar. Así pues, esto era, y nada más, lo que se llevaba a cabo allí dentro...

—Venga, Marlow —dije—. Sin duda alguna exagera usted... aun cuando sólo sea por su forma de decir las cosas. ¡Es demasiada extravagancia!

—¿Dice usted que exagero? —se defendió—. ¿Mi forma de decir las cosas, dice usted? Querido amigo, me he limitado a despojar mis afirmaciones de toda verborrea mercantilista y de la jerga financiera. ¿Y se queda usted estupefacto? ¡Si sólo le he contado la verdad al desnudo! Bien es verdad que nada queda tan expuesto a la acusación de resultar exagerado como el lenguaje de la verdad al desnudo. Todo lo que se da a conocer de forma sorprendente suele ser difícil de admitir. Ahora bien, entonces ¿qué me dirá usted del fin de su trayectoria? Empezó con la Banca del “Orbe”. Bajo el nombre de tal institución, De Barral, con la frenética obstinación de un hombre carente de toda inventiva, se dedicó a prestar ayuda financiera a un príncipe de la India empeñado en reclamar del gobierno, habiendo interpuesto una querrela, una desmesurada suma de dinero. Era una enorme cantidad de *lakhs*^[2], no sé cuántas veintenas, un mísero remanente de los tesoros que poseyeron sus ancestros o algo así. Y todo ello era verdad de la buena. Era un príncipe auténtico, y su reclamación era sobradamente verdadera, sólo que, por desgracia, no era válida. Así pues, dicho príncipe perdió la querrela en la última vista del caso, y el principio del fin de De Barral se hizo manifiesto al público en forma de media hoja de papel con membrete oficial, encolada por las cuatro esquinas sobre la puerta cerrada del “Orbe”, en la cual se notificaba la suspensión de pagos en dicho establecimiento.

»El “Cetro”, establecimiento asociado, se desmoronó sin que transcurriese una semana. No diré, a la usanza americana, que a De Barral, con todos sus asuntos e intereses encima, de pronto se le abriese el suelo bajo los pies, ya que jamás había pisado suelo firme. El público había optado por verter sus ahorrillos en algo parecido a las vasijas de las Danaides. Que los dineros se habían esfumado, a la vista está; el juicio por bancarrota que siguió de inmediato fue poco menos que una farsa siniestra, un brote de carcajadas proferidas en un escenario que dominaba una demudada angustia, la de los depositarios, que no en vano eran cientos de miles. Las risas fueron irresistibles, acompañamiento del proceso público por bancarrota.

»No sé si fue por absoluta falta de inventiva, o bien por poseer cierta clase de imaginación en una proporción indebida por completo, o por ambas razones, y conste

que las tres alternativas son admisibles, pero se descubrió que este hombre que había sido aupado a las alturas gracias a la credulidad del público era más crédulo y más bobo que todos los depositarios juntos. Había sido carne de cañón de toda suerte de estafadores, aventureros, visionarios y hasta de lunáticos. Embozado tras un aura de secreto misterio, impenetrable e imbécil, se había lanzado a por las empresas más fantásticas: un puerto con abundantes muelles en la costa de la Patagonia, canteras en la península de Labrador... y especulaciones por el estilo. Una de ellas era nada menos que la instalación de una industria conservera a orillas del Amazonas. La compra de la soberanía de un pequeño principado en Madagascar, otra. A medida que fueron saliendo a la luz uno por uno los detalles grotescos de estas transacciones inverosímiles, las carcajadas sacudieron la atestada sala del juzgado por oleadas, cada cual algo más audible que la anterior. El público asistente terminó por desternillarse de risa, sin poder contenerse ante el efecto acumulativo de tanto absurdo. Rió el registrador, rieron los abogados y los periodistas; los míseros depositarios, apretadas las filas y atentos a cada palabra, sin perder comba, rieron como un solo hombre. Rieron históricamente, pobres diablos, al borde del llanto.

»Tan sólo una persona permaneció imperturbable. Fue el propio De Barral. Conservó su expresión serena y afable, según tengo entendido (ya que no fui testigo presencial de estas escenas), mirando al público congregado a su alrededor con un aire de plácida suficiencia que fue para el mundo un primer indicio de vanidosa, inconmensurable presunción del reo, oculta hasta ese momento bajo una aparente timidez. Quedó asimismo patente en su obstinada afirmación, a saber, de que con tiempo suficiente y mucho más dinero todo habría salido a pedir de boca. Y hubo gente (sí, entre sus propias víctimas) que a punto estuvo de creerle a pie juntillas, incluso tras el enjuiciamiento criminal que se inició de inmediato. Al sentarse en el banquillo de los acusados perdió su aplomo, como si la ilusión que lo sustentaba se hubiese hecho añicos súbitamente en su interior. Dejó de ser el que nos tenía acostumbrados, en su actitud y en su disposición, en tanto en cuanto sus ojos neutros y desvaídos, que tan bien iban con su cabello descolorido, resultaron capaces de expresar una especie de odio soterrado. Fue al principio un desafío, luego pura insolencia; terminó por romper a llorar, pero bien pudo haber sido de pura rabia. Se calmó después, adoptó de nuevo su reposada manera de hablar y esa apostura calma y modesta que le había sido connatural en sus días de grandeza. Sin embargo, parecía como si en ese momento de transformación hubiese caído por fin en la cuenta de cuán grande había sido su poder, pues a uno de los asesores de la acusación civil, que había empleado un tono altanero y recriminatorio al interrogarle, le comentó que sí, que se había dado al juego, que le gustaban las cartas. Que tan sólo un año antes toda una legión de gentes de muchísima nota se habían mostrado muy honradas de jugar unas bazas con él. Sí —prosiguió—, algunas de las personas que estaban acomodadas en la sala; volviéndose hacia el que le interrogaba, le espetó: “Y usted también”. De habérselo propuesto, de haberle importado algo tales menudencias, podría haber

congregado a media ciudad en sus salones y haberse hecho adular por todos ellos. “Ahora que lo pienso, fíjese bien en lo que voy a decirle, me he pasado la mitad de mi tiempo quitándome de encima a los que son de su misma calaña”, terminó con un deje de buen humor, al desgaire, pero haciendo evidente su desprecio, como si acabase de percatarse de ese detalle por primerísima vez.

»Fue ese quizá el único momento en que tuvo a todo el público presente en el juzgado callado y temeroso. Y se reanudó el temible juicio. A pesar de toda la agitación exterior, fue con diferencia el más temible de cuantos juicios se hayan celebrado. El proceso por bancarrota había agotado todas las risas que pudieran quedar. Tan sólo se sostenía en pie el hecho indiscutible de una ruina generalizada, junto con el resentimiento de la masa por haber sido engañada mediante añagazas demasiado simples, tan simples que iba a ser punto menos que imposible salvar la propia estima y el propio respeto de una herida tan profunda que difícilmente la habría podido producir la inteligencia de un canalla redomado. Un estupor de vergüenza planeó sobre todo este proceso, del que De Barral no era el único culpable. En cuanto a él, su única súplica, su única excusa, proferida a gritos, fue el tiempo. ¡Tiempo! El tiempo habría hecho posible que todo saliera a pedir de boca. Con el tiempo, no le cabía duda de que algunas, si no todas sus especulaciones, habrían arrojado el resultado apetecido. A veces, según he podido saber, parecía quedarse en éxtasis; sus ojos pálidos e inmóviles parecían hacer frente al panorama futuro. Tiempo, tiempo... y, por descontado, más dinero. “¡Ah! Con que tan sólo me hubieran dejado en paz durante otros dos años”, llegó a exclamar como si creyese apasionadamente lo que decía. “El dinero entraba a espuestas”. Se refería a los depósitos, claro está... A los fondos del Ahorro. Pues claro que habían entrado a espuestas, y hasta el último momento. Pero se arrepentía de que así hubiese sido. Había llegado a contemplar los depósitos como si fueran de su propiedad por obra de una mística persuasión. Con todo, el suyo fue un grito absolutamente sincero, una verdad como un puño, me refiero al que le espetó al fiscal que le había empezado a interrogar diciéndole: “Ha dispuesto usted de sumas inmensas...”, a lo cual replicó indignado: “¿Y qué beneficio he sacado yo de ellas?”.

»Absolutamente sincero. Una verdad como un puño. No había sacado nada de nada, ninguno de los bienes de prestigio, ninguna de las cosas deseables de este mundo, nada de cuanto codicia cualquier ser de carácter depredador. No había gratificado sus gustos, no había conocido el lujo; no había construido palacios monumentales, no había vestido ni adornado ninguna espléndida galería a partir de dichas “sumas inmensas”. Ni siquiera tenía hogar. Se había instalado en aquellas habitaciones de hotel en las que había permanecido durante años, sin duda dando perfecta satisfacción a los administradores. Habían subido los precios en dos ocasiones, supongo yo, para mostrar en cuán alta estima tenían su patrocinio. Para sí no había comprado, con toda la riqueza que se le escurría por entre los dedos, ni la adulación ni el amor, ni el esplendor ni las comodidades. En su coherente

mediocridad había algo rayano en la perfección. Su propia vanidad parecía acusar el no haber gozado siquiera de la mera exhibición del poder. En los tiempos en que más plenamente anduvo de boca en boca y más estuvo en el punto de mira de todo el mundo, la insobornable oscuridad de sus orígenes se adhirió a él como si fuese una sombría vestimenta. Había manejado millones y millones sin llegar a disfrutar nada de lo que la comunidad de los hombres conceptúa de precioso, porque no tenía ni la brutalidad de temperamento ni la finura intelectual que le llevasen a desear tales cosas con la fuerza de voluntad propia de un aventurero decidido a dominarlo todo a toda costa...

—Se diría que lo ha estudiado a fondo —observé.

—Estudiado... —repitió Marlow pensativamente—. No. No lo he estudiado; no he tenido ninguna oportunidad de hacerlo. Usted sabe que tan sólo llegué a verlo en la ocasión que le he referido. Pero tal vez sea un breve vistazo, y nada más, el medio más propio de contemplar una individualidad, y eso mismo era De Barral, en virtud de sus propios defectos, pues resultaba una persona hartamente diferente de toda idea preconcebida. No, no he estudiado a De Barral, y mucho menos a fondo, pero de ese modo lo entiendo, en tanto en cuanto puede entenderse en medio de la baraúnda del colapso; los gemidos y el crujir de dientes, los anuncios pegados por las paredes e insertos en los periódicos: «Los fraudes del Ahorro. Examen e interrogatorio del acusado. Extra, número especial...». El despiadado brillo de las candilejas; las solicitudes de caridad para con las víctimas, la gravedad con que los diarios cargaron las tintas, venga a retumbar de compasión, como si fuesen las entrañas de la nación misma... Todo ello duró una semana cuajada de laboriosas reuniones. Un periodista a quien yo conocía bien me dijo: «Es un perfecto idiota». Y puede que así fuera. Antes de eso oí a alguien comentar que tenía una cara que respondía perfectamente al tipo fisonómico del criminal; yo sabía de sobra que eso no era cierto. Se pronunció la sentencia ya con luz artificial, en una atmósfera asfixiante, envenenada. El juez pronunció, sopesándolas, unas palabras de tono edificante acerca del precio que había de pagar quien había perpetrado «los más despiadados fraudes, a una escala que no tiene precedentes». No entiendo gran cosa de estas materias, pero parece ser que había falseado las cuentas, había amañado las hojas de balance, había dado por buenos muchos depósitos meses después que supiera, y si no lo sabía sí debería haberlo sabido, que no le quedaba más remedio que declararse insolvente, y había incurrido en delitos de muy variado jaez, suficientes en cualquiera de los casos para merecer una dura reprensión al menos a ojos de la ley, suficiente, en fin, para granjearle siete años de prisión. La sentencia, una vez alcanzó las calles, encontró una acogida favorable. Una reducida muchedumbre, compuesta principalmente de gentes que no parecían especialmente listas ni escrupulosas, espolvoreada de la genuina levadura de los carteristas, se dio a disfrutar esparciendo la algazara de gritos e insultos más abominable y heladora que recuerdo. Acerté a pasar por allí a mi regreso del East End, pues había pasado el día por los muelles con un viejo compañero que

andaba buscando los pertrechos para armar un barco nuevo. Siempre que puedo, no dejo de visitar un barco nuevo. Me interesan tanto como las personas jóvenes; tienen el mismo encanto.

»Me vi mezclado entre aquella turba que bullía de una animosidad tan insensata como suelen ser de costumbre las cosas de la calle, y mientras me abría paso laboriosamente, con objeto de alejarme, me di casi de bruces con el periodista que ya mencioné antes. Me hizo el honor de parecer al menos sinceramente sorprendido.

»—¿Cómo? ¿Usted aquí? Era la última persona en todo el mundo que... De haberlo sabido, le habría podido facilitar un pase; dentro había sitio de sobra. El interés no ha dejado de crecer en los últimos días. En fin, le han condenado a siete años. Me alegro.

»—¿Y por qué se alegra? ¿Por qué le han condenado a siete años? —pregunté, sumamente incomodado por una mole de sujeto que comentaba con otros amigos igualmente opresivos que “a ese miserable pordiosero habría que haberle dado garrote vil”. Desconozco si llegó a confiar alguna vez sus ahorrillos a De Barral, pero de ser ese el caso, a juzgar por las trazas que se gastaba, debían ser las ganancias de algún robo afortunado. El periodista, a mi lado, contestó negativamente a mi pregunta. Se alegraba de que todo aquello hubiese terminado. Lo había pasado fatal a causa del calor y la pésima ventilación del juzgado. El frío de la calle, húmedo y pegajoso, pareció afectar su hígado al instante. Se tornó despectivo e irritable, y la emprendió a codazos con todo quisque, decidido a abrirse paso y salir conmigo de entre el gentío.

»Un asunto de lo más monótono. Todos los casos por el estilo suelen serlo; no hay momentos verdaderamente dramáticos. Los libros de cuentas del “Orbe” fueron ciertamente una revelación burlesca, pero al público no suelen importarles las revelaciones de ese jaez. Qué perro más triste ese De Barral —gruñó. No estuvo dispuesto, o tal vez no pudo siquiera tomarse la molestia de describirme la actitud de ese hombre, oficialmente declarado criminal (habíamos cruzado la calle para tomar una copa juntos), pero sí me dijo, con una risa entre dientes, agridulce y desdeñosa, que tras pronunciarse la sentencia el sujeto se aferró al banquillo para expresar una especie de protesta: “No me han dado tiempo. Si me hubiesen concedido algún tiempo más, habrían terminado por nombrarme par del reino, igual que a esos de allá”. Y se permitió su primer y último gesto durante todos los días del juicio, esgrimiendo el puño cerrado por encima de la cabeza.

»El periodista desaprobó tal manifestación. No era asunto suyo pararse a comprenderla. Claro que comprender las cosas tal cual son ¿es acaso alguna vez cometido de los periodistas? Me temo que no. Entender las cosas tal cual son es quehacer que le llevaría muy lejos de las actualidades que son para el público el pan nuestro de cada día. Probablemente, semejante gesto le pareció de escasísimo interés desde un punto de vista pintoresco; la voz debilitada, la personalidad incolora, la incapacidad de mantener una actitud que no fuese la de un poste, la propia fatuidad

del puño cerrado, tan ineficaz en aquel momento y aquel lugar... no, todo aquello no hubiese valido la pena. Para él, notorio artesano de su gremio, por si fuera poco pensar, reflexionar es algo que nunca trae a cuenta. Su oficio se circunscribía a redactar una crónica legible. Yo, en cambio, que no tenía nada que escribir, me permití utilizar el cerebro mientras estábamos sentados, sin haber tocado siquiera los vasos. Y la revelación, que tan a menudo es recompensa de un solo instante de distanciamiento, prescindiendo de las meras impresiones visuales, me causó un escalofrío muy próximo a un verdadero estremecimiento. Me pareció entender que con el sobresalto producido por los terrores y angustias de su proceso, la imaginación de ese hombre, cuyos ademanes, ideas y motivos tan a menudo se expresaban revestidos por un aire de grotesco misterio, que la imaginación de ese hombre, digo, por fin había despertado, por fin iba a entrar en juego. Y fue un pensamiento horroroso. Pruebe usted a ponerse en la piel de un hombre cuya imaginación despierta de su letargo en el momento mismo en que a punto está de bajar a la tumba...

»No debe usted pensar —siguió Marlow tras una pausa— que aquella mañana que pasé con Fyne me dedicara a revisar conscientemente toda esta... llamémosle información, no, digamos mejor este fondo de conocimientos de que disponía yo, o que más bien existía en mí para lo atinente a De Barral. La información es algo que uno se propone encontrar y guardar a buen recaudo una vez localizada, tal como se hacía, por ejemplo, con un lingote de plomo: resistente, útil, ajeno a toda vibración, pesado. Muy al contrario, el conocimiento, el conocimiento de esta clase, se hace espontáneamente, como una adquisición fortuita que conserva en reposo una excelente capacidad de resonancia... Ahora bien, por cuanto que tales distinciones pasan ya al dominio de lo trascendente, le ahorraré el dolor que le supondría el tener que escucharlas. También mi crueldad tiene sus límites. ¡No! En modo alguno calibré deliberadamente todo esto que le he referido. ¿Cómo habría podido hacer tal cosa en presencia de Fyne? El bueno de Fyne, por cierto, permaneció sentado y perfectamente quieto, estatuario, aunque a su manera, es decir, doméstica, tras haberse obligado a asentir, diciendo: “En efecto. El convicto”. Lejos de consentirme una excursión por el pasado dedicada a recordar, me mantuve en el presente al menos lo indispensable para meditar de manera vaga, ausente, sobre las respetables proporciones y, en conjunto, el adecuado perfil de sus pantorrillas de andarín, ya que había cruzado una pierna por encima de la rodilla, al desgaire, para disimular su turbación mediante un gesto despreocupado.

»—¡Así que De Barral tenía esposa e hija! Y esa muchacha es su hija... Entonces, ¿cómo...?

»Fyne volvió a interrumpirme afirmando con absoluta honestidad, como si fuese algo difícil de creer, que tanto su esposa como él habían procurado por todos los

medios hacer buenas migas con la muchacha, ¡por descontado que sí! No dudé de su sinceridad ni un solo instante; mis cábalas, en cualquier caso, eran de índole mucho más racional. A esas horas de la mañana, conviene no olvidarlo, desconocía aún el contacto (pues no había sido mucho más) de la señora Fyne con la esposa y la hija de De Barral mientras estuvieron exiliadas en el Priorato, en la época en que llegó a su culmen la fama de ese hombre.

»Fyne, habiéndose acercado de visita, estaba claro, con la sola intención de hablar conmigo sobre este asunto, me proporcionó la primera indicación sobre este primer contacto, meramente superficial.

»—La muchacha no era por entonces más que una niña —prosiguió—. Poco después la señora Fyne dejó de tener acceso a ella, ya que pasó a hacerse cargo de su educación, en todos los sentidos, una institutriz..., una persona sumamente insatisfactoria —explicó—. Más o menos entonces, su mujer y él... se conocieron; tras celebrarse el matrimonio, ella perdió de vista a la niña por completo. Pero tras dar a luz a Polly (Polly era la tercera hija de los Fyne) su esposa no se había recuperado demasiado bien, y fue a pasar unos meses a Brighton con objeto de reponer fuerzas... Allí, en la calle, la niña (que aún llevaba el cabello sin recoger, suelto por la espalda) la reconoció un buen día ante un escaparate y se abalanzó, se arrojó literalmente en brazos de la señora Fyne. Harto conmovedor... Así, pasando por alto la fría impertinencia de... mmm... esa institutriz, su mujer respondió con toda naturalidad a esta muestra de afecto.

»Se mostraba solemnemente fragmentario en su narración. Le corté con la observación de que tal encuentro tuvo lugar probablemente antes de la catástrofe.

»Fyne asintió con adensada gravedad, afirmando con voz de barítono...

»—Justo antes —y se permitió acto seguido un largo y oprobioso, solemne silencio.

»De Barral —reanudó de pronto su relato— había dejado de acudir a Brighton todos los fines de semana. Debía de haber intuido ya la proximidad del desastre que se avecinaba. La señora Fyne evitó verse arrastrada a conocerlo, lo cual encajó a pedir de boca con las ideas que rumiaba la institutriz, muy recelosa de toda influencia exterior. En cualquier caso, no habría sido nada fácil. Extraordinario, envarado, vestido siempre de negro de pies a cabeza, objeto de todas las miradas mientras caminaba de la mano de la jovencita; aparentemente tímido y retraído, aunque —y en este punto Fyne rozó una extraña capacidad de penetración— probablemente atesoraba en secreto, escondida bajo su falta de confianza en sí mismo, una arrogancia desmesurada. La señora Fyne se apiadó del destino que aguardaba a Flora de Barral mucho antes de producirse la catástrofe. Desafortunado en extremo el tutelaje que le había tocado en suerte. Insatisfactorio entorno; a la muchacha se la conocía en las calles, se le miraba en público de arriba abajo como si hubiese sido una especie de princesa, pero se le impedía a toda costa, y a veces ominosamente, trabar toda clase de relación, por más que sin duda hubiese muchísima gente más que

deseosa de... mmm... caerle en gracia a *miss* De Barral. Pero esto no encajaba en los planes de la institutriz, una intriganta que urdía las estrategias más siniestras bajo su aire de exclusividad distante y de buen tono. Al bueno de Fyne se le salían los ojos de las cuencas por efecto de su solemne espanto al revelarme entrecortada, precipitadamente, las sospechas que por entonces albergaba su esposa respecto de la pérfida conducta de la señora, la señora... como se llame, no recuerdo. En verdad parecía, sostenía la señora Fyne, haber maquinado una trama para casar eventualmente a la joven que custodiaba con un presunto pariente suyo que no tenía ni blanca, un joven de mirada huidiza y algo impudente de comportamiento, a quien esa mujer llamaba su sobrino y a quien siempre hacía quedarse con ella, alojado en la mansión.

»—Y quizá ni siquiera fuese su sobrino. Quizá ni siquiera fuese pariente suyo — Fyne dijo esto haciendo un esfuerzo convulsivo, por ser la peor de las sospechas que la señora Fyne le fue comunicando poco a poco, a cada fin de semana que iba a pasar, sin abandonar su habitual gravedad, con ella y con sus hijas. Los Fyne, agobiados por la sana y natural preocupación que sentían por la infortunada hija de aquel hombre de negocios tan atareado en revolver como quien no quiere la cosa tal cantidad de millones, pasaban su reunión semanal aplicados a preguntarse con toda seriedad qué podría hacerse para poner en evidencia aquella perversa, aberrante conspiración, procurando inventar alguna línea de conducta que, sin faltar al tacto elemental, sirviese de algo en aquellas circunstancias extraordinarias. Me los imagino perfectamente, simples y escrupulosos, honesta y hondamente preocupados por aquella niña ya crecida mientras observaban a sus propias hijas, más pequeñas, jugar a la orilla del mar. Fyne me aseguró que el descanso de su esposa, tan necesario para su restablecimiento, fue sobremanera turbado por el gran problema que les suponía idear alguna forma de interferir y dar al traste con semejante urdimbre.

»—Fue una auténtica muestra de clarividencia por parte de la señora Fyne descubrir semejante juego —dije, no sin preguntarme a dónde habría ido a parar su clarividencia si se había dejado sorprender tan desprevenida por un juego muchísimo más simple, y desarrollado hasta el último momento ante sus propias narices. Claro que en aquel entonces, cuando su descanso nocturno era perturbado por el espantoso destino que aguardaba a la desprotegida hija de De Barral, no estaba ni mucho menos atareada en la redacción de un despiadado compendio o manual sobre la teoría y práctica de la vida para uso de mujeres apenadas. Antes que su perspicacia intuitiva quedara bastante afectada al haberse apoderado de ella la vocación irrenunciable de desarrollar una filosofía de la acción rebelde, alcanzaba a percibir, sospecho, todo lo que fuese moderadamente sencillo. Y es que todo me lleva a pensar que la mujer a quien el azar había encomendado el destino de Flora de Barral no se tomaba ninguna molestia por ocultar o disimular su juego con mínima sutileza. Estaba al cabo de la calle, convencida de ser dueña y señora de la situación, al haber establecido de una vez por todas su ascendiente sobre De Barral. Había tomado toda suerte de medidas

para impedir que su comportamiento fuera observado desde el exterior; no puedo contener una sonrisa al imaginar qué desasosegante contrariedad tuvo que haber sido para esa mujer la muy seria e inocente familia Fyne. ¡Cuánto tuvo que exasperarle que la pareja apareciese por Brighton de forma tan imprevisible como un rayo caído del cielo... aunque no con la misma celeridad! ¡Cómo tuvo que haberlos odiado!

»No por eso estoy menos convencido de que habría llevado a cabo contra viento y marea cualquier plan que hubiese fraguado. Me imagino a De Barral, acostumbrado año tras año a complacer todos sus deseos y, ya fuera por arrogancia, por timidez o a causa de su manifiesta simpleza y su carencia de imaginación, situado por su propio pie fuera de toda esfera social, sin conocer a nadie más que a sus compinches en el juego de los naipes; me lo imagino espantado ante la sola perspectiva de tener a su cuidado una muchacha en edad casadera, viéndose, pues, forzado a un completo cambio de hábitos, ante la necesidad de otra clase de existencia que ni siquiera hubiese sabido por dónde empezar. A mí me resulta evidente que la señora..., en fin, como se llame, se habría llevado el gato al agua y habría impuesto su manera de ver las cosas sin mayores problemas, incluso por más que los Fyne, excelentes personas, repito, hubiesen decidido tomar cartas en el asunto. Se habría limitado a abusar de De Barral con absoluta altanería. No hay nada más sumiso que un hombre arrogante, toda vez que su arrogancia se haya quebrado en alguna ocasión.

»En definitiva, no hubo tiempo ni tampoco necesidad de que nadie hiciese nada. La propia situación se hizo humo en medio del colapso financiero, tal como se hace humo un edificio en un terremoto: ahora está en su sitio y dentro de unos instantes desaparece sin más anuncio que un ligero temblor de mal agüero. Bien, decir “en un santiamén” tal vez sea una exageración, pero decir que todo hubo concluido en un plazo de veinticuatro horas es una afirmación exacta y ajustada a la verdad. Fyne pudo referirme todo el asunto con pelos y señales, y la frase que mejor describe la naturaleza del cambio acaecido es ésta: una destitución radical e instantánea. No entiendo demasiado de estos asuntos, pero a juzgar por el relato de Fyne se diría que los acreedores o los depositarios, o las autoridades competentes, se habían apoderado en un abrir y cerrar los ojos de todo cuanto De Barral poseyera en este mundo, incluido su reloj y su leontina, las monedas que llevase en el bolsillo, sus trajes de recambio y, digo yo, el alfiler con camafeo con el que sujetaba su corbata de satén negro. ¡Todo! Creo que incluso renunció a conservar la alianza de su difunta esposa. La lúgubre casona del Priorato, incluido el húmedo parque y un par de granjas cercanas, estaban a nombre de la señora de Barral; a su muerte, y sin que hiciera testamento, imagino que revirtieron a él. También se quedaron con todo ello, aun cuando no fueran más que migajas en un Sáhara de hambre devastadora, una gota en un océano sediento. Me atrevo a sostener que ni una sola alma, en el mundo entero, obtuvo más consuelo que una perra chica. Aparte de eso, y sin llegar siquiera a ser migajas, ni gotas, quedaban por expropiar la enorme casa de Brighton, el mobiliario, el carruaje con sus dos caballos de tiro, el caballo de monta que tenía la muchacha,

sus costosos battles llenos de ropa, hasta el collar engastado de oro que llevaba el San Bernardo de pura raza. El perro, por descontado, también desapareció: con mucho, la partida más noble de un lote tan amiseriado.

»De todos modos, lo primero en desaparecer, o mejor dicho, en volatilizarse, no fue nada que hubiera figurado en el lote. Fue la intrigante institutriz, con su rebozo de “perfecta dama” (severamente convencional) y su alma de bandolero sin remordimientos. Cuando una mujer se dedica a cualquier actividad al margen de la ley y de corte masculino, no hay quien le gane en minuciosidad. Es verdad que uno puede topar con personas que sostengan que esta terrible virulencia en la ruptura de cuanto ha sido establecido es asimismo culpa de los hombres. Tales personas le preguntarán, con aire de listeza, por qué las guerras de esclavos han sido las más descabelladas, desesperadas, atroces. Y podrá usted contestar como buenamente se le ocurra, aduciendo incluso la respuesta más eminentemente femenina, tan característica de la mentalidad literal de las mujeres, a saber: “No sé a cuenta de qué dice eso”. ¡Cuántos argumentos han sido desechados (no diré que rebatidos) con estas palabras! Y es que si los hombres intentamos invertir la amplitud de todas las experiencias en nuestros razonamientos, atreviéndonos incluso a invertir el Infinito en nuestro amor, eso no es culpa, como ha dicho algún autor, “eso no es culpa de las mujeres”. Oh, no. A ellas les dan lo mismo tales cosas. Esa suerte de aspiración nada tiene que ver con ellas, y sería sin duda un mundo extravagante, un mundo en el que sueñan, en donde lo Irrelevante se apropiaría de manera fantástica del lugar que ocupa la sobriedad y la vulgaridad, por qué no, de la Inventiva.

Alcé la mano para detener a mi amigo Marlow.

—¿De veras se cree todo lo que me ha dicho? —pregunté sin pretender ofenderlo, porque con Marlow era imposible estar seguro.

—Sólo algunos días al año —contestó Marlow con sonrisa maliciosa—. Hoy sólo he intentado ampliar mi visión de las cosas, y me doy cuenta de que he conseguido herir sus susceptibilidades, al menos por la parte de usted que está consagrada a las mujeres. Cuando uno se sienta a solas, en silencio, está defendiendo en su raciocinio a las pobres mujeres de una serie de ataques y vejaciones que posiblemente no se les alcancen. Me pregunto qué puede de hecho alcanzarlas. Pero a fin de aplacar su incomodidad, volveré a señalar que un mundo hecho de irrelevancias sería sin duda muy entretenido, siempre y cuando las mujeres pudiesen garantizar su encanto tal y como solamente ellas pueden hacerlo, preservando para nosotros los hombres ciertas ilusiones sobradamente conocidas, establecidas, diría casi que trilladas, sin las cuales el hombre de a pie es incapaz de arreglárselas en esta vida. Esa es una condición de la máxima importancia. Nada hay más provocador que lo Irrelevante cuando deja de entretenernos y de encantarnos; entonces, el peligro estribaría en que la masculinidad quedase sojuzgada por su propia exasperación, en que hiciese algún movimiento brusco e irreflexivo y que acabase de un codazo con el espléndido tapiz del mundo del que le estoy hablando. Ese gesto sí sería fatal, ya que nada hay más

irremediablemente triste que un espléndido tapiz destrozado. Las propias mujeres serían las primeras en irritarse, disgustadas ante su propia creación.

»Había buena parte de ese elevado sentido de las cosas prácticas que tienen las mujeres, de esa cordura, al igual que buena parte de irrelevancia y desatención a la lógica, en la conducta de la pasmosa institutriz de la señorita De Barral. A juzgar por la narración de Fyne, se diría que el día anterior a que se produjese el primer barrunto del cataclismo llegó inopinadamente a Brighton el joven de dudosa catadura, para quedarse con su “tía”. Teniendo en cuenta la apariencia exterior de las cosas, todo parecía normal; por la tarde, el individuo salió a cabalgar en compañía de la jovencita, tal como tenían por costumbre, espectáculo por otra parte que nunca dejó de colmar la indignación de la señora Fyne. El propio Fyne había ido a pasar una semana entera con su familia, y tuvo que dejar lo que tuviese entre manos y acercarse a la ventana para asistir al progreso de semejante iniquidad, así como para compartir los coléricos sentimientos de su esposa. Los jinetes iban sin la compañía incluso del mozo de cuadra. La desazón de la señora Fyne a la vista de la infortunada niña, inconsciente del peligro que cabalgaba sonriente a su lado, fue tan intensa que Fyne llegó a pensar muy en serio si no empezaba a ser lisa y llanamente su deber interferir en aquel desagradable asunto de la forma que fuese; simplemente, escribiendo una carta a De Barral.

»—Tienes que hacerte cargo de esa tarea, querida —dijo a su esposa con una solemnidad que no me cuesta nada imaginar—. Tú has conocido a la madre de la niña, a su esposa. Y eso siempre cuenta, aunque sea poco.

»Por otra parte, el miedo que le inspiraba exponer a la señora Fyne a quién sabe qué desagradable desaire lo atormentaba muchísimo. La señora Fyne, por su parte, cedió al desánimo. Parecía imposible coronar con éxito aquella tarea. Aquella mujer había estado al cuidado de la educación de la niña, en todos los sentidos, durante más de cinco años, gozando en apariencia de toda la confianza del padre. ¿Qué podría decirse que resultase mínimamente eficaz, sin tener pruebas de ninguna clase? Ese De Barral tiene que ser, sentenció la señora Fyne, o un perfecto imbécil o, sin paliativos, un hombre muy perverso, para descuidar de ese modo a su hija.

»Se percatará usted de que debido quizá a la solemne visión que tenía Fyne de nuestra vida pasajera en este valle de lágrimas, quizá debido a la natural propensión de la señora Fyne a la hora de asumir toda responsabilidad, no se les había pasado por la cabeza que la forma más sencilla de encontrar salida a la dificultad del caso era no entrometerse, lavarse las manos en un asunto que no era de su incumbencia. En el sentido más estricto, desde luego que no era asunto suyo. Sin embargo, según me dijo Fyne, se pasaron una tarde muy turbados los dos, sopesando las vías y maneras de poner fin al peligro que pendía sobre la cabeza de la niña que había salido a pasear a caballo y que sin duda se lo estaba pasando en grande, con un granuja abominable.

»Y lo mejor del caso es que el peligro ya había pasado; no había ya peligro de ninguna especie. La aparición del presunto sobrino obedecía a un propósito bien definido. Había llegado repleto, tan a rebosar de la inmensidad de la noticia que traía, que casi se salía por las costuras. Tenían que haber circulado ya los rumores respecto de la tambaleante situación en que se encontraban los intereses de De Barral, aunque solamente fuese entre quienes tenían acceso a un conocimiento muy íntimo de los hechos. A los profanos del West End no les había llegado ningún rumor, ni siquiera el eco de un rumor lejano, y para qué hablar de los cándidos residentes y los plácidos veraneantes del barrio marítimo de Hove. Los Fyne no albergaban ninguna sospecha; la institutriz, que desempeñaba con fría y distinguida exclusividad el papel de madre para la fabulosamente acaudalada señorita De Barral, tampoco albergaba ni la menor sospecha; los profesores de música, de dibujo y de baile, encargados de la educación de la señorita De Barral, no tenían ni la más remota idea; el ánimo de su médico de cabecera, de su dentista, de los criados de la casa, de los comerciantes que tanto se enorgullecían por contar con el apellido De Barral entre sus clientelas, no podían atravesar un momento de mayor serenidad. Así, este sujeto que inesperadamente y por parte de alguien bien informado sobre los secretos de la City había recibido el soplo más directo que podamos imaginar, llegó a Brighton poco más o menos a la hora del almuerzo, con algo tremendamente parecido a una bomba mortífera debajo del brazo. Pero no era tan insensato como para arrojarla de buenas a primeras en plena vía pública. Dio cuenta del almuerzo que se le había preparado con actitud impenetrable, sentado frente a Flora De Barral y, después, aduciendo alguna excusa aceptable, se encerró con la mujer a la que el pequeño Fyne, con su proverbial caridad, pintó (no sin cierta vacilación en el hablar, pese a todo), como “tía” suya.

»Lo que se dijeran en privado es fácil de colegir. Ella debió salir de su propio velador con las mejillas coloradas, detalle que al suscitar una amable interrogación por parte de la jovencita que tenía a su cargo seguramente despachó con un cortante: “Pues será que se me avecina una jaqueca, vaya”. Sin embargo, podemos dar por seguro que una vez concluida la conversación debió de haber dicho al joven sinvergüenza: “Mejor será que te la lleves a pasear a caballo, como de costumbre”. Tenemos al respecto la prueba concluyente de Fyne y su señora, quienes les observaron montar a la puerta de la casa y pasar ante los ventanales de su salón, charlando los dos y la jovencita deshecha en sonrisas, pues no en vano disfrutaba y mucho, con toda su inocencia, de la compañía de Charley. A la señora Fyne nunca se

lo había ocultado; de hecho, había llegado a confiarle, tiempo atrás, que le gustaba mucho, confianza que a la señora Fyne había colmado de desolación y de esa sensación de impotencia y angustia mezcladas que suele experimentarse en cierta clase de pesadillas. Y es que ¿cómo iba ella a advertir a la muchacha? Sí que se aventuró, empero, a decirle una vez que a ella no le había caído en gracia el señorito Charley. Y la señorita De Barral la oyó con asombro. ¿Cómo era posible que no le agradase Charley? Acto seguido, con ingenua lealtad, dijo a la señora Fyne que por inmenso que fuese el aprecio que le profesaba, no estaba dispuesta a oír ni una sola palabra en contra de Charley, del maravilloso Charley.

»La hija del financiero probablemente disfrutó una barbaridad de su alegre cabalgada con el alegre Charley (diversión por cierto infinitamente más alegre que salir a pasear con algún viejo y estúpido profesor de equitación), ya que Fyne los vio regresar a hora más tardía de lo habitual. Lo cierto es que empezaba ya a oscurecer. Al desmontar, cosa que hizo con ayuda del delicioso Charley, dio unas palmaditas a su caballo en la testuz y subió los escalones de la entrada. Su última cabalgata. Le faltaban pocos días para cumplir dieciséis años, era de figura muy esbelta, sobre todo con su traje de montar, puede que algo menos alta que la media de las muchachas de su edad; llevaba un negro bombín bajo el cual su espléndido y ondulado cabello negro, con un corte recto, fluía hasta la mitad de la espalda. El delicioso Charley volvió a montar para llevarse los dos caballos a los establos. La señora Fyne, que seguía atenta junto a su ventana, vio cerrarse la puerta después de que la señorita De Barral volviese a casa de la que iba a ser su última cabalgata.

»Entretanto, ¿a qué se había dedicado la institutriz (de noble extracción por cierto), tan juiciosamente escogida (al fin y a la postre era toda una dama, bien relacionada con las gentes más notables del condado, según sus propias palabras) con el fin de dirigir los estudios, cuidar la salud, formar la mente, pulir las maneras y, en general, hacer las veces de madre de la infortunada criatura? Bien, tras haberse desembarazado de su tutelada por el método más natural y expeditivo de los posibles, lo cual pone de relieve su sentido práctico, empezó a recoger sus pertenencias y a hacer las maletas sin más miramientos, acto que pone de manifiesto la claridad con que se había apercebido de la situación. Había trabajado metódicamente, con rapidez, a la perfección, vaciando los cajones y limpiando de todo objeto las mesas y repisas de sus aposentos, con un punto de silencioso apasionamiento en su minuciosidad; llevóse todo cuanto le pertenecía y algunos otros objetos de dudosa propiedad, como un portaplumas enjovado, un abrecartas de marfil y oro (la casa estaba llena de costosos objetos de uso común), unas cajas de plata repujada, regalo que le había hecho De Barral, y otras insignificancias; en cambio, la fotografía de Flora de Barral con su amorosa dedicatoria, la que descansaba sobre el escritorio, hecha al estilo más moderno y más caro, rehusó llevársela. Como a lo largo de sus preparativos había tropezado ocasionalmente con ella, y como había caído al suelo en un descuido, la dejó allí mismo tras lanzarle una última mirada de desdén. Así fue como pasó el

retrato, o cuando menos el marco, a formar parte del inventario de la subasta públicamente realizada a renglón seguido de la bancarrota declarada por De Barral.

»Aquella noche, a la hora de cenar, la jovencita encontró a su compañía brusca y apagada. Todo fue inusualmente lento. De su institutriz no pudo sino obtener pocos monosílabos, y el alegre Charley acalló despectivamente los animados intentos por entablar conversación que reiteró su “compañerita”, tal como solía llamarla en algunas ocasiones, aunque no así durante aquella velada. Sin duda que la pareja aquélla estaba nerviosa y preocupada. De todo esto tenemos pruebas, y también de que Flora, ofendida con el delicioso sobrino de su institutriz, a la que tan hondamente respetaba, pasó cariacontecida el resto de la velada y se alegró de retirarse temprano a dormir. La señora... La señora..., bueno, la verdad es que he olvidado cómo se apellidaba; en fin, la institutriz invitó a su sobrino a pasar a su salón, comentando en voz alta que iban a tratar algunos asuntos de familia. Lo dijo en voz bien alta, para que la oyese Flora, y a fe que la oyó, sin tomarse por ello, no obstante, el menor interés. De hecho, en semejante invitación no hubo nada que se saliera de lo habitual, hasta el extremo de no provocar en su ánimo siquiera una extrañeza pasajera. Se fue aburrida a dormir, y cansada por la prolongada cabalgada vespertina durmió toda la noche de un tirón. Su último sueño no diría yo de inocencia, pues la palabra no cuadra con exactitud con lo que quiero decir, dado que tiene un significado propio, pero sí diría de ignorancia o, mejor aún, de inconsciencia, de desconocimiento de este mundo, del peligro, el dolor, la humillación, la amargura, la falsedad. Una inconsciencia que en el caso de otros seres como ella se pierde mediante un proceso gradual de experiencia e información, cierto que a menudo solamente parcial, con reservas y circunstancias atenuantes, dudas lenificantes, teorías que a menudo velan lo que pretenden descubrir. En su caso, era una inconsciencia del mal que reside en los pensamientos secretos y, por tanto, en los actos sin trampa ni cartón de la humanidad toda, siempre que se dé el caso de que los malos pensamientos coincidan con la voluntad de animadversión; una inconsciencia la suya que iba a quebrarse con la inocencia de la profanación, en circunstancias sacrílegas, como un templo violado en un acto de enloquecida, vengativa impiedad. Pues sí, a esa jovencísima muchachita, poco más que una niña..., a ella había de ocurrirle tal cosa. Y si me pregunta usted de qué manera, por qué razón, he de contestarle... si acaso que por azar, por mero azar, que es como suceden las cosas, ya sean afortunadas o desgraciadas, tiernas o terribles, importantes o carentes de relevancia; e incluso cuando no son de una ni de otra especie, cuando se trata de cosas de carácter tan completamente neutro que uno se pregunta a cuento de qué suceden, también tales cosas llevan en el seno de su propia insignificancia las semillas de ulteriores azares incalculables.

»Por supuesto, De Barral tenía todos los números de la rifa, y era de cajón que hubiese tropezado con un espécimen de institutriz común y corriente que se ocupase de su hija de forma absolutamente inofensiva, ingenua, respetable y nada eficaz; si

acaso, que hubiese topado con una aventurera de andar por casa que hubiese intentado digamos casarse con él, o salirse con la suya por medio de alguna otra diablura normal y corriente, de poca monta. O, por qué no, podría haberle conducido al azar a contratar al modelo de todas las virtudes, a la depositaria de toda la sabiduría o a cualquier otra mujer igualmente inofensiva, convencional, de clase media. Todos los cálculos obraban a su favor, pues como el azar es incalculable fue a darse de manos a boca con una individualidad a la cual es más fácil definir mediante calificativos oprobiosos que clasificar poniendo en práctica un espíritu científico y calmo, si bien es sin duda ninguna toda una individualidad, todo un temperamento. ¿Extraño? No. En todos nosotros existe lo que yo llamaría con cierta cortesía una inevitable falta de escrúpulos. Piense, por ejemplo, en la excelente señora Fyne, quien en sí misma y en el seno de su familia semejaba una institutriz de tipo convencional. Sólo que sus excesos mentales eran de corte teórico, comprimidos además por tan desbordante y tan humano sentimiento, por tan convencionales reservas, que ni siquiera podrían motejarse de mínimo libertinaje de pensamiento; en cambio, la otra mujer, la institutriz de Flora de Barral, era, tal como habrá notado usted, severamente práctica, tremendamente práctica. No, el suyo no era un temperamento tan extraño como podría parecer, excepto en su feroz resentimiento por la represión, resentimiento que, al igual que el genio o la demencia, es apto para llevar a quien lo posea a una súbita y rematada impertinencia. La suya era una impertinencia femenina. Un genio, un rufián o un demente del sexo masculino jamás se habría comportado exactamente como se comportó ella. Hay una blandura en la naturaleza masculina, incluso en las más brutales, que actúa como freno.

»Mientras la joven dormía, esos dos, la mujer con los cuarenta bien cumplidos, edad por sí sola terrible, y el perdido, avieso tiparraco de veintitrés (por cierto que también estupendamente relacionado con lo mejorcito de este mundo), tuvieron una especie de amortiguada riña en los aposentos ya limpios: armarios abiertos, cajones a medio vaciar, baúles cerrados y con los correajes abrochados, muebles desperdigados y en desorden, y ni siquiera un pedazo de papel olvidado en ninguna de las mesas. La doncella, cuyos servicios compartían la institutriz y su pupila, tras terminar con Flora tocó a la puerta como de costumbre, pero no se le permitió la entrada. Oyó las dos voces en tono de manifiesta disputa antes incluso de repicar con los nudillos a la puerta, y al ordenársele que se retirase obedeció de inmediato... Era la única persona en toda la casa convencida de que “algo se estaba tramando”.

»Como en la vida topamos con espacios oscuros y, por así decir, inescrutables, deben por fuerza presentarse tales espacios en cualquier afirmación que trate de la vida. En lo que ahora mismo le voy contando (un episodio de mis vulgares vacaciones en la verde campiña, traído a colación con evidente naturalidad tras todos estos años en virtud de nuestro encuentro con un hombre que ha sido marino en altar mar), la confabulación que tuvo lugar aquella noche es uno de estos espacios oscuros, inescrutables. Y por tanto, podemos conjeturar lo que nos plazca. No me cuesta

ninguna dificultad imaginar que la mujer —cumplidos los cuarenta, y cabeza visible de la empresa— tuvo que haber rabiado en abundancia. Y quizá el otro no se enrabetó lo suficiente. La juventud siente las cosas con hondura, es verdad, pero no tiene la misma intensa percepción de las oportunidades perdidas. Tiene una firme creencia en la realidad absoluta del tiempo. Además, en aquel pícaro abominable no podía existir ningún sentimiento genuino, ni siquiera respecto de los contratiempos de su mezquina existencia. Un amago de risa burlona, acompañado de un comentario como, por ejemplo, “nos la han jugado, y bien gorda”, habría sido más que suficiente para dar pie a una buena trifulca. Y luego otra mofa, “qué asquerosamente hemos perdido el tiempo”, seguida de la amarga réplica de su compinche: “Pues no te lo estabas pasando tú ni poco bien haciendo el tontaina con la chiquilla...”. O algo por el estilo. No se da usted cuenta... Eh...

Marlow me lanzó una de sus prolongadas, penetrantes miradas. Me había asombrado la absoluta verosimilitud de esta sugerencia. Pero en todo momento arremetíamos el uno contra el otro. Vi el hueco y metí de costado un comentario hecho con nada cándida vehemencia.

—Tiene usted una imaginación que da miedo —dije con una sonrisa animadamente escéptica.

—Bueno, y a mí qué —contestó con desparpajo—. Permítame, sin embargo, recordarle que esta situación vino a mí sin haberla yo solicitado. Soy como un contraamaestre de espíritu algo atolondrado que tuvimos a bordo de mi querido *Samarcanda* cuando yo era bastante joven. El buen hombre iba por ahí con aire de gran seriedad, empeñado en “dar cuenta”, que era su expresión predilecta, de infinidad de minucias a las que nadie en su sano juicio dedicaría ni un minuto de su tiempo. Era un viejo idiota, pero también un marino avezado y muy corrido, aparte de sumamente práctico. Yo era poco más que un mozalbete, y la verdad es que me impresionó. Él ha debido contagiarme esta disposición...

—Bien, pues siga usted dando cuenta —dije adoptando un cierto aire de resignación.

—Eso viene siendo todo —Marlow reanudó el hilo de su relato en el acto—. Un simple y definitivo revés en toda su codicia no bastaría para explicar los hechos y las resoluciones de la mañana siguiente, hechos que no voy a describirle por lo menudo, pero que sí pondré en su conocimiento, y no a resulta de ninguna conjetura, sino tal como se produjeron en realidad. Entretanto, y por volver a la velada en cuestión, al altercado que tuvo lugar en un tono amortiguado y en los aposentos de la institutriz de la señorita De Barral, ¿qué, si hubiese de comunicarle que la desilusión probablemente les había tornado irritables, picajosos el uno con el otro? Ahora bien, tal vez el secreto de la descuidada conducta, a la defensiva, de que hizo gala el sobrino, haya que buscarlo en un pensamiento surgido en su interior con un redoblado impropio de auténtico alivio, más o menos como sigue: “Ahora ya nada me impide desentenderme de este vejistorio de mujer y quitármela de encima”. Y el

secreto de la rabia envenenada que se apoderó de ella, no dirigido contra aquel miserable bien que atractivo desgraciado, sino contra el destino mismo, los accidentes y el decurso entero de la vida humana, concentrado su veneno en De Barral, incluida la jovencita, se hallaba en el pensamiento, en el miedo que clamaba en su interior, diciendo: “Ahora ya no tengo con qué retenerlo a mi lado...”.

No pude negarle a Marlow, a manera de tributo, un prolongado silbido.

—¡Uf! Así que supone usted...

Hizo un ademán de impaciencia.

—No supongo nada: así fue. En cualquier caso, ¿por qué no habría de admitir usted esta suposición mía? ¿Acaso tiene usted a las institutrices por seres por encima de toda sospecha, o es que por fuerza han de ser personas de insólita perfección moral? Me temo que sus corazones no resistirían una minuciosa observación mejor de lo que la resistirían los corazones de otras personas. ¿Por qué no habría una institutriz de albergar pasiones, toda suerte de pasiones, incluso las propias del libertinaje, e incluso pasiones ingobernables, aun si acaso contenidas por los mismos medios que a todos los demás nos mantienen en orden, es decir, mediante un temprano adiestramiento... la necesidad..., las circunstancias..., el temor de las consecuencias...; en fin, lo que sea, hasta que llega un momento, con el tiempo, en que la contención de tantos años se torna intolerable... y un simple encaprichamiento deviene algo irresistible...?

—Pero si de un encaprichamiento se tratara..., y es bastante posible, he de reconocerlo —sostuve—, ¿cómo explica usted la naturaleza de esa conspiración?

—Se diría que espera usted una lógica y una coherencia de conducta más bien poco común entre las mujeres —dijo Marlow—. Los subterfugios de una pasión amenazada son insondables. Se piensa que avanza tal como da en efecto a entender, si bien es capaz, en aras de sus propios fines, de retroceder hasta precipitarse por un abismo.

»Tan pronto lleguemos a reconocer que en modo alguno era una mujer normal y corriente, todo esto se entenderá con facilidad suma. Era abominable, pero en modo alguno era una mujer corriente. Había padecido, y mucho, a lo largo de su vida, pero no a causa de su continua inferioridad, sino de una continua represión que ella misma se imponía. Una mujer normal y corriente que se vea de pronto situada en una posición de dominio habría trazado los planes necesarios para convertirse en la segunda señora De Barral, lo cual por otra parte habría resultado inviable. De Barral no habría sabido qué hacer con una esposa. Pero es que aun si por una imposible casualidad hubiese hecho progresos, esta institutriz le habría terminado por mostrar su repulsa y su desprecio. Siempre le había tratado como se trata a un ser inferior, con una confianzuda y distante cortesía. A su manera, atildada e instruida, despreciaba y mostraba su disgusto al padre y a la hija por igual, o sea, abrumadoramente. Tengo la impresión de que nunca le habían llegado a agradar lo más mínimo las niñas puestas bajo su tutela, incluidas las dos pequeñas de la familia ducal (si es que de veras lo

eran) con la que había aturcido a De Barral. Qué odiosa e ingrata existencia, debió de haber sido la suya, habida cuenta de que era una mujer tan ávida como la que más de todas las emociones sensuales que puede dar la vida.

»Había visto volatilizarse su juventud, desaparecer su frescura, morir en la flor de la edad sus esperanzas, y empezaba a darse cuenta de que se le iba de las manos su flamante madurez. No es de extrañar que con su cabellera abundante y admirablemente peinada, espesamente entreverada de canas, que añadía en suma a su elegante apariencia la picante distinción de una *coiffure* empolvada, no es de extrañar, repito, que se aferrase desesperadamente a su último encaprichamiento por aquel desgarrado jovenciano, incluso hasta el punto de tramar en su favor ardid tan asombroso. No se había sumido en una degradación tan absoluta que lo hiciese objeto imposible de su empeño. Confiaba en poder primero enderezarlo y retenerlo después a su lado mediante tan descomunal soborno. Y es que era con toda claridad una mujer tan fuera de lo corriente como para vivir sin ilusión ninguna —lo cual, claro está, no quiere decir que en modo alguno fuese razonable—. Se había dicho, quizá con el despecho de quien secretamente se tiene en desprecio, “dentro de unos años seré tan vieja que no me querrá nadie. Hasta entonces, dispondré de él, lo tendré y lo retendré arrojándole a manos llenas los dineros de esa tonta mozuela de chicha y nabo”. Bien, pues era un recurso desesperado... aunque a ella se le antojó que valía la pena. Además, apenas hay mujer en este mundo, no importa cuán endurecida, depravada o frenética, en la cual no perviva un punto de instinto maternal, incombustible como una salamandra en la hoguera de la pasión más abandonada. No cabe la menor duda. Por eso vuelvo a repetirlo: ¡no es de extrañar! No es de extrañar, digo, que rabiase por todo, que rabiase incluso por él, que le lanzase reproches de lo más contradictorio: por lamentarse del infortunio de la jovencita, pobre estúpida que en su vida no sería digna de atraer la atención de nadie, y por tomarse la magnitud del desastre con verdadero cinismo y tan a la ligera que creyó detectar cierto sabor a rebelión.

»Y así siguió su curso la trifulca de aquella noche, trifulca que en el fondo tenía por objeto algo ya irremediable: “¿A qué tanta prisa?”. Diría él: “¿A qué viene el largarse así?”. Tal vez sintiese cierta lástima por la muchacha; estaría como de costumbre sin un penique en el bolsillo, y por tanto, apreciaría sobremanera la comodidad de aquellos aposentos, deseando permanecer en ellos tanto como le fuera posible, y disfrutar desvergonzadamente de todo aquel lujo ya abocado a desaparecer. No había por qué darse tanta prisa, al menos hasta que pasaran unos días. Siempre hay tiempo de sobra para tomar el portante y largarse sin dejar huella. A todo esto, con un detalle de blandura varonil, con una especie de respeto por las apariencias que hubiesen sobrevivido a su degradación, le dijo: “Por lo menos al final pórtate con un poco de decencia, Eliza”. En cambio, no hubo ni asomo de blandura en el rostro cetrino y visible bajo el efecto festivo y engalanado del cabello empolvado a conciencia, desaparecida su habitual compostura, ni en los ojos oscurecidos que lo miraban centelleantes. “¡No! ¡No! Si es como dices, entonces no ha de pasar ni un

solo día, ni una hora, ni un minuto”. Se empeñó en que así fuera, en que no hubiese más flirteos entre el mozo y la jovencita, dado que el objeto que pudieran tener los mismos había desaparecido de un plumazo, irritada consigo misma por haber sufrido tanto a causa de ello, furiosa, en fin, porque todo hubiese sido en vano.

»Sin embargo, tuvo la elemental sensatez de mostrarse al final razonable y no discutir con él. ¿De qué le habría servido? Descubrió el medio de aplacarle, el único medio posible. En tanto en cuanto hubiese algún dinero que embolsarse, podría retenerlo a su lado. “Ahora, márchate. De nada sirve que sigamos hablando ahora. Déjame un rato a solas”. Él se fue con gesto mohíno, pero aquiescente. Había una habitación en el mismo piso siempre preparada para él, al final de un corto pasillo gruesamente alfombrado.

»Cómo pudo pasarse la noche esta mujer, sin ilusión ninguna que la asistiera a atravesar las horas que sin duda pasó insomne, es algo que no me gustaría ni pensar. Llegó por fin el día, y esta extraña víctima del desastre financiero que acababa de golpear a De Barral con la fuerza de un huracán, cuyo nombre jamás sería conocido por el representante legal de los acreedores, bajó a desayunar con aire impenetrable, con su atildada perfección de diario. Desde el primer momento, sin embargo, había dado por sentada la verdad de la fatal noticia. A lo largo de su vida nunca había podido creer en su buena estrella, con ese pesimismo propio de los apasionados, que en lo más profundo de su corazón se creen los marginados de un universo moralmente restringido. El que así fuese, sin embargo, no lo puso más fácil, al abrir febrilmente el periódico matutino, al cerciorarse de la confirmación del caso. En efecto, allí estaba: el “Orbe” había declarado suspensión de pagos, un primer gruñido de la tempestad que se avecinaba, débil aún, si bien para los iniciados era ya presagio inequívoco del diluvio. En tanto noticia no había sido objeto de un despliegue indecente. No había de hecho tal despliegue, en ningún sentido. La seriedad del diario, el único de los periódicos de gran tirada que había mantenido siempre una clara actitud de reserva respecto del grupo bancario que poseía De Barral, ofrecía su propio “tratamiento”. Sí, una noticia modesta, escueta. Ahora bien, en otra página figuraba un artículo especial, de corte financiero, de tono hostil, que ya empezaba con un “siempre nos habíamos temido...” y un titular a media columna que se abría así: “Es un deplorable signo de los tiempos”. En efecto, todo ello constituía un repudio sin paliativos de los caprichos del público a la hora de invertir. Repasó todos estos artículos, leyendo un renglón aquí y otro allá... No le hizo falta nada más para percibir sin lugar a dudas el murmullo de la inundación que se avecinaba. Algunas vagas referencias a De Barral reavivaron su animadversión para con él, de súbito, como por efecto de un imprevisto refuerzo moral. ¡Miserable desgraciado...!

»... Comprenderá usted —Marlow había decidido interrumpir el curso de su narración— que a fin de ser consecuente en mi relato de todo este asunto debo

referirle una serie de detalles de los que no tuvo conocimiento sino a través de la señora Fyne, más avanzado el día, así como gracias a lo que el pequeño Fyne me transmitió durante nuestra reunión matinal con su solemnidad de costumbre. Como fácilmente habrá podido adivinar, los Fyne, en sus aposentos, habían leído la noticia al mismo tiempo, y de hecho en el mismo periódico, un periódico augusto y de elevadísima moral, que leía la institutriz en la lujosa mansión que se erigía poco más allá de la suya, en la otra acera de la calle. Claro que leyeron la noticia con otro ánimo. Se quedaron atónitos. Fyne hubo de explicar la envergadura del suceso a su señora, cuya primera exclamación fue de puro alivio, al pensar que la pobre niña se vería libre y a salvo de aquellos seres horrorosos e intrigantes. No podía saber la señora Fyne qué puede significar el verse repentinamente reducido de la riqueza a la más absoluta penuria. Fyne, dotado al fin y al cabo de una imaginación masculina, sintió menor inclinación a regocijarse extravagantemente de que la niña rehuyese así los peligros morales que amenazaban su indefensa existencia. Era un precio desmesuradamente alto el que tendría que pagar. ¡Qué tremendo infortunio el suyo! “Tal vez algo podamos hacer para consolar a la pobre criaturita, al menos mientras esté aquí”, dijo la señora Fyne. Se sintió sometida a una especie de obligación moral que le prohibiese mostrarse indiferente. Pero hubiese sido imposible consolar a nadie echándose a todo correr a la calle, a hora por lo demás tan temprana; así, atendiendo al consejo de Fyne, según el cual peor sería actuar con prisas, tomaron los dos asiento junto a la ventana y se dispusieron a contemplar emocionados la mansión, a sus ojos imponente, debido a su estólida, próspera, carísima respetabilidad, a cuya puerta, empero, llamaba la ruina.

»A esas horas, o si acaso muy poco después, todo Brighton estaba en posesión de la noticia; todo el mundo se había formado una apreciación más o menos exacta de su gravedad. El mayordomo de la señorita De Barral había visto la noticia probablemente más temprano que todos los residentes en una milla a la redonda del paseo marítimo, mientras cumplía con sus primeros quehaceres matinales, uno de los cuales era secar ante el fuego de la chimenea el periódico recién traído por el repartidor, ocasión que ningún hombre medianamente inteligente habría dejado pasar por alto. Comunicó al resto de la servidumbre que algo le había salido condenadamente mal “a su padre, allá en Londres”.

»Esto generó un ambiente de turbación en la casa; Flora de Barral, al bajar algo más tarde que de costumbre, no pudo por menos que notarlo, aunque fuese a su manera. Todos parecían mirarla fijamente y con un aire de evidente estupidez; se temió lo peor, esto es, que el día fuese a resultar penosamente aburrido.

»En el comedor se encontró a la institutriz en su sitio, un periódico semioculto bajo la servilleta, sobre su regazo; tras dirigirle algunas palabras con labios que apenas parecieron moverse, de todo punto inmóvil, fija la mirada ante sí, se sumió en un silencio a prueba de bomba; entonces entró Charley en el comedor, sin que la institutriz le dedicase ni una sola mirada. Éste apenas si dijo buenos días, aunque

intentó sin demasiada convicción sonreír a la niña; tras sentarse en frente, la mirada fija en el plato con débiles temblores que se le notaban en la línea del mentón recién afeitado, tampoco tuvo nada que decir. Era aburrido, espantosamente aburrido tener que empezar el día de esa forma, aunque ella ya se lo supiese al dedillo. ¡Esos interminables asuntos de familia! No era la primera vez, ni mucho menos, que le tocaba aguantar los deprimentes efectos que tales asuntos tenían sobre ambos. Era una verdadera pena que el delicioso Charley se tornase tan aburrido por culpa de aquellas estúpidas e inoportunas conversaciones, y era una rematada estupidez por su parte dejarse importunar de ese modo por su tía.

»Tras un rato de pétrea, tal vez calculada y hierática inmovilidad, cuando la institutriz se levantó bruscamente y se marchó con el periódico en la mano, Charley la siguió casi de inmediato, aun a costa de dejarse el desayuno a la mitad, si bien la jovencita sintió un instantáneo alivio. Fuera lo que fuese lo que se traían entre manos, iban a zanjarlo a lo largo de la mañana; por la tarde volverían a ser los mismos de siempre. Al menos Charley; a los cambios de humor de su institutriz nunca había dado mayor importancia.

»Por vez primera en toda la mañana, los Fyne vieron abrirse la puerta principal de la espantosa mansión, y vieron salir al repugnante jovenciano, cuya bribonería se hizo visible ante sus prejuiciados ojos en su propio sombrero hongo y en el corte elegante de su chaqueta de color gamuza. Se alejó caminando rápidamente, como quien se apresura para llegar a tiempo de coger un tren, mirando a uno y otro lado como si se llevase a escondidas algún objeto de valor. ¿Acaso se marchaba para siempre? ¡Sin duda, sin duda! Ahora bien, el fervoroso “gracias a Dios” de la señora Fyne resultó un tanto, como dicen los americanos —o al menos algunos americanos—, un tanto “prematureo”. En muy poco tiempo volvió a aparecer el odioso individuo de paseo, evidentísimamente de paseo, el sombrero ligeramente ladeado, con aire de ociosidad y satisfacción. Al verlo, la señora Fyne emitió un quejido no solamente espiritual, sino también de carne y hueso, bien audible, y preguntó a su marido qué significado podría tener su regreso. Fyne, como es natural, no tenía ni idea. La señora Fyne creyó que tramaba alguna vileza espantosa; entre tanto, el objeto de su aborrecimiento había subido los escalones con donosura y había llamado a la puerta, que inmediatamente se abrió para dejarle entrar.

»Solamente había ido al banco.

»La razón que le había llevado a dejar el desayuno sin terminar, para salir corriendo tras la institutriz de la señorita De Barral, era hablar con ella sobre ese recado que, en su opinión, era de mayor importancia en esos momentos. Se encogió de hombros al notar muestras de nerviosismo en su mirada y en su mano cuando musitó él con voz medio ahogada que “tenía que salir. Apenas podía contenerme”. Eso era asunto de ella. Él, con sus remilgos de jovenciano, estaba asqueado por la ferocidad de la institutriz. No podía entenderlo. Los hombres no acumulan odio unos hacia los otros en pequeñas cantidades, ni atesoran cuidadosamente cada pizca hasta

obtener un tesoro avaricioso, monstruoso, explosivo. Había salido corriendo tras ella para recordarle el saldo que tenía en el banco. ¿Y si fuese a retirar ese dinero sin perder ni un minuto más? Ella le había prometido no dejar nada al marcharse.

»La cuenta abierta a nombre de la institutriz para hacer frente a los gastos de su residencia en Brighton la había engordado De Barral con deferente prodigalidad. La institutriz cruzó el amplio vestíbulo para entrar en una pequeña habitación, en la cual tomó asiento para cumplimentar las formalidades del cheque que él se apresuró a cobrar en metálico como si fuese robado o falso. Como notaron los Fyne, su desasosegado aspecto al salir de la casa se desprendía del hecho de que, como su primer contratiempo se había originado a causa de un cheque de dudosa autenticidad, estar en posesión de un documento de idéntica índole le sumió en una irracional inquietud hasta el momento mismo en que lo hubo cobrado. Y es que después de todo, ya lo sabe usted, fue un robo, aunque perpetrado de forma indirecta, ya que el dinero era propiedad de De Barral por más que la cuenta estuviese a nombre de la señora de marras. En cualquier caso, el cheque fue cobrado en metálico. Nada más apoderarse de los billetes y del oro, recobró su garbosa apostura; es de sobra conocido que para cierta clase de sujetos la sola presencia del dinero, aun cuando sea robado, actúa como tónico o, cuando menos, como estimulante. Se ladeó un poco el sombrero, como si se hubiese echado al colete una copa o dos —como bien podría haber hecho, para celebrar la ocasión.

»La institutriz había estado esperando su regreso en el vestíbulo, sin hacer caso de las miradas de reojo que le estuvo lanzando el mayordomo mientras entraba y salía del comedor recogiendo la mesa del desayuno. Fue ella quien abrió la puerta nada más oír que llamaba. “Todo en orden”, dijo él, tocándose el bolsillo de la pechera; ella no osó, pobre desdichada sin ilusión ninguna, no osó pedirle el dinero. Los dos se miraron en silencio. Él hizo un significativo gesto con la cabeza: “¿Dónde está?”. “En el salón. ¿Quieres verla otra vez?”, contestó ella en un murmullo con una lóbrega mirada de malicia, a lo que él repuso con un susurro malhumorado: “El diablo me lleve si me da por ahí. Así que, si deseas marcharte sin tardanza, ¿a qué estamos esperando?”.

»Ella cerró los labios, prietos, con cruel obstinación, y meneó la cabeza. Tenía una idea, un plan bien elaborado. En ese instante los Fyne seguían en la ventana, observándolo todo como un par de detectives privados: vieron a un hombre de larga barba gris y rostro jovial que subió las escaleras apoyándose en un grueso bastón, y llamó a la puerta. ¿Quién podría ser?

»Era uno de los profesores de la señorita De Barral. Ultimamente había empezado a tomar lecciones de pintura a la acuarela, pues había leído en un semanario femenino de buen tono que muchas princesas de las casas reales de toda Europa habían empezado a cultivar ese arte. Aquella mañana tocaba clase de acuarelas; el profesor, un veterano superviviente de infinidad de exposiciones, con su aire venerable y jovial, se había presentado con la puntualidad de costumbre. No es que fuese un gran

lector de la prensa matutina, y aun cuando hubiese visto las noticias era poco probable que hubiese llegado a entender su verdadera envergadura. En cualquier caso, apareció a su hora, tal como esperaba la institutriz; los Fyne lo vieron franquear aquella puerta fatal.

»Saludó con una cordial reverencia a la dama encargada de la educación de la señorita De Barral, a la cual vio conversando con un joven caballero bastante apuesto, aunque con cierto aire de canalla. La institutriz se volvió galante hacia él. “Flora está esperándole en el salón”.

»El cultivo de ese arte al parecer apreciado por las princesas se impartía en el salón, debido a diversas consideraciones relacionadas con el tipo de luz más indicado. La institutriz precedió al profesor al subir las escaleras y al pasar a la estancia en que se hallaba Flora con un mandilón crudo (igualmente indicado para la práctica de este arte), sonriente y expectante. Las lecciones de acuarela, salpimentadas por la jocunda conversación del afable, bienintencionado señor, siempre resultaban muy entretenidas; Flora pensó que sería una buena compensación por el fatigoso inicio que había tenido el día.

»Su institutriz estaba por norma presente durante el transcurso de la lección; en esta ocasión, no obstante, tomó asiento sólo hasta que el profesor y la discípula se pusieron a trabajar en serio, y como si de pronto le hubiese venido a la memoria una orden inaplazable que debía dar, se levantó sin hacer ruido y salió del salón.

»Una vez fuera, reunidos los criados sin que siquiera sonase la campanilla, gracias a una doncella a la que ordenó hacer la ronda y comunicar a todos su requisito, venga, deprisa, deprisa, indicó que bajaran todos esos bultos al vestíbulo, que alguien llamase sin tardanza un coche de punto. Permaneció de pie en el rellano, ante la puerta del salón en donde estaban Flora y su profesor, observando todos y cada uno de los baúles, maletas de cuero, valijas que iban siendo transportadas ante sus propios ojos, fruncido el ceño con aire tan lúgubre y absorto que al mayordomo le costó un buen rato hacer acopio del coraje necesario para dirigirse a ella. Pensando en que era un ciudadano británico libre y que tenía sus derechos, se anduvo sin rodeos y fue directo al grano, bien que con su habitual actitud de respeto.

»—Perdone la pregunta, señora, pero ¿se marcha usted y nos deja para siempre? —y se quedó de una pieza por el tono que adoptó ella al contestar. Su inesperada y en modo alguna femenina o señorial aspereza le sonó como el molesto efecto que surte una nota en falso:

»—Sí. Me marchó. Y lo mejor que podrían hacer todos ustedes es marcharse en cuanto quieran. Pueden marcharse ahora, hoy mismo, en este instante. Se les han pagado sus salarios la semana pasada. Cuanto más tiempo se queden, mayores serán sus pérdidas. Yo ahora ya no tengo nada que ver con todo esto; ustedes son criados del señor De Barral, dense cuenta...

»El mayordomo se quedó estupefacto por semejante manera de darles consejo, y su mirada vagó hasta la puerta del salón sobre la cual la institutriz había extendido el

brazo tal como si se propusiera impedir el paso a todo el que se atreviese a entrar. “Ahí no entra nadie”, y esto lo dijo en tono diferente, en un tono que hizo desaparecer hasta la última traza de respeto de la apostura del mayordomo. Se quedó observándola con mirada de franqueza y de intriga. “¡Ahí no entra nadie hasta que yo me haya marchado!”, añadió, y afloró tal expresión a su rostro que el otro quedó fulminado por semejante misterio. Se encogió levemente de hombros y sin decir palabra bajó las escaleras camino del sótano, rozando en el vestíbulo al señor Charles, que se había calado el sombrero y aguardaba con ambas manos metidas casi hasta los codos en los bolsillos del abrigo, yendo de un lado a otro como si estuviese ahí en calidad de centinela.

»La doncella era la única persona del servicio que se había quedado arriba, indecisa, en el rellano, presa de la curiosidad y como si la hubiese fascinado la mujer que guardaba la puerta. Al ser requerida su presencia por medio de un gesto imperioso, al indicarle la institutriz que trajera de sus aposentos ya vacíos su velo y su sombrero, únicos objetos que habría podido encontrar dentro junto a los muebles, obedeció en silencio, aunque en su interior titubease. Y mientras esperaba tímida e inquieta con el velo en las manos, delante de esa mujer que, sin apartarse ni un paso de la puerta del salón, se colocaba de prisa y con evidente descuido los alfileres del sombrero, oyó dentro una súbita risa alborozada de la señorita De Barral, que disfrutaba de las amenidades de la lección de acuarela que le estaba siendo por última vez impartida por el animado vejete.

»Emboscados tras su ventana, el señor y la señora Fyne —increíble ocupación en personas de su clase— vieron con renovada angustia que llegaba un coche de punto a la puerta y observaron cómo era colocado el abundante equipaje sobre la baca. Apareció un instante el mayordomo, desapareció de nuevo. ¿Qué significaba aquello? ¿Iba a ser Flora conducida a presencia de su padre, o es que aquella pareja, aquella mujer y su horripilante sobrino, estaban a punto de llevársela a otra parte? Fyne no supo adivinarlo. Dudó al menos de esta segunda hipótesis, ya que Flora no tenía, desde aquellos momentos, ningún valor, a su juicio, ni positivo ni especulativo. Sin ser ni mucho menos lector perspicaz del carácter de esas personas, a la institutriz no le atribuía la más mínima intención altruista, compasiva siquiera. Me confesó ingenuamente que se sentía tan excitado como si estuviese asistiendo a una trepidante representación teatral. Pero se le pasó por la cabeza la idea de que la joven pudiese tener algunos dineros a su nombre, de que no careciese de algún recurso, de quién sabe qué pequeña fortuna propia, con lo cual, en consecuencia...

»Participó esta teoría a su esposa, la cual compartió plenamente su consternación. “No puedo creer que la niña vaya a marcharse sin pasar un momentito a despedirse de nosotros”, murmuró. “¡Tenemos que averiguar qué sucede! Iré a preguntárselo”, pero en ese preciso instante echó a andar el coche de punto, vació el interior, y se cerró la puerta de la casa, que hasta entonces había estado entreabierta.

»Los dos quedaron quietos, callados, mirándola, hasta que la señora Fyne expresó

sus dudas en un cuchicheo: “De veras creo que debemos ir a ver qué sucede”. Fyne no le contestó en un buen rato (es hombre de talante reflexivo, ya sabe usted); de pronto, como si los cuchicheos de la señora Fyne tuviesen ocultos poderes sobre la puerta de la casa, ésta volvió a abrirse de par en par y apareció el hombre de la barba blanca, con una agitación asombrosa, utilizando su bastón casi como una pértiga para bajar a saltos las escaleras; acto seguido se alejó cojeando a toda prisa por la acera. Naturalmente, los Fyne estaban demasiado lejos, y no pudieron ver bien la expresión de su rostro. Tampoco les habría servido de gran ayuda para adivinar cuáles eran las condiciones reinantes en el interior de la casa. Su expresión era de jovial perplejidad, sin más.

»Y es que al término de su lección echó mano de su fiel bastón, y saliendo del salón con su vivacidad de costumbre, prácticamente se incrustó contra la espalda de la institutriz de la señorita De Barral. Pudo detenerse a tiempo; ella se giró en redondo. La situación no pudo ser más embarazosa; pidió disculpas, pero a ella no se le movió ni un músculo de la cara; no dio muestra ninguna de haberlo visto, era la suya una singular expresión, que de hecho hizo al profesor quedarse en su sitio muy a su pesar. Algún comentario banal hizo sobre el tiempo para ocultar su azoramiento, a raíz del cual en vez de devolverle una banalidad semejante, de acuerdo con las tácitas reglas del juego, ella le dedicó una sonrisa indescifrable. Pocas cosas podrían haber sido más extravagantes. El joven y apuesto caballero de más que dudosa apariencia que rondaba por el vestíbulo no dedicó la menor atención al profesor. No había ni un solo criado a la vista. Salió, cerrando la puerta él mismo de un portazo, pues no le quedó más remedio.

»Cuando se hubo extinguido el eco, la mujer desde el rellano se asomó a la balaustrada y dio una voz acerba al joven de abajo. “¿Es que no quieres subir a despedirte o qué?”; él hizo un imperceptible movimiento de impaciencia y siguió yendo de un lado a otro como si no hubiese oído nada. Sólo que de pronto se detuvo, quedó quieto unos instantes y con el semblante contrito, sin sacar las manos de los bolsillos, subió con agilidad las escaleras. Ya delante de la puerta, la institutriz volvió la cabeza para mascullar en un sarcástico susurro: “¡Venga! ¡Confiesa que te morías de ganas de ver su estúpida carita...!”, a lo que él no se dignó a contestar.

»Flora de Barral, sentada aún ante la mesa en la que había estado dando las últimas pinceladas a su acuarela, levantó la cabeza al sentir que se abría la puerta. La brusquedad con que irrumpieron ambos en la estancia le produjo una sensación que antes no había tenido. Creyó estar viendo algo totalmente novedoso: los conocía bien a los dos, conocía a la mujer mejor que a su propio padre. Había existido en sus relaciones toda la intimidad que puede llegar a existir sin llegar a la definitiva proximidad del verdadero afecto. Entró el delicioso Charley con la vista fija en la espalda de la institutriz, cuyo velo elevado ocultaba su frente como una franja oscura sobre la línea de las cejas. La muchacha se quedó helada, alarmada incluso por la expresión absolutamente desconocida que detectó en el rostro de la mujer. La

vehemencia de la pasión desvela muchas veces un aspecto de la personalidad completamente desconocido hasta entonces por los amigos más íntimos. En sus ojos destellaba algo así como una emanación del mal, igual que del rostro del otro, el cual, exactamente a espaldas de la institutriz, pese a que le sacaba más de una cabeza de estatura, mantuvo los párpados semicerrados, de manera siniestra, que en la pobre muchacha alcanzaron de lleno, sacudieron, soltaron del todo esa facultad explosiva del terror irracional que yace encerrada en el fondo del corazón de todos los hombres, y también en el corazón de los animales. Con las pupilas de súbito dilatadas y un movimiento tan instintivo casi como el de una cervatilla sobresaltada, se puso en pie de un brinco y se encontró en medio de la amplia estancia, al tiempo que exclamaba ante aquellos dos desconocidos familiares y extraños:

»—¿Qué es lo que quieren?

»Se percatará usted de que gritó “¿qué es lo que quieren?”, y no, en cambio, “¿qué es lo que ha ocurrido?”. A la señora Fyne le dijo que de pronto la había invadido la sensación de ser víctima de un ataque personal. Y eso no tuvo que ser para ella terrorífico, desde luego. La mujer que tenía ante sus propios ojos había encarnado la sabiduría, la autoridad, la protección de la vida, había sido la seguridad en persona, visible e incuestionable.

»Bien podrá imaginar usted, entonces, la virulencia de la conmoción producida por esa percepción intuitiva no ya del peligro, puesto que desconocía cuál era la causa de la alarma, sino de la sensación de que toda seguridad se había hecho añicos. No sólo la seguridad, ojo; ni siquiera sé cómo explicarlo con claridad. ¡Dese cuenta! Hasta los niños pequeños viven, juegan y sufren según los términos en que puedan concebir su propia existencia. Imagine pues, si le resulta posible, un hecho que irrumpe de repente con la fuerza necesaria para destrozarse incluso su manera de concebir su propia existencia. Sólo por ser la muchacha en el fondo tan niña pudo rehuir la aniquilación mental; sólo por eso, dicho de otro modo, pudo superarlo. De imaginárnosla como una persona de mayor madurez, pero siendo tan ignorante como era, tendríamos que llegar a la conclusión de que se habría quedado tarada en el acto, mucho antes de que terminase tal experiencia. Por fortuna, la gente, tanto si es madura como si es inmadura (por cierto que ¿quién llega de veras a ser alguna vez maduro?), en su mayoría resulta bastante incapaz de comprender qué es lo que le está ocurriendo: misericordiosa provisión de la naturaleza, que salvaguarda así la razón suficiente en cada uno de nosotros, para que podamos seguir en marcha.

—Sólo que nosotros, querido Marlow —le interrumpí—, tenemos la inestimable ventaja de comprender qué es lo que les ocurre a los otros. Al menos, algunos parecemos contar con esa ventaja. ¿Será también una previsión de la naturaleza? En tal caso, ¿para qué sirve? ¿Será, pues, para entretenernos y pasar el rato hablando y desmenuzando los asuntos de los demás? Usted, por ejemplo, parece como si...

—No sé yo qué puedo parecer —me calló Marlow—; sin duda que la vida ha de ser de un modo u otro entretenida. Sería con todo una respetabilísima provisión de la

naturaleza si ése fuera su único propósito. Ahora bien, de esa misma provisión que nos permite comprender a los demás brota la compasión, la caridad, la indignación, el sentimiento de la solidaridad; en todo espíritu generoso brota también esa indulgencia tan próxima al afecto. No es que desee decir que sienta una especial inclinación a la indulgencia por la preciosa pareja que de este modo cayó a degüello sobre una desprevenida mocita; entraron de sopetón (es la misma expresión que utilizó ella más adelante, al relatar la escena a la señora Fyne), pero su grito los detuvo en seco. A los dos tuvo que darles un buen susto; tuvo que ser como si les hubiesen arrancado la máscara de la cara cuando menos lo esperasen. Él se quedó helado en el sitio; no pudo ofrecerse a dar ni un paso más. Claro que por más que la institutriz hubiese entrado con el claro propósito de quitarse la máscara al menos una sola vez en toda su vida, se diría que aprovechó el grito de espanto como si fuese una nueva provocación: “¿Qué te hace gritar de ese modo, pequeña estúpida?”, le espetó mientras avanzaba hasta plantarse a dos cuartas de la muchachita, tan afectada en ese momento como si acabase de ver la cabeza de Medusa, con su amasijo de culebras por cabello, sobre los hombros de una persona de sobra conocida, con su vestido marrón, bajo un sombrero que le había visto hasta la saciedad. Flora perdió de golpe toda noción de la realidad. “No supe dónde estaba”, dijo a la señora Fyne. “Ni siquiera supe que tenía miedo. Si en ese momento me hubiese dicho ella que era broma, me habría echado a reír. Si me hubiese dicho que me pusiera el sombrero y que saliera a la calle con ella, ni siquiera habría abierto la boca; me habría quedado convencida de que sólo había enloquecido unos instantes, y habría podido morirme de la preocupación antes que dejarle sospechar nada, a ella o a quien fuese. Pero la muy desdichada puso su cara ante la mía, muy cerca, y ya no me pude mover. En cuanto le miré a los ojos, me sentí como si estuviese soldada a la alfombra”.

»Pasaron muchos años hasta que empezó a hablar así con la señora Fyne y solamente con la señora Fyne. Nadie más oyó la historia de sus labios. Pero en ningún momento la olvidó. Siempre estuvo viva en ella; siguió en ella como una marca indeleble en su alma, como una especie de herida mística que debía contemplar, sobre la que debía meditar. Y aun confesó a la señora Fyne, en el curso de las múltiples confidencias a que dio pie tal contemplación, que mientras aquella mujer la insultó reiteradamente, sus improperios fueron casi un consuelo, como si le devolviesen la confianza en sí misma y en el mundo en derredor. Su imaginación, igual que su cuerpo, se había desatado de modo repentino para hacer frente a lo desconocido; oír en tales circunstancias algo que más por su tono que por su contenido no pasaba de ser un abuso envenenado, había apaciguado el íntimo torbellino en que se había internado todo su ser.

»—Me llamó pequeña estúpida e imbécil más veces de las que podría recordar. ¡Yo! ¡Imbécil yo! ¿Por qué, señora Fyne? Le aseguro que nunca había pensado en nada, en nada de nada, hasta entonces. Me había limitado a vivir. Y nadie puede ser tenido por imbécil al menos hasta que haya empezado a pensar, o a intentarlo. Y yo,

¿en qué había podido pensar yo, pobre de mí?

»Sin duda —comentó Marlow— que su vida había sido una mera sucesión de sensaciones, la respuesta ante las cuales no puede ser ni imbécil ni sabia. Puede sólo ser temperamental; tengo para mí que era una chiquilla de disposición en general feliz, una chiquilla normal y corriente, como casi todas. Hasta cuando se le preguntó con violencia si se había imaginado que había en ella algo, al margen de su dinero, que hubiese podido inducir a una persona que tuviese una elemental inteligencia a tomarse por su existencia siquiera el más mínimo interés, ella tan sólo contuvo la respiración, dejando que se le escapara un seco sollozo, sin decir una palabra, sin moverse. Cuando se le hubo asegurado con verdadero encono que era de corazón, de mente, de talante y de apariencia una criatura absolutamente vulgar, insípida, atendió sin indignarse, sin encolerizarse. Aguantó el chaparrón cual si fuese un frágil y pasivo recipiente en el que la otra vertió sin tasa toda la repugnancia acumulada que sentía por sus discípulas, todo el desprecio por sus patrones (incluido el duque), todo el resentimiento acumulado, el infinito aborrecimiento de todos aquellos años sin un solo respiro... de, no, no diría hipocresía. El ejercicio de la hipocresía es de por sí un alivio, una secreta victoria de la especie más vil, desde luego, aunque también se forma de responder ante las exigencias de esa moral vulgar por la que tanto parece que sufrimos algunos; no. Hablaría más bien de años, años apasionados y amargos, años de dominarse, de férreo talante, de una contención admirablemente administrada a cada instante, en una absoluta corrección, jamás defraudada, de palabra, mirada, movimiento, sonrisa, gesto, años empeñados en forjarse una elevada reputación, una impresionante serie de éxitos en su esfera. Había tenido que vivir, por así decirlo, medio estrangulada durante años y más años.

»¡Y tantas torturas, al final, para nada! Lo que por fin empezaba a parecer un premio posible (por descontado que sin hacerse ilusiones, pero premio al fin y al cabo) se le había deshecho entre las manos, se le había vuelto polvo, el polvo amargo de la decepción, y por eso se refocilaba en la miserable venganza, por cierto sin riesgos, deplorando únicamente la insignificancia de la jovencita, indigna representante de todo lo que ella había ansiado durante muchísimo tiempo cubrir de venenosos escupitajos, aunque fuese solamente una vez, tal como le viniese en gana. La presencia del jovenzано a sus espaldas incrementó a la vez su satisfacción y su rabia. Ahora bien, la violencia misma de sus exabruptos pareció derrotar el propósito de su ataque, por tratar a la víctima representativa como si fuese insensible. Como la causa de semejante conducta naturalmente escapase a la imaginación de la jovencita, su actitud fue, en efecto, de empecinada, irremediable estupefacción. Y es un hecho contrastado que las peores sacudidas en esta vida nos las llevamos sin levantar la voz, sin gesticular, sin derramar una lágrima, sin sollozos convulsos. La insaciable institutriz echó horrorosamente a faltar todos estos síntomas de crisis. Su lamentable estolidez no fue sino una renovada provocación; sin embargo, la pobre muchachita estaba pálida como la muerte.

»—Estaba helada —explicó después a la señora Fyne—. Había pasado un rato aterrador. Me había acercado una barbaridad su cara a la mía; era como si sus dientes quisieran destrozarme a mordiscos. Los ojos parecían habersele secado, duros y empequeñecidos, en medio de un montón de espantosas arrugas. Me daba tanto miedo que ni siquiera me pude estremecer; tanto miedo, que no me atreví a taparme los oídos. Ya no sé qué insultos esperé que me soltase a continuación, pero cuando me dijo que no era sino una mísera pordiosera, que ya no habría más paseos a caballo, que se me habían acabado los criados a mi servicio y las comodidades, me dije: ¿será esto todo? Podría haberseme saltado la risa, de no ser porque me daba tanto miedo que no pude ni separar los labios.

»Diríase que la pobre Flora tuvo que vivir en sus carnes todos los matices posibles de esa angustia en concreto, empezando por el pánico instintivo, pasando a la fase del frío paralizador, a la aprensiva palidez, para descender a esa última fase de prudencia no menos instintiva que desencadena el terror sumo, quedándose quieta como un ratón. Pero cuando se oyó motejar de hija de un tramposo y un estafador, el monstruoso imprevisto de tal acusación agitó en su interior como un revulsivo que a punto estuvo de hacerle desmayar. “¡No debe usted hablar así de papá!”, exclamó de repente.

»El esfuerzo del grito la arrancó del sitio en que parecían habersele enterrado los pequeños pies, como engullidos por la gruesa y lujosísima alfombra, y retrocedió hasta un rincón más apartado de la estancia, oyéndose repetir: “¡No debe usted, no debe, no!”, como si fuese otra persona la que protestase a gritos. Acercándose a una silla, se dejó caer en ella. En ese instante cesaron los gritos que profería aquella otra persona, y quedó desmadejada, exhausta, invidente, en un salón sumido en el silencio, ajena a todo y sin una sola idea en la cabeza.

»Los segundos que siguieron fue como si durasen una eternidad; un negro abismo separó el pasado, lo que había terminado para siempre, de la reaparición de la institutriz y el reanimarse de su miedo. Y aquella mujer le hablaba trabajosamente, mascullando con los dientes apretados: “Dices que no debo, que no debo, y es así como hablará de él mañana mismo todo el mundo. Todos dirán lo que yo digo, y saldrá en los papeles. Tendrás que oírlo, tendrás que leerlo, sí, y así habrás de saber de quién eres hija”.

»Se le encendió el rostro con atroz satisfacción. “Si tu padre no es más que un vulgar ladrón”, exclamó. “En cuanto a ti... Bah, no me he tragado jamás tus lindezas. Durante varios años se ha ido agrandando el asco que te tengo desde el principio. Eres un cero a la izquierda, estúpida y vulgar, y has de volver al lugar que te corresponde, no sé yo de qué ínfimo sitio has podido salir, y has de mendigar un trozo de pan..., es decir, si es que existe algún alma caritativa capaz de apiadarse de ti, que mucho lo dudo...”.

»Así habría proseguido, sin hacer ningún caso de los ojos como platos, de la boca abierta de par en par, de la muchacha que de pronto se incorporó en su asiento con la

desorbitada, despavorida expresión de alguien que estuviese ahogándose por la presión de una mano invisible en la garganta, con una horrorosa palidez. El impacto que tuvo esta escena en todo su ser fue tan hondo, me comentó la señora Fyne, que si bien de niña había tenido una bonita, delicada tez, durante los dos años siguientes siempre anduvo con el semblante pálido y demacrado, proclive siempre, con la más mínima emoción, a quedarse de un fantasmal blancor. Llegó el fin con la abominable desolación del dolorido grito con que la desdichada joven quiso pedir auxilio, “¡Charley! ¡Charley!”, que le salió de dentro contraído y medio atenazado. Sus ojos como platos lo habían descubierto allí donde estuvo en todo momento, mudo e inmóvil.

»Sobresaltado en su inmovilidad de estatua, sacó con brusquedad una mano del bolsillo, se acercó en dos zancadas a la mujer, la tomó de un brazo por detrás y se dirigió a ella con voz cortante. “Vámonos, Eliza”, le ordenó. En un suspiro, la muchacha los vio juntos y lejos, ante la puerta, por la cual salieron sin que llegara a ver ni a oír abrirse o cerrarse. Pero se había cerrado. Sí, se había cerrado. Su mirada, sin ver, se paseó desorientada por todo el salón. Se quedó un rato inclinada, haciendo acopio de fuerzas, dudosa de que pudiera ponerse en pie. Por fin se levantó. A su alrededor, todo dio vueltas en un opresivo silencio. Recordó perfectamente, y así se lo dijo a la señora Fyne, que aferrada al respaldo de la silla llamó a gritos varias veces a su padre. Con sólo pensar en que se encontraba muy lejos, en Londres, todo a su alrededor volvió a aquietarse. Asustada súbitamente por la soledad del salón vacío, salió corriendo a ciegas.

»Con esa fatal falta de resolución inherente a la presente condición de la humanidad, los Fyne siguieron mirando por la ventana. “¡Qué difícil es siempre discernir qué es lo que más conviene hacer!”, me explicó Fyne. Y no le faltaba razón. Las buenas intenciones tienden a interponerse en su cumplimiento. En cambio, cuando se quiere hacer daño a quien sea no es preciso vacilar. Basta con hacerlo y punto. Nadie vendrá a reprocharle sus fallos, ni menos a tacharlo de torpe o de maldito metomentodo. Los Fyne siguieron mirando la puerta, la cerrada puerta de la calle, de algún modo hostil a sus benévolos pensamientos, el rostro cruelmente impenetrable de la mansión. Tan impresionante es a veces el aspecto rutinario y cotidiano de los objetos inanimados que Fyne dejó un momento la ventana, tomó el periódico de la mesa y pasó la mirada por la columna que recogía la noticia. No había el menor resquicio de duda. Aquello no presagiaba nada bueno. Regresó a la ventana, junto a la señora Fyne. Cansada como estaba, siguió resuelta en su puesto, sentándose, dispuesta a asumir sus responsabilidades. Sólo que no tenía ninguna sugerencia que esbozar. Es pasmoso que tengamos todos un miedo cerval a llevarnos el menor chasco; en ella, toda posible audacia sólo podía ser tal de pensamiento. Se encogía ante el talante de incomparable insolencia propio de la institutriz. Fyne siguió

a su lado como en esas anticuadas fotografías de los matrimonios, en las que el marido aparece de pie y con la mano sobre el respaldo del sillón de su mujer. Desde luego, eran así tan eficaces como podría haberlo sido una fotografía antigua, estando igual de quietos, hasta que la señora Fyne dio un leve respingo. La puerta de la calle se había abierto, y el odioso joven, con el sombrero (observó la señora Fyne) ligeramente echado sobre los ojos, acababa de salir con brusquedad. Tras sus pasos se escabulló la institutriz, dándose la vuelta para cerrar la puerta con esmero. Entretanto, el individuo bajó los blancos escalones y echó a caminar por la acera, las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de su abrigo beige. La mujer, esa mujer de gestos siempre comedidos y estudiados, de calculada pose de superioridad, echó una carrerita hasta alcanzarlo, momento en el cual intentó sin más introducirle la mano por debajo del brazo. La señora Fyne vio la media vuelta que dio bruscamente el cuerpo del individuo, como se suele hacer para esquivar un contacto inoportuno, que derrotó con rudeza esa tentativa. La institutriz no reincidió en su intento, aunque avivó el paso para seguir a su altura; la señora Fyne los vio caminar codo a codo, con independencia, hasta que doblaron la esquina y desaparecieron para siempre.

»Los Fyne se miraron el uno al otro con ojos inquisitivos, elocuentemente: ¿qué podían pensar de aquello? Después, de común acuerdo, volvieron la vista a la puerta de la calle, cerrada, sólida, oscura; la gran aldaba de cobre lustroso relucía bajo un quieto y oblicuo rayo de sol que se filtraba cortando en diagonal una línea umbría posada sobre el extremo opuesto de la calle. ¿Se habría ido ya la joven? ¿La habrían enviado junto a su padre? ¿Tenía tal vez algún pariente? Salvo el propio De Barral, nadie había ido nunca a visitarla, ponderó la señora Fyne; tuvo la instantánea, honda, maternal percepción de la soledad y el desamparo en que se encontraba la joven, siendo además casi una niña. Fue para ella un sentimiento irresistible; la institutriz no se había marchado así sin soliviantar su ánimo. “Voy ahora mismo, a ver qué ocurre”, proclamó con determinación, aunque siguió donde estaba, contemplando la calle. Su intención quedó en suspenso debido a la visión de la horrenda, lúgubre puerta que relucía bajo el sol, ya que de golpe se abrió de par en par, como un bostezo, dando a la oscuridad del vestíbulo, de la cual salió literalmente volando, de bruces hasta la acera sin tocar los blancos peldaños de la entrada, una pequeña silueta envuelta hasta el mentón con un mandilón color crudo, suelto el cabello por la espalda, que como una flecha rebasó una farola, el buzón de metal pintado de rojo... “¡Deprisa!”, gritó la señora Fyne. “¡Deprisa, John! ¡Viene hacia aquí! ¡Date prisa, John!”.

»Fyne salió de un brinco. Así lo dijo él mismo. ¡De un brinco! Me aseguró no sin redoblar su solemnidad que salió de un brinco, y lo cierto es que ver a ese hombre musculoso y de corta estatura dando brincos con toda su seriedad por los estrechos corredores y las tortuosas escaleras de un pequeño hotel de buen tono, tuvo que haber sido un espectáculo valedor de un buen dinero para cualquier persona codiciosa de impresiones memorables. Mientras lo miraba, con el deseo de reírme haciéndome ya cosquillas en los labios, me pregunté cuántos hombres habría tan dispuestos como él

a comprometer su querida seriedad en nombre de una insignificante niña, hija de un financiero arruinado, sobre cuya cabeza se cernía ya un agorero, negro nubarrón. No me eché a reír del pequeño Fyne; al contrario, lo animé a que prosiguiera: “¿No me diga? ¿De veras?”. “¿Y bien?”.

»Su intención primordial fue salvar a la niña de toda intervención ajena y desagradable. Abajo había un portero ataviado de librea, varios botones; por el pasillo topó con viajeros que partían y que estaban haciendo bajar sus equipajes al vestíbulo; el ómnibus de la estación esperaba ante la puerta; en la entrada trajinaban los botones de blanca pechera.

»Llegó a tiempo. Estuvo en la puerta antes que ella la alcanzase en su ciega precipitación. Ella no lo reconoció. Puede que ni siquiera lo viese. La tomó por el brazo cuando pasó corriendo por delante de él; con gran sensatez, en vez de cerrarle el paso, simplemente entró corriendo a su lado y subió con ella las escaleras al galope con infinita consternación por parte de quienes intentaban bajar con sus bultos. Se quitaron de en medio de cualquiera manera. Desconozco qué pudo habersele pasado por la cabeza ante el espectáculo de un hombre de mediana edad que empujaba sin miramientos de ninguna especie, hacia la planta superior de un respetable hotel, a una atemorizada jovencita, obviamente menor de edad. Y Fyne (me dijo) no hizo ningún caso de lo que la gente pudiera pensar. Su único deseo era llegar a donde esperaba su esposa antes de que la muchacha se desvaneciera. Subió al principio a su lado, a todo correr, pero para que superase el último tramo de escaleras hubo de abrazarle y medio llevarla en volandas en presencia de su esposa. La señora Fyne aguardaba ante la puerta con el rostro impasible, con esa presteza para hacer frente a toda responsabilidad que tan a fondo la caracterizaba, mucho antes de que se convirtiese en una despiadada teórica de tal ideario. Aliviado, habiendo cumplido su misión, Fyne cerró la puerta de sus aposentos apresuradamente.

»Pero no pasó mucho tiempo antes de que ambos Fyne se sintieran completamente aterrados. Tras permanecer unos momentos inerte en brazos de la señora Fyne, la muchacha, que no había dicho ni pío, se deshizo de ese abrazo levemente rígido. Se debatió entre ambos, muda, sin que ellos acertaran a saber el porqué de tan sorda, febril y triste lucha, hasta que se desmoronó, exhausta, sobre el diván. Afortunadamente, las niñas habían salido con las dos niñeras. La criada del hotel ayudó a la señora Fyne a meter a Flora de Barral en cama. Era como si se hubiese quedado muda, demente. Permaneció boca arriba, la cara como una hoja de papel y los ojos oscuros fijos en el techo, rota su espantosa inmovilidad sólo por súbitos escalofríos y accesos temblorosos, con un sonoro castañetear de los dientes, en medio del silencio y las sombras de la habitación, ya que se habían bajado las persianas; la señora Fyne permaneció sentada con paciencia a su lado, cruzada de brazos, aunque por dentro la despedazase la adivinanza imposible de aquel desasosiego para el que no pudo encontrar palabra, diciéndose: “Esta niña es demasiado emotiva; demasiado emotiva, es lo que yo digo, para que nunca haya

estado cuerda del todo”. Así como si quien no esté hecho de piedra pueda tener total cordura en este mundo de locos. Por otra parte, ¿a qué cordura pudo referirse? ¿En qué sentido lo dijo? Cuerda, sí, pero ¿para resistir qué embates? ¿La fuerza o la corrupción? Por otra parte, hasta en la más sólida armadura de acero hay juntas por las que un golpe a traición puede siempre penetrar la carne, si así lo quiere el azar.

»Las consideraciones generales nunca tuvieron la fuerza necesaria para alterar en exceso a la señora Fyne. Hallándose la muchacha en un estado por encima de toda duda, aguardó junto a la cama. Fyne cruzó la calle hacia la mansión, superados sus escrúpulos gracias a la ansiedad que le producían las ganas de descubrir qué había ocurrido en realidad. Ni siquiera tuvo que tocar la aldaba; la puerta estaba abierta, visible la penumbra del vestíbulo, de modo que entró y no vio a nadie, ya que los sirvientes se habían reunido a celebrar una vana consulta en el sótano. La profunda voz de Fyne sobresaltó a todos los presentes; subió el mayordomo en mangas de camisa, al principio muy suspicaz; luego, gracias a las explicaciones de Fyne, quien dijo ser el marido de una señora que varias veces había estado de visita en la mansión, amiga de la madre de la señorita De Barral, se mostró mucho más humano, preocupado, comunicativo, en un tono de conversación hombre a hombre, aunque sin perder la compostura adquirida con destreza, propia de un criado de la clase alta: “¡Oh, no, señor! No, no piensa volver. Me lo dijo ella misma”, aseguró a Fyne con un tono de vago desprecio en la voz.

»En lo tocante a la joven señorita, allí abajo nadie sabía siquiera que hubiese salido corriendo de la casa. Fyne estuvo seguro de que todos los sirvientes habrían hecho de buena gana cuanto hubiese estado en sus manos por la joven, al menos por el momento; ahora bien, como estaba ya con los señores amigos de su madre...

»Titubeó. Murmuró que todo aquello era de lo más inesperado. Le preguntó qué debía hacer con las cartas o telegramas que pudieran llegar a lo largo del día.

»—Si llega algún correo para la señorita De Barral, mejor será que lo entregue en mi hotel, ahí enfrente —dijo Fyne, que empezaba a sentirse extremadamente preocupado por lo que pudiera deparar el futuro.

»—Sí, señor —dijo el mayordomo—. Y si llegase algo para la señora...

»Fyne le hizo callar con un gesto.

»—Eso no me incumbe. Haga usted lo que más oportuno le parezca.

»—Muy bien, señor.

»El mayordomo no cerró la puerta después de que saliera Fyne, pero sí se quedó un rato en el umbral, mirando a uno y otro lado de la calle, con ese ánimo independiente, pero a la expectativa, propio de un hombre que de nuevo vuelve a ser dueño de sí. Al oír que regresaba su esposo, la señora Fyne salió de la habitación en la que reposaba la muchacha. “No hay cambios”, murmuró; Fyne sólo pudo hacer un gesto inconcreto, denotando su ignorancia en lo tocante a cuándo y cómo podría concluir todo aquello.

»Temía que se dieran ulteriores complicaciones, y es natural: era un hombre de

fortuna modesta, un funcionario público que no podía disponer de su tiempo. Me confió, en el salón de mis dependencias en la granja, que había sentido una enorme aprensión ante las posibles consecuencias. Pero al tiempo que me hacía esta desmañada confesión, al margen de las consecuencias y las complicaciones que pudiera haber imaginado, la complicación que tanto sufrimiento le producía en aquellos instantes jamás, ni por asomo, podría haberla previsto. Con lentitud, con toda seguridad (pues tengo la convicción de que el Libro del Destino está escrito desde la primera a la última página), había ido formándose a lo largo de unos seis años; de pronto, allí estaba, ante él, una complicación más que considerable. Observé su impertérrita solemnidad con la compasión un tanto divertida que dedicamos a la víctima de un chiste excelente, gracioso, aunque de naturaleza algo malvada.

»—¡Oh, al diablo! —exclamó, sin que su impropio mantuviese ninguna conexión lógica con lo que me había referido. No obstante, la exclamación no pudo ser más inteligible.

»De todos modos, reconoció, en un principio no hubo complicaciones ni contrariedades, ninguna consecuencia vergonzante. Despachó un telegrama a De Barral, en términos muy comedidos, que no tuvo respuesta en las veinticuatro horas siguientes. Sin duda que ello hubo de provocar cierta inquietud a los Fyne; con todo, se recibió por fin respuesta ya avanzada la tarde del día siguiente: la respuesta llegó en forma de un anciano, un individuo de aspecto totalmente inesperado. Fyne me explicó con toda precisión que pertenecía a eso que se tiene por lo más respetable de la clase media baja. Era un hombre calmo y lento de palabra. Llevaba un sencillo gabán; sus grises bigotes le pendían por debajo del mentón, y declaró nada más entrar que el señor De Barral era primo suyo. Añadió a renglón seguido que desde hacía muchos años no había visto siquiera a su primo, al tiempo que miraba a Fyne (el cual lo recibió a solas) con tanta desconfianza que Fyne se sintió dolido (el individuo llegó a rechazar el ofrecimiento de que tomara asiento un rato), y replicó con desparpajo que, por su parte, él jamás había visto al señor De Barral y que, como el visitante no deseaba tomar el asiento que se le había ofrecido con toda amabilidad, despachara su recado tan escuetamente como le fuera posible. El hombre de negro tomó asiento entonces, con una furtiva sonrisa de superioridad.

»Había venido a recoger a la jovencita. Su primo le había pedido, por medio de una nota de la que le hizo entrega un mensajero, que fuese a Brighton cuanto antes y que recogiese a “su chica” en casa de un caballero apellidado Fyne, para darle después alojamiento con su familia, durante un tiempo que no se precisaba. Allí estaba. Sus ocupaciones no le habían permitido hacer antes el viaje. Sus ocupaciones consistían en la fabricación de cajas de cartón a gran escala; tenía dos hijas adultas, había consultado a su esposa y no había ningún problema, de manera que la chica sería bien recibida en su hogar. Probablemente no fuese su hogar igual a lo que ella tenía por costumbre, pero, en fin, sabe usted que..., etc.

»Fyne percibió sutilmente, en los modales del individuo, una despectiva condena

de todo lo que no fuese estrictamente propio de la clase media baja, al tiempo que un profundo respeto por el dinero, un mezquino desprecio por los especuladores que fracasan y una presuntuosa satisfacción de su propia, respetable vulgaridad.

»Con la señora Fyne, el talante del siniestro primo del señor De Barral resultó quizá algo menos ofensivo. La miró con gesto socarrón, pero su fría y decidida compostura le impresionaron. La señora Fyne se sintió lisa y llanamente aterrada por este personaje, pero no dio muestras de ello. Ni siquiera cuando el individuo observó con falsa sencillez que Florrie —pues Florrie se llamaba la chica, ¿no?— probablemente echaría de menos, al principio, a sus importantes amistades. Cuando se le hizo saber que la jovencita estaba en cama, por no encontrarse nada bien, mostró una alarma desprovista de toda simpatía. ¿No sería una inválida? En ese caso, ¿qué era lo que le pasaba?

»En el rostro de Fyne se pintó un disgusto extremo por tan respetable miembro de la sociedad, aun cuando me lo estuviese relatando años después de ocurrido el encuentro. Era precisamente un espécimen de esa clase de personas de la que gente como los Fyne no tienen la menor experiencia; me imagino que les produjo una repugnancia infinita. Poseía todas las virtudes cívicas, pero en la forma más mezquina que se pueda imaginar, y el toque final lo puso al exhibir sin rebozo la vil satisfacción que sentía por el hecho de poseerlas. Su actividad era ejemplar. Quería tomar el primer tren que saliera a la mañana siguiente; parece ser que durante veintisiete años no había faltado a su oficina de la fábrica, a la que llegaba todos los días puntualmente a las diez de la mañana. Atendió a las objeciones de la señora Fyne con impaciencia que no se molestó en disimular. ¿Por qué no podía Florrie levantarse y desayunar a las ocho, como todo hijo de vecino? En su casa, el desayuno se servía a las ocho en punto. El cortés estoicismo de la señora Fyne por fin se impuso a su obstinación. Placer tal viaje le había supuesto un tremendo inconveniente personal, afirmó con desdén, pero renunció a tomar el primer tren de la mañana.

»Los Fyne no osaron mirarse el uno al otro ante aquel tutor imprevisto, pero plenamente investido de la debida autoridad, pues se les pasó por la cabeza la misma idea: ¡pobre muchacha! ¡Pobre, pobre muchacha! ¡Si las mujeres de su familia fuesen más o menos como él...! Y era evidente que muy distintas no podrían ser. ¡Pobre muchacha! Ahora bien, ¿qué podrían haber hecho, aun cuando tuviesen preparadas todas las objeciones habidas y por haber? El individuo del gabán tenía en su poder la nota escrita por el padre; se la había mostrado a Fyne. Era una simple petición de que tomase a su cargo a la chica, por tratarse de su pariente más cercano, sin la menor explicación, sin aludir siquiera a la catástrofe financiera que acababa de sobrevenir, con un tono extrañamente desapegado; el propio silencio de la nota sobre la cuestión que la había ocasionado hacía pensar que su autor no sentía ninguna inquietud por el futuro de la niña. Probablemente fue esa misma idea la que puso al primo en movimiento con tanta rapidez. Otros hombres se habían dado anteriormente batacazos comerciales no menos desastrosos, teniendo fincas en el campo y una renta

acomodada, si no a su nombre sí para sus esposas. Y si es posible garantizar la comodidad de una esposa por medio de una simple y diestra disposición, ¿por qué no había de ser igual en el caso de una hija? Evidentemente, esta posibilidad tenía que haber sido muy comentada en casa del sujeto, ya que se había juzgado que valía la pena obrar en consecuencia.

»El individuo no vaciló a la hora de sugerir vagamente que ésa era su opinión, y ante las evasivas de Fyne le dio a entender que no pensaba dejarse engatusar por tales reticencias. Obviamente, pensaba que los Fyne estaban hondamente apenados, molestos incluso, porque la niña les iba a ser arrebatada. Haciendo gala de un diplomático sacrificio, en beneficio de la pobre Flora, invitaron al individuo a que se quedase a cenar. Aceptó sin dar las gracias, indicando que no estaba acostumbrado a cenar muy tarde. Solía despacharse con una sopa a eso de las ocho y media o las nueve. En fin, por una vez al menos...

»Miró despectivamente a su alrededor, repasando el comedor entero y su bonita decoración. Arrugó la nariz con un gesto de repugnancia ante los platos que le fueron ofrecidos por el camarero, aunque no rechazó ni uno solo, devorándolo todo con enorme apetito y bebiendo (“trasegando”, dijo Fyne) galones enteros de cerveza de jengibre, que le fue procurada en garrafas de cerámica en cuanto la pidió. La inmensa dificultad que supuso mantener una conversación con semejante sujeto terminó por fatigar a la señora Fyne, que se había sentado a cenar armada con una adamantina resolución. La única cosa digna de recordación que acertó a decir el sujeto, en una pausa del festín que se dio “con todos estos platos a la francesa”, mientras paseaba la vista sin ningún decoro por el resto de las mesas del comedor, fue que su mujer pensó en un principio acompañarlo, pero, comentó, se alegraba de que no hubiese hecho el viaje. “No le habría, hecho ninguna gracia ver cómo corre por aquí el alcohol. A raudales”, declaró toscamente.

»—Tuvo que ser para usted una velada encantadora —le dije a Fyne—, a juzgar por lo fresco que conserva el recuerdo.

»—Deliciosa —gruñó con un acceso de cólera retrospectiva, aunque remitió de inmediato y adoptó su solemnidad de costumbre. Pasamos un rato en silencio, al cabo del cual le pregunté si el hombre se llevó a la niña al día siguiente.

»Fyne dijo que sí; por la tarde, en un cabriolé, con unas pocas ropas que la doncella pudo meter en una maleta y traer desde la mansión. Fyne sólo volvió a ver a Flora diez minutos antes de que se marchasen a la estación de ferrocarril, en la salita de los Fyne, en el hotel. Fueron para los Fyne diez minutos de penoso dolor. El respetable ciudadano llamaba “Florrie” a la señorita De Barral, o “querida”, aparte de hacerle notar que no la encontraba muy crecida: “Eres muy poquita cosa, querida”, le dijo en un tono cuya familiaridad resultó indignante. “Además”, añadió volviéndose a la señora Fyne, en voz bien alta, “está muy pálida. ¿Por qué será?”. La señora Fyne prefirió no contestar. Aquella mañana había peinado a la muchacha con sus propias manos. Con el pelo recogido, estaba muy cambiada, observó Fyne, quien

naturalmente hubo de representar un papel secundario, meramente de apoyo. Todo lo que personalmente pudo hacer por la señorita De Barral fue acompañarla a la calle y ayudarla a subir al cabriolé, mientras su pariente más cercano, al cual apartó de en medio, observó la despedida con un paraguas y un bolso negro, con tétrico gesto de entretenimiento. Fue difícil adivinar qué pensaba la jovencita, qué sentía. Había dejado de parecer una niña. “Gracias”, susurró a Fyne al oído, en voz muy baja, desde la ventanilla del cabriolé. “Por lo que más quiera”, le dijo él con tono firme, sujetándole aún la mano, “no se olvide de escribir a mi mujer dentro de dos o tres días, señorita De Barral”. Acto seguido, Fyne retrocedió para dejar pasar al primo, el cual gruñó con voz perfectamente clara: “No creo que le cause ninguna molestia en el futuro”, sin volverse siquiera hacia Fyne, sin hacerle siquiera un gesto. El cabriolé se alejó por la calle.

»—Amable individuo —observé, al ver a Fyne a punto de recaer en sus negros pensamientos. Pero no pude contenerme, y añadí con doble intención—: No es que tuviese, de todos modos, el don de la profecía.

»Fyne se puso en pie de repente, murmurando: “No, es evidente que no”. Estaba melancólico, vacilante. Pensé que aquella tarde no tendría ganas de jugar al ajedrez. De ser así, me ahorraría el tener que salir de mis dependencias en un día demasiado hermoso para echarlo a perder con una ardua caminata. Por eso me sentí disgustado cuando recogió la gorra y me confió que tenía la esperanza de verme en su casa de campo como de costumbre, a eso de las cuatro.

»—No será como de costumbre —hice especial hincapié en ese comentario, y él reconoció, tras una breve reflexión, que efectivamente no sería como de costumbre. No. De hecho, era más bien su esposa la que esperaba contar con mi presencia. Se había formado una opinión muy favorable de mi pragmatismo y mi sagacidad.

»Para mí fue una opinión de todo punto imprevista. Jamás se me habría pasado por la cabeza sospechar siquiera que la señora Fyne se hubiese tomado la molestia de aplicarse a distinguir en mí persona síntomas de sagacidad o de estupidez. Las poquísimas palabras que habíamos cruzado la noche anterior, presa de la agitación o de la inquietud si se prefiere de la desaparición de la muchacha, fueron las primeras palabras de muy moderada significación que jamás habíamos llegado a intercambiar. Siempre me había tenido, a ojos de la señora Fyne, por ser el simple compañero con el que su esposo jugaba al ajedrez de tarde en tarde y nada más, esto es, una mercancía, poco más que un utensilio.

»—Me adula muchísimo su comentario —dije—. Siempre he dado por hecho que la intuición femenina no conoce fronteras; ahora me siento además casi inclinado a creer que es cierto. Con eso y con todo, no alcanzo a entender de qué modo podría resultar útil mi sagacidad, sea pragmática o de la índole que fuera, a la señora Fyne. Al fin y a la postre, la sagacidad de un hombre suele ser sumamente parecida a la sagacidad de cualquier otro hombre. Y teniéndole a usted a mano...

»Fyne, que manifiestamente no hacía ningún caso de lo que le estaba diciendo, me miró directamente con sus ojos solemnes, preocupados, y me interrumpió: “Sí, sí, es muy probable. Pero vendrá usted pese a todo, ¿verdad?”.

»Había tomado la firme decisión de que ninguno de los dos Fyne, sea cual fuere su sexo, por nada del mundo me obligaría a caminar tres millas largas (distancia de ida y vuelta) en un día tan espléndido. Si los Fyne hubiesen sido una pareja

medianamente sociable, cuyo trato hubiese cultivado sólo porque es menester pasar de alguna manera los ratos de ocio, habría zanjado la invitación en menos que cantara un gallo. Pero no se trataba solamente de eso: era preciso reconocer debidamente su innegable humanidad. Al mismo tiempo, quería salirme con la mía a toda costa. Por eso propuse que me diese el placer de aceptar una taza de té en mis dependencias.

»Tras una brevísima pausa de reflexión, Fyne aceptó de muy buena gana, en su nombre y en el de su esposa. Al poco oí el ruido de la cancela, y en medio del alboroto de ladridos de éxtasis con que se explayaba a menudo su perro, su muy serio perfil pasó por delante de mi ventana, al otro lado del seto, con la mirada preocupada y fija al frente, y el cerebro obviamente metido a fondo en una profunda especulación de muy intrincado carácter. Al menos una de las muchas amigas de su esposa se había convertido, para él, en algo más que una sombra. Calculé, de todos modos, que no era en la amiga en quien pensaba Fyne, sino en su propia esposa. Era un marido excelente.

»Me dispuse a realizar los preparativos propios de la hospitalidad que había de ofrecerles por la tarde, llamando a la mujer del granjero y revisando con ella de qué recursos se disponía en la casa y en el pueblo. Era una mujer muy servicial. En cambio, lo que no repasé fueron los recursos de mi sagacidad. Salvo en el sentido más grosero y material de la merienda y el té, no hice ningún preparativo para recibir a la señora Fyne.

»Me habría sido imposible realizar tales preparativos. No podía imaginar qué clase de apoyo moral vendría ella buscando en mi sagacidad. Y en cuanto a hacer inventario de mis recursos intelectuales, no hay nadie en su sano juicio, supongo, deseoso de cumplir semejante tarea siempre y cuando pueda evitarlo. Un estado anímico vagamente grandioso, más que nada por la confianza que se tiene a veces en uno mismo, resulta tan grato que nadie se arriesgará a perturbarlo con tan delicadas investigaciones. Es posible que si hubiese tenido a una mujer servicial a mi lado, una mujer querida, aduladora, aguda... Hay en la vida momentos en los que uno se lamenta sin dudar por no haber contraído matrimonio. ¡No! No estoy exagerando. Momentos he dicho, ojo; no años, ni días siquiera. Momentos. A la mujer del granjero obviamente no podía pedirle ayuda. Nadie podría haber contado con que tuviese la capacidad de penetración necesaria, y dudo mucho que hubiese sabido cómo resultar suficientemente aduladora. Se estaba revelando como una mujer muy servicial en todos los demás sentidos, a su modo, e iba ya con un extraordinario sombrero negro, a una milla de distancia por lo menos, intentando descubrir en las tiendas del pueblo un pedazo de bizcocho comestible. ¡Qué audacia tienen las mujeres! ¡Qué optimismo el suyo!

»Y consiguí, en efecto, encontrar algo que parecía al menos comestible. Eso es todo lo que podría decir, ya que no tuve ocasión de observar los efectos más íntimos de dicho comestible. Yo jamás pruebo el bizcocho, y la señora Fyne, cuando llegó haciendo gala de sobresaliente puntualidad, no se trajo en cambio apetito ni ganas de

probar el bizcocho. No tenía en realidad apetito de nada. En cambio, sí tenía sed..., señal de una profunda, tortuosa emoción. Sí, no podía ser más que emoción, y no la brillantez del sol, más brillante que cálido de veras, como suele ser nuestro discreto y reprimido, distinguido sol insular, que jamás haría enrojecer a una auténtica dama, bajo ningún pretexto. La señora Fyne parecía incluso tranquila en su aparente frescor. Llevaba una falda y una chaqueta blanca; un sombrero blanco de ala ancha, reposado sobre sus cabellos bellamente ordenados. La chaqueta tenía un corte similar al de una casaca de militar, y el estilo le sentaba de perlas. Me atrevería a decir que hay muchos jóvenes subalternos, y no por cierto los de peor aspecto, que recuerdan a la señora Fyne por el óvalo de la cara, por la tez morena, hasta por ese aire de alerta que tienen en su prestancia. Pero no habrá en cambio muchos que tengan ese aspecto por el que ella proclamaba su presteza para asumir cualquier responsabilidad que le hubiese tocado en esta vida. Ese es un tipo de valor que sólo madura en edad ya avanzada, y es evidente que la señora Fyne era de edad sin duda madura, a pesar de no tener ni una arruga en el rostro.

»Miró alrededor de la habitación y me dijo con evidente seguridad que allí estaba yo muy cómodo, a lo cual hube de asentir con humildad, reconociendo la buena suerte que inmerecidamente había tenido.

»—¿Por qué inmerecida? —quiso saber.

»—Reservé este alojamiento por carta, sin hacer ninguna pregunta. Podría haberse tratado de un agujero inmundo —le expliqué—. Siempre hago las cosas de este modo, para ahorrarme complicaciones. Lo cual no puede considerarse prueba de sagacidad, ¿no cree? Las personas sagaces, creo yo, gustan de ejercitar dicha facultad. Tengo entendido que ni siquiera pasa desapercibida en las mayores futilidades. Tiene que ser una delicia. Pero es algo de lo que yo no sé nada. Creo que no tengo sagacidad ninguna, al menos sagacidad en lo práctico.

»Fyne emitió un bajo e inarticulado murmullo de protesta. Pregunté por las pequeñas, a las que no había visto desde mi regreso de la ciudad. Estaban todas muy bien; siempre estaban muy bien. Tanto Fyne como su esposa hablaban de la salud de hierro de sus hijas como si fuese producto de la excelencia moral, en un tono muy peculiar, con el que parecían dar a entender cierto desprecio por las personas cuyos hijos a veces padecían una pasajera indisposición. Se tenía la tentación de pedir disculpas por semejante pregunta. Y este detalle me fastidió, reconozco que de forma bastante irracional, porque dar por hecho un mérito superior no suele ser una debilidad excepcional. Deseoso de mostrarme ingrato, a manera de represalia, observé con una punta de interés comedido y civilizado que las niñas debían de haberse extrañado mucho por la súbita desaparición de la joven amiga de su madre. ¿Habían dado en hacer comprometidas preguntas acerca de la señorita Smith? ¿No me habían presentado a la señorita De Barral como si se apellidase Smith?

»La señora Fyne me dijo, con la mirada fija, pero también con más color en las mejillas, que a las niñas nunca les había gustado Flora demasiado. No tenía la

animación natural que tanto agradecen los niños sanos en los adultos a quienes aman, explicó con impavidez la señora Fyne. Flora había pasado otras temporadas anteriores en su casa de campo; la señora Fyne me aseguró que a menudo le había resultado sumamente difícil soportar su presencia en la casa.

»—Claro que... ¿qué otra cosa podríamos hacer? —exclamó.

»Ese grito de sincero desasosiego, bastante genuino por lo inexpresivo que fue, alteró los sentimientos que tenía hacia la señora Fyne. Qué fácil habría sido no mover ni un dedo, no haber pensado siquiera en ello. El aprecio que empecé a tomarle comenzó cuando intentó referirme cómo había sido la noche que pasó junto a la cabecera de la cama en que dormía la niña, la noche anterior a su partida con su infame pariente. Dudo mucho que la señora Fyne llegase a encontrar un medio de dar consuelo a la niña. Carecía del genio preciso para acometer la tarea de paliar lo que el odio de una mujer enfurecida había planificado tan a conciencia.

»Posiblemente me dirá usted que las impresiones de los niños no son duraderas, y eso es sin duda ninguna muy cierto. Ahora bien, decir niña en este caso no es más que una manera de hablar por aproximación. A la muchacha le faltaban sólo unos días para cumplir dieciséis años; tenía ya edad suficiente para que el sobresalto le hiciese madurar. El esfuerzo que hubo de realizar para transmitir esa misma impresión a la señora Fyne, para recordar todos los detalles, para dar con las palabras adecuadas... o con las palabras que fuese, tuvo que ser por sí solo un proceso terriblemente iluminador, envejecedor. Había hablado largo y tendido, sin que la señora Fyne la interrumpiese, con muy infantil temperamento, por su maravilla y su dolor, haciendo de cuando en cuando una pausa para hacerse la misma penosa pregunta: “Fue cruel por su parte. ¿No le parece cruel, señora Fyne?”.

»Para Charley sí encontró disculpas. Él en todo caso no había dicho ni pío, al tiempo que se mostró entristecido, enfadado. No podría haber tomado parte en contra de su tía, ¿a que no? Después de todo sí que lo hizo, cuando ella imploró su ayuda, al llevarse de allí a la cruel mujer. Fa había arrastrado por el brazo. Ella lo había visto con sus propios ojos, desde luego. Y lo recordaba muy bien. ¡Así fue! Fa mujer estaba loca. “¡Oh, señora Fyne, no me diga que no estaba loca! Si al menos hubiese podido ver qué cara...”.

»Pero la señora Fyne seguía impávida, convencida de que toda verdad que pudiera decirse era debida a la amabilidad necesaria para tratar con la niña, cuyo destino, mucho se temía, sería vivir expuesta a las más arduas realidades de esas existencias en las que no existe ninguna clase de privilegios. Fe explicó que en este mundo hay personas malvadas, egoístas, perversas, personas sin escrúpulos de ninguna clase... Y aquellas dos personas habían ido como buitres a por los dineros de su padre. Fo mejor que podría hacer era olvidarse de ellos por completo.

»—¿Por los dineros de papá? No entiendo —había murmurado la pobre Flora de Barral, quieta, tendida, como si tratase de resolverlo en el silencio y en las sombras de la habitación, donde sólo relucía una tenue lámpara en la mesilla. Tuvo entonces

un prolongado y estremecido acceso de temblores, mientras agarraba con fuerza la mano de la señora Fyne, cuya paciente inmovilidad junto a la cama en que yacía aquella infancia brutalmente asesinada hacía un infinito honor a su humanidad. Aquella vigilia tuvo que haber sido tanto más penosa, pues pude darme perfecta cuenta de que en ningún momento tuvo a la víctima por persona particularmente encantadora o simpática. Fue una manifestación de pura compasión, de compasión sin aditivos de ninguna clase, por así decirlo, de la que no demasiadas mujeres habrían sido capaces, menos con esa firmeza, esa constancia impávida. Concluido en calma el acceso de temblores, las siguientes palabras de la niña, en medio de una oleada de sollozos, fueron: “Oh, señora Fyne, ¿soy de veras tan aborrecible como esa mujer me ha hecho entender?”.

»—¡No, de ninguna manera! —protestó la señora Fyne—. Es tu antigua institutriz la que es en verdad aborrecible, odiosa. Es una mujer de terrible vileza. No podría asegurarte que estuviese loca, pero sí pienso que debió de perder los estribos de pura rabia, colmada de perversas ideas. Tienes que procurar no pensar en esa abominación, mi niña.

»No era una abominación a la que nadie pudiese conceder un reposado enjuiciamiento, me comentó la señora Fyne en tono seco, positivo. Todo había sido extremadamente penoso. La niña era como un animalito que se debatiera por sobrevivir enmarañado en una red.

»—Pero ¿cómo podría olvidarlo? ¡Llamó a mi padre tramposo y estafador! Dígame, por lo que más quiera, señora Fyne, que eso no es cierto. No puede ser cierto. ¿Cómo podría ser cierta una cosa así?

»Se incorporó en la cama con un súbito movimiento, como si estuviese a punto de saltar, deseosa de huir incluso del sonido de las palabras que acababa de pronunciar por sus propios labios. La señora Fyne la retuvo, la apaciguó, la indujo a la postre a apoyar de nuevo la cabeza sobre la almohada, asegurándole en todo momento que nada de lo que aquella mujer hubiese tenido la crueldad de decirle merecía tomarse al pie de la letra. La niña, exhausta, aún lloró en silencio un rato más. Podría ser que hubiese percibido las evasivas que encerraban los consuelos de la señora Fyne. Al cabo de un rato, sin moverse, susurró entrecortadamente:

»—Esa horrorosa mujer me dijo que todo el mundo iba a insultar a papá de ese modo. ¿Es eso posible? ¿Es posible?

»La señora Fyne permaneció callada.

»—Dígame algo, señora Fyne; dígame lo que sea —insistió la hija de De Barral con ese mismo débil susurro.

»Una vez más, la señora Fyne volvió a asegurarme que todo había sido desmedidamente penoso. “Sí, gracias; un poco más”, se arrellanó en la silla, con los brazos cruzados, mientras le servía otra taza de té; Fyne, por su parte, salió a ver si callaba al perro, que atado bajo el porche de pronto parecía haberse indignado en extremo porque alguien había tenido la audacia de pasar por delante de la casa. La

señora Fyne revolvió su té durante un largo rato, bebió un sorbo, dejó la taza en el plato y tomó la palabra con ese aire de quien acepta todas las consecuencias...

»—Habría sido injusto seguir en silencio. No creo que ni siquiera hubiese sido amable por mi parte. Le dije que debía estar preparada para afrontar la severidad con que el mundo entero iba a juzgar a su padre...

»¿No le parece admirable? —exclamó Marlow interrumpiendo su narración—. ¡Admirable! —y como yo observara con desconfianza esta inesperada explosión de entusiasmo, comenzó a justificarla a su propia manera:

»Digo admirable por lo característico que fue. Incluso diría que resultó perfecto. Habría que ser un auténtico genio para encontrar una salida mejor. ¡Y era obra de su propio natural! Así como se suele decir de la obra de un artista, fue algo verdadera y genuinamente Fyne. Compasión, prudencia juiciosa, algo perfectamente medido. Nada de sentimientos desmadejados, no. ¡Y qué finura en su apreciación de las cosas! Deberá usted reconocer que nada podría haber sido más justo. Tenía pensado gritar “¡Bravo! ¡Bravo!”, pero no llegué a tanto. Tomé un pedazo de bizcocho y salí decidido a sobornar al perro de Fyne para que recuperase un cierto control sobre sus impulsos. Sus agudos, cómicos ladridos habían empezado a ser intolerables, como cuchilladas en el cerebro, y la reprimenda profunda y modulada de Fyne parecía poder tranquilizar al vivaracho animal tanto como podría acallar el profundo, paciente murmullo del mar, los cánticos populares de los negros en una playa muy frecuentada. Fyne había comenzado a lanzar improperios contra el animal, en voz baja, sepulcral, cuando llegué a su lado. El perro se volvió de pronto desmesuradamente expresivo, a punto de ahogarse por la presión a que lo sometía el collar, con los ojos desorbitados y la lengua fuera, presa del exceso del incomprensible afecto que yo parecía inspirarle. Y todo esto antes incluso de fijarse en el trozo de bizcocho que llevaba en la mano. Prosiguió con una serie de saltos en vertical, altísimos, y cuando se apoderó del bizcocho perdió instantáneamente todo interés por todo lo demás.

»Fyne se sintió levemente irritado conmigo. Siendo el amo más amable que cualquier perro podría desear, no le parecía sensato ni mucho menos que a un perro pudiera dársele un trozo de bizcocho. El perro de Fyne presumiblemente debía llevar una existencia espartana, sobre una dieta de repugnantes galletas y un hueso reseco, de cuando en cuando, para variar. Fyne miró con desagrado al perro por fin sosegado, y también observé yo al absurdo animal; ya sabe usted cómo resulta estimulada a veces la memoria, y lo digo porque en ese momento me recordó visualmente, con una claridad casi dolorosa, el rostro pálido y fantasmal de la muchacha a quien vi por última vez en compañía del dichoso perro, mejor dicho, abandonada por el perro en cuestión. Prácticamente oí de nuevo su voz de desesperación, como si estuviese a punto de echarse a llorar de resentimiento, cuando llamó repetidas veces al perro, al

animal que había dejado de manifestarle toda su simpatía. Es posible que no tuviese ella la capacidad de inspirar simpatía, ese don personalísimo por el que se apela directamente a los sentimientos del prójimo.

»—¿Por qué no le deja que pase dentro? —dije a Fyne, desconfiando de la actitud despreocupada que manifestaba el perro.

»¡Dios mío! ¡Qué idea! ¡Ni por asomo! Mejor habría hecho absteniéndome de proponérsela, pues bien sabía que ésa era una de las reglas sagradas de los Fyne, parte de su solemnidad, de su sentido de la responsabilidad, una de esas cosas que formaban parte integral de su tácita superioridad, pese a todo presente en todo momento: un perro jamás entra en una casa. Era de una impropiedad absoluta permitir que los perros entrasen en una casa en la que ellos dos estaban de visita, por más que fuese la casa en la que un descuidado soltero se hospedaba durante sus vacaciones, por más que éste fuese amigo personal del perro. Ni hablar. Ahora bien, sí estaban dispuestos a dejar que ladrase junto a la ventana, hasta que las personas del interior de la casa perdiesen la cordura. Tenían los dos una extraña coherencia en su absoluta falta de imaginación y de simpatía. Así pues, no insistí; me limité a regresar al salón, con la vaga esperanza de que ningún paseante tuviese la idea de pasar por el camino al menos durante la hora siguiente, de modo que nada turbase la compostura del animal.

»La señora Fyne estaba sentada, inamovible, ante la mesa llena de platos, tazas, jarras, la tetera fría, migas, los restos en general del convite; volvió a nosotros la mirada al sentirnos entrar.

»—Y es que se dará usted cuenta, Marlow —dijo en tono de inesperada confianza—, de que no están de ninguna manera hechos el uno para el otro.

»En ese preciso instante no supe bien a qué aplicar su comentario. Pensé en un principio en Fyne y en el perro. Pasé acto seguido a la cuestión que nos había ocupado desde su llegada, que era ni más ni menos que una fuga con todas sus consecuencias. ¡Pues claro, por Júpiter! Era algo sumamente parecido a una fuga, aunque tuviese ciertas características insólitas, propias, que le daban un aire cuando menos equívoco. Recordé con irónica sorpresa que se había requerido de mi sagacidad en relación con semejante asunto. ¡Inesperado homenaje, sí! Claro está que nunca sabemos qué pruebas tendrán que pasar nuestros dones. En primerísimo lugar, la sagacidad dicta cautela. Fyne tomó asiento como si se dispusiera a presenciar una justa, pensé.

»—¿De veras lo cree así, señora Fyne? —dije sagazmente—. Es evidente que se encuentra usted en una posición... —iba a continuar con toda mi cautela, cuando ella me cortó bruscamente, exigiendo mi inmediato asentimiento.

»—¡Es obvio! ¡Está clarísimo! Usted mismo tendrá que reconocer...

»—Pero señora Fyne —le reconvine—, se olvida usted de que yo no conozco a su hermano de usted.

»Esta argumentación resultó no sólo prueba de sagacidad, ya que era además una

verdad como un templo, una verdad incontestable, que pareció cogerla desprevenida.

»Me pregunté por qué. Me extrañó su sorpresa. Yo no sabía de su hermano prácticamente nada, de modo que difícil habría sido que me hiciese la más remota idea de cómo pudiera ser. Jamás había visto al hombre en cuestión. Tenía tan absoluto desconocimiento de él que, por contraste, era como si conociese a la señorita De Barral, a la que había visto en dos ocasiones (en total, no creo que llegasen a los sesenta minutos), con la que no habría cruzado más de sesenta palabras, como si la conociese, digo, desde la cuna. Y es posible, pensé mientras observaba a la señora Fyne (me había quedado de pie), es posible que, en su opinión, baste con esto para que deba yo asentir con sagacidad.

»Guardó silencio; entretanto, sin dejar de mirarla, con aire de cortés expectación, seguí dirigiéndome a ella, mentalmente, por supuesto, en un tono de aprobación familiar que, caso de haber sido audible, la habría dejado pasmada: “Querida amiga, en cualquier caso es usted una mujer sincera...”.

»Tengo por sincera a una mujer —prosiguió Marlow tras darme un cigarro y encender otro para sí— cuando es capaz de expresar voluntariamente una afirmación cuya forma recuerde, aunque sea remotamente, lo que realmente habría querido decir, lo que realmente piensa que habría que decir, sin que sea su obligación respetar la estúpida sensibilidad de los hombres. Los juicios de las mujeres son más toscos, más simples, más directos, y abarcan toda la verdad, aunque el tacto que tienen, su desconfianza del idealismo propio de los hombres, siempre les impida expresarlos oralmente en su totalidad. Y ese tacto tiene sobrada razón de ser. Nunca podríamos soportar que las mujeres dijeran la verdad. Nos resultaría intolerable. Esto sería causa de infinita miseria y traería consigo las más espantosas contrariedades, sobre todo en este paraíso sin duda mediocre, pero al fin y a la postre idealista, en el que todos y cada uno de nosotros llevamos mal que bien nuestra vida, mera unidad de la suma inmensa de la existencia universal. Y ellas lo saben. Por eso tienen misericordia. Esta generalización no es aplicable con toda exactitud al estallido de sinceridad que tuvo la señora Fyne, al tratarse de una cuestión en la que ni mi afecto ni mi propia vanidad estaban implicados. Es posible que precisamente por eso llegara a aventurarse ella a tal extremo. Teniendo en cuenta que es mujer de pies a cabeza, optó por ser conmigo sumamente abierta, mostrándome el fondo de su corazón. No sólo quedaba la forma, sino casi la totalidad de la sustancia de su pensamiento en lo que acababa de decirme. Creyó estar en condiciones de arriesgarse. Su razonamiento debía de haber sido más o menos como sigue: he ahí un hombre, propietario de una cuantía no desdeñable de sagacidad...

Marlow hizo una pausa, lanzándome una curiosa mirada. Había pronunciado sus últimas palabras con el cigarro entre los dientes. Se lo quitó de la boca con un amplio movimiento del brazo, y exhaló una liviana bocanada.

—¿Se sonríe usted? Habría sido más amable por su parte ahorrarme el sonrojo; lo cierto es que no tendría por qué sonrojarme. No es ésta cuestión de vanidad, no: es

cuestión de análisis. Dejemos la sagacidad en paz, si le parece, aunque también habremos de subrayar qué representa la sagacidad en todo este embrollo. Cuando se percate usted de ello, también se percatará de que no hubo en todo ello nada que pudiera alarmar mi modestia. No creo, ni mucho menos, que la señora Fyne me atribuyese la posesión de esa especial sabiduría que temple el sentido común. Y de haber tenido yo toda la sabiduría de los Siete Sabios de la Antigüedad, no habría bastado para arrancar de ella una confianza o una muestra de admiración. El desprecio que en secreto tienen las mujeres por la capacidad de considerar juiciosamente un asunto y de expresar en profundidad una conclusión meditada con detenimiento es algo que no conoce límites de ninguna especie. Desconocen la utilidad que puedan tener estos ejercicios de alta escuela, que a su entender constituyen una especie de juego puramente masculino, aunque digo juego en el sentido que el concepto tiene de ocupación digna de todo respeto, ideada para pasar el rato en esta vida ordenada con arreglo a las prioridades masculinas, que de un modo u otro ha de sobrellevar. Lo que verdaderamente respetan las mujeres en su proverbial agudeza de ingenio son las “ideas” ineptas y los ovejunos impulsos mediante los cuales quedan determinados nuestros actos y nuestras opiniones en todos los asuntos de auténtica importancia. A todo esto, conste que si las mujeres no son seres racionales sí que son, sin lugar a dudas, muy agudas. Hasta la propia señora Fyne tenía una sobresaliente agudeza. Aquella buena mujer había decidido dirigirse al compañero de ajedrez de su marido lisa y llanamente por haber detectado en él esa minúscula porción de “feminidad”, esa gota de una esencia superior, de la cual yo mismo tengo constancia y que, debo reconocerlo con todo mi agradecimiento, me ha salvado de dos o tres desventuras a lo largo de mi vida, que podrían haber sido bien ridículas, bien lamentables, sin más, aunque no pueda estar muy seguro de cuál de las dos posibilidades pueda ser más exacta. En el fondo, poco importa; de todos modos habrían sido desventuradas. Observará usted que digo “feminidad”, todo un privilegio, y que no hablo de “feminismo”, una actitud. No soy yo un feminista. Era, en cambio, el bueno de Fyne quien sobre cierta base cuando menos solemne sí que había adoptado esa actitud mental; ahora bien, bastaba con mirarlo de reojo, verlo sentado como estaba, para entender que era masculino hasta la raíz del cabello, sólidamente masculino, densamente, ridículamente incluso..., desesperadamente masculino.

»En efecto, lo miré de reojo. No hay quien descubra que su propia sagacidad ha sido reconocida por la mujer de un individuo sin darse cuenta de la impropiedad del caso, sin verse en el brete de mirar al individuo en cuestión a cada dos por tres. Por eso volví a mirarlo. Muy masculino, sin duda; tanto, que “desesperadamente” no habría bastado para expresar a fondo toda su masculinidad. Estaba desamparado, desarmado y paralizado por su masculinidad. Y si debido a las oscuras incitaciones de mi temperamento reservado hube de observarlo con maliciosa ironía, pese a ser de hecho, por definición y muy especialmente por muy hondas convicciones, un

hombre, no me quedó más remedio que sentir una inmensa simpatía por él. Viéndole de aquel modo desarmado, completamente cautivo, debido a la naturaleza misma de las cosas, sentí ganas de hablarle con toda cordialidad.

»—En fin, ¿y qué piensa usted de todo esto?

»—No lo sé. ¿Cómo podría decirlo? Lo que sí le diré es que lo hecho, hecho está, y no hay más que decir —dijo tan masculino ser con toda la torpeza y la innata solemnidad que le permitió su carácter.

»La señora Fyne se agitó levemente en su asiento. Me volví hacia ella y le hice observar, con toda la gentileza que pude, que las críticas peyorativas del género de la que ella acababa de plantear eran en el fondo cosa muy corriente. Siempre hay quienes se preguntan qué sería lo que él había visto en ella; otros no consiguen adivinar qué era lo que ella podría haber visto en él. En fin, expresiones de la inadecuación, de la falta de armonía.

»—Sé perfectamente —dijo con todo el énfasis que pudo, con los brazos aún cruzados— lo que ha visto Flora en mi hermano.

»Incliné la cabeza ante la borrasca, pero terminé de decir lo que deseaba que supiera.

»—Y luego se da el caso de que el matrimonio, en la mayoría de los casos, resulta no ser peor que la media, por no aventurarme a suponer lo contrario.

»A la señora Fyne le disgustó el giro de optimismo que había dado a mi sagacidad. Fijó la mirada en mi rostro, como si dudase de que hubiese en mi natural disposición la feminidad suficiente para que pudiese yo comprender el caso.

»Esperé a que se pronunciara. Fue como si ella estuviese dilucidando si, después de todo, merecería la pena hablar con el hombre al que había decidido visitar. Comprenderá usted cuán provocador me resultó ese gesto de duda. Rebusqué en mi interior, tratando de dar con alguna impagable estupidez que decir, con la intención de inquietar a la señora Fyne, de tomarle el pelo. Siempre es humillante confesar un fracaso. Cualquiera diría que un hombre de mediana inteligencia puede hacer uso de la estupidez en cuanto se lo proponga, pero no es así, ni mucho menos. Supongo que debe tratarse de un don especial o bien que la dificultad estriba en ser a la vez relevante. Descubriendo que no se me ocurría ninguna estupidez sensata que decir, me contenté con lo que mejor podría suplirla: un lugar común. Esbocé, en tono de sentido común, la suposición de que, seguramente, en cuestión de matrimonio un hombre sólo debe complacer sus propios designios.

»La señora Fyne recibió mi osadía sin parpadear. El varonil pecho de Fyne, como cabría esperar, fue perforado por esta antigua, clásica observación. Gruñó levemente, con auténtico sentimiento. Me dirigí hacia él con falsa sencillez.

»—¿No está usted de acuerdo?

»—Es exactamente lo que le he estado diciendo a mi esposa —exclamó con extraordinaria voz de barítono—. Hemos discutido pormenorizadamente...

»¡Una discusión en casa de los Fyne! ¡Qué portento! Muy posiblemente había

sido la primera diferencia que había surgido entre ambos; la señora Fyne habríase mostrado impávida, dispuesta a asumir todas las responsabilidades, y el bueno de Fyne habría insistido en su solemnidad, encogiéndose, acostadas las niñas en la planta superior de la casa; fuera, los campos a oscuras, los sombríos contornos de la tierra, ante el trasfondo de estrellas y negrura del universo, con la luz cruda de la ventana abierta como un faro que pudiese servir de guía a la truhana que ya nunca iba a regresar; ni siquiera ya truhana, sino sencillamente fugitiva. Ahora bien, fugitiva que se había llevado una buena rapiña. La suya había sido la fuga de una ladrona... ¿o de una traidora? El asunto de que hubiese robado el afecto del hermano, como me dije por dentro, tenía un aspecto cuando menos muy peculiar. La muchacha debía estar desesperada, pensé, al tiempo que oía la voz grave de Fyne con claridad suficiente, sólo que sin apreciar plenamente el sentido de sus palabras, salvo las últimas, que fueron éstas:

»—Todo esto, comprenderá usted, es extremadamente molesto...

»Lo observé con mirada inquisitiva. ¿Qué era lo que a tal extremo le molestaba? ¿Que el hijo del poeta tirano hubiese sido secuestrado por la hija del financiero convicto? Tal vez fuese solamente, si me permite decirlo, que la polvareda que levantaron en su huida hubiese perturbado la solemne placidez del ambiente doméstico en que vivían los Fyne. Por suerte, mi incertidumbre no duró demasiado.

»—La señora Fyne me apremia para que vaya a Londres de inmediato.

»Cualquiera podría haber adivinado, o haber visto incluso a las claras, el enorme desagrado que le inspiraba dicho viaje, las molestias que le producía aquella diferencia de criterio con su esposa. Por la seriedad con que asistía a todos los episodios de la comedia terrenal de esta vida, Fyne sufría por no ser capaz de mostrarse de acuerdo sentida y solemnemente con los pareceres de su esposa, tal y como se había acostumbrado a que sucediera, en reconocimiento del hecho de que se había salido con la suya en una única y suprema instancia: cuando ella se dio a la fuga con él, siendo ése el paso más impulsivo que se podría imaginar en la vida de una joven damisela. Se había esforzado desde entonces, de todo corazón, en expresar la gratitud que le debía dando por sentada la corrección de sus sentimientos en todas las demás ocasiones. A la sazón, se había convertido en una especie de hábito inveterado. Y jamás resulta agradable el romper de golpe un hábito. El buen hombre se encontraba profundamente contrariado. “¿De veras?”, dije. “¿Que vaya a Londres de inmediato?”.

»Me obsequió con una mirada inexpresiva. Me pareció a la vez patético y divertido. “Y usted, cómo no, entiende que no tendría ningún sentido...”, proseguí.

»Era evidente que ésa, y no otra, era su opinión, aunque no dijo ni palabra. Se limitó a seguir con un parpadeo de solemne y cómica lentitud. “A menos, claro está, que fuese para transmitirles las bendiciones de la familia”, dije, satisfaciendo sin pensármelo dos veces mis ganas de tomarles el pelo, aunque fuese de forma un tanto socarrona, pues no me atreví a mirar entonces a la señora Fyne, que se hallaba a mi

derecha. De ese lado no percibí ningún sonido, ningún movimiento. Entiende usted que es de lo más natural que oponer buenas razones, sólidas razones, frente a las apasionadas conclusiones del amor, es una pérdida de tiempo y de intelecto rayana en el absurdo.

»Pareció realmente sorprendido, como si acabara de descubrir yo algo muy ingenioso. El buen hombre no se había dedicado a pensar en ello con la debida calma. Sólo sabía, sin más complicaciones, que bajo ningún concepto deseaba viajar a Londres a cumplir con semejante misión. Era la suya mera delicadeza masculina. A renglón seguido le desbordó el entusiasmo.

»—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Exactamente! Un hombre enamorado... ¿Lo oyes? ¿Lo oyes bien, querida? Ahí tienes una opinión independiente y autorizada...

»—¿Será posible imaginar algo más inútil —insistí para complacer al fascinado y pequeño Fyne— que oponer frontalmente la razón al amor? Debo de todos modos confesar que en este caso, cuando pienso en el puntiagudo mentón de la pobre muchacha, me pregunto si...

»Mi ligereza fue un exceso que no pudo aguantar la señora Fyne. Arrellanada en su asiento, exclamó:

»—¡Señor Marlow!

»Como si misteriosamente le hubiese podido afectar la indignación de su dueña, el absurdo perro de los Fyne empezó a ladrar en el porche. Podría haber sido por un simple abejorro no autorizado a entrar en la finca, por descontado. Aquel animal era capaz de cualquier excentricidad. Rauda, Fyne se puso en pie y salió a ver qué pasaba. Me da en la nariz que se alegró de dejarnos a solas para discutir la cuestión de su viaje a Londres. Un viaje más bien antisentimental, por cierto, También él, en apariencia, tenía enteramente depositada su confianza en mi sagacidad. Era conmovedora tanta confianza. Y era a todas luces más genuina que la confianza que su esposa fingía tener en el compañero de ajedrez con quien jugaba su marido, o con quien había jugado al menos tres días de vacación consecutivos. Confianza... ¡que me aspen! Sagacidad..., ¡y un cuerno! La señora Fyne se había lanzado a pecho descubierto, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sin asomo de recelo, segura de que yo iba a acudir en su respaldo como un solo hombre. En cambio, se había puesto en mis manos.

Interrumpió su narración. Marlow se dirigió a mí con un tono porfiado, entre burlas y veras.

—Quizá no sepa usted que soy un hombre de carácter, en conjunto, digamos que vengativo.

—Pues no, no lo sabía —repuse con una mueca—. Y me parece de lo más inusual en un marino. Siempre los he tenido por la profesión menos vengativa de este mundo.

—¡Mmm! Simples de corazón, sí —musitó Marlow con una punta de malhumor

—. Será por falta de oportunidades. Olvidados del mundo, pasan a solas la mayor parte de su tiempo. Yo, por mi parte, es con las mujeres con las que me siento sobre todo vengativo, aunque no sea de lleno. Reconozco que es un ánimo de menor cuantía, pasajero; en fin, nada serio. Claro que las ocasiones no se presentan a menudo, y tampoco suelen ser grandes ocasiones. Más que nada me fastidia esa tendencia que tienen a enredarnos a su antojo con sus lindos dedos, con el meñique tan sólo, como si fuese coser y cantar. Tampoco es que los resultados sean casi nunca gran cosa, todo hay que decirlo. Hay poquísimas oportunidades de auténtico empaque. Lo que me desquicia es que den por sentado que en cada uno de nosotros existe esa mezcla de niño y de imbécil, a saber en qué proporción; me provoca, bien que nunca sea de lleno, nada serio. No entiendo por qué se me queda mirando usted como si echase llamaradas y humo espeso por las narices, oiga. No soy ningún monstruo que vaya por ahí devorando a las mujeres. Ni siquiera soy lo que técnicamente se denomina “una mala bestia”. Confío en el fondo tener la mezcla indispensable de niño y de imbécil para estar eventualmente a la altura y cumplir las expectativas de una mujer realmente hermosa... algún día. Algún día, digo. ¿Le extraña? No supondrá usted que me aterra la idea de casarme, ¿o sí? Tal suposición me ofendería profundamente...

—Ni en sueños querría yo ofenderle —dije.

—Muy bien, pues. Entretanto, haga el favor de tener presente que yo no estaba casado con la señora Fyne. Ni el meñique de dicha señora era de mi propiedad legal, téngalo en cuenta: yo no me había dado jamás a la fuga con semejante botín. Fyne, en cambio, sí. Que se retuerza y se encorve todo lo que le aguante la columna vertebral, o más, por lo que a mí respecta. Que hubiese desertado de la discusión con la meridiana excusa de salir a aquietar al perro vino a confirmar la impresión que me había producido, a saber, que pesaba sobre su natural elasticidad una gran tensión. Hice frente a la señora Fyne con la resolución de no ayudarla en su propósito, eminentemente femenino, de introducir una estaca entre los radios de las ruedas sobre las que marchaba por la vida otra mujer.

»Ella intentó a toda costa mantener la superioridad que traslucían sus ojos en calma. Se la veía como en familia, con olímpica altivez al mismo tiempo, parapetada tras la mesa del té, excelente símbolo de la vida doméstica en sus horas más despejadas, en su perfecta seguridad. Con pocas palabras, severas, sin adornos, me dio a entender que se había aventurado a esperar alguna sugerencia realmente útil por mi parte. A esta casi reprensión con que declaró sus intenciones, pues mi ánimo vengativo rara vez va más allá de una simple tomadura de pelo, contesté que estaba haciéndolo todo lo bien que sabía hacerlo. Y que siendo un fisonomista...

»—¿Siendo el qué? —me interrumpió.

»—Un fisonomista —repetí levantando un poco la voz—. Un fisonomista, señora Fyne. Y en atención a los principios de esta ciencia, le diré que un mentón delgado y puntiagudo es razón de sobra para cualquier intromisión. Porque usted quiere

interferir al precio que sea, ¿no es así?

»Los ojos se le abrieron perceptiblemente. Jamás se había guaseado nadie de ella. El método que empleaba el difunto y sutil poeta para presentar su cara más desagradable era meramente el de un salvaje abuso, sin contemplaciones. Fyne siempre había sido un hombre solemnemente sumiso. No se me alcanza a saber qué otros hombres pudiera haber conocido ella, pero doy por hecho que debieron ser todos sujetos muy caballerosos. Y sus amigas tomaban asiento a sus pies, formando corro a su alrededor. ¿De qué modo podría haber reconocido mis intenciones? Por mi tono, no supo a qué atenerse.

»—¿Lo dice usted en serio? —inquirió trabajosamente. Y fue conmovedor. Fue como si una niña pequeña acabase de hablar con entera confianza. Me sentí ablandar.

»—No, no lo digo en serio, señora Fyne —dije—. Perdóneme, pues desconocía que debiese comportarme con seriedad, amén de con sagacidad. No. Esa ciencia de que hablo es pura farsa; por tanto, no podía decirlo en serio. Ciertamente es que todas las ciencias son pura farsa, salvo las que nos enseñan a sumar que dos y dos son...

»De lo que se trata es de mantener a esas dos personas divididas —saltó. Se había repuesto. Tuve que admirar el pronto ingenio de las mujeres. La agilidad mental es una perfección poco corriente. ¡Y hay que ver qué agilidad tienen! ¡Qué... justeza! ¡Qué tenacidad! Una vez que se agarran, ya puede usted arrancar de cuajo el árbol y sacudirlo a base de bien, que ellas no caerán de la rama. De hecho, cuanto más se sacude... ¡No hay más que fijarse en el encanto de sus contradictorias perfecciones! No es de extrañar que los hombres cedan... en general, claro está. No diré que me hubiese encandilado el encanto de la señora Fyne. No es que me sintiera extasiado por ella, ni mucho menos. Lo que me tocó la fibra no fue tanto lo que desplegabam, sino algo que de ninguna manera podía disimular. ¿El qué? Su emoción, nada menos. La forma de su declaración le había salido seca, perentoria casi, pero no así el tono. Le tembló la voz nada más que una pizca, lo justo; esbozó una desvaída sonrisa. Mientras nos mirábamos los dos directamente, observé que le brillaban los ojos con una luz peculiar. Estaba inquieta, afligida. Desde luego, que la señora Fyne hubiese decidido apelar a mi persona era ya prueba patente de su profunda aflicción. “Por Júpiter, también está desesperada”, pensé. A este descubrimiento siguió por mi parte un impulso de alejamiento instintivo de tan irracional como en absoluto varonil asunto. Las mujeres eran todas iguales, con su interés supremo, suscitado únicamente por pelearse las unas con las otras a propósito de un hombre: novio, hijo, hermano o lo que fuese.

»—Pero ¿cree usted que aún estamos a tiempo de hacer algo? —pregunté.

»Hizo un involuntario e impaciente movimiento con los hombros, sin separarse del respaldo de la silla. ¿Tiempo? ¡Pues claro! No habían pasado siquiera cuarenta y ocho horas desde que Flora se marchó a Londres tras él... No es que yo sea un gran experto en la materia, pero me atreví a murmurar vagamente una alusión a las amonestaciones matrimoniales por la vía extraordinaria. No podíamos precisar qué

podía haber pasado a tales alturas. Pero ella sí estaba al corriente, y lo dijo con sorna. No había pasado nada.

»—Es improbable que pase nada, al menos hasta el viernes de la semana entrante... como mucho —anunció.

»Me pareció un prodigio de precisión. Tras una pausa, añadió que jamás podría perdonarse que no hiciéramos el esfuerzo que fuese necesario, cuanto estuviese en nuestras manos, una intercesión.

»—¿Ante su hermano de usted? —pregunté.

»—Eso es. John ha de partir mañana mismo. En el tren de las nueve.

»—¡Además, tan temprano! —dije. Ahora bien, no hallé en mi ánimo el arranque preciso para seguir la conversación en tono jocoso. Sometí a su examen diversas argumentaciones, a cada cual más obvia, dictadas en apariencia por el sentido común, aunque en realidad fuesen obra de mi secreta compasión. La señora Fyne las descartó una por una con ese punto de egoísmo semiinconsciente que se da en toda existencia segura, establecida dentro de los cánones. Los dos se conocían desde hacía menos de tres semanas. De ese lapso, demasiado breve como para que naciese ningún sentimiento serio, había que restar la primera. De entrada, apenas se habían mirado el uno al otro. Flora hizo prácticamente caso omiso de la presencia del capitán Anthony. Buenos días, buenos días. Y eso fue todo. No pasó de ahí el trato que se dispensaron. El capitán Anthony era hombre de pocas palabras, completamente desacostumbrado al trato social con muchachas de ninguna especie, y tan tímido de hecho que evitaba alzar los ojos en la mesa para no tener que mirarla a la cara. Era algo perfectamente ridículo. De hecho, era incluso improcedente, y motivo de azotamiento para la señora Fyne. Después del desayuno, Flora salía sola a dar una larga caminata; el capitán Anthony (a quien la señora Fyne a veces también llamaba Roderick) se quedaba con las niñas. Lo cierto es que su timidez le impidió incluso trabar relación con sus propias sobrinas.

»Todo esto podría sonar patético de no tener yo conocimiento de las niñas de los Fyne, que eran a un tiempo solemnes y maliciosas, aparte de albergar un secreto desdén por el mundo entero. ¡No había quien pudiese trabar relación con aquellos dos monstruos, por otra parte tan jóvenes y llenos de atractivo! Se limitaban a tolerar a sus padres, y parecían tener entre las dos, en secreto, un burlesco acuerdo en contra de todo desconocido, pese a no mostrarse visiblemente ningún afecto la una a la otra. Sí tenían por costumbre intercambiar miradas despectivas, que para un hombre tan tímido tuvieron que ser una prueba muy difícil de pasar. Consideraban sin duda a su tío un pesado, y probablemente un verdadero asno.

»No me sorprendió saber que bien pronto Anthony tomó por costumbre cruzar los dos prados colindantes para buscar reposo a la sombra de un robledal, a buena distancia de la casa de campo. Se tendía sobre la hierba y se pasaba la mañana entera fumando su pipa. La señora Fyne se extrañó de la indolente costumbre de su hermano. Habíale pedido algunos libros, es cierto, pero en la casa de campo había

muy pocos. Los había leído de cabo a rabo en tan sólo tres días, tras lo cual siguió contentándose con tumbarse boca arriba en el campo, sin más compañía que su pipa. ¡Asombrosa indolencia! Durante la mañana entera la señora Fyne, ocupada con sus escritos en la casa de campo, lo veía desde su ventana. Tenía una magnífica vista de lejos, y aquellos robles estaban agrupados en una elevación del terreno. La indolencia de Anthony quedó abiertamente expuesta a las críticas de su hermana, tendido como se hallaba en la suave ladera verde. La señora Fyne se extrañó de su actitud, intrigada, disgustada a la vez. Claro que por haberse entrenado como autora, como bien sabe usted, no le fue posible sustraerse de tan fascinante novedad. Dejó que su hermano se diera a sus vicios. Me imagino que el capitán Anthony hubo de disfrutar de unos días muy placenteros, de manera por lo demás muy tranquila. Fue, si mal no recuerdo, un verano seco y caluroso, propicio para darse a la vida contemplativa al aire libre. Y la señora Fyne se sintió escandalizada. Las mujeres no suelen entender la fuerza que tiene un talante contemplativo. Es algo que simplemente escapa a su intelecto. Tienen la sensación, instintivamente, de que ese es el temperamento que mejor podrá rehuir la dominación de toda influencia femenina. Las encantadoras niñas se dedicaron a intercambiar abiertamente mofas y pullas en torno al “perezoso tío Roderick”, sin importarles que la señora Fyne las oyese con indulgencia. Y aquello era muy extraño, me indicó, porque de muchacho era cualquier cosa salvo indolente. Al contrario, siempre estaba metido en alguna actividad.

»Le hice notar que un hombre de treinta y cinco años ya no es un muchacho. Fue una perogrullada que ella recibió sin inmutarse. Me dijo perentoriamente que los mejores hombres, los más gratos, siguen siendo muchachos durante todas sus vidas. Le disgustó no poder percibir nada propio de un muchacho en su hermano. Lo lamentó profundamente. No le había visto en unos quince años más o menos, salvo en tres o cuatro ocasiones, y nunca durante más de dos o tres horas. No, no quedaba ni rastro del muchacho que fue en el hombre en que se había convertido.

»Quedó unos momentos callada; yo medité sin propósito sobre la adolescencia del pequeño Fyne. No logré imaginarme cómo podría haber sido. Sus rasgos dominantes eran claramente un remanente de aquellos tiempos de juventud, pues no en vano jamás he visto esa solemnidad de mirada y de presencia que tiene Fyne, salvo en algunos niños muy pequeños. Claro que ¿dónde se metió él entre tanto? ¿No sufrió el más mínimo contagio de la indolencia propia del capitán Anthony? Se lo pregunté. Me explicó que por entonces Fyne pasaba muy poco tiempo en la casa de campo. Alguno de sus colegas estaba convaleciente tras una grave enfermedad, y habíase marchado a reposar a un pequeño pueblo de la costa, no muy lejos de su residencia en el campo, de manera que Fyne salía todas las mañanas en tren para pasar el día entero con el anciano inválido, que no tenía quien le cuidase. Se me antojó una excusa digna de elogio para descuidar en cambio el trato con su cuñado, “el hijo del poeta, ya sabe usted”, con quien no tenía nada en común, ni de cerca ni de lejos. Si el capitán Anthony (Roderick) hubiese sido aficionado a las caminatas, ello

habría sido más que suficiente, pero no lo era. Con todo, por la tarde a veces salía por el campo a dar un paseo sin rumbo fijo, claro está que a solas, toda vez que las niñas le habían hecho decididamente el vacío y que su única hermana andaba ajetreadísima con aquel libro fulgurante que había de lanzar al mundo con ánimo demoledor uno o dos años más tarde. Da, sin embargo, la sensación de que la señora Fyne era de cuando en cuando muy capaz de levantar la mirada de su absorbente tarea, aun cuando no fuese más que un instante, ya que fue precisamente desde aquel desván acondicionado para que le hiciese las veces de estudio desde donde una tarde observó a su hermano y a Flora de Barral que llegaban juntos por el camino. Se habían encontrado accidentalmente en algún sitio (y no sabría decir cuál de los dos se cruzó por el camino del otro, como dice el refrán) y regresaban juntos a la casa para tomar el té. La señora Fyne se fijó en que parecían conversar los dos sin rebozo ninguno.

»—Fui tan ingenua que incluso me alegré —comentó la señora Fyne con una risita seca—. Me alegré por los dos.

»Desde aquel día en adelante el capitán Anthony renunció a su indolencia y acompañó a la señorita Flora con frecuencia en sus paseos matinales. La señora Fyne siguió sintiéndose alegre. Pudo olvidarse cómodamente de los dos y entregarse de lleno al placer del pensamiento audaz y de la composición literaria. Sólo una semana antes de que cayese como un rayo la catástrofe, al levantar al desgaire la mirada del papel, vio a dos figuras sentadas sobre la hierba, a la sombra de los robles. Pudo distinguir la blusa blanca. No le cupo ninguna duda.

»—Supongo que se creyeron a resguardo gracias al seto. Se olvidaron, sin duda, que yo trabajaba en el desván —dijo con amargura—. O quizá ni siquiera les importó. Estaban en lo cierto. Yo soy una persona bastante sencilla... —volvió a reír—. Fui incapaz de sospechar semejante duplicidad.

»—Duplicidad es una palabra bastante fuerte, señora Fyne. ¿No le parece? —protesté—. Y considerando que el propio capitán Anthony...

»—Oh, si así le parece... —me interrumpió. Sus ojos, que en ningún momento se apartaron de los míos, sus rasgos envarados, toda su inamovible figura, ¡qué bien conocía yo ese aspecto en una persona que “ha tomado una resolución”! Debo decir que esa es una condición más que irremediable, sobre todo en las mujeres. Desconfíe de la concesión que con tanta facilidad, con tanta frialdad acababa de hacerme. Pareció reflexionar un instante—. Sí, tal vez tenga razón. Debería haber dicho... ingratitud, tal vez.

»Tras haber disculpado de ese modo a su hermano, tras haber cargado las tintas todavía un poco más en la pobre chica... ¿no le parece una listeza perfectamente diabólica la que a veces despliegan las mujeres cuando es su corazón lo que está en juego? Tras haber hecho tales cosas, como le iba diciendo, y tras haberme dejado bien claro que no estaba yo a su altura, siguió a lo que iban con gran escrúpulo:

»—Es posible que sea una palabra excesiva; a mí tampoco me agrada el haberla empleado. La queja es casi insignificante, pues ella tenía bien pocas obligaciones

para con nosotros, mientras que nosotros bien poco pudimos hacer por ella. Con todo...

»—No me cabe duda —exclamé tirando ya por la borda toda diplomacia—. Pero verdaderamente, señora Fyne, parece imposible descargar a su hermano de toda culpa en este asunto...

»—Fue ella quien se arrojó a sus brazos —declaró la señora Fyne con firmeza.

»—Pues no era obligación de su hermano de usted aparecer con los brazos abiertos por donde ella había de pasar —repuse con una risa de irritación. No me contuve posiblemente porque su fija e intensa mirada parecía expresar a las claras su propósito de intimidarme. No me dio ningún miedo, pero sí se me ocurrió que estaba a medio dedo de meterme en una trifulca en toda regla con una señora como ella, que era, para más inri, mi huésped. Allí estaba la tetera ya fría, las tazas vacías, los emblemas de la hospitalidad. No podía ser. Sofoqué en seco mi irritada risa mientras la señora Fyne murmuró con un leve movimiento de hombros: “¡Él! ¡Pobre hombre! Oh, ¿cómo es posible...?”.

»Con un enorme esfuerzo de voluntad logré esbozar una sonrisa amistosa y hablar con la debida suavidad.

»—Querida señora Fyne, olvida usted que yo a él no le conozco ni siquiera de vista. Es difícil concebir una víctima tan pasiva como usted la pinta, pero aun concediéndole (me faltó un tris para decir “la imbecilidad”, pero me rehice a tiempo) la inocencia del capitán Anthony, ¿no piensa ahora, con toda franqueza, que tiene usted parte de culpa en lo que ha ocurrido? ¡Usted los puso en contacto, usted dejó a su hermano a merced de sus recursos!

»Se incorporó en su asiento y apoyó el codo sobre la mesa, apoyando la cabeza sobre la palma abierta de la mano para bajar la mirada. ¿Remordimiento, tal vez? Había sido la suya, sin duda ninguna, una forma excesivamente desenvuelta de tratar a un hermano que había acudido a visitarla por primera vez en quince años nada menos. Supongo que bien pronto descubrió que no tenía nada en común con el marino, con aquel perfecto desconocido, moldeado y marcado incluso por el mar recorrido en sus largos viajes. Siendo de natural una mujer enérgica, no se tomó la molestia de encontrar pretextos para el fingimiento, de modo que se dedicó por entero a escribir aquello que le interesaba inmensamente. Esa sinceridad de conducta es sin duda digna de alabanza, si de cuando en cuando no recordase tan a las claras una evidente brutalidad. De todos modos, no creo yo que fuese remordimiento. Ése sí es un sentimiento infrecuente entre las mujeres...

—¿Cree usted? —lo interrumpí indignado.

—Usted conoce más y mejor que yo a las mujeres —replicó Marlow sin inmutarse—. Al fin y al cabo, es propio de su oficio conocerlas a fondo, ¿no es cierto? Circula usted de continuo entre toda clase de personas; es usted un observador tolerablemente honrado. Muy bien; intente, pues, recordar cuántos casos de remordimiento ha llegado a ver. Estoy dispuesto a tomarle la palabra.

¡Remordimiento! ¿Ha llegado usted a ver alguna vez acaso una sombra? ¿De veras? ¿Alguna vez? ¡Habría sido una sombra, mera sombra pasajera! Atiéndame bien, porque me parece que es algo tan infrecuente que podría considerarse de todo punto inexistente. Las mujeres son apasionadas en exceso; son demasiado pedantes, puede que demasiado valientes en lo que a ellas mismas les atañe. No, ni por un instante he llegado a pensar que la señora Fyne sintiera la más leve punzada de remordimiento por el tratamiento que dio a su hermano el marino. Y lo que él pudiera haber pensado, ¿quién sabe? Es posible que le extrañase por qué se le había apremiado con tanta insistencia para que hiciese la visita de marras; es posible que le extrañase, pero ya con amargura, puede que con desdén, quién sabe si aun con humildad. Y bien pudiera ser que tan sólo se sintiera sorprendido y aburrido. De haber sido tan sincera su conducta como la de su única hermana, es harto probable que se hubiese despedido de la familia al segundo día de su estancia. Pero puede que temiese mostrarse descortés, brutal incluso. No me resulta lejana en demasía la convicción de que entre la sinceridad de su hermana y la sinceridad de sus queridas sobrinas, el capitán Anthony, del *Ferndale*, tuvo que tener plena conciencia por primera vez en toda su vida de su absoluta soledad, precisamente a esa edad, alrededor de los treinta y cinco años, en que uno ya está suficientemente maduro para acusar el desgarró que dicho descubrimiento puede producir. Enojado o sencillamente triste, pero desde luego desilusionado, se dedica a vagar por la campiña tanto como puede, y un buen día se encuentra con la muchacha y, a resguardo de un fuerte sentimiento, olvida del todo su natural timidez. No le refiero ahora una suposición, sino un hecho contrastado. Tuvo lugar, ya lo creo, ese encuentro en el que la timidez tuvo que perecer bajo el impulso de no sabemos qué ánimo en concreto, o bien gracias a la comunidad de espíritu que se hizo aparente por intervención de quién sabe qué atinada y casual observación. Recordará usted que la señora Fyne los vio una tarde regresar juntos a la casa. ¿No le parece que he dado con la psicología de la situación?

—Oh, sin duda que... —comencé a ponderar.

—Quedé muy convencido de mis conclusiones, al menos en su día —siguió Marlow con impaciencia—. Pero no vaya usted a pensar que la señora Fyne, en su nueva actitud, jugueteando con una cucharilla entre los dedos, estaba dispuesta a rendirse sin condiciones.

»—Es lo último —murmuró— que podría haber esperado que ocurriese.

»—No pensó usted que fueran los dos tan románticos para ello —sugerí con sequedad.

»Dejó pasar mi sugerencia y habló con gran determinación, sólo que como si estuviese sola.

»—De veras que es preciso advertir a Roderick.

»No me dio tiempo a preguntarle qué había que advertirle exactamente. Alzó la cabeza y se dirigió de nuevo a mí.

»—Me siento más sorprendida y más razonablemente apenada de lo que podría

expresar por la resistencia del señor Fyne. Siempre hemos sido de la misma opinión en todos los casos. Y que precisamente debamos diferir ahora, sobre una cuestión que tan de cerca afecta a mi hermano, ha sido para mí una dolorosísima sorpresa —con la mano hizo tintinear la cucharilla bruscamente, como si hubiese sido un movimiento involuntario—. Es totalmente intolerable —añadió intempestivamente; intolerable, claro está, para la propia señora Fyne. Supongo que, en el fondo, tenía nervios como los de cualquier otra mujer.

»En el porche, donde Fyne había buscado refugio en compañía del perro, se había hecho el silencio. Lo tuve por prueba de sobrada sagacidad, y no me refiero en modo alguno al perro, que era un idiota de tomo y lomo.

»—Es su deseo interferir en el asunto al precio que sea... —dije. La señora Fyne hizo un levísimo asentimiento—. Bien, pues... Por mi parte... No sé qué decir, pues desconozco cómo están las cosas ahora mismo. Ha recibido usted carta de la señorita De Barral, ¿qué es lo que dice en su misiva?

»—Pide que le sea enviada su valija a su dirección en la ciudad —musitó la señora Fyne con evidente reluctancia, y calló. Esperé un poco... y estallé.

»—¡Muy bien! ¿Y qué sucede? ¿Cuál es el problema? ¿Su marido se opone a eso? ¿Me está diciendo que es su deseo que se apodere usted de las ropas de la jovencita?

»—¡Señor Marlow, por favor!

»—¡Vamos a ver! Me habla usted de una sin duda dolorosa diferencia de opinión con su marido, y cuando le pido que me amplíe en lo posible la información a tal respecto, me viene usted con una simple valija. Y hace sólo unos instantes que me reprochaba usted mi falta de seriedad. Por eso me pregunto quién es, de nosotros dos, el que obra ahora con la mínima seriedad.

»Sonrió débilmente y en tono afectuoso, por lo cual comprendí a renglón seguido que no pensaba de ninguna manera mostrarme la carta de la muchacha, dijo que no cabía ninguna duda de que la carta desvelaba un entendimiento al que habían llegado el capitán Anthony y la propia Flora de Barral.

»—¿Qué entendimiento? —la presioné—. ¿Es un simple entendimiento, como dice usted, un compromiso matrimonial en toda regla?

»—No hay tal compromiso... Al menos por ahora —dijo con toda nitidez—. En esa carta, señor Marlow, se expresa con una enorme vaguedad. Por eso...

»La interrumpí sin ceremonias.

»—Todavía tiene usted la esperanza de interferir en el asunto con una mínima eficacia, ¿no es así? ¿Me equivoco? ¿Qué tal le habría sentado a usted, me pregunto yo, que alguien se hubiese propuesto interferir en sus planes y los del señor Fyne en la época en que el entendimiento existente entre ustedes dos podría aún haberse descrito con una cierta vaguedad?

»Hizo un movimiento inequívoco de pasmada indignación. Y con un tono de perfecta sinceridad me gritó:

»—¡Pero es que de ninguna manera se trata de un caso similar! ¿Cómo se atreve usted a decir tal cosa?

»Desde luego, ¿cómo puede decir tal cosa? La hija de un poeta y la hija de un convicto nunca son comparables, y menos respecto de las consecuencias de sus comportamientos respectivos, aun cuando en sus destinos pueda existir una cierta similitud. Entre tales consecuencias puede percibir la existencia de parientes de todo punto indeseables para sus queridísimas y muy sanas hijas, de la cual podría seguirse, en el futuro, algún que otro motivo de azoramiento.

»—¡No! ¡No puede usted decirlo en serio! —el rescoldo del resentimiento que embargaba a la señora Fyne se avivó de nuevo en llamas—. No habrá pensado usted...

»—Pues sí, sí, señora mía. Eso he pensado. Todavía estoy pensando. Incluso estoy intentando pensar como piensa usted.

»—Señor Marlow —dijo con gravedad—, créame. En realidad estoy pensando en mi hermano, que es quien me importa en todo este...

»Le aseguré que casi estaba seguro de que era cierto. Y es que no hay ley de la naturaleza que impida pensar en dos o más personas al mismo tiempo.

»—Ella le habrá contado ya todo lo referente a su persona, por descontado —dije.

»—Todo lo que se refiere a su vida —asintió la señora Fyne con un aire, pese a todo, de tener aún ciertas reservas que no me detuve a investigar.

»—¡A su vida! —repetí—. La pobre muchacha tiene que haber pasado días verdaderamente malos.

»—Horribles —convino la señora Fyne con una sencilla franqueza, que dijo mucho de su persona habida cuenta de las circunstancias, y con una calidez de tono que me hizo mirarla de nuevo con ojos de amigo—. Horribles, no, es poco decir. No puede usted imaginar siquiera de qué clase de vulgares individuos pasó irremisiblemente a depender... Sabe usted bien que su padre nunca se propuso verla con una mínima frecuencia mientras estuvo en libertad. Tras su detención, dio instrucciones para que un pariente suyo, la odiosa persona que vino a llevársela de Brighton, se ocupara de la niña y no la dejase acudir a la sala en que se celebró el juicio. Rehusó mantener con ella toda clase de contacto, oralmente o por escrito.

»Recordé lo que la señora Fyne me había contado anteriormente de la visión que tuvo, años antes, del señor De Barral agarrado a la niña, junto a la tumba de su esposa, y de los dos al caminar cogidos de la mano y observados por todos los transeúntes a la orilla del mar. Dos escenas dickensianas, preñadas de patetismo.

»—Una prohibición harto singular —comentó la señora Fyne tras un breve silencio—. Se diría que de veras quería a la niña.

»Se había quedado perpleja. Pero supuse que habría podido ser sólo dictado de la pesadumbre y la cólera de un hombre sin conciencia de culpa, puesto en guardia para plantar cara a sus “hostigadores”, como él los llamaba; si no, podría haber sido el temor de una emoción más blanda, que debilitase su actitud desafiante; es posible, incluso, que fuese sacrificada obstinación por negar sus actos, para ahorrarle a la niña la visión de su padre en el banquillo de los infames, acusado de hacer trampas, condenado por estafador... y que con ello demostrase estar en posesión de cierta delicadeza moral.

»La señora Fyne no sabía qué pensar. Daba por hecho que podría haber sido simple muestra de insensibilidad. Pero cierto es que las gentes entre las que había ido a caer la niña, de delicadeza moral no tenían ni pizca. De eso sí que estaba segura. La señora Fyne no era capaz de intentar siquiera darme una idea aproximada de su abominable vulgaridad. Algo le había contado Flora, a veces, de la vida que llevó en aquella casona de allá, camino de Limehouse. Era increíble. Superaba la capacidad de comprensión de la señora Fyne. Era una especie de salvajismo moral que ella no habría considerado posible.

»Yo, por el contrario, lo creía muy posible. No me costó gran esfuerzo imaginar lo dolida y abandonada que tenía que haberse sentido la niña cuando fue recibida en aquella casona... Le habían tenido envidia por su pasado, a la vez que la habrían entregado inerme a las ternezas y caridades de individuos carentes de la más elemental finura de sentimiento, o pensamiento, incapaces de entender su tristeza, groseramente curiosos, dados a confundir su buena educación con simple desdén, su callado encogimiento con orgullo. La mujer del “odioso individuo” era estúpida, fatua, vanidosa. De las dos mozas de la casa, una era beata y la otra marimacho; eran las dos de mente desabrida, caso de poderseles atribuir mente de alguna clase. Los muy numerosos varones de la familia eran pesados y gruñones, o quizá pesados y jocosos. De toda la patulea, ni uno solo tuvo la humanidad necesaria para dejarla en paz. Al principio hicieron con ella grandes alharacas, de manera ofensiva y paternalista. La conexión con el gran De Barral bastó para satisfacer su vanidad incluso en el momento de la debacle. A Flora la llevaron a rastras a su altarcito particular, sea cual fuese, en donde la congregación la miró de arriba abajo, y dieron fiestas a las que invitaron a individuos como ellos, en las que la exhibieron con

innoble complacencia. Flora no supo cómo defenderse de tanta molestia, de la insolencia y de las exigencias incesantes. Se resignó a malvivir entre ellos, víctima pasiva, temblorosa en todo momento, hecha un manojo de nervios, como si fuese una deficiente. Concluido el juicio, su situación aun fue a peor. A la menor ocasión, e incluso sin tenerla, la regañaban, se burlaban de su dependencia y sometimiento. La beata no dejaba de sermonearla a cuento de sus defectos; la marimacho la vilipendiaba de continuo, haciendo despectivas referencias a sus hazañas, e intentaba a todas horas enzarzarse con Flora en insensatas disputas a cuento del tal o cual “tío”. La madre apoyaba a las hijas sin dudarle, añadiendo sus mezquinas, zahirientes apostillas. Debo decir que probablemente no se dieron cuenta de la fealdad de su conducta con ella. Se portaban con bajeza los unos con los otros, como si fuese lo más natural; sus disputas daban asco por sus motivos de origen, su talante, su espíritu de mezquino egoísmo. Esas mujeres, diríase, disfrutaban una enormidad con cualquier clase de trifulca, prestas en todo momento a conchabarse para hacerle las escenas más espantosas y la vida imposible a la infortunada niña, con los más nimios pretextos. En cierta ocasión Flora había sido reducida a la rabia y la desesperación, viendo lacerados sus más íntimos sentimientos; así, había obtenido una cruda visión de la más absoluta vileza a que puede rebajarse el común de los mortales... no diría yo que *à propos de bottes*, que así se expresaría de forma excelente en francés, pero sí a propósito de unas puntillas baratas, que alguien había cambiado de sitio, y que la marimacho estuviera pensando en coser en un camisón. Pues sí, tal fue una de las escenas más soeces, que por su reiteración hubieron de causar un deplorable efecto en el carácter todavía sin formar de la víctima sin duda más lamentable que hubiese dejado a su paso De Barral. Este detalle lo sé por la señora Fyne. La niña apareció en casa de los Fyne a las nueve y media de una noche fría y lluviosa. Había hecho el camino sin cubrirse la cabeza, creo yo, tal cual escapó de la casona, sita en algún paradero cercano a Poplar, hasta la vecindad de Sloane Square, sin hacer un alto, sin pararse a recobrar el aliento, siquiera a sollozar un instante.

»—Teníamos gente a cenar —dijo preocupada la hermana del capitán Anthony.

»Había oído la campanilla de la entrada y se preguntó qué podría ser. La doncella logró hablarle en un susurro, sin llamar la atención de los invitados. Los sirvientes se habían asustado por la irrupción de una niña asilvestrada, embarradas las faldas y pegadas las hebras de cabello empapado a sus pálidas mejillas. Sólo que ya la habían visto antes: no fue aquélla la primera ocasión, ni había de ser la última.

»Tan pronto pudo disculparse ante sus invitados, la señora Fyne subió a verla.

»—La encontré acurrucada en el suelo del cuarto de los niños, con la cabeza apoyada en la cama de mi hija menor. La mayor se había incorporado, y la miraba desde el otro lado del cuarto.

»No había más que una lámpara de noche encendida. La señora Fyne la levantó del suelo, la acompañó al vestidor del señor Fyne, al otro lado del rellano, junto a una chimenea que la secara y la hiciera entrar en calor. Tenía que volver a atender a sus

invitados.

»Para los Fyne tuvo que ser una sorpresa desagradabilísima. Después subieron los dos juntos a interrogar a la niña. Ella se puso en pie de un brinco al sentirlos entrar. Se había soltado el pelo empapado; los ojos los tenía secos..., acalorados de rabia.

»Me imagino perfectamente al bueno de Fyne mostrándose solemnemente simpático, escuchando circunspecto la conversación, retirándose más solemne aún al dormitorio conyugal. La señora Fyne apaciguó a la niña; por fortuna había una cama que le fue preparada en el vestidor.

»—Y... después de todo, ¿qué otra cosa podía haber hecho? —concluyó la señora Fyne.

»Esta exclamación estereotipada, con la que quiso expresar toda la dificultad del problema y la presteza (en todo caso) de sus buenas intenciones, me hizo sentir, como otras veces, un mayor aprecio por ella.

»A la mañana siguiente, muy temprano, mucho antes de que Fyne tuviese que irse a su despacho, apareció el “odioso personaje”, puede que no exactamente por sorpresa, pero pese a todo de forma alarmante, aunque sólo fuese por la prontitud de su acción. Por lo que la propia Flora había referido a la señora Fyne, parece ser que sin resultar muy perceptiblemente menos “odioso” que el resto de la familia, de forma más bien misteriosa había interpuesto su autoridad por mor de proteger a la niña. “No es que yo le importe”, explicó Flora. “Estoy segura que no. No podía soportar la idea de caerles bien a algunos de ellos. De haber pensado que a él le gustaba, habría preferido ahogarme antes que volver con él”.

»Claro está que había ido dispuesto a llevarse a “Florrie” consigo. La escena tuvo lugar en el comedor: el desayuno interrumpido, los platos enfriándose, las tostadas del bueno de Fyne cada vez más correosas, el propio Fyne de pie, de espaldas a la chimenea, el periódico sobre la alfombra, los sirvientes en la zona de servicio, la señora Fyne rígida en su asiento, con la niña sentada a su lado... y el “odioso individuo”, que se había presentado de golpe y porrazo, sin apenas mediar saludo, mirando alternativamente a Fyne y a la señora Fyne como si por dentro le hiciese gracia algo que supiera de ellos dos, dio comienzo entonces, irónicamente, a su discurso. No pidió disculpas por haber molestado a Fyne y a su “buena señora” en pleno desayuno, pues de sobra sabía que no deseaban aguantarla (aquí un gesto hacia la niña) más de lo que pudieran evitarse. Se había personado tan pronto había podido, pues también tenía asuntos que atender. No era que ganase un sueldo apabullante (aquí traspasó a Fyne con la mirada) por pasar el rato en un suntuoso despacho. Ni mucho menos. Había llegado a ser capataz de cuadrillas, y tenía que dar buen ejemplo.

»Creo que el sujeto se daba cuenta, y disfrutaba en silencio, de la consternación que su presencia había sembrado en los corazones del señor y la señora Fyne. La señora Fyne me confesó que los tres habían permanecido inmóviles y en silencio. Se volvió con brusquedad hacia la niña. “¿A qué estás jugando, Florrie? Más te valdría

dejarte de bobadas. Si esperas que me trote Londres de punta a cabo cada vez que te metes en un quítame allá esas pajas con tu tía y con tus primas, estás muy equivocada. No me lo puedo permitir”.

»Un “quítame allá esas pajas”..., fue una de esas definiciones como para quedarse sin respiración, teniendo en cuenta que palabras como “convicto” y “pobre de misericordia” habían salido a relucir momentos antes de que Flora de Barral huyese como un alma en pena de la disputa aquella del lazo de encaje. Sí señor: exactamente esas palabras. Al menos, eso había dicho la niña a la señora Fyne la noche anterior. Lo del “quítame allá esas pajas”, en relación con su versión de los hechos, tuvo un peculiar sabor, un efecto paralizante. Nadie hizo ni un ruido. El pariente de la familia De Barral pasó sin interrupción a desplegar su magnanimidad. “Tu tía me ha dicho que te diga que lo siente. ¡Ahí tienes! Y Amelia (la marimacho) no te volverá a incordiar; de eso me encargo yo. Por éstas, que son cruces. Contenta deberías estar, y darte con un canto en los dientes. No te olvides en qué situación estás...”.

»Encorajinado por la absoluta quietud que reinaba en la sala, se dirigió a la señora Fyne con estólida desfachatez.

»—No, si es lo que yo digo, que la gente debería tener buen perder. Y ésta no aguanta que la chafen. Siempre va por ahí dándose aires de grandeza, la muy... No aguanta ni una gracia, y además viniendo de gente por lo menos tan buena como quiere parecer la muy... Sí, señora: somos gente sencilla. Y eso no nos gusta nada; por eso empiezan siempre los líos.

»Insensible a la pétrea mirada de los tres pares de ojos que lo escrutaban, que, si hay que hacer caso de los cuentos que se contaban en mi niñez sobre ciertos poderes de la mirada humana, tendrían que haber bastado para amansar a un tigre, el descarado industrial del East End hincó los colmillos, hablando en términos figurados, sobre la pobre criatura, dispuesto a llevarse su presa a rastras hasta su cubil, para deleite de sus cachorros de ambos sexos.

»—Tú tía ha tenido la buena idea de recordarme que trajese tu abrigo y tu sombrero. Te esperan ahí fuera, en el coche.

»La señora Fyne miró por la ventana con gesto mecánico. Ante la cancela, bajo un cielo lloroso, aguardaba un coche de punto, el cochero con su cónico capote y su sombrero de lona encerada, chorreando agua. El caballo, empapado, parecía haber sido pescado, medio inconsciente, de un estanque. La señora Fyne sintió cierto alivio al ver tan miserable espectáculo lejos de la sala en que la voz del jovial visitante resonaba con vulgares inflexiones, exhortando al cordero descarriado que regresara al delicioso aprisco que lo estaba esperando.

»—Venga, Florrie, muévete, que no tenemos todo el día.

»La señora Fyne escuchó estas palabras sin apartar la vista de la ventana. Fyne, de pie sobre la alfombrilla que resguardaba la chimenea, tuvo que atender y que mirar también al visitante. No pienso aventurar ninguna conjetura sobre la verdadera

naturaleza del suspense. La propia bondad de los Fyne hubo de tornarlo angustioso. La muchacha tenía ambas manos sobre el regazo; había agachado la cabeza, como si estuviese concentrada en muy hondos pensamientos, mientras el otro siguió largando una especie de homilía. En ella aprovechó para hacer una dura condena de la ingratitud, amén de apuntar cuán pecaminoso puede ser y es de hecho el orgullo, sin olvidar el detalle proverbial de que “siempre precede a la caída”. Hubo también alguna que otra observación de mal gusto sobre el peligro de darse aires de grandeza y las desventajas que tiene un carácter demasiado vivo. Suele disponer a los mejores amigos en contra de uno mismo. “Y si hay en este mundo alguien necesitado de amigos, ésa eres tú, niña mía”. Llegó a invocar incluso el respeto elemental que se debe a la autoridad paterna. “Nada más darse cuenta de la que se le venía encima, tu padre me escribió diciéndome que me hiciese cargo de ti, no lo olvides. Sí, fue a mí a quien acudió, a un hombre de a pie, y no a sus acomodadas amistades del West End. Eso no se lo salta ni un burro. Y un padre es siempre un padre; lo de menos es el lío en que se haya podido meter. No irás a renegar ahora de tu padre, ¿o sí?”.

»Tuvo que ser difícil precisar si esta intervención fue más cruel que absurda o más absurda que cruel. La señora Fyne, con la finura de oído que tienen algunas mujeres, creyó detectar una intención burlesca en el tono mezquino y untuoso de sus palabras, algo más vil sin duda que la mera crueldad. Miró por encima del hombro y vio que la muchacha se llevaba ambas manos a la cabeza, para dejarlas caer después nuevamente sobre el regazo. Fyne, ante el fuego de la chimenea, era como la víctima de un impío encantamiento: habíase quedado sin libertad de movimientos, sin habla, pero estaba obviamente asaeteado por el dolor. Fue una breve pausa, se hizo un perfecto silencio, y ese “odioso elemento” (tuvo que haber sido un individuo realmente notable en su género) dio rienda suelta al sarcasmo.

»—¿Y bien? —un nuevo silencio—. Si ya has arreglado con la señora y el caballero aquí presentes lo de tu alojamiento y manutención, mejor será que lo digas bien clarito, porque no tengo gana ninguna de entrometerme en un negociete en el que nadie me ha pedido nada. Claro que... me pregunto cómo se lo tomará tu padre cuando salga... ¿O es que no esperas que salga un día u otro?

»En ese momento, me dijo la señora Fyne que su mirada se cruzó con la de la niña. Vio en sus ojos algo que le hizo cerrar los suyos. También le entraron ganas de taparse los oídos. Se abstuvo, pese a todo, y el “hombre de a pie” pasó con impresionante versatilidad del sarcasmo a la velada amenaza.

»—Así que ya está hecho, ¿eh? Pues muy bien. Antes de marcharme, déjame que te pregunte, niña mía, si al renegar de nosotros no te das cuenta de que, a lo peor, eso puede que sea muy perjudicial para tu padre. Piénsalo bien...

»Observó a su víctima con aire de taimado misterio. Ella se puso en pie de un brinco, tan de repente que él mismo se sobresaltó. También se puso en pie la señora Fyne, y hasta el encantamiento que atenazaba a su marido desapareció de golpe. Pero la niña volvió a sentarse, y movió la cabeza para mirar a la señora Fyne. Esa vez no

hubo un encuentro accidental de dos miradas furtivas. Hubo en cambio una deliberada comunicación. Al preguntarle yo por la naturaleza de la misma, la señora Fyne dijo no saberlo. “¿Fue una súplica?”, sugerí. “No”, dijo. “¿Hubo entonces miedo, cólera, abatimiento, resignación?”. “¡No! ¡No!, nada de eso”. Pero sí que se había asustado, volvió a recordarlo. Desde entonces dio en imaginar que era capaz de detectar el reflejo multiplicado de aquella mirada en los ojos de Flora, hasta cuando más atenta estaba, cuando la veía casualmente, e incluso en sus ojos de gratitud, en la expresión de sus más dulces estados de ánimo.

»—Luego tiene también sus momentos de dulzura... —expuse con verdadero interés.

»La señora Fyne, muy emocionada por sus recuerdos, no hizo caso de mi requisitoria. Toda su energía mental habíase concentrado por entero en la naturaleza de aquella mirada memorable. Es tradición general de la humanidad que las miradas ocupan un lugar muy destacado en la forma que tienen las mujeres de expresarse. La señora Fyne estaba intentando con toda su honestidad darme al menos una idea, puede que tanto para satisfacer su propia intranquilidad como mi curiosidad. Tenía fruncido el ceño, tal como hacen los niños algunas veces (es delicioso que las mujeres tan a menudo recuerden físicamente a un niño inteligente; me refiero a las más hoscas, a las más furiosas, a las más vilipendiadas incluso, pues todas tienen algo añinado en sus facciones). Tenía fruncido el ceño, como iba diciendo, y yo había empezado a esbozar una vaga sonrisa cuando se salió con algo totalmente inesperado.

»—Fue espantosamente burlón —dijo.

»Supongo que debió darse por satisfecha por mi repentina gravedad, pues me dedicó una mirada amiga.

»—Sí, señora Fyne —dije ya sin sonreír—, entiendo. Habría sido espantoso hasta en el teatro.

»¡Ah! —me interrumpió; creo que su cambio de actitud, para cruzarse de brazos otra vez, obedeció al intento de dominar un estremecimiento—. Sólo que no fue en el teatro, por desgracia, ni se echó ella a reír.

»—Sí, tuvo que ser espantoso —asentí—. Y en definitiva, supongo, tuvo que marcharse. ¿No dijo usted nada?

»—Ni una palabra —replicó la señora Fyne—. Toqué la campanilla e indiqué a una de las criadas que saliese a traerle el sombrero y el abrigo del coche. Y aguardamos.

»Dudo mucho que nunca se haya dado espera semejante, salvo, si acaso, en una cárcel, durante el amanecer de un día de ejecución. La criada apareció con el sombrero y el abrigo, todavía como al amanecer de un día de ejecución, cuando al reo, tengo entendido, se le ofrece un desayuno, ya que la señora Fyne estaba angustiada y deseosa de que la palidísima niña probase al menos algún bocado y tomase algo caliente (caso de que pudiera), antes de salir de su casa y emprender un trayecto interminable, a la intemperie, con el cortante frío y la lluvia en la cara, a

bordo de un incómodo coche. La señora Fyne por fin rompió aquel silencio horroroso. “De veras, tienes que intentar comer algo”. Se lo dijo con toda su resolución. Y se volvió hacia el “odioso individuo” con idéntica determinación. “Quizá quiera usted sentarse y tomar también una taza de café”.

»El muy digno “capataz” tomó asiento. Podría haberle desconcertado el tono perentorio de la señora Fyne, ya que nada hizo ella por conciliar los ánimos. Tomó asiento de modo provisional, como quien se encuentra contra su voluntad en dudosa compañía. Aceptó de mala gana la taza que le sirvió la propia señora Fyne, dio con reticencia dos o tres sorbos y dejó la taza sobre la mesa, como si hubiese alguna contaminación moral en el café de aquellos “ricachones”. Entretanto, miró reiteradamente, con misteriosa inexpresividad, al pequeño Fyne, quien deduzco que se quedó sin desayuno aquella mañana. Tampoco desayunó la niña. Ni siquiera movió las manos del regazo, hasta que su tutor oficial se levantó, dejando la taza a medias.

»—Muy bien, pues. Si no piensas aprovechar la amable oferta de esta señora, mejor será que te lleve a casa ahora mismo, que me queda mucha faena por hacer durante el resto del día.

»Pasados otros cuantos minutos sordos, plomizos, mientras Flora se ponía el abrigo y el sombrero y los Fyne seguían sin moverse y sin decir palabra, vieron marcharse a los dos.

»—Ni siquiera se volvió a mirarnos —dijo la señora Fyne—. Flora se limitó a seguirlo. Nunca había tenido una visión tan aplastante de la miserable dependencia de las niñas... y de las mujeres. Fue un caso extremo. Un joven, en cambio, un varón, habría preferido irse a picar piedra, o de peón caminero, o alistarse en el ejército... o cualquier cosa por el estilo.

»Era verdad. Las mujeres no pueden echarse a vagar por montes y por valles para buscarse la vida, por más que estén en juego la dignidad, la independencia o la existencia misma. Pero lo que me llevó a interrumpir el discurso de la señora Fyne fue la profunda sorpresa que me produjo el hecho de que el respetable ciudadano se mostrase deseoso de cobijar en su casa, casi a cualquier precio, a la pobre muchacha para la que parecía no haber sitio en este mundo. Más que deseoso, ya digo, parecía ansioso. No pude, por tanto, dar crédito ninguno a la generosidad de sus impulsos, pues me pareció obvio, por todo lo que había sabido, que, diciéndolo con suavidad, no era ni mucho menos una persona impulsiva.

»—Debo confesar que no consigo entender sus motivos —exclamé.

»—Eso mismo es exactamente lo que le extrañó a John al principio —dijo la señora Fyne. Habíamos llegado a un punto en que la intimidad, ya que no la confianza, había brotado espontáneamente entre nosotros de modo que se permitió llamar John a su esposo mientras duró nuestra conversación—. Bien sabe usted que no dijo esta boca es mía en ningún momento —prosiguió—. No le echo en cara su contención; al contrario. ¿Qué podría haber dicho? Me di cuenta de que estuvo observando al individuo muy a fondo, pensativamente.

»—Así que el señor Fyne estuvo escuchando, observando, meditando —dije—. Excelente manera de llegar a una conclusión. Y... ¿puedo preguntarle a qué conclusión logró llegar? ¿Sobre qué fundamento dejó de extrañarse ante cuestión tan inexplicable? Yo al menos no puedo admitir la humanidad del individuo como explicación suficiente. Eso sería una monstruosidad.

»No fue nada de eso, me aseguró la señora Fyne no sin un ápice de resentimiento, como si yo hubiese puesto en duda la perspicacia de su esposo. Con notable sensatez, Fyne se había propuesto realizar mentalmente la tarea de averiguar qué intereses pudieran guiar al personaje. Yo no le habría creído capaz de cinismo semejante. Supuso que para las personas de esa calaña (dejando a un lado todo temor de índole religiosa o la vanidad de una conducta intachable), el dinero, y no ya la riqueza desmedida, sino sólo una pequeña cantidad de dinero, es la única medida de la virtud, de toda conveniencia, de toda sabiduría, de casi todas las cosas. Pero la niña estaba en la indigencia absoluta. El padre estaba en la cárcel, tras haber sufrido la catástrofe más completa, terrible y deshonrosa de los tiempos modernos. Y entonces a Fyne se le ocurrió que ésa era la cuestión. ¡La debacle, la polvareda levantada por los millones desaparecidos en el aire! ¿Sería posible que todo se hubiese volatilizado, todo, hasta el último penique? ¿No quedaba en algún lugar algo palpable, algún fragmento del edificio que se hubiese salvado de la quema?

»—¡Eso es! —había exclamado Fyne, sobresaltando a su esposa con la explosión que puso fin al rato en que permaneció con los labios sellados, menos de media hora después que partiese el primo de De Barral con la hija del susodicho. Seguían en el comedor, muy cercana ya la hora en que debía salir y hacer frente a los elementos para poner, un día más, su trabajo al servicio de su nación. Todo cuanto pudo decir de momento para elucidar su salida de tono, tan ajena a su plácida solemnidad de costumbre fue:

»—Ese tío se imagina que De Barral se ha reservado parte del botín, y que la tiene guardada a buen recaudo.

»Siendo ésta la teoría a la que había llegado Fyne, su comentario fue que no pocos individuos que se habían declarado en bancarrota sí habían tomado, se sabía de seguro, tal precaución. Luego era posible que De Barral hubiera hecho lo mismo. Fyne fue tan lejos en su despliegue de cínico pesimismo que incluso dio en considerarlo extremadamente probable.

»Explicó largo y tendido a la señora Fyne que De Barral, desde luego, nunca había desvelado a nadie sus secretos y confidencias. Con todo, su bestial pariente había llegado, en su bajeza, a esa misma suposición. Era egoísta, y lamentable por su estupidez, bien que evidentemente albergase la idea de reclamar los servicios prestados a De Barral tan pronto saliera de la cárcel, so pretexto de “haber cuidado” (así se expresaría seguramente) de su hija. Acariciaba esta esperanza en secreto, y es de suponer que incluso la hubiese ocultado a su mujer.

»Lo vi con toda claridad. Esa suposición, en la que había terminado por creer con

fe ciega, daba cuenta del aire de misterio que se dio al entrometerse en favor de la niña. Era el único protector que ella tenía. Y era como si Flora estuviese destinada a vivir rodeada siempre por traiciones y mentiras, que ahogarían todo impulso de mejora, toda instintiva aspiración de su alma hacia la confianza y el amor. Habría sido más que suficiente para arrinconar incluso a una naturaleza espléndida como la suya en la locura de la sospecha universal, o en cualquier otra locura. No sé hasta dónde puede acompañarnos el sentido del humor. Puede que hasta el pie del cadalso. Pero a juzgar por el recuerdo que yo guardaba de Flora de Barral, mucho me temí que no tuviese demasiado sentido del humor. Había llorado cuando la abandonó el ridículo perro de los Fyne. Y el animal estaba sin duda libre de toda duplicidad. Era franco, simple, absurdo. La indignación de la muchacha por su nada hipócrita conducta había sido graciosa, risible incluso, y sin el menor atisbo de ironía.

»Bien puede imaginar que no tenía yo demasiadas ganas de reanudar la discusión sobre la justicia, conveniencia, efectividad y lo que fuera, respecto del viaje de Fyne a Londres. No es que hubiese abandonado al pequeño Fyne, que sabiamente seguía fuera, con el perro. (Estaban asombrosamente tranquilos ahí fuera. ¿Podían haberse dormido acaso?). Lo que sentí fue que mi sagacidad y mi propia conciencia no saldrían indemnes de la batalla. Y no hay hombre deseoso de exponerse voluntariamente a sufrir un daño moral. No quería librar una guerra con la señora Fyne. Hubiese preferido saber algo más de la chica, así que dije...

»—Y entonces se marchó con el respetable rufián...

»La señora Fyne se encogió levemente de hombros.

»—¿Y qué otra cosa podría haber hecho?

»Me mostré de acuerdo con ella, con otro gesto de resignación. No habría sido fácil, no, que una muchacha como Flora de Barral se hubiese convertido en obrera de una fábrica, en patética costurera o en camarerita. No habría sabido por dónde empezar. Estaba cautiva en un destino despiadado y mezquino. Y no había en ella mezquindad suficiente para arrostrarlo. Hay que hacer notar que buen número de personas nacen curiosamente inadaptadas al destino que les aguarda en la tierra. Como no pretendo que piense que me estoy mostrando injustamente parcial y favorable a la niña, digamos que decididamente no logró hacerse querer entre los miembros de aquella familia tan sencilla, virtuosa y, creo yo, abstemia. Tengo la convicción de que hasta un ángel habría fallado igual que ella. De nada servirá que entremos en los detalles; baste, pues, decir que antes de fin de año volvió a llamar a la puerta de los Fyne.

»Esta vez la acompañó un joven corpulento. Su cara, alargada y pálida, era toda una sonrisa inane, agriada por el fastidio. Vestía ropas nuevas, y la indescriptible sofisticación del corte, un género en el que antes nunca se había fijado, asombró a la señora Fyne, que había salido al vestíbulo con el sombrero puesto, ya que se disponía a asistir al recital que una pianista nueva en la región daba en casa de una amiga. El joven que se dirigió a la señora Fyne le rogó con descaro que “no permita que esa

tontuela vuelva con nosotros nunca más”. Dijo que en su casa no hubo más que “fricciones” por culpa suya durante las tres últimas semanas. Todos los miembros de la familia estaban hartos de corazón de tantas querellas. El patrón le había encargado llevar a Flora a esa dirección y decir a la señora y al caballero que hiciesen con ella lo que les diera la gana. La pequeña ingrata no tenía la sesera suficiente para apreciar una sencilla y honesta casa inglesa, luego más valía que se largase.

»El joven y achulado individuo se sentía vejado por aquel trabajito que su patrón le había encargado. Por ello había tenido que faltar a una cita que tenía aquella misma tarde con una damisela con la que por cierto estaba prometido. Tenía la intención de volver corriendo e intentar verla al menos un rato antes que anocheciera “aunque tuviese que reventar”. “Adiós, Florrie; que te vaya bien. Espero no volver a verte la jeta nunca más”.

»Dicho esto, salió corriendo con prisas de amante, dejando abierta la puerta de par en par. La señora Fyne no supo qué decir. Se había quedado de una pieza; tanto, que se quedó casi sin respirar. Pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para agarrar del brazo a la joven cuando también ésta salía corriendo a la calle, con las prisas, supongo, de la desesperación, para acudir a quién sabe qué trágico encuentro.

»—La detuvo usted con sus propias manos, señora Fyne —dije—. Doy por hecho que pretendía marcharse. Esa muchacha no es ninguna comediente... si no me propaso en mi juicio.

»—Pues sí. Hube de emplear la fuerza para conseguir que entrase casi a rastras.

»A la señora Fyne no le costó ningún esfuerzo explicarme la verdadera situación.

»—Verá usted. Yo estaba a punto de salir cuando llegaron los dos. Así que cuando se fue corriendo el desagradable joven, me encontré a solas con Flora. Lo único que pude hacer fue retenerla en el vestíbulo y llamar a las criadas para que vinieran a cerrar la puerta.

»Tal como tengo por costumbre, por debilidad o por don, que no lo sé, visualicé la historia por mi cuenta. Es algo que de veras no puedo evitar. Y ver a la señora Fyne vestida para asistir a una función vespertina bastante especial, en pleno combate cuerpo a cuerpo con una jovencita de pálido rostro y ojos desorbitados ejerció en mí cierta dramática fascinación.

»—Es increíble —murmuré.

»—¡Oh! Pues no le quepa duda que luchó —dijo la señora Fyne. Comprimió los labios un instante—. En cuanto a que sea una comediente —añadió—, eso es harina de otro costal.

»La señora Fyne había vuelto a adoptar su postura de brazos cruzados. Vi ante mí a la hija del refinado poeta, aceptando la vida en conjunto, con sus inevitables condiciones respecto de cuál sea el primero, si el instinto de supervivencia o el egoísmo de todos los seres vivos.

»—Lo cierto sigue siendo, no obstante, que usted, dicho con sus propias palabras, tuvo que meterla en casa a rastras —insistí con tono jocoso, pero con muy seria

intención.

»—¿Qué otra cosa podría haber hecho? —exclamó la señora Fyne casi con cómica exasperación—. ¿Me reprocha usted que fuese demasiado impulsiva?

»Y siguió explicándome que nada de eso, protestando por tal imputación. Una de las recomendaciones que siempre hacía con insistencia (imagino que a sus amiguitas) era guardarse de los impulsos. ¡Siempre! Claro que no pude estar presente y ver qué cara puso Flora. De haberla visto, seguramente me obsesionaría aún hasta el día de hoy. Nadie, a menos que fuese con un corazón abierto, habría dejado que un ser humano con un rostro como el de ella echase a correr por las calles.

»—Y a usted, señora Fyne, ¿no le obsesiona? —pregunté.

»—No, ahora no —respondió en tono implacable—. Es posible que, si la hubiese dejado marchar, sí me obsesionase... Pero no me interprete mal; no estoy diciendo que ella hiciese una comedia, porque tras resistirse en un principio terminó por quedarse. Se rindió muy de repente. Cayó en nuestros brazos, en los míos y los de la criada que acudió en respuesta a mi llamada, y...

»—Y se cerró la puerta —terminé la frase a mi manera.

»—Sí, se cerró la puerta —la señora Fyne bajó y levantó la cabeza lentamente.

»No le pregunté por los detalles. De lo que sí estoy seguro es de que la señora Fyne no acudió a la función musical de aquella tarde. Sin duda ninguna, hubo de sentirse muy molesta por tener que renunciar al privilegio de escuchar en privado a una interesantísima pianista que después se ha convertido en una concertista de renombre. La señora Fyne no osó salir de la casa. En cuanto a los sentimientos del pequeño Fyne cuando llegara a casa de su despacho, pasando antes por su club, no dispongo de ninguna información. Sí me atrevo a afirmar que fueron un conjunto de sentimientos de afecto, aunque cabe también la posibilidad de que en el primer momento de sorpresa hubiese tenido que acallar uno o dos improperios.

»La historia se resume en que al día siguiente los Fyne tomaron la decisión de confiar su atribulado secreto a una dama ya bastante mayor y acaudalada. A ciertas viejas damas, el paso de los años trae de nuevo una suerte de tierna y juvenil disposición sentimental, una visión optimista de las cosas, un gusto por la novedad, un amor por el experimento. La anciana señora se mostró muy interesada: “¡Permítanme ver a la pobrecita!”. En consecuencia, se le permitió conocer a Flora de Barral en el salón de la señora Fyne, un día en que no estaba nadie más, y he aquí que habló con ella con autoridad y simpatía: “La única forma de lidiar nuestras penas, querida niña, es olvidarlas. Tú tienes que olvidar las tuyas. Es así de simple. Fíjate en mí. Yo siempre olvido mis penas. Las niñas de tu edad han de estar contentas”.

»A solas con la señora Fyne, poco después, le dijo lo siguiente: “Ojalá que la niña se las apañe y se muestre contenta. A mi edad, lo que se necesita es tener compañía animada y contenta”.

»Y con esta esperanza se llevó a Flora de Barral a Bournemouth, a pasar los meses de invierno, donde haría las veces de lectora y dama de compañía. Le dijo con jovial cordialidad: “Nos lo pasaremos muy bien las dos juntas. Yo no soy una vieja gruñona, ya lo verás”. Pero nada más regresar a Londres buscó a los Fyne de inmediato. Había descubierto que Flora no era de natural alegre. Cuando se esforzaba por serlo, sólo conseguía que todo le saliese peor. La anciana señora no pudo soportar esa tensión. Además, por decir las cosas sin pelos en la lengua, no toleraba tener por acompañante a nadie que no la quisiese. Estaba segura de que Flora no la quería. ¿Y por qué? No sabía explicarlo. Sobre todo, había sorprendido a la muchacha mirándola de forma muy peculiar en varias ocasiones. No, no es que fuese mal de ojo ni nada por estilo, sino una expresión insólita, imposible de entender. Y cuando recordaba que su padre estaba en prisión, encerrado junto con un hatajo de criminales y todo lo demás... le hacía sentirse muy incómoda. ¡Si la niña hubiese intentado al menos olvidar sus penas...! Pero era obviamente incapaz de olvidar, o puede que no quisiera olvidar. Y eso era algo sin duda perverso, ¿o no? De modo que, en suma, mejor sería si...

»La señora Fyne asintió en seguida, sin ganas de oír siquiera la conclusión.

»—Oh, desde luego, desde luego que sí —preguntándose qué se podría hacer con Flora a renglón seguido; con todo, no le sorprendió en demasía que la anciana señora hubiese cambiado así su apreciación de Flora de Barral. En el fondo, casi la entendía.

»Acto seguido llegó el turno de una familia alemana, conocida de uno de los colegas de Fyne en el Ministerio del Interior. Flora, la de las enigmáticas miradas, fue despachada con esta familia sin mayores contemplaciones. Como no se consideró absolutamente necesario ponerles al corriente de la historia con todo lujo de detalles, la familia no contó con que la muchacha fuese especialmente alegre, ni tampoco tuvo que sentirse indebidamente desazonada por la indescriptible calidad de sus miradas. La mujer alemana era bastante corriente; tenía dos hijos a su cuidado, digo yo que también bastante corrientes; Flora, entiendo yo, fue muy atenta y considerada con ellos. Si algo llegó a enseñarles debió ser por pura inspiración, ya que de enseñanza no tenía ni idea. Pero lo que de ella se exigía era más que nada “conversación”. Flora de Barral conversando con dos niños pequeños, alemanes, regularmente, industriosamente, con plena constancia de hacerlo, para seguir viva en un mundo que para ella encerraba un pasado que ya conocemos y un futuro de tonalidades más indeseables si cabe, se me antoja una muy fantástica panoplia. Pero no creo que le fuese demasiado mal. Según contó por carta, el cometido que debía cumplir actuaba sobre ella como una droga misericordiosa. Había aprendido a “conversar” de sol a sol, mecánicamente, ausente, como si estuviese en trance. ¡Arduo trance tuvo que ser! Sus peores momentos los pasaba a menudo en sus ratos libres, a solas, de noche, encerrada en su cuartito, sus apagados pensamientos cada vez más despiertos, hasta tener plena conciencia de su situación, como quien despierta en contacto con algo venenoso —una serpiente, por ejemplo— y experimenta un enloquecido impulso de

arrojar el repugnante animal bien lejos y de correr chillando a esconderse donde sea.

»Durante este período de su existencia Flora de Barral escribía a la señora Fyne no con regularidad, pero sí con bastante frecuencia. Desconozco cuánto tiempo habría seguido Flora conversando e, incidentalmente, ayudando a supervisar los armarios roperos, bellamente repletos de sábanas de hilo, de aquella acomodada familia alemana, si el señor de la casa no hubiese dado en adquirir poco a poco, en los intervalos que le dejaban libres sus ocupaciones (era comerciante y, por tanto, un personaje de carácter concienzudamente casero), cierta similitud psicológica con la anciana señora de Bournemouth. Parece ser que también él pretendía ser amado a toda costa.

»No era, empero, de temperamento conquistador; era uno de esos libertinos ladrones de besos, un revienta-puertas. En su mismísimo salirse del camino de la virtud había seguido siendo un respetable comerciante. Puede que mejor hubiera sido para Flora, caso de tratarse de un mero animal. Al contrario, inició su siniestra empresa de modo sentimental, cauteloso, paternal casi; pensó que nada tenía que temer de una bella huérfana. La muchacha, pese a toda su experiencia, seguía siendo demasiado inocente; desde luego, todavía no era plenamente consciente de ser ya toda una mujer, con lo que no supo desconfiar como es debido de esas enmascaradas maniobras de aproximación. Lo cierto es que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. A ella, el comerciante le pareció simpático: era la primera persona expresivamente simpática con que se había encontrado. Tan inocente era que no pudo entender la furia de la alemana. Y es que, como bien puede imaginar, las entendederas de la esposa no iban a dejarse engañar durante un tiempo prolongado, máxime siendo la mujer algo mayor que su marido. Éste, con esa especial cobardía que da la respetabilidad, no llegó a decir ni palabra en defensa de Flora. Aguantó a pie firme, sin inmutarse, el abusivo chaparrón de insultos que llovió sobre Flora, limitándose a asentir y a fruncir vagamente el ceño de vez en cuando. Para que se haga una idea del grado de inocencia de la muchacha, bastará decir que en un principio creyó que la tempestuosa andanada de indignadas recriminaciones era debida a que se había descubierto su verdadero nombre y su relación con un convicto. No en vano había viajado a Alemania con nombre supuesto, como si fuese una muy encarecidamente recomendada huérfana de honorable parentela. Su desazón, sus acaloradas mejillas, sus denodadas tentativas por expresar el arrepentimiento que le producía tal engaño, fueron tomadas, cómo no, por confesión de culpabilidad. “Únicamente has intentado meter de rondón en mi casa el deshonor y la ignominia. Encima te parecerá poco, descarada”, le espetó la alemana.

»¿Qué le parece el malentendido? Flora de Barral, que sentía la vergüenza en sus propias carnes aun sin creer en la culpabilidad de su padre, replicó agresivamente: “No obstante, soy tan honrada como pueda serlo usted”. Y la alemana a punto estuvo de tener otro ataque de rabia. “Haré que te echen a la calle de inmediato”.

»No es que a Flora llegasen a arrojarla a la calle, creo yo, aunque sí fue expedida

como un bulto en el primer vapor que zarpó rumbo a Londres. ¿Le había dicho ya que la familia residía en Hamburgo? Bien, pues la mandaron al puerto ya avanzada una lluviosa tarde de invierno, en compañía de algún lacayo socarrón, o lo que fuese, que la trató con absoluta insolencia y la dejó plantada en un muelle, devorada de indignación, medio despeinada, temblorosa, fuera de sí y, por decir verdad, tan aterrada que poco faltó para que tuviese un ataque de histeria. De no haber sido por la valerosa azafata que, sin mediar pregunta, se hizo cargo de ella con gran amabilidad y la introdujo en el camarote de señoras, por fortuna desierto, de ninguna manera podría asegurarse que hubiese llegado sana y salva a Inglaterra. No sé si una tablilla habrá servido alguna vez para salvar a un náufrago de perecer ahogado, pero sí estoy seguro de que a veces basta una mirada de dulzura para que remita la desesperación. El suicidio, sospecho, es muy a menudo mero resultado del agotamiento mental y no un acto de energía desmesurada y liberada de golpe, sino un último síntoma del desmoronamiento total. Las apacibles y pragmáticas atenciones que le procuró la azafata del barco, sin parecer más consciente de la agonía de su alma que de un probable mareo, al referirle las condiciones climatológicas que a buen seguro iban a predominar durante la travesía —iba a ser una noche, al parecer, bastante movida—, al insistir con profesionalidad y sin perder un minuto, “permítame que la acomode ahí abajo, donde pueda entrar en calor, señorita”, fueron suficientes para disipar las fatídicas sombras que se habían congregado en torno al mortal agotamiento y al pensamiento desatinado que con frecuencia hacen de la idea de renunciar a la vida algo tan acogedor para los jóvenes. Flora de Barral se tumbó donde le indicó la azafata; es de suponer que incluso concilio el sueño. Sea como fuere, sobrevivió a la travesía del mar del Norte y pudo contárselo todo a la señora Fyne, sin ocultarle nada y sin recibir de ella ni un solo reproche, pues las opiniones de la señora Fyne, pese a su pedantería, eran hartamente liberales. Sostuvo, supongo yo, que una mujer tiene absoluto derecho a escapar a su manera de un mundo tan mal gobernado por los hombres, o que está en posesión de una excusa perfecta para hacerlo.

»Lo que conviene destacar es que incluso en Londres, habiendo dispuesto de tiempo para reflexionar, la pobre Flora seguía muy lejos de tener la mínima certeza respecto de la verdadera razón por la que había sido violentamente expulsada del hogar de los alemanes. Sólo acusaba la humillación del episodio con un resentimiento casi enloquecedor.

»—¿Y no la ilustró debidamente al respecto? —me atreví a preguntar.

»La señora Fyne se encogió de hombros como si filosóficamente, con resignación, aceptase todos los imponderables detestables, pero necesarios, de esta vida. Algo hubo que decirle, murmuró. Y sí, le había dicho a la muchacha lo suficiente para que llegase por su propia cuenta a la conclusión correcta.

»—¿Y lo entendió?

»—Sí, por supuesto. No es ninguna pavisosa —replicó la señora Fyne con sequedad.

»—Pues entonces su educación ha concluido —comenté no sin amargura—. ¿No cree usted que sería preciso darle una oportunidad?

»La señora Fyne entendió al vuelo lo que quise decir.

»—Pero no de esta índole —me espetó de manera muy femenina—. Me parece espléndido que suplique usted en su favor, pero yo no...

»—No es ninguna súplica, sino una simple pregunta. Me ha parecido natural preguntarle qué piensa usted.

»—Lo que importa es lo que siento. Y una no siempre es dueña de sus sentimientos. Posiblemente haya usted adivinado —añadió en tono más reposado— que me preocupa sobre todo mi hermano. Siempre hemos estado muy unidos; no nos llevamos una gran diferencia de edad. Le imagino sabedor de que él es algo más joven que yo. Siempre fue muy sensible, y de hábitos si acaso algo meditados. No tiene ningún sentido ocultarle a usted que ninguno de los dos fuimos demasiado felices en casa. Habrá usted oído que... ¿Si? Bueno, pues yo aún me sentí más desdichada, más dolida... No me importa decírselo. Él fue recogido por unos parientes lejanos de mi madre, gentes que según creo ni siquiera eran conocidos de mi padre. No quisiera juzgar sus actos, pero...

»En este punto interrumpí a la señora Fyne. Estaba al corriente. No es que Fyne fuese demasiado comunicativo, pero sí estaba orgulloso de su suegro, “Carleon Anthony, el poeta, ya sabe usted”. Estaba orgulloso de su celebridad, aun sin aprobar del todo su carácter. A cuento de ello, tengo razones de peso para creerlo, se había adherido con avidez a esa teoría según la cual el genio poético está emparentado con la demencia, de la que tuvo conocimiento por algún libro impresentable, lleno de idioteces, que todo el mundo había leído hace unos cuantos años^[3]. Le sorprendió dicha teoría como si fuese la verdad misma, más esclarecedora que la luz del sol. La adoptó con devoción. A veces me aburría con todo ello. Una vez, sólo por hacerlo callar, le pregunté con toda calma si dicha teoría que en su opinión era tan incontrovertible no le inspiraba al menos una cierta inquietud por su esposa y sus queridísimas hijas. Me traspasó con una dura mirada de compasión y me requirió, con su solemne voz, que recordase el “hecho demostrado” de que el genio no es algo que se transmita de padres a hijos.

»Me limité a decir “Oh, así que no lo es”, y él dio por sentado que me había hecho callar con un argumento incontestable. De todos modos siguió hablando de su glorioso suegro, y durante el curso de esa conversación me contó cómo cuando los parientes residentes en Liverpool que tenía la difunta esposa del poeta lo interpellaron con toda naturalidad y le expresaron sus muy serias y fundadas preocupaciones, sugiriéndole una amistosa consulta sobre el futuro del chico, el poeta, enardecido (pero siempre refinado), escribió por respuesta una carta de cortesía, con gracejo, que ofendió mortalmente a los de Liverpool. Aquella ingeniosa salida de tono, dentro de

lo que en realidad era rabiosa mortificación, les pareció tan despiadada que, simplemente, se quedaron con el chico. Le dieron autorización para hacerse a la mar no porque su presencia les molestase, sino porque suplicó reiteradamente que le dejaran embarcarse.

»—O sea que está usted al corriente —dijo la señora Fyne tras una pausa—. Bueno, pues yo me sentí muy abandonada. Y luego esa vida que eligió... tan extraordinaria, tan infortunada, si me permite decirlo así. Me sentí muy afligida, eso es. Me habría gustado que fuese un hombre distinguido... O que en todo caso permaneciese dentro de la esfera social en la que ambos tuviésemos intereses comunes, o conocidos comunes, pensamientos que poder compartir. No piense que me he distanciado de él, en absoluto, pero lo cierto es que no le conozco. Me hallé muy dolorosamente afectada cuando estuvo con nosotros, al darme cuenta de la inmensa dificultad que teníamos para encontrar un solo tema de conversación del que pudiésemos charlar juntos.

»Mientras la señora Fyne hablaba de su hermano, dejé que mis pensamientos vagasen y saliesen de la sala, para ir a parar a donde estaba el pequeño Fyne, quien al dejarme a solas con su esposa, por así decir, había fiado la paz de su hogar a mi honor.

»—Pues entonces, señora Fyne, ¿no piensa usted que, teniendo en cuenta las circunstancias, lo más razonable sería dejar que su hermano cuide de sí mismo?

»—Suponga usted que tengo buenos motivos para pensar que precisamente mi hermano no puede cuidar de sí mismo en determinados casos —titubeó al decirlo de manera graciosa, con una timidez que suscitó mi interés—. Los marinos —siguió— tengo entendido que son muy susceptibles —concluyó con forzado aplomo.

»Solté una carcajada que sólo aumentó la frialdad de su escrutadora mirada.

»—Ya lo creo que lo son. ¡Inmensa, irremediablemente susceptibles! Querida señora Fyne, más sensato por su parte sería renunciar a su empeño. Con esto no consigue más que hacer de su esposo un hombre tremendamente desdichado.

»—Igual de desdichada me siento yo. Ésta es realmente la primera diferencia que hemos tenido...

»—¿En lo tocante a la señorita De Barral? —pregunté.

»—En lo tocante a todo. Es verdaderamente intolerable que esta muchacha haya sido la causa desencadenante. De veras, pienso que él debería ceder.

»Volvió ligeramente la silla y, tomando el libro que había estado yo leyendo por la mañana, comenzó a pasar las hojas con aire ausente.

»Al no tener su mirada posada sobre mí, pensé que podía permitirme la libertad de salir. El ambiente, en mis dependencias, había empezado a ser desesperante para la paz doméstica del pequeño Fyne. Puede usted sonreír, pero para el solemne todas las cosas revisten solemnidad. Para darme cuenta de eso tenía yo sagacidad de sobra.

»Salí, pues, al porche. El perro dormitaba a los pies de Fyne. El hombre, pequeño y musculoso, estaba apoyado en el codo, y contemplaba los campos con aire

abandonado. Volvió la cabeza velozmente, pero viéndome a mí solo recayó en su meditada contemplación de la verde campiña.

»—He salido a fumar un cigarrillo —dije en voz alta y con toda claridad, y me senté a su lado, en el banco de la entrada—. La tolerancia —apunté en voz baja— es virtud extremadamente difícil. Mucho más difícil que la compasión.

»Opté por no mirarlo. De sobra sabía yo que no iba a gustarle mi manera de entrar en materia. Las ideas globales no eran de su gusto. Desconfiaba de las generalidades. Prendí el cigarrillo, no porque me apeteciese fumar, sino por dar otro momento de consideración al consejo, al diplomático consejo que había tomado la decisión de soltarle de lleno, por más que fuese como un jarro de agua fría. Y proseguí en tono comedido.

»—Me lleva a expresar estos comentarios lo que he podido descubrir desde que nos dejó a solas. Lo sospeché desde el principio, pero ahora estoy seguro. Lo que su señora no puede tolerar de todo este asunto es que la señorita De Barral sea quien es.

»Hizo un movimiento, pero mantuve la mirada lejos de él y seguí a lo que iba.

»—Quiero decir... que se trate de una mujer. He podido hacerme una idea, yo creo que acertada, respecto de la actitud mental que tiene la señora Fyne en torno de la sociedad y sus injusticias, incluidas sus atroces o ridículas convenciones. En contra de todo ello, no hay acto, por audaz que sea, que su esposa rehúse sancionar. La doctrina que, según he podido colegir, mete a presión en las bellas cabecitas de sus jóvenes amigas e invitadas me parece casi destructiva. Es una especie de doctrina moral a hierro y a fuego. Hasta qué punto pueda ser una sabia lección, ah, no seré yo quien lo valore. No me permito juzgarlo. Pero me da la impresión de que sus deliciosas discípulas se abrasarán con las antorchas y se cortarán los dedos con las espadas que les facilita la señora Fyne.

»—Mi esposa defiende sus opiniones con enorme seriedad —murmuró Fyne de repente.

»—Desde luego, sin duda —asentí en voz baja, como antes—. Pero eso es mero ejercicio intelectual. Lo que me parece ver es que en su trato con la realidad la señora Fyne deja de ser por completo tolerante. Dicho con otras palabras, no puede perdonar que la señorita De Barral sea una mujer y que se conduzca como una mujer. Y, pese a todo, ello no sólo es razonable y natural, sino que es además su única posibilidad. Una mujer enfrentada al mundo no dispone de más recursos que de sí misma. Su único medio de pasar a la acción es ser *la que es*. Ya sabe lo que quiero decir.

»Fyne dijo entre dientes que lo entendía. Pero no pareció interesado. Lo que estaba esperando de mí era que lo desenmarañase de una difícil situación en la que se hallaba enredado. Desconozco qué grado de credibilidad puede atribuirse a lo que digo, sobre todo si se piensa en matrimonios no tan solemnes; para él, mantener con ella una abierta diferencia de parecer constituía un grave incidente. Poco menos que un desastre.

»—Da la impresión de que me importa un bledo lo que pueda ocurrirle a su

hermano —dijo—. Y después de todo, si hay algo que...

»—¿Algo? ¿El qué? —empecé a impacientarme un poco, pero lo dije sin levantar la voz—. La posibilidad de verse en la obligación ineludible de cumplir trabajos forzados se parece al genio precisamente por no ser hereditaria. ¿Y qué otra cosa puede objetarse a la muchacha? Toda la energía contenida en sus más profundos sentimientos, que consumiría en vano en los peligros y fatigas de una lucha abierta contra la sociedad, bien podría convertirla en devoción y afecto por el hombre que le ofrece una vía de escape de lo que para ella sólo podría haber constituido una vida de continuas angustias morales. Y no hago mención de las dificultades puramente físicas.

»Mirando a Fyne por el rabillo del ojo descubrí que me prestaba atención. Comentó que todo eso debería habérselo dicho a su esposa. Fue un apunte sumamente sensato. Pero a la señora Fyne la había dado ya por imposible. Pregunté a Fyne si tenía acaso la impresión de que su esposa se proponía encomendarle una carta dirigida a su hermano.

»No. No lo creía posible. Existían diversos motivos por los cuales la señora Fyne no estaría deseosa de confiar sus argumentaciones al papel. El propio Fyne sería su depositario; a él le correspondería exponerlos. Pero no le cabía la menor duda de que si persistía en su negativa, ella tomaría la decisión de escribir.

»—No desea que vaya, a menos que sea con la absoluta convicción de que ella está en lo cierto —dijo Fyne con solemnidad.

»—Es una mujer muy exigente —comenté. Y me di cuenta de que estaba muy acostumbrada a serlo—. ¿No se podría contentar con menos, al menos por esta vez?

»—No estará usted insinuando que debería ceder... ¿O sí? —preguntó Fyne en un susurro de alarmada suspicacia.

»Como eso era exactamente lo que quise decir, dejé que todo le cayera encima por su propio peso. Se agitó, titubeante. Si puede acaso utilizarse la expresión aplicada a tan solemne personaje, diría que se retorció cual gusano. Y cuando tan espantosa convicción le hubo bajado, por así decir, a los talones, se quedó perfectamente inmóvil. Siguió sentado, contemplando pétreamente el espacio delimitado por las amarillentas, requemadas laderas del terreno que se elevaba unas dos millas más allá. En la cara del cerro se veía la blanca cicatriz de la cantera, en donde menos de dieciséis horas antes Fyne y yo habíamos recorrido a tientas el oscuro paraje, con la horrible aprensión de encontrar con nuestras propias manos el cuerpo destrozado de la muchacha. Sin duda ninguna que había echado a caminar muy cerca del borde del abismo, cortejando una siniestra solución. Y es que yo tenía además el recuerdo de mi encuentro con ella. Al haberse topado con un hombre gracias al más inesperado golpe de azar, pudo encontrar, sin embargo, otra manera de escapar del mundo. Ese mismo mundo estaba abierto a ella, sin darle cobijo, pan u honor. Lo mejor que podría haber encontrado en él habría sido una precaria limosna de compasión..., que iría reduciendo año tras año. El atractivo de Flora, la niña

abandonada, había sido irresistible para la simpatía de los Fyne. Pero ahora se había convertido en toda una mujer, y la señora Fyne había decidido oponer una cerrada resistencia frente a una transacción especialmente femenina. Podría decir, más bien, triunfalmente femenina. Ciertamente es que la señora Fyne no deseaba que las mujeres fuesen mujeres. Su teoría era que deberían convertirse en fuentes de molestias sin término, asexuadas y sin escrúpulos. En lo más profundo de su ser habitaba una teórica despechada. No se me alcanza de qué modo esperaba que Flora de Barral se salvase de tan mísera existencia como le había tocado en desgracia, pero estoy absolutamente convencido de que le habría resultado muchísimo más fácil perdonarle a la muchacha la comisión de un auténtico crimen; por ejemplo, del saqueo del escritorio de la anciana señora de Bournemouth. Por si fuera poco, pues no en vano era muy mujer la propia señora Fyne, tenía un sentido de la propiedad muy fuerte; aunque de poco pudiera ella servirle a su hermano, no le agradaba verlo anexado a otra mujer. Mejor dicho, anexado a una niña de nada. A qué niña, por cierto. En este mundo nada es más cierto que el hecho de que quienes no tienen suerte tampoco tienen derecho a gozar de sus oportunidades, como si el infortunio fuese una forma de descalificación legal. Los sentimientos de Fyne, como suele ser por naturaleza en un hombre, eran de índole mucho más estable. Gran parte de su simpatía inicial había sobrevivido hasta la fecha. Desde luego, le oí murmurar “¡Molesta contrariedad!”, pero supe que estaba pensando en la integridad de su hogar y en su armonía conyugal. Con la mirada fija en el perro, acurrucado en medio del porche, sugerí en tono tranquilo e impersonal:

»—Pues sí. ¿Por qué no se deja usted convencer?

»Nunca he visto al pequeño Fyne en actitud menos solemne. Masculló entre dientes, con un estilo inesperadamente figurativo, que mucho haría falta para convencerle de que “fuese a despiojar a una pobre miserable que bastante esquilada y espulgada estaba”, y estornudó. Todavía miraba la cantera, en la distancia, y creo que le afectó esa visión. Le aseguré que nada tan lejos de mis intenciones como aconsejarle que cometiese semejante tropelía. Tengo la seguridad de que siempre había dudado de la firmeza de mis principios, pues se volvió rápidamente hacia mí, como si hubiese estado en guardia, esperando a verme dar un paso en falso.

»—¿Qué quiere decir entonces? ¿Que debería fingir?

»—¡No! ¡Qué estupidez! Eso sería una inmoralidad. De todos modos, tal vez le agrade saber que si tuviera yo que tomar una decisión, preferiría, y con mucho, incurrir en algo inmoral antes que cometer una cruel tropelía. Lo que yo quería decir es que no teniendo ninguna fe en la eficacia de la intromisión, toda la cuestión se reduce a que se avenga usted a razones y consienta hacer lo que su esposa desea que haga. Eso sí sería actuar como un caballero, sin duda. Y actuar con absoluta ausencia de egoísmo, además, pues puedo entender perfectamente lo desagradable que puede resultarle. Hablando en términos generales, todo acto interesado, sin egoísmo, es un acto moral. Le diré una cosa: iré con usted.

»Se dio la vuelta y se me quedó mirando, sorprendido y con suspicacia.

»—¿Que vendrá conmigo? —repitió.

»—No me ha entendido —dije, divertido por la incredulidad y el disgusto que se le notó en la voz—. Mañana por la mañana debo viajar sin falta a la ciudad. Podemos ir juntos, pues; usted tiene un ajedrez de viaje.

»Toda su fisonomía, contraída por una enorme variedad de emociones, se relajó hasta cierto punto al pensar en una partida. Le dije que como tenía negocios de qué ocuparme en los muelles, podría contar con mi compañía hasta llegar al mismísimo barco.

»—Así entretendremos el trayecto hasta los peligrosos parajes del East End con una provechosa conversación —le animé.

»—Mi cuñado se hospeda en un hotel, el Hotel Oriental —dijo, nuevamente sombrío—. No tengo ni la menor idea de dónde está.

»—Yo sí conozco el lugar. Le acompañaré hasta la misma puerta, dejándole allí con la confortable convicción de que obra usted con rectitud, toda vez que así complace a una dama y que tampoco puede hacer ningún daño a nadie.

»—¿Eso piensa usted? ¿Que no hará ningún daño a nadie? —repitió dubitativo.

»—Le aseguro a usted que su misión carece por completo de utilidad —dije, haciendo tanto hincapié como pude, lo cual pareció únicamente incrementar el solemne descontento de su semblante.

»—Ahora bien, para que mi viaje sea plenamente cándido y leal, primero he de convencer a mi esposa de que no carece por completo de utilidad —objetó portentosamente.

»—¡Es usted un casuista! —dije. Y ya no añadí nada más porque en ese momento la señora Fyne salió al porche. Los dos nos pusimos en pie al verla aparecer. Su mirada clara, incolora e inflexible nos envolvió críticamente a los dos. Aguanté la silente recriminación con una sonrisa; Fyne, en cambio, se agachó para soltar al perro. Invirtió algún tiempo en ello; luego, a la vez que recuperó él la verticalidad, el animal pasó en un salto de su profundo sueño a una actividad tumultuosa. Envueltos por el tomado de sus inanes correteos y sus incesantes ladridos, tomé la mano que me tendía la señora Fyne como si fuese un trozo de madera esculpida, y me incliné sobre ella con ademán deferente. Echó a caminar por el sendero sin decir palabra; Fyne la precedió y aguardó con la cancela abierta a que pasara. Salieron, pues, y tomaron el camino rodeados por la polvareda que levantaba el perro al retozar locamente dando vueltas alrededor de los dos, mientras éstos avanzaban el uno junto al otro, con toda rectitud y propiedad; no sé por qué, me pareció como si se acabase de anexionar la totalidad del condado. Quizá fuese que, de alguna manera, me habían impresionado por su talante de superioridad, claro que ¿de qué superioridad se trataba? Quizá fuese sólo cuestión de sus propias limitaciones. Me resultó evidente que ninguno de los dos se llevaba una opinión precisamente elevada de mi persona. Pero lo que más me afectó fue la indiferencia del perro de los Fyne. Antes se precipitaba sobre mí a toda

velocidad, con un salto que al final daba algo de miedo, llegándome hasta el chaleco; ese gesto lo repetía al menos una vez en cada uno de nuestros encuentros. Esta vez había menoscabado la ceremonia, no obstante mi corrección convencional al ofrecerle un trozo de bizcocho; me pareció quizá todo un símbolo de mi definitiva separación del hogar de los Fyne. Y recordé en detrimento del animal cómo cierto día había abandonado a la pobre Flora de Barral, pese a que sufría de una mórbida sensibilidad.

»Tomé asiento en el banco del porche e, inspirado tal vez por un secreto antagonismo contrario a los Fyne, dije entre mí, sopesadamente, adrede, que el capitán Anthony por fuerza tenía que ser un hombre bueno y valeroso. Pese a todo, a juzgar por los hechos, tal y como me habían sido dados a conocer, bien podría haber sido un sujeto de peligrosa ligereza e incluso un canalla redomado. Había logrado, quién sabe con qué artimañas, que una desdichada jovencita sin esperanza ninguna lo siguiera clandestinamente a Londres. Es cierto que la jovencita había escrito una carta al respecto, sólo que la señora Fyne había hecho a lo sumo alguna alusión notablemente vaga respecto del contenido de la carta. Parecía ser si acaso insatisfactorio. Dicha carta no anunciaba una boda inminente, al menos por lo que yo alcanzaba a deducir a partir de sus harto misteriosas y reticentes alusiones. A decir verdad, podría ser que su propia inexperiencia la hubiese desencaminado. Era imposible medir la inocencia de una mujer como la señora Fyne, la cual, pese a aventurarse tan lejos como le fuera posible en la teoría, era muy capaz de no saber ni palabra del aspecto que las cosas tienen en realidad. Habría sido cómico que hubiese armado semejante escándalo por una nadería. Opté de todos modos por rechazar esta sospecha por simple respeto a la naturaleza humana.

»Me imaginé al capitán Anthony como un hombre sencillo y romántico. Me fue mucho más placentero. El genio no es hereditario, pero el temperamento puede serlo. Y él era, al fin y al cabo, hijo de un poeta con un admirable don para individualizar la banalidad cotidiana, para dar un aire etéreo casi a cualquier cosa, para convertir en conmovedoras, delicadas, fascinantes, las convenciones más mediocres e irremisibles de las existencias que se tachan de refinadas.

»Lo que no lograba entender era la actitud de la señora Fyne, una actitud típica del perro del hortelano, como dice el refrán. Sentimentalmente, era muy poca, incluso despreciable, la necesidad que podría tener de su hermano. ¿Qué más podría importarle lo que hiciese de su vida, dejando al margen la común humanidad de las personas, que debiera haber inspirado en ella al menos una actitud neutral? A menos que todo ello fuese en efecto obra ciega de esa ley según la cual en este mundo nuestro de azares e imprevistos los infortunados deban por fuerza equivocarse sin cesar.

»Y meditando así sobre la inclinación general de nuestros instintos hacia la injusticia, me encontré inesperadamente, casi como quien dice al doblar un recodo del camino, con una sombra de duplicidad. Podría haber sido inconsciente por parte

de la señora Fyne, pero la idea dominante en su conducta me había parecido que estribaba no en guardar a su hermano, no en preservarlo de todo mal, sino en quitárselo de encima de una vez y para siempre. No tenía ninguna fe en poner ningún freno al curso de los acontecimientos. Bastante lista era como para caer en semejante trampa. Casi hasta el peor idiota recién salido de un manicomio habría tenido la elemental sensatez de no proponerse tal cosa. Quería, en cambio, que se expresara su protesta, enfáticamente a ser posible, con el concurso inapelable del bueno de Fyne, para que toda relación quedase por imposible en el futuro. ¡Semejante acto habría de alejar a la pareja para siempre de los Fyne! Ella entendía bien a su hermano, igual de bien que a la jovencita. Si fueran felices juntos, jamás podrían perdonar la hostilidad declarada; en cambio, en caso de que el matrimonio saliese mal... Bien, pues habría de ser lo mismo. Ninguno de los dos volvería a importunar con sus desdichas a tan lúcida profetisa de los males.

»Sí, ése tenía que haber sido su motivo. ¡Una inspiración posiblemente maquiavélica, por inconsciente que fuese! Una de dos: o le aterraba tener a una cuñada de la cual fuese su deber cuidar mientras su marido se ausentase por largas temporadas, o bien temía más aún la remota eventualidad de que su hermano fuese a la postre persuadido de abandonar su profesión en el mar, amistoso refugio de sus infelices años de juventud, para establecerse en tierra firme, trayendo a su propia puerta esa relación familiar indeseable, vergonzante. Quería a toda costa acabar con todo ello, es posible que sólo por la fatiga que le causaban sus continuos esfuerzos en favor del bien o en favor del mal, esfuerzos que, en el grueso de los mortales, dan cuenta de tantas y tan sorprendentes incoherencias de comportamiento.

»No sé si en mis secretos pensamientos había llegado a clasificar a la señora Fyne dentro del grueso de los mortales. A tal respecto era una mujer demasiado imperturbable, demasiado segura de sí misma. Pero el pequeño Fyne, tal y como lo observé en secreto a la mañana siguiente, por la ventana del vagón, mientras el tren iba deteniéndose en la estación, sí tenía entonces el inconfundible semblante de un mortal de a pie, y bastante agitado, que llega justo por los pelos para coger el tren: la mirada fija y desorbitada, el rostro tenso de excitación, el paso distraído, en él estaban todos los síntomas comunes, más impresionantes si cabe por su natural solemnidad, que ondeaba a su alrededor como si fuese una prenda de abrigo en completo desorden. ¿Habría resistido el acoso de su mujer hasta el último instante —me pregunté con interés— para salir después como una bala por el camino, con el eco de la última discusión en los oídos, como un fusil cargado y disparado de repente? Abrí la portezuela del vagón, y un vigoroso mozo de cuerda lo aupó en el momento en que el final del rústico andén resbalaba bajo sus pies. Se había quedado sin resuello; esperé con cierta curiosidad que recuperase su capacidad de expresión. Llegó el momento deseado. “Buen día”, dijo todavía con un punto de jadeo; permaneció quieto otro minuto más y sacó entonces del bolsillo su ajedrez de viaje; sujetándolo con una mano, me dirigió una mirada de interrogación.

»—Sí, desde luego —dije muy decepcionado.

»Fyne no estaba con ganas de hablar, pero como ya me había puesto al corriente del secreto, el buen hombrecillo tuvo la ecuanimidad suficiente de reconocer que, ya que insistía, tenía yo derecho a disponer de mayor información. E insistí, ya lo creo que insistí, después de la tercera partida. Aún nos faltaba un buen trecho para llegar al final del trayecto.

»—Bueno, pues si se empeña... —comenzó con no poca impaciencia. Y al poco dio en hablar con bastante volubilidad. En primer lugar, su esposa no le había dado a leer la carta que había recibido de Flora (antes había sospechado yo que la llevaba en el bolsillo), sino que, al contrario, sólo le había referido verbalmente su contenido. No era, ni de lejos, la carta que habían esperado recibir los dos, incluso aunque la jovencita hubiese querido proclamar a los cuatro vientos su derecho a prescindir por entero de los sentimientos que pudieran tener todos los demás. Sus propios sentimientos, éstos sí, habían sido pisoteados, enfangados, desfigurados. Extraordinario pronunciamiento, he de admitirlo, en una jovencita de su edad. El tono de aquella carta era un disparate de principio a fin, un completo disparate. Ciertamente, no era producto, digámoslo así, de una mente equilibrada.

»—Si hubiese dispuesto de una mínima apoyatura en contacto con este mundo —dije—, aunque no fuese mayor que la palma de mi mano, seguramente habría aprendido a guardar mejor el equilibrio.

»Fyne pasó por alto este escueto comentario. Su mujer, dijo, no era persona a la que alguien pueda dirigirse medio en broma para tratar un asunto de la mayor seriedad. Había en aquella carta un desagradable ramalazo de ligereza, predicable incluso en las referencias al propio capitán Anthony que se había permitido hacer. Semejante disposición, señaló su mujer, era más que suficiente para alarmarse de pensar sólo en el futuro, caso de ser todas las circunstancias de tan descabellado propósito tan satisfactorias como en realidad distaban de ser. En otros pasajes de la carta el tono era al parecer retador, como si los desafiase (a los Fyne) a que diesen su aprobación a su conducta. Y al mismo tiempo se sobreentendía que le daba igual, que sólo por su propio bien, por ellos mismos, esperaba que se pusieran “en contra del mundo, de ese asqueroso mundo que había aplastado al pobre papá”.

»Fyne me puso por testigo de la inexcusable impudicia de sus palabras, habida cuenta... Y había aún otra cosa más. Parece ser que durante todo el último semestre (se había dedicado Flora a contribuir en las tareas de dos señoras que regentaban un parvulario en Bayswater, a cambio de un salario irrisorio), se había empeinado en

dedicar todo su tiempo libre a revisar el sumario del juicio. Había repasado los archivos llenos de recortes de periódicos viejos, poniéndose cada vez más indignada, más subida de tono, respecto de lo que daba en calificar de injusticia e hipocresía, defectos en que había incurrido constantemente la acusación. Su padre, me recordó Fyne, había tenido ante el tribunal algunas de esas intervenciones que hacen época, y a las que ella se aferraba con no disimulada complacencia. Había llegado a la conclusión de que su padre era inocente, y sobre esto meditaba con auténtica pesadumbre. La señora Fyne le había indicado el peligro que entrañaba todo ello.

»El tren llegó a la estación. Fyne, saltando al andén en cuanto se hubo detenido, pareció alegrarse de cortar por lo sano la conversación. Caminamos un trecho en silencio, subimos a un ómnibus, caminamos de nuevo. No creo que desde que fuera niño, cuando con toda seguridad lo llevaron de visita a la Torre de Londres, hubiese estado nunca al este de Temple Bar. Miró a su alrededor cariacontecido; cuando le indiqué a lo lejos la fachada redondeada del Hotel Oriental, en la bifurcación de dos avenidas muy anchas, pobres, deslucidas, dominando como una torre de estuco grisáceo los tejados bajos de las viviendas amarillentas, sucias, de dos plantas, que lo circundaban, se limitó a gruñir en señal de desaprobación.

»—Yo no haría excesivo hincapié en lo que me ha contado —observé con toda calma cuando ya nos acercábamos al poco agraciado edificio—. No hay hombre en el mundo dispuesto a creer que precisamente la jovencita que acaba de aceptar su petición de mano pueda estar mentalmente perturbada. No sé si me explico...

»—¿Que acaba de aceptar su petición de mano, dice usted? —murmuró Fyne, quien sí parecía plenamente convencido, con la lección bien aprendida—. Tenga en cuenta que bien pudiera haber sido al revés. En todo caso —añadió— voy a aclarar este asunto como sea.

»Le dije que merecía todos mis respetos, pero que cierta moderación en sus pronunciamientos... Hizo un gesto evasivo con la mano y avivó el paso. Supuse que estaba ansioso por poner punto final a su misión tan pronto como le fuera posible. Apenas se tomó el tiempo necesario de estrecharme la mano; se encaminó con auténtica prisa a la estrecha puerta acristalada, con un rótulo que decía. "Entrada al hotel". La puerta batió a sus espaldas sin más ruido que el de una boca desdentada que se cerrase de golpe.

»Pudo más que mi sano juicio la absurda tentación de quedarme a ver en qué terminaba todo aquello. Di una vuelta por la acera, sin conseguir decidirme, intrigado por el tiempo que sería menester para despachar un asunto de tal cariz, y más aún por si a la salida consentiría Fyne en mostrarse algo más comunicativo. Me dio miedo que le sorprendiera encontrarme allí, que tachase mi conducta de improcedente y que, en pura lógica, me tratase con todo su desprecio. Me alejé unos cuantos pasos. Quizá me fuese dado leer el rostro de Fyne en cuanto saliese a la calle; llegado el caso, siempre podría eclipsarme discretamente tras la puerta de uno de los bares de los alrededores. La planta baja del Hotel Oriental albergaba un café un tanto

desvergonzado, con paneles de cristal traslúcido y abundantes barras de latón, dividido en muchos compartimentos, cada uno de los cuales tenía su propia entrada.

»Pero todo esto era una estupidez. La boda, el amor, los asuntos del capitán Anthony no eran de mi incumbencia. A punto estaba de marcharme cuando me llamó la atención una joven que se aproximaba a la entrada del hotel por el oeste. Vestía con modestia, de negro. Lo que me aguzó la vista fue el blanco sombrero de paja, bien perfilado y engalanado con un ramillete de pálidas rosas, con el que se tocaba. Toda su planta me resultó familiar. ¡Pues claro! Era Flora de Barral. Se encaminaba al hotel; iba a entrar. ¡Y Fyne estaba con el capitán Anthony! Encontrárselo allí dentro no creí que le agradase. Quise ahorrarle el mal trago, y mientras vacilaba sin saber qué hacer, ella alzó la mirada y se encontraron nuestros ojos en el momento en que ya se disponía a cruzar la entrada del hotel. Levanté el brazo instintivamente. Bastó para que se detuviera. Imagino que tuvo la vaga idea de haberme visto antes en algún sitio. Echó a caminar con lentitud, prudente y atenta, observando mi vaga sonrisa.

»—Discúlpeme —le dije tan pronto se me hubo acercado lo suficiente—. Quizá le convenga saber que el señor Fyne está con el capitán Anthony en este preciso momento.

»—Ah, el señor Fyne —musitó. Pude entonces leer en sus ojos que me había reconocido. Su expresión de seriedad extinguió la sonrisa imbécil de que tuve constancia en mi rostro. Me quité el sombrero, a lo que contestó ella con una parsimoniosa inclinación de cabeza, con la cual su luminosa, desconfiada mirada de jovencita pareció susurrar: “¿Y éste qué pinta aquí?”.

»—He venido con Fyne esta misma mañana —dije con tono contundente, de hombre de negocios—. Tengo que ver a un amigo en el Muelle de las Indias Orientales. Fyne y yo acabábamos de despedirnos ahí mismo, ante la puerta... —me miró con los ojos ensombrecidos—. La señora Fyne no ha venido acompañando a su marido —continué, pero titubeé de nuevo a la vista de su blanco semblante, tan quieto bajo la sombra nacarada que le daba el ala del sombrero—. Pero es ella quien lo envía —murmuré a modo de advertencia.

»Parpadeó lentamente, varias veces, sin que se alterase su mirada fija. Supuse que no le desconcertó en demasía este giro de los acontecimientos.

»—Vivo bastante lejos de aquí —susurró.

»—¿Ah, sí? —comenté con indiferencia. Y nos quedamos mirándonos el uno al otro. La palidez uniforme de su tez no era la de una muchacha anémica. Tenía una vitalidad transparente, y en ese momento en concreto la más pálida tonalidad rosácea que se pueda imaginar, la más leve sospecha de coloración; equivalente, imagino, de cualquier otra muchacha como ella que se hubiese arrebolado como una peonía, mientras pasaba a referirme que el capitán Anthony había dispuesto mostrarle el barco aquella misma mañana.

»Fue fácil comprender que no deseara encontrarse con Fyne. Y cuando hice mención, con un discreto murmullo, de que Fyne había hecho el viaje en razón de su

carta, miró de reojo a la puerta del hotel y se alejó unos cuantos pasos, hasta una posición desde la que pudiese vigilar la puerta sin ser vista. Seguí sus pasos. En el cruce de las dos avenidas hizo un alto, cerca del tráfico poco nutrido, sobre la ancha acera, y se volvió hacia mí con aire retador. “Así que lo sabe usted todo”.

»Le dije que no había visto la carta. Sólo había oído hablar de ella. Mostró un punto de impaciencia. “Todo acerca de mí, quiero decir”.

»En efecto. Lo sabía todo acerca de ella. La inquietud del señor y la señora Fyne, sobre todo de la señora Fyne, llegaba al extremo de que lo hubiesen compartido casi con cualquier persona... que no perteneciese a su más íntimo círculo de amistades. Y resultó que yo estaba a mano; eso fue todo.

»—Comprenderá usted que yo no soy exactamente amigo del matrimonio. No soy más que un conocido, pues vivo cerca de donde pasan sus vacaciones.

»—¿No estaba sumamente irritada? —inquirió Flora de Barral, refiriéndose, por descontado, a la señora Fyne. Y reconocí que sí, pero le indiqué que no tanto como su esposo... e incluso no tanto como yo mismo. La señora Fyne era una persona muy dueña de sí misma, a la que nada podría sobresaltar a tal punto que saliera de su extremado encasillamiento teórico. Ni siquiera dio señales de haberse sobresaltado cuando Fyne y yo propusimos ir a la cantera. “Así que usted le metió esa idea en la cabeza”, dijo la joven.

»Me apresuré a decir que dicha idea ya les rondaba a los dos las mientes. Pero lo cierto es que era mucho más vivida en mi memoria, ya que yo la había visto allá arriba con mis propios ojos, tentando a la Providencia.

»Me miraba con extrema atención, y murmuró:

»—¿Así se lo comunicó a ellos dos? ¿Tentando a...?

»—No, en absoluto. Les dije que estaba usted en trance de tomar una decisión y que en ese momento pasé yo por casualidad. Les dije que se salvó usted gracias a mí. De no ser por mis gritos... —la vi sacudir la cabeza con dulzura, de un lado a otro—. ¿No es así? De acuerdo, sea como usted quiera.

»Me dije que debía de haber pensado en otro asunto. Lo que quiere es olvidar. Y no me extrañó. Quiere persuadirse como sea de que jamás, en toda su vida, ha podido pasar por tan arduo y delicado instante. “Después de todo”, hube de concederle en voz alta, “las cosas no siempre son lo que parecen”.

»Su cabecita, sus profundos ojos azules, ojos de ternura y de cólera bajo el negro arco de sus finas cejas, se hallaba muy quieta. La boca se le había vuelto muy roja en su rostro pequeño, blanco, apantallado bajo el velo; en su mentón puntiagudo había algo de agresividad. Menuda y angulosa incluso con su modesto vestido negro, seguía teniendo una figura de gran atractivo e incluso, sí, por qué no, una figurita deseable.

»Movié con gran rapidez los labios al preguntarme: “¿Y creyeron lo que usted les dijo?”.

»—Pues sí, lo creyeron sin dudarlo. La orden de la señora Fyne no pudo ser más

clara: “¡Id allá!”.

»El blanco destello entre sus labios encarnados fue tan breve que no supe con certeza si pudo ser una sonrisa o un feroz gesto con el que quisiera enseñar sus dientes. El resto de su rostro mantuvo su inocente, tensa, enigmática expresión. Habló de nuevo con rapidez:

»—No, no fue el grito que dio usted. Llevaba allá arriba un buen rato antes de que usted me descubriese. Y no por cierto para tentar a la Providencia, como dice usted. Había subido allá para... sí, para hacer lo que usted pensó que estaba a punto de hacer. Sí. Había saltado dos vallas. No pensaba dejar nada en manos de la Providencia. Se diría que por algunas personas la Providencia no puede hacer ya nada. Supongo que le sorprende oírme hablar de este modo.

»Negué con la cabeza. No estaba sorprendido, ni mucho menos. Lo que la había retrasado en todo momento, hasta que aparecí yo en escena, bajo la cantera, no fue ni el miedo, prosiguió, ni tampoco ninguna especie de vacilación. Hay veces en que una llega a un punto, dijo con abrumadora y juvenil sencillez, en el que nada de cuanto pueda afectarla tiene ya la menor importancia. Pero hubo algo que la retuvo. Tendría que habérmelo imaginado. Ella misma me confesó que le parecía absurdo revelarlo. Había sido el perro de los Fyne.

»Flora de Barral hizo una pausa, mirándome con una peculiarísima expresión, antes de continuar. Y es que, verá usted, había dado en imaginar que el perro en cuestión se hallaba extremadamente unido a ella. Se le metió en la cabeza que con toda probabilidad caería o saltaría incluso tras ella. E intentó quitarlo de en medio. Le habló con severidad, lo cual sólo sirvió para que se excitase más aún. Ladró y correteó alrededor de sus faldas, con su acostumbrada alegría tonta. Corrió de un lado a otro, trazando círculos por entre los pinos, para abalanzarse a cada tanto sobre ella, saltándole incluso por encima de la cintura. Ella le ordenó marchar, largarse a casa. Llegó incluso a tomar una rama del suelo y arrojársela. Con este gesto, el delirio y el alborozo del animal no conocieron límite; sus carreras fueron más veloces, sus ladridos más sonoros; parecía estar pasándoselo mejor que en toda su perra vida. Ella estaba aún convencida de que tan pronto se arrojase al vacío, el perro saltaría tras ella como si eso formase parte del juego. Se sintió vejada, al borde del llanto. Y también conmovida. Y cuando el perro permaneció inmóvil a cierta distancia, como si de pronto hubiese echado raíces, meneando la cola lentamente, mirándola intensamente con sus ojos relucientes, a Flora le asaltó otro temor. Se imaginó ya muerta, e imaginó al animal agazapado al borde del tajo, la cabeza erguida hacia el cielo, aullando durante horas y horas. Y ese pensamiento no lo pudo soportar. Fue entonces cuando mi grito llegó a sus oídos.

»Todo esto me lo refirió con sencillez. Mi voz había destruido su determinación, la determinación suicida que había tomado. Todos los actos del ser humano, hasta los más criminales, los más enloquecidos, presuponen un cierto equilibrio de pensamiento, sentimiento y voluntad, como si se tratase de adoptar la actitud

adecuada para lograr un movimiento efectivo en una partida. Y yo la había destruido. Ya no se encontró con la presencia de ánimo requerida para llevar a cabo ese acto. Pero tampoco se sintió muy decepcionada. Al día siguiente lo haría. Tendría que escabullirse sin que el animal se percatase de ello. Pensó en este requisito casi con ternura. Bajó por el sendero soportando su desesperación con calma lucidez. Pero cuando comprobó que el perro la abandonaba, sintió el impulso de darse la vuelta, subir de nuevo y hacer lo que había decidido hacer. A la postre, ni siquiera el animal sentía nada por ella.

»—De veras pensé que se sentía muy unido a mí. Si no, ¿por qué habría querido fingir de aquel modo, con tantas cabriolas? Pensé que nada podría haberme hecho tanto daño. Sí. Habría vuelto a subir la cuesta, sólo que de pronto me sentí cansada, tremendamente cansada. Y en seguida apareció usted. No supe qué podría hacer usted en caso de... Podría haber intentado seguirme, y no creo que hubiese podido yo subir la cuesta a la carrera, menos en aquel momento.

»Había elevado un poco su blanco rostro; fue raro oírle decir lo que dijo. A esa hora de la mañana se ve relativamente a muy pocos transeúntes por esa parte de la ciudad. La ancha e interminable perspectiva del Camino del Muelle de las Indias Orientales, la grandiosa perspectiva de las mortecinas tapias de ladrillos, de las aceras grises, de la calzada embarrada y sombríamente surcada por los carros llenos a rebosar y los capitonés temblequeantes, se perdía a lo lejos, imponente y desastrada en la espaciosa mediocridad de su aspecto, en su inconmensurable pobreza de formas, de colorido, de vida... bajo un cielo áspero, despreocupado, de un claro azul desecado por el viento. Había llovido de noche. Hasta el sol parecía deplorable. De vez en cuando se arremolinaban pedazos de papel, polvaredas, briznas de paja, alrededor del ancho y plano promontorio de la acera, antes de llegar a la fachada redondeada del hotel.

»Flora de Barral permaneció un rato en silencio.

»—Y al día siguiente —dije— se lo pensó usted mejor.

»De nuevo levantó la vista para mirarme a los ojos con esa singular expresión de avisada inocencia; de nuevo, sus blancos pómulos adquirieron un levísimo tinte rosado, la más tímida sombra de un enrojecer.

»—Al día siguiente —dijo con toda claridad— no pensé en nada. Recordé. Fue suficiente. Recordé lo que nunca debería haber olvidado. Nunca. Y aquella tarde llegó a la casa de campo el capitán Anthony.

»—Ah, sí. El capitán Anthony —murmuré.

»—¡Sí! —repitió ella en voz muy baja—. El capitán Anthony —el debilísimo arbol de calidez y de vida abandonó su rostro. Maticé más aún mi tono de voz y aventuré sin mirarla—: ¿Le resultó simpático?

»Sus largas pestañas bajaron sobre sus ojos, con aire de calculada discreción. Al menos, eso me pareció. Con todo, nadie podría decir que sintiera yo inquina por la jovencita. ¿Ve? ¡Ahí tiene usted! Poco importa como se quiera explicar que en este

mundo los que carecen de amigos, igual que los pobres, tendrán siempre un aire sospechoso, como si la honestidad y la delicadeza fueran sólo posibles en unos cuantos privilegiados.

»—¿Por qué lo pregunta? —dijo ella al cabo, elevando los ojos y mirándome de golpe, con un efecto de candor que, sobre ese mismo principio (me refiero a que no conviene fiar de los desheredados), podría haber pasado por un equívoco.

»—Si se refiere usted a qué derecho me asiste... —hizo un leve movimiento con la mano, enfundada en un guante algo gastado, como para indicar que no era ella quién para cuestionar el derecho que pudiera tener cualquier persona sobre un paria como ella.

»Quizá debiese haberme dejado conmovido; lo cierto es que sólo noté una completa ausencia de humildad.

»—No tengo ningún derecho —continuó—; es tan sólo simple interés. La señora Fyne... En fin, es demasiado complejo explicar ahora cómo ha sido todo... Me ha hablado acerca de usted, bueno, largo y tendido.

»Seguramente la señora Fyne me había dicho toda la verdad, dijo Flora bruscamente, con una inesperada aspereza en su tono. Hasta el vestido que llevaba puesto se lo había regalado la señora Fyne. Claro está que lo miré. Y no podía tratarse de un regalo reciente. Negro y desgastado, con unos bordados vivos de seda en forma de heliotropos, bajo una redecilla figurada, parecía cualquier cosa salvo nuevo, frisando si acaso en la miseria; de hecho, acentuaba la esbeltez de su talle, e iba bien con la media nota de duelo que denotaba su blanco rostro, en el que sólo sus rojos labios, sin amago de sonrisa, parecían animados por la sangre de la pasión y la vida.

»El pequeño Fyne prolongaba de modo inconcebible su visita. ¿Estaría enzarzado en una discusión, en una prédica, en una reconvención? ¿Habría descubierto en su persona la capacidad y el gusto requeridos por tales menesteres? ¿O no estaría más bien intensamente disgustado por el cometido que había de cumplir, andándose por las ramas y dejando a lo sumo perplejo al capitán Anthony, al hombre providencial que, si contaba con que la muchacha apareciese en sus habitaciones de un momento a otro, tuvo que pasarse la entrevista entera sobre ascuas, casi fuera de sí de pura impaciencia por ver salir de allí cuanto antes a su cuñado? ¿Cómo era posible, en todo caso, que no se hubiese librado todavía de Fyne? No me refiero a que lo arrojase por la ventana sin más contemplaciones, sino a cualquier otra forma igualmente expeditiva.

»Seguramente, Fyne no le habría impresionado. No podría poner en duda que Anthony fuese un hombre impresionable. La presencia de la muchacha allí, en plena calle, conmigo, era prueba más que suficiente... y, sí, también suficientemente conmovedora.

»Y así ocurrió que, en sus respectivas andanzas de un lado a otro, nuestras miradas volvieron a encontrarse. En toda aquella situación había algo sin duda cómico, me refiero a la pobre muchacha y a mí aguardando juntos en plena calle, en

una esquina, a saber el resultado de la ridícula misión de Fyne. Lo cómico, empero, cuando es humano se torna rápidamente doloroso. En efecto, ella era presa de una infinita ansiedad. Y yo había empezado a preguntarme si la punzante tensión del suspense que la embargaba dependía, por decirlo lisa y llanamente, del hambre o del amor.

»La respuesta habría revestido seguramente no poco interés para el capitán Anthony. Yo, por mi parte, en presencia de una jovencita siempre quedo persuadido de que las ensoñaciones del sentimiento, igual que los consoladores misterios de la fe, son invencibles, de que nunca, jamás podrá ser la razón la que gobierne el destino de los hombres y las mujeres.

»Con todo, ¿qué sentimiento podría haber existido por su parte? Recordé con qué tono me había dicho, tan sólo momentos antes, “aquella tarde llegó a la casa de campo el capitán Anthony”. Y considerando también las repercusiones que había tenido en todo aquello la llegada del capitán Anthony, me llamó la atención con qué calma absoluta había mencionado aquella circunstancia. Llegó a la casa de campo. Por la tarde, de noche acaso. En el último tren; eso lo sabía. Es probable que fuese a pie desde la estación. Sí, tenía que ser muy avanzada la tarde. Casi pude ver una silueta oscura, irreconocible, abriendo la cancela del jardín. ¿Dónde estaría ella en esos momentos? ¿Lo habría visto llegar? ¿Estuvo cerca acaso, y oyó tal vez, sin sentir la más leve premonición, los pasos cargados de futuro que trajo el azar por las lajas del camino que atravesaba el jardín, hasta dar a la puerta de la casa? En las sombras de la noche, más lúgubres y crueles para ella, debido a la sombra misma de la muerte, él tuvo que parecer demasiado extraño, demasiado remoto y desconocido para que su presencia llegara a impresionarla a ella con fuerza y con vida, con la fuerza que un hombre puede esgrimir para configurar el destino de una mujer.

»Volvió a mirar hacia la puerta del hotel; seguí su mirada y de nuevo se encontraron nuestros ojos, esta vez intencionadamente. Entre nosotros dos comenzaba a brotar una intimidad tentativa, incierta. “Está usted esperando a que salga el señor Fyne”, dijo con toda sencillez. “¿Me equivoco?”.

»Hube de reconocer ante ella que estaba esperando, en efecto, a que saliese el señor Fyne. Y eso era todo; no tenía nada que comunicarle en especial.

»—Ayer mismo le dije todo cuanto tenía que decirle —añadí intencionadamente—. De hecho, se lo dije a los dos. Y también he tenido ocasión de oír todo lo que tenían que decir ellos dos.

»—¿Acerca de mí? —murmuró.

»—Sí. Toda la conversación giró en torno a usted.

»—Me pregunto si se lo han contado todo...

»Si ella se lo preguntó, yo no pude por menos que preguntármelo, aunque a ella no le dije tal cosa. Tan sólo sonreí. La cuestión esencial era que al capitán Anthony convenía decírselo todo. A tal respecto, no me cabía la menor duda de que su buena hermana se encargaría de ello. ¿Había acaso algo más que desvelar, alguna otra

desdicha, algún nuevo engaño del que hubiese sido víctima la joven? No parecía apenas probable; ni siquiera parecía fácil de imaginar. Lo que más me llamó la atención, supongo, fue lo que habría que denominar su compostura. Era imposible estar seguro de que ella comprendiese a fondo lo que había hecho. Por fuerza había que sentirse intrigado. No era tanto que resultase impenetrable, imposible de leer en su rostro, sino cándida más bien; no supe si admirarla por ello o si quitármela de la cabeza, sin darle más vueltas, tachándola de presa pasiva de una feroz desventura.

»Repasando aquella ocasión en que por vez primera habíamos conversado en la cantera, a la orilla del camino, tuve que reconocer que su presencia era en algunos sentidos cuando menos problemática. Desconozco por qué me imaginé al capitán Anthony como uno de esos hombres poco amigos de tomar la iniciativa, por no decir reacios, probablemente no por indiferencia, sino por esa peculiar timidez ante las mujeres que se da en conjunción con los instintos caballerescos, con una gran necesidad de afecto y una no menor estabilidad emocional. A tales hombres se les conmueve con facilidad. A la menor muestra favorable, al primer indicio de apoyo, pasan a la acción con la ansiedad y la intrepidez de quien se muere de hambre y nada tiene que perder. Así las cosas, se explicaría lo repentino del asunto, su veloz desenlace. ¡Pero no! Pese a toda su inexperiencia, la joven no pudo haber topado con mayores dificultades para coronar con éxito su conquista. Ella debía haber dado el primer paso. Con eso y con todo, allí estaba, paciente, casi impasible, digna casi de conmiseración, esperando en la calle, como una mendiga, sin tener derecho más que a unas migajas de compasión, a una dote prometedora.

»A cada instante pasaban por delante de nosotros, de uno en uno, en parejas, de tres en tres, los habitantes de aquella parte de la ciudad en la que transcurre la vida sin los adornos de la gracia o el esplendor; pasaban cerca de nosotros con sus ropas harapientas, sus rostros enjutos, huraños, inquietos, cansados o simplemente inexpresivos, en un mortecino torrente sin sonrisas, hecho no de vidas, sino de meras existencias triviales, cuyas alegrías, esfuerzos, pensamientos, penas e incluso esperanzas eran miserables, carentes de lustre y de peso en este mundo. Pensar en la realidad que ellos mismos pudieran tener en mente bastaba para sentir oprimido el corazón. Ahora bien, de todos los individuos que pasaron por allí ninguno me pareció en aquel momento tan patético en su inconsciente paciencia como la muchacha que tenía ante mis propios ojos; ninguno me resultó tan difícil de comprender. Es posible que fuera por estar pensando en cosas sobre las que nada podía preguntarle.

»De hecho, nada teníamos que decirnos el uno al otro; en cambio, nosotros dos, por muy desconocidos que fuésemos, y en efecto lo éramos, habíamos tratado del más íntimo e inapelable de los temas, de la muerte. Y eso había creado una especie de ligazón entre nosotros. Por eso se hizo nuestro silencio difícil de aguantar, inquietante. Tendría que haberme despedido de ella allí mismo y sin más tardanza; sin embargo, tal como creo haberle dicho anteriormente, al haber servido mi grito para alejarla del borde del precipicio, de algún modo se hallaba mi responsabilidad

comprometida en aquel otro salto que había dado. Y así teníamos entre nosotros un tema aún más íntimo si cabe, que iba a dar un peso más difícil de soportar, una mayor inquietud, a nuestro silencio: el tema del matrimonio. No me refiero tanto a la ceremonia en sí (de lo cual no me cupo duda, siendo el capitán Anthony un hombre decente y leal), ni tampoco a la institución social en términos generales, sobre la cual carezco de opiniones; lo digo antes bien respecto de la relación humana. Esas dos primeras acepciones del término carecen de mayor interés. La ceremonia, digo yo, es lo apropiado; la institución, diría, alguna utilidad tendrá, o no habría durado tanto tiempo. Pero la relación entre dos seres humanos que de este modo se reconoce es algo de origen, carácter y consecuencias misteriosas. Por desgracia, no se agarra familiarmente y sin miramientos, por las solapas, tal como se haría con un mozalbete, a una joven señorita. Ni siquiera creo que otra mujer pudiera hacer tal cosa. Le faltaría la confianza necesaria. No se da entre las mujeres esa provisión cuando menos de lealtad condicionada de la que sí pueden depender en cambio los tratos entre dos hombres. Creo que, por el contrario, cualquier mujer es más propensa a confiar en un hombre. El escollo, en tan delicada situación, era cómo abordar el asunto.

»Así que seguimos callados en medio del odioso estruendo de aquella amplia vía pública, cada vez más atestada de pesados vehículos. Los grandes furgones cargados hasta los topes avanzaban bamboleándose como montañas. Era como si el mundo entero existiera únicamente para vender y comprar, como si quienes nada tuviésemos que ver con los movimientos de la mercancía no contáramos en absoluto.

»—Seguramente estará usted fatigada —dije. Algo que había que decir, aunque sólo fuera por reafirmarse contra el cansino, monocorde, aplastante estruendo del tráfico. Ella alzó la vista un instante. No, no lo estaba; no demasiado. No había hecho todo el trayecto a pie. Había llegado en tren a la estación de Whitechapel, desde donde sí había venido caminando.

»Si ese triste peregrinaje lo habían motivado el amor o la necesidad, ¿quién podría saberlo? Y precisamente eso era lo que yo deseaba averiguar. No se trataba, en todo caso, de una pregunta que pudiera hacerse a quemarropa, y no se me ocurría ningún rodeo eficaz. Me vino a las mientes la idea, harto probable, de que tampoco ella lo supiese a ciencia cierta; de que no hubiese reflexionado en estos términos sobre el asunto, quiero decir. La jovencita, obviamente, había sopesado la idea de la muerte. Había llegado al doloroso extremo de formarse una detallada concepción; no obstante, en cuanto a la fatalidad que trajo aparejada, al amor, estaba convencido de que ella no había reflexionado sobre su sentido.

»Aquel hombre del hotel, a quien no conocía de nada, y aquella muchacha que tenía ante mí, en plena calle, pensé, eran un caso excepcional. Él había roto las barreras de su entorno; ella se encontraba al otro lado de la empalizada, desprotegida. Lino de los aspectos de las convenciones que suelen perder de vista quienes pregonan contra ellas es que las convenciones hacen de la alegría y del sufrimiento algo mucho

más llevadero, más digno. Sólo que aquellos dos seres se hallaban muy lejos de toda convención. Estaban en cierto modo tan libres de trabas como pudieron estarlo el primer hombre y la primera mujer. El problema era que yo no lograba imaginar nada acerca de Flora de Barral y del hermano de la señora Fyne. Si lo prefiere, se lo explicaré de este modo: podría haber imaginado cualquier cosa, lo cual viene siendo prácticamente lo mismo. Las tinieblas y el caos son primos hermanos. Me habría gustado pedir a la joven que dijese una sola palabra que diese a mi imaginación una pista por la cual discurrir. Claro que ¿cómo iba a aventurarme a tal extremo? A veces puedo ser desabrido, pero no soy un impertinente por naturaleza. Me habría gustado preguntarle, por ejemplo: “¿Comprende usted qué es lo que ha hecho?”. O si no, hacerle alguna otra pregunta por el estilo. En cualquier caso, iba siendo hora de que uno de los dos dijese algo, y casi por fuerza tenía que ser una pregunta. Y la pregunta que al fin le hice fue: “Así que hoy va a mostrarle el barco, ¿no es eso?”.

»Pareció alegrarse de que por fin hubiese dicho algo; pareció contenta por tener la oportunidad de hablar.

»—Pues sí, dijo que me lo iba a mostrar... esta mañana. ¿Dijo usted que no conoce al capitán Anthony?

»—Así es, no le conozco. ¿Se parece en algo a su hermana?

»Fue como si no me hubiese entendido.

»—¡Su hermana! —musitó con un tono de perplejidad que me sobrecogió—. ¡Ah, la señora Fyne! —añadió con una exclamación, recobrando después su compostura, no sin rehuir mis ojos mientras yo la contemplaba con curiosidad.

»¡Qué extraordinario desapego! En todo momento, el torrente de individuos harapientos siguió corriendo de prisa, cerca de nosotros, con el continuo paso arrastrado de los pies cansinos, que rozaban las losas de la acera. La luz del sol se proyectaba sobre el hollín de las superficies, sobre la pobreza de los tonos y las formas, y parecía de calidad inferior, desprovista de toda alegría, apagada su brillantez, polvorienta. Tuve que elevar la voz para hacerme oír por encima del monótono tronar de la vía pública.

»—¿No me irá a decir que ha olvidado usted ese parentesco?

»—No sé en qué estaba pensando —exclamó al punto. Entonces, mientras me preguntaba yo qué imágenes podrían haber ocupado su mente en esos instantes, me preguntó—: No habrá visto usted la carta que envié a la señora Fyne, ¿verdad?

»—No, no la he visto —grite. El ruido era ensordecedor; pasaba ante nosotros un carromato tirado por dos caballos con las herraduras medio sueltas—. No llega a tanto la confianza —recordé entonces las alusiones de la señora Fyne respecto de que la joven estuviese gravemente desequilibrada, y añadí—: ¿Escribió usted acaso una confesión sin reservas?

»Pasó un tiempo sin que me contestase; mientras aguardaba, pensé que nada hay como una confesión para que su autor pueda dar la impresión de estar loco, y pensé que de todas las confesiones es la que se hace por escrito la que obra en máximo

detrimento de quien la hace. ¡No confiese usted nunca! ¡Jamás! Un chiste a destiempo, una lindeza intempestiva siempre serán fuente de amargo arrepentimiento. A veces podrán incluso arruinar la vida de un hombre, y no por ser chiste o lindeza, sino por su inoportunidad. Y una confesión, de la clase que sea, es siempre inoportuna. Lo único que puede hacerla soportable, pero sólo pasajeramente, es la curiosidad. Veo que se sonríe usted, pero así son las cosas; de no ser por la curiosidad, quien confesara sería enviado al demonio sin contemplaciones a la segunda frase que lograra terminar. ¿Cuántas almas realmente simpáticas calcula usted que habrá en el mundo? ¿Una de cada diez, una de cada cien...? ¿O una de cada mil, de cada diez mil? ¡Ah, qué espantosa vanidad encierran todas las confesiones! Lo que uno busca es un mínimo de simpatía, y todo lo que llega a encontrar es a lo sumo una evanescente sensación de alivio. No es de extrañar que una confesión, al margen de cómo pueda ser, agite las más secretas honduras de la personalidad del oyente; muchas veces se trata de honduras tales que ni siquiera él ha llegado a entrever. Y es así que los virtuosos se alzan en secreto con el santo y la limosna, que los afortunados como mucho se entretienen un rato, que los fuertes de espíritu se descorazonan, los débiles se contrarían o se irritan con uno, según sea la medida que pueda tener la propia sinceridad. Y en lo más profundo de sus seres, todos tendrán al autor de la confesión por loco o por imprudente...

Rara vez había visto en Marlow tanta vehemencia concentrada, tanto pesimismo, tanto y tan franco cinismo. Corté en seco su declamación, preguntándole qué respuesta había dado Flora de Barral a su pregunta.

—¿Reconoció la pobre jovencita haber disparado sus confianzas contra la señora Fyne? Eran ocho páginas de caligrafía apretada, si mal no recuerdo...

Marlow sacudió la cabeza.

—No llegó a decírmelo, así que hube de aceptar la callada por respuesta, aunque no me resistí a comentarle que mejor habría sido si hubiese anunciado la noticia directamente a la señora Fyne, cara a cara, en la casa de campo. “¿Por qué no lo hizo?”, inquirí a quemarropa.

»—No soy una muchacha muy valerosa que digamos —replicó—. Además, usted ya lo sabe —añadió mirándome a la cara, muy significativamente—. Y sabe también por qué.

»Debo comentar que parecía haberse vuelto una jovencita muy reposada desde aquel primer encuentro que tuvimos en la cantera; era casi una persona totalmente distinta de la desafiante, enojada, desesperada joven cuyos labios vi temblar sin poder dominarse, al tiempo que miraba en derredor con punzante resentimiento.

»—Me pareció muy sensato por su parte alejarse de aquel peligroso precipicio —le dije.

»Recuperó parte de su antigua expresión al mirarme.

»—Oh, no me refería a eso. Entiendo que, decididamente, está usted convencido de haberme salvado la vida. Pero se equivoca usted de medio a medio. No pensaba

más que en el estúpido perrillo. ¡No! Lo cobarde fue la idea..., la idea de poner fin a mi vida. Eso quería decir cuando le comentaba que no es que sea muy valerosa.

»—¡Ah! —repuse algo airado—. Así que se trata de ese perro. En realidad, no es tan malo como usted cree —pero ella bajó la mirada y prosiguió:

»—Me sentía tan desdichada que sólo alcanzaba a pensar en mí, nada más. Eso fue mezquino y cruel por mi parte. Además, aún no me había rendido, no, ni siquiera entonces.

Marlow cambió de tono.

—No soy yo un gran conocedor de la psicología de la autodestrucción. Es uno de esos temas que pocas oportunidades se nos brindan de estudiar en detalle. Una vez conocí a un individuo que de noche se presentó donde yo vivía y, fumándose un cigarro puro, me confió con tristeza que andaba intentando dar con un medio elegante para poner fin a su existencia. No llegué a estudiar su caso, pero al otro día lo vi por casualidad en un partido de *cricket*, pasando un buen rato en compañía de algunas señoras. Esa me parece una actitud sobradamente razonable. Considerándolo como pecado, el suicidio clama a voces por el arrepentimiento inapelable ante el trono de un Dios misericordioso. En cambio, me imagino que la religión que pudo aprender Flora de Barral estando al cuidado de la distinguida institutriz no pudo ser más que mera formalidad externa. El remordimiento, en lo que tiene de vergüenza corrosiva y de estéril pesar, para mí sólo es comprensible cuando se ha hecho verdadero daño a un semejante.

»Sin embargo, por qué motivo tendría ella, una muchacha que, por así decir, se había nutrido de sufrimiento, por qué tendría que retorcerse por dentro a causa del remordimiento que la embargaba, sólo por haber pensado en un determinado instante en quitarse una vida que no era, en puridad, más que una maldición, eso... eso no lograba entenderlo yo. Me pareció que alguna relación podría tener con ello la oscura influencia de ciertas banalidades al uso, de una manera de hablar, de un sentimiento tradicional o heredado, esa vaga idea de que el suicidio es un crimen punible con arreglo a la ley; palabras, en fin, de los moralistas y predicadores de la antigua escuela, que circulan flotando por el aire y contribuyen a la formación de las convenciones morales autorizadas. En efecto, me sorprendió tanto remordimiento por su parte. Sólo que al bajar inesperadamente la mirada, hasta que sus oscuras pestañas parecieron descansar sobre sus blancos pómulos, adoptó un aire de perfecta compunción. Me resultó tan atractiva que no pude domeñar el amago de una sonrisa. Y que Flora de Barral tuviese en su persona, considerándolo desde cualquier punto de vista, el poder de evocar una sonrisa en otro ser humano, era lo último que podría haber pensado. Prosiguió, así, tras una leve vacilación.

»—Un día me puse a caminar hacia allá, hacia aquel lugar.

»¡Fíjese usted qué influencia puede tener un mero truco fisionómico! Si recuerda

usted de qué estábamos hablando, difícilmente podrá creer que esbozara yo una sonrisa ante la reservada corrupción de la joven. También debo reseñar que en ese momento sentí por ella una disposición más afectuosa que nunca.

»—¿De veras? ¿Para dar el salto? Entonces es usted una joven dotada de una gran determinación, créame. ¿Y qué sucedió aquella vez?

»Una alteración casi imperceptible en su actitud, quizá una levísima inclinación de la cabeza, una insignificancia, la hizo parecer más reservada y compungida que antes.

»—Había salido de la casa de campo —empezó un tanto atropellada—. Iba recorriendo el camino, ya sabe usted qué camino. Había tomado la resolución de que aquella vez no había regreso posible.

»No desmentiré que estas palabras, tal como las pronunció, resguardada por el ala del sombrero (es verdad: decididamente, había agachado la cabeza), me hicieron sentir un escalofrío; yo desde luego nunca dudé de su sinceridad. La suya jamás podría haber pasado por ser una desesperación de mentirijillas.

»—Sí —susurré—; recorría usted el camino...

»—Cuando... —volvió a titubear, dando un efecto de inocencia y timidez que me pareció en las antípodas de todo trágico desenlace, y siguió su relato—... cuando de pronto salió el capitán Anthony de la cerca que protegía un prado.

»Tosí nada más sentir el arranque de un muy inoportuno acceso de risa, y sentí vergüenza de mí. Alzó un instante los ojos, que me parecieron desbordados por su inocente padecimiento, a la par que noté una punta de amenaza no expresada en lo más profundo de sus pupilas dilatadas, dentro del intenso círculo azul del iris. Fue... ¿cómo lo diría? Fue como un efecto nocturno, como cuando se tiene la impresión de ver alguna silueta sin saber de ninguna manera con qué realidad se va a topar en cualquier momento. Entornó de nuevo los párpados, despojando la situación de todo misterio que no fuese el esclarecedor recuerdo de esa mirada, como la noche a pleno sol, aquietada en medio de la atronadora agitación de la calle.

»—Así que el capitán Anthony le salió al paso, ¿no es cierto?

»—Abrió la barrera de la cerca y salió al camino. Vino a mi encuentro y me acompañó en mi recorrido. Llevaba la pipa en la mano; me preguntó si pensaba ir muy lejos aquella mañana.

»Esas palabras (miraba yo su pálido semblante mientras hablaba) me estremecieron levemente. Ella conservó su reserva casi con mojigatería.

»—Antes de esa vez —comenté— ya habían estado los dos juntos, claro.

»—No habíamos cruzado siquiera dos párrafos desde su llegada —afirmó sin especial énfasis—. Aquel día sólo me había dado los buenos días cuando coincidimos en el desayuno, dos horas antes de este otro encuentro. Y yo le había saludado de igual manera. Después, no le vi hasta que apareció por el camino.

»Se me pasó por la cabeza que no había sido un encuentro accidental: él había tenido que observar antes a la muchacha. También tuve por cierto que él no había

hecho ni una sola pregunta a la señora Fyne.

»—Ni siquiera lo miré —dijo Flora de Barral—. Ya había renunciado a mirar a nadie más. Él me dijo que su hermana no se tomaba la menor molestia por nosotros, que ya había leído todos los libros que había en la casa. “Mejor nos iría a los dos si nos hiciésemos compañía”, sentenció. Yo seguí caminando; él no se separó de mi lado. Pensé que más pronto o más tarde se iría, pero no. Fue como si no se diese cuenta de que yo no deseaba hablar con él, de que no iba a hacerlo.

»Se había quedado totalmente quieta. El triste parasol pendía contra su vestido, sostenido por sus manos entrelazadas. Yo estaba rígido también de pura atención. No se topa uno todos los días con semejante confesión, voluntariamente referida, de labios de una jovencita. Los molestos ruidos de la calle crecieron de volumen unos instantes y me impidieron oír lo que dijo a continuación. Fue insoportable. “Preocupada” fue la siguiente palabra que acerté a oír.

»—Le preocupó, así pues, tenerlo a su lado, caminando con usted.

»—Sí, eso es —siguió con la vista gacha. Hubo algo en su actitud y en su tono de voz delicadamente cómico, aunque en todo momento me imaginé a la pobre y palidecida chiquilla caminando hacia su muerte, con la inconsciente compañía de un hombre que caminaba a su lado. Aunque... ¿inconsciente? No lo sé. En primer lugar, estuve totalmente seguro de que no se habían encontrado por azar. ¿Sería acaso él uno de esos hombres dados al *coup-de-foudre*, a caer herido súbitamente por el rayo del amor? La verdad es que no lo creo. Semejante susceptibilidad es por fortuna muy poco común. Un mundo entero, lleno de amantes inflamables, del estilo de Romeo y Julieta, bien pronto tocaría a su fin sumido en la barbarie y la miseria. En todo caso, es cierto que en todos los hombres (aunque no así en todas las mujeres) vive adormecido un amante, un amante cuyas todas potencias son a menudo invocadas por los detalles más insignificantes, siempre y cuando éstos acontezcan en el momento psicológico oportuno: una cara entrevista en una perspectiva insólita, una actitud evanescente, la curva de una mejilla que a menudo se ha visto antes en infinidad de ocasiones, pero que de repente, en un momento dado, se carga de una significación asombrosa. Son todos estos grandes misterios, por supuesto; mágicas señales.

»No sabría decir en qué pudo consistir la señal en este caso. Podría haber sido la palidez de la muchacha (que no recordaba la cera, ni tampoco el papel), en cuyo blanco semblante resplandecían los ojos como azulados carbunclos de luz, y los labios como rojas ascuas. En una determinada luz, en una determinada pose, su cabeza entera era pura sugerencia de una trágica pena. Si no, podría haberse tratado de un cabello ondulante. O incluso su puntiagudo mentón, levemente huidizo, resentido y no por cierto especialmente distinguido, pero capaz de contradecir la misteriosa altanería de su frágil presencia. En cualquier caso, en un momento dado es evidente que Anthony tuvo que haberse fijado en la muchacha. Y fue entonces cuando le sucedió algo por dentro; quizá no fuese sino un pensamiento que se formó en su mente, en torno a que se trataba de “una posible mujer”.

»Todo esto, téngase en cuenta, tras el acecho de su emboscadura. El carácter de resolución inconvencible me hace pensar en que fuese por el mentón, ese rasgo de “carne de mortal” que tan bien sienta a no pocas mujeres. Y es que los hombres, me refiero a los hombres verdaderamente viriles, en cuyas sucesivas generaciones ha evolucionado el concepto de mujer ideal, son de sólo sumamente tímidos. ¿Quién podría no serlo al hallarse ante el ideal encarnado? Sólo, y a lo sumo, el farsante sentimental, el hombre que escapa por los pelos de no ser nada en esta vida, el emprendedor, sencillamente porque es más fácil aparentar que se es emprendedor cuando uno en realidad no se ha propuesto poner a prueba sus propias creencias.

»Bien, al margen de qué pudiese haberle dado ánimos, lo cierto es que el capitán Anthony se apegó a Flora de Barral de manera tal que en un hombre tímido por naturaleza podría pasar por heroica, de no haber sido algo tan simple en el fondo. Ya fuese por política, por diplomacia, por simpleza o por súbita inspiración, él siguió hablando de forma precisa y deliberada, haciendo poquísimas pausas. Y de golpe, como si recobrase la cordura, apostilló:

»—Es gracioso. Espero de todo corazón que no se sienta molesta conmigo por haberle ofrecido mi compañía sin que usted me lo haya pedido, pero ¿cómo es que no dice nada?

»Pregunté a la señorita De Barral qué le contestó.

»—No contesté nada —dijo con ese tono monocorde, bajo, del que estaba ausente toda emoción, que parecía ser la voz que reservaba a las confidencias más delicadas—. Seguí caminando, y a él no pareció importarle. Llegamos al pie de la cantera, al claro en donde arranca el sendero que sube por el cerro, poco más allá del punto en que descansaba usted sentado aquel día a la orilla del camino. Empecé a preguntarme qué debía hacer. Tras haber llegado a la cima, el capitán Anthony comentó que no había estado de paseo en compañía de una señorita desde hacía muchos años, casi desde que era chico. Nos encontrábamos ya en donde pensaba yo emprender el último tramo campo a través. Se me ocurrió lanzarme a la carretera, pero él me habría detenido. Supe que lo haría; por supuesto, ni siquiera me habría permitido echar a correr. Habría sido imposible darle esquinazo.

»—¿Cómo es que no le pidió que la dejase a solas? —inquirí con evidente curiosidad.

»—Porque ni siquiera se habría percatado de mi solicitud —siguió ella sin hacer la menor pausa—. Y en tal caso ¿qué podría haber hecho? No podría haberme puesto a pelear con él, ¿no lo entiende? Ni siquiera me quedaba la energía suficiente para enojarme. De pronto me sentí muy fatigada. Así pues, proseguí el camino sin pensar en otras alternativas. El capitán Anthony me refirió que la familia, al parecer emparentada con su madre, con la que había vivido en Liverpool, se había dispersado del todo, y que desde entonces no había hecho ninguna amistad. Cada cual había seguido su camino: todas las muchachas se habían casado, siendo como eran muy agradables, muy buenas amigas suyas cuando no era más que un chico. “Muy

agradables, animadas, inteligentes, ya lo creo”, repitió. Yo me senté en un ribazo, me apoyé contra un arbusto y rompí a llorar.

»—Tuvo que haberle causado una pasmosa impresión, estoy seguro —observé.

»Anthony, parece ser, permaneció quieto en el camino, contemplándola. No se ofreció a acercarse a ella; no hizo ni un solo movimiento, ni un gesto. Flora de Barral me contó así la escena. Ella lo vio entre lágrimas, borroso, mera sombra sobre el blanco del camino, y luego volvió a distinguirlo con más claridad, en todo momento quieto del todo, como si se hubiese perdido en una maraña de pensamientos a raíz de un extraño fenómeno que exigiera su más concentrada atención.

»Flora supo más tarde que él jamás había visto llorar a una mujer, al menos no de aquella manera. Se sintió impresionado, al tiempo que interesado por el misterio del efecto que surtió. Ella fue muy consciente de que era objeto de su mirada, pero no pudo contener el llanto. De hecho, no fue capaz de realizar ningún esfuerzo. De repente, él se adelantó dos pasos, se inclinó, la tomó por las manos que reposaban sobre su regazo y tiró de ella, poniéndola en pie; ella se encontró de pronto muy cerca de él, casi sin darse cuenta de lo que él acababa de hacer. Llegaba alguien a buen paso por el camino, y el capitán Anthony le dijo en un susurro: “No querrá usted dar un espectáculo, ¿verdad? ¿Qué le parece aquella cerca? ¿Podemos volver a la casa de campo a traviesa?”.

»Ella se soltó las manos, que él había sostenido entre las suyas (diríase que las había olvidado), se alejó de él y saltó la cerca. Del otro lado había una anchurosa pradera, profusamente salpicada por las blancas motas de las ovejas que pastaban. Un sendero de a pie cruzaba la pradera en diagonal. Cuando ella hubo recorrido más de la mitad de la distancia, se dio la vuelta por primera vez. A unos dos metros por detrás la seguía el capitán Anthony, con aire de extremado interés. Interés o, quién sabe, ansiedad. Fuera como fuese, ella notó en el rostro de él una expresión que le dio miedo, aunque no tanto miedo como para echar a correr despavorida. Y ciertamente tendría que haber sido algo increíblemente horroroso para poner en fuga, aterrada, a una jovencita que había apurado hasta el final su valor, y en no pocas ocasiones, sólo para seguir con vida.

»Como si le diese ánimos esa mirada que le lanzó por encima del hombro, el capitán Anthony se aproximó a ella con arrojo y, hallándose ya a su lado, ella notó la proximidad en lo más íntimo, como un roce. Flora intentó descartar como fuese tal sensación, sólo que ya no sentía ningún enojo por él. No valía la pena. Se sintió agradecida por el tacto y la sensatez que él mostró al no hacerle preguntas sobre su llanto. Es evidente que él nada preguntó, pero porque nada le importaba. A nadie, en todo el mundo, podía importar ella, ni siquiera a quienes fingían ese interés, ni menos aún a quienes dejaban ver a las claras su falta. De unos y otros, ella prefería a estos últimos.

»El capitán Anthony le abrió una cancela que daba paso a otro prado; cuando la hubieron franqueado, se mantuvo al paso de ella, casi codo a codo. Su voz resonaba

de forma muy placentera a oídos de la joven. Vivir en aquel sitio pesaroso y aburrido bastaba para que cualquiera sintiese en sus carnes la tristeza. Su hermana se pasaba el día entero garrapateando sus papeles; era sin lugar a dudas una desatención imperdonable. Hizo alusión a sus sobrinas motejándolas de ingratas repite monas, carentes de sentimientos y de modales. Y siguió hablando de su barco, que se hallaba en dique seco y que así iba a permanecer todo un mes, para que se realizasen toda suerte de reparaciones y mejoras. Lo peor de todo había sido que al llegar a Londres descubrió que no iba a poder hospedarse en las habitaciones en que solía, en las cuales le habían hecho sentirse todo lo cómodo que un inveterado lobo de mar, como él, podía aspirar a encontrarse estando en tierra firme.

»Presa de sus esfuerzos por acallar a golpe de palabras y por mantener a raya la misteriosa y profunda atracción que ya había empezado a sentir por aquella delicada persona de carne y hueso, de pálidas mejillas y ensombrecidos párpados, de ojos anegados en cálidas lágrimas, siguió hablando de sí y presentándose como un redomado enemigo de la vida en tierra firme, perfecta representación del terror para el hombre de corazón sencillo, qué menos con tantas modas y ritos y conveniencias, con tantas ceremonias y afectaciones. Aborrecía todo eso. No estaba preparado para tal modo de vida. Salvo en el mar, en ninguna parte había reposo, paz y seguridad.

»Así se obtiene una imagen pesimista del capitán Anthony, ermitaño retirado de las mezquindades de este mundo. Para mí sólo fue algo curiosamente imprevisto, puede que gracioso, nada más. Pero esto mismo tuvo que constituir una muy atractiva baza para aquella criatura maltratada y malherida. Irritada aún y encogida por su proximidad, Flora había terminado por escuchar sus palabras con avidez. Su profunda voz, sus murmullos, la sosegaron. Y ella dio en pensar de golpe que también existía la paz y el reposo en la tumba.

»—Fíjese en mi hermana —le oyó decir—. No es que sea mala mujer, de ninguna manera. Me invita a hospedarme aquí sólo porque es lo correcto, lo apropiado, digo yo, pero yo de nada puedo servirle, y ella bien poco me puede dar. No hay más que fijarse en la gente de tierra adentro. La verdad es que casi entiendo que todos los seres de este mundo lloren y se quejen a menudo, pues motivos no les faltan. Habría preferido marcharme, sólo que, si debo atenerme a la verdad, no tengo amigos en cuya casa pueda alojarme. ¿Y usted? —añadió con brusquedad.

»Ella hizo un leve gesto en señal de negativa. Él tuvo que estar observándola a fondo, y extrajo sus conclusiones sumando, como quien dice, dos más dos.

»—Cuando llegué aquí —siguió tras una breve pausa— me pareció que era usted la institutriz de esas dos niñas. Mi hermana no me dijo nada acerca de usted.

»Flora tomó entonces la palabra por primerísima vez.

»—La señora Fyne es mi mejor amiga.

»—Y la mía también —dijo él sin el menor asomo de ironía o de amargura—. Así se entiende —añadió con toda convicción— cómo es la vida que llevan ustedes en tierra firme. Es mucho mejor bien lejos de aquí, en alta mar.

»A medida que se acercaban a la casa de campo volvió a oírse su voz, tal y como si no hubiese mediado una larga y callada caminata desde sus últimas palabras. “En cualquier caso, no pienso preguntar a mi hermana nada acerca de usted”.

»Se quedó en donde estaba y ella siguió a solas. Sus últimas palabras la habían impresionado. Todo cuanto había dicho parecía tener de alguna manera cierto sentido especial que subyaciera a la obviedad de su tono conversacional. Hasta que penetró por la puerta de la casa de campo, sintió que los ojos de él la habían seguido en todo momento.

»Ahí tiene usted: él había dejado sentir su presencia. Podría decirse que la muchacha iba dando tumbos, desencajada, arrastrada por la estrepitosa riada de la vida, sin disponer de la menor oportunidad de hacer algo en defensa propia, cuando de repente se le hizo sentir que había alguien a su lado, en medio de las aguas tumultuosas. Para ella tuvo que ser un evento moral de considerables proporciones, tanto si se dio cuenta como si no. Volvieron a encontrarse al bajar a almorzar a la una en punto. Me siento inclinado a pensar que, por ser, como en efecto era, una muchacha sana a pesar de su frágil aspecto, y como caminar a buen paso y a una distancia no despreciable, así como lo que podría denominarse llanto de alivio (ya que existen muchos otros tipos de llanto), son actividades que suelen aguzar el hambre, hizo los debidos honores al almuerzo. Fue en cambio el capitán Anthony el que no tenía apetito. Su hermana hizo al respecto una simple constatación, mientras la mayor de las deliciosas sobrinas dijo en son de burla: “Esta mañana has hecho demasiado ejercicio, tío Roderick”. El por lo común manso tío Roderick se volvió hacia ella y le soltó un “¿Y tú qué sabrás de eso, jovencita?” tan cargado de furor a duras penas contenido que todos los presentes a la mesa redonda se quedaron boquiabiertos y terminaron después el almuerzo en absoluto silencio. Él no prestó ni la menor atención a Flora de Barral. No creo que fuese por prudencia, ni por efecto de un sopesado cálculo. Más bien me parece que no deseaba mirar hacia ella estando presentes otras personas que estorbasen su imaginación.

»Comprenderá usted, espero, que aquí voy troceando fragmentos de diversas afirmaciones que no guardan relación entre sí. Al día siguiente, Flora lo vio acodado sobre la cerca del campo. Cuando me lo dijo, no le pregunté, por supuesto, cómo es que se encontraba ella allí. Probablemente no habría podido explicarme cómo era que se encontraba allí. Aquí, la dificultad estriba en no perder de vista en ningún momento las condiciones que por entonces prevalecían en su existencia, una combinación de penas y terrores.

»El eremítico aunque no exactamente misántropo marinero estaba acodado sobre la cerca, embebido en sus ensoñaciones. Cuando vio la pálida cara, inquieta, de Flora, que pasaba como un objeto perdido por el camino, se metió la pipa en el bolsillo y la llamó con un “Buenos días, señorita Smith”, dicho en tono de asombro y de felicidad. Ella, con un pie en esta vida y otro en una pesadilla, estaba al mismo tiempo inerte, inestable, casi totalmente a merced de súbitos y diversos impulsos. Dio la vuelta en

redondo, se acercó con aire distraído hasta la cerca y lo miró directamente a los ojos. “No soy la señorita Smith; ése no es mi apellido. Le ruego que no me vuelva a llamar de ese modo”.

»Temblaba como si fuese presa de una apasionada cólera. Los ojos del capitán Anthony nada expresaban; se limitó a abrir la cerca en silencio, a tomarla del brazo y hacerla pasar. Y cerró de una patada.

»—¿Cómo que no es ése su apellido? ¿Le parece que eso pueda importarme? Su apellido es precisamente lo que menos me importa de toda su persona —se la había llevado con firmeza de la cerca, aunque ella opusiera una débil resistencia. Había en los ojos de él una especie de alborozo que a Flora le asustó—. Lo que está bien claro es que no es usted una princesa disfrazada —dijo con una carcajada inesperada, que a ella le heló la sangre en las venas—. Y eso es lo único que me importa. Está clarísimo, incluso a ojos de un perfecto imbécil, que lo ha pasado usted francamente mal. Es como si estuviese usted encallada en un bancal, a sotavento, royéndose el corazón de pura preocupación.

»Lo que a Flora casi le pareció un espanto fue la luminosidad de alborozo que se le notaba a él en los ojos, la sonrisa de rapacidad que iba y venía de sus labios, como si se estuviese regocijando de sus penas. Ahora bien, precisamente en las penas de Flora radicaba la oportunidad de Anthony, de modo que sí se alegró, al tiempo que la más tierna compasión parecía inundar todo su ser. Le indicó que ella sí sabía quién era él. Era el hermano de la señora Fyne. Así pues, en fin, si su hermana era la mejor amiga que tenía, ya iba siendo hora, qué demonios, de que alguien se preocupase de cuidarla a ella.

»Flora se había debatido en varias ocasiones por soltarse, pero él apretó con más fuerza la mano con que la sujetaba por el brazo, e incluso la zarandó un poco sin dejar de hablar. La proximidad de su rostro intimidó a Flora. Fue como si él se esforzase por ver algo a través de ella. Era obvio que el mundo la había maltratado y vilipendiado. Y a medida que él habló con indignación, las huellas y hasta el sello de estos malos tratos, de los que tan seguro estaba él mismo, parecieron añadirse a la inexplicable atracción que sentía por su persona. No era sólo compasión, estoy convencido. Tuvo que ser algo más espontáneo, más perverso y excitante. Todo ello le dio la sensación de que siempre que al menos pudiese adueñarse de aquella mujer, ninguna otra mujer podría llegar a pertenecerle tan por completo.

»—Ahora no importa cuáles sean las cuitas que la atribulan, señorita —le dijo—, porque yo soy el hombre que ha de arrancarle de todas ellas, siempre y cuando, claro está, no tenga usted miedo. Me dijo que no tenía ninguna amistad; bien, pues yo tampoco. Nadie se ha preocupado nunca por mí, al menos por lo que alcanzo a recordar. Quién sabe, tal vez usted sí podría. En efecto, le he dicho que vivo en el mar. Si viniese conmigo, ¿de quién tendría que separarse? De nadie. No hay nadie en este mundo que le pertenezca, ni pertenece usted a nadie.

»A esto, ella se desembarazó de él y escapó corriendo. Él no la persiguió. Los

altos setos que revolvía el viento, la anchura de los campos, las nubes rodando por el cielo y el cielo mismo dieron vueltas y más vueltas alrededor de Flora, formando masas indiscernibles de verde, blanco y azul, como si el mundo fuera a desgajarse sacudido por un torbellino, como si dando un paso más sus pies sólo pudieran encontrar el vacío. Llegó a la cerca, salió al campo y, una vez en el camino, descubrió que carecía del valor necesario para volver la vista atrás. Pasó el resto del día con las hijas de los Fyne, las cuales le hicieron saber veladamente que era una persona lenta de entendederas, carente de interés. Mucho después del té, casi al atardecer, el capitán Anthony (el hijo del poeta) se plantó de pronto ante ella, en el jardín de la entrada a la casa. Estaban solos los dos por el momento. Había dejado de soplar el viento; en el calmo aire del crepúsculo se oían las voces de la señora Fyne y de sus hijas, que paseaban sin ir a ninguna parte en concreto por el camino.

»—¿Me ha comprendido usted? —le dijo con severidad.

»Ella lo miró en silencio.

»—Le he dicho que la amo —terminó él.

»Ella agachó levísimamente la cabeza.

»—¿Es que no me cree? —preguntó en voz baja, con una punta de rabia.

»—Nadie podría amarme —repuso ella en tono muy sosegado.

»Él tuvo un instante de enmudecimiento, asombrado hasta más allá de lo concebible. Dudó incluso que hubiese oído bien. Se sintió ultrajado.

»—¿Eh? ¿Cómo? ¿Que nadie podría amarla? ¿Y qué sabe usted de eso? Que yo la ame es asunto mío, ¿no cree? ¡Cómo se atreve a decir tal cosa al hombre que acaba de decirle que la ama! ¿Está usted loca?

»—Poco menos —dijo ella con la solicitud que dichas palabras pueden dar a la sinceridad, y aliviada incluso, ya que por vez primera pudo decir algo que tenía sin asomo de duda por verdad. Durante los últimos días se había sentido en varias ocasiones cerca de esa locura que no es sino la intolerable lucidez del terror.

»Las voces claras de la señora Fyne y de las niñas iban acercándose, resonando con afectado empaque en medio de la paz y el silencio de una tierra cargada de pasión. El capitán Anthony se decidió a lanzarle una apresurada invectiva.

»—¡Qué estupidez! ¿Qué quiere decir que nadie podría, eh? ¡Ah, hay que ver...! ¡Bah! Tendrá que comprobar usted misma que sí hay alguien que puede, ya lo creo. Que nadie podría... —soltó un siseo de desprecio—. Más probable me parece que sea usted la que no puede, ¿eh? ¿Qué es lo que le han hecho? ¿Qué es lo que ha quitado el tesón, la valentía, el...? Lo que pasa es que no osa usted mirar cara a cara a un hombre, eso es. ¿Qué es lo que le ha vuelto de ese modo? ¿De dónde sale usted? Han abusado de usted. Los muy bandidos, me da lo mismo quiénes sean, hombres o mujeres, se diría que incluso le han despojado a usted de su verdadero apellido. Me decía antes que no es usted la señorita Smith. Entonces, ¿quién es usted?

»Ella no contestó.

»—No se lo pregunto porque me importe —gruñó él, y también hubo de callarse,

ya que la fatua cháchara de las hijas de los Fyne se oía ya en la cancela. Todavía no iban a irse a dormir. Pasaron por delante de ellos; aguardó un poco más, callado, inmóvil, hasta dar un pisotón contra el suelo y perder de nuevo los estribos. La asaeteó de gruñidos y murmullos proferidos en la más desatada pasión. Flora creyó sin duda que la estaba amenazando e insultando. Abusos semejantes no le eran ni mucho menos desconocidos, tal como sabemos ya, pero en este caso hubo, a su juicio, una especie de ferocidad que le resultó totalmente nueva. Se echó a temblar. Lo más aterrador era que no lograba adivinar cuál era la naturaleza de aquellas horribles amenazas, de aquellos espantosos insultos. No entendió ni una sílaba. Y no fue la suya, pese a todo, la angustia que había experimentado en tantas otras escenas vejatorias. Hizo un esfuerzo sobrehumano, aunque le temblaban las rodillas, entrechocando, y con un hilillo de voz suplicó que la dejase entrar en casa. “No me lo impida. Es inútil. Es inútil”, repitió con extrema debilidad, sintiendo que en su interior se henchía una obstinación invencible, pese a no sentir enojo ninguno contra aquel hombre enfurecido.

»Él, de golpe, recuperó la cordura y pudo hablar de forma comprensible, sin levantar la voz, pero haciéndose oír.

»—¡Inútil! ¡Inútil! ¿Se atreve a decirme a la cara que es inútil? ¿Usted, que no es más que una dolorosa voluta de neblina blanca, un fantasma minúsculo, apesadumbrado por todas las penas de este mundo? ¿Se atreve usted! ¿Es que no la he mirado yo con todo detenimiento? Es usted toda ojos. Dígame, ¿qué espectáculo ha podido ver para que sus mejillas tengan siempre ese palidísimo color? No, no diga nada. Me gusta así... ¡Inútil! ¿Y de veras piensa usted que ahora puedo hacerme a la mar y pasar un año, o más, surcando quién sabe qué aguas, hasta llegar al otro lado del mundo incluso, dejándola a usted atrás? ¡Es inaudito! Se desvanecería usted... Mejor dicho, se desvanecería lo poco que aún queda de usted. Se la llevaría de un soplo un vendaval mediano. No tiene usted a qué aferrarse en esta tierra. Así pues, ¿por qué no se confía a mi cuidado, por qué no viene conmigo a la mar, que es tan honda... como sus propios ojos?

»—Imposible —respondió. Él calló unos instantes, para interrogarla después con un tono totalmente transformado, un tono de lúgubre curiosidad.

»—Entonces... ¿es acaso que no soporta mi presencia? ¿Es eso?

»—No —dijo ella con más aplomo—. No, ni siquiera estoy pensando en usted.

»Las voces inanes de las hijas de los Fyne se oían por los campos en penumbra, llamándose la una a la otra, claras y altisonantes.

»—Pues podría al menos intentarlo... A no ser que piense usted en otro...

»—Sí, estoy pensando en otro, en otro que no tiene en quién pensar, aparte de mí.

»La umbría silueta del capitán Anthony se quitó de en medio, franqueando el paso a Flora, y sin previo aviso se recostó contra el soporte del porche. Mientras Flora quedó quieta, sorprendida por este brusco retroceso, oyó él su propia voz en un tono que le resultó del todo extraño.

»—Entre pues. Desaparezca de mi vista. Pensé... que había dicho que nadie podría amarla...

»Ya lo había dejado atrás cuando cayó en la cuenta de la desolación en que dejaba sumido al capitán Anthony, y apostilló:

»—Nadie me ha amado nunca... y menos de ese modo, si a eso se refiere. Nadie podría amarme.

»Él se apartó súbitamente del soporte de madera, sin que ella retrocediese; la señora Fyne y las niñas, sin embargo, estaban ya en la cancela.

»Lo único que él llegó a entender fue que no todo estaba perdido. No había tiempo que perder; la señora Fyne y las niñas habían cruzado ya la cancela. “Espere”, susurró, sólo que con tal autoridad (era hijo de Carleon Anthony, el autócrata doméstico) que en efecto la detuvo un instante, el tiempo suficiente para que le oyese decir que a él no podía dejarlo de aquella manera, para que pasara la noche entera dando vueltas y más vueltas a tantas tonterías inexplicables. Le indicó que saliera al jardín con sigilo poco más tarde, rápidamente, sin que nadie la oyese. Él estaría allí mismo, esperándola... hasta que rayase el alba si fuera preciso. No pensaría que era capaz de irse a dormir en tal estado. Lo mejor sería que bajase al jardín, o de lo contrario... Dejó la amenaza en suspenso.

»Flora desapareció tragada por las sombras del interior de la casa en el momento en que la señora Fyne subía los escalones del porche. Nerviosa, conteniendo la respiración a oscuras en la sala, oyó la voz de su mejor amiga. “Tendrías que haber venido con nosotras, Roderick”, y acto seguido: “¿Has visto a la señorita Smith por alguna parte?”.

»Flora sintió un escalofrío, esperándose que Anthony estallase en un torrente de traicioneras imprecaciones, vertido sobre los hombros de la tal señorita Smith, causando así la no por consiguiente menos humillante y dolorosa explicación. Se lo imaginó lleno a rebosar de su ferocidad misteriosa. Con gran sorpresa por su parte, la voz de Anthony sonó más o menos como de costumbre, puede que con un leve tinte de acrimonia. “¿A la señorita Smith? No, no he visto a la señorita Smith”.

»La señora Fyne pareció satisfecha... y en realidad nada preocupada.

»Flora, aliviada, subió al punto a su habitación; cerró la puerta sin hacer ruido y se dejó caer sobre una silla. Estaba acostumbrada a los reproches, los abusos, a toda clase de malos tratos, a todo, salvo a que realmente la hubiesen maltratado físicamente. Muchos otros encolerizamientos inexplicables habían zaherido, magullado, pisoteado su adolescencia sin compasión, diríase que casi exclusivamente por ser hija del financiero De Barral, amén de condenarla a sufrir una pobreza sobremanera denigrante debido a la felonía de diversos traidores que habían dado la espalda a su padre en su hora de mayor necesidad. Y ella se paró a pensar con la mayor ternura, con incontenible afecto, en su alto y delgado cuerpo, embutido en su levita abotonada de arriba a abajo, en su voz suave, aunque nunca tuviese gran cosa que decirle siendo aún una niña pequeña. Le pareció sentir su mano cerrada sobre la

suya. Durante sus fugaces visitas a Brighton siempre salía a pasear con ella, tomándola de la mano. La gente los miraba a hurtadillas: tocaba la banda en el quiosco, y estaba además el mar..., la azul alegría del mar. Eran apaciblemente felices estando juntos. ¡Y todo había terminado!

»La inmensa angustia del presente le perforó el corazón de parte a parte, y a punto estuvo de echarse a llorar. El terror que le inspiraba lo que pudiera estar esperándole, un terror que había ido corroyendo lentamente el valor que aún le restaba con el paso de los años, en una súbita llamarada incendió un acceso de pánico, ese pánico impetuoso que ya la había empujado en dos ocasiones casi al borde del precipicio, en la cantera. Se levantó de un salto, diciéndose: “¿Y por qué no ahora mismo, sin esperar a más? ¡Sí! ¡Ha de ser ahora, a oscuras!”. El horror mismo de la idea pareció darle resolución añadida.

»Bajó la escalera sin hacer ruido, y sólo cuando fue a abrir la puerta, al sentir que no estaba echado el pestillo, recordó al capitán Anthony, recordó su amenaza de permanecer la noche entera esperándola en el jardín. Titubeó. No lograba entender con claridad el talante de aquel hombre. Era violento. Sólo que ella había ido más allá de ese punto hasta el cual cada cosa tiene su importancia. ¿Qué podría él pensar cuando ella bajase al jardín, donde él la esperaba, tal y como naturalmente supondría? Pero ni siquiera eso tenía ya importancia ninguna. No podría él menospreciarla más de lo que ella misma se despreciaba. Tenía que habersele ido un poco la cabeza, porque llegó a ocurrírsele la idea de que en el supuesto de que fuera él presa de una furia irreprimible, por culpa del disgusto, y si por casualidad la estrangulase, ésa sería al fin y al cabo una forma tan buena como cualquier otra para terminar de una vez por todas.

»—¿Tuvo de verdad semejante idea? —exclamé asombrado.

»Con la mirada baja, hablando con una rigidez dolorosísima (sus propios labios, sus labios rojos, parecían moverse sólo lo indispensable para que se la oyese, y nada más), dijo que sí, que se le había pasado tal cosa por la cabeza. Con esto, es casi obligado estremecerse ante los misterios de la forma en que adquieren las muchachas el conocimiento. Y es que fue ésa una ocurrencia, reconozco que absolutamente disparatada, pero que sólo podría haber brotado de una clase de experiencia que ella de ningún modo había tenido, que iba mucho más allá de la posible concepción que hubiese llegado a formarse una jovencita como ella respecto de las más íntimas y virulentas emociones de los hombres.

»—Y él estaba allí, por descontado —dije.

»—Sí, allí estaba. —Lo vio en el jardín, nada más salir del porche. También él estaba muy quieto. Fue como si llevase muchas horas allí de pie, de cara a la puerta.

»Agitado por las oscilaciones de la pasión y la ternura, tenía que estar prevenido para afrontar hasta la conducta más extravagante. Conocedor del profundo silencio que cada noche traía a aquel paraje del campo, pude imaginar fácilmente que ambos habrían tenido la sensación de ser las dos únicas personas que hubiese sobre la faz de

la tierra. Una hilera de seis o siete altos olmos, al otro lado del camino, frente a la casa de campo, adensaba la oscuridad de la noche en el pequeño jardín. Apenas podían distinguirse el uno al otro en medio de la negrura.

»—¿Entonces? ¿Se sintió usted aterrada? —inquirí.

»Me hizo esperar un poco antes de contestar, elevando los ojos.

»—Fue la dulzura en persona.

»Me percaté de que tres abominables ganapanes borrachos como cubas, que se habían puesto medio en fila, a unos tres metros de nosotros, a la entrada de la taberna, contemplaban sin llegar a verla, con taciturna fijeza, la espalda de Flora de Barral.

»—Vámonos un poco más hacia allá —propuse.

»Se dio la vuelta de inmediato y dimos juntos unos cuantos pasos, aunque no hasta el punto de perder de vista la puerta del hotel, de lo cual faltó bien poco. Sólo por los pelos alcanzaba a verla. Después de todo, no es que hubiese pasado tanto tiempo en compañía de la joven. Si tuviese usted que espigar las palabras que cruzamos de todos los comentarios que he ido añadiendo, se daría usted cuenta de que no fueron tantas, incluyendo todo lo que tan inesperadamente me había referido de su historia. Pues no, no fueron tantas. Y en ese momento me pareció que ya no habría más. No; no pude dar por hecho que ella fuese a proseguir su relato; no podía tampoco exigir más. Su confidencia había sido una maravilla, asombrosa hasta el punto al que había llegado, y quizá imposible que hubiese venido de ninguna otra muchacha de este mundo. Me sentí algo confuso, azorado. El origen de nuestra intimidad era demasiado espantoso. Fue casi como si, escuchándola, me hubiese aprovechado de haber entrevisto el fondo de su pobre alma, desamparada y aterrada, pero también me invadía la curiosidad; por hacer justicia a mi actitud sin pecar de falsa modestia, era más bien avidez: estaba ávido de saber algo más.

»Me sentí como un chantajista, a pesar de los pesares, cuando probé suerte con un comentario más bien inocente.

»—¿Así que renunció al paseo que se había propuesto dar?

»—Sí, renuncié al paseo —dijo muy despacio, antes de elevar de nuevo su mirada de modestia. Cuando lo hizo, surtió un efecto extraordinario. Fue como ver un trozo de cielo azul, una franja de mar abierto. Y por un instante entendí el deseo de aquel hombre para el cual el mar y el cielo de su vida en soledad habían quedado de repente incompletos sin aquella mirada que parecía estar hecha de ambos. No en vano era hijo de un poeta. Contemplé aquellos ojos tranquilos mientras la muchacha siguió hablando, con aquella tensa expresión en que se habían tornado su reserva y su quietud. Ciertamente, la mujer es diversa.

»—Pero quiero que entienda bien, señor... —tuvo que hacer una pausa para recordar mi apellido—... señor Marlow, que he escrito a la señora Fyne diciéndole que yo no..., que yo no he hecho nada para obligar al capitán Anthony a comportarse conmigo tal como se ha comportado. No he hecho nada. No es responsabilidad mía. No es culpa mía que ella se empeñe en ver las cosas de ese modo, que insista en

culparme. Además, ella, con sus ideas, tendría que ser la primera en entender que yo no podría haber hecho tal cosa, que no habría sido capaz... Sé que ahora me odia; pienso que en realidad nunca me tuvo aprecio. Nadie me ha tenido aprecio, nunca. En cierta ocasión me dijeron que yo nunca podría importarle a nadie ni lo más mínimo, y creo que eso es verdad. En todo caso, es algo que no puedo olvidar.

»Su abominable experiencia con la institutriz había implantado en su desdichado corazón una duda perpetua, una suspicacia de sí misma y de todos los demás casi imposible de erradicar.

»—Recuerde, señorita De Barral, que si desea obrar con justicia ha de confiar por entero en un hombre... o no confiar en él en absoluto.

»De pronto bajó la mirada. Creí oír un débil suspiro. Intenté adoptar de nuevo un tono algo más desenfadado, pero me fue con todo imposible despegar del terreno en que me hallaba en plena confianza con ella.

»—La señora Fyne es absurda. Es una mujer excelente, pero la verdad es que ni ella ni nadie podría esperar de usted que echase por la borda la ocasión de su vida sólo por dejar que atesore de usted una opinión o un recuerdo favorable. Eso sería excesivo.

»—No era en mi vida en lo que estaba pensando mientras el capitán Anthony hablaba... hablaba conmigo —dijo Flora de Barral haciendo un esfuerzo.

»Le dije que en ese caso se equivocaba. Debería haber estado pensando en su vida, y no sólo en la suya, sino en la vida del hombre que estaba hablándole en ese momento. Me dejó terminar mi observación y sacudió la cabeza con impaciencia.

»—Quiero decir que... estaba pensando en la muerte.

»—Bueno —dije—, cuando él se interpuso en su camino, a la entrada de la casa de campo, en realidad se interponía entre usted y la muerte. Me lo ha dicho usted misma hace un momento. No puede negarlo.

»—Si prefiere usted pensar que me salvó la vida, entonces algo más salió ganando. Ya ni siquiera era mía, no. Ya no me pertenecía a mí el que yo... ¡Y no era miedo! —terminó con petulancia—: Ahora, lo mismo da que lo sepa usted.

»Agachó la cabeza y balanceó levemente el parasol. Me quedé pensativo.

»—¿Sabe usted francés, señorita De Barral? —pregunté.

»Me indicó con un gesto que sí, pero sin manifestar la menor sorpresa por mi pregunta, sin dejar de balancear el parasol.

»—En ese caso, le diré que tengo de alguna manera la idea de que el capitán Anthony es lo que los franceses llaman un *galant homme*^[4]. Preferiría creer que se le trata tal como merece.

»Sus labios (pude verlos bajo el ala del sombrero) se alteraron de repente para adoptar una fina línea de seriedad. El parasol dejó de balancearse.

»—Yo le he dado lo que él quería..., es decir, a mí —dijo sin titubeos, con un tono de singular dignidad.

»Impresionado por la franqueza y la claridad de sus palabras, vacilé un instante

sin saber qué decir. Y entonces tomé la resolución de elucidar el asunto.

»—Y usted... ¿Tiene usted lo que quería?

»La hija del señor De Barral, el egregio financiero, no contestó de inmediato esta pregunta, que iba, de hecho, al fondo del asunto. Al cabo, elevando la cabeza y mirando distraída al otro lado de la calle, ruidosa, recorrida sin cesar por innumerables mercancías, dijo con intensa sinceridad:

»—Ha sido extremadamente generoso conmigo.

»Me complació que dijera esto. No es que yo dudase del amor del capitán Anthony, pero me complació saber algo que demostraba el que ella siguiera siendo una persona sensible y abierta al sentimiento de gratitud, que en este caso era sumamente significativo. Cuando se trata del deseo de un hombre, una muchacha siempre tendrá disculpa si considera que su persona no tiene precio. Me refiero a una muchacha típica de nuestra civilización, que no por nada ha acuñado toda una ditirámica fraseología para dar expresión al amor. El hombre que de verás esté enamorado aceptará sin cuestionar toda convención tendente a ensalzar el objeto de su pasión y, de modo indirecto, su propia pasión. Ni siquiera se me alcanza de qué manera pudo el capitán del *Ferndale* dar sobrada muestra de su exuberancia amorosa; en cualquier caso, me congratulé de que la joven se mostrase agradecida. Es una suerte que las cosas más pequeñas puedan complacer a las mujeres, y no es por cierto ninguna tontería que sepan poner buena cara al sentirse complacidas. Es en las cosas más pequeñas donde mejor puede expresarse esa hondísima lealtad, la que más necesitan, que es la lealtad de los momentos fugaces.

»Se había quedado pensativa, dejando que sus profundos e inmóviles ojos se posaran sobre el tráfico que pasaba ruidosamente.

»—Y yo quería pedirle a usted... —dijo de repente—... Me alegré mucho cuando lo vi aquí, delante de este hotel. ¿Quién habría podido esperar tal cosa? A mí, desde luego, ni se me hubiese ocurrido... Ya puede darse cuenta de que aquello significó mucho para mí. Y usted es la única persona que lo sabe... La única que lo sabe con absoluta certeza.

»—¿La única persona que sabe qué? —repuse, sin descubrir en principio lo que le rondaba las mientes. Y me di cuenta—. ¿Por qué no se olvida de eso de una vez? ¿Por qué no deja de darle vueltas? —le recriminé, bastante molesto por la odiosa postura que me estaba forzando en cierto modo a adoptar—. Es cierto que fui yo el único en verlo —añadí—. Pero resulta que a raíz de su misteriosa desaparición les conté a los Fyne la historia de nuestro encuentro.

»Alzó los ojos para mirarme con una expresión de soñoliento, insondable candor, si así puede decirse. Y si le intriga qué es lo que pretendo decir, sólo puedo explicárselo diciendo que he visto a veces en el mar esa misma expresión, una o dos veces a lo sumo, poco antes de que amanezca un día límpido y sereno. Dijo entonces ella, como si estuviese meditando en voz alta, que suponía que no era probable que a los Fyne les diese por hablar de aquello. No imaginaba ninguna situación en la cual...

Además, ¿por qué iban a hablar de aquello?

»Como había adoptado una entonación interrogativa, asentí: “No me cabe la menor duda. No existe razón por la cual...”, y me dije que, con toda probabilidad, optarían por guardar silencio al respecto. Tenían otras muchas cosas de que hablar. Y recordando que el bueno de Fyne llevaba dentro del hotel un lapso del que yo no tuve conciencia, un lapso suficiente para despachar todo, lo que se dice todo lo que hubiese llegado a saber a lo largo de su vida, reflexioné que seguramente y en buena lógica el capitán Anthony no tenía nada que saber acerca de Flora de Barral por medio de su intervención. Eso había sido lo que hasta ese momento yo mismo había dado por sentado. Entendí el error en que incurría. Ni siquiera la mujer más sincera del mundo tendría por qué hacer confidencias innecesarias a un hombre. Y era justo que así fuese.

»—¡No, no! —afirmé en tono tranquilizador—. Es sumamente improbable. ¿Le preocupa?

»—Es que, verá, cuando salí... —siguió de nuevo con su tono de reserva—, cuando salí al jardín el capitán Anthony no entendió que...

»—Era lógico que no entendiese. Los hombres son vanidosos —dije.

»Me di perfecta cuenta de que para él, si ella había bajado al jardín era sólo para estar con él. ¿Qué otra cosa podría habersele ocurrido? Y entonces se portó como “la dulzura en persona”. Una novedosísima experiencia para aquella pobre, delicada criatura, pese a todo tan reacia y recalcitrante a veces. ¡Dulzura en la pasión! ¿Qué otra cosa habría podido ser más seductora para el aterrado, hambriento corazón de la jovencita? Quizá, caso de haberse mostrado un tanto violento, ella podría haberle comunicado que había bajado al jardín para no faltar a una cita con la muerte, y no con el amor. Mientras la miraba, tan joven y tan frágil de aspecto, tan intensamente viva pese a su quietud, se me ocurrió que tal vez nunca hubiese llegado a saber qué clase de cita era la que había salido a cumplir.

»Sonrió débilmente, casi con torpeza, como si no tuviese por costumbre sonreír, ante mi barato golpe de humor. Y entonces dijo con su forzada reserva, con una especie de remilgo cohibido.

»—No quería que él llegara a saberlo.

»Aprobé la idea de todo corazón. Muy acertado. Tanto mejor. Que permanezca él por siempre engañado por esa ilusión, tanto más adulatora.

»Procuré mantener un tono de comedia, pero ella era, me parece, demasiado simple para comprender mis intenciones.

»—¡Oh! ¿De veras lo cree? —siguió con la mirada gacha—. Cuando lo vi a usted no supe a qué podría haber venido. Me alegré mucho de que me dirigiese usted la palabra, porque esto es exactamente lo que yo deseaba pedirle. Quería pedirle que si alguna vez se encuentra con el capitán Anthony, si el azar quisiera ponerle en contacto con él, en donde sea..., porque usted también es marino, ¿verdad? Bien, quería pedirle que nunca, nunca le mencione... aquello, o sea, que me vio allá

arriba...

»—Mi querida jovencita —exclamé, espantado por la suposición— ¿Por qué iba yo a hacer tal cosa? ¿Qué le hace pensar que ni por asomo soñaría yo...?

»Se había llevado la mano a la cabeza ante mi arranque de vehemencia; no lo había entendido. El mundo la había tratado de modo tan aborrecible que ni siquiera tenía una mínima idea de lo que pueda ser el pudor de los propios sentimientos. Pero no era culpa suya. Ciertamente, no veo por qué tendría que haber depositado ella toda su confianza en las promesas que le hubiese podido hacer cualquiera. Pese a todo, me pareció que sería preferible prometérselo. Por eso la tranquilicé, diciéndole que podía contar con mi silencio absoluto.

»—Por otra parte, es poco probable que alguna vez llegue a encontrarme con el capitán Anthony —añadí con evidente convicción, a manera de garantía adicional.

»Aceptó en silencio mi prueba de buena fe, sin decir palabra. Su gravedad tenía un punto de agudeza, quizá por su mentón. Aún estábamos mirándonos el uno al otro cuando dijo:

»—En realidad no hay el menor engaño. Me gustaría hacerle creer a usted que si estoy aquí ahora no es por miedo. ¡No es por miedo!

»—Lo entiendo, y le creo —dije, pero una sombra de duda delató su mirada firme, cohibida—. De veras —insistí—. Entiendo perfectamente que no tuvo usted ningún miedo de la muerte.

»Bajó la mirada lentamente.

»—En cuanto a la vida —proseguí—, eso ya es otra cosa. Y no creo que nadie deba cargarla a usted con la culpa, aun cuando el paso que ha dado pueda parecer excesivo. Me pregunto si no será más bien la fealdad, y no el dolor de la lucha, lo que...

»—¡Pero yo sí me echo la culpa! —dijo estremeciéndose—. Me avergüenzo —y, con la cabeza gacha, pareció en un instante la viva imagen del remordimiento y la vergüenza.

»—En fin, bien pronto dejará atrás todos esos errores —concluí—. Desde luego, no creo que tenga ningún miedo del mar. Tengo entendido que su abuelo era marino.

»Suspiró profundamente. Recordaba muy poco a su abuelo; un viejo siempre bien afeitado, de tez rubicunda y largos cabellos blancos. La sentaba a veces sobre sus rodillas, y acercando su cara a la de la niña, le hablaba con tiernos murmullos. Si estuviese aún vivo...

»Quedó callada un rato.

»—¿No arde en deseos de ver el barco? —pregunté.

»Bajó la cabeza un poco más, para que no pudiera verle de ninguna manera la cara.

»—No lo sé —murmuró.

»Ya me rondaba antes la sospecha de que ella no conocía cuáles eran sus propios sentimientos. Toda aquella intervención del azar había sido demasiado repentina,

totalmente inesperada. Y ella carecía de apoyatura, de recursos; por no tener, no tenía más experiencia que la de ver hecha trizas su fe en las personas. Estaba aterradoramente, lamentablemente desamparada. Casi con intención de dar consuelo a mi propia depresión hice un comentario en tono de ánimo.

»—En fin, sé de alguien que debe de estar impacientándose a más no poder por verla a usted.

»—Llego antes de lo previsto —confesó con simpleza, sonrojándose—. No tenía nada mejor que hacer. Por eso salí a la calle.

»Se me apareció la súbita visión de un cuartito sórdido, abandonado, en la otra punta de la ciudad. Habíase vuelto insoportable, dada su creciente inquietud. Sólo de pensar en el cuarto sentía que le faltaba el aire. Flora de Barral miraba con toda franqueza al confidente de sus azares.

»—Y me vine hacia aquí —siguió—. Yo misma acordé la hora ayer. El capitán Anthony no puso ninguna objeción. Me dijo que iba a estar repasando algunos papeles de negocios hasta que llegase yo.

»Pensar en el hijo del poeta, en el hombre que había rescatado a la damisela más desamparada de estos tiempos modernos, metido hasta las orejas en las cuentas de su navío, debo reconocer que me hizo gracia.

»—Estoy convencido de que no le habría importado en absoluto que llegara usted antes —dije sonriendo. Con todo, la mirada de la muchacha seguía ensombrecida, y su rostro delgado y pálido parecía patéticamente ajado por sus muchas cuitas.

»—Apenas puedo creerlo —murmuró angustiada.

»—Pues créaselo, porque es una realidad. Y no tenga miedo —le dije para animarla, aunque tuve que cambiar inmediatamente de tono—. Mejor será que se aleje un poco, por ahí —le indiqué bruscamente el camino.

»Me había percatado de que Fyne salía en aquellos momentos por la puerta del hotel. Sin apurar el momento para hacer más preguntas, la inteligente jovencita se marchó con discreción por una bocacalle, en tanto que yo me apresuré a recibir a Fyne, el cual se aproximaba por la avenida con su eficaz paso de caminante avezado. Me había propuesto detenerlo antes de que llegase a la esquina. Debía de estar demasiado inmerso en sus pensamientos, pues ni siquiera se fijó en lo que le rodeaba. Me interpuse en su camino y a punto estuvo de tropezar conmigo.

»—¿Y bien? —le dije.

»Su sorpresa fue mayúscula.

»—¿Cómo? ¡Usted aquí! ¿No irá a decirme que me estaba esperando?

»Le expliqué sin demasiado esmero que un asunto imprevisto me había retenido en aquel mismo barrio y que por eso lo había visto casualmente cuando salía del hotel.

»Se me quedó mirando con solemne distracción; obviamente, estaba pensando en otra cosa. Le sugerí que tomase el primer tranvía que pasara de camino al centro de la ciudad. No me hizo ni caso; me di cuenta de que estaba profundamente perturbado.

Como la señorita De Barral (a quien ya no se veía por ninguna parte) no podría bajo ningún concepto acercarse a la puerta del hotel mientras siguiéramos allí plantados, propuse que cruzásemos la calle para esperar al tranvía. Obedeció más a la leve presión de mi mano en su antebrazo que a mis palabras, y mientras cruzábamos la ancha avenida sorteando los vehículos, exclamó con voz tonante:

»—¡No sé cuál de los dos estará más loco!

»—¿De veras? —grité al tiempo que tiraba de él, apartándolo del morro de dos enormes y adormilados caballos de tiro. Se hurtó a su paso con un ágil, brusco movimiento, y saltó a la otra acera con precisión puramente instintiva; sus movimientos no guardaban ninguna relación con lo que le ocupaba las mientes. A mitad del salto, en tanto surcaba con su acostumbrada solemnidad los aires, siguió dando rienda suelta a la indignación que lo reconcomía:

»—¡Es para no dar crédito! ¡Están los dos locos de remate!

»Tuve el tino de colocarme de modo que, para hablarme cara a cara, tuviese que dar la espalda al hotel de enfrente. Tuve la impresión de que lo primero que me dijo, nada más salir del hotel, podía dar pie a una interpretación errónea por mi parte, pero tuvo a bien aclararme, sin pérdida de tiempo, inadvertidamente, que el capitán Anthony se había alegrado mucho de verlo. Era desde luego difícil imaginar que, nada más abrir la puerta, el “hermano marinero” de su esposa lo hubiese recibido con un caluroso “¡Hombre, si es usted! ¡Exactamente el hombre con quien deseaba conversar un rato!”.

»—Me lo encontré sentado ante su escritorio —prosiguió Fyne con su impresionante voz de bajo—; estaba redactando su testamento.

»Ésa sí que fue una inesperada revelación, ante la que pude mantener una actitud de neutralidad, a sabiendas de que nuestros actos nunca son por sí solos muestras de locura o de cordura. Pero tampoco acerté a percibir qué motivo de conmoción pudiera haber en ello, si bien Fyne se mostraba inconfundiblemente conmocionado. Lo comprendí mejor cuando tuve conocimiento de que el capitán del *Ferndale* deseaba que el pequeño Fyne fuese uno de sus albaceas testamentarios. Iba a legárselo todo en herencia a su esposa. Naturalmente, tal requisitoria, que no en vano entrañaba por parte de Fyne la sanción de un proceder contra el cual su esposa lo había enviado a oponerse y a luchar con todas sus fuerzas, al bueno de Fyne tuvo que parecerle sobrada locura.

»—¡Yo! ¡Precisamente yo, de todas las personas que hay en este mundo! —repitió, dándole la debida, portentosa importancia que revestía el hecho según su entender. Pese a todo, me di cuenta de que tenía miedo. ¡Qué inconmensurable falta de tacto!—. Supuso que había ido a visitarlo de parte de su hermana. Y nadie, en su sano juicio, se atreve a poner a un hombre en tan delicada y molesta situación —se quejó Fyne—. Eso me indujo a expresar mis protestas por todo este penoso asunto con mucha mayor energía de lo que habría osado yo en circunstancias... diferentes.

»Le recordé con toda concisión, sin quitar la vista de la puerta del hotel, que él y

su esposa eran el único vínculo con tierra que le quedaba al capitán Anthony. ¿A quién podría haberle pedido tal cosa?

»—Le expliqué que ese vínculo era el que él mismo había roto —declaró Fyne solemnemente—. Que lo había roto para siempre. ¿Y a cambio de qué, digo, a cambio de qué?

»Se me quedó mirando intensamente. Quizá podría yo haberle dado un indicio, pero preferí no decir nada. Volvió a mirarme.

»—Mi esposa da por sentado que la muchacha no le ama en absoluto. Y lo dice por la carta que ella misma le mandó. Contiene un pasaje en el que ella prácticamente reconoce que ha obrado sin ningún escrúpulo al aceptar su proposición de matrimonio, aunque le diga a mi esposa que confía en que ella, mi esposa, sepa perdonarla, ya que lo ha hecho en defensa propia. De acuerdo, pase que mi esposa tenga opiniones propias, pero esto, por descontado, es una escandalosa interpretación de sus opiniones. Escandalosa, sí.

»El buen hombre hizo una pausa.

»—Eso no se lo he contado a mi cuñado —añadió con énfasis—. Me refiero a las opiniones de mi esposa.

»—No, claro —dije—. ¿De qué habría servido?

»—¡Es una absoluta locura! —contestó el pequeño Fyne con un tono de voz por el que me pareció como si acabase de realizar un espantoso descubrimiento—. En toda mi vida, nunca había visto asunto tan inexplicable, tan desesperante. Me he sentido más aterrado que desolado —añadió mientras lo miraba yo con curiosidad, preguntándome si el excelente funcionario y notorio paseante había sentido acaso pasar el hálito de un amor fatal y desmesurado por la habitación del Hotel Oriental. Pareció por un momento como si acabara de ver una fantasmagoría ultraterrena. Pero esa apariencia se desvaneció al instante, y me hizo un gesto de mera exasperación ante algo mucho más terrenal, fuera lo que fuese—. ¡Mal asunto! Mi cuñado no tiene ni idea de cómo son las mujeres —exclamó, dándoselas de poseer una sabiduría y una experiencia enormes.

»No podría decir qué imaginaba saber él de las mujeres. Desconozco qué oportunidades habría tenido en este sentido. Ésta es una cuestión que, si se enfoca con indebida solemnidad, tiene toda la pinta de eludir todo esfuerzo. Sin duda, Fyne algo tenía que saber de una mujer que, por cierto, era la hermana del capitán Anthony. Hay que reconocer que, como experiencia y conocimiento, su caso había sido de lo más solemne. Le sonreí afectuosamente, y como si eso le espolease o le sirviese de provocación, completó su exposición de forma cuando menos explosiva.

»—¡Y esa jovencita, que no entiende nada de nada! ¡Pura demencia!

»—No sé —dije— si el aislamiento de la mar podría de alguna manera atenuar el peligro. Lo cierto es que tendrán oportunidades de sobra para conocerse a fondo el uno al otro, en un solitario *tête-à-tête*.

»—Pero ¡diantre! —exclamó con voz grave, sonora, con una punta de amarga

ironía; antes nunca había oído yo un golpe de voz tan extravagante, desagradable, horrendo casi—. ¡Se olvida usted del señor Smith!

»—¿Qué señor Smith? —pregunté con toda inocencia.

»Fyne hizo una mueca extraordinariamente simiesca. Creo que fue de todo punto involuntaria, pero ya sabe usted que un rostro grave, con bastantes arrugas, bien afeitado, al distorsionarse de manera insólita resulta extremadamente simiesco. Fue una visión sorprendente, y no sólo me dejó sin habla, sino que hizo cesar también por completo el curso de mis pensamientos. Tuve que haber presentado un aspecto notoriamente idiotizado.

»—A mi cuñado debió de parecerle gracioso tomarme el pelo al presentarme a la joven como la señorita Smith, apellido que nosotros le habíamos atribuido —dijo Fyne, agriándose de súbito—. Comentó que, quizá, si hubiese sabido cuál era su apellido real desde el primer momento, habría podido abstenerse de tratarla. En todo caso, la revelación la había hecho demasiado tarde. Y me encargó que se lo dijera así a Zoe, junto con otra sarta de estupideces.

»Fyne me dio la impresión de un hombre que hubiese escapado de un hombre movido por una lúdica y desconsiderada ebullición de humor jovial. Para él, la entrevista tenía que haber sido desagradable en extremo; me di cuenta de que, en el ínterin, su solemnidad había salido perjudicada. Se le habían abierto en ella diversos agujeros, a través de los cuales pude ver a un Fyne nuevo, desconocido.

»—No se lo creerá usted —prosiguió—, pero esa jovencita está convencida de que su padre es exclusivamente una víctima. No sé —explotó de repente por un enorme boquete que acababa de abrirse en su habitual solemnidad—, si lo tiene por un santo en una peana; desde luego, se le ha metido en la cabeza que es un mártir.

»Una de las grandes ventajas de esa magnífica invención que es la cárcel es que se olvida uno de las personas que son encarceladas: nos olvidamos de ellas como si hubiesen muerto. Ya no hace falta preocuparse por ellas, pues no les puede ocurrir nada que uno pueda evitar. Y desde dentro de la cárcel, no pueden hacer nada que pueda importar a los demás. Antes o después salen de la cárcel, claro está, pero eso sí que no parece ventajoso, ni para ellos mismos ni para nadie más. Me había olvidado totalmente del señor De Barral, el financiero. Para mí, la jovencita era huérfana, aunque de pronto entendí la fuerza y la razón de ser del calificativo que le había dado Fyne, “hasta cierto punto”. Habría sido una muestra de clemencia infinitamente mayor por parte de la justicia si lo hubiesen fusilado, decapitado o ahorcado, si hubiesen aniquilado al absurdo De Barral, el cual constituía un claro, tremendo peligro para un mundo normalmente habitado por una muchedumbre de crédulos individuos, ineptos a la hora de velar por sus propios intereses. En cambio, a Fyne le comenté que, por demente que pudiera ser el punto de vista de Flora, no bastaba tal hecho para tacharla de demente.

»—Así que ella piensa en su padre, ¿no es eso? Supongo que nos parecería mucho más cuerda si pensara solamente en ella misma.

»—Estoy convencido —dijo Fyne con gran seriedad— de que fue a la desesperada, a ponerle ojitos a Anthony.

»—¡Venga, por favor! —le interrumpí—. Nunca la ha visto usted poner ojitos a nadie; ni siquiera se ha fijado de qué color tiene los ojos.

»—Es posible, pero no importa. Difícilmente habrían llegado las cosas a este punto si ella no hubiese... En fin, lo mismo da. Le repito que es ella quien lo ha guiado hasta aquí, o quien lo ha aceptado tal cual, si usted prefiere, pero sólo por haber estado pensando en su padre en todo momento. Anthony le importa un comino, estoy convencido. Créame, no tiene el menor afecto por nadie. Pregúnteselo a Zoe. Yo, personalmente, no la culpo de nada —añadió Fyne, ofreciéndome un nuevo atisbo de lo más insospechado por entre los andrajos y los harapos en que había parado su deteriorada solemnidad—. ¡No, cielo santo, no la culpo de nada, pobre desdichada!

»En silencio, estuve de acuerdo con su observación. Supongo que los afectos, en cierto modo, son algo que es preciso aprender. Si en todos existe un ascua innata de amor, preciso es avivarla con el fuelle mientras seamos jóvenes. La suya, si alguna vez la tuvo, se había apagado bajo una densa y repugnante andanada del peor líquido corrosivo que se pueda concebir. Pero me extrañó que Fyne tuviese, aunque oscuramente, este sentimiento.

»—No tiene ningún afecto por nadie, con la salvedad de ese impresentable tiburón de los anuncios —siguió venenosamente, aunque de modo más deliberado y preciso—. Y Anthony lo sabe.

»—¿En serio que lo sabe? —inquirí, dubitativo.

»—Es muy capaz de habérselo dicho ella personalmente —afirmó Fyne con pasmosa perspicacia—. Sea como fuere, yo mismo se lo he dicho.

»—¿De veras? Habrá sido de parte de la señora Fyne, por supuesto.

»Fyne sólo parpadeó con ojos de búho ante esta muestra de perspicacia de mi propia cosecha.

»—¿Y cómo se tomó el capitán Anthony tan interesante información? —pregunté por llegar más a fondo.

»—Con inusitada falta de decoro —dijo Fyne, el cual se hallaba en un estado anímico tal que ya le daba igual lo que pudiera barbotar—. Ya no es el mismo de antes. Me pidió que dijese a su hermana que él no se dedica a ir por ahí haciendo comentarios sobre lo que ella haga o deje de hacer. Indecorosa observación, ¿no cree? Impropia e inconsecuente. Dijo que... Empezaba a fatigarme el altercado. Le dije que me hacía cargo del estado de exasperación en que se hallaba.

»—¿Sabe usted, Fyne? —le dije—. Un hombre encarcelado se me antoja algo tan inverosímil, cruel, pesadillesco, que apenas puedo creer en su existencia, y menos aún en relación con cualquier otra existencia.

»—Que el demonio me lleve —protestó Fyne— ¡si no está encarcelado de por vida! Lo van a soltar. ¡Sí, lo que oye! ¡Va a salir! Ahí está el meollo del caso. Por

cierto, me gustaría saber qué se va a encontrar al salir de la cárcel. Que lo suelten, tiene usted razón, me parece infinitamente más cruel que el hecho de que lo encerrasen. Y ésa es nuestra preocupación desde hace varias semanas. ¿Empieza a darse cuenta? ¿No lo ve claro, o qué?

»Efectivamente, empecé a ver toda clase de cosas. Ante mis propios ojos, sin ir más lejos, vi la conmoción del pequeño Fyne, mera carne de asombro. Más a lo lejos, en una difusa penumbra, más allá de la luz del día y del ajetreo de la calle, vi la silueta de un hombre, tieso como una estaca, avanzando a pasos cortos, con una silueta esbelta y juvenil a su lado. Y la penumbra que lo envolvía lodo era como esa penumbra de los barrios más sórdidos, la penumbra de la miseria, de la abyección, de las existencias famélicas y degradadas. Me alivió verlos solamente de espaldas, pero fue una visión fantasmal. Ciertamente, motejarlo de fantasma o alma en pena era solamente un refinamiento de la cortesía verbal, una forma de disimular el terror que inspiran estas cosas. Las cárceles son maravillosas invenciones. Se abren, se cierran. Así de sencillo. Se abren, se cierran. Y sale de ellas una especie de cadáver que echa a vagar sin rumbo por el mundo, un mundo en el que no puede encontrar su sitio, llevando encima el infame ambiente de su silencioso habitáculo. Maravillosa máquina. Funciona automáticamente; vista de este modo, de cerca, es de una perfección nauseabunda, lo cual no es flaca hazaña si se trata de una mera máquina. Nauseabunda y aterradora. La pobre jovencita prácticamente se había llevado un susto de muerte. ¡Imagínese qué pudo sentir al dar la mano a cosa semejante! Comprendí la tensión del remordimiento que había percibido en todas sus palabras.

»—¡Demonios! —dije—. ¡Que están a punto de ponerlo en libertad! Jamás me lo habría imaginado.

»Fyne se mostró desdeñoso de mí o del mundo en general.

»—¿Pensó acaso que estaba condenado a cadena perpetua?

»En ese momento vi a Flora de Barral en la esquina de la avenida y la otra calle. Unos cuantos vehículos pasaron muy seguidos, ocultando a mi vista la frágil, esbelta figura vestida de negro, con un simple toque de color en el sombrero. Iba caminando extremadamente despacio, ya fuera por cautela o por reluctancia. Mientras escuchaba a Fyne, agucé la vista por encima de su hombro, intentando verla otra vez. Él seguía despotricando, muy acalorado, al tiempo que los andrajos de su solemnidad se le iban desprendiendo a cada frase.

»Era exactamente así: su esposa y él, cómo no, habían estado al corriente del asunto. Claro está que la muchacha nunca habló de su padre con la señora Fyne. Supongo que su fe inquebrantable en la inocencia del reo le imposibilitó hablar del tema. Pero tuvo que haber pensado en ello día y noche. ¿Qué podría hacer con él? ¿Dónde llevarlo? ¿De qué forma podría mantener aglutinados cuerpo y alma, seguir vivo? Él jamás había trabado amistades de ninguna clase. Sus únicos parientes eran los atroces primos del East End, a los que ya conocemos. Poco podía importar hacia dónde se volviese ella en este mundo injusto, erizado de prejuicios, que sólo habría

de encontrar miseria, desgracias. Tener que mirarlo a la cara, desamparada, sin esperanza que ofrecerle, fue para ella, sólo de imaginarlo, un exceso imposible de soportar.

»No le diré que hiciera todas estas reflexiones; ni siquiera fue necesario. Todas estas deducciones las tenía en mente mientras miraba al otro lado de la ancha avenida, tan atento que incluso no oí bien al pequeño Fyne hasta que, indignado, levantó la voz.

»—A la jovencita no la culpo de nada —decía—. Él está prendado de ella, eso salta a la vista. Lo que sigo sin entender es cómo pudo ella adueñarse de él tan por completo. Le dio el “sí” sólo por ese fatuo tímido que tiene por padre. Basta con pensarlo un momento: no puede estar más claro. Si me apura, tampoco hace falta pensárselo, ya que lo sabemos de su puño y letra. En la carta que envió a mi esposa dice que ha actuado sin escrúpulos. Es, claramente, una confesión; de otro modo, no me explico qué otra cosa podría querer decir. En definitiva, van a casarse antes de que el viejo idiota sea puesto en libertad... Menuda sorpresa va a llevarse —comentó Fyne con una súbita punta de malevolencia en la voz—. Lo recibirá a la puerta de la cárcel, dese cuenta, una tal señora Anthony, sí, señora del capitán Anthony. Para Zoe, una delicia. Y por lo que alcanzo a saber, mi cuñado se propone hacer también su aparición como es debido. Qué ocasión memorable. Deliciosa, sí: una encantadora fiesta familiar. Nosotros tres solos contra el mundo entero, y otros desatinos por el estilo. Y todo esto, ¿por qué? Por una jovencita a la que él, en el fondo, le importa un comino.

»El demonio de la amargura se le había metido a Fyne en el cuerpo. Me asombró tanto o más que si en ese momento se hubiese vuelto negro como el carbón. Una auténtica maravilla. Y no terminó ahí.

»—Por fortuna, la profesión de marino tiene algunas ventajas. Mientras se dediquen a desafiar al mundo entero en las antípodas, qué sé yo, a ocho mil millas de aquí, no creo que me importe en demasía. Me pregunto qué dirá el interesante vejstorio. Se llevará una sorpresa de aúpa, porque se proponen llevárselo a bordo del barco nada más salga a la calle. Un rescate en toda regla. Piense tan sólo en Roderich Anthony, que después de todo es el hijo de un caballero...

»Me llevé un sobresalto. Pensé que iba a decir “el hijo del poeta”, como de costumbre; de todos modos, no estaba mi cerebro entonces para semejantes vanidades. Sus pensamientos, que no llegó a expresar, tuvieron que pasar acto seguido a algo así como “... y tío carnal de mis hijas”. Sospecho que el capitán Anthony le había dado en el hotel un buen varapalo, de modo que el rencor dio un tirón tremendo a su por lo demás lento ingenio. Estos hombres de sobrias fantasías cuando encuentran algo que excita su facultad de imaginar la ponen en marcha a conciencia.

»¡Imagínese! —exclamó—. ¡Los tres apiñados en un simón, y Anthony sentado con toda deferencia enfrente del viejo pájaro enjaulado!

»El buen hombre se rió de su ocurrencia. Un sonido imprevisto y totalmente inapropiado surgió de su varonil pecho; tanto peor fue pensar que por un pelo había estado a punto de tomarse todo el asunto por el lado sentimental. Sólo que, evidentemente, Anthony no tenía nada de diplomático. Su cuñado tuvo que parecerle, por usar el lenguaje de las gentes de tierra adentro, un redomado filisteo con el corazón de pedernal. No puedo saber a qué se refirió Fyne exactamente al hablar del “altercado”, pero no me cupo duda de que los dos se habían enzarzado, en efecto, en un “altercado” de enormes y turbadoras proporciones. Ni siquiera pude imaginar hasta qué punto estaría el otro afectado; el hombre que tenía ante mí estaba hondamente trastornado.

»—¡En un simón! ¡Para llevárselo a bordo! —musité, pasmado por el cambio que se estaba operando en Fyne.

»—Ese es el plan, ni más ni menos. Si he de creer lo que se me ha comunicado, apenas va a poner pie en tierra el viejo: desde la puerta de la cárcel hasta el puente del navío.

»El alterado Fyne habló en voz baja, forzada, que pude oír en cambio sin ninguna dificultad. El híbrido rumor de la calle se calló unos instantes, en una de esas súbitas detenciones del tráfico rodado, como si el flujo del comercio hubiese dejado de manar de su fuente. Disfruté de una vista sin estorbos por encima de Fyne. Me extrañó sobremanera que la joven siguiera allí. Pensé que habría entrado hacía un buen rato. No, allí seguía su esbelta y negra figura, su blanco rostro bajo las rosas del sombrero. Hallábase al borde mismo de la acera, tal como se quedan algunas personas a la orilla de un arroyo, tremendamente quieta, como si esperase algo, como si no fuese consciente de dónde estaba. Los tres repugnantes ganapanes, borrachos como cubas (vi que no se habían movido ni una pulgada), me parecieron que la observaban entretenidos. Una atrocidad.

»Entretanto, Fyne seguía refiriéndome cosas cuando menos notables por el mero hecho de que procedían de él. Primero proclamó que tal desenlace tenía en el fondo su faceta misericordiosa; luego me preguntó si no era una locura insensata, el lastrar la propia existencia con un recordatorio a perpetuidad. La existencia cotidiana, la existencia en absoluto aislamiento que iban a vivir en alta mar. Introducir una tensión adicional semejante en una soledad de por sí más que difícil de soportar para dos personas era una locura descabellada. Bastante penosas eran las relaciones indeseadas en tierra firme, aunque siempre se pueda cortar por lo sano u olvidar al menos su existencia de cuando en cuando. Él estaba ya dispuesto a olvidar la existencia de su cuñado en cuanto le fuera posible.

»Éste fue el sentido general de sus comentarios, no sus mismas palabras. Pensé que la existencia del hermano de su esposa nunca le había resultado demasiado vergonzante, pero que en lo sucesivo debería abstenerse de aludir “al hijo del poeta, ya sabe usted”. En cada pausa me limité a expresar mi asentimiento, pues no quería que de ninguna manera se diese la vuelta; entretanto, observé sin perder detalle a la

jovencita. Pensé que en ese momento sí estaba claro lo que ella había querido darme a entender cuando dijo de él “es la generosidad en persona”. Sí, no cabe duda, la generosidad de carácter puede ayudar a un hombre a sobrellevar todo tipo de situaciones. Pero ¿por qué no subía sin tardanza a reunirse con su generoso prometido? ¿Por qué seguía allí parada, como si se aferrase a esta tierra que con toda seguridad aborrecía, tal como ha de aborrecer cualquiera el lugar en que ha sido atormentado, infeliz, desesperado? De pronto, se despezó. ¿Iba a cruzar la avenida? No, se dio la vuelta y echó a caminar muy despacio, al borde de la acera, con lo que me recordó la vez en que la descubrí caminando al borde de un precipicio de treinta metros de caída. Fue la misma impresión, el mismo porte en su andar, derecha, esbelta, la cabeza erguida y las manos entrelazadas con fuerza por delante, sólo que de ellas pendía en cambio un minúsculo parasol. En esa deliberada manera de andar hacia la anodina puerta de entrada al hotel vi algo fatídico.

»Se hallaba ya casi en el umbral y creí que volvería a detenerse, pero no. Giró bruscamente en un momento en que nadie pasaba a su lado: aquel trozo de calle le pertenecía por entero. Su lentitud me hizo pensar en que se movía inerte, impulsada por algo distinto de sí misma.

»—Un convicto infame —explotó Fyne.

»Con el insulto rebotándome en los oídos vi que la muchacha extendía el brazo, empujaba levemente la puerta de cristal y se colaba dentro del hotel. En ese último movimiento, al adelantar la mano, me pareció que su gesto era el de una sonámbula.

»Había desaparecido, fundiéndose su negra figura en la penumbra del vestíbulo. Pasó un rato sin que Fyne dijera nada; pensé en la muchacha al subir las escaleras, presentándose ante el marino. ¿Se habrían contemplado en silencio, sintiéndose solos en el mundo entero, como se sienten los amantes en el instante en que se encuentran? Ese dulce olvido de todo lo demás fue seguramente imposible para Anthony, por estar reciente en su ánimo el altercado en que se había convertido su entrevista con Fyne, emisario de un orden jerárquico que deja de existir donde empieza el mar. No pude saber si estaba trastornado o no, ya que desconocía qué tuvo que escuchar de mi interlocutor el impetuoso amante.

»—Se van a llevar al vejestorio a surcar los mares —dije—. La verdad es que no veo qué otra cosa podrían hacer con él. ¿Le dijo a su cuñado cuál era su opinión al respecto? Me pregunto cómo se lo habrá tomado.

»—Con inusitada falta de decoro —repitió Fyne—. Desde el primer momento adoptó una actitud despectiva, ofensiva. No quiero decir que se expresara con rudeza. Que me aspen; no soy yo un asno desdeñable. Pero estaba exultante, insolente, por haberse apoderado de una miserable jovencita.

»—Lo cierto es que a partir de ahora ya no será tan pobre ni tan miserable —murmuré.

»Fue como si la exultante insolencia del capitán Anthony hubiese destrozado los nervios de Fyne.

»—Le dije con toda sencillez que en eso su comportamiento era de un abominable egoísmo —afirmó inesperadamente.

»—¿De veras? ¿Egoísmo? —dije, de pronto, desarmado—. ¿Y si la muchacha creyese, por el contrario, que se ha portado con una generosidad exquisita?

»—¿Qué sabe usted de eso? —me espetó Fyne. Los desgarrones de los harapos en que había parado su solemnidad iban cerrándose poco a poco; iba a ser la suya una solemnidad hosca y desabrida—. ¡Generosidad! Estoy dispuesto a darle otro nombre a eso que usted llama generosidad. No, no, es locura —me gritó como si yo hubiese querido interrumpirlo—. Es otra cosa mucho peor. Y no hará falta que se lo diga con todas las letras —añadió dando por hecho el sobreentendido.

»—Desde luego; no hará falta... A menos que usted quiera —dije con indiferencia. El pequeño Fyne nunca me había suscitado tanto interés desde que comenzó el más o menos turbio noviazgo entre De Barral y Anthony, pues percibí de repente nuevas posibilidades en su persona. Las posibilidades de estos hombres pasivos, aburridos, son apasionantes porque, cuando devienen actos hacen pensar en casos de legendaria “posesión” no demoníaca, pero sí de un extraño orden espiritual.

»—Le dije que era una vergüenza —dijo Fyne—. Aun cuando la muchacha le hubiese puesto ojitos, y estoy de acuerdo con usted en que no lo hizo. Pues sí, una verdadera vergüenza aprovecharse así de la desazón de una joven que, de paso, no lo ama ni lo más mínimo.

»—¿De veras ve tan negro el panorama? —dije—. Sabe usted que yo no soy de la misma opinión.

»—¿Y qué opinión puede tener usted, si no sabe de la misa la media? —me replicó con una taxativa mirada de solemnidad—. Me limito a lo que dice ella en la carta que envió a mi esposa.

»—¡Ah, la famosa carta! Pero lo cierto es que usted no la ha leído —dije.

»—No, eso es verdad. Pero sé lo que mi esposa me ha dicho. Evidentemente, teniendo en cuenta las circunstancias, no pudo escribir carta más inapropiada e indecorosa. A la señora Fyne le ha hecho muchísimo daño descubrir hasta qué punto ha interpretado como ha querido, al revés, todas sus opiniones. Pero lo escrito no lo es todo; tenga en cuenta lo que mi esposa ha leído entre líneas. Afirma que la jovencita está totalmente aterrada.

»—No ha tenido en toda su vida muchas ocasiones para armarse de valor, ni la más mínima confianza en los hombres. Eso es verdad. Pero me parece una exageración decir que está aterrada.

»—Me gustaría saber qué motivos tiene para afirmar tal cosa —dijo Fyne con solemnidad, ofendido—. Yo no entiendo que haya ninguno. Ahora bien, sí tengo la autoridad suficiente para hacer saber a mi cuñado que, si pensaba que estaba haciendo un gesto noble y caballeroso, se equivoca de medio a medio. Está claro que él hará todo lo que ella le pida; con eso y con todo, no deja de ser un asunto lamentable.

»Pensé por un instante que podría ser tal y como decía. Fyne descubrió un tranvía que se acercaba y salió a la calzada para esperar a que parase.

»—¿Se le ocurre a usted un plan más compasivo que proponer? —le grité. No contestó nada; subió de un salto al tranvía por la parte posterior, y sólo entonces me miró. Cruzamos un mecánico gesto de despedida. Nos miramos el uno al otro, él harto enojado, yo con asombro. Aprovecho para decirle que es la última vez que lo vi: desde aquel día no he vuelto a ver a ninguno de los dos Fyne. Tal como suele ocurrir, me pasó algo inesperado. No tuvo nada que ver con Flora de Barral. Lo cierto es que partí. Mi vocación nada tuvo que ver con la suya; la mía no se dio con urgencia, ni con la apasionada vehemencia, con la dulce ternura redoblada gracias al atractivo de la generosidad, virtud tan misteriosa como cualquiera, pero que tiene un encanto muy especial. No, fue una prosaica oferta de trabajo que se me hizo en términos francamente buenos y que, con la súbita sensación de haber perdido demasiado tiempo en tierra firme, acepté sin regatear. Liberado de mi habitual indolencia de este modo, fui muy, muy lejos, como tengo por costumbre; estuve ausente mucho, muchísimo tiempo. Ahí tiene usted otra prueba de mi indolencia. Hasta dónde fue Flora, eso no se lo puedo decir. En cambio, sí le diré qué pienso: pienso que fue tan lejos como le fue posible, todo lo lejos que pudo soportar, todo lo lejos que debía.

Segunda parte

EL CABALLERO

He dicho antes que la historia de Flora de Barral me fue dada a conocer por entregas sucesivas. Llegado a ésta, pasé algún tiempo sin ver a Marlow. A la postre, una noche y a hora muy temprana, muy poco después de cenar, apareció de visita por mi casa.

Había esperado su visita, o que al menos diese señales de vida, acicateado por un comentario no se me pasó por la cabeza hasta que él se hubo marchado.

—Y digo yo —le abordé de inmediato—, ¿cómo puede tener la certeza de que Flora de Barral se hizo en efecto a la mar? Después de todo, la esposa del capitán del *Ferndale*, “la señora a la que de ninguna manera se debe molestar”, según el relato del viejo guarda del navío, bien pudiera no haber sido Flora.

—Pues lo sé a ciencia cierta, en efecto —dijo—, aun cuando sólo sea porque últimamente he tenido algún trato con el señor Powell.

—¡Qué me dice! —exclamé—. Es la primera noticia que tengo. ¿Y desde cuándo, si puede saberse?

—Pues desde el primer día. Usted subió a la ciudad dejándome en la posada. Dormí en tierra firme. A la mañana siguiente, el señor Powell vino a desayunarse; después que se hubo disipado el embarazo inicial que produce encontrarse de mañana con un hombre al que se ha pegado la hebra durante la noche anterior, descubrimos que teníamos cierta afinidad.

Como ya estaba apercebido de esa mutua y lógica atracción casi antes que ellos dos, no me sorprendió lo más mínimo.

—Y así han tenido ustedes cierto trato —dije.

—No fue tan difícil. Como él andaba a todas horas dando tumbos por el río, alquilé la balandra de Dingle, que desplaza tres toneladas, para estar más igualados. Powell se mostró cordial pero elusivo. No creo que haya deseado rehuirme nunca. Lo cierto es que tenía una acusada tendencia a desaparecer por el río muy a menudo y a veces de forma harto misteriosa. Un hombre puede tocar tierra donde quiera y alejarse del agua como alma que lleva el diablo, pero ¿y su cúter, que no en vano desplaza cinco toneladas? Es imposible llevárselo tierra adentro como si fuese un maletín.

»Luego, tan repentinamente como se iba, reaparecía por el río, cuando uno había dado ya por inútil la búsqueda. No me gusta la derrota, y por eso le alquilé a Dingle su balandra con cubierta, que tenía a bordo el espacio preciso para que durmiesen a resguardo un hombre y su perro. Claro que no conozco yo ningún perro al que invitar

a bordo. El último perro que haya sido amigo mío fue el perro de los Fyne, el que le salvó la vida a Flora de Barral. Me sentí bastante solo, surcando el estuario sin rumbo fijo, aunque esto, en el río, a veces tiene su encanto. Perseguí el misterio del desaparecido Powell como en un ensueño, mirando los barcos con que me cruzaba, pensando en la joven Flora, en los azares de esta vida... Y ¿sabe usted? Fue todo muy sencillo.

—¿Qué es lo que fue muy sencillo? —pregunté yo con ingenuidad.

—El misterio.

—Generalmente suelen ser así —dije.

Marlow me observó unos instantes con insistencia, de manera cuando menos peculiar.

—Bien, a lo que iba: he descubierto el misterio de las desapariciones de Powell. Lo que hacía era internarse por una de esas angostas anconadas que forman las mareas en la costa de Essex. Son unos senos tan disimulados que hasta que hube estudiado con suma atención la carta náutica no me percaté de su existencia. Una tarde descubrí la embarcación de Powell, que enfilaba hacia la costa. Cuando conseguí arrimarme a los fangales, su embarcación se había metido tierra adentro hasta desaparecer, pero fue entonces cuando acerté a descubrir la bocana de la anconada. Como repuntaba la marea, afronté el riesgo de quedar varado irremisiblemente y me adentré. El único hito que me servía de guía era la techumbre de un edificio bajo. Creo que avancé más por suerte que por mi buen gobierno de la balandra. Poco antes habíase puesto el sol; mi barca se deslizaba por una especie de canal tortuoso y flanqueado por dos ribazos cubiertos de hierba. A uno y otro lado se extendía la planicie de las marismas de Essex en perfecta calma. Lo único que vi moverse fue una garza; volaba bajo y terminó por desaparecer en la grisura. Antes de haber cubierto siquiera media milla estaba a la altura del edificio cuya techumbre había visto desde el río. Parecía un granero pequeño. Una hilera de pilotes clavados en la blandura del fondo, que servían de apoyo a una trabazón de planchas, venía a constituir una especie de embarcadero. A todo esto, estaba ya negra la noche; con las últimas luces del crepúsculo alcancé a distinguir los surcos blanquecinos que forman las rodadas de los carros, alejándose por entre las marismas hacia un terreno más elevado. No se oía nada. Recortado sobre un rayazo de luz baja en el cielo vi el mástil del cúter de Powell, amarrado a la orilla a unas veinte yardas o poco más, tras el negro granero o lo que quiera que fuese. Lo saludé dando una voz. No obtuve respuesta. Tras amarrar mi barca solamente a popa, recorrí la orilla para echar un vistazo a la de Powell. Como era mucho mayor que la mía, estaba ya encallada. Tenía las velas aferradas; el escotillón estaba cerrado con candado. Powell se había ido. Habíase alejado caminando por aquella marisma lóbrega y encalmada, rumbo quién sabe a dónde. No había visto ninguna casa en las inmediaciones; no parecía haber ni una sola alma en varias millas a la redonda, y como la negrura de la noche adensaba ya sobre tierra, no alcanzaba yo a ver ni un trémulo atisbo de luz. De todos modos,

supuse que tenía que haber un poblado o una aldea no demasiado lejos, o cuando menos una de esas misteriosas, pequeñas posadas con las que se tropieza en los parajes más inesperados y solitarios.

»La calma era opresiva. Volví a mi barca, preparé un poco de café con un infiernillo de alcohol, devoré unas cuantas galletas y me recosté a popa, dispuesto a fumar y contemplar las estrellas. La tierra era una mera sombra informe y silenciosa, y desierta hasta que un buey apareció salido a saber de dónde, envuelto por lo demás en las sombras. Se acercó hábilmente hasta el borde mismo de la orilla, tal como si se hubiese propuesto subir a bordo, pero estiró el hocico por encima de la amura, resopló pesadamente una sola vez y se alejó con desdén por las mismas tinieblas por donde había llegado. No me había esperado yo la aparición de un buey, aunque si lo hubiese pensado con más detenimiento habría caído en la cuenta de que por las marismas tenía que abundar el ganado, ovino y vacuno por igual. Luego, todo volvió a quedar tan en calma como antes. Podría haber imaginado que acababa de arribar a una isla desierta. De hecho, mientras estaba reclinado y fumando creció en mi interior la sensación de soledad absoluta. Y cuando más intensa se había tornado, abruptamente y sin ningún sonido preliminar oí unos pasos firmes y rápidos por el embarcadero. Alguien que había venido siguiendo las rodadas de los carros acababa de saltar con evidente agilidad sobre la tablazón. Y ese alguien bien podía ser el señor Powell. De pronto se detuvo en seco, al haber entrevisto que eran dos los mástiles que descollaban sobre la orilla, cuando él sólo había dejado uno. Se acercó calladamente por la hierba. Al hablarle, lo dejé perplejo.

»—¡A quién se le hubiese ocurrido que iba a encontrármelo por aquí! —exclamó tras devolverme las buenas noches.

»Le dije que había llegado allí en busca de compañía, lo cual era rigurosamente cierto.

»—¿Sabía usted que estaba yo aquí? —exclamó de nuevo.

»—Pues claro —repuse—. Ya le digo que vine en busca de compañía.

»La verdad es que es un tipo excelente —prosiguió Marlow—. Y su capacidad de asombro, a lo que se ve, se agota rápidamente. “Suba, pues, a bordo; tengo aquí suficiente para que cenemos los dos”, me dijo como quien lo da todo por hecho. Sujetaba un abultado paquete en el hueco del brazo. Como bien puede suponer, no esperé a que repitiese la invitación. Su cúter cuenta con una cabina muy apañada, con espacio de sobra para dos, y no sólo para dormir, sino para sentarse a fumar. Dejamos, claro está, el escotillón abierto de par en par. En cuanto a sus provisiones para la cena, no es que fueran de lujo. Se quejó de que las tiendas del pueblo eran de lo más mísero. Había por lo visto un pueblo de buen tamaño a milla y media de allí. Me extrañó que hubiese tardado tanto en hacer unas compras, aunque naturalmente no hice comentario alguno. No quería yo decir nada, a no ser para animarle a meternos en faena.

—¿Y consiguió meterlo en faena? —pregunté.

—Sí, señor —dijo Marlow, y sus rasgos compusieron una expresión impenetrable, que de alguna manera me certificó su éxito mejor incluso que si hubiese preferido adoptar un aire de triunfo.

—¿Logró hacerle hablar? —dije tras un silencio.

—Sí, le hice hablar... de sí mismo.

—¿Y fue al grano?

—Si con eso —dijo Marlow— quiere usted decir que si habló del viaje del *Ferndale*, la respuesta es otra vez sí. Conseguí hacerle hablar de ese viaje que, entre paréntesis, no fue el primer viaje de Flora de Barral. Tal como ya le he dicho, se trata de un hombre que podría pasar por la sencillez en persona, sin una gran capacidad de maravillarse por nada. Es uno de esos hombre apegados a los hechos que no elaboran teorías ni persiguen conclusiones, cosa rara vez propia de las personas sencillas y sin dobleces. Tampoco están dotados de una gran capacidad de penetración. Pero en este caso no es detalle que importe. Tengo, o tenemos ya, mejor dicho, un conocimiento más en profundidad. Conocemos la historia de Flora de Barral. Algo sabemos también del capitán Anthony. Estamos sobre aviso del secreto de la situación. Este hombre estaba, en cambio, intoxicado por la compasión y la ternura que le son propias. ¡Desde luego que sí! No creo que intoxicación sea palabra excesiva; sabe usted perfectamente que el amor y el deseo adoptan múltiples disfraces. Creo que la joven había sido franca con él, haciendo gala, eso sí, de esa franqueza propia de las mujeres, para las que una franqueza perfecta es punto menos que imposible, ya que gran parte de su propia seguridad depende de una hilazón de juiciosas reticencias. No me dejo llevar por ninguna clase de burla chabacana. En todas estas cosas hay, para las mujeres, una insoslayable necesidad. Aún es más, ella difícilmente podría haber hablado con una cierta compostura ante el ímpetu de él, pues ella no había tenido tiempo de entender ni el estado de sus propios sentimientos ni tampoco la precisa naturaleza de lo que estaba a punto de hacer.

»¿Y qué importan las palabras? Aunque ella se hubiese expresado con meridiana claridad, era de tal calibre el júbilo que a él lo embargaba, démoslo por hecho, que tampoco habría estado en condiciones de entenderla cabalmente. No quisiera hacerlo pasar por un estúpido. No, ni mucho menos; es verdad, sin embargo, que carecía de todo adiestramiento en las convenciones al uso, y hemos de recordar que carecía de experiencia con las mujeres. Solamente podía disponer de una concepción ideal de su posición. A menudo un ideal no es sino una visión inflamada de la realidad.

»Ante él se planta Fyne como un torbellino, fuera de sus casillas, si es lícito expresarse con tanta irreverencia, fuera de sus casillas y hecho un manojo de nervios a raíz de la interpretación de la carta de la joven que le ha suministrado su esposa. Entra, pues, hablando de mezquindad y de crueldad, lo cual surte el efecto de un jarro de agua sobre las llamas de una hoguera. Sin lugar a dudas un revés. Ahora bien, los

efectos de un jarro de agua son muy diversos. Dependen de la clase de llama que se quiera sofocar. Un simple resplandor de paja seca, claro está... Pero aquí la paja queda fuera de toda consideración. Anthony, capitán del *Ferndale*, no era ni podría haber sido nunca uno de esos hombres de paja. Hay, en cambio, llamas que un jarro de agua puede elevar por los cielos.

»Bien podemos, en consecuencia, preguntarnos qué ocurrió cuando, después de marcharse Fyne, la titubeante jovencita por fin sube la escalera y abre la puerta de la habitación en donde se encuentra nuestro hombre, estoy seguro, de ninguna manera apagado. ¡Oh, no! Ni frío tampoco; si acaso, de cualquier otra forma.

»Es concebible que pueda haberle gritado, en un primer momento de humillación, de exasperación: “¡Ah, eres tú! ¿A qué vienes? Si de veras te soy tan odioso que has de escribir a mi hermana para decirlo, te tomo la palabra y lo mismo te contesto”. Sin embargo, no sé si se da usted cuenta, no pudo haber sido así. Tengo la práctica certidumbre de que poco después marcharon juntos en un cabriolé a ver el barco, tal como habían acordado. He aquí la razón en que me abrigo para sostener que, en efecto, Flora de Barral se hizo a la mar...

—Sí. Parece concluyente —consentí—. Pero aun sin eso, si, tal como parece pensar usted, la misma desolación de esa jovencita añorada tenía una especie de encanto perversamente seductor, abriéndose camino por entre la compasión de él hasta llegar a sus sentidos (y todo es posible), entonces, desde luego, parece evidente que tales palabras nunca fueron pronunciadas.

—Pudieran haberse escapado involuntariamente —observó Marlow—. Sin embargo, hay un hecho bien claro que vino a poner cada cosa en su sitio, y es que se fueron juntos a ver el barco.

—¿Extrae de ahí la conclusión de que no se dijo, pues, nada en absoluto? —inquirí.

—Me habría gustado ser testigo de cómo se miraron por vez primera en la planta de arriba —meditó Marlow—. Y tal vez no se dijieran nada. Pero no hay hombre que salga de tal “altercado”, como dijo Fyne, sin que se le note cierta huella. Y puede estar usted seguro de que una jovencita tan lastimada como Flora habría sentido, y de qué manera, el más ligero contacto de cualquier otra cosa que le resultase producto de la frialdad. Era desconfiada y no podía ser de otra forma, pues vence con tanta contundencia la energía del mal a todo lo que pueda obrar el bien que, por lógica, no le quedaba más remedio que tener aún a su abominable institutriz como autoridad casi inapelable. ¿Cómo iba nadie a esperar que se desprendiese en un santiamén del atroz prestigio que tan larga dominación había ejercido a sus ojos? No le quedaba más remedio que creer a pie juntillas en todo cuanto se le había dicho, es decir, que de alguna manera, misteriosamente, era una muchacha aborrecible, incapaz de inspirar amor. Para ella, ojo, ésa era una cruel verdad. El oráculo atesorado durante tantos años por fin se había pronunciado. Sólo que los demás no lo descubrieron de inmediato... No llegaré al extremo de pensar que Flora hubiese llegado a creer todo

lo que le dijo el otro. Tal cosa difícilmente sería posible. Ahora bien, ¿acaso no han pasado por momentos de duda los seres más adulados, los más vanidosos de todos? ¿No es así? Bueno, no lo sé. Puede que en este mundo haya seres afortunados e incapaces de pensar que pueda haber en ellos maldad ninguna. Por mi parte, le diré que una vez, y hace ya de esto muchos años, tuve noticia de que un compañero con el que había estado yo involucrado en cierta transacción —personaje por cierto muy listo, al que yo sinceramente despreciaba— iba por ahí diciendo que yo era un consumado hipócrita. No me conocía hasta ese extremo. Simplemente le entró en gana decir tal cosa. Yo no le había dado pie a que esparciera tal calumnia. Con todo, hasta hoy mismo hay momentos en que todo aquello vuelve a pasarme por la cabeza, e involuntariamente me pregunto: ¿y si fuera verdad? Es absurdo, pero en una o dos ocasiones a punto ha estado de afectar mi conducta. Y eso que no era yo una muchachita ignorante e impresionable. Mucho antes había tomado yo la medida exacta de la redomada vileza que se gastaba aquel sujeto. Para mí nunca había sido una persona de prestigio y de poder, como sí fue esa espantosa institutriz para Flora de Barral. ¿Comprende usted el alcance de la sugestión? Vivimos a merced de una palabra malévola. Un sonido, una mera turbación del aire, a veces se nos hinca hasta lo más hondo del alma. Flora de Barral se vio más asombrada que convencida por el ímpetu inicial de Roderick Anthony. Se dejó transportar por una misteriosa fuerza a la que su propia persona había dado el ser, tal como su padre se había dejado llevar por el inesperado poder de una publicidad afortunada.

»Aquella mañana subieron a bordo. El *Ferndale* acababa de llegar a su fondeadero de carga. El único ser vivo que había a bordo era el vigilante, ya se tratase del mismo que nos describió Powell o de otro distinto, no lo sé. Posiblemente fuese otro. Al mirar por la borda vio, dicho con sus propias palabras, “al capitán doblar la esquina en compañía de una mozueta”. Bajó la escalerilla al muelle y...

—¿Cómo es que sabe usted todo esto? —interrumpí.

—Ya lo verá a su debido tiempo —dijo Marlow con evidente impaciencia...—. Subió primero Flora y se quedó quieta como una estatua en cubierta, hasta que el capitán la tomó del brazo y la condujo a popa. El vigilante los vio dirigirse al salón. Como tenía las llaves de todos los camarotes, se apresuró tras ellos dos. El capitán le ordenó abrir las puertas, todas las puertas habidas y por haber: de los camarotes individuales, los pasillos, la despensa, el camarote de proa... y luego le ordenó marchar.

»El *Ferndale* tenía una magnífica instalación de alojamiento. Al extremo de un pasillo que arrancaba desde el alcázar había un gran salón, de suntuosidad tal vez levemente deslustrada, pero con un aire grandioso, de considerable amplitud y comodidad. Las alfombras de puerto estaban puestas, las lámparas colgadas, y cada cosa en su sitio, incluida la cubertería de plata en el aparador. Al salón daban los dos espaciosos camarotes de popa, uno a cada lado de la carcasa del timón. Estos dos camarotes se comunicaban mediante un pequeño aseo común, y uno estaba

acondicionado como camarote del capitán. El otro estaba libre, amueblado con sillones y una mesa redonda, más como una sala de tierra firme en la que sólo desentonaría el sofá largo y curvado, adaptado al perfil de popa. En un espejo inclinado y empañado Flora vislumbró, de la cabeza a la cintura, la imagen de una jovencita pálida, con un sombrero de paja blanco y adornado con un ramillete de rosas, distante y ensombrecida, como si estuviese sumergida bajo el agua, y se sobresaltó al reconocerse en dicho entorno. Le pareció arbitrario, estafalario, ajeno. El capitán Anthony siguió su recorrido, y ella fue tras él. Le mostró los demás camarotes. Le habló en todo momento con voz alta y clara, una voz que a ella le dio la sensación de conocer desde hacía mucho tiempo; con todo, reflexionó, apenas la había oído a lo largo de su vida. Lo que le dijo no llegó a captarlo en su totalidad. Le habló de cosas relativamente indiferentes en un tono un tanto melancólico, pero ella lo sintió a su alrededor como si fuese una caricia. Y al callar ella oyó, alarmada en medio del súbito silencio, el precipitado latir de su corazón.

»El vigilante se despistó por el alcázar, a tal distancia que ya no oyó nada más, procurando no dejarse ver. Al mismo tiempo, aprovechándose de las puertas abiertas, con habilidad y con prudencia, pudo ver al capitán y a “la mozuela” que el capitán había traído a bordo. El capitán le enseñó todo a conciencia. A todo lo largo del pasillo y muy a proa, según la perspectiva del salón, el vigilante los atisbo en varias instancias de interés, cada vez que pasaron de un camarote a otro, reapareciendo una y otra vez a lo lejos. La muchacha, siempre tras el capitán, llevaba el parasol en una mano. La mayor parte del tiempo anduvo cabizbaja, pero de cuando en cuando levantaba la mirada. Tenían mucho que decirse el uno al otro, y por lo visto olvidaron que no estaban solos en el barco. Vio al capitán poner la mano sobre el hombro de la joven, y ya se preparaba para contemplar con entusiasmo lo que pudiera suceder a continuación cuando “el viejo” pareció recobrar el dominio de sí mismo y echó a caminar a grandes zancadas por todo el salón. Ante ese movimiento, el vigilante se escabulló con presteza de su vista, era de esperar, y oyó al capitán cerrar de un portazo la puerta del pasillo. Tras la desilusión, el vigilante aguardó resentido a que ambos despearan el barco, lo cual sucedió mucho antes de lo esperado. La muchacha fue la primera en salir a cubierta. Al igual que antes, no miró a su alrededor. No miró nada en realidad; parecía tener tanta prisa por volver a tierra firme que se dirigió a la plancha y empezó a bajar la escalerilla sin esperar siquiera al capitán.

»Lo que más llamó la atención del vigilante fue la expresión de ido que tenía el capitán, ausente, como si no viese nada, al seguir a la joven. Rebasó al vigilante sin darse ni cuenta, sin darle ni una orden, sin mirarlo siquiera, cosa que nunca había hecho el capitán. Siempre tuvo una palabra afable y un gesto de deferencia para con él o con cualquiera. De ese desaire el vigilante extrajo una conclusión desfavorable para aquella extraña jovencita. Les dio tiempo a bajar a la dársena antes de acercarse él a la amura para contemplar a la pareja una vez más a hurtadillas. El capitán la tomó del brazo justo un momento antes de que aparecieran un par de vagonetas tiradas por

un caballo, que les ocultaron de una vez por todas a ojos del vigilante.

»Al día siguiente, cuando subió a bordo el primer oficial, le contó el sucedido de la visita, expresándose despectivamente acerca de “la mozuela que se ha apoderado del capitán”. No parecía sana, le dijo. Y vestía ropa desaseada, añadió con ojeriza.

»Al primer oficial le interesó mucho todo aquello. Llevaba varios años con Anthony, y se había granjeado en el curso de sus múltiples y largos viajes una cierta familiaridad, lo mínimo que se podía esperar de un hombre con el talante de Anthony. Pero en toda esa intimidad lentamente forjada en el mar, que dada su duración y soledad, había tenido algunos momentos sin resguardo, no había circulado palabra ninguna, ni siquiera las más casuales, que le hubieran preparado para la visión del capitán en relaciones con muchacha de ninguna especie. Había tenido la impresión de que las mujeres no existían para el capitán Anthony. ¡Exhibirse con una chica! ¡Una chica! ¿Qué podía querer él de una chica? ¡Mira que traerla a bordo y enseñarle el camarote! En realidad era todo un exceso. El capitán Anthony debería abstenerse de semejante incongruencia y conducirse con mayor sensatez.

»Franklin (así se llamaba el primer oficial) se sintió disgustado, desilusionado casi. ¡Qué estupidez! He ahí un vigilante, Dios lo confunda, hablando por hablar. Menospreció al vigilante, procuró no darle más vueltas a semejante tontería, en el fondo insignificante, pues a sus ojos, a los ojos de un subordinado celosamente devoto de su superior, era un menoscabo del capitán Anthony.

»Franklin frisaba los cuarenta; aún vivía su madre. Para él, su madre se hallaba a la cabeza de todas las mujeres, tal como el capitán Anthony figuraba a la cabeza de todos los hombres. Podemos dar por supuesto que uno y otro grupo no eran numerosos. Se había hecho a la mar a muy temprana edad. Los sentimientos que se hallaban en la raíz de que estas dos personas hubiesen eclipsado en parte al resto de la humanidad no eran, por descontado, similares, aunque con el paso del tiempo había adquirido la convicción de estar “al cuidado” de ambos. Evidentemente, de la “anciana señora” sí había que cuidar, en tanto en cuanto siguiera con vida. Respecto del capitán Anthony, solía decirse: ¿por qué habría de abandonarle? No tenía visos de realidad inmediata que diera un día con un marino mejor, con un hombre mejor, con un barco más comfortable. En cuanto a sus esfuerzos por mejorar y promocionarse, los contratos o las órdenes de mando no se encontraban por cierto debajo de las piedras ni crecían en los árboles; llegados a tal cuestión, era harto probable que el capitán Anthony le diera a su debido tiempo el espaldarazo que lo aupase definitivamente.

»Según la descripción de Powell, Franklin era un hombre de baja estatura, grueso, de cabello negro aunque con una calva incipiente. Se le hundía algo la cabeza entre los hombros, al tiempo que los ojos saltones y la tez rubicunda le daban un aire un tanto apoplético. En reposo, su rostro congestionado ostentaba una expresión de sardónica melancolía.

»Una vez que el vigilante le hubo hecho entrega de todas las llaves y después que

lo hubo quitado de enmedio no sin advertirle que se ocupara de sus propios asuntos y que no fuera por ahí hablando de asuntos que no eran de su incumbencia, Franklin se fue a la toldilla de popa. Abrió una puerta tras otra; en el salón, en el camarote del capitán, en todas partes, lo escrutó todo con ansiedad, como si contase con ver en los mamparos, en cubierta, en el aire mismo, algo fuera de lo normal —ya fuera signo, huella, emanación o sombra, a duras penas sabía qué—, algún cambio sutil e introducido por el paso de una joven. Pero no vio nada. Entró en el camarote de popa, que seguía desocupado, y pasó allí algún tiempo en abrir los dos ojos de buey que daban a popa. Ante la ausencia de pruebas palpables, su inquietud empezó a remitir. Tras una última ojeada, se dio la vuelta y se encontró en presencia de su capitán, quien avanzaba desde el otro extremo del salón.

»Franklin, de inmediato, se dispuso a localizar a la muchacha, pero no la vio por ninguna parte. El capitán se acercó a él rápidamente. “¡Ah! Veo que está usted aquí, Franklin”. “Estaba aireando esto un poco, señor”, dijo el oficial. “¿Y qué tal se encuentra su madre, Franklin?”, preguntó el capitán con su característica amabilidad, con el sombrero aún sobre los ojos y tras posar el bastón en la mesa. “La anciana señora se encuentra de primera, gracias, señor”. Después no tuvieron más que decirse. Para Franklin fue una sensación extraña y turbadora. Él, recién llegado tras agotar su permiso; el barco recién anclado en el fondeadero de carga; el capitán recién llegado a bordo... ¡Y al parecer no había nada que decir! Las diversas preguntas relativas a otras tantas cuestiones de a bordo que se había propuesto hacer se le fueron de la cabeza. Tampoco él tenía nada que decir.

»El capitán recogió el bastón de la mesa en que lo había depositado, se dirigió hacia su camarote y cerró la puerta a sus espaldas. Franklin permaneció quieto unos instantes y se dispuso a salir a cubierta. Sin embargo, no tuvo tiempo de llegar siquiera al otro extremo del salón, pues oyó que le llamaba por su nombre. Se dio la vuelta sobre los talones. El capitán le miraba desde el umbral de su camarote. “Sí, señor”, dijo Franklin. El capitán, callado, siguió inmóvil, ligeramente inclinado y apoyado sobre el pomo de la puerta. Así pues, Franklin se dirigió a popa sin dejar de mirarle a los ojos. “¿Señor?, volvió a decir en tono de interrogación una vez se hubo acercado bastante. Por toda respuesta, más silencio. Al oficial no le agradaba que nadie clavase en él la mirada y menos aún de esa manera, manera de todo punto novedosa en su capitán, pues la suya era una mirada fija, a un tiempo retadora y cohibida, como la del hombre que se siente enfermo y desafía a su interlocutor a que tenga redaños de notarlo. Franklin observó a su capitán, notó que algo no funcionaba como debiera, y con su característica sencillez dio voz a sus sentimientos preguntando a quemarropa:

»—¿Qué sucede, señor? ¿Hay algo que no vaya bien?

»El capitán dio un leve respingo, y el talante de su mirada pasó a ser de una siniestra sorpresa. Franklin empezó a sentirse incómodo, pero el capitán le interrogó con descuido:

»—¿Qué le hace suponer que algo no va bien?

»—No lo sé con exactitud, señor. No parece usted el de siempre —confesó Franklin.

»—Diríase que tiene usted un ojo rematadamente malo —dijo el capitán en un tono tan agresivo que Franklin se sintió obligado a ponerse a la defensiva.

»—Llevamos juntos más de seis años, señor, y me he permitido suponer que a estas alturas le conozco mal que bien. He creído notar que algo no va bien, que algo al menos no va como debiera, nada más subir usted a bordo.

»—Franklin —dijo el capitán—, llevamos juntos más de seis años, eso no hay quien lo niegue, pero no sabía yo que tuviese usted la debilidad de leer los rostros de los demás. Con eso y con todo no es usted un buen lector. No hay absolutamente nada que vaya mal; antes bien, al contrario. ¿Me sigue usted? Esto debería enseñarle a no hacer conjeturas temerarias. Más le valdría dejar tal cosa en manos de los de tierra adentro; éstos se las pintan solos cuando se trata de espiar al prójimo y sacar conclusiones desacertadas. Me atrevería a decir que del mundo sólo saben lo que quieren saber. Y hay que ver qué triste conocimiento es el que tienen, eso no hay quien me lo rebata. El mundo es un lugar rematadamente feo, Franklin. ¿Qué sabe usted del mundo? Bueno, pues poca cosa, o nada de nada... Nosotros, los marinos, nada sabemos del mundo. Sólo muy de cuando en vez topa alguno de nosotros con algún hecho cruel o poco limpio, capaz de ponerle los pelos de punta al más bragado. Y cuando uno tropieza con alguna maldad es bien fácil descubrir que deshacer el entuerto no es por cierto empresa fácil... ¡Ah! Le llamaba a usted para comunicarle que habrá mucha mano de obra, carpinteros, marineros enrolados y demás, mañana a primer hora de la mañana; los he contratado para hacer ciertas alteraciones en los camarotes. Encárguese usted de que no haraganeen; no nos sobra el tiempo.

»A Franklin le impresionó esta inesperada lección sobre la maldad propia de la tierra firme que circundan las aguas saladas e incorruptibles, sobre las que tanto él como su capitán habían habitado durante todas sus vidas en un estado de feliz inocencia. Lo que no acertaba a entender fue la razón de que tal lección le fuese así impartida, ni tampoco la relación que pudiese existir entre dicha lección y las alteraciones que hubiesen de introducirse en los camarotes. No le pareció que corriese ninguna prisa llevar a cabo obra de ninguna clase en el navío. ¿Qué sentido tenía alterar nada? El alojamiento era inmejorable, amplio, bien distribuido, cierto que sobre un plano algo anticuado y que la decoración estaba un tanto deslucida. Lo único que hubiese hecho falta era una mano de barniz y un poco de sobredorado allá, y punto. En cuanto a la comodidad, difícilmente podría mejorarse mediante ninguna alteración. Le fastidiaba la sola idea del cambio, pero dijo con la debida obediencia que se encargaría de supervisar el trabajo de los obreros de mil amores, con que sólo le hiciese saber la naturaleza de la obra que había ordenado llevar a cabo.

»Le dejaré una nota sobre esta misma mesa en cuanto baje a tierra —dijo con algunas prisas el capitán Anthony. Franklin pensó que no iba a decir nada más, así

que hizo ademán de abandonar el salón. El capitán, sin embargo, prosiguió tras una pausa—. Sin duda, se llevará una sorpresa tan pronto la lea. Habrá muchas alteraciones. Todo se debe a que una dama se viene con nosotros. ¡Voy a casarme, Franklin!

»Recordará usted —prosiguió Marlow— cuánto temía yo que la falta de experiencia del señor Powell entorpeciese su apreciación de todo cuanto se saliese de lo común. Lo que poco o nada común tenía yo en mente era algo de índole muy sutil, a saber, todo lo que se saliese de lo común dentro de las relaciones conyugales. Con razón pude dudar de la capacidad que pudiese tener un joven en exceso preocupado por la credibilidad y la solvencia de sus intervenciones profesionales a la hora de observar y apreciar todo cuanto, aun dentro de la naturaleza de las cosas, no es por sí mismo fácilmente observable, y todavía lo es menos cuando se dan ciertas circunstancias especiales. En la inmensa mayoría de los barcos, un segundo oficial no suele tener apenas puntos de contacto con la esposa del capitán. Toma asiento a la misma mesa que ella cuando se sirven las colaciones, siempre que hablemos en términos generales; de cuando en cuando es posible que ella se le dirija con mayor o menor amabilidad al tratar de asuntos banales, y cabe asimismo que él haga gala de ciertas atenciones para con ella cuando se encuentren en cubierta. Y eso es todo. En tales condiciones, los signos elementales solamente los captará un ojo penetrante y avezado. Hago así alusión a ciertos problemas y tensiones a menudo tan sutiles que pasan incluso desapercibidos a los propios corazones que terminan por devastar o que a veces ensalzan.

»Pues sí; el señor Powell, a quien la coincidencia de su apellido había arrojado al escenario flotante de esta tragicomedia, habría sido perfectamente inútil a mis propósitos de no ser precisamente porque algo muy poco común, pero de naturaleza más obvia, despertó su atención desde el primer momento.

»Ahora sabemos con cuánta celeridad se enroló en aquel barco tan súbitamente ofrecido a su ansioso deseo de iniciar de veras su vida profesional. Llegó a bordo sin resuello a causa de las prisas con que había resuelto sus asuntos en tierra firme, acompañado por dos pájaros nocturnos y escoltado por el policía que estaba de guardia en los muelles; fue recibido por un vigilante que más era pura sombra asmática y que le advirtió que no hiciera ruido, pues el capitán y su esposa estaban ya a bordo. Eso, por sí solo, ya fue algo que se salía de lo común. Los capitanes, máxime acompañados de sus esposas, nunca suben a bordo ni un minuto antes de que sea estrictamente necesario. Prefieren pasar los últimos momentos antes de zarpar con sus amigos y parientes. Un barco atracado en uno de los muelles más viejos de Londres, con todas las restricciones relativas a la iluminación y demás que son propias del estar fondeado en puerto, no es que se diga el lugar idóneo para pasar una

feliz velada. Como todo, como la marea sería favorable a las seis de la mañana, era comprensible que hubieran subido a bordo la noche anterior.

»En ese momento el joven Powell tuvo la sensación de que era elemental alegrarse de que por fin fuese llegada la hora de ausentarse de tierra firme. Sabemos que era huérfano desde muy temprana edad, que no tenía hermanos ni hermanas, ni parientes cercanos de ninguna clase, al menos según tengo entendido, excepto aquella tía carnal que se había peleado con su padre. Ningún afecto se interponía en el camino por el que discurría hacia la plácida satisfacción con que afrontaba el que hubiesen terminado las preocupaciones, el que no tuviese por delante sino sus obligaciones, el saber lo que tendría que hacer hora tras hora, en cuanto amaneciese, durante el largo sucederse de los días. Una certidumbre sumamente tranquilizadora. La disfrutó a oscuras, tendido en su litera, arropado con sus mantas nuevas. Más allá de la verja del puerto un reloj dio las dos. Y luego no oyó nada más, pues se quedó dormido, con un sueño liviano del que despertó sobresaltado. No se había quitado la ropa, pues no merecía la pena. Se puso en pie de un salto y subió a cubierta.

»La mañana era clara, incolora, el cielo estaba gris; la dársena era como una lámina de azogue en la oscuridad, en cuyos bordes se arracimaban los reflejos invertidos de los almacenes, los cascos y los mástiles de los barcos silenciosos. Algunas escasas figuras deambulaban aquí y allá por los muelles distantes. Había un grupo de hombres casi en fila india, con petates y baúles a sus pies. Otros bajaban por el callejón encajonado entre las altas tapias, ciegas, en torno a una carreta repleta de otros bultos. Era la tripulación del *Ferndale*. Fueron subiendo a bordo. Contempló sus rostros a medida que pasaban e iban llenando el espacioso puente, con ruido de pasos arrastrados y el murmullo de las voces, como el despertar a la vida de un mundo a punto de ser propulsado al espacio.

»A lo lejos, al otro extremo de la clara, reflectante extensión de la alargada dársena, el señor Powell vio llegar a la cuadrilla de remolcadores en calma por los portones abiertos. A sus espaldas sonó una voz contenida pero firme que vino a interrumpir su contemplación. Era Franklin, el robusto primer oficial, que se dirigía a él al tiempo que lo observaba con sus saltones ojos negros como si le estuviese tomando la medida.

»—Mejor será que se lleve con usted a dos de esos tíos y se encargue de vigilar la maniobra a popa. Vamos a levar anclas.

»—Sí, señor —dijo Powell con la debida diligencia; sin embargo, durante breves instantes se miraron fijamente el uno al otro. Algo muy parecido a una vaga sonrisa alteró los labios del primer oficial antes de alejarse hacia proa a paso vivaz.

»El señor Powell, al llegar a la toldilla de popa, se tocó la gorra ante el capitán Anthony, a quien se encontró allí a solas. Me comenta que fue entonces cuando vio por vez primera a su capitán. El día anterior en la oficina de fletes, a causa de la pésima iluminación y de su lógica excitación ante el puesto que había obtenido como por un milagro brusco y sin escrúpulos, no podía contar. En aquella ocasión le había

parecido mayor y más grueso. Le sorprendió, pues, su ágil figura, ancha de espaldas y estrecha de caderas, así como el fuego de sus ojos hundidos en las cuencas, su andar saltarín. El capitán lo miró con presteza, asintió levemente y siguió recorriendo la popa con aire de no ser del todo consciente de lo que sucedía a su alrededor, rígida y alta la cabeza, rápidos sus movimientos.

»Powell lo miró varias veces de reojo con una curiosidad muy natural dadas las circunstancias. Llevaba una chaqueta corta, gris, y una gorra también gris. A la luz del amanecer, que iba tornándose más límpido que luminoso, Powell se percató de sus mejillas ligeramente hundidas bajo la barba bien recortada, la arruga vertical de la frente, algo ciertamente duro y decidido en el contorno de la boca.

»Era aún muy temprano para empezar a faenar en la dársena. El agua relucía plácidamente, no se notaba ningún movimiento a lo largo de las rectas líneas de los muelles, no se veía un alma, salvo unos pocos operarios del *Ferndale*, sabedores de su cometido, en su mayor parte silenciosos o intercambiando a cada tanto alguna que otra palabra, en voz baja, como si también ellos estuviesen al tanto de la presencia de aquella dama “a la que no convenía molestar”. El *Ferndale* era el único barco que iba a zarpar aprovechando aquella marea. Los demás parecían aún dormidos, sin hacer un solo ruido, y solamente aquí y allá aparecía alguien por el castillo de proa, acodado a la barandilla para observar perezosamente los preparativos de la marcha. Sin alboroto y sin agitación, sin hacer casi ningún ruido, se fue alejando el *Ferndale* casi furtivamente, como si huyese. Los remolcadores mismos, detenidas las máquinas, se acercaban al navío sin ondular el agua, el recio bote de remos abriendo la comitiva, mientras el otro, de aire más esbelto y menor calado, aunque de motor, iba acercándose de popa tan dulcemente que parecía no hendir siquiera la superficie del agua, sino deslizarse sobre ella cual si fuese una lámina de cristal opaco; un solo hombre a proa, el piloto al timón y visible tan sólo de cintura para arriba sobre el blanco mamparo del puente, tan quieta la mirada de ambos que el joven Powell se sintió fascinado, olvidado de sí mismo, inmóvil. Hallábase sumido en la absoluta quietud que lo rodeaba, recordando tan sólo aquella frase, “es una dama a la que conviene no molestar”, repitiéndose, distraído, “de ninguna manera. No se la molestará de ninguna manera. No se la molestará”. Las primeras palabras dichas en voz alta en toda la mañana se oyeron entonces, quebrando la extraña calma reinante con un penetrante eco: “¡Atención! ¡Ahí va ese cabo!”. Se sobresaltó. La maroma pasó silbando por encima de su cabeza, la atrapó uno de los marinos de popa y así terminó la fascinación, la calma de espíritu que se había apoderado de él en el momento mismo de soltar amarras. Desde entonces y hasta que hubieron transcurrido dos horas, cuando el navío fondeó en una de las últimas ensenadas del Támesis, frente a una costa de aspecto deshabitado, cerca de un islote en donde sólo se veían dos barcas ancladas, ambas con una banderola roja en el mástil, el joven Powell estuvo demasiado atareado para dedicar ni un solo pensamiento a la dama “que no conviene molestar”, o a su capitán, o a cualquiera cosa que no estuviese en estricta

relación con sus inmediatos deberes. De hecho, no tuvo oportunidad de acercarse a la toldilla, ni de mirar demasiado en tal dirección; ahora bien, mientras se realizaba la maniobra previa a fondear, pudo otear un instante la toldilla y tuvo la absurda impresión de que su capitán (que estaba en el alcázar, por supuesto) hallábase acomodado al mismo tiempo tras las dos escotillas de popa. Estaba en todo caso demasiado ocupado para ponerse a reflexionar sobre tan curiosa ilusión, sobre ese fenómeno de ver doble, como si hubiese tomado unos vasos de más. Se limitó a sonreír para sus adentros.

»Tal como sucede a menudo después de un alba grisácea, había salido el sol con todo su cálido y glorioso esplendor sobre la inmensa lisura esplendente del estuario ensanchado. Algunas volutas de neblina flotaban cual estelas de polvo luminoso, y en los deslumbrantes reflejos del agua y del vapor, los márgenes habían adquirido la turbia, traslúcida oscuridad de sombras misteriosamente proyectadas desde las profundidades. Powell, que había zarpado de Londres durante todos sus años de juventud y aprendizaje, me dijo que fue entonces, en un momento de visión hechizada, una hora más o menos después del amanecer, cuando el río se le reveló de una vez por todas, como un bello rostro muchas veces contemplado, pero que de pronto es percibido como pura expresión de una belleza interior e insospechada, de algo único e irrepetible, capaz de inspirar una pasión de verdadero asombro y fidelidad, un recuerdo inextinguible de su peculiar encanto. Vuelto de costado al este, el casco del *Ferndale* se iluminó de lleno; las vergas y la arboladura toda se sumergieron en un baño rojo y oro, desde la línea de flotación, punteada por los destellos, hasta los puntales de los mástiles, delgados y relucientes, recortados sobre la delicada inmensidad del azul.

»—Va siendo hora de probar bocado —Powell oyó una voz a su lado. Era Franklin, el contramaestre, cabizbajo, con sus melancólicos ojos—. Que desayune la tripulación, auxiliar —siguió—, para que en media hora a lo sumo apaguen los fogones de la cocina y puedan acercarse de bordada esas barcazas de explosivos. Venga, joven. Por cierto, no sé cómo se llama. No he tenido ni tiempo de cambiar dos palabras con el capitán desde que ayer tarde salió a escape para encontrar a un segundo oficial donde fuese. ¿Cómo es que dio con usted?

El joven Powell, un tanto tímido a pesar de la cordial disposición del otro, le contestó con una sonrisa, dándose cuenta de que, fuera como fuese, había una punta de insistencia o de inquietud en su pregunta, tan natural por otra parte. Se llamaba Powell, y debía su colocación a los buenos oficios del señor Powell, titular de la agencia de contratación. Se sonrojó.

»—Ah, ya entiendo. Veo que no le gusta perder el tiempo. El vigilante nocturno me dijo antes de marcharse que llegaría usted a eso de la una. Esta noche pasada yo no he dormido a bordo, no señor. Hubo un tiempo en que ni se me pasaba por la cabeza ausentarme de este barco más de dos horas, incluso estando en Londres, sólo que ahora, desde que...

»Calló en seco, volviendo sus ojos saltones hacia el joven recién llegado a bordo. Sobre la marcha, echó a caminar hacia el alcázar y entró al corredor en cuyo extremo opuesto se abría la puerta del salón. Pero Franklin no recorrió el corredor hasta el fondo; nada más pasar la despensa abrió la puerta de la izquierda, con la consiguiente sorpresa por parte de Powell.

»—Nuestra sala —dijo a la vez que entraba en un pequeño camarote pintado de blanco, de paredes desnudas, iluminado por parte de la claraboya de proa, amueblado únicamente con una mesa y dos asientos de respaldo móvil—. ¿Le sorprende? No es lo corriente, desde luego. Tampoco lo era en este barco antes. Es así desde... —De nuevo se contuvo—. Pues sí. Aquí hemos de comer nuestra pitanza usted y yo, frente a frente, durante los próximos doce meses... o más, ¡sabe Dios cuánto más! Con buen tiempo, el cocinero a veces sirve en el puente.

»No es que emitiera al hablar muchos sonidos sibilantes pero sí daba la impresión de ser un hombre escaso de fuelle, y con el humor agriado (el joven Powell no pudo por menos que percatarse) por algún misterioso pesar.

Allí había suficientes detalles diríase que inusitados para que incluso un marino inexperto, como el joven Powell, se diese cuenta. Los oficiales no pisaban el salón en contra de toda costumbre aceptada; luego, el curioso acento que imprimía el contramaestre a sus intervenciones. No parecía Franklin esperar la menor facilidad de conversación por parte del nuevo. Hizo algún que otro comentario sobre su predecesor, deplorando el accidente que lo había apartado del servicio. Embarazoso. Muy embarazoso, que hubiese tenido que ocurrirle la víspera misma de zarpar.

»—Fractura de brazo y de clavícula —suspiró—. Triste, muy triste. ¿Y se ha fijado usted si el capitán se muestra afectado? Debería estarlo, ¿no cree?

Ante su rostro congestionado, ante esos ojos protuberantes y vueltos con luz de súplica hacia él, el joven Powell (hay que tener en cuenta que entonces era casi un chaval), sin recordar que hubiese percibido ningún signo visible de tristeza, confesó con una risa azorada que, debido a lo subitáneo del azar que se le había presentado, no se hallaba en condiciones de fijarse bien en qué estado se encontraban los demás.

»—Me alegré tanto de tener por fin empleo a bordo... —murmuró, más desconcertado aún por el aspecto malhumorado de Franklin.

»—La desdicha de unos es dicha para otros —comentó el contramaestre—. Eso es verdad aquí y en Pekín. Supongo que no se habrá parado usted a pensar en que... asquerosa forma de que un buen hombre pierda su empleo.

Powell reconoció abiertamente que no se le había pasado por la cabeza. Estaba dispuesto a reconocer que era reprobable por su parte, pero Franklin no tenía al parecer ninguna intención de soltarle un reproche moralizante. Sin embargo, tampoco optó por el silencio. Añadió algún que otro comentario al efecto de hacerle saber que hubo una época en la que el capitán Anthony sí habría manifestado más que simple interés o preocupación por el más mínimo incidente que pudiese sobrevenir a cualquiera de sus oficiales. Sí, hubo una época en la que así era.

»Y dese cuenta —siguió, dejando sobre la mesa una rebanada de pan con mantequilla a medio terminar, elevando la voz— de que el pobre Mathews era, después de mí, el hombre más antiguo de la tripulación. Se enroló un mes después que yo, casi al mismo tiempo que el auxiliar. El piloto y el carpintero se embarcaron con nosotros al siguiente viaje. Hombres de confianza, que siguen con nosotros. Ningún buen marino habría tenido jamás motivos para abandonar el *Ferndale*: no se le habría pasado por la cabeza, a menos que fuese un imbécil. Y hay buenos marinos que son imbéciles por añadidura. Nunca se enteran de que más no se puede pedir. Me refiero incluso a los mejores, a esos hombre por los que uno daría la mano izquierda. Van bien derechos durante años, y de golpe, un buen día...

Nuestro joven amigo sintió que, escuchando perorar al contramaestre, lo invadía una extraña incomodidad. Fue como si el señor Franklin estuviese pensando en voz alta, colocándolo en la delicada posición de quien involuntariamente escucha una conversación ajena a escondidas. Con todo, en la sala había otro oyente. Era el auxiliar de tripulación, el cual, habiendo entrado con una cafetera de asa larga, se quedó junto a la mesa sin decir palabra. Era un hombre de mediana edad, tez pálida, rasgos marcados, párpados entornados y un bigote grisáceo, de corte militar. Iba enfundado en una chaquetilla negra, de mangas ceñidas, y cubría sus largas piernas con un pantalón no menos ajustado, logrando una figura ágil, juvenil, esbelta. Se adelantó un paso e interrumpió el soliloquio del contramaestre.

»—¿Más café, señor Franklin? Ha llegado una remesa nueva; muy fresco. Voy a servir el desayuno en el salón; el cocinero está apagando los fogones. Aproveche la ocasión.

El contramaestre, debido a su peculiar complexión, no podía volver la cabeza con gran libertad de movimientos, de manera que rotó ligeramente su grueso torso y miró de costado al auxiliar.

»—Y bien, ¿se han levantado los tortolitos? —gruñó.

»—El auxiliar sirvió café en la taza del contramaestre y murmuró con voz sorda, pero comprensible: “La dama todavía no, al menos mientras puse la mesa”.

Powell tenía el oído suficientemente fino para detectar cierta hostilidad en esta alusión a la mujer del capitán. Si no, ¿de qué otra persona podían hablar?

»—Pero estará antes de que lleve los platos —añadió el auxiliar, con una especie de lúgubre ecuanimidad—. Nunca da esa clase de quebraderos de cabeza, hay que reconocerlo.

»—No de esa manera, es verdad —convino Franklin; tanto él como el auxiliar, tras mirar a Powell, desconocido aún a bordo, no dijeron nada más.

»Con todo, había sido más que suficiente para despertar la curiosidad del joven oficial. La curiosidad es connatural en el hombre. Cierto que no fue la suya esa curiosidad malsana que, si no exactamente natural, sí se da con frecuencia entre los hombres y más aún entre las mujeres, sobre todo en una mujer que se encuentre en entredicho, y es como si esa mujer estuviese a la sombra de una nube, por así decirlo.

Bajo una nube estaba Flora de Barral condenada a verse incluso en el mar. Sí, ésa era la oscura sombra que persigue sin descanso a una mujer para la que no parece existir un lugar despejado en todo el mundo. Pues sí. ¡Incluso en el mar!

»He ahí la tragedia vital de la mujer. Un hombre siempre puede plantar cara y luchar por conquistar su sitio o perecer en el intento. Pero el papel de la mujer es pasivo, diga usted lo que quiera decir, lo mismo da cómo quiera barajar los hechos en este mundo, aun si apunta la falta de energía, de sabiduría, de coraje. De hecho, toda mujer posee sus cualidades, cada cual a su manera. Pero sucede que son cualidades que no sirven para pasar al ataque. Por fuerza han de esperar. Me refiero a las mujeres que de veras lo son, mujeres de pies a cabeza. De nada sirve tener en cuenta las oportunidades, las circunstancias excepcionales. Sé de sobra que hay quien las trae a colación a la primera de cambio, pero no así las mujeres de verdad. Ésas saben bien a qué atenerse. No hay nada capaz de aventajar a una mujer auténtica cuando se trata de tener una visión clara de la realidad; diría incluso una visión cínica, de no ser porque temo herir sus caballerosos sentimientos, por los cuales, a propósito, no sienten las mujeres tanta gratitud como puedan pensar los hombres de su mismo temple...

—¡El diablo me lleve, Marlow! —exclamé—. ¿A cuento de qué me sale usted con todo esto? Lejos de mi talante emplear ninguna palabra malsonante hablando de las mujeres, y menos aún denostarlas, pero ¿qué derecho le asiste para imaginar que es gratitud lo que yo busco?

Marlow alzó la mano en un gesto conciliador.

—¡Vale, vale! Retiro la palabra malsonante, no sin advertir de todos modos que el vocablo cinismo se me antoja más bien pura invención de los hipócritas. Dejémoslo correr. En cuanto a las mujeres, bien saben que el clamor en petición de oportunidades para convertirse en algo que de ninguna manera pueden llegar a ser es algo tan razonable como si mañana mismo empezase la humanidad en pleno a solicitar oportunidades para ganarse la inmortalidad en este mundo, en el que la muerte es condición misma de la vida. Entienda usted que no hablo de la existencia material. Eso se da por sentado; no podrá usted sostener que una mujer, pongamos por caso, que se alista en el ejército (y se ha dado más de un ejemplo), haya conquistado su sitio en este mundo. En absoluto. A lo sumo, habrá encontrado una forma de ganarse la vida, lo cual no deja de tener su mérito, aunque no es lo mismo.

»Todas estas reflexiones que me sugiere el retomar el hilo de la existencia de Flora de Barral, no se le ocurrieron, estoy seguro, al señor Powell, ni tampoco le preocuparon; al menos, no al señor Powell que veíamos los fines de semana surcar en solitario, en su cúter, la desembocadura del Támesis, realizando misteriosas incursiones por las solitarias anconadas, sino al joven señor Powell, segundo de a bordo por azar, del *Ferndale*, navío a cuyo mando estaba Roderick Anthony, que era

además su propietario casi en exclusiva. El hijo del poeta, ya sabe usted. Se trata de un señor Powell mucho más ágil y esbelto que nuestro robusto amigo, al cual no se le había ido de las mejillas el color de la inocencia, dotado de un espíritu apto no sólo para el interés, sino también para las sorpresas de la experiencia que la vida le tenía reservada. Ello explicaría que recuerde todo aquello en toda su amplitud, o casi, y con no menos precisión. Por ejemplo, las impresiones que tuvo durante su primer desayuno a bordo de *Ferndale*, visuales y anímicas por igual, subsistían en él con idéntica frescura que si las hubiese registrado ayer mismo.

»La sorpresa, es fácil de entender en un caso semejante, brotaría de la incapacidad de interpretar con acierto los signos que la experiencia, bastante misteriosa por sí sola, ofrece a nuestra inteligencia y a nuestras emociones. Nunca es más ni menos que tal cosa. Nuestra experiencia nunca se nos llega a meter hasta el tuétano de los huesos; se mantiene siempre fuera de nosotros. Por eso miramos el pasado con asombro, extrañados. Y esto persiste incluso cuando a fuerza de mucha práctica, mediante un progresivo endurecimiento, llegamos a ese punto en el que ya nada de lo que podamos encontrar en ese rápido parpadeo y ese mínimo tropiezo cegados por un rayo de sol que es de hecho nuestra vida, nada, digo, nos sorprende. Cuando menos, ya no es una sorpresa inmediata. Si acaso más tarde recuperamos la facultad de asombro con exclamaciones de ese estilo, “¡Bueno, bueno! ¡Que me aspen si no...!” y probablemente porque el mismísimo hecho de que exista un pasado que podemos mirar de nuevo, o bien otras personas, es de por sí asombroso, cuando se tiene el tiempo, ese fugaz e inmenso instante, de pensar en ello...

A punto estaba de interrumpir a Marlow cuando él mismo hizo una pausa, mirando fijamente al vacío o, puede ser, aunque no quisiera ser demasiado duro con él, una visión. Tiene el hábito o, digamos, el fallo, de ciertos relojes de repisa, defectuosos, que se paran súbitamente, en pleno tictaqueo del péndulo. Quien alguna vez haya convivido con un reloj tocado por esta perversión, conocerá bien cuán vejatorio es que se paren sin más ni más. Me sentí vejado por Marlow. Sonreía débilmente mientras aguardaba yo a que prosiguiera. Hasta rió brevemente.

—¿Debo acaso entender —le espeté con acidez— que ha olisqueado algo cómico en la historia de Flora de Barral?

—¡Cómico! —exclamó—. No, de ninguna manera. ¿Qué le lleva a pensar tal cosa? Ah..., lo dice por mi risa, ¿no es eso? ¿No sabe usted que muchas veces reímos de cosas que nada tienen de cómicas? ¿No ha leído usted los últimos libros que sobre la risa han publicado los filósofos, los psicólogos...? ¿No?, pues los hay a montones...

—Yo diría que sobre la risa se han escrito estupideces a montones. Y también sobre el llanto, por cierto —dije con impaciencia.

—Parece ser —siguió Marlow impertérrito— que la risa nace de un sentimiento de superioridad. En consecuencia, fíjese, de la sencillez y de la honestidad, de los cálidos sentimientos, de la delicadeza, de la cordialidad y la confianza que se tiene en

uno mismo, y hasta de la magnanimidad hacemos motivo de risa, puesto que la presencia de estos rasgos en el carácter de un hombre a menudo ha de colocarlo en situaciones difíciles, crueles o absurdas, dándonos a la mayoría, que de sólo estamos libres de dichas peculiaridades, la lisonjera sensación de ser superiores.

—Lo dirá por su propia experiencia —dije—; en cambio, ¿ha descubierto todas estas maravillas en la historia de Flora de Barral, o se las ha descubierto el señor Powell con sus desmañadas, ingenuas apreciaciones? ¿Qué, se lo han pasado los dos en grande, riéndose juntos a mas no poder? ¡Vamos, hombre! No me diga que aún le duelen los costados de tanto reírse, Marlow.

Marlow no pareció ofendido por mi sarcasmo. Estaba bastante serio.

—Yo no haría tal suposición, a las bravas, sin sentir vergüenza —prosiguió con divertida cautela—. En cuanto a la situación, era sobradamente tensa para que sus síntomas diversos resultaran otras tantas sorpresas a ojos del señor Powell, y no porque ninguno fuese pasmoso por sí mismo, sino por un efecto de acumulación que hizo del conjunto algo inolvidable en todos y cada uno de sus detalles sucesivos. Y la primera de las sorpresas no se hizo esperar, en cuanto el cargamento de explosivos al que debía nuestro amigo el azar de su repentina contratación, dinamita en cajas y barriles de pólvora, fue izado a bordo, la escotilla mayor clavada para la travesía, el cocinero de nuevo aplicado a sus labores en los fogones, levada el ancla y el remolcador por delante, para que doblase el *Ferndale* la punta meridional del estuario; con el sol rojo, de plano sobre la púrpura panorámica del canal, Powell subió al alcázar, de guardia, ciertamente, pero con tiempo por fin para darse un primer respiro en todo el ajetreado día en que zarpó. El práctico aún seguía a bordo. Primero le lanzó una mirada en silencio, y emitió después un comentario intrascendente antes de reanudar sus idas y venidas entre la rueda del timón y la bitácora. Powell ocupó con modestia su puesto en el alcázar. Había visto a través de la claraboya una cabeza tocada con una gorra gris. Al cabo de un rato, cuando cruzó hasta el otro lado del puente, descubrió que no era en absoluto la cabeza del capitán. Se fijó en unos grises cabellos que sobresalían, rizados, por la nuca. ¿Cómo podía haber cometido semejante error de apreciación? Lo cierto es que a bordo de un navío, lejos de puerto, nadie cuenta con encontrar de pronto un extraño.

»Powell se acercó al desconocido. El rostro enjuto, lleno de arrugas, la boca cerrada con fuerza, miraba en lontananza, hacia la costa francesa, vigorosa como una mera sugerencia de tinieblas solidificadas, esparcidas de través más allá de la luz del atardecer que se reflejaba sobre las aguas, cada vez más ensombrecidas que el propio cielo. Miraba el hombre con fijeza inamovible, y por delante hubo de pasar Powell y pasó en efecto, mirándolo a su vez de reojo. Su paso no perturbó aquellos ojos más que si hubiese sido inmaterial como un fantasma. Y que tal acción de su persona no lograra producir impresión ninguna le afectó de extraña forma. ¿Quién podría ser el viejo?

»Sintió tal curiosidad que se aventuró a preguntar al práctico en voz baja. Resultó

ser un individuo de buena pasta, condescendiente y sentencioso, como tantos compañeros de oficio. Había almorzando en el camarote principal, y tenía algo que decirle al respecto.

»—¿Ése? Un pez raro, ¿eh? El padre de la señora Anthony. Me fue presentado al almorzar. Se apellida Smith. Me pregunto si estará en sus cabales. Parece que se lo llevan consigo, y no parece que eso le haga muy feliz, ¿eh?

»Cambió bruscamente de tono y pidió a Powell que llamase a todos a cubierta para desplegar el velamen. “Los dejo dentro de una media hora. Tiempo no le ha de faltar para averiguar cuanto desee sobre el viejo caballero”, añadió con una gruesa carcajada.

»Con la primera orden que dio como oficial plenamente responsable, el joven Powell olvidó en un instante la existencia del viejo. Durante los días que siguieron, por su interés en conocer a fondo el navío y su tripulación, por sus obligaciones y por la lógica intranquilidad de haber entrado en funciones, de aclimatarse, su curiosidad se adormeció; por supuesto, las contadas palabras del práctico no le habían satisfecho.

»Su aclimatación al barco fue tanto más fácil por la cordialidad de su inmediato superior, el contramaestre. Powell no pudo defenderse de una cierta simpatía por el robusto, calvo marino, con su cómica complexión, su tez carmesí y la punta de patetismo que afloraba en los movimientos de sus ojos negros y saltones, sumamente móviles por cierto en su cabeza aparentemente fija al torso e imposible de mover, y sobre todo con su tacto al mostrarse en todo momento más que dispuesto a dar por hecha la competencia de su joven subordinado en materia de marinería.

»Pocas cosas, si de hecho hubiese alguna, más tranquilizantes para reforzar la necesaria confianza de un joven que afronta por primera vez en su vida el trabajo que ha elegido. El señor Powell, tranquila su conciencia respecto de sus tareas, dispuso de tiempo para observar a las personas de a bordo con benévolo interés. A poco de comenzar la travesía, había descubierto no sin extrañeza que el reciente matrimonio del capitán Anthony era visto con resentimiento por todos aquellos que el joven Powell (consciente de que se le consideraba en parte como un intruso) había incluido mentalmente en el grupo de “los viejos”.

»Entre ellos abundaban las miradas, a veces de reojo, las entonaciones, los gestos, y los asentimientos curiosos, propios de hombres que habían conocido otros tiempos mejores. En qué diferían el piloto y el maestro carpintero, por ejemplo, Powell no entendía demasiado. Sin embargo, aquellos dos de continuo ponían caras largas e incluso lanzaban miradas de hostilidad hacia la toldilla de popa. El cocinero y el auxiliar podrían haber mostrado una preocupación más directa. En cambio, el auxiliar de vez en cuando comentaba con escrupulosa imparcialidad, aunque ciertamente melancólica en extremo, “Oh, no es una mujer que dé más guerra que muchos hombres”. Era un individuo bastante taciturno, con muy alta estima de su valía personal, de la cual salían sus prudentes intervenciones. El cocinero, un hombre

esmerado, de rubios bigotes y pobladas patillas, llevaba sólo tres años a bordo, y parecía ser el menos molesto de todos. Había llamado la atención de todos los demás, por haber consultado en dos o tres ocasiones a la esposa del capitán sobre el acierto de sus platos, por saber si eran de su gusto, detalle que de inmediato se tuvo por deslealtad para con el sentir general de la tripulación.

»El fastidio y la tristeza del contramaestre eran mucho más fáciles de entender. Tal como él mismo dijo a Powell antes que concluyese la primera semana en alta mar, “No me pida usted que me alegre por haberseme pedido que salga del salón, como si no fuese digno de sentarme a comer en la misma mesa que esa mujer”. Pero no tardó nada en añadir: “No vaya usted a pensar que culpo de ello al capitán, en absoluto. Es un hombre de conducta intachable. Usted, señor Powell, es demasiado joven todavía para entender estas cuestiones”.

»Mucho tiempo después, al término de una de estas conversaciones que eran inventario de agravios y rencores, se extendió más incluso, a manera de conclusión, reiterando que, en efecto, era demasiada la juventud de Powell para entender tales cuestiones. “No quiero decir que no tenga usted sensatez más que probada. Lo está haciendo usted francamente bien, muchísimo mejor de lo que yo me esperaba. La verdad es que da gusto verlo. Y conste que me cayó usted muy bien desde el principio”.

»Surcaba el *Ferndale* la franja de los alisios, de noche, bajo un cielo aterciopelado, titilante por la infinidad de estrellas que velaban las sombras del mar con sus brillos misteriosos, tras la estela del navío; el ocioso y apacible batir del agua a barlovento era como un indolente comentario al avanzar del barco. El señor Powell disimuló su satisfacción mediante una risa callada, a pesar de lo cual el contramaestre siguió musitando: “Claro está que no ha conocido usted el barco tal como era antes, en su mejor época. Era más que un hogar para todos nosotros. No tenía parangón en ningún otro barco similar, y el capitán Anthony no habría encontrado parangón en ningún otro capitán a cuyas órdenes sea posible navegar. Era incomparable. Tampoco hoy tendría rival nuestro *Ferndale*. Sólo que antes nadie tuvo por qué sentir la menor preocupación por el navío, nunca, ni por su capitán. Nunca hubo lugar”.

»El joven Powell no alcanzaba a ver qué motivos de preocupación podrían existir en tales momentos. La serenidad de la noche en paz parecía tan vasta como la inmensidad del espacio, tan duradera como la misma eternidad. La mar es un elemento incierto, desde luego, pero ningún marino recuerda este rasgo en presencia de su poder de hechizarlo todo, tal como ningún tunante se acuerda jamás de la proverbial e inconstante veleidad de las mujeres. Y el señor Powell, joven como era, pensó con toda su ingenuidad que, recién casado el capitán, ningún motivo de inquietud podía existir en su nueva condición. Me imagino que, para él, la vida, y no tanto la suya, cuanto la vida de los demás, era todavía algo semejante por su propia naturaleza a los cuentos de hadas, incluido el consabido final: “Fueron felices y comieron perdices”. Somos todos criaturas de nuestra propia literatura ligera, mucho

más de lo que se llega a suponer en un mundo que se enorgullece de ser ante todo científico y práctico, de estar en posesión de teorías incontrovertibles. Powell se sintió inclinado a pensar de este modo tanto más, por ser el capitán de un barco en alta mar un ser remoto, inaccesible, casi como el príncipe de los cuentos de hadas, único entre sus semejantes, sin depender de nadie, sin que nada ni nadie pudiese obligarle a rendir cuentas, salvo sus propios poderes, prácticamente invisibles y tan remotos que bien podría tenérselos por sobrenaturales, al menos por lo que de tales poderes alcanza a saber el resto de la tripulación, por regla general.

»Por eso no pudo de ninguna manera entender la apenada actitud del contramaestre; a lo sumo, la entendió confusamente, como resultado de causas bien sencillas, que a él no le parecieron adecuadas siquiera. Podría haberse quitado todo esto de encima con un simple “y a mí qué me importa” de no haber sido tan joven la mujer del capitán. La primera vez que la vio fue para él todo un sobresalto, pues tenía alguna que otra idea preconcebida sobre las mujeres de los capitanes que con ellos se hacen a la mar; aunque no diese crédito a lo que vieron sus ojos, hubo de abrirlos como platos. Se quedó mirándola embobado, hasta que ella se dio cuenta de la situación y con toda naturalidad se dio la vuelta y desapareció. ¡La mujer del capitán! ¡Aquella jovencita tapada con un par de mantas, en la tumbona! ¡La...! Mentalmente se había quedado boquiabierto. Nunca se le había ocurrido que la mujer del capitán pudiera ser, si acaso, más que una mujer que pudiera describirse sin complicaciones como mujer entrada en carnes o flaca, animada y jovial o malhumorada, retorcida, y en todo caso, por no decir, en comparación con su juventud, francamente mayor e incluso vieja. Lo que había visto, en cambio... Fue una especie de vuelco en su orden moral de las cosas, como si acabase de ser testigo de un rapto sin paliativos o de cualquier cosa cuando menos así de asombrosa. Comprenderá usted que nada resulta tan turbador como un vuelco semejante de las propias ideas. Todos nosotros sin excepción ordenamos el mundo de acuerdo con nuestra propias ideas sobre la propiedad y la adecuación de cada cosa. Encontrarse sin previo aviso con una jovencita, allí donde la propia imaginación nos había llevado a esperarnos una señora de cierta edad, fácilmente puede suponer uno de los reveses más duros que uno pueda sufrir...

Marlow hizo una pausa, sonriendo para sus adentros.

—Al cabo de todos estos años, a Powell se le nota todavía impresionado por el recuerdo —prosiguió quizá con voz despreocupada, pero en modo alguno burlesca—. El otro día, sin ir más lejos, con un tono de voz en el que aún se notaba el asombro que le produjo aquella primera impresión, me dijo: “Si es que parecía tan joven, tan niña, que hasta me di la vuelta en busca de otra persona que pudiera parecer y ser en efecto la mujer del capitán, aun cuando de sobra sabía que no había otra mujer a bordo”. Parece ser que en la travesía anterior estuvo a bordo la mujer del auxiliar para hacer las veces de criada de la esposa del capitán Anthony; en cambio, en este periplo se había quedado en tierra, por razones para él desconocidas. ¡La señora Anthony...!

De no haber sido la esposa del capitán, se habría referido a ella, por dentro, como quien se refiere a una cría, dijo. Pero supongo que sobre las esposas de los capitanes de navío debe planear quién sabe qué divinidad, por increíble que parezca, que de todos modos le obligó a abstenerse de darle esa definición irreverente en lo más secreto de sus pensamientos.

»Le pregunté cuándo había tenido su primer encuentro con la señora Anthony, y me dijo que había sido a los tres días de que se volviese a puerto el remolcador; para ser exactos, cuando salía el barco del canal. Tuvieron por fortuna un buen viento de cola, con tiempo húmedo y borrascoso. Powell había subido al alcázar, por el costado de barlovento, sintiéndose aún como un intruso a bordo, sin perder de vista su inexperiencia como oficial, a eso de las seis de la tarde, para hacerse cargo de su guardia. Ver a la joven señora Anthony fue para él tan inesperado como ver visiones. Cuando ella se dio la vuelta, él agachó la cabeza y cerró los ojos. Lo único que atinó a ver entonces, sobre la tumbona en que ella se había reclinado, fueron unas piernas largas y delgadas, terminadas en un par de botas negras, sobre el asiento más próximo a la claraboya. De ahí que extrajera la conclusión de que el “viejo caballero”, que se tocaba con una gorra gris como la del capitán, estaba sentado junto a ella, junto a su hija. Presa de su primer sobresalto, se quedó quieto, de una pieza, a resultas de lo cual se sintió tremendamente cohibido por haber dejado que su sorpresa lo delatara. De todos modos, no habría podido darse la vuelta sobre los talones y salir a todo correr del alcázar. Estaba de guardia. Por eso, con la mirada gacha, pasó por delante de ellos. No alzó la mirada hasta llegar al enjaretado de la rueda del timón. Ella se le hurtaba de la vista gracias al respaldo de la tumbona, aunque Powell sí pudo ver bien al propietario de las delgadas, ancianas piernas, sentado junto a la claraboya, sus mejillas bien rasuradas, sus delgados labios comprimidos el uno contra el otro, con una oquedad a cada lado, los rizos grises bajo la gorra gris, curvos sobre el cuello de la zamarra. Estaba levemente inclinado hacia la señora Anthony, aunque no parecía que estuvieran conversando. El capitán Anthony paseaba de un lado a otro de la toldilla, sin cesar, con la mirada fija al frente. El joven Powell bien pudo pensar que su capitán no se había percatado tampoco de su presencia. Sin embargo, no se fió de la aparente distracción, razón por la cual pasó una incómoda hora de pie ante la bitácora, quieto, hasta que su capitán puso fin a sus ágiles paseos y con visible esfuerzo le dirigió algún comentario acerca del tiempo, en voz muy baja. Antes de que Powell, sobresaltado, pensara en qué contestar, el capitán reanudó sus interminables paseos, de nuevo con la mirada fija al frente. Y hasta que la campana anunció la hora de la cena rompiendo el silencio que se había apoderado de la popa como un funesto hechizo, el capitán paseó sin cesar, la mirada fija al frente; el viejo caballero, junto a la claraboya, no quitó los ojos de su hija, y el señor Powell hubo de confesarme que no supo adonde mirar, con la ingrata sensación de haberse metido en donde no le importaba, lo cual era absurdo. Terminó por clavar los ojos en la rosa de los vientos, refugiándose espiritualmente en la bitácora. Se sintió helado, mucho más

de lo debido, por el frío del crepúsculo, por la turbiedad del mar verdoso en el que se reflejaba un cielo nublado y uniforme. Un viento encaprichado barría la desolada extensión; el navío, con las velas lacias, parecía avanzar en lánguidos compases, como si se detuviera y arrancase en medio de la mar picada, que arrancaba de los costados del barco un rugido iracundo.

»El joven Powell dio en pensar que nunca había visto la mar al atardecer con un aire tan lúgubre. Se alegró cuando los demás ocupantes de la popa desfilaron al sonar la campana. Primero el capitán, con un súbito giro en sus paseos, dirigiéndose a la escalera, sin mirar siquiera una vez hacia su esposa o hacia el padre de ésta; después se levantaron los dos e imitaron al capitán, el viejo caballero muy envarado, con sus finos y grises rizos alborotados y las mantas sobre el brazo. Primero bajó la jovencita, la señora Anthony. El turbio crepúsculo le había ensombrecido el rostro. Al pasar, miró al señor Powell. Éste pensó que estaba muy pálida. Por el frío, quizás. El viejo caballero se detuvo un instante, delgado y muy tieso, ante el joven, para hablarle en voz baja pero suficientemente clara, sin ningún acento discernible, siquiera de interrogación.

»—Tengo entendido que es usted el nuevo segundo de a bordo.

»El señor Powell contestó afirmativamente, preguntándose si se trataba de una forma amistosa de entrar en materia. Había notado en los ojos del señor Smith una suerte de mirada vuelta hacia dentro, como si le desagradase el entorno o lo desdeñase. La esposa del capitán había desaparecido ya por la escalera. “¡Ah!”, repuso el señor Smith, esperando un poco hasta que formuló otra pregunta con su voz carente de toda curiosidad.

»—¿Y conocía usted al hombre que lo precedió en el puesto?

»—No —dijo el joven Powell—. Antes de embarcar no conocía a ninguno de los tripulantes.

»—Era mucho más viejo que usted. Le doblaba la edad, o puede que más incluso. Tenía el cabello gris. Sí, ciertamente. Mucho más viejo —la voz baja, reprimida, calló de golpe, pero el viejo no se marchó—. ¿No es insólito? —añadió.

»El señor Powell quedó sorprendido no sólo por haber trabado conversación, sino también por el giro que ésta parecía tomar. Podría haber sido mera sugestión inducida por la palabra que había pronunciado el viejo, pero fue precisamente en ese momento, y con toda claridad, cuando cayó en la cuenta de que había algo insólito no sólo en ese encuentro, sino en derredor, en general, en el ambiente. Hasta el mar, las salvas de espuma que destellaban aquí y allá, el mar inmutable y seguro refugio en que puede un hombre reposar lejos de todas las pasiones, salvo de su propia cólera, resultaba extraño a la mirada de reojo que lanzó por barlovento, por donde el horizonte ya borrado no trazaba un límite que tranquilizase la vista. A la media luz difusa, extinta casi, y antes que la noche cerrada y nublada desplegara su velo de misterio, era la inmensidad misma del espacio hecha visible, palpable casi. Así lo sintió el joven Powell. Lo sintió en la súbita sensación de su propio aislamiento; el poderoso navío,

digno de toda confianza, habíase reducido a una mancha minúscula, casi indiscernible, mero sostén bajo sus pies, antes de que el imprevisible viejo se pusiera a charlar de repente en aquel universo oscurecido.

»Le costó uno momentos sopesar el sesgo de la pregunta.

»—Insólito —repitió despacio—. Ah, se refiere usted a que un hombre ya mayor sea el segundo de a bordo... Pues no sé qué decirle. Hay muchos de nosotros que dejan de progresar. Supongo que eso fue lo que le ocurrió.

»El otro, la cabeza levemente inclinada, daba la impresión de escucharle con toda atención.

»—Y ahora se encuentra en el hospital —dijo.

»—Eso creo. Sí, recuerdo que el capitán Anthony lo comentó en la agencia de contratación.

»—Puede que para morir —siguió el viejo con su tono cuidadosamente exacto, lento—. Y es muy posible que se alegre de morir así.

»El señor Powell era tan joven que se sobresaltó ante tal sugerencia, que le pareció, en el crepúsculo, una confidencia siniestra, capaz de helarle la sangre en la venas. Dijo cortantemente que no le parecía en modo alguno posible, como si quisiera defender a la víctima ausente y accidentada de una maligna calumnia. De hecho, se sintió indignado. El otro emitió una risa sofocada de tono conciliador. La segunda campanada se oyó bajo la toldilla. Hizo ademán de marcharse, pero se quedó donde estaba.

»—No lo he dicho en serio —murmuró con ese extraño aire de temer que alguien pudiera oírle—. No, ni mucho menos. Conozco al individuo.

»La oportunidad, o más bien la total falta de oportunidad de esta conversación, había agudizado la capacidad de percepción del sencillo, ingenuo segundo oficial del *Ferndale*. Sensible a los más sutiles matices y tonalidades, pensó que a ese “conozco al individuo” tuviera que haber seguido un “no era amigo mío”. Sólo que tras la pausa más breve que se puede hacer al hablar, el viejo caballero prosiguió su murmullo uniforme y claro.

»—Usted en cambio nunca lo ha visto. No obstante, cuando haya usted vivido tantos años como he vivido yo, entenderá sin duda que un accidente que ponga fin a la propia existencia se puede acoger sin el menor rechazo. Cierto es que se producen estúpidos accidentes, pero ni siquiera en tales casos hay por qué enojarse demasiado. ¿Qué significa verse despojado de la vida? Eso se hace en un visto y no visto. En cambio, ¿qué opinión podrían merecerle los sentimientos de un hombre al que otros han arrebatado la vida? Privado de la vida por malas artes, quiero decir.

»Calló bruscamente, y se quedó inmóvil largo rato, hasta que el asombrado Powell musitó: “¿Qué quiere decir? No lo entiendo”. Con un seco “buenas noches”, el viejo dio unos pasos y desapareció en la sombra de la escalera, desapareciendo bajo la lámpara del interior, que no llegaba siquiera a los primeros peldaños.

»Las extrañas palabras, el tono de cautela, toda su persona en resumen había

dejado una fuerte inquietud en la mente del señor Powell. Comenzó a pasear por la toldilla sumido en una gran confusión mental. Se sintió a la deriva. Singulares palabras las que acababa de oír, imposible engañarse. Y ese tono de cautela, ese miedo a que alguien le oyese, era mucho más que singular. El joven segundo oficial vaciló antes de saltarse las reglas establecidas por la disciplina de a bordo, pero por último no pudo resistir la tentación de hablar con un ser humano, y se dirigió al timonel.

»—¿Ha oído usted lo que me estaba diciendo ese viejo?

»—No, señor —contestó con calma el timonel. Y animado por la prueba de lasitud que le daba de ese modo el oficial, se arriesgó a añadir—: Un pez raro, señor —lo dijo de manera puramente tentativa; el señor Powell, liado con sus propios pensamientos, no contestó nada—. Son más bien como los pasajeros —aventuró el timonel—. Y a veces se ven pasajeros muy raros.

»—¿Pasajeros? ¿Quiénes? —preguntó Powell con un gruñido.

»—¿Quiénes van a ser? ¡Esos dos, señor!

Fieles servidores... y el resplandor de un farol

»Pensó el joven Powell que toda la tripulación se estaba dando cuenta. Desde luego, la conducta del capitán con su esposa y con el padre de ésta era sobradamente llamativa. Era como si fuesen una pareja de pasajeros poco o nada gratos de tratar. Claro que tal vez no siempre fuese así. Era posible que el capitán estuviese irritado por cualquier otro motivo.

»Cuando el pesaroso Franklin subió el puente, el señor Powell hizo un comentario al respecto. Y es que le había picado la curiosidad.

»—¿Le parece a usted? —masculló el contramaestre—. ¿Irritado dice? —se abotonó la gruesa zamarra hasta el cuello, y sólo entonces añadió—: Ah, pues es posible que sí —y carraspeó sonoramente, cortando por lo sano todo intento de proseguir la conversación. Ahora bien, nada habría bastado para inducir en el recién nombrado segundo oficial de a bordo un ánimo propicio a las confidencias. Era la suya una prudencia instintiva. Powell no llegó a suponer siquiera por qué había resuelto guardar para sus adentros el coloquio mantenido con el señor Smith. Con todo, su curiosidad no se adormeció. Poco tiempo después, de nuevo con el cambio de guardia, en el curso de un breve intercambio de pareceres hizo mención, de modo bastante casual, del padre de la señora Anthony, e intentó sonsacar al contramaestre, deseoso de saber quién era.

»—Haría falta toda la inteligencia de un hombre muy listo para averiguarlo, tal y como están las cosas a bordo —dijo un señor Franklin inesperadamente comunicativo—. La primera vez que lo vi fue cuando ella lo trajo en un simón, una mañana, a eso de las once y media. El capitán había subido a bordo bastante antes, temprano, y estaba en el camarote que se le había preparado. ¿Le he dicho ya que si desea algo del capitán hay que llamar con fuerza del lado de babor? Pues así es. Este navío no sólo es muy distinto de como fue: es que no se parece en nada a ningún otro. ¿Sabe usted de algún barco en el que el camarote del capitán quede a babor? Los dos camarotes de popa se han remozado de arriba abajo, hasta parecer unos salones de palacio. Quince días se pasaron ajetreados a bordo los obreros de una cuadrilla contratada por una de las casas más relamidas del West End, quince días con sus colgaduras y sus muebles, como si la reina en persona fuese a zarpar con nosotros. Por descontado, el auténtico camarote que ha de ocupar el capitán es el de estribor, pero el bueno de nuestro capitán se conforma con un simple catre a babor, de modo que si nos hiciera falta su presencia en cubierta, de noche, nadie tenga que molestar a la señora Anthony. ¡Nerviosa, decía usted! ¡Faltaría más! La mujer que desposa a un marino y

toma la decisión de hacerse a la mar con él, no debería sobresaltarse por oír una voz más alta que otra, vamos, digo yo. En fin, lo mismo da. En cuanto asomó el viejo simón por la esquina del almacén, llamé al capitán para anunciarle que su señora subía a bordo. Contestó a mi llamada, pero como no lo vi venir bajé yo mismo al muelle para ayudarla a descargar. Y en esto que salta del coche muy agitada, y sin cogirme del brazo, sin decir siquiera “gracias” o “buenos días”, lo mínimo, se vuelve en redondo al coche y veo que baja despacio el viejo farsante. No me había fijado en él; no había esperado que viniese nadie más. Me llevé un buen sobresalto. Y ella va y dice: “Mi padre... El señor Franklin”. En las presentaciones, me estuvo observando como un búho. “Encantado de conocerle, señor”, le dije. Tenían los dos un aire muy gracioso, como si algo les hubiese ocurrido por el camino. Ninguno de los dos movió ni un dedo, y yo me quedé a la espera. El capitán asomó por la toldilla de popa; lo vi acodado a la amura, y acto seguido desapareció. Supuse que iba de camino a recibirlos como es debido, en el muelle. Pero volvió simplemente a su camarote. Así pues, al no verlo, tomé la palabra: “Permítame ayudarle a subir a bordo, señor”. “¡A bordo!”, me espeta con gesto alelado. “¿A bordo?”. “Hombre, la escala no es una preciosidad, pero resulta bastante sólida”, le digo, pues me pareció un tanto asustado. Tampoco es que fuese una ruina andante, el viejo. Podrá usted juzgar con sus propios ojos. Va más derecho que una estaca, y parece aún pletórico de vida. Con eso y con todo, ni se movió siquiera, así que empecé a sentirme un tanto estúpido. Entonces ella da un paso al frente. “Muy amable, señor Franklin; yo misma ayudaré a mi padre”. Me dejó de una pieza... Qué manera de dejarme con la palabra en la boca. Se metió sin más entre su padre y yo, sin siquiera dirigirme una mirada. Retrocedí. Habría subido a bordo de inmediato, dejándolos en el muelle y que subieran o que se quedaran allí hasta la semana siguiente, sólo que me bloqueaban el paso. No podría haberles dado un empujón. Sólo el diablo sabe qué es lo que se estaba cocinando entre los dos. Ella estaba pálida como la muerte, y hablaba con él atropellándose, comiéndose casi las palabras. Él se puso rojo como un pimiento; que me aspen si me engaño. Un vejistorio con muy mal café, se lo aseguro. Y mala gente, de veras. En fin, no importa. No logré oír qué fue lo que de ese modo le decía ella, pero rae quedó bien claro que puso en ello todo su corazón, porque temblaba de pies a cabeza. Parecía —digo parecía, fíjese bien— como si él no deseara subir a bordo. Claro está que no podría haber sido ésa la razón. Sé bien lo que me digo. Total, que ella lo agarró del brazo, por en cima del codo, como si fuese a arrastrarlo, o a empujarlo. No estaba yo ni a tres metros de ellos dos. ¿Debería haberme alejado? ¿Sí? ¿Y por qué? Tenía ganas de subir a bordo en cuanto me despejasen el camino. Tampoco es que quisiera oír sus murmullos enojados. En cualquier caso, no podía quedarme allí de por vida, así que hice ademán de pasar junto a ellos, en el supuesto de que nulo permitieran. Y así me enteré de algo de lo que se decían. Fue el viejo, que dijo de malas maneras no sé que de estar “bajo la suela” de no sé quién. “No quiero semejante sacrificio”, dice luego. No sabría yo decirle a que se estaba refiriendo. De

lo que estoy completamente seguro es de que reñían. Ella le mira entonces por encima del hombro y se da cuenta de que yo estoy casi pegado a ellos. No sé qué pudo decirle en ese momento al oído, pero él cedió repentinamente. También él se volvió a mirarme, y subieron los dos juntos tan de prisa que cuando llegué al puente sólo pude ver la portezuela del corredor que se cerraba a sus espaldas. Raro, ¿que no? Pero si sólo fuese raro, todo esto sería lo de menos. Por la tarde llegó a bordo el equipaje, en baúles nuevecitos. A media noche salimos de la dársena. Y que me aspen si sé de hecho quién era el viejo, o qué es lo que era. No he conseguido averiguarlo. No, no tengo ni idea. Podría ser cualquier cosa. Lo único que puedo decirle, joven, es que una vez, hace de esto muchos años, cuando fui a las carreras de Derby con un amigo mío, vi a uno de esos tunantes trileros que se parecía al misterioso padre de la señora, tal como había salido del simón, como se parecen dos gotas de agua.

»Todo esto lo dijo el contraamaestre de los ojos saltones con voz resentida y melancólica, haciendo no pocas pausas, como si hablase con el dulce murmullo del mar. Era en su caso una especie de amargo placer encontrarse con las orejas sin estrenar de un recién llegado, al cual pudo repetir todos estos pesares, todas sus quejas y suspicacias, de las que había hablado hasta hartarse con la banda de fieles subordinados del capitán Anthony. Era evidentemente un gran alivio para su atribulada conciencia, tanto que se olvidó de la mínima cautela que es siempre aconsejable con un completo desconocido. De todos modos, con el señor Powell no tenía en realidad nada que temer. Interesado desde el principio por todas estas quejas, las provocaba por distraerse. Después, al repasarlas mentalmente, se sintió impresionado; a medida que fue creciendo su impresión con el paso de los días, también fue en aumento su resolución de guardarlas para sus adentros.

»Le resultó tanto más fácil guardar su resolución porque el sentimiento de sorpresa y de distracción que tuvo Powell ante lo que se le antojaba un mero absurdo no estuvo libre de una cierta indignación. Eran todavía pocos sus años, demasiado nueva su posición, escasa la confianza que tenía en sus propias opiniones, de modo que no se pudo permitir expresar lo que pensaba bajo ningún concepto. Por otra parte, ¿de qué habría servido su intervención? ¿Qué falta hacía?

»Pero todo este asunto, familiar y misterioso al mismo tiempo, ocupaba de continuo su imaginación. La soledad del mar intensifica los pensamientos y los hechos de la propia experiencia, como si ésta se hallase en el centro del mundo, tal y como el barco en que se navega permanece siempre en el centro del círculo del horizonte. Empezó a ver al apoplético contraamaestre de los ojos saltones y al saturnal auxiliar de ojos cargados como si fuesen víctimas de una especie de extraña demencia secreta, que había emponzoñado sus vidas. Pero no les mostró sus simpatías por ello, no. Esa extraña afección despertó en él una suerte de suspicaz asombro.

Una vez, era de noche de nuevo, ya que los oficiales del *Ferndale* se turnaban en

las guardias, con lo que no les faltaban ocasiones de conversar, una vez, decía, el robusto señor Franklin, silueta curiosamente voluminosa bajo las estrellas a las que ponía por habituales testigos de sus desahogos, le interrogó con una brusquedad en modo alguno insensible, sino propia de su carácter directo.

»—Tengo entendido que ya no viven sus padres, joven.

»El señor Powell repuso que había perdido a sus padres a muy temprana edad.

»—Mi madre aún vive —declaró el señor Franklin en un tono que delató su gratitud porque así fuera—. La anciana señora se conserva estupendamente. Por supuesto, hay que facilitarle toda clase de comodidades. A una mujer hay que cuidarla; llegado el caso, a mí que me den una madre. Diría sin miedo a mentir que si no se hubiese conservado tan bien, probablemente me habría dado por casarme. En fin, no lo sé. Nosotros, los marinos, no tenemos demasiado tiempo para pensar en nosotros mismos. De todas formas, la anciana señora ahí sigue, y por eso puedo decir que no he mirado a una muchacha en toda mi vida. No porque no fuese yo propenso, en mis tiempos mozos, a frecuentar la compañía de las mujeres, todo hay que decirlo —añadió con patética entonación, en tanto el blanco de los ojos le relucía de amor bajo el claro cielo de la noche—. Muy propenso, sí señor.

»Estas confidencias entretenían a Powell, y como sólo tenían lugar cuando relevaba al contraamaestre de su puesto de guardia, nada tuvo que objetar al respecto. La presencia del contraamaestre hacía que la primera media hora de su guardia, y a veces más, se le pasara sin sentir. Si a su superior no le importaba restar horas al sueño, en ese asunto no podía meterse el señor Powell. Franklin era un buen hombre que en modo alguno deseaba jactarse de su amor filial.

»—Me refiero, es evidente, a la compañía de mujeres respetables —aclaró—. De las otras no digo nada. No culpo de nada a nadie, pero un joven bien educado como usted sabe de sobra que poco provecho y menos diversión puede obtenerse de ellas —soltó un profundo suspiro—. Ojalá se hubiese conservado la madre del capitán Anthony tan bien como la mía. Tendría que haber cuidado de ella, y lo habría hecho mejor que nadie. El capitán Anthony es un hombre como hay que ser. Y así se habría salvado del más ridículo...

»No llegó a terminar la frase, que ciertamente se le había amargado en la lengua. “Allá va de nuevo”, se dijo el señor Powell, y se rió entre dientes.

»—No entiendo por qué se muestra tan duro con el capitán, señor Franklin. Pensé que era usted un gran amigo suyo.

A esto, el señor Franklin no pudo contener una exclamación. No era duro con el capitán, ni mucho menos. Nada más lejos de sus sentimientos. Y... ¡amigo! Por descontado que era buen amigo suyo y su fiel servidor. Rogó a Powell que entendiese que si el capitán Anthony decidiera cerrar un trato con el demonio en persona, y si el demonio se portase bien con el capitán, él, Franklin, tendría por correcto en lo mas profundo de su corazón entablar amistad con el demonio, por elemental respeto a su capitán. Así de sencillo. Por otra parte, si un santo, un ángel de alas blancas,

apareciese de repente...

»Volvió a callar, como si su propia vehemencia le diese miedo. Luego, con su patética y reconcentrada voz (que nunca había levantado de forma inaceptable), observó que de nada servía hablar. Estaba clarísimo que el capitán era un hombre distinto al de antes.

»—Por mi parte —dijo el joven Powell—, es imposible juzgar tal cosa.

»—¡Santo Dios! —susurró el contraмаestre—. ¡Que me diga eso un joven educado e inteligente como usted, que lo ha podido ver con sus propios ojos...! ¿Acaso es ése el aspecto que tiene un hombre feliz, eh? Será usted todo lo joven que quiera, pero no es un niño; le desafío a que me diga que sí.

»El señor Powell no recogió el guante. No sabía qué pensar de la opinión del contraмаestre. No obstante, fue como si hubiese ensanchado un ápice su comprensión de las cosas. Concedió que el capitán, ciertamente, no tenía buen aspecto.

»—Que no tiene buen aspecto —repitió el contraмаestre con voz contrita—. ¿Cree usted que un hombre con una cara como la suya puede esperar algo positivo de la vida? Se ve que no ha rodado usted mucho por esta vida, pero es usted marino; me dice que ha trabajado ya en tres o cuatro navíos. Y bien, ¿ha visto alguna vez al capitán recorrer la cubierta de su propio barco como si no supiese qué suelo pisa? ¿Ha visto usted cosa parecida? Que me cuelguen si no se olvida a cada paso de dónde está. Por supuesto, eso no quita para que sea, como es, un marino de primera, pero suerte tiene, pese a todo, de que esté yo a bordo con él. A estas alturas, sé perfectamente qué quiere que se haga sin que me lo tenga que decir. ¿Sabía usted que no me ha dado ninguna orden desde que zarpamos? ¿Sabía usted que no me ha dirigido la palabra, a menos que antes le hubiese hablado yo? ¡Yo! Su contraмаestre, su compañero durante seis años, con quien no ha cruzado palabra desde entonces. Así es. Ni una mirada siquiera. Cierto que cuando le exijo que me hable, aparece de nuevo su mejor condición, el ojo vivo, la voz afable. No podría ser de otro modo con su viejo Franklin. Pero ¿de qué sirve? El ojo, la voz, todo está a muchas millas, y por todo ello me ando con mucho cuidado al hablar con él cuando no está despejada la toldilla de popa. Sí, sólo cuando estamos solos los dos, y el mar con nosotros. Pensará usted que la conversación es bien fácil; soy el único contraмаestre con el que ha navegado, señor Franklin por aquí y señor Franklin por allá; cuando algo se torcía en donde fuese, la primera palabra que se le oía vocear por el puente era “¡Franklin!”. Soy trece años mayor que él. Pensará usted que la conversación y el trato más fáciles no pueden ser, ¿verdad? Sólo nosotros dos en la toldilla en la que nos vimos por primera vez... siendo él un jovencísimo capitán, y entonces me dijo que estaba seguro de que nos llevaríamos de maravilla. Ahí lo tiene; han pasado treinta y un días de travesía y todo aquello ya no sirve de nada. Es como hablar con un hombre que se hubiese quedado en tierra. Imposible hacerle regresar, imposible sacarlo de su estupor. A veces me entran ganas de agarrarlo del brazo y sacudirlo: “¡Despierte,

capitán! ¡Despierte! ¡Lo necesitamos en cubierta!”.

»El joven Powell reconoció en estas palabras la expresión de un auténtico sentimiento, cosa rara en este mundo en el que tantos mudos hay, por no hablar de las muchas y excelentes razones por las que un hombre en sus cabales no debiera delatarse ni siquiera en alta mar, y entendió que este estallido le inspiraba algo muy parecido al respeto. No había sido ruidoso; la grotesca y achaparrada silueta, cuya cabeza parecía encajada a presión entre los hombros cuadrados, a golpes, se movió vagamente dentro de un reducido espacio, limitado por los dos toneles de provisiones amarrados al barandal de la toldilla, sin gesticular, con las manos en los bolsillos de la zamarra y los codos pegados al cuerpo; la voz, sin resonancia, pasó del enojo al desconsuelo y vuelta a empezar, sin levantar el tono, en su atropellada perorata, interrumpida tan sólo para inspirar a fondo, como si le ahogase la reprimida pasión de su hondo pesar.

El señor Powell, aun conmovido hasta cierto punto, no por ello se dejó convencer. Y cuando ya daba por terminada la perorata, el otro, titubeando en la oscuridad, volvió a explotar sólo que sin levantar la voz, atribulado, respetuoso del silencio del navío y de la vasta paz del mar.

»—¡Han tenido que hacerle algo! ¿Qué será? ¿Qué podrá ser? ¿No se le ocurre nada? ¿No lo sabe?

»—¡Santo cielo! —el joven Powell se quedó de una pieza al darse cuenta de que Franklin apelaba directamente a su persona—. ¿Cómo iba yo a saberlo?

»—Usted habla a veces con esa doncella pálida y de ojos negros... Les he visto conversar más de una docena de veces...

»El joven Powell, de golpe helada toda su simpatía, comentó con desdén que la señora Anthony no tenía los ojos negros.

»—Igual me da de qué color los tenga; ojalá no los hubiese fijado nunca en el capitán —replicó Franklin—. Ella y ese viejo barbilampiño que la domina y que mira su blanca palidez como la muerte con sus ojos amarillentos... ¡Dios los confunda! Tal vez me diga usted que no tiene los ojos amarillentos, ¿eh?

»Powell, sin el menor interés por el color de los ojos del señor Smith, hizo un vago gesto. Amarillentos o no, le daba lo mismo.

»—No, claro —murmuró entre sí el contraмаestre—. ¿Cómo va a saberlo, si no es más que un crío? Para eso hace falta un poco de madurez.

»—Ni siquiera alcanzo a entender qué es lo que pretende decir —observó el señor Powell con frialdad.

»—Y hasta el hombre más maduro y perspicaz se quedaría de una pieza al ver esta obra endemoniada —prosiguió murmurando el contraмаestre—. En fin, he oído hablar de mujeres capaces de acabar con un hombre de una forma u otra al tenerlo bien sujeto en tierra firme, pero traerse sus brujerías a alta mar y maniatar de ese modo a un hombre como él... Eso roza lo inconcebible. ¡No lo puedo entender! Sí puedo, en cambio, vigilar. ¡Que se enteren bien, me digo!

»Incapaz de agacharse o encorvarse por su absoluta falta de flexibilidad, su recio corpachón no pudo expresar abatimiento. De pronto parecía muy fatigado; arrastró los pies al salir de la toldilla. Antes de marcharse, habiendo dilapidado una hora de su descanso, volvió a interpelar a nuestro joven amigo, el cual se hallaba al pie del palo mayor, con un aire glacial, nada receptivo, expresado en su silencio y en su inmovilidad. No se arrepentía, dijo, de haberle hablado sin pelos en la lengua sobre un asunto tan serio.

»—No soy quién para juzgar la seriedad del caso, señor —fue la franca respuesta de Powell—. Pero si acaso piensa que me ha relatado algo nuevo para mí, debo decir que se equivoca. Este asunto sale a relucir cada vez que abre la boca; es exactamente lo que he oído más o menos desde mi llegada a bordo.

»Powell se expresó con franqueza, pero sin intención de ofender. No le faltaba esa sensatez instintiva; percibía con claridad que se trataba de un asunto muy serio, ya que nada tenía que ver con la razón. No deseaba enemistarse con el contraamaestre. Y el señor Franklin no se lo tomó a mal. A la sincera observación del señor Powell, contestó con idéntica sinceridad y sencillez, reconociendo que era muy probable. Como le abrumaba de continuo una cosa semejante (que frisaba casi en la brujería), lo maravilloso era que lograra pensar en otras cosas. El pobre hombre tuvo que haber sentido en la agitación de sus pensamientos la ilusión de hallarse metido hasta el cuello en un combate constante contra quién sabe qué poderosa maldad; sus últimas palabras, a medida que bajaba lentamente por la escalerilla, expresaron la extraña esperanza de que él, Powell, se pusiera “de nuestra parte”.

»El señor Powell (imagínese el asalto lanzado directamente, en alta mar, sobre un joven de su carácter) se limitó a contestar con una risa incómoda, azorada, que reflejó con toda exactitud el estado de su alma inocente. El apoplético Franklin, ya a mitad de la escalerilla, subió de nuevo los peldaños. ¡Sí, como lo oye! Un joven hecho y derecho, esperaba el contraamaestre, jamás permanecería al margen, sin tomar partido, viendo cómo un hombre, buen marinero y capitán suyo, se encontraba en una situación tan grave; lo propio era que actuase en contra de la pareja de tierra adentro que... El señor Powell lo interrumpió, a punto de perder la paciencia: ¿cuál era el problema? ¿A qué estaba aludiendo exactamente?

»—¿Qué es lo que está insinuando? Explíquese —exclamó, presa de una irritación por otra parte injustificable.

»—No quisiera ni imaginármelo; ahí abajo, en el salón, con la única compañía de esos dos... —murmuró Franklin sin contenerse—. Le doy mi palabra; no quisiera ni imaginármelo. Sabe Dios qué estará pasando ahí abajo... No se ría... Bastante lamentable fue la última travesía, cuando la señora Brown dispuso del camarote de proa; ahora es infinitamente peor. Me da miedo. A veces ni siquiera concilio el sueño, sólo de pensar en él, ahí abajo, solo, alejado de todos nosotros.

»La señora Brown era la esposa del auxiliar de a bordo. Conviene que sepa usted que poco después de su visita a la casa de campo de los Fyne (con todas las

consecuencias que tuvo), Anthony recibió la oferta de realizar una travesía a las Azores, para transportar a Londres la carga de un navío que, averiado tras colisionar con otro o tras encallar, no sé bien, recaló en el puerto de San Miguel, condenado a no navegar más. Roderick Anthony disponía de contactos capaces de procurarle esta clase de asuntos lucrativos. Así pues, Flora de Barral había cumplido, como primera experiencia en alta mar, nada menos que cinco meses de travesía, una simple excursión. Y Anthony, que con toda claridad intentó mostrarse tan atento como pudo, convenció a la esposa de su fiel auxiliar de a bordo, la señora Brown, para que viajase en esa travesía como criada de su esposa. Ahora bien, fuera por la razón que fuese este acuerdo no se mantuvo en las travesías posteriores. Y el contra maestre, atormentado por infinidad de alarmas y vagos presentimientos, lo lamentaba. Lamentaba que Jane Brown ya no estuviese a bordo, como una especie de representación de los fieles servidores del capitán Anthony, que observara con toda tranquilidad qué ocurría en la parte del navío que ese matrimonio fatal había substraído a su vigilancia. Habría sido una precaución excelente, porque la señora Brown era una mujer de total confianza.

»Powell no creyó que hubiese nada sobresaliente en lo que parecía un simple trabajo de espionaje. Ahora bien, con su sencillez de costumbre, dijo que siempre habría creído que a la señora Anthony le hubiese alegrado contar con otra mujer a bordo. Pensaba en la pálida y aniñada personalidad de la joven, que en su opinión alguien tendría que haber cuidado. Joven e inocente, siempre contempló a la muchacha como una persona inmadura, como una niña prácticamente.

»—¿Que se habría alegrado? ¿Ella? Bah, si fue ella misma la que ordenó que la despidieran... No deseaba que nadie rondase los camarotes de popa. La señora Brown lo sabe con absoluta certeza; así se lo dijo a su marido. Puede usted preguntárselo al auxiliar; entérese de lo que tiene él que decir al respecto. Por eso no me gusta lo que se dice nada; era una mujer eficiente, que sabía estar en su sitio. Pero no, nanay: tuvo que marcharse. Sin haber cometido ningún error, sin tener culpa de nada, dese cuenta. Al capitán le dio vergüenza tener que despedirla. Todo por esa mujercita que tiene, sí; los dos pájaros se han apoderado de él. Ya no puedo hablar con él ni un minuto en la toldilla sin que aparezca de rondón ese trilero, ese embaucador. Mire, le diré una cosa. Una vez le oí decir algo que... No, sabe Dios que no fue adrede; lo único que pasó fue que se olvidó de que yo estaba al otro lado de la claraboya, con mi sextante, y le oí... Ya sabe usted cómo se arrima a su hija, cómo se pone a charlar sin casi abrir la boca... Sí, oí la palabra con toda claridad. Hablaba del capitán, tratándolo de “carcelero”. ¡De carcelero!

»Franklin se interrumpió para lanzar una imprecación blasfema. Reinó el silencio un buen rato, y el dulce cabeceo del barco, suavemente impulsado por el alisio del nordeste, pareció casi un sortilegio que aplacó y adormeció las suspicacias de los hombre que se confían a la mar.

Se oyó un hondo suspiro, seguido por la voz del contra maestre, preguntándose

con verdadera desazón si acaso era ésa la única forma disponible para hablar de un hombre al que deseaba lo mejor. En tal caso, no eran necesarias más pruebas de que algo andaba francamente mal. Por tanto, dijo tener plena confianza, cuando ya por fin se retiró a descansar, en que Powell se pusiera de su parte. Y esta vez el señor Powell no replicó con una risa azorada.

»El joven oficial fue sintiéndose cada vez más sorprendido por la naturaleza de las incongruentes revelaciones que se le iban haciendo en el ambiente del mar abierto. Seguramente nos resulta muy difícil entender plenamente, en toda su amplitud, en toda su profundidad, cómo fue su experiencia, ya que nosotros no nos hemos hecho a la mar a los catorce años y nueve meses de edad, recién salidos de una escuela privada. Acodado sobre los obenques de mesana, tan quieto que el timonel, al otro lado de la toldilla, fácilmente habría sospechado (si es que no llegó a sospechar) que había cometido el imperdonable delito de quedarse dormido durante su guardia, se esforzó por reconsiderar todo el asunto desde un ángulo tal que encajase en sus elementales nociones de psicología. “¿De qué diantre se preocuparán tanto?”. Su interrogación nació de una impaciencia aturrida y despectiva. Con eso y con todo, llamar a un hombre “carcelero” no dejaba de ser una extravagancia; era prueba de ingratitud, de hostilidad, de hosco desagrado. Lamentó que el señor Smith fuese en efecto culpable de tal cosa, ya que, en honor a la verdad, hay que decir que hasta cierto punto le había afectado gratamente que el padre de la señora Anthony se tomase por él un comedido interés. La juventud aprecia esa clase de reconocimiento, que es al fin y al cabo la forma más sutil de la adulación que puede prodigar la vejez. El señor Smith aprovechó toda clase de ocasiones para acercársele en el puente; sus comentarios, ciertamente, eran a veces peregrinos, enigmáticos, pues era sin lugar a dudas un anciano y excéntrico caballero. Ahora bien, de ahí a motejar a su yerno (al cual nunca se acercaba en el puente) de “carcelero” y cosas peores, a sus espaldas, mediaba un mundo.

»Y el señor Powell se asombraba...

»Y yo también —Marlow cambió de tono—, yo me asombraba más si cabe, mientras me lo iba refiriendo. Diríase que el infortunio marca a sus víctimas, haciéndoles una señal en la frente, para escarnio de las multitudes. No hablo de una cuestión numérica; dos hombre pueden a veces comportarse como una apiñada multitud, y tres lo harán sin duda ninguna, siempre que sus emociones estén comprometidas. Era como si Flora de Barral tuviese esa marca en la frente. ¿Había nacido la muchacha destinada a ser víctima, condenada a ser detestada, oprimida, como si fuese demasiado delicada, como si no tuviese ninguna suerte, ya que a los gafes se les tiene a menudo por pecadores, así como la desdicha es tenida por crimen?

»En efecto, me asombraba más aún, pues no en vano conocía yo a la joven algo mejor que el señor Powell, aun cuando sólo fuese por saber cuál era su verdadero apellido, aparte de conocer mejor al capitán Anthony, aun cuando sólo fuese por saber que era hijo de un delicado poeta erótico, de temperamento extremadamente

refinado y autocrático. Aún es más: yo era sabedor de su historia común, que Powell desconocía por completo. El capítulo de esta historia que él me iba desvelando, un capítulo marinero, con personajes nuevos, como el sentimental y apoplético contramaestre o el reconcentrado auxiliar de a bordo, por pasmoso e intrigante que a él le resultase, teniendo en cuenta su desconocimiento del resto, para mí lo fue más incluso, por pertenecer a la misma serie y figurar colocado inmediatamente después del capítulo de la entrada del Hotel Oriental, en el que yo mismo desempeñé mi papel. A la vista de las declaraciones de Flora y de mis sabias intervenciones, todo esto no pudo ser más inesperado. Ella había obrado de buena voluntad, y desde luego que yo también; en cuanto al capitán Anthony, por lo que pude colegir a partir de lo que dijo Fyne, había obrado obviamente de buena voluntad. Si tan exaltada expresión pudiera aplicarse a los oscuros personajes de esta historia, diría que todos estábamos colmados de los más nobles sentimientos e intenciones. Allí estaba el mar, para darles el refugio de su soledad frente a las mezquinas sugerencias de tierra firme. Tenía yo todo el derecho del mundo a maravillarme, asombrado por el curso de los acontecimientos.

»Espero que, si se dio cuenta, el señor Powell me perdonase la sonrisa de la que fui culpable en esos instantes. Había una luz más bien débil en el interior de su cúter. Y mi sonrisa fue débil también; débil y fugaz. La vida de la joven se me había presentado como una aventura tragicómica, la aventura más triste que pueda darse en la tierra, encajonada entre risas abiertas y lágrimas incontenibles. Sí, la historia más triste y la más banal; por ser banal, quizá la que más merezca nuestra compasión sin reservas de ninguna clase.

»La realidad puramente humana es susceptible de lirismo, pero no de abstracción. Para comprenderla cabalmente, sólo pueden servirnos las pruebas de una lógica concatenación de los hechos y los personajes. Empezando por Flora de Barral, a la luz de mis recuerdos estaba yo convencido de que su papel tuvo que ser cuando menos pasivo, ya que la pasividad es inevitable por parte de las mujeres, siendo su suerte esperar al destino, aunque algunas, y no siempre las que más destacan por su inteligencia, puedan disimular mediante las vanas apariencias de la agitación. Flora de Barral no es que fuera excepcionalmente inteligente, pero sí que era enteramente femenina. Adoptaría una actitud pasiva (y no quiero decir inerte) en circunstancias en las que el mero hecho de ser mujer bastara para dotarla de una oculta y suprema importancia. Y haría gala de su paciencia, de su resistencia, ya que ésa es la esencia del poder visible, tangible, de las mujeres. De eso no me cabía ninguna duda. ¿No había dado antes muestras de su resistencia? Sin embargo, es tan cierto que el germen de la destrucción yace a la espera en la fuente misma de nuestra fuerza, que cabe perecer por exceso de resistencia o por no resistir en absoluto.

»Le confío el decurso de mis pensamientos. Me acordé, cómo no, de la primera vez que la vi, jugueteando o comulgando seriamente con las posibilidades de un precipicio. En cambio, no pregunté al señor Powell qué fue, a la postre, de la señora

Anthony. Dejé que prosiguiera a su manera, con la sensación de que por extraños que fuesen los hechos que pudiera revelarme, con toda seguridad los conocería yo más a fondo de lo que él llegaría a conocerlos, de lo que podría incluso adivinar.

Marlow hizo una larga pausa, como si no supiera si había ofrecido una opinión que escapara a mi entendimiento. Deliberadamente, no hice gesto alguno.

—¿Me entiende?

—Le entiendo perfectamente —dije—. Usted es un experto del caos psicológico. Su narración es como una de esas historias de pieles rojas, en las que los nobles salvajes raptan a una muchacha, y el honrado trampero, pertrechado sólo con su incomparable conocimiento del bosque, sigue el rastro y va leyendo los signos de su destino gracias a una huella aquí, una rama partida más allá, una baratija encontrada acullá... Siempre me han gustado las historias de este género. Continúe.

Marlow sonrió indulgente al oír mi broma.

—No es exactamente un cuento infantil —dijo—. Muy bien, continúo. Los signos, como usted dice, no fueron demasiado numerosos, pero sí convincentes, y cuando el señor Powell tuvo conocimiento (llegado a cierto punto, me sentí obligado a comunicárselo) de que yo había conocido a la señora Anthony antes de que contrajera matrimonio, de que en cierto modo había sido yo su confidente... Porque no me podrá negar que lo fui, en cierto modo... O, bueno, digamos que había tenido la posibilidad de ver... Una muchacha, estará usted de acuerdo, es muy similar a un templo. Uno pasa por delante y se asombra ante los misteriosos ritos que se celebran, las plegarias que se elevan, las visiones que se tienen. El privilegiado amante o esposo que recibe la llave del santuario no siempre sabe cómo emplearla. Yo, por mi parte, sin título ni mérito alguno, por pura obra del azar, recibí permiso para mirar por la puerta entreabierta, y pude asistir a la más triste de las profanaciones posibles, ver la marchita brillantez de la juventud, un espíritu aún no degradado ni deteriorado irremediablemente, pero sí aturdido y desesperado por una crueldad gratuita, destruida toda confianza en la vida propia y ajena, y una temeridad fatalista, resignada, una insensibilidad pesarosa, y todo ello con absoluta simpleza, con ingenuidad casi, ante las dificultades materiales y morales de la situación. ¡La pasiva angustia de los infortunados!

»¿No se había agotado aún, me pregunté, ese persistente infortunio, que tanto recuerda el odio desatado por un poder invisible, interpretado, tangible, peligroso, debido a las acciones de los hombres?

»El señor Powell, como bien puede imaginar, se había quedado con los ojos como platos ante mi afirmación. Pero estaba además desbordado por los recuerdos de sus experiencias a bordo del *Ferndale*, y la extrañeza que sintió al verse involucrado en cuanto acontecía a bordo, simplemente porque su apellido coincidía con el titular de la agencia de fletes, mantuvo en él un estado de asombro por el que toda otra coincidencia, por improbable que fuese, no podía al fin y al cabo resultar tan sorprendente.

»Esta singular casualidad estuvo tan presente en sus pensamientos que siempre se sintió como si todo fuesen falsas apariencias. Y esta sensación le resultó tan incómoda que de ella extrajo el coraje de resolverse a penetrar la aterradora altanería, la reserva de su capitán. Necesitaba quitarse un peso de encima. Imagino que su juventud tuvo que ser una ayuda impagable. Sí, la juventud es una fuerza. El capitán Anthony no pudo evitar el fijarse en ello, y sentirse refrescado al ver algo intacto, indemne, no endurecido aún por el sufrimiento. Si no, es posible que la propia novedad de ese rostro, a bordo de un navío en el que llevaba años y años viendo siempre las mismas caras, le llamara poderosamente la atención.

»Que un buen día cruzase unas palabras con su nuevo segundo de a bordo, o que se contentara con mirarlo, es algo que desconozco; lo cierto es que el señor Powell atrapó al vuelo la ocasión. El capitán se dio una momentánea, sobresaltada tregua en sus incesantes paseos, pero pronto dejó de fruncir el ceño, escuchó hasta el final lo que quiso decirle el joven y, al final, se rió un poco.

»—¡Ah! ¿Esa es la historia? ¿Y le ha parecido conveniente informarme de todo ello?

»—Sí, capitán.

»—Lo de menos es cómo llegase usted a bordo —dijo Anthony. Y continuó dando buena muestra de que quizá no estaba tan ausente de su navío como Franklin había dado por supuesto—. No se atormente. Me da la impresión de que se lleva usted muy bien con todo el mundo —dijo en tono cortante, precipitado, como si hablar le lastimara, al tiempo que su mirada erraba de nuevo sobre la mar.

»—Sí, capitán.

»Powell me dice que al mirarle a la cara, en la que había reaparecido su aterrada expresión, se sintió impulsado a decir, por un vago sentimiento de amistad: “Me siento muy feliz de estar a bordo, capitán”.

»La firmeza de la mirada que le devolvió de súbito desconcertó al señor Powell, que incluso retrocedió un paso. Fue como si el capitán hubiese olvidado el significado de la palabra “feliz”.

»—¿Cómo...? Ah, sí... Usted... Claro, feliz. ¿Por qué no iba a serlo?

»Lo dijo tan sólo en un murmullo; acto seguido, Anthony reanudó su impenitente caminar por cubierta, vuelta la mirada al mar, bien lejos de su barco.

»Cierto es que los marinos tienden por lo general a mirar en lontananza, pero en el caso del capitán Anthony había algo, como dijo el propio Powell, muy peculiar, voluntario, como si quisiera ahorrarse la contemplación del dolor o de la tentación. Era algo muy pronunciado, al menos tan pronto se tenía conciencia de ello. No era que el capitán, y Powell se esmeró en explicarlo, no viese las cosas con ojos de capitán de navío. Prueba de ello fue que en aquella ocasión le dio la orden, tras caminar un rato en silencio, de arriar las velas de estay, y estaba dándole asimismo algunos consejos sobre el tema de velas de estay cuando por el tambucho emergió la señora Anthony, escoltada por su padre. Se acomodó en el asiento de sotavento de la

claraboya, como siempre. El capitán cortó lo que fuese a añadir y, al cabo de un rato, bajó al camarote.

»Pregunté a Powell si el capitán y su esposa no conversaban jamás en el puente. Dijo que no; en cualquier caso, nunca llegaron a cambiar más que un saludo. Existía entre ellos una especie de tirantez. Por ejemplo, en la ocasión que me estaba refiriendo, cuando apareció la señora Anthony sí llegaron a mirarse; los ojos del capitán, desde luego, la siguieron hasta que tomó asiento. En cambio, no le dijo nada, ni se aproximó a ella; después, abandonó el puente sin volver siquiera la cabeza hacia ella.

»Pregunté a Powell qué hizo él entonces, una vez retirado el capitán a su camarote.

»—Me acerqué a conversar con la señora Anthony. Estaba pensando que debía aburrirse; parecía una perfecta desconocida en el barco.

»—El padre estaba con ella, claro.

»—Siempre —dijo Powell—. Siempre estaba sentado cerca de la claraboya, como si montase guardia alrededor de su hija. Creo —añadió— que era para ella un motivo de preocupación. No lo digo porque llegara a manifestarlo; la señora Anthony estaba siempre un tanto apagada, siempre presta a mirar a la cara a quien fuese.

»—¿Conversó mucho con ella? —insistí, siguiendo mi interrogatorio.

»—Me dejaba hablar con ella, más bien —confesó el señor Powell—. No es que le interesara demasiado, pero me dejaba hablar. Nunca me quitó la palabra.

»Todas las simpatías del señor Powell estaban de parte de Flora Anthony, de soltera De Barral. Era el único ser humano más joven que él mismo a bordo del *Ferndale*, en el que no había siquiera un grumete entre toda la tripulación. En efecto, tuvo que ser la juventud lo que creó una especie de vínculo entre los dos. La expresión abierta del joven Powell tuvo que resultarle a ella distinguidamente placentera en medio de las caras ya maduras, curtidas, arrugadas e incluso hostiles que iba viendo a su alrededor. Con toda la cálida generosidad de su juventud, Powell estaba de su parte, por así decir, antes incluso de saber que existían a bordo partes por las que optar, antes de enterarse de qué se trataba aquella opción. Era una joven, así de sencillo. Y muy agradable. No indagó mucho más. Flora de Barral no era muchos años más joven que él; por la razón que fuese, quizá por contraste con la idea preconcebida que se tiene de la esposa del capitán, no pudo mirarla más que como se mira a una persona extremadamente joven. Al mismo tiempo, aparte de la posición a la que él la había exaltado, Flora ejercía sobre él esa supremacía sobre un hombre de su misma edad que una mujer tiene debido a su precoz madurez. De hecho, es bien fácil darse cuenta de que sin haber dispuesto nunca de más de media hora de conversación sostenida, debidamente guardadas las distancias, los dos jóvenes iban haciéndose amigos, y a ojos del viejo, digo yo.

»Powell me contó a su manera cómo entró en relaciones con la esposa del capitán. Fue mucho antes de su memorable conversación con el contraestre, poco

después de salir del canal de la Mancha. Reinaba el mal tiempo; soplaba un fuerte viento de proa, anunciando galerna. El *Ferndale*, con el velamen recogido en su práctica totalidad, cruzaba de sesgo la ruta de regreso de los barcos, sin más que dejarse llevar de través, ya que carecía de sentido darse prisa, pues el cielo era cada vez más amenazante. Serían las diez de la noche y estaba Powell solo en la toldilla, de guardia, cara al viento y sujeto al barandal de popa, cuando en medio del blancor de las olas espumeantes, bajo la negrura del cielo, acertó a ver las luces de posición de otro barco. Las estuvo mirando un tiempo; el barco iba a gran velocidad, llevado por el vendaval. Va a pasar muy cerca, se dijo; de pronto, le entró una gran desconfianza ante el barco que se aproximaba. Viene derecho a nosotros, pensó. No era obligación suya cambiar de ruta; al contrario^[5]. Y aumentó la inquietud del joven oficial al acordarse de las cuarenta toneladas de dinamita que transportaba el *Ferndale* en la bodega; no es precisamente el cargamento ideal cuando uno se pone a pensar con un mínimo de ecuanimidad en una amenaza de colisión inminente. Oteó las dos luces minúsculas en la negra inmensidad en que reverberaba la ruidosa cólera del mar. Le fascinaron hasta el punto de que la obviedad de su presencia le dio al poco la convicción de que estaban en peligro. Sabía bien qué hacer en caso de emergencia, pero pensó con toda propiedad que su deber era prevenir de inmediato al capitán.

»Atravesó el puente de un salto. Desde que el mundo es mundo, es costumbre en la mar que el camarote del capitán se encuentre por la banda de estribor. Hace falta imaginarse a un capitán con la nariz en el cogote si resulta que tiene su camarote por la banda de babor. Powell olvidó por completo lo que le había indicado el contramaestre a este respecto. Dio un salto, como he dicho; golpeó con la bota el maderamen y se arrimó al manguerote de ventilación, gritando “¡Suba al puente, capitán!”, con una voz que no le tembló, que no denotó su miedo, pero que podríamos calificar de sumamente expresiva. No podría existir error ninguno en la urgencia de su llamada. Y en vez del esperado “¡Voy!” de alerta, seguido por el ruido de pasos apresurados, oyó sólo una débil exclamación... y el silencio.

»¡Juzgue usted su estupor! Se quedó en el sitio, con la oreja pegada al manguerote de ventilación, clavada la vista en las luces amenazantes que bailaban a merced de las ráfagas de viento sobre las coléricas tinieblas del mar. Fue como si hubiese pasado una hora a la espera, cuando en realidad no transcurrió ni un minuto antes de que aullase por el tubo: “¡Capitán Anthony! ¡Capitán!”. Un agitado “¿Qué sucede?” fue cuanto oyó ahí abajo, sólo que por boca de la señora Anthony, amén de sus rápidos y ligeros pasos... ¿Por qué no intentaba despertarlo? “¡Busco al capitán!”, voceó, y en ese momento renunció a todo, lanzándose a todo correr al tambucho, donde se guardaba una bengala, resuelto a actuar por su cuenta.

»De camino miró al timonel, cuyo rostro iluminado por las lámparas de bitácora parecía tranquilo. “Atento a orzar todo a barlovento en cuanto le dé la señal”, le dijo con rapidez. “Entendido, señor”, le contestó el otro con voz firme. Tras dar una voz a

popa para que subiera el contramaestre, corrió por el costado del barco y encendió la bengala sobre la amura.

»No produjo más que un mínimo chisporroteo. El artefacto, deteriorado tal vez por la humedad, no prendió como debiera. La duración de todos estos actos hay que medirla en segundos; Powell me confesó que, ante tal fracaso, le invadió una absoluta parálisis de pensamiento, de habla, de todos los músculos. El imprevisto de que fallase el artefacto pudo más que todas sus facultades. Aquél fue el único desenlace para el que su imaginación no podía estar preparada. Se quedó anonadado. Se espabiló al pensar que debía hacer algo de inmediato, lo que fuese, a menos que hubiese decidido que era imposible impedir una colisión de través seguida por la explosión de la dinamita, con la que ambos barcos saltarían hechos pedazos y todos sus ocupantes se volatilizarían en una inmensa y estruendosa llamarada.

»Vio que se producía la catástrofe y, al mismo tiempo, sin poder siquiera abrir la boca o mover un dedo para conjurar la visión, oyó muy cerca la comedido voz del capitán Anthony: “¿No quiere prender? ¡Pues tírela! ¡Tráigame el farol, de prisa!”.

»Powell se puso en acción de un brinco, con todas sus fuerza. El farol se guardaba dentro del tambucho, con una caja de fósforos a mano. Sin tener conciencia de haberse movido, estaba ya tirando del asa del tambucho. Agarró el bidón a oscuras e intentó encender un fósforo. Como tuvo que sujetar el casquillo del farol con un brazo contra el pecho, como tenía las manos húmedas y entumecidas y le temblaban los dedos, partió un fósforo. Se le apagó el segundo, a cuyo resplandor vio la descolorida cara de la señora Anthony, poco más abajo, en las escaleras. Los ojos de la joven, muy cerca de los suyos (ya que estaba agachado en el primer escalón) parecieron arder a la luz que se apagó. Desde el puente le llegó la voz del capitán, de golpe, con inesperado sarcasmo:

»—Más le vale darse prisa, si aún quiere llegar a tiempo.

»—Deme la caja —dijo la señora Anthony en un apresurado y familiar susurro, que sonó casi divertido, como si hubiesen sido dos críos embebidos en plena travesura, detrás de una tapia. Recibió con alegría la oferta, que le resultó de lo más natural, hecha sin ceremonias.

»—Tenga.

»Se rozaron sus manos en la oscuridad; ella tomó la caja de fósforos mientras él sujetaba el farol, empapado de parafina, por el asa de hierro. Pensó en advertirle que tuviese cuidado, pero sin que le diese tiempo a decirlo, el farol prendió violentamente entre los dos y la vio echarse atrás, protegiéndose el rostro con un brazo. “¡Anda!”, exclamó Powell, sólo que sin tiempo para detenerse un instante a comprobar que no se había lastimado. Salió catapultado del tambucho, directo hacia el capitán, que tomó el farol de sus manos y lo sostuvo en alto.

»La enfurecida llamarada aleteó como una banderola de seda, proyectando sobre la toldilla un intenso y movedizo resplandor entreverado de sombras, iluminando las cóncavas superficies de las velas, relumbrando sobre la pintura blanca de la

barandillas. Y el joven Powell, sin aliento apenas, volvió la cabeza hacia el viento.

»El misterioso navío, una sombra adensada en la noche, no parecía avanzar, sino perfilarse más y más por el través, mirando fijamente al *Ferndale* con sus ojos, uno rojo y otro verde^[6], que se columpiaban como si estuviesen incrustados en la cabeza furibunda y agitada de algún monstruo invisible, emboscado de noche entre las olas. Pasó un instante largo como la eternidad y, de repente, el monstruo que parecía cobrar la forma de una montaña, cerró el ojo verde sin siquiera avisar con un parpadeo.

»Powell respiró hondo. “Todo en orden”, dijo el capitán Anthony en tono sereno y mesurado. Entregó a Powell el farol, aún resplandeciente, y se dirigió a popa para contemplar cómo se alejaba aquella amenaza de destrucción salida a ciegas, con su mirada bicolor, de la noche ciega, en alas de un vendaval tempestuoso. Hasta se pudo distinguir, desde popa, su perfil negro y engolado, entre las andanadas de espuma que iba levantando a su paso.

»Tal como suele ocurrir casi siempre desde un navío que avanza contra viento y marea, no pareció que fuese muy grande su velocidad, sino que se desplazaba más bien con indolencia, a grandes y espaciadas zancadas, entre pausa y pausa, por entre el oleaje encrespado. Sólo cuando rebasó la popa del *Ferndale*, a la distancia de un grito, su tremenda velocidad resultó bien aparente. Ocluida la luz roja, irguiéndose cual sombra inmensa sobre la cresta de una ola, desapareció de un solo impulso, fundiéndose en el espacio carente de toda luz.

»—Por poco —dijo el capitán Anthony con voz indiferente, la justa para hacerse oír a pesar del viento—. Panda de cegatos a bordo... En fin, puede usted apagar el farol.

»Silenciosamente, Powell invirtió la caperuza y se extinguió la llama del bidón; con un simple giro de muñeca devolvió la oscuridad total a la toldilla de popa. Y al mismo tiempo se desvaneció en su mente la visión de otra llamarada enorme, despiadada, surgida con virulencia de un blanquecino arremolinarse del mar, que hubiese iluminado hasta las nubes, llevándose por delante, en su volcánica irrupción, el maderamen, los cadáveres, los fragmentos de dos barcos hechos añicos. Al desvanecerse, su alivio fue inmenso. Me dijo que no se pudo dar cuenta del miedo que había pasado, y no en general, sino debido al espanto que imaginariamente acababa de conjurar, hasta que todo hubo terminado. Lo calibró (puesto que el miedo es una tensión enorme) por la sensación de fatiga y de flojera que le sobrevino de inmediato.

»Caminó hasta el tambucho y al agacharse a dejar el farol en su lugar correspondiente, vio en las tinieblas el óvalo inmóvil del rostro de la señora Anthony.

»—¿Qué es lo que va a ocurrir? ¿De qué se trata? —le susurró en calma.

»—No pasa nada, ya no hay peligro —contestó en un susurro.

»Se quedó agachado, con la cabeza dentro del mamparo, mirando fijamente el óvalo blanco y fantasmal. Se extrañó de que no hubiese salido corriendo al puente. Se había quedado quieta en su sitio. Qué valor, qué sangre fría, qué hermoso dominio de

sí misma. Y no lo hizo por ignorancia. Supo que existía un peligro inminente, y probablemente intuyó de qué naturaleza.

»—Se ha quedado usted aquí, a pie firme, en espera de lo que pudiese ocurrir —murmuró Powell con admiración.

»—¿No fue acaso lo mejor que pude hacer? —inquirió ella.

»No supo qué decir. Podría ser. Le confesó que él no habría tenido agallas. No, él no. Su carne y su sangre, todo su ser, se habrían rebelado. Habría pensado que debía por fuerza ver lo que se avecinaba, cerciorarse de ello. Recordó entonces el farol, que al prender podría haberle abrasado la cara, y le manifestó su preocupación.

»No es nada, no me duele. ¿Nota el olor del cabello quemado?

»Lo dijo con un tono de especial alegría. Puede que estuviese aún asustada, pero de ninguna manera abrumada, y no padeció los efectos de ninguna reacción. Todo ello confirmó y agrandó, si tal aumento fuese posible, la buena opinión que tenía Powell de la “alegre y valerosa muchacha”, aun cuando le pareció una monstruosidad referirse en tales términos, incluso para sus adentros, a la esposa del capitán. “Pero lo cierto es que no lo parece”, pensó a manera de excusa, extenuado, e iba a añadir alguna cosa sobre el momento en que prendió el farol cuando oyó otra voz distinta en el camarote principal, otra voz que decía algo imposible de discernir. Habló en tono despectivo; la voz llegaba desde el pie de la escalera. Y la única voz que podría resonar en el camarote principal a tales horas era la del padre de la señora Anthony. El pálido óvalo que tanto miraba Powell desapareció de golpe de su vista, tanto que lo pilló desprevenido. Se quedó por un instante en la abertura del tambucho; como su esbelta figura ya no obstruía la angosta escalera, las voces le llegaron a mayor volumen, sin que pese a todo pudiese discernir qué estaban diciendo. El anciano caballero estaba agitado por algún motivo, y su hija intentaba calmarlo, “meterlo en vereda”, como dijo el propio Powell. Se alejaron del pie de la escalera y Powell a su vez se apartó del tambucho. A pesar de todo, imaginó haber oído las palabras “Perdido para mí” antes de marcharse. Las había pronunciado el señor Smith.

»El capitán Anthony no se había movido de la tapa de regala. Seguía en la misma postura que había adoptado para ver cómo desaparecía el otro navío, cabeceando cada vez más sombrío en medio del tumultuoso rugir de la mar. No hizo el menor movimiento; Powell, cerca de él pero sin atreverse a hablarle, pues tan enigmático estaba, sumido en su contemplación de la noche, que la juventud de Powell lo llevó a callar. A sus inexpertos ojos, su incomprensible estatismo al otear las tinieblas pareció presa de un pesar incomprensible, de un anhelo o una pena.

»¿Por qué será que la quietud de un ser humano resulta tantas veces tan impresionante para otros, tan sugerente del mal, como si nuestro destino radicase en una agitación incesante? La inmovilidad del capitán Anthony no tardó en resultar casi insoportable para su segundo de a bordo. El señor Powell, que dio en pasear alrededor de la claraboya, empezó a desear que su capitán abandonase el puente cuanto antes. “¿Por qué no baja de una vez a su camarote?”, se preguntó impaciente.

Arriesgó un carraspeo.

»Fuera o no efecto de su carraspeo, el capitán Anthony tomó la palabra. No se movió ni un ápice. De espaldas al eje del navío, preguntó a Powell con cierta aspereza si el contramaestre había tenido el descuido de no informarle debidamente de que su camarote estaba de babor.

»—Sí, señor —dijo Powell acercándose a su espalda—. El contramaestre me indicó que golpease por babor en caso de que se requiriese su presencia en el puente; lo que sucede es que en ese momento se me olvidó.

»—No debería permitir tales olvidos —dijo el capitán con esfuerzo—. No quiero —añadió murmurando— que la señora Anthony se asuste por ningún concepto. ¿No se da usted cuenta?

»—Esta vez no se asustó ni lo más mínimo —dijo Powell con ingenuidad—. Fue ella quien me encendió el farol, señor.

»—¡Qué me dice! —exclamo el capitán Anthony dándose la vuelta—. ¿Que la señora Anthony encendió el farol? ¿La señora Anthony?

»Powell hubo de explicarle que permaneció en todo momento en la escalera del tambucho.

»—En todo momento... —repitió el capitán. A Powell le pareció muy raro que, en vez de ir a comprobarlo por sí mismo, el capitán preguntase:

»—¿Sigue ahí en este momento?

»Powell dijo que se había retirado a los camarotes después que el otro barco pasara sin colisionar con el *Ferndale*. El capitán Anthony hizo ademán de retirarse, cuando el señor Powell añadió una nueva información: “El señor Smith llamó a la señora Anthony desde el salón, señor. Creo que ahora están hablando los dos”.

»Le sorprendió que el capitán renunciase después de todo a su intención de bajar.

»Al contrario, comenzó a pasear por la popa sin hacer caso del frío, de la humedad del viento y de las salpicaduras del oleaje. Además, no llevaba más que el pijama y las zapatillas. Powell se instaló en la toldilla para reanudar su guardia. Cuando al cabo de un rato giró la cabeza para mirar a hurtadillas a su excéntrico capitán, no logró ver su activa y sombría figura yendo de un lado a otro. El segundo oficial del *Ferndale* fue a popa, buscándolo, y se dirigió al marinero que manejaba el timón.

»—¿Ha bajado el capitán?

»—Sí, señor —dijo el timonel; tenía la mejilla izquierda abultada por un trozo de tabaco de mascar, y los ojos fijos en la bitácora—. Ahora mismo. Riéndose.

»—Riéndose —repitió Powell con incredulidad—. ¿Dice usted que se reía el capitán? Debe de equivocarse. ¿De qué se podría reír?

»—No lo sé, señor.

»El viejo marinero manifestó una honda indiferencia ante las emociones humanas. De todos modos, tras una dilatada pausa decidió conceder unas palabras más a la debilidad del segundo oficial.

»—Pues sí, iba paseando por cubierta, como tiene por costumbre, cuando de pronto emitió una carcajada y se dirigió a la escalera. A lo que se ve, se le ocurrió algo gracioso, seguro.

»¡Algo gracioso! A eso no pudo dar crédito el señor Powell. En ese momento tampoco se preguntó por qué. A los hombres se nos ocurren cosas más o menos graciosas en toda clase de situaciones, y eso nos pasa a todos. No obstante, el señor Powell se quedó de una pieza al tener conocimiento de que el capitán Anthony se había reído sin motivo visible aquella noche en concreto. Por alguna razón, esa impresión le resultó desagradable. Y se le ocurrió entonces, cuando terminaba su guardia, con las frías ráfagas del viento en plena cara, surgidas de las tinieblas en que la mar picada gruñía furiosamente en torno al barco, se le ocurrió pese a su ingenuidad que quizá las cosas no siempre sean como con toda confianza se espera; se le ocurrió que quizás no fuese el capitán Anthony un hombre feliz... Comprenderá usted que hasta cierto punto estaba sobradamente preparado para oír los lamentos del apoplético y sensible Franklin acerca del capitán. Y aunque siempre los hubiese escuchado con un desprecio que era en gran medida fruto de la sinceridad, me reconoció que en lo más profundo de su ser comenzó a formarse la inexplicable e inquietante sospecha de que no todo iba como debiera en el camarote, tan insólitamente aislado del resto del navío, sospecha que fue creciendo contra su voluntad...

Marlow emergió de la sombra que proyectaba la biblioteca para tomar un cigarro puro de una caja que descansaba en la mesita, a mi lado. La iluminación plena de la estancia me reveló en sus ojos esa expresión levemente burlesca con la que por costumbre encubre sus contagiosos arranques de alborozo o de compasión, frente a las irracionales complicaciones que el idealismo humano introduce en un problema tan simple, aunque apasionante, como es la conducta de los hombres en esta tierra.

Escogió el cigarro y le prendió lumbre con extremo esmero, y se volvió hacia mí. Lo había estado mirando en silencio.

—Supongo —dijo, y la ironía de su mirada dio una inusitada transparencia a su tono de voz— que debe de estar usted pensando que ya va siendo hora de que le cuente algo definitivo, quiero decir concreto, acerca de este misterio psicológico que se iba desarrollando en el camarote (pues salta a la vista que debe tratarse de algo psicológico), y que tan profundamente afectaba al señor Franklin, primer oficial de a bordo, amén de haber perturbado incluso la serena inocencia del señor Powell, segundo oficial del *Ferndale*, comandado por Roderick Anthony... el hijo del poeta, ya sabe usted.

—Y ahora va a confesarme que no ha logrado averiguarlo —dije con fingida indignación.

—No le disgustaría si así fuera, ¿eh? Pues no pienso decirle nada por el estilo. No he fracasado. Reconozco de todos modos que durante un tiempo sí estuve intrigado, perplejo. No obstante, a estas alturas he visto a nuestro buen Powell muchísimas veces, y en muy favorables condiciones..., aparte de haber descubierto una inesperadísima fuente de información. Pero no importa. El único interés que puedan tener mis fuentes de información depende de la imbricación que tengan con nuestra historia. Le aviso de que durante un tiempo el método de la cuenta de la vieja no me sirvió para armar una teoría coherente. Hablo ahora como indagador, como amante de las deducciones. Con lo que sabemos de Roderick Anthony y de Flora de Barral, difícilmente habría podido deducir que en menos de un año hubiese madurado una simpática trifulca conyugal, ¿no es cierto? Si quiere que le diga qué entiendo yo por trifulca conyugal corriente y moliente, para mí no es más que una disputa sin motivo, cualquiera de las naderías que, como nos dijo el señor Powell cuando nos conocimos, tantas veces dan pie a las gentes de tierra adentro para enzarzarse en una riña, una montaña hecha a partir de un grano de arena, de la que después nace el odio a partir de un vago sentimiento de ofensa, de una ambición torcida por razones de lo más

espectacular. No hay en la tierra actores tan humildes o tan oscuros que no tengan su propia galería, esa galería que envenena la función a fuerza de burlas, de coléricos consejos, de puyazos tendenciosos o comentarios de páfida compasión. En cualquier caso, los Anthony se vieron libres de toda influencia desmoralizante. En la mar, sabe usted, no hay galerías de ese jaez. No se oyen los ecos atormentados de nuestra propia insignificancia, pues la voz tonante de los elementos ruge desafiante bajo el cielo y todo lo acalla, o un silencio no menos elemental parece formar parte de la infinita quietud del universo.

»Al recordar a Flora de Barral en las honduras de la miseria moral, a Roderick Anthony transportado en alas de un vendaval de ternura, me dije: ¿han olvidado ya todo aquello? No supe qué habrían podido encontrar para alejarse el uno del otro tan de prisa y tan completamente, estando lejÍsimos de todas las tentaciones, en la paz de alta mar, tan absolutamente aislados que de no haber sido por la celosa devoción del sentimiento de Franklin, estímulo de la atención de Powell, no habría quedado ni rastro de todo ello.

»Debo confesar al punto que al principio sospeché de Flora de Barral. Tal como está organizado el mundo hoy día, las mujeres son la mitad sobre la que recaen las sospechas del resto. Hay buenas razones para ello, razones tan fáciles de descubrir, por medio de una mínima reflexión, que no merece la pena que malgastemos el tiempo en detallarlas. Le diré tan sólo esto: en lo tocante a que sean las mujeres “todo influencia”, esa actividad cobra un aire misterioso y oculto, de algo que no resulta por entero merecedor de nuestra confianza, como las demás fuerzas de la naturaleza que, desde nuestro punto de vista, obran a oscuras, aun cuando sólo sea por nuestra imperfecta capacidad de comprensión.

»Si no fuesen las mujeres una fuerza de la naturaleza, de ciega pujanza y poder caprichoso, no habría por qué desconfiar de ellas. Tal como son, es inevitable. Dirá usted que esa fuerza, presente en Flora de Barral, fue sojuzgada por el capitán Anthony. Desde luego. La trató magistralmente. Sólo que también ha sojuzgado el hombre la electricidad. Ilumina su camino, caldea su hogar, hasta puede prepararse la cena... Muy similar a una mujer, sí. Ahora bien, ¿de qué forma calificaría usted esa conquista? Él apenas la conoce; ha de tener un cuidado inmenso en lo que haga con su cautiva. Cuanto mayores sean las exigencias que quiera hacerle, presa de su exaltado orgullo, tanto más probable es que se vuelva contra él y lo reduzca a cenizas...

—Un paralelismo muy traído por los pelos —observé frÍamente a Marlow; había vuelto a su sillón, a la sombra de la biblioteca—, pero si aceptamos la idea que tiene usted en mente, todo se reduce a saber cómo servirse de ello, y si quiere decir que el voraz Anthony...

—Voraz, sí señor; un acierto por su parte —interrumpió Marlow—. Tenía tal hambre y tal sed de femineidad, tal necesidad de que en su vida hubiese una presencia femenina, que ninguna feminista podría haberse hecho una idea siquiera

aproximada. Calculo que así se explica gran parte de la repugnancia que inspiró a Fyne. Ah, el pequeño buen Fyne... No se puede imaginar qué daño infernal pudo producir durante su visita al hotel. No obstante, ¿quién podría haber sospechado que Anthony era un ser de talante heroico? Hay diversas clases de heroísmo, una de las cuales cuando menos raya en la idiotez. Es la que suele revestir un aspecto de sublime delicadeza. Es, aparentemente, la más susceptible de todas en el hijo del delicado poeta.

»Recordaba desde luego a su padre, el cual, a propósito, había agotado por completo a sus dos mujeres sin extraer de ello la menor satisfacción, sólo porque ninguna de las dos estuvo a la altura de su delicadeza exquisitamente refinada, tan perceptible en sus versos. ¡Eso sí que es un poeta! Exigen demasiado a los demás. Su taciturno vástago se había forjado su propio ideal con esa misma manía por incorporar en su conducta los sueños, la pasión, las pulsiones que el poeta traslada a sus versos, cuya fabricación y resultados son más preciosos que su propio yo, aparte de contribuir a que su propio yo parezca sublime a ojos de los demás e incluso a sus propios ojos.

»¿Deseaba Anthony parecer sublime a sus propios ojos? No debería yo hacer tal acusación, por más que existan otras muchas ambiciones no tan nobles ante las cuales nadie en el mundo osa siquiera sonreír. Pero no lo creo; ni siquiera pienso que fuese altanera o cachazuda la confianza que pudiera tener en sí mismo, ni esa especial convicción en su poder que tantas veces lleva a los hombres a situaciones equívocas o imposibles. Considerada en abstracto, que es como tantas veces se ve la verdad en su forma real, la suya fue una vida de soledad y de silencio... y de deseo.

»El azar había puesto a la jovencita en su camino; así como nos podemos sonreír por la virulencia con que conquistó a Flora de Barral, hay que reconocer también que esa vehemente apropiación fue verdaderamente obra de un hombre hecho de soledad y deseo, un hombre que a no ser que fuera un perfecto imbécil, tuvo que abandonarse a muy prolongadas y ardientes ensoñaciones, en las que madura lentamente la pasión más sincera en los rincones más recónditos del corazón. También tengo por seguro que una pasión tiránica o dominadora, que invada a un hombre en todo su ser y que sojuzgue todas sus facultades, unciéndolas al carro de su propia finalidad, fácilmente lo conduce, espoleado y embridado, a toda suerte de aventuras, hasta el borde mismo de peligros insondables, a los límites del furor, de la locura y la muerte.

»Ante este hombre de un silencio tanto más impresionante por la inarticulación de los truenos y murmullos de los mares, absoluto desconocedor del entrechocar de las lenguas, se planta de buenas a primeras el musculoso y pequeño Fyne, acusadísimo representante de esa humanidad cuya voz tan desconocida le resulta, marido de su hermana, personalidad sobresaliente en la neblinosa y remota muchedumbre. Se presenta ante él y le vuelca encima más cháchara de la que jamás haya oído largar en una sola hora, por cierto que sobre cuestiones de extrema profundidad, las más hondas que Anthony hubiese llegado a descubrir en su ser, y disparando vocablos

como por ejemplo “injusto”, cuya mera sonoridad él aborrece. ¡Injusto! ¡Desleal aprovecharse, él! ¿Injusto con la jovencita? ¿Y cruel con ella?

»Ningún desdén le habría servido para resistir la impresión de las acusaciones que le fueron lanzadas con acalorada convicción. Lo trastornaron. Aún vibraban en el aire estancado de la habitación del hotel, aterradoras, perturbadoras, imposibles de acallar, cuando abrió la puerta y recibió a Flora de Barral.

»Ni siquiera cayó en la cuenta de que llegaba tarde. Estaba sentado en un sofá, en la penumbra. ¿Era cierto? Acostumbrado a decir siempre lo que pensaba, imaginó que los demás (a menos que fuesen mentirosos, y por descontado que su cuñado no lo era) nunca decían sino lo que querían decir, ni más ni menos. La voz profunda del pequeño Fyne aún le resonaba en los oídos. “Él sí que sabe”, se dijo Anthony. Pensó que lo mejor sería marcharse, no volver a verla nunca más. Pero ella estaba ya ante él, acusadora e implorante. ¿Cómo podría abandonarla? De ninguna manera. Ella no tenía a nadie en el mundo; mejor dicho, tenía sólo a su padre. Anthony estaba deseoso de creer a pie juntillas la valoración que ella tenía del viejo: su padre bien podría haber sido víctima de la injusticia más atroz. ¿Qué podía hacer un hombre al salir de la cárcel? Además... ¿qué clase de hombre era? ¿Qué sería de los dos? Anthony se estremeció levemente, y la sonrisa con que Flora había entrado en la habitación desapareció de sus labios. Estaba ya habituada a su impetuosa ternura. Ya no le daba miedo. Pero nunca lo había visto así, y de inmediato sospechó de una nueva crueldad de la vida. Él se puso en pie con su ardor de siempre, sólo que como si su intempestiva resolución le hubiese devuelto la sobriedad.

»—No —le dijo—. No, no dejaré que te marches de mi vida. Te he visto, me has contado tu historia, eres honesta. Nunca me has dicho que me amas.

»Ella esperó; se dijo que él no le había dado tiempo a decirlo, que no se lo había preguntado. A decir verdad, ni siquiera ella lo sabía.

»Me inclino a pensar que no lo amaba. Como no le ha tocado en suerte gran abundancia de experiencias, rara vez es la mujer experta en cuestión de sentimientos. El hombre sí puede “verse” con claridad, por dentro y por fuera, a fondo. El dominio de sí mismas que tienen las mujeres suele ser, por lo común puramente externo, pues por dentro tiemblan sin saber a qué atenerse, puede que por estar o por creer que están en una celda. Todo esto lo digo en términos generales, claro está. En el caso concreto de Flora de Barral, desde que Anthony irrumpió de improviso en su desesperanzada y cruel existencia, vivió como un ser liberado de la celda en que se hallaba condenado gracias a un cataclismo natural, una tempestad, un terremoto; no es que fuese absoluto su terror, pues no puede haber nada peor que la víspera de la ejecución, pero sí el pasmo, el aturdimiento, la pasividad con que se abandonó. No quiso ni abrir la boca, ni mover un dedo. No tenía fuerzas. ¿Qué beneficio podría obtener? En lo más hondo de sí, casi inconscientemente, saboreó el dulzor de ser seducida por esa violencia que a la vez la respaldaba, sensación que no había experimentado en toda su vida.

»De un modo u otro sintió que se aquietaba todo este torbellino. Casi como si esa sensación de respaldo, que la tentaba a cerrar los ojos deleitada y a dejarse transportar hacia algo desconocido, pero limpio de toda vileza, ya no fuese tan firme e inequívoca, como si amenazadoramente hubiese flaqueado. Hizo un esfuerzo por leer en su rostro, en sus rasgos enérgicos y afables, a los que tan pronto se había acostumbrado. Pero todavía no era capaz de comprender su expresión. Atemorizada, desanimada desde el umbral de la adolescencia, abocada a la penuria moral más amarga que se pueda concebir, no pudo aprender a leer... ese lenguaje tan particular.

»Si el amor de Anthony hubiera sido tan egoísta como suele ser el amor en general, habría rebasado con mucho el egoísmo de su vanidad, o de su generosidad, si usted prefiere... y todo esto no habría podido suceder. No habría topado con esa renuncia, ante la que nadie sabe si sonreír por dentro o si echarse a temblar. Cierto es que en tal caso su amor nunca habría prendido en la desdichada hija del señor De Barral. Pero también es verdad que su amor había brotado de esa rarísima compasión que nada tiene que ver con el desprecio, ya que arraiga en una abrumadora, potentísima capacidad de ternura, esa ternura de índole feroz y depredadora, ternura propia a la postre de los hombres silenciosos y solitarios, voluntarios y apasionados proscritos que forman una clase aparte. Al mismo tiempo, todo me lleva irremisiblemente a pensar que su vanidad tuvo que haber sido descomunal.

»“Qué ojazos tiene”, dijo para sus adentros, estupefacto.

»Y no es de extrañar. Lo estaba mirando con toda la pujanza de su alma, que en esos instantes despertaba despacio de un letargo envenenado en el que sólo había podido, a lo sumo, temblar a cada dentellada de dolor, pero no dilatarse, ni moverse siquiera. Y él se arrojó al pozo de sus ojos tenso y sin aliento, hasta el fondo, hasta lo más hondo, como un marino enloquecido que desde lo más alto del palo mayor se hubiese lanzado desesperadamente al azul insondable de la mar, que tantos hombres han execrado y adorado al mismo tiempo. Y su vanidad era inmensa. La había punzado en carne viva, donde más duele, el pequeño, musculoso y feminista Fyne. “¡Yo! ¡Yo! Aprovecharme yo de su desamparo... Injusto yo con esa criatura, esa voluta de neblina, esa pálida sombra sin techo en un mundo sucio, innoble... ¡Si la podría hacer desaparecer de un soplido! ¡No, nunca!”. Así, horrorizado, peroraba Anthony para sus adentros. El supremo refinamiento, la excelsa delicadeza de la ternura que había expresado en tantos versos espléndidos Carleon Anthony, se henchió hasta adquirir el tamaño de una pasión que desbordó en callados sollozos el corpachón del hombre que en toda su vida no había leído uno solo de los afamados sonetos escritos para ensalzar el amor en sus vertientes más civilizadas y caballerescas, sonetos en los que... Usted sabe de sobra que constituyen todo un volumen. La edición que yo tengo trae un retrato del autor a los treinta años de edad; el otro día, cuando se lo mostré al señor Powell, exclamó: “¡Qué maravilla! Diría que es el retrato del capitán Anthony en persona, de no ser por...”. Insistí en que lo dijera, en que explicase la diferencia. Pero Powell no supo explicármela. Algo tenía que ser,

quién sabe... La finura, quizá. El padre, fastidioso y cerebral, retraído con morbidez de todo contacto, enemigo del trato humano, sólo pudo cantar en metro y rima armoniosos lo que sintió en sus propias carnes el hijo con inconcebible y temeraria sinceridad.

»Poseído por esa ilusión exacerbadamente conmovedora que tienen los hombres en lo tocante a la fragilidad de las mujeres y a su debilidad espiritual, fue como si Anthony tuviese miedo de romper o destruir del todo algún mecanismo extremadamente precioso de su ser. De hecho, le aterraba nada menos que matar si acaso una parte de ella. Podría parecer una conclusión excesiva, si manaba en efecto de las palabras de Fyne. Pero es que Anthony, ignorante de cómo se charla en tierra firme, nunca llegó a profundizar lo suficiente para calibrar qué valor pudieran tener tales palabra por boca de Fyne. Desde luego, bastó su siniestra sonoridad para espeluznar su connatural rectitud, para desatar el aborrecimiento de su talante curtido y sazonado en alta mar, endurecido por los vientos y la vastedad de los horizontes, claro y abierto como la luz del día.

»Quiso dar rienda suelta a su indignación, pero ella lo contemplaba con un aire de expectación atenta que lo contuvo. Era tan visible su malestar que ella se inquietó. Él no sabía más que repetir:

»—Sí, eres absolutamente honesta. Podrías habérmelo dicho, pero estoy seguro, sí, de que tienes toda la razón. En cualquier caso nunca me has dicho nada que no sintieras de verdad.

»—Nunca —musitó ella tras hacer una pausa.

»Él parecía distraído, ahogado por una emoción que ella no pudo entender, pues se parecía a la vergüenza, estado de ánimo inconcebible en este hombre.

»Ella se preguntó qué podría haber dicho. Recordó que, con franqueza, apenas había hablado con él, salvo para contarle a grandes rasgos y escuetamente la historia de su vida, que él casi no tuvo paciencia de atender, acogiendo los detalles con exclamaciones de cólera y de espanto, murmurando lúgubre y feroz “¡Basta! ¡Ya Basta!”, sobresaltándose notoriamente por su forzada quietud al escuchar, como si deseara salir de estampida y vengarse cuanto antes de quien fuese. Estaba ella diciéndose que Anthony cazaba sus palabras al vuelo, sin dejarle terminar de expresar sus pensamientos. Honesta. Honesta, sí. Ciertamente, se había mostrado honesta. Su carta a la señora Fyne estuvo dictada por la honestidad. Sin embargo, reflexionó entristecida, a él nunca habría sabido qué decirle. Tal vez no tuviera nada que decirle.

»—Pero ya verás que yo también puedo ser así de honesto —explotó, en un tono de amenaza que ella había aprendido a apreciar con un estremecimiento de agrado.

»Flora aguardó a que ocurriese lo que tuviera que ocurrir. Él quedó a merced del viento. Miró a su alrededor con desagrado, como si en las paredes pudiese detectar rastros de los huéspedes que habían ocupado aquella habitación. Entre aquellas cuatro

paredes se habían peleado los huéspedes; habían estado indispuestos, enfermos, luego aquella habitación había sido testigo de la penuria, la perversidad, puede que también el crimen, y hasta es probable que la muerte. No era el lugar más indicado. Recogió su gorra. Había tomado una determinación. El barco, el barco que él había frecuentado desde que salió del astillero, su hogar, su refugio... El barco pleno de honradez, sin contaminar, sí era el lugar más indicado.

»—Subamos a bordo —le dijo—. Hablaremos allí, en el barco. Y perdóname, pero tendrás que escucharme. Pase lo que pase, me da lo mismo qué se diga, no te puedo dejar marchar.

»No me dirá usted (no hay quien lo sostenga) que con todas las aprensiones o sin ellas, Flora podría haber hecho cualquier otra cosa y rehusar la invitación de subir a bordo. Era lo que habían convenido hacer aquella mañana. Durante el trayecto, él permaneció en silencio. Anthony era el último hombre que hubiese podido condenar en términos convencionales a cualquier ser humano, y menos aún mofarse del infortunio o desdeñarlo. Estaba más que dispuesto a aceptar al viejo De Barral, el convicto, asumiendo la valoración de su hija sin la más mínima reserva. Ahora bien, un amor como el que él sentía y profesaba, aun cuando pudiera arrastrarlo al riesgo de la insensatez y la locura el orgullo de su propia fuerza, tiene siempre una sagacidad propia. Como si se hubiese aupado a una región enaltecida y serena gracias a su decisión de renunciar, halló por vez primera en los últimos días la tranquilidad necesaria para la reflexión. “Es un hombre al que no conozco”, se dijo. “Ella tampoco lo conoce, en el fondo. Apenas tenía dieciséis años cuando lo encerraron; era casi una niña. ¿Qué podrá decir? ¿Qué hará? No, no”, concluyó; “no puedo dejarla así, sola, a cargo de ese hombre que habrá vuelto a este mundo como quien vuelve de la tumba”.

»Subieron a bordo en silencio, y sólo después de terminar la ronda, cuando hubieron regresado al salón, la asaltó él con su furiosísimo ímpetu. Al principio, ella no entendió ni palabra de su imperioso discurso. Luego, al comprender que le estaba devolviendo su libertad de hacer lo que quisiera, se quedó rígida, de una pieza, apoyada la mano al borde de la mesa, inmóviles todos sus rasgos, como si fuera su rostro una escultura de mármol blanco. Todo había terminado; todo fue como dijo en su día la abominable institutriz. Era insignificante, despreciable; nadie podría amarla jamás. La humillación le cayó encima como un gélido sudario del que nunca podría despojarse, y que la extravagancia de tan desbordante generosidad no podía caldear.

»—Sí, aquí mismo. Esta es tu casa. No puedo dártela así y marcharme después, pero al menos será suficientemente grande para nosotros dos. No temas, no hay por qué tener miedo de nada. Si quieres, y basta con que lo digas, ni siquiera te he de mirar. Recuerda la cabeza cana en la que has estado pensando noche y día. ¿Dónde podría reposar, dónde, dime si no aquí mismo? Aquí ningún mal podrá alcanzarla. No pienses que voy a obligarte a pagar con tu alma el derecho de asilo. De ninguna manera. Formas parte indisoluble de mi ser. Desde que te conozco me he encontrado a mí mismo, y preferiría incluso vender mi alma al diablo antes que dejarte marchar

lejos de mi custodia. Pero antes has de concederme ese derecho.

»Se alejó bruscamente a cerrar la puerta que daba acceso a cubierta, y recorrió al volver todo el camarote repitiéndolo.

»—Has de concederme el derecho legal. ¿Te da vergüenza pasar por mi esposa ante el mundo entero?

»Abrió los brazos como si fuera a estrecharla contra su pecho, pero contuvo ese impulso y agitó ante ella los puños cerrados. “Has de concederme ese derecho, aunque sólo sea por tu padre. Es preciso que yo tenga ese derecho. ¿Dónde le darías refugio, si no? ¿En casa de ese maldito fabricante de cajas de cartón? Ni siquiera sé qué me retiene, por qué no lo acorralo hoy mismo en su virtuoso domicilio y le descalabro con mis propias manos. No sé cómo aguanto sólo pensar en él. Escúchame bien, Flora, ¿no te das cuenta de lo que te estoy diciendo? No serás tan orgullosa como para no entender que un hombre como yo también tiene su orgullo, ¿verdad?”.

»Vio que una lágrima le resbalaba por las blancas mejillas, brotada de ambos párpados entornados. Bruscamente, Flora salió del camarote. Él se quedó un momento en donde estaba, calibrando sus propias fuerzas, interrogando a su corazón, antes de salir apresuradamente tras ella. Ya había bajado al muelle.

»Al oír los pasos que la perseguían, sintió que le abandonaban sus fuerzas. ¿Por dónde podría escapar de aquella nueva perfidia de la vida, encubierta bajo la forma de la magnanimidad? Hasta la propia voz de Anthony había cambiado. El torbellino que la había sostenido en vilo acababa de abandonarla, dejándola caer de nuevo por su propio peso, debilitada por la última puñalada imprevista, despojada del apoyo moral que en esta vida es más necesario que toda la caridad que se pueda recibir en forma de ayuda material. Nunca había tenido ese apoyo, nunca. Ni siquiera por parte de los Fyne. Sólo que ¿por dónde huir? A menos que... sí, ¿por qué no? El muelle... una plácida extensión de agua, y tan cerca. Pero luego estaba el viejo con el que tantas veces había paseado, cogidos de la mano, a la orilla del mar. Fue como si lo viera salir a su encuentro, deplorable, más grisáceo, con aire implorante y el brazo trémulamente extendido. Le había llegado la hora de tomar de la mano a aquel hombre destrozado, más desamparado que un niño. Y ¿adonde podría llevarlo? ¿Adonde? ¿Qué podría decirle? ¿Qué palabras de aliento, de alegría y de esperanza? Ninguna, no conocía ninguna. El cielo y la tierra habían enmudecido, ajenos a su encuentro. Pero aquel otro hombre se acercaba a sus espaldas. Estaba ya muy cerca. Su fogosa personalidad parecía irradiar calor, una vibración del ambiente. Estaba exhausta, sola, temerosa de tropezar, dispuesta a caer. Creyó oír la respiración de ese otro hombre a sus espaldas. La invadió una oleada de lánguida calidez, creyó perder contacto con el suelo, y cuando sintió su mano bajo su brazo no hizo el menor esfuerzo por librarse de la presión que sintió, firme e insinuante.

»Él la guió por entre los peligros de los muelles. Se le oscureció la visión. Una simple vagoneta de carga era como una montaña que se deslizase. Pasaban a su lado los hombres como envueltos por la neblina; los edificios, los almacenes, los espacios

inesperadamente abiertos, los navíos, tenían todos extraños perfiles, distorsionados y peligrosos. Se dijo que era bueno no molestarse siquiera en saber qué sentido tenía toda aquella confusión en el plan de la creación, caso de que tuviese alguno, o si era simple materia amontonada sin orden ni concierto. Entendió cuán nulo había sido siempre su vínculo con este mundo. Se aguantaba en él única y exclusivamente por la mano que la sostenía con fuerza por encima del codo. ¿Cautividad? Sea. Hasta que salieron a la calle y vieron el cabriolé que esperaba cerca del portón, Anthony sólo habló una vez, bruscamente al principio, pero luego con un tono muchísimo más dulce que en ninguna otra ocasión.

»—Tendría que haberme dado cuenta de que nunca habrías podido tú amar a un hombre como yo, un desconocido, por supuesto. Quien calla, otorga. ¿No es eso? Pues no quiero yo ese consentimiento. Y a menos que un buen día descubras que puedes hablar... No. ¡No! Quédate tranquila, que nunca te pediré nada. Si lo que esperas es un palabra mía, te puedes ir a la tumba con los labios sellados. ¡Pero es preciso hacer lo que te he dicho!

»Se inclinó solícito sobre ella, con una gran ternura. Al tiempo, ella sintió la presión en su brazo, seguida de un inapreciable zarandeo, de todos modos innegable. “Hay que hacerlo”. Fue un zarandeo que ningún transeúnte habría podido notar, y tuvo lugar en una zona desierta del puerto. “Tienes que hacerlo. ¿Me estás escuchando? ¿Eh? ¿O es que vas a volver a casa de mi hermana?”.

»Su ironía, tal vez por falta de práctica, tuvo un acento feroz, demoledor.

»—¿Quieres acaso volver a su casa? —continuó con la misma, extraña voz—. ¡Si es tu mejor amiga, recuerda! ¿Y decirle como es debido... cuánto lo sientes? ¿Eso quieres? No, ni siquiera podrías. Hay cosas en esta vida, queridísima y perdida niña, que ni siquiera tú podrías aguantar. ¿Verdad? Antes, la muerte. Así es, cómo no. ¿O es que estás pensando en llevar a tu padre a la casa de ese primo endemoniado? No, no digas nada. Ni siquiera podría soportar la idea. ¡Iría corriendo tras tus pasos y reventaría la puerta, créeme!

»Esa voz entrecortada, en él, la sorprendió por lo que se parecía a un sollozo. Y le dio miedo. Lo único que se le pasó por la cabeza fue: “No debe”. La ayudó a subir al cabriolé. “Oh, no debe, no debe”. Más miedo le dio aún descubrir que Anthony temblaba sin poder contenerse. Espantada, encogida en un rincón del asiento, rehuyendo su mirada, se fijó pese a todo en que le temblaba la boca, y se esforzó por sonreír, rompiendo así la rigidez de sus labios, aunque de repente le empezaron a castañetear los dientes.

»—Yo no voy contigo... —decía él—. Le diré al cochero a dónde ha de llevarte. No puedo... Es mejor así. ¿Que sucede? ¿Tienes frío? ¡Venga, dime qué sucede! Sólo tengo que ir a un maldito cuarto cerrado, un agujero de oficina. No será ni un cuarto de hora. En diez días volveré a por ti. No le des más vueltas. No pienses en nadie, en hombre, mujer o niño, de toda esa ridícula ralea que puebla el mundo. No pienses tampoco en mí. Piensa en ti tan sólo. Entonces, por fin, cuando llegue el momento,

estarás a salvo. No digas nada, no hagas nada. Lo tendré todo en orden, y mientras no aborrezcas mi presencia, y no la aborreces, no tienes nada que temer. Es sólo una de sus ridículas oficinas, un par de chupatintas del tres al cuarto, pobres diablos, simples escribientes.

»Partió el cabriolé llevándose inmóvil a Flora de Barral, incapaz de pensar en nada, contenta si acaso de poder por fin descansar, de estar a solas, tranquila, de moverse sin esfuerzo en la soledad y el silencio.

»Anthony recorrió las calles durante muchas horas, sin poder recordar por la noche en dónde había estado, a la manera del amante exultante y feliz. Sin embargo, nadie habría sospechado tal cosa a juzgar por su semblante, en el que no se reflejaba en modo alguno la dicha que se prometía por dentro. Exultante estaba, sí, aunque fuese la suya una especial exultación, que parecía haberlo atenazado por el cuello, como un enemigo.

»Las últimas palabras que dijo Anthony a Flora hicieron referencia a la oficina del Registro Civil en que contrajeron matrimonio diez días después. Entretanto, Anthony no vio nada, no vio a nadie, aunque anduvo sin descanso de acá para allá, entre los hombres y las cosas. Ese peculiar estado es frecuente entre los amantes más corrientes, de los que bien se sabe que no tienen ojos salvo para contemplar, en la realidad o de modo imaginario, al único ser humano que a su juicio abarca el alma del mundo entero en toda su belleza, perfección, vaciedad e infinitud. Ha de ser algo extremadamente delicioso. Ahora bien, la contemplación de Roderick Anthony no tuvo acceso a la felicidad. No era él un amante vulgar, corriente, y por eso fue castigado como si la naturaleza (de la cual se dice que siente horror al vacío) fuese tan convencional que se horrorizase de toda suerte de conducta excepcional. Roderick Anthony ya había empezado a sufrir. Quizá por eso anduvo tan industrioso y fue tan desmedido su celo entre sus congéneres, quienes por cierto se habrían sorprendido y se habrían sentido incluso humillados caso de saber cuán poca solidez y qué poca relevancia tenían ellos a sus ojos. Pero nadie pudo sospechar siquiera semejante extravagancia. No se notó en él nada extraordinario durante aquellos días; prueba de ello es que muchos consintieron en hacer negocios con él. Es obvio que sí, ya que recibió entonces la propuesta de fletar su navío rumbo a las Azores, por parte de una agencia de seguros especializada en asuntos navales, cuyos responsables en ningún momento dudaron de su cordura.

»Es probable que pareciese cuerdo para todas las cuestiones prácticas de la vida comercial. Pero no estoy tan seguro de que estuviese realmente cuerdo en aquella época.

»En cualquier caso, aceptó la oferta de muy buena gana. La propia Providencia le ofrecía semejante oportunidad de acostumar a la muchacha a la vida del mar, en una travesía relativamente corta. En esta época, todo lo que oía, palabras puramente casuales, frases inconexas, le parecía una provocación o un motivo de ánimo, confirmando así su resolución. Desde luego, el ajetreo en las cuestiones materiales es

el mejor antídoto contra la reflexión, los temores, las dudas... todas las cosas que se interponen frente al esfuerzo. Supongo que quien le hubiese propuesto cortarle el gaznate habría experimentado una especie de alivio mientras afilase con cuidado la navaja.

»Y Anthony puso un cuidado exquisito en preparar para sí y para la infortunada Flora una existencia imposible. Lo hizo sin temblar, como si estuviese relleno de trapos o hecho de hierro, como si no fuese de carne y hueso. Hablo de una existencia, dese usted cuenta, que en tierra firme, entre el grueso de la humanidad y de sus diversos intereses, distracciones, oportunidades infinitas para mantener la distancia los unos con los otros, habría sido difícilmente concebible; a bordo de un navío, en alta mar, en un *tête-à-tête* que habría de durar días y semanas y meses, juntos los dos, no podría significar sino una tortura mental, un refinado y absurdo tormento. Era un alma sencilla; su ingenuidad desesperante, masculina, se revela de forma conmovedora en el esmero que puso en procurar incluso una mujer que sirviese a Flora a bordo. La necesidad de que todo fuese perfectamente respetable le dio no pocos quebraderos de cabeza, momentos de auténtica angustia. Cuando se acordó de pronto de la esposa de su auxiliar de a bordo tuvo que haber exclamado ¡eureka!, con particular alborozo. No es grato llamar asno a Anthony; pero la verdad es que poner a cualquier mujer a tiro de semejante secreto, y suponer que no se dedicará a rastrearlo, es como para pensarse despacio el calificativo.

»Ninguna mujer, por simple que fuese, caería en semejante ingenuidad. Desconozco qué calificativo le dio Flora de Barral en su interior cuando él le comunicó dicha disposición, entre todas las demás, tomadas para que se sintiera tan cómoda como fuera posible. Yo diría que, pese a su contrastada simplicidad, tuvo que haberse sentido abrumada. Apareció él ante ella, el día previsto, con una calma aparente muchísimo mayor de lo que ella había visto hasta entonces. Y esa calma, esa escrupulosa actitud que por honor creía él que era su deber adoptar para siempre, a menos que ella condescendiera a hacerle una señal en el futuro, redobló la pesadumbre que lastraba su inocente corazón con la más perdonable de las astucias.

»La noche anterior había dormido mejor que durante las últimas diez noches. La juventud y la fatiga terminan al final por afianzarse frente a la tiranía de una inquietud y una tensión nerviosa insufribles. Había descansado, pero despertó con los ojos anegados en lágrimas. De tales lágrimas no quedaba en cambio ni rastro cuando recibió a Anthony en el sórdido saloncito de la planta baja. Se las había tragado. No iba a dejarle que se diese cuenta. Creía que por honor era su deber aceptar la situación para siempre, a menos que... Ah, sí, a menos que... Disimuló todos sus sentimientos, pero no fue por doblez. Lo único que deseaba era descubrir la verdad, ver qué podría repararle.

»Lo venció en el juego del honor que él había propuesto; su serenidad a carta cabal terminó por desconcertar a Anthony un tanto. Fue él quien tartamudeó a la hora de hablar. La fiereza reprimida de su carácter de todos modos le devolvió la autoridad

tras las primeras palabras. Pero era como si los dos hubiesen mordido la misma fruta amarga. “Ese Fyne”, pensaba él con tristeza y arrepentimiento, no desprovistas de sorpresa, “me ha dicho la verdad. A ella no le importo ni un comino”. Se sintió humillado, al tiempo que redobló la compasión que le inspiraba la muchacha que en su tenebrosa vida, totalmente hecha de mortificación y desesperanza, había caído en las garras de su fenomenal fuerza de voluntad, abandonándose en sus brazos como si estuviese en la noche de un naufragio. Por su parte, con parcial intuición (pues nunca ciega a las mujeres del todo la ceguera de los hombres), Flora lo miró apiadada, y sintió compasión de sí misma. Era un rechazo, una expulsión; para ella, nada nuevo. Pero ella, aun dando por muerta toda su sensibilidad a tales alturas, descubrió en sí misma un hondo resentimiento por esa definitiva traición. Por esta vez iba a ignorar la resignación. Con una especie de pena interior, se dijo: “En fin, aquí estoy. Aquí estoy, sin reticencias de ninguna clase. No es culpa mía ser un simple y lamentable objeto sin valor”.

»Y todas esas cosas que pudo decirse con una clarividencia absoluta le hicieron mejor servicio que el de una obstinación en el caso de Roderick Anthony. Ella estaba muchísimo más segura de sí misma. He ahí las ventajas de la simple rectitud, por encima de la más exaltada generosidad.

»Y así fueron a casarse, sin que las gentes de la casa en la que ella se alojaba sospecharan nada por el estilo. Tan sólo les impresionó un tanto que ese “caballero amigo”, un hombre espléndido, fuese la primera visita que recibió la señorita Smith desde que se hospedaba en la casa. A su regreso, pues en efecto volvió ya sin él, se hicieron algunas alusiones a dicha salida. No le quedaba más remedio que almorzar y cenar con aquellas personas vulgares. La mujer de la casa, una persona tan macilenta como afectuosa, intentó incluso suscitar alguna confianza. El pálido rostro de Flora, sus ojos azules, no pasaban a ojos de dichas personas por ser el rostro mismo del sufrimiento, al contrario de lo que pensaba el capitán Anthony sólo de imaginar su belleza. La dolorida reserva de Flora no tenía el poder de suscitar en ellos una mínima decencia.

»Bien, regresó sola, como le iba diciendo y como era casi de esperar. A la salida del Registro Civil, Flora de Barral y Roderick Anthony salieron a dar un paseo por un parque. Tuvo que ser algún parque del East End, pero no estoy seguro. En todo caso, eso fue lo que hicieron. Era un día soleado. “Todo lo que tengo en este mundo”, le dijo él, “es tuyo. Me he ocupado de ello sin tener que molestar a mi cuñado. No tiene ningún derecho a entrometerse en mis asuntos”.

»Caminaba ella con la mano levemente apoyada en el brazo de su esposo, que se lo había ofrecido al salir del Registro Civil y que ella aceptó en silencio. Con la cabeza gacha, en cambio, parecía meditar en sus asuntos. “Han sido muy buenos conmigo”, dijo en alusión a los Fyne.

»—¡Jamás te han entendido! —exclamó él—. Desde luego, no como debieran. Mi hermana no es mala persona, pero...

»Flora no protestó, preguntándose si acaso se imaginaba él que la entendía mucho mejor. Anthony despachó a la familia de un revés.

»—Sí, todo lo que tengo es tuyo —prosiguió—. No me he reservado nada. En cuanto al papel que acaba de darnos ese miserable chupatintas, de no ser por la ley no me importaría que lo rompieras en pedazos aquí mismo, ahora. Pero no lo hagas. A menos que algún día sientas que...

»Se atragantó inesperadamente. Reflexiva, ella titubeó unos instantes antes de tomar una valerosa resolución.

»—Tampoco yo me he reservado nada.

»¡Lo había dicho! Él, cegado por su generosidad, entendió en cambio que se refería a su deplorable historia, y se apresuró a musitar:

»—¡Por descontado! ¡Por descontado que no! No digas nada más, lo sé todo. He pensado en todo ello, insomne, más de mil veces.

»Hizo un gesto con el otro brazo, como si se hubiese contenido a duras penas para no agitar con indignación el puño cerrado ante el universo mundo; ella ni siquiera intentó mirarle a la cara. Su voz sonaba extraña, increíblemente carente de vida en comparación con las tempestuosas inflexiones que en los anchos prados, en el jardín oscuro habían parecido sacudir incluso la tierra bajo sus fatigados, desesperados pies.

»Le apenaron esas inflexiones. Al oír el suspiro que salió de su boca, Anthony no esgrimió el puño cerrado, sino que comenzó a darle palmaditas en la mano que reposaba sobre su brazo, y desistió de repente, como si se hubiese quemado.

»—Mañana tendrás que ir tú sola —dijo tras una larga pausa—. Yo... No, creo que es mejor que no te acompañe. Lo que los dos tengáis que deciros el uno al otro...

»—Mi padre es un hombre inocente —le interrumpió ella al punto—. Ha sido víctima de una cruel perfidia.

»—Sí, precisamente por eso —insistió Anthony—. Eres el único ser humano capaz de reparar sus penas. Tú sola tendrás que reconciliarlo con el mundo, caso de que sea posible. Por supuesto que podrás. Tendrás que encontrar las palabras... No te apures, sabrás hacerlo. Además, sólo con verte se apaciguará...

»—Es el más dulce de los hombres —le interrumpió de nuevo.

»Anthony sacudió la cabeza.

»—Haría falta una generosidad sin límites, infinita generosidad, para perdonar semejante infamia. Yo al menos habría preferido morir y terminar de una vez por todas, antes que... Para ti no podría haber sido peor; supongo que sólo en ti pensaba cuando esos abogados del infierno lo despedazaron ante el tribunal. En ti. Por eso pienso que al verte es posible que todo aquello vuelva a su memoria. Todos estos años, todos los años que han pasado... Tú, su única hija, a solas en el mundo. Yo me habría vuelto loco. Y es que aun cuando hubiese hecho algo malo...

»—Pero no hizo nada malo —insistió Flora de Barral con inesperada fiereza—. Ni siquiera debes imaginarlo. ¿No has leído los informes del proceso?

»—No estoy imaginándome nada —se defendió Anthony. Tan sólo recordaba

haber tenido vaga noticia del juicio. Le aseguró que por entonces se hallaba lejos de Inglaterra, en la segunda travesía del *Ferndale*. Surcaba aguas del Pacífico tras recalar en Australia, y no vio ni un solo periódico durante muchas semanas—. Lo mejor será que le digas cuanto antes que eres feliz —añadió con un leve tartamudeo.

»—Sí —repuso Flora de Barral con toda concisión.

»Siguió un breve silencio. Ella retiró la mano de su brazo. Se detuvieron. Anthony daba la impresión de hallarse ante una catástrofe totalmente inesperada.

»—Ah —dijo—, eso te contraría.

»—¡No! También yo creo que será lo mejor —murmuró.

»—Desde luego. Desde luego. Tráelo directamente a bordo; no te detengas en ninguna parte.

»Flora sintió una pasajera y vaga gratitud, un momentáneo sentimiento de paz que atribuyó al hombre que la acompañaba. Lo miró a los ojos. Tenía el rostro sombrío. Era como si estuviese a muchas millas de allí.

»—Claro que —musitó para sí— ¿dónde querría detenerse?

»—No hay en el mundo nadie a quien quisiera yo presentarlo, nadie a cuya presencia quisiera llevarlo de buena gana —dijo ella extendiendo la mano en ademán de franqueza, quebrándosele la voz— salvo a ti, Roderick.

»Él la tomó de la mano, sintiendo su pequeñez y su delicadeza en la palma de la suya.

»—Está bien. Está bien —dijo con una consciente y apresurada emoción, como si de pronto le diera vergüenza su propia voz; se dio la vuelta y se alejó totalmente de la muchacha inmóvil. Resistió incluso la tentación de volverse a mirarla hasta que ya fue demasiado tarde. Cuando lo hizo, el sendero de gravilla estaba desierto hasta el portón del parque. Ella ya no estaba; se había volatilizado. Anthony tuvo la sensación de que se le había escapado una suerte de ocasión inmejorable. Se entristeció. La excitación del comportamiento que lo había sostenido en pie durante los últimos diez días ya no le mantuvo a flote. ¡Lo había conseguido!

»Caminó sin rumbo, presa de una dulce melancolía. Caminó sin cesar. Había poca gente por aquel campo abierto en medio de un barrio pobre. En determinadas condiciones de la vida, a veces no queda ni tiempo para respirar aire puro. Con todo, había algunas personas aquí y allá, dándose ese lujo; sin embargo, por pocas que fuesen, el capitán Anthony, pese a ser el menos excluyente de los hombres, acusó con dolor su presencia. La soledad había sido su mejor amigo. Deseaba encontrar un lugar en el que sentarse a solas, en paz consigo mismo. Su necesidad lo llevó a pensar en el mar, que tanta soledad amiga le había procurado. Allá, aun con su barco, que era parte constitutiva de su ser, siempre podría estar tan solo como quisiera. Sí. ¡Hacerse a la mar!

»La noche de la ciudad, con sus hileras de luces, rígidas, entrecruzadas como si fuesen una red de llamas arrojada sobre la sombría inmensidad de los muros, lo envolvió con la artificial brillantez rematada en una enfática negrura, con una

antinatural animación propia de una humanidad inquieta, febril, sobrecargada. Sus pensamientos, de algún modo inclinados a la piedad ante cada silueta que pasara ante sus ojos, entrevista a la luz de una farola, se prendieron a la postre en una silueta que ciertamente no podría haber visto bajo las farolas encendidas aquella noche en concreto. Una silueta desconocida para él, una silueta encerrada tras los muros insuperables de piedra o de ladrillo, al menos hasta la mañana siguiente. La silueta del padre de Flora de Barral. El financiero... el convicto.

»Hay algo en esa palabra que por fuerza sugiere culpabilidad, castigo, y que suspende el pensamiento. Nos sentimos en presencia del poder de la sociedad organizada, bastante misteriosa por sí misma, y más misteriosa incluso en sus efectos. Ya fuese culpable, ya fuese inocente, era como si el viejo De Barral hubiese estado en el infierno. Imposible imaginar qué podría traer de allí a la luz de este mundo de los hombres libres. ¿Qué pensamientos tendría? ¿Qué podría decir? Y, sobre todo, ¿qué debía él decirle?

»Anthony, un tanto atemorizado, tal como cualquiera se siente ante un abanico de sentimientos que escapa a su capacidad de comprensión, se consoló pensando en que muy probablemente el viejo no tuviera gran cosa que decir. No tendría ganas de hablar de lo ocurrido; a ningún hombre podría apetecerle nada semejante. Para él tenía que haber sido un auténtico infierno.

»Y Anthony, al final del día en que se había unido en matrimonio con Flora de Barral, así dejó de pensar en el padre de Flora, salvo para considerarlo si acaso prisionero de su propio triunfo. Pasó a contemplar mentalmente el blanco, delicado y atractivo rostro que lo obsedía, los grandes ojos azules que había visto llorar, maravillarse, mirarlo profundamente, a veces con incredulidad, otras con duda y dolor, pero siempre irresistibles por su poder de abrirse camino siempre hasta el centro de sus propias emociones, agitando allí una honda respuesta que iba más allá del amor —se dijo—, tal y como lo entienden los hombres. ¿Más allá? ¿O era acaso algo simplemente distinto? Sí, era algo diferente. Más allá o más acá. Algo tan inverosímil como el cumplimiento de un asombroso sueño en el cual él podría abarcar el mundo entero con sus brazos, el mundo del dolor y el sufrimiento, no para poseer su patética belleza, sino para dar consuelo a sus penas.

»Anthony regresó caminando despacio al navío, donde durmió, aquella noche, sin soñar.

»Remozado por completo, el salón del *Ferndale* quedó listo para recibir a la “extraña mujer”. Había desaparecido la pátina suave de su decoración anticuada, deslucida; mirando en derredor, Anthony se encontró con los destellos, los brillos, el color de las cosas aún por estrenar, no usadas, relucientes, demasiado relucientes. Los obreros habían terminado la víspera; el último trabajo que se hizo fue la colocación de los pesados cortinones que, corridos, dividían longitudinalmente el salón en dos mitades, separando el extremo desde el que se accedía al tambucho de la parte anterior, del que daba acceso a la toldilla de popa; de este modo se creó una intimidad dentro de otra intimidad, como si el capitán Anthony no pudiese interponer obstáculos suficientes entre su recién conquistada felicidad y los hombres con quienes compartía la vida en el mar. Inspeccionó la nueva disposición con ojo crítico y secreta aprobación, recorriendo el conjunto en privado, para terminar por abrir una portezuela que daba acceso a una vasta pieza compuesta por dos camarotes unidos en uno. Muy bien amueblada, en vez de la cama habitual en tales camarotes contaba con una litera suspendida de dos balancines, a la última moda. “El viejo se encontrará muy cómodo aquí”, dijo Anthony al tiempo que la empujaba para que se columpiase, a manera de prueba, y salió al salón cerrando la puerta con suavidad. Entonces se le pasó por las mientes otra idea, obvia si se tienen en cuenta las circunstancias, pero que curiosamente se le ocurrió por primerísima vez. “¡Dios! ¡Qué golpe se ha tenido que llevar!”, pensó Roderick Anthony.

»Se apresuró en subir al puente. “Señor Franklin, señor Franklin”, el contramaestre no andaba muy lejos. “Oh, me alegro de encontrarlo. La señorita... Quiero decir la señora Anthony está a punto de llegar a bordo. Avíseme, por favor, cuando vea llegar el coche”.

»Sin percatarse de la tristeza que traslucía el rostro contrito del contramaestre, volvió adentro. Ni una palabra afectuosa, ni un comentario de índole profesional, ni una broma, ni siquiera un escuálido y sencillo apunte sobre el espléndido tiempo que hacía: nada. Se dio media vuelta y entró.

»Sabemos ya que, llegado el momento, se lo pensó mejor y decidió recibir al padre de Flora en la privacidad del camarote principal, que tanto esmero había puesto en decorar. Es difícil explicar por qué pareció retraerse Anthony ante ese contacto, toda vez que tenía sobrada y demostrada confianza en sí mismo no sólo para afrontar, sino para crear incluso por completo una situación casi demente por la audacia de su generosidad. Es posible que cuando asomó por la toldilla un instante y vio al viejo, su

aspecto externo le resultase tan diferente de lo que había esperado encontrar que decidiera darle la bienvenida y celebrar su primer encuentro con él sin que nadie más los viese. Puede ser, si no, que el aura de secreto que en general envolvía sus relaciones con la muchacha le hubiese influido hasta ese punto. Ciertamente, cabe que se sintiera azorado. La llegada del padre hubo de situarlo frente a frente con la ineludible necesidad de actuar de palabra, obra y omisión en aras de una mentira, de aparentar algo que él no era y que nunca podría llegar a ser, a menos... a menos que...

»Si le parece bien, digamos que por diversas razones, relacionadas todas con la delicada rectitud de su talante, Roderick Anthony, un hombre del cual su propio contramaestre decía que era desconocedor del miedo, estaba asustado. Existe una Némesis capaz de arrasar incluso la generosidad, así como cualquier otra imprudencia de los hombres audaces, orgullosos, que desprecian las leyes...

—¿Por qué lo dice? —inquirí, ya que Marlow había callado repentinamente, manteniéndose en silencio a la sombra de la biblioteca.

—Lo digo porque este hombre al que el azar había arrojado al camino de Flora era ambas cosas al tiempo: audaz y despectivo de la ley. Lo de menos es que supiese algo al respecto; es más probable que no. Se puede arrojar el guante a la cara de la propia naturaleza, a la cara del propio temple moral, con absoluta inocencia y con una sencillez tocada del aire de una presunción perfectamente demoníaca. En cualquier caso, ya se lo he dicho, esto es lo de menos. Sigue siendo, con eso y con todo, una transgresión por la cual es necesario pagar un precio, como de costumbre. Pero eso es lo de menos. Me he callado porque, igual que Anthony, siento una dificultad inexplicable, una especie de aprensión cuando se trata de hablar del viejo De Barral.

»Recordará usted que en su día pude verlo unos instantes. No era un hombre de apariencia o personalidad imponente: alto, delgado, muy erguido, rígido, desvaído, se movía a pasos cortos y como si resbalase, y hablaba con voz baja y monótona. Con la mar embravecida apenas se dejaba ver por cubierta; al menos, no caminaba. Iba agarrándose a todo lo que podía y se arrastraba hasta la claraboya de popa, donde tomaba asiento y dejaba así pasar las horas. Nuestro entonces joven amigo se ofreció una vez a ayudarlo, ofrecimiento que supuso el inicio de una especie de amistad. Se aferraba con fuerza, dice Powell sin uso ninguno de la retórica. Powell estaba de continuo sobre aviso, por si su ayuda le fuese necesaria, y para ayudar sobre todo a la señora Anthony, porque el viejo se le agarraba con tal fuerza que más de una vez se temió Powell que diera con ella por el suelo, a pesar de que la joven muy pronto se acostumbró al barco, incluso con mar de fondo. Además, Powell era el único dispuesto en todo momento a ayudar, pues Anthony, por entonces, parecía temeroso incluso de acercarse a la extraña pareja, al tiempo que el impertérito, rencoroso Franklin miraba iracundo hacia cualquier otra parte, y el piloto, caso de hallarse a tiro, actuaba igual que Franklin, imitándolo punto por punto; todo el que apareciese casualmente por la toldilla, y es misterioso cómo se extiende un determinado

sentimiento por entre los tripulantes de un barco, lo evitaba como si se tratara del demonio en persona.

»Sabemos ya cómo llegó a bordo. Personalmente, es tan poco lo que sé de las cárceles que no tengo ni la menor idea de cómo sale un hombre de su encierro. Parece una operación tan abominable como la operación inversa que la antecede, el enclaustramiento forzoso, con la estampida metálica de la puerta que bate, el ruido de los cerrojos al descorrerse y el silencio que se hace después, fuera, en donde uno *estaba* tan sólo momentos antes, digo estaba y ya no está ni puede estar. Perfectamente diabólico. Luego, en cambio, la puesta en libertad. De veras, no sé qué es peor. ¿Cómo lo harán? Alguien tira del cordel, se abre la puerta de par en par, sale el hombre despedido. ¡Largo de aquí! ¡Adiós!^[7]. Y en ese espacio en el que segundos antes no era posible estar, en ese espacio de silencio, aparece una silueta que se aleja cojeando. ¿Por qué cojeando? No lo sé, pero así es como lo imagino. Se tiene la vaga sensación de que ha tenido lugar un proceso de deterioro físico, de mutilación; el individuo regresa, sí, pero de uno u otro modo, sutilmente, regresa dañado. Reconozco que se trata de una fantasmagórica alucinación, pero no puedo evitar que así sea. Por descontado, sé que se emplean en este proceso los mejores y más juiciosos engranajes de la humanidad, con esmero, sin duda. Sé que debo parecer absurdo, lo admito, pero, pese a todo... Sí, lo sé; es una idiotez. Cuando paso cerca de uno de esos lugares... ¿se ha dado usted cuenta de que existe algo infernal en la apariencia de cada piedra, de los ladrillos empleados en la construcción, algo tan maligno como si la materia se recrease con perversidad en su venganza sobre el despreciable espíritu del hombre? ¿No? ¿No lo ha notado? Bueno, es posible que desvaríe yo un poco. Cuando paso cerca de uno de esos lugares, tengo que apartar la mirada. Yo no habría podido presentarme tampoco a dar la bienvenida a De Barral. Me habría retraído ante la envergadura de la prueba. Y se dará usted cuenta de que parece como si Anthony (sin lugar a dudas un hombre muy valeroso) también la hubiese rehuído. La descabellada suposición de Fyne, cuando se imaginó a los tres dentro del fatal simón, ¿recuerda?, no pudo pecar más de falta de puntería. En el simón viajaban sólo dos personas. Flora no se retrajo. Las mujeres son capaces de aguantar lo que les echen. Adorables seres; dejan la imaginación en suspenso cuando se trata de afrontar las cosas de la vida tal cual son. No diría lo mismo en otras regiones de clima más sentimental; eso es totalmente diferente. O se retraen aterradas o se lanzan en brazos de los fantasmas creados de su propio caletre, igual que cualquier lerdo.

»No; supongo que la joven Flora cumplió razonablemente con esa misión. ¿Cómo no? En espera de ese momento había vivido; era su único punto de contacto con la existencia. Desde luego, había contado con la inestimable ayuda que le brindaron los Fyne con extrema amabilidad, eso no hay quien lo niegue. Pero no basta. Hay en la vida no pocas maneras de ayudar a nuestros semejantes con las cuales se les puede romper el corazón, al tiempo que se les salva de perecer. Qué frío, qué frío infernal tuvo que sentir, a menos que ardiese en las llamas de la indignación o la vergüenza.

No sólo de pan vive el hombre, de sobra es sabido, pero que me aspen si no es cierto que hay mujeres capaces de vivir sólo del amor. Si hay una llama en el ser humano que se nutre de ingredientes a la vez terrenales y espirituales, que la tintan de diversos matices, me parece ver de qué color es la que arde en ella. Es azul... ¿Qué diantre le hace tanta gracia?

Marlow se levantó de un salto y salió de entre las sombras como si la indignación lo hubiese propulsado, si bien le centelleaba en los labios un amago de sonrisa.

—Me acusa usted de que no conozco a las mujeres. Es posible. Pero vale más, a veces, no acercarse en demasía a su santuario. Sin embargo, tengo un concepto meridiano de *la mujer*. En todas ellas, arpías, coquetas, gruñonas, lavanderas, leídas, marginadas, y hasta en la mujer vulgar que estúpidamente se da al comercio carnal, en todas subsiste algo que no sabría calificar, aunque no sea más que un rescoldo. Y donde hay rescoldo siempre puede prender la llama...

Regresó a su asiento, en la sombra.

—No pretendo dar a entender que Flora de Barral fuese de esas que logran vivir sólo del amor. Al contrario, había logrado sobrevivir sin amor ninguno. Pese a todo, en su desconfianza de sí misma y de los demás siempre estuvo en busca del amor, cualquier clase de amor, como es propio de las mujeres. Y esa cárcel que el diablo confunda era el único lugar del mundo en el que podía depositar su esperanza, ya que no tenía motivo ninguno para desconfiar de su padre.

»Llegó puntualmente. Me la imagino mirando desde el otro lado de la carretera esos muros que, hablando en propiedad, son horrendos a más no poder. En las líneas rectas y en los ángulos de esa mole siniestra se siente de veras el tiempo como si fuese cayendo gota a gota, hora tras hora, hoja a hoja, con una suave, implacable lentitud. Y se apodera de uno esa melancolía sorda y muda, invasora, abrumadora como un sueño, penetrante, mortífera como el veneno.

»Al salir De Barral ella experimentó una especie de sobresalto al ver que era exactamente tal y como lo recordaba. Algo más bajo, quizá. Por lo demás, no había cambiado. Uno sale con las mismas ropas con que entró, no sé si lo sabía usted. No sabría decir si él la estaba esperando, pero es más que probable que la buscase con la mirada. ¿Llegó a reconocerla? Seguramente. Ella cruzó la carretera y en ese instante se produjo, a muchos años de distancia, irónicamente como por arte de magia, la misma escena del Paseo Marítimo de Brighton: el financiero De Barral caminando con su única hija de la mano. Se sale de la cárcel exactamente con las mismas ropas que uno llevaba el día del comienzo de la condena, da lo mismo el tiempo que haya sido preciso pasar dentro. Y duran, ya lo creo que duran, bien conservadas. Sin embargo, en la vida carcelaria hay otra cosa que se conserva mejor aún que las ropas almacenadas. Se trata de la fuerza, de la intensidad de los propios sentimientos. Eso mismo sucede en un monasterio; no obstante, en el siniestro enclaustramiento de una cárcel uno se encuentra totalmente enfrentado a sí mismo, ya que allí no hay Dios ni fe que lo asistan. Los de fuera dispersan sus afectos; el preso acapara los suyos,

mimando su intensidad, aunque se le vayan enquistando. Lo que los otros dejan correr, lo que olvidan con cada movimiento, con cada cambio que acontece a lo largo de una vida en libertad, el preso lo aferra con todas sus fuerzas, lo amplifica, lo exagera, dejando crecer en tumultuoso desorden los recuerdos. Los otros pueden contemplar con una sonrisa en la cara las penas y las cuitas del pasado; el preso no. Las penas antiguas van royéndole el corazón; los antiguos deseos, los antiguos engaños, los antiguos sueños lo asedian en la mortífera quietud de su presente, en el que no se mueve otra cosa que los minutos irrecuperables de la propia vida.

»De Barral fue puesto en libertad; incapaz de hablar durante largo rato, se dejó llevar por su hija antes incluso de tomar posesión del mundo en derredor, libre. Flora se controló muy bien. Caminaron de la mano, de prisa, un buen trecho. El simón había quedado esperando a la vuelta de la esquina, unas cuantas esquinas más allá, por lo que he podido saber. El viejo iba muy nervioso, sin resuello, cuando ella lo ayudó a subir al coche y subió detrás de él. Dentro del habitáculo rodante, volcada sobre esa presencia recobrada con el corazón desbordado, incapaz de decir nada, sintió Flora que el deseo de llorar que hasta ese momento había dominado la abandonaba de repente; su alborozo a medias entristecido, a medias triunfante, remitió de golpe; todas las fibras de su cuerpo, relajadas por la ternura que había sentido, se tornaron rígidas en extremo al verle de cerca la cara. No, era muy distinto. Algo había que... Sí, algo había entre los dos, algo endurecido e impalpable, el espectro de aquellos altos muros.

»¡Cuánto había envejecido! ¡Qué cambiado estaba!

»Reprimió en seguida esa sensación, estupefacta y aterrada por haberla notado. Y llena de compunción, naturalmente. Echó los brazos al cuello del viejo; él devolvió con torpeza el abrazo, como si no supiese qué hacer con las extremidades, con una titubeante presión, inseguro. Ella ocultó el rostro en su pecho. Fue como si estuviera apretándose contra una piedra. Se soltaron mutuamente; el tiro del simón iba al trote, camino de los muelles, con dos personas dentro y tan alejadas una de la otra como les fue posible, acurrucada cada cual en su rincón.

»Tras un largo silencio entregado al mutuo examen, él pronunció su primera frase coherente fuera de los muros de la cárcel.

»—Lo que acabó conmigo fue la envidia. La envidia. Eran legión los que reventaban por dentro de pura envidia, sólo con mirarme a la cara. Me iban demasiado bien las cosas. Por eso me denunciaron...

»—¡Sí, sí! —exclamó ella atropelladamente, y él la fulminó con la mirada, como si le inspirase rencor que aquella niña se hubiese convertido en toda una mujer sin esperar a que él saliese de la cárcel.

»—¿Qué sabrás tú de eso? —le dijo—. Eras demasiado pequeña —habló pausadamente. ¡La voz de antaño, la misma voz de antaño! Sintió un escalofrío. Reconoció su dulzura sin timbre, siempre igual, al margen de lo que fuese a decir. Y recordó que nunca había tenido gran cosa que decirle cuando acudía a visitarla. Era

ella la que parloteaba, la que hablaba por los codos cuando daban juntos sus paseos, mientras que, envarado y rígido de pies a cabeza, él dejaba caer de vez en cuando una palabra dulce.

»Llevada por estos recuerdos que fueron despertándose en su ser, ella le explicó que había dedicado el último año entero a leer y estudiar a fondo los archivos del caso.

»—He repasado los archivos de varios periódicos, papá.

»Él la observó con suspicacia. Probablemente, todos esos archivos estaban incompletos. Sin duda, los periodistas habían cortado sus declaraciones y desvirtuado sus palabras, decididos a no darle la menor oportunidad ante el tribunal o ante la propia opinión pública. Fue una conspiración.

»—Mi asesor también se portó como un imbécil —añadió—. ¿No te habías dado cuenta? Un perfecto imbécil.

»Ella le puso la mano sobre el brazo, intentando aplacarlo.

»—¿Merece la pena hablar de aquellos momentos repugnantes? Qué lejos queda hoy... —se estremeció levemente al pensar en los espantosos años que habían pasado uno tras otro sobre su juvenil cabeza. Nunca imaginó siquiera que para él aquellos momentos habían sido ayer mismo. Él cruzó los brazos sobre el pecho, se arrellanó en su rincón e inclinó la cabeza. Al cabo de un rato la sobresaltó con una repentina pregunta.

»—¿Quién se ha apoderado del ferrocarril de Lone Valley? Eso era lo que andaban buscando sobre todo. Alguien se lo ha tenido que meter en el bolsillo. Parfitts and Co., ¿no? ¿O ha sido ese ladrón de Warner?

»—No..., no sé nada —repuso ella, bastante asustada por cómo contraía el viejo la boca.

»—¡No sabes nada! ¡Ja! —exclamó con suavidad. ¿Es que su primo no le había dicho nada? Ah, cierto: la jovencita había dejado de vivir con ellos. ¿Y por qué? Fue la primera pregunta que el viejo le hizo sobre su persona, pero ella no contestó. No quiso hablar de aquellos horrores indecibles. Se percató pese a todo de que él no había esperado una contestación, pues lo oyó murmurar para el cuello de su camisa: “Había ya medio millón de libras acumuladas, sólo en las obras realizadas y en el material disponible”.

»—No debes pensar en todo eso, papá —dijo ella con firmeza. Y él la interrogó con su dulzura invariable, en la que ella creyó detectar ciertas sombras ingratas, hirientes, por saber en qué otra cosa deseaba que invirtiese sus pensamientos. Con sólo un par de años más, si al menos le hubiesen permitido seguir haciendo las cosas a su aire, tanto él como todos los demás socios habrían acertado de pleno, se habrían podido bañar en oro; ella, su propia hija, podría entonces haberse casado con quien quisiera. Con un lord.

»Todo esto lo decía y lo vivía como si hubiese ocurrido ayer, un largo ayer, un ayer que había repasado minuciosamente una y mil veces, meditándolo año tras año.

Ese ayer conservaba, en el viejo, una viveza y una intensidad de las que su hija, que no había sido encerrada lejos del mundo, no podría hacerse ni la menor idea. Ella era para él la única figura salida con vida de aquel pasado, y puede que de buena fe añadiese, fría e inexpresivamente, con la boca pequeña: “He vivido única y exclusivamente por ti, te lo digo de veras. Imagino que lo entiendes. No he tenido otra cosa, nada más que tú y yo”.

»Emocionada por esta declaración, y extrañada de que no le caldease mucho más el ánimo, murmuró palabras de ternura mientras pensaba sobre todo en que lo que tenía que hacer, sin tardanza, era ponerle al corriente de la situación. Había contado con que él la interrogase atenta, ansiosamente, acerca de su persona; a la vez que lo deseaba, se encogía sólo de pensar en las respuestas que tendría que darle. Pero su padre parecía extrañamente, antinaturalmente incurioso. Era como si no fuese a hacer ninguna pregunta, como si no tuviese ningún interés. De todos modos, sus últimas palabras podrían servirle para entrar en materia. Sí, ése era el momento apropiado para que ella comenzase. Y comenzó; comenzó diciéndole que siempre había tenido plena consciencia de esa comunión que existía entre ellos, de que los dos vivían irremisiblemente el uno para el otro. ¡Y si él supiese todo lo que ella había tenido que sufrir!

»Arrellanado en su rincón del asiento, plegados los brazos, miró la calle por la ventanilla del simón. Qué poco había cambiado después de todo. ¿Era ésa la expresión impasible, la mirada desvaída que ella le veía en la Explanada, cuando al caminar cogida de su mano alzaba la vista hacia él, mientras era ella la que hacía todo el desgaste, y hablaba y hablaba y hablaba sin cesar? Era la misma figura envarada y silenciosa que, sólo con que ella pronunciase una palabra, doblaba rígidamente hacia una tienda y le compraba todo lo que se le hubiese ocurrido desear en ese instante. A Flora de Barral le falló la voz. Él volvió hacia su hija aquella mirada de clara recordación en la que la niña nunca había acertado a descifrar más que la noción de su propia existencia. Y eso era más que suficiente para una niña que jamás había conocido muestras de ternura y de afecto. Pero había sido la suya una vida tan hambrienta de sentimientos que eso ya no podía satisfacerla. ¿Qué sentido tendría, de qué podría servir relatarle la historia de todas sus penas ya pasadas y concluidas, de todas sus desconcertantes tribulaciones y humillaciones? Abordó la cuestión con un alegre comentario.

»—No me has preguntado a dónde te llevo.

»El viejo la miró con ojos de sonámbulo bruscamente despertado, y en su mirada se pintó un cierto significado, una especie de especulación de alarma. Abrió la boca lentamente.

»—No podrías adivinarlo nunca —apostilló Flora con forzada alegría.

»Él esperó, más alterado y suspicaz que antes.

»—¡Adivinarlo! ¿Por qué no me lo dices?

»Descruzó los brazos y se inclinó algo más, para oírla mejor. Ella le cogió de una

mano.

»—Antes debes saber... —hizo una pausa, un esfuerzo—. Me he casado, papá.

»Por un instante siguieron perfectamente quietos en el simón que rodaba a buen paso por una estrecha y ajetreada calle de la ciudad. Ella podría esperar cualquier cosa, pero no desde luego que él retirase la mano de entre las suyas, como si rehuiese un quemazo o un contagio. De Barral, nada más salir del estancamiento atormentado de la prisión, donde nunca pasa nada, no se esperaba semejante noticia. Fue como si se le hubiese atragantado.

»—¿Cómo? —dijo en voz baja, estrangulada—. ¿Tú... casada? ¡Tú, Flora! ¿Cuándo? ¿Para qué? ¿Con quién? ¡Casada...!

»Tenía los ojos azules, como su hija, sólo que desvaídos, sin profundidad ni brillo; parecieron salirse de las órbitas. Parecía como si de veras se estuviese asfixiando. Se llevó la mano al cuello...

»Recordará usted —continuó Marlow, casi invisible a la sombra de la biblioteca, oculto en las profundidades del sillón— que la única vez que lo vi me había dado una impresión de absoluta rigidez corporal, como si se hubiese tragado una escoba. Pero parece ser que también podía desmoronarse, aunque esto sea algo que a duras penas consigo imaginarme. Entiendo que hasta cierto punto se desmoronase en su rincón del asiento. El golpe imprevisto lo había aplastado. Ella lo miró desconcertada, apiadada, un tanto desilusionada, y asintió con gravedad. Sí, se había casado. No le pudo agradar en cambio verlo sonreír de una forma que distaba mucho de ser una sonrisa de ánimo, vista con la devoción de una hija. Había en ella algo involuntariamente maligno. El viejo De Barral aún no era del todo dueño de sus músculos, si bien recobró en seguida el dominio de su afable y dulce voz.

»—Acababas de decirme que en este anchuroso mundo no estábamos más que tú y yo solos, para cuidar el uno del otro.

»Ella se dio cuenta vagamente de la intención lacerante que acechaba en el fondo de su tono bajo y suave, en esta punzante interpelación. Tuvo que defenderse. Nunca, nunca, ni una sola vez, ni un instante había dejado de tenerlo presente en sus pensamientos. Tampoco él había dejado de pensar en ella, le dijo, pero con el énfasis más siniestro de que fue capaz.

»—Pero papá —exclamó—, yo no he estado encerrada en ninguna parte, al contrario que tú —no le importó mencionarlo, ya que en su opinión él era inocente. Había sido un lamentable malentendido. El suyo era un infortunio de lo más cruel, aunque tampoco más desgraciado que una enfermedad, que un accidente de que hubiese salido mutilado o que cualquier otra infausta visitación de la ceguera del destino—. Ojalá lo hubiese estado. Pero no, he estado sola en el mundo, un mundo horrendo, el mismo que tan odiosamente te ha tratado.

»—¿Y no podías seguir en ese mundo sin tener que encontrar a un individuo del

cual enamorarte? —le espetó. Un rabioso acceso de celos afectó su entendimiento como si fuese el embotamiento de los vapores del vino, surgidos de algún secreto y profundo rincón de su ser, durante tanto tiempo privado de toda clase de emociones. Las comisuras de la boca se le arrugaron de forma más pronunciada por la abotargada redondez de sus mejillas. Las imágenes, las visiones obsesionan con especial fuerza a los hombres retirados de la luz y de los sonidos de la vida activa—. ¡Y yo sólo he pensado en ti! —masculló con desprecio—. ¡Sólo he pensado en ti! Te me aparecías de continuo, como una idea fija. En serio.

»Flora se dijo que al menos existía un ser que la amaba.

»—Pues entonces nos hemos aparecido el uno al otro de continuo —afirmó con una punzada de remordimiento, pues cierto que se le había aparecido la imagen de su padre hasta casi expulsarla del mundo, hasta una deserción postrera e irremediable—. Algún día te he de contar... No, no creo que nunca pueda contártelo. Hubo una época en la que me volví loca. ¿De qué sirve...? Ahora todo eso es agua pasada. Hemos de olvidar todo esto y que nada nos lo recuerde.

»De Barral se encogió de hombros.

»—¿Loca dices? Más locura me parece que te hayas atado a... ¿Cuánto tiempo hace que te has casado?

»—No mucho —repuso, por ser ésa la respuesta más concreta que se atrevió a dar. Todo iba siendo absolutamente distinto de lo que ella había imaginado. Él insistió en saber por qué no le había dicho nada en ninguna de sus cartas, ni siquiera en la última.

»—Fue después de la última —dijo ella.

»—¡Tan reciente! —se asombró el viejo—. Podías al menos haber esperado a que me pusieran en libertad, habérmelo dicho, haberme preguntado, consultado, o haberme presentado a...

»Ella negó con un movimiento de cabeza. Y él se sintió abrumado. Se preguntó quién podría ser. Seguramente un miserable, un imbécil, un muerto de hambre o una sabandija tal vez. No hizo ningún movimiento expresivo, pero entrelazó las manos, retorciéndolas hasta que le chasqueraron los nudillos. Miró a su hija. Era muy hermosa. Seguro que había sido algún vil ratero que después se la quitaría de encima de malas maneras, o un vagabundo disfrazado de...

»—O sea que no podías esperar, ¿eh?

»Ella volvió a negar ligeramente con la cabeza.

»—¿Y por qué no? ¿Por qué tanta prisa?

»—Así tenía que ser —Flora bajó la mirada—. Sí, de repente, precipitadamente, pero así tenía que ser.

»Él se inclinó hacia ella, con la boca abierta y los ojos desorbitados por una cólera virtuosa, pero al encontrarse con el absoluto candor de su mirada se retrepó de nuevo en su rincón del asiento.

»—Tremendamente enamorados el uno del otro, pues. ¿Será posible? ¿Tan

desmedido es vuestro amor que ni siquiera ha consentido que un padre disfrutara de su hija a solas durante un día al menos, después de tan prolongada y dolorosa separación? Tú bien sabes que nunca he tenido a nadie, que no tuve amigos. ¿Qué se me había perdido a mí con todos esos individuos que uno se encuentra por la City? De esa ralea, hasta los mejores están dispuestos en todo momento a rajarte el cuello. Sí, da lo mismo que digan ser hombres de negocios, caballeros de buena reputación, hombres y mujeres de cualquier clase. Te matarán por despecho, o por convencimiento de que así sacarán tajada. Desde luego, pueden hablar por los codos siempre y cuando crean que algo van a sacarte... —su voz era mero hálito, aunque todas y cada una de sus palabras llegaron a Flora con la misma precisión que si estuvieran cargadas por el conmovedor poder de las pasiones—. Querida hija, los he visto a todos hacer cabriolas a mi alrededor y pensar ¡a mí qué me importa! Soy un hombre de negocios, no lo olvides. Soy el gran señor De Barral; es verdad, sí, algunos torcían la boca sólo con oírlo. Pero yo soy el gran De Barral y tengo a mi hija. No necesité de nadie, a nadie quise, y nunca he tenido a nadie.

»Una sincera emoción había abierto sus labios sellados, pero las palabras que de ellos brotaron no fueron más altas que el murmullo de la brisa. Y dejó de soplar.

»—Justamente —dijo Flora de Barral casi para sus adentros. Sin quitarle la mirada de encima, él se despojó del sombrero, un sombrero de copa. El sombrero del juicio, el de los esbozos a mano alzada que habían aparecido en los periódicos ilustrados. Se sale de la cárcel con las mismas ropas con que uno entró, pero la reclusión también cuenta. Es bien sabido que son lúgubres las visiones que obsesionan a los reclusos, a los monjes y ermitaños, y a los prisioneros, por qué no. De Barral, el convicto, se despojó del sombrero forrado de seda que perteneció a De Barral, el financiero, dejándolo en el asiento de enfrente. Sopló hinchando los carrillos. Estaba sumamente colorado.

»—Y después, ¿qué? —comenzó de nuevo, con su misma voz contenida—. Aquí estoy, acabado, destruido por la envidia, la perfidia, la villanía de quienes no saben qué es la caridad. Salgo por fin y... ¿qué me encuentro? Que mi hija Flora ha ido a casarse con el primero que ha encontrado, cualquier imbécil, seguramente, o quizá... Qué sé yo. En todo caso, un hombre que no estará a la altura.

»—Papá, ya basta.

»—Un estúpido enamorarse, seguro —siguió monótonamente, torciendo sus finos labios entre las agoreras, siniestras comisuras de su boca—. No puede haber nada más sospechoso por parte de una hija respetuosa de su padre.

»Ella intentó interrumpirlo, pero él siguió sin parar hasta que de hecho ella le puso la mano sobre los labios. Se le pusieron al viejo los ojos como platos, pero cuando Flora apartó la mano logró que permaneciera en silencio.

»—Espera, debo decirte... Y quiero que en primer lugar, papá, entiendas lo que voy a decirte, porque eso lo explica todo. Él es el hombre más generoso que hay en este mundo, créeme. Es...

»De Barral, inmóvil en su rincón, pudo articular palabra a duras penas.

»—Estás enamorada de él.

»—¡Papá! Él vino en mi ayuda. Yo sólo pensaba en ti. No tenía ojos para nadie. Y ya no podía más, no podía seguir pensando en ti. Entonces vino él en mi ayuda. Sólo entonces, en una época en la que... Te lo decía antes, a punto estaba de rendirme y renunciar a todo.

»Miró intensamente sus desvaídos ojos azules, como si anhelase detectar una señal de comprensión, de ánimo, de paz, u oír una palabra de cariño.

»—Daría algo por torcerle el pescuezo —declaró él sin acalorarse.

»Mentalmente, a Flora se le escapó la exclamación de los abrumados: “¡Oh, Dios mío!”. Lo miró con sus ojos aterrorizados. Y él no pareció haber enloquecido, ni resultar en modo alguno formidable, lo cual sirvió para que ella recobrase en parte la calma. Duró un poco el silencio, y de pronto él preguntó:

»—Entonces, ¿qué apellidos llevas, eh?

»Por un instante, sumida en la profundísima dificultad de la tarea que debía cumplir, Flora no entendió a qué se refería la pregunta. Luego se sonrojó ligeramente.

»—Anthony —susurró.

»Su padre, con una mancha enrojecida en cada mejilla, apoyó fatigado la cabeza en el respaldo del asiento.

»—Anthony, ya. ¿Y a qué se dedica? ¿De dónde sale?

»—Papá, fue en el campo, en un camino...

»—¡En un camino! —gruñó el viejo, y cerró los ojos.

»—Sería demasiado largo de explicar ahora, pero tendremos todo el tiempo del mundo. Hay cosas que ahora no te puedo contar, pero algún día las sabrás. Algún día, sí, porque nada podrá separarnos. Nada. Estamos a salvo mientras sigamos con vida; nada podrá interponerse entre nosotros.

»—Estás perdidamente encaprichada de ese individuo —sentenció sin abrir los ojos.

»—Creo en él con todas mis fuerzas —dijo ella en voz baja—. A los dos no nos queda más remedio que creer en él, papá.

»—¿Y quién diablos es?

»—Es el hermano de la señora... De la señora Fyne, ¿recuerdas? Era conocida de mamá, y fue amabilísima conmigo. Estaba pasando una temporada en la casa de campo de los señores Fyne, y allí nos conocimos. Él vino de visita. Se fijó en mí y... Bueno, ahora nos hemos casado.

»Se sintió agradecida de que él hubiese cerrado los ojos; de ese modo le resultó más fácil hablar del futuro que había dispuesto y que ya era algo inalterable. No se internó por el camino de las confidencias; eso habría sido imposible. Sintió que él no la podría entender. Sintió también que él había sufrido, y cómo. De cuando en cuando, una desmedida ansiedad se apoderaba de su corazón y la imbuía de un misterioso sentimiento de culpa, como si lo hubiese delatado y entregado a manos de

un enemigo. Con los ojos cerrados, era como si estuviese absorto en una fatigada y pía meditación. Le asustó un poco. En seguida, una inmensa piedad por él le inundó el corazón. Y, al fondo, flotaban las sombras del remordimiento. De cuando en cuando se le crispaba el rostro de forma casi imperceptible. Logró seguir con los ojos cerrados hasta que oyó que el “marido” era marino y que él, su padre, era conducido en esos momentos directamente a bordo de un navío presto para zarpar y navegar lejos, muy lejos de este abominable mundo de traiciones, desprecios, envidias y mentiras, muy lejos, surcando el azul del mar, ese refugio seguro e inaccesible, limpio y espacioso, resguardo de las almas malheridas.

»O algo así. No le refiero las palabras exactas, pero ése fue más o menos el sentido general de su irrefutable argumentación en favor de un refugio del que tan necesitados estaban.

»No creo que se parase a pensar en las condiciones materiales. Dentro de su alegato, sin tomar siquiera aliento, como si temiera que, caso de parar un instante, ya nunca pudiera seguir, mencionó sin embargo esa generosidad intempestiva que había llegado a ella desde alta mar, que había acudido en su ayuda cuando estaba al borde de un fracaso innombrable, que la arrebató del abismo como un torbellino con sus primeras y ardientes ráfagas y que ahora era ya digna de toda confianza, pues iba a llevárselos a los dos, el uno junto al otro, a la más absoluta seguridad.

»Creía firmemente en todo esto, afirmó. Él terminó por comprenderlo al final; de repente, el interior del simón, de aspecto tan pacífico a ojos de los transeúntes, pasó a ser escenario de una enorme agitación. La generosidad de Roderick Anthony, el hijo del poeta, afectó a De Barral, el exfinanciero, de tal manera que a Flora de Barral tuvo que devolverle de lleno la extrema, ardua dificultad propia del ser mujer. Ser mujer es ocupación terriblemente difícil, ya que consiste principalmente en tratar con los hombres. Este hombre, el hombre que viajaba con ella dentro del simón, desechó su rígida placidez de costumbre y se condujo como un animal. No lo digo en el sentido ofensivo de la palabra; lo que hizo fue más bien ceder ante una especie de pánico instintivo. Como si fuese un animal salvaje aterrado por el primer contacto con una red que le hubiese caído en el lomo, el viejo De Barral, flaco y anguloso, se debatió contra el vacío, el aire, todo lo que hubiese dentro del simón, con los ojos espantados y la boca convulsamente abierta, de todo lo cual se retrajo su hija tanto como pudo en aquel reducido espacio.

»—Deténgase, cochero. ¡Deténgase, le digo! ¡Déjeme salir! —oyó Flora que exclamaba entrecortadamente. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué iba a hacer? Su padre no veía ni oía nada.

»—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué vas a hacer? —le gritó.

»—Alto, deténgase —fue cuanto oyó de sus labios—. Tengo que bajarme. Tengo que pensar. Tengo que bajarme para pensar.

»Por fortuna no intentó abrir la portezuela de inmediato. Tan sólo se asomó por la ventanilla, hasta sacar los hombros, gritando al cochero. Flora se imaginó las

consecuencias de su torpeza, la detención del coche, la congregación de la muchedumbre en torno a un encolerizado anciano... En ese terrible negocio en que consiste ser mujer, tan pleno de matices delicados, de perplejidades sutiles (y mínimas compensaciones), nunca se sabe qué arduas tareas será menester realizar en el momento menos pensado. Sin titubeos, Flora agarró a su padre por la cintura y lo introdujo de un tirón, asombrada por la facilidad con que logró sentarlo de nuevo en el asiento. Allí lo aquietó con resolución, apoyándole una mano en el pecho, inclinada sobre él, al tiempo que decidía, por su parte, asomarse también de medio cuerpo por la ventanilla. El simón había parado junto al bordillo de la acera.

»—¡No! —dijo—. He cambiado de opinión. Siga, por favor, a donde íbamos, a los muelles.

»Le sorprendió la firmeza de su propia voz. Oyó gruñir al cochero, y el simón de nuevo se puso en marcha. Sólo entonces se arrellanó en su asiento, sin perder de vista a su acompañante. ¡Su acompañante! A tales alturas, era apenas poco más que eso. Si prescindiera de sus impresiones y recuerdos de infancia, ¿qué era, en efecto, si no un hombre, casi un perfecto desconocido? ¿Cómo debería tratarlo? Además, había que tener en cuenta al otro. Por su parte, casi otro perfecto desconocido. El oficio de mujer, en efecto, no podía ser más arduo, difícilísimo de cumplir. Flora cerró los ojos. “Si pienso demasiado en todo esto, voy a volverme loca”, se dijo. Y abrió entonces los ojos y preguntó a su padre si la perspectiva de vivir para siempre con su hija, de que ella le cuidase con todo su afecto, lejos de un mundo que no podía y no iba a venerar nunca sus canas, era de hecho tan aterradora.

»—Dime, ¿tan terrible te parece?

»Lo inquirió con tristeza, pero sin amargura. El famoso, o notorio, De Barral se había despojado de su rigidez. Estaba doblado en dos, y nada más deplorable, por fútil, que una estaca doblada sobre sí misma. No dijo nada.

»—Y podría haber sido mucho peor —añadió Flora suavemente, reprimiendo a duras penas un suspiro de remordimiento—. Podrías no haberte encontrado a nadie al salir de la cárcel, a nadie en toda la ciudad, a nadie en el mundo entero, ni siquiera a mí. ¡Pobre papá!

»Hizo un movimiento cohibido, por efecto de su propia consciencia, como si pensara “¡Oh, soy horrible, soy despreciable!”. Y el viejo De Barral, asustado, fatigado, anonadado por los extraordinarios sobresaltos de su puesta en libertad, titubeó y terminó por reposar la cabeza sobre el hombro de su hija, como si le entristeciera su libertad recién recobrada.

»El gesto no pudo ser más conmovedor. Flora, sosteniéndolo, imaginó que estaba llorando; al pensar que de haberse matado en la cantera, de haber aplastado su hombro junto con el resto de sus huesos, esa cabeza entrecana y penosa no había tenido dónde reposar, también renunció a contener sus lágrimas. Lloró en silencio; el fluir de las lágrimas apaciguó sus nervios en tensión. Repentina, bruscamente, él la apartó de su lado, de modo que Flora se golpeó la sien con el lateral del simón; el

viejo se hurtó a su contacto, como si acabara de sentir un agujonazo.

»La emoción de Flora perdió toda calidez. Las últimas lágrimas se le enfriaron en las mejillas. Pero por suerte habían cumplido su cometido. En el llanto, sosegado, había encontrado de nuevo el valor y la resolución, como suele ocurrir con las mujeres. Ocultándose con una mano la parte superior del rostro, ya fuese para disimular o para no tener que afrontar una visión insufrible, el viejo recobraba en su rincón su rigidez de costumbre, como una estaca. Ella lo contempló en silencio. Se le crisparon con obstinación los labios, y pronunció el nombre del primo, del hombre, recordará usted, que juzgó con desmedida severidad a los Fyne, el hombre del que con razón o sin ella sospechó Fyne que obedecía a motivos puramente interesados, pensando en que De Barral muy posiblemente hubiese reservado una buena parte del botín a buen recaudo antes de que sobreviniese la catástrofe.

»Permítame decirle cuanto antes que no se ha sabido nada más de él. De Barral, en cambio, era de la opinión de que este pariente, dicho todo esto en voz baja, cubriéndose con una mano, se habría alegrado infinito de contar con sus buenos oficios.

»—Claro está que no podría presentarme con mi nombre propio, pero lo cierto es que el consejo de un hombre de mi experiencia vale una fortuna para quien desee aventurarse en el mundo de las finanzas. Lo que se hace una vez siempre se puede hacer de nuevo.

»Arrastró los pies, dejó caer la mano. Se volvió con todo cuidado hacia su hija, con las mejillas redondeadas y abotargadas, la sotabarba apoyada en el cuello de la camisa, e inclinó sobre ella la desvaída, resentida mirada de sus ojos azules y humedecidos.

»—El primer paso sólo es cuestión de hacer una publicidad juiciosa. Bien sencillo. Ahí apareces tú y vas... —apartó la cara—. Después de todo, sigo siendo De Barral, el gran De Barral, el auténtico. ¿No lo habrás olvidado, eh?

»—Papá —dijo Flora—, escúchame. Eres tú quien no debe olvidar que ya no existe un De Barral... —el viejo la miró de reojo, sin disimular su ansiedad—. Existe en cambio el señor Smith, al cual ningún daño pueden hacer las perfidias de este mundo, las mentiras, los engaños.

»—¿El señor Smith? —dijo lentamente—. ¿Y qué tiene que ver en todo esto? Si ni siquiera existe una señorita Smith...

»—No, pero sí existe tu bienamada Flora, y tú sabes que te quiere.

»—¡Mi Flora! Pero si has ido y nada menos que... No soporto pensar en ello. Es un espanto.

»—Sí, ha sido más que espantoso, y en no pocos momentos —dijo ella con garra, ya que de alguna manera vagarosa las palabras de aquel hombre despertaron en ella el sentimiento de que constituían su propio pensamiento, sólo que revestido de enigmáticas emociones—. Hay días en que me avergüenzo de pensar cómo a veces... No, no, todavía no. Todavía no es momento de que te lo cuente. Ahora no.

»El simón dobló para franquear los portones del muelle. Flora entregó el sombrero de copa a su padre.

»—Ten, papá. Y por lo que más quieras, por favor, sé bueno. Quiero suponer que me amas. Si no es así, me pregunto quién...

»Se encasquetó el sombrero y se estiró, rígido, en un rincón; miraba de reojo a la muchacha.

»—Intenta ser amable aunque sólo sea por mí. Piensa en todos los años que he pasado esperándote. No te quepa duda de que necesito tu apoyo y, te lo aseguro, paz. ¡Un poco de paz!

»De pronto lo agarró del brazo, apretándole con ambas manos, con todas sus fuerzas, como si de ese modo pudiese aplastar la resistencia que aún sentía en él.

»—Para mí no podría haber paz ninguna si tú no estuvieses a mi lado. No te dejaré marchar. Ni mucho menos, después de todo lo que he pasado con tal de tenerte conmigo. De ninguna manera —la fuerza y el nerviosismo con que lo agarraba hicieron que el viejo se asustase un poco. De pronto, ella soltó una risa—. Es absurdo. Cualquiera pensaría que te estoy pidiendo un sacrificio. ¿Qué puedo temer? ¿Adonde ibas a irte? Ahora, quiero decir, esta misma noche. Ni a ti se te ocurre a dónde. ¿Has pensado en eso? Bueno, yo llevo pensándolo desde hace un año, o puede que más. Estuve a punto de enloquecer intentando encontrar una solución. Y creo que pasé una temporada totalmente loca, porque si no jamás se me habría ocurrido...

»Hasta ese punto, pero ni un paso más allá, llegó a confesar —comentó Marlow cambiando de tono—. Me refiero a la confesión de aquel paseo por el borde de la cantera que tan amarga y duramente se reprochaba. De Barral extrajo las conclusiones que quiso, sin llegar de ninguna manera a hacerse la menor idea de la realidad. Se detuvo el simón al costado del navío, y bajaron al muelle de la manera que ha descrito el sensato Franklin. No sé si llegaron a sospechar ambos de su respectiva cordura al término del trayecto, pero es posible que sí. Todos parecemos un tanto locos a ojos de los demás, excelente pretexto para que el grueso de la humanidad encuentre un fácil motivo de perdón. Flora atravesó el puente con una rapidez nacida de la aprensión que la embargaba y que se había tornado insufrible. Quería terminar aquel asunto cuanto antes. Fue inmensa su gratitud cuando miró por encima del hombro y vio que él la iba siguiendo. “Si le da por escapar”, pensó, “sabré sin lugar a dudas que no valgo nada. Sí, sabré que nadie me quiere, que las palabras y los actos y las protestas y todo lo que se haga o deje de hacer en este mundo es pura falsedad, y me arrojaré de cabeza a la dársena. Al menos, ésa no será una nueva mentira”.

»En fin, ¡a saber! Si hubiese llegado a ese extremo, lo más probable es que la hubiesen rescatado; lógico, teniendo en cuenta su natural mala suerte y las numerosas personas que había tanto en el muelle como a bordo. En el fondeadero en que estaba

atracado el *Ferndale* (conozco bien ese muelle) cuelgan de un muro una maroma, un bichero y un salvavidas, sensatas precauciones debidas a los incautos que caen a la dársena por inadvertencia. No es tan fácil huir de las traiciones de esta vida como se imaginaba ella. De todos modos, no llegó a darse el caso. Él la siguió con su andar rápido y deslizante. ¡El señor Smith! Recién excarcelado, el convicto De Barral dejó por última vez tierra firme, desapareció para siempre e ingresó el señor Smith en el mundo de los mares, abrigo de tantísimos peces raros. Un anciano caballero con sombrero de copa y forro de seda, mirando de soslayo a un lado y a otro. Siguió a la joven porque tiene la existencia exigencias que se obedecen mecánicamente. No me cabe duda de que ofrecía una apostura respetable. Suegro del capitán: pocas cosas más dignas de respeto. Ahora bien, llevaba en el corazón el confuso dolor de la repugnancia y el afecto, del rechazo involuntario y la compasión. Casi exactamente igual que su hija. Sólo que, para remate, sentía unos celos furibundos del hombre al que estaba a punto de conocer.

»En todos los afectos, inclusive el paterno, resta un poco de egoísmo. Este hombre, en la reclusión de su celda había dado en pensar con tal sentimiento de propiedad en el único ser humano del que podía ocuparse, que para cualquiera de nosotros sería inconcebible, por no haber cumplido una larga y perversamente injusta condena en un penal. Flora había sido con absoluta seguridad lo único en que sus pensamientos hallaron descanso durante años. La única válvula de escape para su imaginación. No es que anduviera sobrado de dicha facultad, por descontado, pero en la poca imaginación que tenía no faltaba la fuerza de la concentración. Se sintió ultrajado, y puede que fuese absurdo por su parte, pero me atrevería a sugerir que más por el grado que por la especie de ultraje que sentía. Tengo entendido, y creo no equivocarme, que a ningún padre normal y corriente le agrada lo más mínimo separarse de su hija. No, ni siquiera cuando aprecia racionalmente que “Inés ya no depende de mi responsabilidad”, ni cuando puede incluso regocijarse por una boda ventajosa y una dote excelente. En el fondo de su ser, allá en lo más oscuro, a donde no se llega más que excavando a veces el légamo de la propia persona, se percibe una indudable repugnancia. El caso de las madres, qué duda puede haber, es muy distinto. La mujeres son más leales, y no unas con las otras, sino con su común feminidad, que les inspira una secreta y orgullosa satisfacción por el triunfo.

»Las circunstancias de este matrimonio sólo echaron leña al fuego de la indignación que sentía el señor Smith. Y si de hecho siguió los pasos de su hija hasta el camarote principal del barco, fue como si estuviese ingresando en una casa desgraciada, de vergüenza, ya que aún seguía abrumado por la celeridad imprevista de los acontecimientos. Su voluntad, tan largo tiempo inerte, desocupada, fue dominada por la resolución de su hija y por un inconcreto miedo ante la libertad recuperada.

»Le alegrará saber que Anthony, por más que se replegase y rehuyese la bienvenida en el muelle, se condujo admirablemente, con la sencillez de un hombre

que no conoce las mezquindades y que no alberga reservas mezquinas. No apartó la mirada, no le falló la lengua. Estuvo, y lo sé por la mejor y más autorizada de las fuentes, admirable por su aplomo, por su sinceridad y su contención. Estuvo perfecto. No obstante, la vitalidad de aquel desconocido que le habló con tanta familiaridad bastó para inquietar al señor Smith. Flora vio temblar a su padre de pies a cabeza, por más que se empeñó en mantener una rigidez mayor de lo que nunca hubiese podido. Musitó alguna que otra frase, y a la postre logró hacerse entender, no en voz alta, por supuesto, pero sí con claridad suficiente: “Me encuentro aquí en contra de mi voluntad —se le abatieron desmesuradamente las comisuras de los labios, pétrea la mirada—. En contra de mi voluntad. Debo protestar contra esta conspiración, este encierro. Yo...”.

»Se llevó las manos a la frente; había dejado su sombrero de copa boca arriba sobre la mesa; lo había dejado de ese modo, desesperado, nada más entrar. Se llevó las manos a las sienes. “Me parece una injusticia inconcebible. Yo...”, no pudo continuar. Anthony miró a Flora, situada junto a su padre.

»—Señor mío —dijo—, no creo que tarde en acostumbrarse a mi presencia. Estoy seguro de que usted y su hija, a su manera, están más que hartos de la maldita gente de tierra adentro, de sus verdades a medias y de sus mentiras inaceptables; seguro que se han cansado de todo eso, que no quieren que se repita nunca más. Conocemos bien la misericordia que se gastan; puede usted preguntárselo a Flora. Me refiero a mi propia hermana, nada menos, que es la mejor amiga de su hija; tampoco es mala persona, al menos por lo que se estila en tierra adentro.

»El capitán del *Ferndale* hubo de refrenarse.

»—Ha sido una suerte que estuviese en mi mano intervenir. Por favor, siéntase como en su propia casa, que no pasará mucho tiempo hasta que...

»La desvaída mirada del gran De Barral hizo enmudecer a Anthony por su inexpresividad, su fijeza. Indicó a Flora mediante una mirada la puerta del camarote remodelado especialmente para recibir al señor Smith, nada más ser puesto en libertad. Ella tomó el sombrero del hombre libre de encima de la mesa y lo agarró del brazo con caricias.

»—Sí, papá; ésta es tu casa. Ven a ver tu habitación.

»El propio Anthony abrió la puerta, y Flora puso todo su cuidado en cerrarla a sus espaldas, nada más entrar con su padre en su camarote.

»—Mira... —empezó a decir, pero desistió al caer en la cuenta de que él no iba a observar ninguna de las modificaciones introducidas para procurarle todo el bienestar que fuese posible. Ella misma apenas había tenido ocasión de verlas. El viejo miraba únicamente a la alfombra recién puesta; ella esperó a que levantase la mirada.

»No quiso él hacer tal cosa; en cambio, habló con su voz de costumbre.

»—Así que ése es tu marido, ése. Y yo aquí, ¡encerrado bajo llave!

»—Papá, ¿qué sentido tiene seguir machaconeando esa idea? —ella le reprendió sin siquiera levantar la voz—. Te equivocas en ambos casos; es un buen hombre.

»—Total, que te has casado con él, nada menos... para que sea bueno conmigo. ¿Es eso? ¿Cómo pudiste imaginar que deseaba yo alguien como él, que fuese bueno conmigo?

»—¡Qué extraño eres! —dijo ella pensativamente.

»—Para un hombre que haya tenido que pasar lo que he pasado yo es muy difícil sentir lo que sienten los demás. ¿No te habías parado a pensar en este detalle? —por fin había levantado la vista del suelo—. Señora Anthony... No puedo soportar tener que mirar a la cara de ese individuo —ella lo miró a los ojos sin parpadear—. Ahora —añadió él— querrás irte a su lado, claro —su talante automáticamente afable parecía mero efecto de la enorme contención que ejercía sobre sus deseos, y es curioso, porque ella lo recordaba exactamente así, en todo momento. Flora sintió un frío cortante que la invadía entera.

»—Pues claro; faltaría más, debo ir a su lado —dijo con un ligero sobresalto.

»Al viejo le rechinaron los dientes, y su hija salió del camarote.

»Anthony no se había movido del sitio. Una de sus manos reposaba sobre la mesa. Ella se le acercó, se detuvo, y deliberadamente se aproximó más a él.

»—Gracias, Roderick.

»—No tienes por qué agradecerme nada —murmuró—. Soy yo quien está en...

»—Puede que no tenga por qué, es cierto. Siempre has hecho lo que te place. Pero lo estás haciendo muy bien.

»Él suspiró con fuerza para disimular su murmullo, porque desde el camarote contiguo se les podía oír.

»—Molesto, ¿eh?

»Ella no hizo señal ninguna, no emitió sonido de ninguna especie. La demencial falsedad de la situación comenzó a gravitar sobre los dos. Y fue Anthony el más valeroso de ambos.

»—Pero no es de extrañar. Al principio, es lógico. ¿Has pensado en decirle que eres feliz?

»—No me lo ha preguntado; no tuve ocasión —le sonrió débilmente. Flora se sintió disgustada por la calma de Anthony—. No le he dicho nada más de lo que fuese absolutamente obligatorio decirle, sobre todo al hablar de mí —empezaba a sentir verdadera irritación hacia aquel hombre—. Le dije que he tenido una suerte inmensa —dijo con repentino descorazonamiento, echando en falta el talante resuelto y autoritario de Anthony, ese trato un tanto arbitrario y tierno sobre todo al que, tras el primer susto, se había acostumbrado hasta el punto de ansiarlo con placentera aprensión. Él la contemplaba con aire inexpresivo. Ella ni siquiera se había quitado los guantes, el sombrero, la ropa de calle. Fue como si en esos momentos estuviese de visita. E hizo entonces un gesto con el que dio a entender el término de una visita de negocios, por cierto que no especialmente satisfactoria—. Quizá sería preferible que bajáramos a tierra, aún tenemos tiempo.

»Él le permitió entrever el furor desatado que por dentro lo sacudía, al decirle en

voz baja y vehementemente:

»—¡Prueba a ver! —apostilla que le afloró a los labios y salió por ellos con una inflexión sumamente amenazadora—. ¡Prueba a ver! ¿Y ahora qué pasa?

»Estas últimas palabras no fueron lanzadas contra ella, sino contra alguna diana situada a sus espaldas. Al mirar por encima del hombro, Flora vio la calva y las pobladas patillas del congestionado y devoto Franklin (entró con la gorra entre las manos), que los miraba sentimentalmente desde el umbral del salón con sus ojos de langosta. Anunció desde cierta distancia, y en un tono de inocencia herida, que el capitán de puerto estaba en el muelle y que deseaba desplazar el navío a la dársena antes de que la tripulación subiera a bordo.

»—Muy bien, como quiera —gruñó el capitán, y despidió con un simple gesto al lacerado y patético espíritu que, desde sus ojos protuberantes, se fijó aún en la ofensiva mujer, mientras el contramaestre retrocedía lentamente. Anthony se volvió a Flora.

»—No es posible que lo hayas dicho con todo convencimiento. Eres tan franca, tan recta como puede serlo una mujer.

»—Lo intento al menos.

»—Entonces no te burles de ese modo. Piensa qué sería... de mí.

»—Es cierto; lo olvidaba. No, tienes razón. No lo he dicho en serio. Tampoco ha sido una burla, sino simple olvido, un descuido. Jamás habría querido lastimarte. No, nunca me habría ido. Yo... Creo que estoy demasiado fatigada.

»Él se dio cuenta de que la muchacha vacilaba, balanceándose en su sitio, y hubo de contenerse con violencia para no tomarla entre sus brazos; tembló visiblemente de pies a cabeza, por puro miedo, como si hubiese sentido la tentación de cometer una traición sin parangón posible. Se hizo a un lado y, bajando la vista, le indicó la puerta del camarote de popa. Sólo después de que pasó ella a su lado alzó los ojos, de manera que no llegó a ver la mirada de enojo que ella le dirigió antes de echar a andar. La miró de espaldas; ella se apresuró levemente antes de llegar a la puerta, que cerró con fuerza, nerviosa, a sus espaldas.

»Anthony... sintió el estrépito tal como si la puerta hubiese batido contra su propio pecho. Se quedó quieto un instante, sin mover un músculo, y entonces llamó a voces a la señora Brown. Me refiero a la esposa del auxiliar de a bordo, su afortunada e inspirada idea para que Flora se sintiese más cómoda. “¡Señora Brown, señora Brown! —apareció la criada por fin—. La señora Anthony se encuentra a bordo —le dijo—; acaba de entrar en su camarote. ¿No sería mejor que fuese a ver si necesita su ayuda?”.

»—Sí, señor.

»Y volvió a quedarse a solas, con la situación que había creado él mismo, por pura audacia y sobre todo por inexperiencia sentimental. Pensó que debería subir al puente; de hecho, tendría que haber estado en cubierta mucho antes. Lo razonable y lo sensato era que estuviese en cubierta. Sin embargo, un murmullo y una serie de

débiles golpes, allí cerca, le llamaron la atención. Procedían de la puerta del camarote del señor Smith, pensó. Extraordinario. “Está hablando solo”, se dijo. “Se diría que está aporreando el mamparo a puñetazos... o dándose de cabezazos”.

»Abrió más los ojos, maravillado y estupefacto, escuchando ese ruido. Llegó a tornarse tan absorto que no se fijó en la señora Brown hasta que se hubo plantado de hecho delante de él.

»—La señora Anthony no tiene ninguna necesidad de mi ayuda, señor.

»Todo esto, comprenderá usted, fue en la travesía previa a que el señor Powell, por entonces el joven Powell, se embarcase en el *Ferndale*, habiendo dispuesto el azar que iniciara su auténtica vida de marino en ese barco en concreto, de todos los barcos entonces fondeados en el puerto de Londres. El barco más inquietante que jamás haya zarpado de un puerto en el mundo entero. No me refiero a sus cualidades náuticas; el señor Powell me dice que era firme como una iglesia. Al decir inquietante me refiero al sentido, por ejemplo en que es inquietante este planeta en que vivimos, cuestión de simple ambiente revuelto, perturbado por las pasiones, los celos, los amores, los odios y los problemas de las mejores intenciones, trascendentales, que, aun cuando sean éticamente valiosas, no me cabe duda de que son a menudo causa de más infelicidades que las maquinaciones de tendencia más perversa. Para quienes rehúsen creer en el azar, el bueno de Powell tuvo que haber estado obviamente predestinado a sumar su natural ingenuidad a la suma de las ingenuidades que transportaba a bordo el muy honrado *Ferndale*. Era excesivamente ingenuo. A bordo, todos lo eran, excepción hecha del señor Smith, el cual, pese a todo, era de por sí, a su manera, sobradamente simple, con esa aterradora simplicidad de las ideas fijas, para las cuales existe otro nombre que los hombres pronuncian con temor y con aversión. Su idea fija era salvar a su hija del hombre que había tomado posesión de ella (utilizo a propósito estas palabras, pues las imágenes que sugieren las veía mentalmente el señor Smith con meridiana claridad), que injustamente había tomado posesión de ella, digo, mientras su padre estuvo encerrado en prisión.

»—No descansaré hasta que te haya arrancado de brazos de ese hombre —le diría en murmullos tras largos períodos de contemplación. Sabemos gracias a Powell de su costumbre de sentarse cerca de la tumbona que ocupaba Flora, junto a la claraboya, mirándole a la cara desde encima, con aire de centinela y de investigador a la vez.

»Es casi imposible precisar si alguna vez llegó o no a considerar racionalmente el suceso. Que De Barral se hubiese encarnado en el señor Smith fue una metamorfosis portentosa, sí, efectuada no sin sufrir una auténtica conmoción; hay que reconocerlo. Pudiera ser que todas las consideraciones prácticas hubiesen dejado de tener cabida en su mente, dejando el sitio a otras visiones más espantosas y nítidas, que después nada pudo desalojar. Y también pudiera ser esa tenacidad carente de inteligencia, propia del hombre que había insistido en invertir millones y millones de libras, los

ahorros de tantas otras personas, en el ferrocarril de Lone Valley, en el puerto de Labrador, en las minas de cobre del Leopardo Moteado, en otras grotescas especulaciones que salieron a relucir durante el famoso juicio contra De Barral, entre murmullos de pasmo generalizado, mezclados con carcajadas incontenibles. Y es que no en vano es en los tribunales de justicia donde encuentra la comedia un último refugio en este mundo nuestro, mortalmente serio. Por lo que hace a las lágrimas y los lamentos, no se dejaron oír en el augusto recinto de la comedia, ya que se reservaron a la intimidad de varios miles de hogares, en donde, con estupendo efecto dramático, el hambre había sustituido al ahorro.

»Ahora bien, hubo una persona al menos que no se rió ante el tribunal: se trata del propio acusado. El notorio De Barral no pudo reírse, ya que estuvo indignado. Fue impermeable a las palabras, los hechos, las inferencias. Habría sido de todo punto imposible hacer ver con sus propios ojos su culpabilidad o su estupidez, ya fuera mediante pruebas concluyentes o mediante argumentos, en el supuesto de que alguien hubiese intentado convencerlo.

»Su propia hija, Flora, tampoco intentó discutir con él. La crueldad de la situación en que se encontró de pronto fue tan grande, sus complicaciones tan espinosas, si no le importa que me exprese de este modo, que su actitud de pasividad fue, a pesar de los pesares, el mejor refugio que pudo hallar, tal como ha sido anteriormente para tantas otras mujeres.

»Y es que esa especie de inercia en las mujeres siempre será enigmática, y por tanto, amenazadora. Nos hace vacilar. Una mujer puede ser necia, cómo no, una necia adormilada o una necia encrespada, una necia espantosamente nociva e incluso una necia sencillamente estúpida, pero jamás será insensible. Nunca habrá mujeres hechas de madera de boj, al contrario que no pocos hombres. En las mujeres hay siempre, en algún lugar, un resorte. Da lo mismo qué puedan saber los hombres acerca de las mujeres, que puede ser mucho o no ser nada, ya que los hombres, incluso siendo padres, es eso lo que saben, y nada más. Y por eso tantos hombres tienen miedo de las mujeres.

»Es señor Smith, creo yo, tenía miedo de la calma de su hija, aun cuando en efecto la hubiese interpretado, cómo no, en sus propios términos.

»Tal como describe el señor Powell, era capaz de sentarse sobre la claraboya e inclinarse sobre la muchacha, reclinada, preguntándose qué podría haber tras aquella mirada perdida, bajo los párpados oscurecidos, en sus ojos aquietados. La miraba y la remiraba, y le decía, más bien en un susurro, ya que la voz con toda facilidad le salía en un hálito, le decía, transfiriendo su desvaída mirada al horizonte, que no descansaría hasta que la hubiese “arrancado de los brazos de ese hombre”.

»—No sabes lo que estás diciendo, papá.

»Ella intentaría por todos los medios que no se le notase el hastío, la enorme fatiga, la tensión nerviosa que el antagonismo de ambos hombres suscitaba en su persona, causa real de su languidez. Y es que, de hecho, la mar convenía a su

temperamento.

»Con toda probabilidad, Anthony estaría paseando de un lado a otro, al otro extremo del puente. Esa tensión no le dejaba reposar. No era capaz de sentarse en ningún sitio, ni de estarse quieto. Había probado a encerrarse en su camarote, pero no servía de nada. Se levantaba de un salto y salía hecho una furia a recorrer la toldilla de parte a parte, sin cesar, hasta sentir que poco le faltaba para caerse redondo, pero sin poder fatigar la agitación de su espíritu, generoso sin duda, pero lastrado por su envoltorio de músculos, de huesos y de sangre, entorpecido por un cerebro que iba creando imágenes muy nítidas al tiempo que especulaba sin pausa, en espera de que apareciese una señal, de que pudiese detectar un síntoma.

»Y el señor Smith, con una leve sacudida del mentón en dirección a la escalera, al otro lado de la claraboya, insistía seguramente con su voz dulce, espantosa y desesperadamente dulce, en que sabía de sobra qué estaba diciendo. ¿O no se había rendido ella a ese hombre mientras estuvo él encerrado en prisión?

»—Desamparado, en la cárcel, sin nadie más en quién pensar, nadie más en quién confiar, excepto mi hija. Y cuando por fin me pusieron en libertad, descubro que ya no está, pues esto es lo que ocurre. Te has vendido. Sí, te has vendido, y tú lo sabes tan bien como yo.

»Con su impertérrito y redondo rostro, sus finos cabellos blancos alborotados por el viento arremolinado de la cangreja, posada la vista sobre el mar, era como si se estuviese dirigiendo al universo entero, más allá de su hija reclinada. Ella seguramente expresaría alguna vez sus protestas.

»—Cuánto me gustaría que no hablaras así, papá. Sólo consigues atormentarme, hacerme daño y hacerte daño tú también.

»—Sí, bastante daño siento —reconocía en tono enigmático. No era, sin embargo, hablar del asunto lo que más podía atormentarle. Bastaba con pensar en ello. Sentarse y tener que verlo era infinitamente peor, muchísimo más de lo que tuvo que ser para ella el tener que rendirse de ese modo—. Porque tú también has sufrido, no me digas que no. Mucho has tenido que sufrir.

»Flora había renunciado muy pronto a todo intento de protesta. Habría sido en vano, o habría empeorado las cosas, y no deseaba por nada del mundo discutir y reñir con su padre, el único ser humano al que en el fondo ella importaba, pues era evidente que le importaba, total y decisivamente, hasta el final. En él no había ni un ápice de piedad, de generosidad, ni una gota de las esencias más bellas: sólo por ella, por su ser, tal cual era, sentía algo aquel hombre. Esta certeza hizo que Flora resistiera los peores tormentos, pues no cabe duda de que estaba sufriendo una tortura en toda regla. Se sintió además desamparada, como si toda la empresa hubiese resultado excesiva para sus posibilidades. Esta es, por cierto, la clase de convicción que explica la quietud. Se estaba convirtiendo en una fatalista.

»Lo que sin duda tuvo que resultar aterrador fue el devenir mismo de la vida cotidiana, el constante intercambio de pequeñeces que naturalmente siguió su curso.

Se daban los buenos días, tomaban asiento a la misma mesa para desayunar, almorzar y cenar, e incluso imagino que, al menos al principio, tuvo que haber alguna que otra partida de cartas, al atardecer, entre los tres. Lo que más miedo daba a Flora era la doblez de su padre, o lo que al menos parecía doblez, cuando recordaba sus persistentes, insistentes murmullos en cubierta. De todos modos, su padre era un hombre de natural taciturno; lo había sido desde que ella tenía memoria, desde los paseos por Brighton que tan bien recordaba. Era ella la que hablaba, sin molestarse nunca en descubrir si eso agradaba o contrariaba a su padre. A bordo del *Ferndale* no lograba sondear en qué estaba pensando. Y tampoco charlaba alegremente con él. Anthony, con una afable y forzosa sonrisa que parecía habersele helado en los labios, parecía extremadamente agradecido de que no se le hiciese conversar. El señor Smith a veces se sumía tan a fondo en la contemplación de los naipes que le habían tocado, que Flora tenía que recordarle en dónde estaba: “Papá... Es tu turno”. Pedía disculpas con un débil exabrupto, dicho para el cuello de su camisa: “Disculpe, capitán”. Flora, naturalmente, llamaba Roderick a su esposo, y él la llamaba por su nombre de pila. Esa actuación era más que suficiente, a juzgar por la mueca de crispación que adoptaban los labios del viejo cada vez que oía decir “Flora”. Cuando oía uno de los infrecuentes “Roderick”, adoptaba una mueca desdeñosa, tan débil y descolorida como toda su rígida persona.

»Era el primero en retirarse. No sufría dolencia ninguna. También la vida a bordo parecía sentarle bien; sin embargo, ya fuera por un curioso sentido del deber, o por afecto, o bien por aplacar su escondida rabia, su hija siempre lo acompañaba a su camarote para encargarse de que no le faltara nada. Encendía ella la lámpara, le ayudaba a ponerse el batín, le daba un libro del anaquel construido especialmente para él, aun cuando esto último ocurriese en contadísimas ocasiones, ya que el señor Smith tenía incluso a gala declarar “No soy yo lector”, diríase que con algo muy parecido al orgullo. Muchas veces, después de besar a su hija en la frente y desearle buenas noches, le regalaba alguna agria observación: “Esto es igual que estar en la cárcel, te doy mi palabra. Corre, supongo que ese hombre está ahí mismo, esperándote. ¡El carcelero jefe! ¡Aggh!”.

»Ella le sonreiría vagamente, murmuraría un “Qué ridiculez” con ánimo conciliador. Una vez, habiendo perdido la paciencia, le cortó con dureza. “Basta ya. Me estás haciendo daño. ¡Cualquiera pensaría que me detestas!”.

»No es a ti a quien detesto —siguió él monótonamente, resollando—. No, no es a ti. Pero si llegara a ver que amas a ese individuo, creo que sí podría llegar a odiarte.

»Esta palabra se le clavó directamente en el corazón.

»—No serías el primero —murmuró con amargura. Sólo que él no podía prescindir de su idea fija:

»—¡Pero no le amas, desdichada! —barbotó con horrenda uniformidad.

»Ella lo observó con firmeza, un buen rato.

»—Buenas noches, papá —dijo.

»A decir verdad, en muy raras ocasiones la esperaba Anthony a solas ante la mesa, con las cartas sin recoger, los vasos, la jarra de agua y todo lo demás. No aprovechaba ninguna oportunidad para estar a solas con ella más de lo estrictamente necesario para edificación de la señora Brown. Excelente, fiel mujer, esposa de su aún más fiel y no menos excelente auxiliar de a bordo. Y Flora deseaba en el fondo que todas aquellas excelentes personas, leales de Anthony, estuviesen todas un poco más lejos, especialmente la agradable, amabilísima señora Brown, con sus ojos opacos y veloces, sus “Desde luego, señora”, “Ahora mismo, señora”, que a sus oídos llegaban con un eco burlón. Así tocó a su fin esta breve expedición a las Azores, tan breve que cuando el joven Powell embarcó en el *Ferndale* por obra y gracia de un memorable golpe de azar, no habían transcurrido siquiera siete meses desde la... digamos puesta en libertad del convicto De Barral y su metamorfosis en señor Smith.

»Mientras el navío estuvo fondeado en Londres, Anthony alquiló una casa de campo cercana a un apeadero del ferrocarril, en el condado de Essex, para que se alojaran el señor Smith y su hija. La idea fue exclusivamente suya. No sé hasta qué punto fue necesario este retiro rural para el señor Smith. Quizá fuera en cierto modo una sensata decisión. Existían ciertas obligaciones incumbentes al excarcelado De Barral, imagino que algo relacionado con presentarse a declarar ante la policía, que el señor Smith no estaba ni mucho menos deseoso de cumplir. De Barral tenía que desaparecer; la teoría oficiosa era que De Barral, en efecto, había desaparecido, de modo que era necesario dar cuerpo a esa ficción. A la pobre Flora siempre le había gustado el campo, aun cuando aquel sitio no tuviese más atractivo que su lejanía.

»De cuando en cuando los visitaba el capitán Anthony; como el apeadero era realmente secundario, sin que sirviese a los trenes matutinos, nunca podía quedarse más que a pasar la tarde. Siempre debía pasar la noche en la ciudad, para estar por la mañana temprano en su barco. El tiempo era espléndido; cada vez que avistaba al capitán del *Ferndale* a media tarde, el señor Smith echaba mano de su bastón y salía con torpeza a dar un paseo en solitario. Ya fuera porque se fatigaba, ya porque le produjese especial satisfacción ver marcharse a “ese individuo”, o por cualquier otra argucia suya, estaba siempre de vuelta antes de la hora de partida de Anthony. Al acercarse a la casa veía por lo común a “ese individuo” tendido sobre el césped, a escasa distancia de su hija, sentada en una silla traída del cuarto de estar. Era invariable que el señor Smith se dirigiera sin titubeos hacia ellos dos, pues tenía invariablemente la impresión de que nunca iba a interrumpir una conversación demasiado íntima entre ambos. Tomaba asiento con ellos, transcurría en silencio más o menos una hora y llegaba el momento de que Anthony se marchara. El señor Smith, puede que por discreción, desaparecía casualmente dos o tres minutos, y observaba después por la vidriera en los ange de una de las habitaciones del piso de arriba cómo miraba “ese individuo” a Flora, ya desde el camino. Se quitaba la gorra, como un educado visitante, y se marchaba. Sólo entonces se reunía el señor Smith con su hija.

»Fueron momentos muy duros para ella. No siempre, claro está, pero sí con

frecuencia. No era ni mucho menos extraordinario oír que el señor Smith retomaba con dulzura sus observaciones de costumbre:

»—Ese individuo comienza a cansarse de ti.

»Jamás pronunciaba el nombre de Anthony. Siempre era “ese individuo”.

»Por lo común, ella permanecía callada, muy abiertos los ojos, con la mirada perdida por entre las retorcidas ramas de los frutales. Una vez, de todos modos, se levantó y entró en la casa. La siguió el señor Smith, con la silla en que ella se había sentado. La depositó de un golpe en el suelo, y con ese tono liso e inexpresivo que tantos oídos se inclinaron ansiosamente a escuchar cuando procedía del gran De Barral, le dijo:

»—Marchémonos.

»Ella tuvo suficiente fuerza de voluntad para no girar sobre sus talones. Por el contrario, se acercó a un estropeado espejo que colgaba de la pared. En el verdoso azogue, su propia cara pareció muy remota, como el lívido rostro de un cadáver, de un ahogado, en el fondo de un estanque. Emitió una frágil risa.

»—Te digo que ese individuo comienza...

»—Papá —le interrumpió—, yo no me hago ilusiones. Ya me ha pasado antes, pero...

»Le falló de repente la voz, de modo que su padre aprovechó la ocasión para seguir con su idea, con una insólita animación:

»—¡Es el momento! ¡Salvémonos!

»Una vez dominado tanto su miedo como su amargura, se dio la vuelta, tomó asiento y dejó que trasluciera su asombro. También se sentó el señor Smith, muy juntas las rodillas, dobladas en ángulo recto, sus delgadas piernas en paralelo y las manos sobre los brazos de la butaca de madera. Llevaba el pelo largo, la cabeza muy erguida y en su aspecto había una especie de fatua venerabilidad.

»—Es imposible que sientas nada por él. No hace falta que te disculpes; entiendo perfectamente tus motivos. Te he llamado desdichada, lo sé, y tu desdicha es la misma que si te hubiese arrojado al arroyo. Sí, no me interrumpas, Flora. Durante el juicio me interrumpieron a cada dos por tres; eso es algo que no puedo soportar. No consentiré que mi propia hija me interrumpa cuando hablo. Cuando pienso que la mismísima víspera de mi puesta en libertad tú...

»Le había sonsacado este detalle, fuera cuando fuese, porque Flora terminó por cansarse de esquivar la pregunta. Para el viejo, fue un golpe muy doloroso. ¿Era ésa la confianza que ella tenía depositada en él? ¿Era ésa una prueba de su amor? ¡La mismísima víspera! No le habían dado siquiera una ocasión. Igual que en el juicio. Nunca le dieron la menor ocasión, no le dejaron tiempo. Y su propia hija había actuado entonces exactamente igual que sus más encarnizados enemigos, sin darle el tiempo necesario.

»La monotonía de esa plácida voz a punto estuvo de adormecer la inquietud de Flora. Escuchó pacientemente lo que inevitablemente iba a decirle.

»—Pero dime, vamos a ver: ¿qué ha inducido a ese individuo a desposarte? Es todo un caballero, por descontado. Salta a la vista, sólo que esto es algo que empeora más la cuestión. Nada entienden los caballeros de los asuntos de la City, de las finanzas. ¿Cómo no? Si fue una empresa de caballeros la que dio la voz de alarma que iba a acabar conmigo... El abogado, el juez, caballeros todos, todos en las nubes. Ni la menor idea de... Y además es un marino. Un simple capitán de barco...

»—Eso mismo era mi abuelo —le interrumpió Flora con un oblicuo gesto de impaciencia.

»—Sí, pero ¿qué sabe de negocios un marino? Nada, ni la más remota idea. Es imposible que sepa qué significa ser la hija del señor De Barral, aun cuando sus enemigos lo hayan destrozado. ¿Qué diantre ha podido inducirle...?

»Ella hizo un brusco movimiento, porque la monotonía de la voz empezaba a ponerle nerviosa. Él hizo una pausa, pero sólo para seguir después en el mismo tono.

»—Evidentemente, eres muy guapa —comentó—. Y eso es lo que te ha perdido, como a tantas pobres desdichadas. Desdichada, sí; infortunada es la palabra que más te conviene.

»—Puede ser —dijo ella—. Puede que sea la palabra adecuada. Pero escúchame, papá. Yo quiero ser honesta.

»Sin oírla, siguió su uniforme perorata.

»—Es uno de esos hombres que un buen día se cansan y te dejan sin más, marchándose en su barco infernal. En cualquier caso, nunca podrás ser feliz a su lado. Basta con verle la cara. Yo, en cambio, te quiero salvar. Sabes que tal vez no fuese yo un buen marido con tu pobre madre; habría hecho muy bien si me hubiese abandonado mucho antes de morir. He pensado mucho en todo esto, y no pienso consentir que seas infeliz.

»La miró de arriba abajo con una atención sorprendentemente visible.

»¡Mmm! —dijo—. Sí, vayámonos antes de que sea demasiado tarde. Sin hacer ruido, solos tú y yo.

»—No tenemos dinero para marcharnos, papá —dijo como si hubiese encontrado una súbita fuente de inspiración, con esa calma que a veces se obtiene de la desesperanza.

»Él se levantó enderezándose como si estuviese lisiado.

»—Claro está que no pensarás abandonarme, ¿he, papá? —añadió ella con gran decisión.

»—Claro que no —dijo con su voz casi inaudible. Y se marchó, alejándose con su caminar, que Powell me ha descrito como algo tan uniforme, imperceptible y fatigado como su propia voz. Caminaba como si sostuviese un vaso de agua sobre la cabeza.

»Naturalmente, Flora no habló con Anthony de esta edificante conversación, ya que su generosidad podría haberse alarmado, y ella no deseaba por nada del mundo quedarse sola para cuidar de su padre. Además, era demasiado honesta, y seguiría siéndolo a toda costa. Nunca sería ella la primera en hablar. Nunca. Y se le ocurrió

pensar que, ciertamente, era una infortunada criatura.

»Por pura coincidencia, Anthony fue a pasar la tarde con ellos dos días después y mantuvo una conversación con el señor Smith en el jardín. Por tal o cual razón, Flora los dejó a solas un momento, y Anthony aprovechó la ocasión para hablar con toda franqueza con el señor Smith. “Me parece entender, señor, que en su opinión Flora no ha elegido un buen partido”, le dijo. “A ese respecto, no tengo, naturalmente, nada que decir. Pero sí quiero que sepa usted que yo he intentado hacer lo que es correcto hacer”. Y le explicó que había dejado en su testamento todas sus posesiones a su esposa. “Supongo que ella no se lo ha dicho, claro está”.

»El señor Smith sacudió levemente la cabeza. Anthony, intentando aún mostrarse cordial, pasó a decirle que se proponía realizar muy pronto una travesía que había de alejar el navío de Londres al menos durante dos años. “Creo, señor, que es lo mejor que se puede hacer, desde cualquier punto de vista”. Regresó Flora y la conversación, interrumpida de ese modo, se marchitó y no pudo concluir. Más avanzada la velada, horas después de que Anthony se hubiese marchado, el señor Smith comentó de repente a su hija, tras mucho meditar:

»—En el fondo, un testamento no significa nada. Cualquier día se rompe en pedazos, se redacta otro distinto —reflexionó unos momentos—. O se miente a propósito de las cláusulas que contiene —añadió sin ninguna emoción.

»Paciente, endurecida a fuerza de lastimarse y de recibir disgustos, hasta el punto de asombrarse de su propia coraza, Flora repuso:

»—Estás llevando muy lejos, muy lejos, la aversión que sientes por... Roderick, papá. No tienes conmigo ninguna consideración. Y eso me duele.

»Inexpresivo como siempre, hasta el extremo de aterrorizarla a veces por el contraste de su placidez y su dulzura con las palabras que decía, apartó de ella sus ojos desvaídos.

»—Me pregunto hasta dónde llega tu propia aversión —empezó a decir—. Hasta su nombre se te atraganta, de eso me he dado cuenta. Y me duele. ¿Qué me dices de esto? Podrías tener en cuenta que no eres la única persona que se siente dolida por tu chifladura, por tu precipitación, por tu temeridad —volvió a mirarla a la cara—. Todo eso, por cierto, la mismísima víspera de mi puesta en libertad. ¿Habrás visto? —su voz desfallecida terminó por fallarle del todo, sus finos y apretados labios temblaron un rato antes de añadir, con extraordinaria uniformidad de tono—: Para mí, ha sido un crimen.

»Flora no contestó nada. Consideró más sencillo, más amable y ciertamente más seguro dejar que dijese todo lo que tuviera que decir. Al señor Smith, teniendo en cuenta su natural taciturno, nunca le costaba demasiado tiempo terminar. Y es preciso no imaginar que las escenas de este género acontecían de continuo. Flora disfrutó de unos cuantos días espléndidos en la casa de campo. La ausencia de Anthony era en cierto modo un alivio, a la vez que sus visitas resultaban muy placenteras. Estaba más tranquila; él estaba también más tranquilo. Casi lamentó que llegase el día de

embarcar. Fue para ella un momento de angustia, de intensa emoción; llegaron al muelle al caer la tarde, y Flora, tras cerciorarse de que a su padre no le faltara nada, de acuerdo con la costumbre establecida, se quedó en el camarote hasta percatarse de que estaba sorprendido. Sorprendió sus pálidos ojos observándola con pétreo dureza. Salió tras darle las buenas noches con voz animada.

»Contrariamente a sus esperanzas, se encontró a Anthony todavía en el salón. Sentado en su sillón, en la cabecera de la mesa, repasaba algunos papeles que introdujo apresuradamente en el bolsillo interior y se levantó. Preguntó a su esposa si no la había fatigado el día, por el viaje hasta la ciudad y las compras que había hecho. Ella negó con la cabeza. Quiso saber después, medio en broma, cómo se sentía ante la idea de partir, y esta vez para una larga travesía.

»—¿Importa algo cómo me sienta yo? —preguntó ella con un tono que ensombreció el rostro del capitán.

»—Tienes razón, no importa nada —contestó él con reprimida violencia, como no podía ella esperar—. Es lo de menos, porque no podría zarpar sin ti. Te lo he dicho, y tú lo sabes. ¿No pensarás que sería capaz de tal cosa?

»—Te aseguro que no tengo ni la más remota apetencia de eludir mis obligaciones —dijo ella con firmeza—. Ni siquiera aunque pudiese. ¡Ni menos aunque me atreviese! ¡Tendría que morirme antes!

»Él pareció golpeado por el rayo. Se encontraban de pie, el uno frente al otro, a la entrada del salón.

»—Oh, no —murmuró Anthony—. No te morirás así como así. No puedes decirlo en serio. Te has acostumbrado a la mar, le has cogido el gusto.

»A pesar de su cólera, Flora se echó a reír.

»—No, no lo decía en serio, claro que no. Te he dicho que no deseo eludir mis obligaciones. Seguiré viviendo, sí..., aun sintiéndome un tanto agobiada.

»—¡Agobiada! —repitió—. ¿Y qué es lo que te agobia?

»—Tu magnanimidad —dijo ella con sequedad. Pero se le suavizó la voz al poco—. En fin, no sé. Hay en tu generosidad una perfección... ¿Me entiendes, Roderick? Una perfección que es casi imposible de tolerar.

»Él suspiró, apartó la mirada y comentó que era hora de apagar la lámpara del salón. No estaba permitido tener la luz encendida después de las diez.

»—Pero en tu camarote no tienes por qué cumplir estrictamente la orden; cerciórate de que las cortinas estén bien echadas, que con eso basta. Es posible que al auxiliar se le haya olvidado. Encendió tu lámpara de mesilla antes de bajar a tierra, a pasar una última noche con su mujer. No estoy muy seguro de que haya sido sabio por nuestra parte despedir a la señora Brown. Tendrás que ocuparte tú sola de tus cosas, Flora.

»Se le notaba una agitada preocupación; Flora, en realidad, se felicitó por la ausencia de la señora Brown. Tan pronto cerró la puerta de su camarote, murmuró fervientemente: “¡Gracias a Dios que se ha ido!”. Ya no habría más amables llamadas

a la puerta, seguidas por su aparición, su equívoca mirada, su intolerable “¿En qué puedo servirla, señora?”. Su obsequiosa actitud había terminado Flora por temerla y por odiarla, más que a ninguna otra voz, a ninguna otra palabra dicha a bordo de ese navío, su único refugio lejos de un mundo que nada bueno quería de ella, de sus imperfecciones y sus tormentos.

»La señora Brown se mostró sumamente contrariada por su despido. Los Brown eran una pareja sin hijos, a los que la situación propuesta convenía de maravilla. El resentimiento de los dos fue muy amargo. Y la señora Brown hubo de quedarse en tierra con su rabia, pero el auxiliar hubo de rumiar la suya a bordo. No tenía la pobre Flora mayor enemigo que él, ni el pesaroso contraмаestre mayor partidario. La señora Brown, con esa rauda capacidad de observación y de inferencia que tienen las mujeres (basta con sumar dos más dos), había llegado a su propia conclusión, que comunicó a su marido antes de que zarpase el barco. El taciturno auxiliar se permitió una vez una alusión a ese respecto en presencia de Powell. Habían terminado de almorzar, y el auxiliar se quedó en el comedor tras dejar sobre la mesa una tarta de frutas. Pegó la hebra con el contraмаestre, acerca de la alarmante transformación experimentada por el capitán, el pálido auxiliar con la mirada baja y un gesto siniestro, Franklin con el rostro colorado vuelto hacia él, sus ojos saltones humedecidos de emoción. El joven Powell había oído ese tipo de comentarios infinidad de veces a tales alturas; siempre le había parecido un tanto absurdo. Comentó con impaciencia que tales lamentos por un hombre, sólo porque se hubiese casado, en su opinión rozaban la locura.

»—Eso depende de la esposa, y de qué tenga entre manos —musitó Franklin. El auxiliar, apoyado contra el mamparo, al lado de la puerta, fulminó de una mirada a Powell, el intruso, el ignorante, el desconocido sin derecho ni privilegios.

»—¡Esposa! —gruñó—. ¿Esposa, dice usted?

»—¿Qué demonios quiere decir con todo esto? —exclamó Powell.

»—Lo que sé, lo sé de buena tinta. No por nada se ha pasado mi parienta seis meses a bordo. Ya se lo preguntará usted mismo cuando regresemos.

»Afrontando con hosquedad la enojada mirada del señor Powell, el auxiliar salió de espaldas.

»Nuestro joven amigo se dirigió inmediatamente al contraмаestre.

»—¿Y consiente usted que ese maldito lavaplatos hable así en su presencia, señor Franklin? ¡Me sorprende!

»—Oh, no es lo que usted piensa. No, no es lo que usted piensa —Franklin pareció ponerse más apoplético que nunca—. Si de eso se tratara, podría sorprenderlo yo de veras, ya lo creo. Pero ¿para qué? Yo mismo, apenas... No podría usted entenderlo. Confío que no le dé por hacer tonterías, Powell. Hubo un tiempo, jovencito, en el que habría retado a cualquier hombre, al más pintado, ¿me entiende?, a sembrar la discordia entre el capitán Anthony y yo. Pero no ahora, ni de broma. ¡Algo ha cambiado! Y no soy yo el que ha cambiado.

»El joven Powell rechazó indignado la idea de hacer tonterías, de sembrar la discordia.

»—¿Por quién me toma usted? —gritó—. Lo único que digo es que más le valdría decirle a ese auxiliar que tenga más cuidado con lo que dice en mi presencia, si no quiere que le arregle el retrato y que tenga que dar él las explicaciones como pueda o como sepa al capitán.

»Esta declaración hizo de Powell el adalid de la señora Anthony. En su presencia nunca más volvió a decirse nada que incidiese sobre la cuestión. Le dio lo mismo que el auxiliar pusiera caras largas; Franklin, ni siquiera en sus mejores momentos gran amigo de la conversación, al tener que evitar el único tema que le afectaba en lo más hondo, ya sólo se dirigió a él sobre cuestiones relacionadas con las faenas. Y eso tampoco le importó gran cosa a Powell. Las jeremiadas del apoplético oficial habían empezado a aburrirle mucho antes. No obstante, a veces se sintió bastante solo. Por eso, sus breves conversaciones con la señora Anthony, durante cualquiera de las dos guardias de cuartillo, pasaron a ser una actividad deseable. Al capitán no le importaba; por su actitud era bien evidente. Una noche, estando los dos solos en la toldilla, le preguntó de qué habían conversado aquella misma tarde. Powell hubo de confesar que hablaron del barco, ya que la señor Anthony le había hecho numerosas preguntas al respecto.

»—O sea que se toma su interés, ¿eh? —espetó el capitán, al tiempo que recorría rápidamente, de un lado a otro, la toldilla por barlovento.

»—Sí, señor. La señora Anthony comprende de maravilla cuanto se le va explicando.

»—Es nieta de marino, de los de la vieja escuela. Un lobo de mar de primera categoría, según tengo entendido —largó el capitán al pasar por delante del segundo oficial, inmóvil, dejando a su paso las palabras como una estela de centellas a las que siguió una absoluta oscuridad conversacional, ya que por espacio de las dos horas siguientes, hasta que abandonó el puente de mando, no volvió a abrir los labios.

»En otra ocasión... Y conviene recordar que el barco había cruzado el Ecuador, y que a cada día aumentaba de latitud sur... En otra ocasión, a eso de las siete de la tarde, y estando Powell de guardia, oyó que alguien lo llamaba en voz baja desde la escalera. Allí se encontró al capitán, con el rostro emaciado y los ojos hundidos en las cuencas; sostenía en el brazo un chal de lana de las Shetland.

»—Señor Powell, escuche.

»—Sí, señor.

»—Dele el chal a la señora Anthony. Por las tardes comienza a refrescar.

»Y su rostro macilento desapareció de su vista. La señor Anthony se extrañó al ver el chal.

»—El capitán quiere que se abrigue usted con esto —explicó el joven Powell, y al levantarse ella de su asiento le depositó el chal sobre los hombros. Ella se envolvió en el chal.

»—¿Y dónde estaba el capitán? —preguntó.

»—Asomado a la escalera. Me llamó él para hacerme el encargo —dijo Powell, y se retiró discretamente, por parecerle que ella no deseaba seguir de charla aquella tarde. El señor Smith, el viejo caballero, hallábase como de costumbre sentado junto a la claraboya y muy cerca de ella, pero en modo alguno hostil, por lo que era posible colegir en su rostro impenetrable, a tales conversaciones entre las dos personas más jóvenes de a bordo. De hecho, parecían complacerle en cierto modo. De cuando en cuando levantaba pensativamente sus desvaídos ojos azul claro hacia el señor Powell. Cuando estaba cerca el joven marino, el viejo se tornaba menos envarado, y cuando su hija, en contadas ocasiones, sonreía ante algo que con ingenuidad y sin adornos hubiese relatado el joven Powell, el inexpresivo semblante del señor Smith reflejaba turbiamente ese centelleo de evanescente alborozo. Y es que el señor Powell había dado en entretener a la esposa del capitán contándole anécdotas de su pasado no por cierto remoto, por haber sido grumete en unos cuantos navíos y conocer bien cosas sin duda graciosas que a veces acontecen a bordo. Flora se extrañó bastante de que esos cuentos la divirtieran. Llegó incluso a oírsele reír dos veces en menos de un mes. No fue una risa muy sonora, pero sí sorprendente por oírse en la popa del *Ferndale*, donde las voces apagadas o el silencio sin paliativos eran la norma. La segunda vez que ocurrió esto, el capitán mismo tuvo que haberse sobresaltado en donde estuviese, ya que emergió de las profundidades de su discreta existencia, ajena a todo, para pasear según su hábito por la borda opuesta de popa.

»Casi de inmediato llamó a su joven segundo oficial, pero no por descontento. La mirada que clavó en el señor Powell pudo transmitirle una curiosa especie de extrañeza y aprobación. Trabajó con él un deslavazado diálogo, como si sólo pretendiese tener cerca de sí a un hombre capaz de provocar un sonido tan cristalino. El señor Powell sintió su aprecio. Se sintió apreciado por aquel hombre demacrado e inquieto, que de golpe pasó a lanzarle frases inconexas, a las que contestó “Sí, señor”, “No, señor”, “Oh, desde luego”, “Supongo que sí, señor”..., aun cuando pudiera haberle contestado exactamente lo contrario, por lo que al otro podía importarle.

»Fue entonces, me dijo el señor Powell, cuando descubrió en su interior un aprecio ya antiguo por el capitán Anthony. También sintió lástima por él, sin lograr en cambio descubrir los orígenes de esa simpatía de la que súbitamente tuvo constancia por vez primera.

»A todo esto, el señor Smith se había inclinado rígidamente sobre su hija, como si tuviese una bisagra por espalda, y le hablaba.

»Ya no era una niña. Quiso saber si creía en... en el infierno, en el castigo eterno.

»Su peculiar tono de voz, como si se fíltrese por un trozo de guata, era inaudible para la otra borda de popa. La pobre Flora, totalmente desprevenida, emitió un murmullo inarticulado, sacudió vagamente la cabeza y miró hacia el agitado Anthony, que paseaba sin cesar y no miraba hacia ella. De nada servía mirar en tal dirección. Del joven Powell, apoyado contra el palo de mesana, de frente a su capitán, sólo

alcanzó a ver el hombro y parte de la espalda de sarga azul.

»Y la voz de su padre, sin acento, sin preocupación, siguió atormentándola.

»—Tienes que comprenderlo. Cuando salí de la cárcel estaba pleno de alegría. Es decir, mi alma estaba desgarrada, pero con tal de verte feliz resolví renunciar a todo. Tan pronto tuviera la seguridad de que eras feliz, dejaría por supuesto de tener yo razones para que me importase la vida, hablando estrictamente, lo cual es natural en un viejo como yo; naturalmente, tampoco tendría razones de peso para desear la muerte. Sólo que... ¡esta clase de vida! ¿Qué sentido, qué significado, qué valor puede tener esta vida para ti o para mí? ¡Si no es más que esperar a que llegue la muerte! ¿Qué si no? No entiendo cómo puedes aguantar una cosa así, y dudo mucho que puedas aguantar demasiado tiempo. ¡El día menos pensado tú misma saltarás por la borda!

»El capitán Anthony se detuvo un instante, con la mirada al frente de la toldilla, y la pobre Flora lanzó a su espalda una mirada de desesperada súplica, que habría podido conmover incluso un corazón de piedra. Pero fue como si no hubiese hecho tal cosa, ya que él ni se inmutó. Se levantó de la tumbona y se dirigió a la escalera. Su padre la siguió con diversos objetos entre las manos, un bolso de mano, un pañuelo, un libro. Bajaron juntos los dos.

»Sólo en ese momento se dio la vuelta el capitán Anthony, observando el lugar que habían dejado desierto, y reanudó sus paseos, pero no su deslavazada conversación con el segundo oficial. Su exasperación nerviosa había aumentado hasta el extremo de que muchas veces dejaba de controlar su propia voz; a menos que estuviese muy atento, se le perdía en la garganta, dejaba de oírse. Tenía que cerciorarse antes de aventurar siquiera una sencilla orden, un comentario sobre el viento, un saludo al comenzar el día. Por eso resultaban bruscas sus intervenciones, por eso se sobresaltaba cualquiera ante sus respuestas, a menudo totalmente inesperadas.

»Al más resuelto de los hombres también le ocurre que de repente se encuentra en lucha no sólo con fuerzas desconocidas, sino con una fuerza perfectamente conocida, cuya auténtica envergadura no ha llegado a entender. Anthony había descubierto que no era el orgulloso dueño, sino el desgarrado cautivo de su propia generosidad. Había cobrado ante sus propios ojos las proporciones de un muro que el respeto en que él mismo se tenía le impedía escalar. “Sí”, se dijo; “he sido un estúpido, pero ella puso en mí toda su confianza”. ¡Confianza! Terrible palabra para un hombre cuando menos un tanto excepcional, en un mundo en el que los éxitos nunca se alcanzan gracias a la renuncia y a la buena fe. Y hay que decir, con objeto de no pintarlo de manera más estúpidamente sublime de lo que era en realidad, que la conducta de Flora lo mantenía a raya, bien lejos. La muchacha temía aumentar la exasperación de su padre. Le había caído en suerte, triste suerte la suya, sentirse más desdichada aún por el único afecto del que nunca habría podido sospechar tal cosa. No podía enojarse, empero, y por pura deferencia hacia ese sentimiento exagerado casi ni siquiera osaba

mirar más que a hurtadillas y por empecinamiento al hombre cuya imperiosa compasión la había en efecto embelesado del todo. Incapaz de comprender hasta qué punto llegaba la delicadeza de Anthony, Flora se decía que “a él no le importa”. Es probable que en el fondo hubiese comenzado a detestarla, exactamente igual que la institutriz, la mujer de Alemania, la señora Fyne, el señor Fyne... Sólo que él era extraordinario, era la generosidad en persona. Al mismo tiempo, ella tuvo no pocos momentos de irritación. Era un hombre violento, testarudo, estúpido tal vez. En todo caso, se había salido con la suya.

»Quien se ha salido con la suya rara vez llega a ser feliz, ya que por lo común descubre después que su contento no ha de llevarle muy lejos en este mundo en el que los deseos nunca se ven colmados a plena satisfacción. Anthony había ingresado con precipitación extrema en los jardines encantados de Armida^[8], diciéndose “¡Por fin!”. En cuanto a la propia Armida, él no se proponía ejercer sobre ella ninguna violencia. Sólo que había descubierto que la totalidad del encantamiento residía en la propia Armida, en las sonrisas de Armida. Y esta otra Armida no sonreía. Su existencia era irreprochable, tras el muro de su renuncia. La fuerza de Anthony, su prontitud en pasar a la acción, le hicieron experimentar la impaciencia, la indignación, la desesperación casi de su vitalidad en suspenso, maniatada, aquietada, progresivamente echada a perder, desgastada por el paso del tiempo, por esa fuerza ciega e insensible que parece inerte, pero que en realidad va agotando la propia vida mediante tan imperceptible proceder, dejando caer los minutos uno tras otro sobre el corazón aún vivo como las gotas de agua que erosionan la piedra en la que caen.

»Se rebeló contra sí mismo. ¿Qué otra cosa podía esperar? Se había comportado con el atolondramiento de un rufián; había arrastrado de los pelos a la pobre e indefensa criatura, hasta su propio barco. Había sido una verdadera atrocidad. Nadie ni nada podría haberle asegurado que su persona resultase atractiva a los ojos de aquella mujer o de cualquier otra. Y su propia manera de hacer las cosas bastaba para hacer odioso a cualquiera. Tenía que haber perdido la razón. A la fuerza tenía ella que detestarlo y que temerlo. Nadie ni nada podría disculpar semejante brutalidad. Y de alguna manera, pese a todo, se resentía ante esa misma actitud, que a su juicio era completamente justificable. Era imposible que fuese moralmente tan monstruoso que no mereciese de vez en cuando una mirada de franqueza por parte de ella. Pero no, ella se negaba a tanto. En fin, quizá algún día... Sólo que él nunca iba a correr el riesgo de suplicar su perdón. Con la repulsa que le inspiraba su persona, era lógico que ella desvirtuase hasta las palabras más comedidas, los gestos más prudentes. ¡Nunca! ¡Nunca!

»No sería de extrañar que Anthony hubiese pensado al término de tales meditaciones en que la muerte no habría sido al fin y al cabo un visitante tan hostil. No es de extrañar, así pues, que hasta el joven Powell, una vez alertadas sus facultades, diera en pensar que había algo insólito en el hombre que le había procurado la ocasión de su vida. Sí, decididamente su capitán era “extraño”. Algo se

ha tenido que estropear en alguna parte, se dijo; hay algo que no va bien, sin adivinar jamás que sus cándidos y jóvenes ojos estaban en presencia de una pasión de profundidad tiránica y mortal que descubría su propia existencia, asombrada al verse impotente y desconcertada al saberse incurable.

»Powell nunca sintió esta misteriosa desazón con tanta intensidad como la tarde en que tuvo la fortuna de hacer reír un poco a la señora Anthony gracias a la ingenuidad de sus cuentos. Había observado al capitán recorrer la cubierta por el costado de barlovento; a cierta distancia de él, tuvo entonces pleno conocimiento de su afecto por aquel hombre inexplicablemente extraño, al que vio dirigirse a la escalera y bajar al interior con ojos tan llenos de simpatía como perfecta incompreensión.

»Poco después salió a cubierta el señor Smith y le manifestó sus ganas de conversar un poco. Aunque no tan enigmático como el capitán, también él resultaba no demasiado comprensible desde el candor todavía sin formar del joven Powell. A menudo regalaba al joven oficial este tipo de favores. En sus conversaciones aludía un tanto misteriosamente y muchas veces sin hilación ninguna a la buena disposición del señor Powell respecto de su hija y de sí mismo. “Pues estoy muy al tanto, estimado, joven, de que no tenemos amigos a bordo de este navío. Salvo usted mismo”, añadía. “Y Flora es de la misma opinión”.

»Y el señor Powell, avergonzado por la lisonja, no pudo sino emitir un vago murmullo de protesta. No en vano era verdad su afirmación, en cierto sentido, aun cuando fuese un hecho en sí insignificante por completo. Los sentimientos de la tripulación no tenían por qué preocupar a la esposa del capitán y menos aún al señor Smith, su señor padre. Que este último aludiese tan a menudo a esta cuestión era lo que sorprendía a nuestro buen Powell. No fue ésta la primera ocasión, ni mucho menos. Más probable es que fuese la vigésima. Y con su voz débil, con su entonación monótona, acodado sobre la barandilla y contemplando el agua, continuó su conversación, o sus comentarios más bien, observaciones de naturaleza tan monstruosa que el señor Powell no tuvo más remedio que aceptarlas como un cúmulo de macabras tomaduras de pelo.

»—Por ejemplo —dijo el señor Smith—, Franklin, el oficial, querría vernos cuanto antes, creo yo, saltar por la borda.

»—No es para tanto —rió el señor Powell sintiéndose incómodo, ya que su mente no aceptaba con facilidad las exageraciones por el estilo—. La verdad es que no es mala persona —añadió, plenamente consciente de la insultante actitud del señor Franklin, de la que no escaseaban los ejemplos—. Pero sí que es tan cerrado de entendederas que tiene celos. Ha pasado muchos años con el capitán. No soy yo quién para decirlo, desde luego, pero me parece que el capitán ha echado a perder, a fuerza de ridículas atenciones, a esa banda de viejos subordinados. Son como una jauría de viejos perrillos falderos. Si pudiesen, impedirían que nadie, nadie se le acercara demasiado. Nunca he visto nada semejante. Y tengo entendido que el

segundo oficial también era así.

»—Es una suerte que ya no esté a bordo. Habríamos tenido un enemigo más —dijo el señor Smith—. Y tenemos sin él enemigos de sobra. Además, estando usted en su lugar todo resulta mucho más grato para mi hija y también para mí. Es bueno sentir que hay un amigo con quien se puede contar en caso de necesidad. Ciertamente, una mujer a solas en un barco lleno de tanta hostilidad...

»—¡Pero la señora Anthony no está sola! —exclamó Powell—. Le tiene a usted y tiene al capitán.

»—Ninguno somos inmortales —le interrumpió el señor Smith—. Y hay veces en las que se siente uno avergonzado de vivir. Por ejemplo, tardes como esta misma.

»Era una tarde deliciosa; el colorido de un espléndido crepúsculo se había extinguido momentos antes, y el soplo de una cálida brisa parecía haber alisado la mar. Lejos, al sur, la lámina de luminosidad parecía el resplandor de una linterna descomunal oculta tras el horizonte. Para cambiar de conversación, Powell apuntó:

»—En cualquier caso, nadie podrá acusarle de ser un Jonás, señor Smith. Hasta la fecha hemos gozado de una magnífica rapidez durante la travesía. El capitán debería alegrarse, y supongo que usted tampoco estará molesto.

»Su desvío no fructificó. El señor Smith emitió una suerte de risa amarga.

»—¡Jonás! —dijo—. El hombre al que los marinos arrojaron por la borda, pensando que les había traído mala suerte... Me da la sensación de que es muy fácil en alta mar deshacerse de alguien a quien no se aprecia demasiado. El mar no devuelve a sus muertos, al contrario que la tierra.

»—Se olvida usted de la ballena, señor —dijo el joven Powell.

»—¿Eh? —el señor Smith dio un respingo—. ¿Qué ballena? Ah, ya. No estaba pensando en Jonás. Estaba pensando en esta travesía que tan rápida se le antoja a usted. ¿Se figura usted qué se me antoja a mí? Esto no es vida, no señor, ir así por el mar. Además, si alguien cayese enfermo ni siquiera hay a bordo un médico capaz de averiguar qué es lo que le pasa. Es preocupante. A veces me entra una aprensión...

»—¿Es que la señora Anthony no se encuentra bien? —preguntó Powell. Sin embargo, la observación del señor Smith no hacía referencia a la señora Anthony. Estaba muy bien. Y él mismo estaba perfectamente. En cambio, la salud del capitán no parecía del todo satisfactoria. ¿No se había fijado Powell en qué aspecto tenía?

»Powell no conocía al capitán lo suficiente como para pronunciarse al respecto. En cambio, observó juiciosamente que el señor Franklin había repetido eso mismo sin cesar. Y Franklin sí conocía al capitán desde hacía varios años. El contramaestre estaba bastante preocupado.

»Este testimonio alteró considerablemente al señor Smith.

»—¿Piensa acaso que está en peligro de muerte? —exclamó con una animación extraordinaria en su talante, que horrorizó al señor Powell.

»—¡Cielo santo! ¡No! No se alarme, señor. Nunca he oído a Franklin decir tal cosa.

»—¡Ah, bueno! —suspiró el señor Smith, y se marchó bruscamente camino del salón.

»Lo cierto era que el señor Franklin llevaba en cubierta bastante tiempo. Había salido a relevar al joven Powell, pero al verlo enzarzado en conversación con el “enemigo”, o con uno de los “enemigos” cuando menos, se había mantenido a cierta distancia; siendo la popa del *Ferndale* de más de setenta pies de longitud, no le fue difícil distanciarse. El señor Powell lo vio al pie de la escalera, apoyado en el codo, melancólico y silencioso.

»—¡Oh! ¿Estaba ahí, señor?

»—Aquí estoy, en efecto. Llevo aquí desde las seis en punto. No quise interrumpir tan placentera conversación. Si le place a usted dedicar la mitad de su guardia a charlatanear con su querido amigo, eso no es asunto mío. Pero no le alabo el gusto, conste.

»—No es mala persona —dijo el imparcial Powell.

»El contraamaestre soltó un colérico bufido.

»—¿Ah, no? En ese caso, transmítale mi amistad cuando vuelva a reunirse con él en una de sus largas parrafadas.

»—Señor Franklin, le diré que empieza a extrañarme que el capitán no se ofenda por su comportamiento.

»—¿El capitán? Ojalá me armase una buena bronca; de ese modo sabría al menos que aún soy alguien a bordo de este barco. Me encantaría, señor Powell; me lo tomaría como un regalo del cielo. Y el demonio me lleve, pero le devolvería todas sus palabras hasta sacarlo incluso de sus casillas. No es más que una sombra de lo que fue; va por el barco como un fantasma. Va desapareciendo ante nuestros propios ojos. Claro que usted no lo ve; usted no ve nada. Todo esto le importa un cuerno; es natural.

»El señor Powell no quiso escuchar más. Bajó al puente en seguida. No se tomó en serio las jeremiadas del contraamaestre; al contrario, las puso en el mismo saco que las palabras del señor Smith. Se sentía muy unido al capitán Anthony. En ese hombre había algo no sólo atractivo, sino incluso irresistible. Sólo que es difícilísimo que la juventud pueda creer en la amenaza inminente de la muerte. No me refiero a la muerte en sí, sino a su proximidad a un ser humano superior que respira, se mueve, habla y no trasluce ningún síntoma de enfermedad. El señor Powell pensó que todo aquello era pura ridiculez. Sin embargo, se había despertado su curiosidad. Algo sabía, sí, y en cualquier momento podía darse la circunstancia... No, nunca llegaría a averiguarlo... Lo más probable era que no hubiese nada que averiguar. Se marchó a su camarote e intentó leer un libro que ya había leído unas cuantas veces. Luego, la campana anunció la cena de los oficiales.

«... una noche sin luna, con el cielo cuajado de estrellas, muy oscura la mar...».

»En el comedor, Powell se encontró al señor Franklin con un cuchillo de mesa en la mano, troceando un pedazo de carne de ternera en salazón. Con el rostro encendido, sin quitar ojo de lo que estaba haciendo, el segundo de a bordo le explicó que el trincherero del comedor no aparecía por ninguna parte. El auxiliar, también presente, se quejó con acritud del cocinero. El bruto aquel se llevaba las cosas a la cocina y si las he visto no me acuerdo. El señor Franklin intentó apaciguarlo con plañidera firmeza.

»—Basta, basta. Ya está bien. Los que tantos años llevamos juntos en el barco tenemos mejores cosas en qué pensar, antes de ponernos a reñir.

»Ahí lo tienes: vuelve a la carga, se dijo Powell con exasperación, pues tal pronunciamiento no era críptico para él. Habiéndose retirado el auxiliar con aire reconcentrado, no le sorprendió oír al segundo de a bordo dar la lata como de costumbre. Esa misma mañana, por culpa sin duda de un eslabón defectuoso, se había partido una de las estacas de sujeción del foque, con lo que sobre la toldilla de popa habían caído con un estruendo pavoroso unos cuarenta pies de cadena y de cable metálico, entremezclados con las poleas de hierro.

»—¿Se fijó usted en el capitán, señor Powell? ¿Se fijó en él en ese momento?

»Powell confesó con franqueza que había pasado tanto miedo cuando cayó sobre cubierta todo aquel material que no se había fijado en nada de nada.

»—La horquilla de la polea no le dio en toda la cabeza por esto —siguió el segundo con ganas de impresionar, juntando el pulgar y el índice—. Yo estaba a un metro de él, puede que a menos. ¿Y quiere que le diga qué hizo? ¿Soltó un grito, pegó un brinco, miró por lo menos al cielo, por ver si se nos caía encima la verga hecha pedazos? ¿Usted qué cree? A todo esto, fue un auténtico milagro que no nos cayese encima. Pues no. Verá usted: el capitán se quedó de piedra en donde estaba. Y no me extraña: tuvo que sentir en la cara el aire desplazado por esa cabria. Total, que miró donde había caído, al lado de sus pies, y siguió a lo suyo. Me parece que ni siquiera parpadeó. No es normal. Ese hombre está idiotizado.

»Le salió un suspiro grotesco, y el señor Powell contuvo una sonrisa cuando el segundo añadió como si no pudiera contenerse:

»—Ojo al parche. De aquí a nada le dará por beber. Va a terminar así, se lo digo yo.

»El señor Powell no disimuló su indignación.

»—Raro me parece que usted, que tanto aprecio tiene por el capitán, no mire con

más cuidado lo que va diciendo de él por ahí. Yo no he pasado siete años de mi vida a su lado; no le conozco de nada, pero estoy seguro que no es de esos hombres que se dan a la bebida. ¿Por qué demonios tendría que darle por ahí, eh?

»—¿Por qué demonios, dice usted? Demonios, ¿eh? No hay hombre a salvo del demonio, y eso ha de bastarle por respuesta —bufó el señor Franklin sin acrimonia—. Hubo un tiempo, ya hace mucho de esto, en que yo mismo a punto estuve de darme a la bebida. ¿Qué tiene que decir a esto, eh?

»El señor Powell expresó con elemental cortesía su incredulidad. El segundo, robusto y congestionado, pareció estar a punto de reventar de pura aflicción.

»—Cierto, no ha sido un ejemplo muy adecuado. Yo era joven, y me junté con peligrosas compañías, me porté como un perfecto imbécil... Sí, no me mire con esa cara: es tan verdad como que aquí me tiene. Bebí para olvidar. Me pareció una forma inmejorable de conseguirlo.

»Powell observó al grotesco Franklin con redoblado interés, con esa simpatía a medias irónica con que se reciben las confidencias no buscadas de personas con las que no se tiene ni la menor afinidad. Y al mismo tiempo comenzó a contemplarlo con una seriedad mayor. La experiencia tiene su prestigio. Y el segundo siguió a lo que iba.

»—De no haber sido por mi vieja, yo mismo me habría ido al demonio. Me acordé de ella justo a tiempo. Ah, no hay como tener una vieja que sepa cuidar de uno, que le sepa enderezar cuando se le tuercen las cosas. Pero ha querido la mala suerte que el capitán Anthony ya no tenga padre, ni madre, ni perro que le ladre. Ah, no; ahora que caigo, creo que algo me dijo de una hermana suya. Pero está casada. O sea, que ella no le necesita. Así son las cosas. En los viejos tiempos hablaba conmigo igual que si fuésemos hermanos —exageró el segundo en tono sentimental—. Franklin, me decía de vez en cuando, este barco es el pariente más cercano que tengo, y no es probable que se vuelva contra mí. Aparte de eso, supongo que es usted el hombre con quien más tiempo he tratado. Pues sí, así me hablaba algunas veces. O sea que ¿voy a darle yo la espalda? Él sí que le ha vuelto la espalda a su barco, sí señor; hasta ese extremo ha llegado. Ahora ya no tiene a nadie, quitando a su viejo Franklin, claro que ¿qué quiere usted que haga un viejo como yo para poner las cosas en su sitio, para que todo vuelva a ser como era antes y como siempre debería ser? Sí, digo bien: como siempre debería ser.

»En sus ojos saltones había una fijeza terrible. El irresistible pensamiento del señor Powell, “parece tal cual una langosta en plena cocción”, fue seguido súbitamente por un golpe de irritación.

»—Santo Dios —dijo—, no querrá usted insinuar que el capitán Anthony anda con malas compañías... Entonces, ¿de qué desearía usted salvarlo?

»—Pues sí, eso es lo que le estoy diciendo —afirmó el contraмаestre, y tuvo que ser la ridiculez de su afirmación lo que la hizo más impresionante... por parecer tan descabelladamente audaz.

»—Pues vaya descaro el suyo —dijo el joven Powell, sintiéndose mentalmente desarmado—. Estoy seguro de que el capitán medio lo mataría con sus propias manos si supiese qué anda usted barruntando.

»—Como le plazca —espetó el ferviente Franklin—. De buen grado consentiría, a cambio de que después limpiase del barco toda huella de... En fin, no es usted más que un jovenzuelo, así que a lo mejor le da por ir a decirle lo que le apetezca. Deje que destripe primero a su viejo Franklin y que lo piense despacio después. Por mí, lo que haga falta, con tal de que recobre su aplomo. Pero no, claro que no: de sobra sé que usted no le dirá nada. Es usted buena persona. Sólo que aún no ha tenido usted ocasión de saber que las cosas son a veces distintas de lo que parecen. Hay amistades que no lo son, y matrimonios que de eso no tienen nada. ¡Bah! ¡Qué probable es que sea cierto...! ¿O no? Nunca, jamás, me hizo ni la menor alusión. Me voy de permiso unos días y a mi regreso me lo encuentro todo resuelto, decidido, hecho. Ni una palabra de antemano. Ni un aviso. Con que al menos me hubiese preguntado qué opinión me merecía... Ojo, que estamos hablando de un hombre que prácticamente nunca, desde que nos conocemos, nunca ha hecho nada sin antes pedirme consejo. Vea: no era capaz de comprar una levita nueva a su propio sastre sin... Para empezar, nada más llegar el hombre a bordo, cargado con ropas nuevas, lo mismo da que fuese en Londres o en China, lo primero era: “Transmitan mensaje al señor Franklin. A Franklin se le espera en el camarote del capitán”. Y allá iba yo. “Fíjese en la espalda, Franklin. Me sienta bien, ¿eh? ¿Qué le parece?”. Y yo le contestaba: “De primera, señor”. O lo que fuese la verdad del caso, siempre. Bien lo sabía él: siempre le he dicho la verdad, y por eso no se atreve a decirme las cosas a las claras. Ponerse a hablar de obreros, modificaciones del barco, camarotes... ¡Bah! Con lo fácil que hubiese sido un simple “¡Felicítame, Franklin!”. Pues sí, así debería habérmelo anunciado. Sólo Dios sabe qué son el uno del otro; puede que no sea ella hija de quien... Ni tampoco... No se parece en nada a ese viejo. En nada. Ni un detalle. Es aterrador. Bien puede usted abrir la boca todo lo que quiera, joven. Pero por lo que más quiera, usted que puede, ya que se trata con ellos dos, abra también los ojos y los oídos, no sea que..., no sea que... No sé, lo que sea. ¡Y se preguntan la de cosas que pueden ocurrir aquí en el mar! Nada. Ahora, cuando a un hombre se le llama carcelero a sus espaldas...

»El señor Franklin ocultó el rostro entre las manos un momento; Powell cerró la boca, que se le había quedado efectivamente abierta. Y salió del comedor sin hacer ruido. “El segundo se ha vuelto loco”, pensó. Tuvo esa firme convicción. No obstante, esa misma tarde notó que su tranquilidad interior era perturbada al fin por la fuerza y terquedad de dicha locura. No pudo quitársela de la cabeza con el desdén que merecía. ¿Se había llegado a pronunciar la palabra “carcelero”? Extraña palabra, aun cuando sólo *imaginase* haberla oído. Improbable, insensata palabra. Ahora bien, siendo dicha palabra la única afirmación clara y definitiva en todos aquellos incoherentes, trémulos desvaríos, descansaba en su mente con relativa solidez. Powell

le dio más vueltas, con toda tranquilidad, hasta que subió a cubierta a las ocho en punto, para tomar el relevo. Era una noche sin luna, con el cielo cuajado de estrellas, muy oscura la mar. Una buena brisa del oeste tenía las velas levemente henchidas sin aletear: adormecidas, como dicen los marinos. Franklin indicó el cuarto cambio de guardia en tono lúgubre, como si fuese un funeral, acercándose a Powell.

»—Rumbo sur-sureste —dijo el contraamaestre con toda nitidez.

»—Sur-sureste, señor.

»—Todo en orden, señor Powell.

»—Entendido, señor.

»El otro se quedó haraganeando cerca del timón; su sentimental mirada brillaba plateada en su rostro ensombrecido.

»—Tranquila la noche que nos aguarda. Que yo sepa, no hay ninguna orden especial. Una noche tranquila y apacible, en orden. Incluso me atrevería a decir que no verá usted al capitán. En tiempos, ésta era la guardia que aprovechaba para subir al puente y charlar con cualquiera de nosotros, el que estuviese. Ahora, en cambio, se acomoda en ese infernal camarote de popa a embrutecerse. Un carcelero, ¿eh?

»El señor Powell se alejó unos cuantos pasos del contraamaestre y dijo de golpe, sonoramente: “¡Maldita sea!”. Aquello empezaba a ser un incordio muy confuso. Había dejado de tener alguna gracia: esa palabra hostil, “carcelero”, había dado a la situación un aire de realidad.

»El grotesco envoltorio mortal de Franklin había desaparecido del alcázar de popa en busca de su necesario reposo, si ha de suponerse que su alma atormentada fuese a dejarle descansar. El señor Powell, medio compadecido del robusto personaje, se preguntó si sabría encontrar la calma necesaria. En lo que a él concernía, tuvo que reconocer que el encanto de una tranquila guardia en el puente, ese rato en el que uno puede dejar que vaguen sus pensamientos a su antojo por el espacio y por el tiempo, se había estropeado y no tenía remedio. Lo que más le extrañó fue la acusación de complicidad implícitamente lanzada contra la señora Anthony. Le hizo montar en cólera. Según me dijo, y con sus propias palabras, sentía un gran “entusiasmo” por la señora Anthony. Eso del “entusiasmo” me parece un buen vocablo, máxime porque no pudo él explicar con exactitud qué quiso decir con ello. En fin, le invadió el entusiasmo, según dice. El botarate de Franklin debía estar soñando. Eso era, sí. Lo había soñado todo. ¡Qué burro! A pesar de todo, la injuriosa palabra se había alojado en la mente de Powell con toda su constelación de ideas afines: prisioneros, fuga..., se empezó a sentir sumamente incómodo. Y entonces (podría haber pasado media hora, puede que más, desde que relevó a Franklin), entonces hizo su aparición en el alcázar el señor Smith, como una sombra resbaladiza que terminó por acodarse cerca de él, sobre la barandilla. Al joven Powell le afectó muy desagradablemente su presencia. Hizo ademán de marcharse, pero el otro pegó la hebra, y Powell siguió

donde estaba, como si lo retuviese una misteriosa compulsión. La conversación que inició Smith nada tuvo de especial. Empezó hablando de los paquebotes de correo en general, y al final pareció ansioso por saber cuáles eran los servicios postales de Port Elizabeth a Londres. Powell no se lo pudo decir a ciencia cierta, pero supuso que debía existir comunicación con Inglaterra al menos dos veces al mes.

»—¿Está pensando en dejarnos, señor? ¿Piensa en volver ya en vapor? ¿Con la señora Anthony tal vez? —le interrogó con inquietud.

»—¡No, no! ¿Cómo podría? —el señor Smith se agitó bastante, mucho en su caso, lo cual no pudo ser gran cosa. Lo había preguntado sólo por tener algo de qué hablar. Ni se le había pasado por la cabeza la idea de volver. No siempre se puede hacer lo que se quiere; por eso había instantes en los que uno sentía vergüenza de vivir. Con eso no quería decir que no deseara seguir con vida, ¡ni mucho menos!

»Peroró un buen rato con descuidada lentitud, haciendo pausas muy frecuentes, y en voz tan baja que Powell hubo de aguzar al máximo el oído para captar las frases que casi parecía dejar caer por la borda. Por si fuese poco, dichas frases no parecían dignas de tal esfuerzo. Era como la cháchara sin ton ni son de un hombre que sigue una secreta línea de pensamiento, muy alejada de las vagas palabras que a menudo pronunciamos sólo por mantener el contacto con nuestros congéneres. Así pasó una hora. Era como si el señor Smith no consiguiera tomar la determinación de volver a su camarote. Volvió a explayarse sobre esas vidas de las que uno se avergüenza. Era necesario soportar la existencia de tales vidas mientras no hubiese modo de cambiarlas, mientras no hubiese una vía de escape. Aludió incluso otra vez a los paquebotes correo de la costa este de Africa, y el joven Powell hubo de comentarle de nuevo que nada sabía de ese servicio.

»—Eso es, cada quince días, creo que lo ha dicho usted antes —insistió el señor Smith. Se estiró, pareció separarse de la barandilla con verdadera dificultad. Su alto, esbelto cuerpo se enderezó hasta quedar rígido, como si fuese hostil a la suave y envolvente paz del aire, del cielo y del mar, y emitió un débil murmullo que al señor Powell le pareció que era la palabra “Abominable” tres veces repetida, pero que dejó paso a una declaración levemente más sonora: “Ha llegado el momento... de irse a la cama”, y terminó con un suspiro casi imperceptible.

»—Suelo dormir a pierna suelta —añadió el señor Smith con su tono de comedimiento—. Pero es que hasta el momento en que uno abre los ojos es espantoso en el mar. ¡Qué días éstos! ¡Qué días! Me pregunto cómo puede alguien...

»—A mí me agrada esta vida —observó el señor Powell.

»—¡A usted sí! Usted no tiene que ocuparse más que de sí mismo. Usted ha hecho su vida a su aire. En fin, es de agradecer que se muestre usted amigable con nosotros. Mi hija le ha tomado a usted gran aprecio, señor Powell.

»Murmuró “buenas noches” y desapareció con su andar sigiloso. Powell se preguntó con cierto desagrado qué sentido podrían tener tales pronunciamientos. Había terminado por adoptar espiritualmente una actitud dubitativa y preocupada,

inducido nada menos que por el grotesco Franklin. La suspicacia no era connatural a su persona. Y tuvo mucho cuidado de separar taxativamente en sus pensamientos a la señor Anthony de aquel hombre de enigmáticas palabras, de su padre. Se percató entonces que ya no lucían las lámparas en las troneras del camarote que ocupaba el señor Smith. El anciano caballero se había dado al parecer una prisa asombrosa para meterse en cama. Poco después se apagó la lámpara de la claraboya más a proa del salón, señal de que el auxiliar había recogido la bandeja y se había retirado a pernoctar.

»El joven Powell había encontrado acomodo en el asiento reglamentario del oficial de guardia a la sombra espesa de un mundo que decoraban las estrellas allá en lo alto, entreverado en tierra sólo por algunas hilachas de luz. La lámpara de la claraboya más a popa del salón se dejaba toda la noche encendida. Estaban además los faroles de los camarotes de la tripulación, que relumbraban en lontananza por la proa, fijando su atención ocular cuando se volvía en tal dirección; las duelas de bronce que reforzaban el timón también despedían destellos, recortándose casi a oscuras la silueta del timonel como si fuese fosforescente y destacase así sobre el fondo negro y rayado del horizonte.

»El joven Powell, en medio del silencio del navío, reforzado por la callada quietud del mundo entero en derredor, se dijo que había algo misterioso en seres tan absurdos como Franklin e incluso en seres como él mismo. Fue un pensamiento extraño y casi hasta impropio en el oficial de guardia de un navío en alta mar, sin importar cuán calma fuese la noche. ¿A cuento de qué se martirizaba de aquel modo? ¿Por qué no conseguía quitarse de la cabeza a todas aquellas personas? Era como si el contra maestre le hubiese contagiado su propia devoción enfermiza. Él no habría creído posible llegar a semejante grado de estupidez. Pero estaba siendo claramente un perfecto estúpido. Y llevando más lejos este análisis de sí mismo, dio en reflexionar que los muelles que accionaban su conducta eran igualmente oscuros.

»De un momento a otro, pensó, puedo sorprenderme haciendo cosas de las que no tenga ni la menor idea. Y cuando pasaba cerca del palo de trinquete se fijó en una maroma enrollada que había quedado sobrecubierta por negligencia de los marineros que hubiesen debido recoger y ordenar. Llevado por un impulso nada misterioso, se agachó al pasar con la intención de recogerla y colgarla de su enganche. Con este movimiento se halló con la mirada a la altura de la claraboya de popa, la claraboya iluminada en la parte más privada del salón, consagrada exclusivamente a la vida conyugal del capitán Anthony. Se trababa de una parte, permítame recordárselo, separada del resto de aquel dominio inviolable por unos gruesos cortinones. Y hago mención de estos cortinones porque en este punto el propio señor Powell recordó la existencia de tan insólita disposición.

»Lo recordó con un ingenuo remordimiento, habida cuenta del tiempo transcurrido.

»—Comprenderá usted —dijo— que tan pronto me agaché a recoger la maroma,

que por cierto era el pujamen de la cangreja, me di cuenta de que a mi vista estaba la parte del salón cuya intimidad privada e inviolable tenían por objeto garantizar los cortinones. ¿Me entiende? —insistió.

»Le dije que lo entendía, con lo que procedió a llamar mi atención por las maravillosas concatenaciones de esos hechos menores, con una suerte de miedo reverencial que persistía en él, tras todos estos años, por la precisión con que obra el azar, el destino, la providencia, llámesele como se prefiera.

»—Y es que, observe usted, Marlow —dijo sin quitarme de encima unos ojos grandes como platos, que contrastaban graciosamente con el austero gris de sus sienes—, observe, mi querido amigo, que todo depende de quienes recogieron y ordenaron el alcázar de popa aquella tarde, de que hubiesen olvidado sobre cubierta aquella maroma, de la gavia que por la mañana se había soltado del modo más incomprensible y sorprendente, de que el extremo de la cadena hubiese ido a dar de plano contra el armazón y hubiese hecho añicos la vidriera coloreada de la claraboya. Llevaba por adorno el escudo de la ciudad, y no sé por qué, a menos que se debiese a que el Ferndale estaba registrado en Liverpool. Era un cristal especialmente grueso. De todos modos, la parte superior saltó hecha pedazos, y tan pronto nos hubimos ocupado de todo el estropicio, el señor Franklin ordenó al carpintero que parchease los trozos con unas láminas de cristal corriente. No tengo ni idea de dónde pudo sacarlas; creo que los que vinieron a colocar unas vitrinas nuevas para los libros en el camarote del capitán se dejaron a bordo algunas láminas que no habían utilizado. El carpintero se tuvo que pasar la tarde entera de rodillas, liado con la arcilla y el óxido de plomo. No es que fuese un trabajo de primera cuando lo dio por terminado, pero sí valdría para resguardar el interior de las inclemencias del tiempo y para dejar pasar la luz. Cristal transparente. No había parado mientes en ello, es natural. Nada más agacharme a recoger la maroma me encontré con la cara a menos de un palmo de ese cristal, y... el diablo me lleve, pero me descubrí. No hacía ni media hora que me estuve intentando convencer de que era imposible saber qué les pasaba a ciertas personas por la cabeza, qué escondían sus palabras, qué podrían llegar a hacer en un momento dado. Y he aquí que me encontré de manos a boca a punto de incurrir en la curiosidad de más reprobable especie que se pueda concebir, y es que después de agacharme allí me quedé, curioseando, espionando, mirando en cualquier caso lo que no era asunto mío mirar. Puede que al principio no fuese muy consciente de lo que estaba haciendo. Al que ojos tiene, ya se sabe, nada le impide ver las cosas, al menos si son cosas que le quedan delante de los ojos. Lo que vi primero fue el canto de la mesa, al que estaba sujeta la bandeja de marca, especial para uso en alta mar, en la que unas argollas a medida sujetaban un par de botellas, una jarra para agua y vasos, pero lo que vi a continuación fue al capitán allí abajo, solo, a juzgar por lo que alcanzaba a ver del salón, y la verdad es que alcanzaba a ver la totalidad de esa parte hasta el piano vertical, oscuro sobre los paneles de madera de limonero que recubrían el mamparo. Y así me quedé mirando. Sí. No creo que entonces me sintiese

avergonzado de mi comportamiento. Fue culpa de Franklin, que no hacía sino hablar del capitán, tomándose con él tantas libertades que en verdad era como si hubiese pasado a formar parte de nuestra propiedad, suya y mía, para entendernos. Es curioso, pero esa era la impresión que se tenía del capitán Anthony. Observarle así no pudo ser peor que oír a Franklin hablar de él por los codos. En fin, de nada sirve dar excusas por lo inexcusable. Observé, sí, pero me atrevería a decir que no hubo nada que pudiera tacharse de hostil en esta bajeza de mi conducta. Muy al contrario. Le diré qué estaba haciendo. Estaba sirviéndose de una de las botellas. Vi cada uno de sus movimientos, y me dije en falsete, como si mentalmente me burlase de Franklin: “¡Hola! ¡Pues por fin le ha dado por beber al capitán!”. Se sirvió algo de *brandy*, o lo que fuese, en un vaso largo, que luego colmó de agua, bebiéndose de golpe un cuarto más o menos, para dejar de nuevo el vaso en la argolla que lo sujetaba. Todos los indicios de un mal pronto a la hora de beber, estaba diciéndome, cada vez más pasmado por las ideas de Franklin. Empezó a parecerme un torpe de una burricie enorme, con todos sus celos y temores. Al ritmo que fuese, no habría bastado sólo un mes para hacer de alguien un borracho impenitente. El capitán estaba sentado en uno de los sillones giratorios y fijados al suelo alrededor de la mesa; lo tenía exactamente debajo de mí, y cuando hizo girar levemente el sillón me encontré mirándole de espaldas. Dio otro sorbo y echó mano de un libro que reposaba sobre la mesa. No me había fijado en él. Era todo ello el proceder de un bebedor desesperado, ¿o no? Abrió el libro y lo sostuvo delante de sí. Si ésa fuese su forma de beber habitualmente, no había de qué preocuparse. En eso no podía haber ningún peligro; en cuanto a cualquier otro, le aseguro que ningún ser humano habría parecido estar más a salvo de lo que estaba él allá abajo. Sentí entonces por Franklin el desprecio más hondo que se puede sentir, mientras veía al capitán Anthony allí sentado con un suave *brandy* con agua a su alcance, leyendo en el camarote de su barco en una noche tranquila, quizá la noche más tranquila, la mejor de una próspera travesía. Y si le reconcome el porqué no renuncié a mi fea actividad de espía, le diré cómo fue. El capitán Anthony era por entonces un gran lector; yo también tengo una gran afición por los libros. Hasta hoy mismo, soy incapaz de acercarme a un libro y quedarme sin saber de qué trata. El que tenía entre manos era un volumen más bien grueso, de letra apretada, en dos columnas por página, como si lo estuviese viendo en este instante. Lo que quise averiguar fue el título que encabezaba cada página. Tengo muy buena vista, pero él no lo sostenía como es debido, quiero decir, para que pudiese verlo yo desde allá arriba. Era un libro de historia, por lo que alcanzo a juzgar, pero en esto que cierra el libro de golpe y lo posa boca abajo sobre la mesa, y da un brinco como si le hubiese picado un mosquito, para marcharse a popa.

»”¡Qué cosa singular es la vergüenza! Llevaba yo un buen rato comportándome con bajeza inexcusable, pero no había sentido vergüenza ninguna hasta que el miedo a ser descubierto me llevó a desistir de una honrosa ocupación. Me escabullí hacia la parte anterior del alcázar y allí me quedé un rato; me ardían las mejillas y las orejas,

me tuve que congratular de que fuese noche cerrada, esperando en todo momento oír los pasos del capitán a mis espaldas. Y es que di por hecho que se disponía a subir a cubierta. En el acto se me ocurrió que lo mejor sería verlo cara a cara, así que caminé despacio hacia popa, dispuesto a verlo asomar por la escotilla antes de llegar a su altura. Pensé incluso en que había detectado mi presencia de alguna forma inexplicable. Pero habría sido imposible, a menos que tuviese ojos en el cogote. En ningún caso llegué a verle el rostro mientras estuvo abajo, con lo que era impensable. Me sentí de nuevo a salvo, aunque no por eso disminuyó mi sensación de mezquindad, explíquelo como pueda, porque tampoco me embargó el más mínimo pudor. No habiendo aparecido el capitán en cubierta, sentí el impulso de apurar mi mezquindad con esa impudicia de que le hablaba. Pensé en echar otra ojeada. La verdad, ni se me ocurrió de dónde podría proceder tan bestial influencia, dejando a un lado que las charlas del señor Franklin eran más que suficientes para desmoralizar a cualquiera, por sembrar una especie de curiosidad malsana que, en mi caso, se llevó por delante toda la contención que dicta la más elemental decencia.

»No me propuse correr el riesgo y dejarme sorprender agazapado en tan sospechosa postura por el propio capitán. Había que tener asimismo en cuenta al timonel. Así que lo que hice, y me asombra la bajeza de mi astucia, fue sentarme con toda naturalidad en el banco contiguo a la claraboya e, inclinándome un poco hacia delante, descubrí, como esperaba, que podía mirar por la parte superior de la cristalera. Lo peor que podía ocurrirme, caso de seguir demasiado tiempo en tal postura, era que el timonel creyese que me había quedado dormido en el sitio. En cuanto al resto, con aguzar bien el oído dispondría de prevención suficiente respecto del movimiento que pudiese haber por la escotilla.

»Sin embargo, de este modo cambió mi ángulo visual. El campo quedó muy reducido. El extremo de la mesa, la bandeja y el sillón giratorio quedaban exactamente a la vista. El capitán no había regresado aún. El piano ya no alcanzaba a verlo; por otra parte, disponía de una visión muy oblicua, en picado, de los cortinones que dividían en dos la estancia, aislando la mitad anterior casi a la altura de la propia claraboya, a cuatro dedos o así del extremo de la mesa. Eran de tejido grueso, muy pesado, y colgaban de una barra de latón con un dispositivo por el cual las anillas no iban de un lado a otro, movidas por el vaivén del barco. Y eso que en aquellos momentos estaba el barco encalmado, tanto, casi, como una maqueta dentro de una botella, y los cortinones, bien cerrados y solapados uno con otro; por ser quizá a propósito un punto más anchos de lo necesario, no tenían más oscilación que un muro de piedra.

Marlow se levantó a escoger otro cigarro puro. Iba adentrándose la noche en lo que bien podría llamar su hora más profunda, la más favorable a los nefastos propósitos del odio, la desesperación o la codicia de los hombres, a todo aquello que

pueda susurrarles al oído delictivos consejos, protestas en contra del ser natural de las cosas; era la hora de los silencios siniestros, de mal agüero, la hora de la helada y del estancamiento, esa hora en que el criminal mima sus turbios asuntos, en que la víctima de insomnio alcanza las máximas honduras del desánimo, la hora que precede a la primera señal del alba. Lo digo porque mientras cruzaba Marlow la habitación miré el reloj de la repisa. Él, en cambio, en ningún momento miró en tal dirección, aunque es posible que también él tuviese constancia del paso del tiempo. Tomó asiento pesadamente.

—Nuestro amigo Powell —reanudó el relato— insistió con ahínco en que entendiese yo sin asomo de duda la topografía del camarote en cuestión. A mí más me interesaba el ambiente moral, esa tensión de la falsedad de un acto desesperado, que tenía por completo la pureza de todo el ambiente marítimo al que el magnánimo Anthony se había llevado su conquista y... bueno, también su victoria sobre sí mismo, ya que se trataba de actuar a un tiempo como un depredador, un espíritu puro y como “el más generoso de los hombres”. Orden vasto en exceso, claro está, pues nada tenía de monstruo, siendo en cambio el más común de los mortales, puede que con un poco más de voluntad y de confianza en sí mismo que la mayoría, es posible, tanto en su tosquedad como en su delicadeza.

»Por lo que atañe a la delicadeza que pudiese haber en el comportamiento de Powell, prefiero no decir nada. Descubrió una especie de excitación depravada en la contemplación de un hombre desprevenido, y tratándose por cierto de un hombre tan atrayente y misterioso como el capitán Anthony quiso echarle otro vistazo. Supuso que el capitán debía de estar al caer, por hallarse el vaso sólo terciado, y también por la brusquedad con que había dejado el libro en la mesa. Sabe Dios qué repentino aguijonazo le hizo saltar de aquel modo. Tengo la convicción de que usaba la lectura como un opiáceo que le aliviase el dolor de su magnanimidad, la cual como todo crecimiento anormal, roía la sustancia de su salud con inmisericorde perseverancia. Quizá hubiese ido a su camarote sólo por gemir libremente, en absoluta y secreta intimidad. Fuera como fuese, tardó en regresar. Y el joven Powell habría sentido fatiga, y habría terminado por pensar al final en la decencia de las cosas, de no haberle resultado entonces manifiesto que no había sido el único en darse a la reproable ocupación de observar en secreto los movimientos del capitán Anthony.

»Powell me explicó que no sintió ningún ruido en el salón, y que probablemente no habría podido sentirlo. La primera señal que percibió, y hemos de recordar que era en esos momentos todo ojos, fue un inexplicable movimiento en los cortinones. Fue una ondulación ligerísima, casi inapreciable, a no ser por las agudas dotes de observación de un secreto vigía, puesto que no cabe negar que nuestros sentidos se aguzan en quien anda liado en alguna fechoría, en algo en lo que no ha de ser descubierto, mucho más que en el que se dedica a cumplir con una lícita ocupación.

»Algo empezó a barruntar, aun sin tener nada ni nadie bien definido en mente. Sospechó del propio cortinón, observándolo sin quitarle ojo de encima. Por ahí todo

pareció de lo más inocente. Entonces, cuando a punto estaba de atribuirlo a una mala pasada de su imaginación, notó un temblor prolongado donde se juntaban las dos mitades de la cortina. ¡Sí! Alguien más, y no sólo él, había estado observando al capitán Anthony. Confiesa con ingenuidad que esta certidumbre soliviantó su indignación. ¡Era realmente excesivo! En tal estado de intensa propensión al encono, se quedó de una pieza viendo cómo unos dedos enredaban el tejido oscuro. Los dedos asieran el borde del cortinón más distante y quedaron quietos, simples dedos con sus correspondientes nudillos, nada más. Le pareció una abominación. Estaba contemplándola con inenarrable repulsión cuando la mano entera se dejó entrever: una mano cuadrada, gruesa, vieja y salpicada de pecas, que avanzó hacia la luz de la lámpara, seguida de una blanca muñeca, un antebrazo enfundado en una manga de color gris hasta el codo, más allá del codo, temblorosamente extendida hacia la bandeja. Fue una aparición lúgubre y nauseabunda, fantasmagórica y absurda. Pero en vez de aferrar la botella, como esperaba Powell, esa mano trémula de pura ansiedad senil se desvió hacia el vaso, reposó un instante en el borde (o eso le pareció, viéndolo desde arriba) y retrocedió con brusquedad. Al mismo tiempo se desvanecieron los dedos de la otra mano, que habían permanecido asidos al borde del cortinón, y el joven Powell, como hipnotizado por los cortinones inmóviles, pudo entretener por un instante la idea de que todo había sido un sueño.

»Pero esa ilusión no pudo durar demasiado. Tras reprimir su primer impulso de saltar por la escotilla y ponerse a aporrear la puerta del camarote del capitán, Powell tomó la decisión de hacerse relevar por el piloto. Era el suyo un estado de distracción absoluta en lo que atañe a los sentimientos, pero lúcido de mente. Se quedó junto a la claraboya, sin perder de vista la bandeja.

»El capitán seguía sin aparecer en el salón.

»—De haberlo visto entrar —comentó Powell—, tuve bien claro qué hacer. Habría reventado la cristalera de un codazo. Sin pensármelo dos veces.

»Le pregunté por qué.

»—Habría sido el medio más rápido para que se alejara de la bandeja —explicó—. Tenía la boca tan reseca que no supe si podría dar un grito bien audible. Y tampoco habría sido cuestión de ponerse a gritar.

»El piloto, soñoliento y molesto, nada más llegar al alcázar se encontró al segundo oficial doblado sobre la claraboya, en una postura que podría haber denotado un intensísimo dolor. Y le encontró la voz tan alterada que el hombre, pese a la comprensible irritación que le había producido el tener que levantarse del catre, no hizo comentario alguno sobre la excusa de la repentina indisposición que pretextó el joven Powell.

»La celeridad con que salió el presunto enfermo del alcázar tuvo que haber escamado al piloto. En cambio, en el instante en que abrió la puerta que daba al salón desde el puente, Powell había logrado dominar su agitación. Entró con gran rapidez, pero sin hacer ruido, y se halló en la parte del salón que estaba a oscuras, siendo el

potente resplandor de la lámpara al otro lado de los cortinones visible tan sólo por encima del riel del que colgaban las argollas. La puerta del camarote del señor Smith daba a esa parte oscura. Pasó por delante, cerciorándose con una rauda mirada de reojo que estaba mal cerrada. “Pues sí”, me dijo. “El viejo debía de estar mirando por la rendija. De eso no me cabe duda. Pero no estaba mirando, atento y a la escucha, esperando verme a mí. Seguro que tuvo que sobresaltarse, y no poco, al ver y oír a alguien con quien no contaba. Seguramente no pudo adivinar el motivo de mi aparición, pero supongo que tuvo que sentirse muy contrariado”. ¡Contrariado, dijo! No: tuvo que sentir terror, pánico.

»El único objetivo claro que tenía Powell era retirar el vaso sospechoso. No tenía ningún otro plan, ni intención, ningún otro pensamiento. Sólo llevárselo de la forma que fuese. Agarrarlo y salir corriendo.

»Conocerá usted bien esa pujanza, esa plena dominación que llega a tener sobre uno una idea fija, que no es un dominio racional, sino emocional, o una especie de exaltación reconcentrada. Bajo su imperio, los hombres atraviesan a ciegas el fuego y las aguas y toda violencia que se les quiera oponer, y nada puede detenerlos, con la única salvedad, a veces, de un grano de arena. Para su ciego e irreflexivo propósito (en el fondo del cual es obvio que yacía el haber pensado en la señora Anthony), Powell tenía tiempo de sobra. Lo que lo retuvo en el momento decisivo fue el aire familiar e inofensivo de todo el entorno, las cosas corrientes, la luz apacible, el libro abierto sobre la mesa, la soledad, la paz, el efecto hogareño que surtió en él aquel lugar. Sostuvo el vaso en la mano; lo único que le restaba por hacer era desaparecer tras los cortinones, huir con el vaso, sin hacer ruido, a la noche que reinaba en cubierta, arrojarlo sin que nadie lo viese por la borda. Un minuto, menos. Y entonces cuanto hubiese podido ocurrir habría sido el pasmo por la imposible desaparición de un vaso de cristal, un ridículo asunto de despensa, cuya resolución habría escapado al ingenio de todos los que estaban a bordo. El grano de arena contra el que tropezó Powell en su veloz e instintiva carrera no fue más que un instante de incredulidad respecto de la verdad que pudiese encerrar su propia convicción, por no haber logrado detectar con sus propios ojos el aire de seguridad inviolable que tenían las cosas familiares. Tuvo que dudar un momento de lo que había visto. ¡Tenía que haberlo soñado todo! “Estoy soñando”, se dijo. Y es muy probable que por espacio de breves segundos se sintiera como un hombre en trance, o profundamente dormido pese a estar de pie y con un vaso de *brandy* con agua en la mano.

»Lo que lo despertó, al tiempo que lo dejó clavado en donde estaba, fue una voz de trueno que le interrogó de sopetón sobre qué era lo que estaba haciendo allí. Al menos, como el trueno resonó en sus oídos. Anthony, abriendo la puerta de su camarote, había proferido una lógica exclamación. ¿Qué otra cosa podría haberse esperado? La exclamación tuvo que haber sido bastante fuerte, si se tiene en cuenta la naturaleza de la visión con que se encontró. Allí, delante de él, se hallaba su segundo oficial, un joven aparentemente decente, bien educado, que, estando de guardia, había

abandonado su puesto en cubierta y se había colocado en el salón, sin otro propósito aparente que el muy ruin, amén de inexplicable, de beberse el *brandy* con agua que le había quedado sobre la mesa de su capitán. Allí estaba, delante de él, sorprendido con el vaso en la mano.

»Ahora bien, la propia monstruosidad de las apariencias silenció a Anthony tras la primera exclamación; el propio Powell se sintió atravesado de parte a parte por la sombría mirada de su capitán. Anthony avanzó en silencio. El primer impulso de Powell, viéndose descubierto, había sido tirar el vaso de cualquier manera. Le había invadido una suerte de pánico. Pero en lo más profundo de su ser su ingenio se había puesto en marcha, y la idea de que si lo hiciera no podría demostrar nada, por no decir que lo que debía de contar a continuación era increíble, lo llevaron a refrenarse. El capitán avanzó lentamente hacia él. Con sus ojos muy cerca de los suyos, Powell, como hipnotizado, con todo el cuerpo de pronto paralizado, logró alzar un dedo y señalar a cubierta antes de musitar a modo de explicación: “El piloto está de guardia en el alcázar”.

»El capitán movió levísimamente la cabeza, como si de ese modo hubiese querido dar a entender su conformidad... y eso fue todo. Powell se había quedado sin voz, sin fuerza. El aire habíase hecho irrespirable, denso, pegajoso, detestable, como una gelatina caliente que entorpeciese todos sus movimientos. Logró elevar un poco el vaso, con inmensa dificultad, y articular con sus labios trabados la palabra:

»—Envenenado.

»Anthony lo miró un instante, nada más que un instante, y al punto clavó de nuevo la mirada en el rostro del segundo de a bordo. Powell pudo añadir con ardor: “Creo”, y depositó el vaso en la bandeja. El capitán siguió con la mirada ese movimiento, y regresó con seriedad al rostro de Powell. El joven volvió a señalar a cubierta con el dedo y su aherrojada garganta logró extraer varias palabras seguidas a modo de explicación: “Por la claraboya. El cristal transparente”.

»A esto, el capitán alzó desmesuradamente las cejas, mientras el joven Powell, avergonzado pero desesperado aún, asintió varias veces con insistencia. Quiso decir: sí, sí. Lo había hecho él. Le había estado espionando... La mirada del capitán se tornó pensativa. Y una vez hecha la confesión, a Powell se le pasó la sensación de aherrojamiento que tenía en la garganta, dando paso a una angustia generalizada, que desde su pecho pareció extenderse a todas las extremidades y órganos de su cuerpo. Le temblaban un poco las piernas, su visión era borrosa, notó en la mente una vacuidad de pura expectación. Pero sí estaba alerta. Con esa mínima presencia de ánimo, al detectar un movimiento de Anthony pudo gritarle en un susurro ahogado:

»—¡No, capitán! ¡No lo toque!

»El capitán apartó de su camino el brazo que había extendido Powell; tomó el vaso en una mano y lo alzó a contraluz. El líquido, de un color ambarino muy pálido, estaba límpido, y con una mirada más el capitán pareció llamar la atención de Powell, recriminándole ese detalle. Powell intentó pronunciar la palabra “disuelto”, pero sólo

llegó a pensar en ella con gran energía, pese a lo cual no llegó a articularla. Sólo cuando Anthony hubo depositado de nuevo el vaso, volviéndose a él, recobró tan por completo el dominio de su voz que supo emitir un apresurado, impetuoso susurro, que a él mismo estremeció.

»—¡Está envenenado! ¡Lo juro! Lo acabo de ver. ¡Envenenado! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

»Al capitán no se le movió un solo rasgo facial. Era la suya una calma capaz de dejar a cualquiera sin respiración. Eso le sucedió al menos al joven Powell. Entonces, por primera vez, Anthony se hizo escuchar al respecto.

»—¡Que lo ha visto usted! Y ¿quién ha sido?

»Y Powell por fin pudo respirar libremente.

»—Una mano —susurró temeroso—. Una mano y un brazo. Así...

»Extendió su propia mano lenta, furtivamente, con un temblor que reprodujo fielmente, las yemas de dos dedos y el pulgar apretadas unas con otras, revoloteando sobre el vaso un instante... y la retiró con brusquedad, una vez cometida la nefasta acción.

»—Así —repitió, más agitado que antes—. Detrás de esto —agarró el cortinón y, mirando fijamente al silencioso Anthony, lo apartó de un golpe, desvelando la parte anterior del salón. Allí no había nadie.

»Tampoco había contado Powell con ver a nadie. “Ahora bien”, me dijo, “supe de sobra que alguien nos estaba escuchando, que había un ojo pegado a la rendija de la puerta, mirando hacia nosotros. Espantoso pensamiento, sí. Dicha puerta se hallaba en la parte del salón que estaba en sombra, gracias a la otra mitad del cortinón. La señalé; supongo que el viejo tuvo que ver mi gesto desde dentro. El capitán demostró tener un maravilloso dominio de sí. Nada podría haberse adivinado, sólo con mirarle a la cara. Bueno, si acaso se mostraba algo más pensativo que de costumbre. Ciertamente, todo aquello daba mucho que pensar. Yo, en cambio, no lograba poner en orden mis pensamientos. El cerebro me daba una sacudida y se me quedaba después en blanco. Había perdido toda noción del tiempo; podría haberme quedado días, meses incluso mirando como un idiota al capitán hasta que le oí un fiero susurro.

»”¡Ni una palabra! —con esta sacudida disipó el trance en que me hallaba—. ¡No! ¡A nadie! ¡Usted mismo no ha visto nada!

»”Quise explicarle mi conducta, mis intenciones, pero leí en sus ojos que me había comprendido punto por punto; sólo pude alegrarme de poder marcharme al fin. Nos miramos el uno al otro, en suspenso por esta cuestión: y ahora ¿qué?

»”El capitán Anthony me había parecido un hombre de hierro hasta que de pronto le vi menear la cabeza con furia, a izquierda y a derecha, igual que un animal salvaje acorralado, sin saber por dónde escapar...”.

»Verdaderamente —comentó Marlow— ese término, acorralado, no había sido mala comparación: mucho mejor, incluso, de lo que pudo creer el señor Powell. En ese momento, la aparición de Flora sólo hizo aumentar la tensión hasta un punto insostenible. Había salido del camarote con toda inocencia, aunque no sin un vago terror. La exclamación que profirió Anthony en el momento en que se encontró con Powell se había oído en su camarote, donde parece ser que estaba peinándose antes de acostarse. Había oído las palabras con toda claridad: “¿qué está haciendo usted aquí?”. Y el involuntario volumen que había dado a su voz, al quebrar la sólita quietud de la hora, por fuerza habría tenido que sobresaltar a cualquiera, incluso teniendo menos motivos para estar constantemente con el ánimo aprensivo que la cautiva de la generosidad del capitán Anthony. No tenía ella medio ninguno de adivinar quién había hecho la pregunta cuyo eco quedó flotando en su corazón, como siempre le ocurría con la voz de Anthony. Se hizo un silencio absoluto. Ella aguardó, ansiosa y expectante, hasta que ya no pudo soportar la tensión; con la fatiga mental que lleva a quienes padecen tal abrumación a preguntar “¡Dios Santo! Y ahora ¿qué ocurre?”, abrió la puerta de su camarote y se asomó al salón. Su primera mirada fue para Powell. Por un instante, al ver sólo al segundo oficial en compañía de Anthony, se sintió aliviada e hizo ademán de retirarse; sin embargo, su agudizada percepción detectó algo sospechoso en la actitud de ambos, de manera que avanzó lentamente.

»“Fui el primero en ver a la señora Anthony”, relató Powell “por estar de cara a popa. El capitán, al fijarse en mis ojos, miró por encima del hombro, muy rápidamente, y me hizo una señal llevándose el dedo índice a los labios, para precaverme. ¡Como si fuese yo a soltar alguna inconveniencia en presencia de su señora! La señora Anthony vestía una bata de algún tejido gris, con vivos rojos, y un grueso cordón rojo también a la cintura. Llevaba el pelo suelto. Parecía una niña, una niña pálida y demudada, con sus grandes ojos azules, los labios rojos y entreabiertos, dejando ver un destello de sus blancos dientes. La luz se proyectó con cruda intensidad sobre ella en el momento en que se aproximó al borde de la mesa. Curiosa niña, empero; muy extraña, pues uno difícilmente se sentía ante ella afectado del mismo modo que le afecta una niña, lo recuerdo bien. ¿Sabe usted...” exclamó el señor Powell, quien claramente tenía que ser, como tantos otros marinos, un industrioso lector, “... sabe usted en qué me hizo pensar, con sus grandes ojos y ese algo irresistible en toda su expresión? En un elfo abandonado. El capitán Anthony habíase adelantado hacia ella, en un intento por mantenerla alejada del extremo de la mesa en que me encontraba yo, en donde estaba la bandeja. Nunca los había visto tan cerca a los dos, y era un marcado contraste. Fue cuando menos maravilloso, pues, con la barba puntiaguda y bien recortada, con su tez curtida, morena, su nariz fina y su magro rostro, había algo africano, o morisco, en el capitán Anthony. Llevaba el cuello descubierto; mientras estuve ausente del salón, se había quitado la chaqueta y el

cuello duro, poniéndose el pijama. Es como si aún lo estuviera viendo. Y a la señora Anthony también. Ella nos miró alternativamente (supongo que yo debía parecer culpable o asustado), como si procurase averiguar qué había entre nosotros dos. Entonces estalló con un ‘¿Qué ha ocurrido?’ que pareció dirigirme a mí. ‘Nada, nada, señora’, murmuré, tan bajo que es probable que no llegase a oírlo.

»”No debe usted pensar que todo esto duró un buen rato. Ella se había asustado por nuestra conducta, con lo que se volvió con aire de súplica hacia el capitán. ‘¿Qué es lo que se me está ocultando?’, le dijo. Una pregunta bien directa, ¿eh? No sé qué respuesta podría haberle dado el capitán. Antes incluso que pudiese alzar la mirada hacia ella, ésta exclamó ‘¡Ah! ¡Ahí está papá!’ con evidente alivio, aunque inmediatamente después me miró como si estuviese conteniendo la respiración, por la aprensión que sentía. Sentí tal grado de interés por ella, no sé cómo decirlo, que en un principio su exclamación no despertó en mí ningún eco. Me fijé también en que se había acercado un poco más al capitán Anthony, poniéndose a su lado, antes de que se me ocurriese darme la vuelta. Le aseguro que mi estupor al ver al viejo me dejó el cuello rígido en dicha postura. ¡Qué atrevimiento el suyo! Supongo que pensaba usted en que debería haberlo observado como se observa a un loco. Pero no, no pude. Habría sido, desde luego, mucho más fácil. Pero no pude. Tendría que haberlo visto usted, palabra. En primer lugar, estaba aún completamente vestido, con la gorra puesta, tal y como me había dejado en cubierta dos horas antes, cuando dijo en voz baja ‘Ha llegado el momento de irse a dormir’, mientras en realidad se proponía bajar a hacer lo que había hecho, para esconderse después en la oscuridad de su camarote, a ver cómo obraba su poción. Un escalofrío me recorrió la espalda. Llevaba las manos en los bolsillos de su chaqueta, apretados los brazos contra su torso delgado, erguido; atravesó el camarote con su paso corto, arrastrando los pies. Tenía sus ancianas, suaves mejillas, coloradas como si alguien acabase de abofeteárselas. Agachó un poco la cabeza y miró con una especie de cauta, comedida expectación al capitán y a la señora Anthony, que seguían de pie, juntos, al otro extremo del salón. ¡Qué calculadora y espantosa impudicia! Allí estaba su hija; además, estoy seguro de que había visto al capitán llevarse el dedo a los labios para precaverme. Pues no contento con ello, había tenido las agallas de salir con semejante frialdad. Sobrepasó con creces todo lo que pudiese imaginar, se lo aseguro. Después de aquel escalofrío, su presencia acabó con todas mis facultades, con mi capacidad de sorpresa, de espanto, de indignación. No sentí nada en particular, tal como si fuese el mismo anciano caballero que se había tomado la familiaridad de hablar conmigo en cubierta y a diario. ¿Puede usted creerlo?”

»El señor Powell pareció poner en duda, al hacerme partícipe del fenómeno que experimentó, mi propia credulidad, junto con toda mi capacidad de atención a los hechos, no me habrían asombrado tampoco todas estas declaraciones acerca de su persona. Teniendo en consideración su juventud, difícilmente habrían sido increíbles; en cualquier caso, eran quizá la parte menos increíble del conjunto. Eran también lo

menos interesante, claro está. El interés estaba en otra parte, si bien lo único que él pudo hacer fue observar la superficie de las cosas. El fondo, la interioridad de lo que estaba desarrollándose ante sus propios ojos, estaba oculto, invisible para él, pese a que siguió atento, mucho más impenetrable en suma, que para mí, a tantos años de distancia y oyendo sus palabras. Lo que realmente había ocurrido en esta nueva crisis que vino a jalonar el destino de Flora de Barral estaba más allá de todo comentario que él pudiese hacer, aun cuando resultase en cierto modo natural. Y su propia presencia en escena procedía de tan extraña motivación que no pude menos que maravillarme ante aquel joven, llegado de manera totalmente azarosa a participar aquella noche en la escena.

»Todas las situaciones creadas, ya sea por estupidez o por sabiduría, tienen su propio momento psicológico. La conducta del joven Powell, con su mezcla de impulsos juveniles y prudencia instintiva, no es que la hubiese creado, no podría aventurar tal opinión, pero sí la había descubierto a las personas implicadas en ella. ¿Qué habría podido ocurrir si hubiese desvelado ruidosamente su descubrimiento? En cambio, no lo hizo. Se le había llenado la cabeza de ideas acerca de la señora Anthony, y se comportó con una discreción infinitamente mayor que la propia de su edad. Hay niños bien educados que a veces así lo hacen; ciertamente, no lo hacen de modo reflexivo. Tienen su propia inspiración. La inspiración del joven Powell estribó en su “entusiasmo” por la señora Anthony. Ese “entusiasmo” me parece espléndido. Y así estuvo entre todos ellos como un niño, sensible, impresionable, maleable... pero incapaz de hallar un comentario sobre sus propias emociones.

»Desconozco el valor que puedan tener los míos; creo, en cambio, que exactamente en esos momentos la tensión de la falsedad alcanzó su punto máximo. De todas las formas que pone la vida ante nosotros, la más exigente, imperativa, incluso, es la plena realización de una pareja. El emparejamiento es el destino de la humanidad. Y si dos seres que se han visto unidos, atraídos mutuamente, se resisten a esa necesidad ineluctable, no logran comprenderla cabalmente y voluntariamente se abstienen de... abrazarse, lo digo en el sentido más noble del término, pecan así contra la vida misma, cuyo llamamiento no puede ser más sencillo. Sagrado, tal vez. Y el castigo, por ello, es la invasión de la complejidad, una torturadora y por fuerza tortuosa involución de los sentimientos, la más honda forma del sufrimiento, de la que ciertamente puede al final deducirse alguna cosa, que será el crimen o la heroicidad, la locura o la sabiduría, o incluso una determinación firme, aunque desesperada.

»Al apartar la vista del viejo, Powell se fijó en el capitán Anthony, tostado y curtido cual africano, al lado de Flora, más blanca que los lirios; le vio sacar un pañuelo y secarse de la frente el sudor de la angustia, como un hombre vencido. “Y no me extraña”, comentó el señor Powell llegado este punto. Dijo el capitán:

»—¿No sería preferible que regresaras a tu camarote? —se lo dijo a la señora Anthony, e intentó incluso dedicarle una sonrisa—. ¿A qué tienes ese aire de

inquietud? Esta noche es igual que cualquier otra noche.

»“Lo cual”, volvió a comentarme Powell con gran seriedad, “era mentira... No es de extrañar, pues, que sudase”. Puede usted ver qué valor tenían los comentarios de Powell.

»—¿Por qué quieres que me vaya? —contestó la señora Anthony.

»—¿Por qué? Porque es hora de dormir. Porque necesitas descansar —el capitán Anthony frunció el ceño—. Usted quédese aquí, señor Powell —le espetó secamente—. Voy a necesitarlo inmediatamente.

»Lo cierto es que Powell no se había movido. Flora no se había inquietado por su presencia. Él mismo tenía la sensación de que era como si no contase para aquellas tres personas. Estaba mirando a la señora Anthony sin vergüenza ninguna, como mira al rey el gato del refrán. La señora Anthony, posados los ojos sobre él, no movió ni un dedo, como si la retuviese una inexplicable premonición. En tanto objeto de la desmedida magnanimidad de Anthony, había llegado ya al límite de su resistencia; era presa de un instintivo terror, sin saber a qué podría deberse tan misterioso influjo. Se sintió de nuevo empujada hacia aquella soledad, aquel aislamiento moral que había hecho de su vida algo intolerable. Y así, en aquella íntima comunión que volvió a establecerse entre ella y Anthony, sintió, como aquella noche en el jardín, la fuerza de su fascinación personal. La pasiva inmovilidad con que lo miraba le dio el aire de una persona que fuese víctima de un embrujo, o que fuese inducida hipnóticamente al sueño, sin tener mayor constancia del entorno en que se hallaba.

»Tras indicar al señor Powell que no se retirase, el capitán permaneció en silencio. De pronto, la señora Anthony se echó hacia atrás el cabello suelto, haciendo un decidido gesto con ambas manos, y se acercó un poco más a él.

»—Mi padre está aún despierto —dijo, pero no miró hacia el señor Smith—. ¿Por qué? ¿Y tú? No puedo seguir así, Roderick, entre nosotros dos. Por favor te pido...

»Anthony la interrumpió como si algo le hubiese soltado la lengua.

»—Pues sí, en efecto. Ahí está tu padre. Y... En fin, ¿por qué no? Quizá sea incluso preferible que hayas salido de tu camarote. ¿Entre nosotros dos, dices? No pienso fingir que no te entiendo. Ciego no estoy. Pero ya no puedo seguir luchando por algo que ni siquiera tengo a mi lado. No sé qué podrás imaginar que ha ocurrido. Desde luego, ha ocurrido algo. Sólo que no tienes que preocuparte, no tienes nada que temer. Ninguna sombra podrá tocarte... porque renuncio. No puedo decir que hayamos hablado mucho, tu padre y yo, pero a la postre no hay más que una conclusión, y es que debo aprender a vivir sin ti... Aunque te haya dicho que eso me resultaría imposible. Lo que te dije es la pura verdad. Sí, he luchado, he esperado, he puesto toda mi confianza. Y sí, te irás.

»En este punto, el señor Powell, quien (me confesó) escuchaba con temor y estupefacción, oyó de pronto a sus espaldas una sofocada risa de triunfo. Aún le estremecía, dijo, volver a mencionarlo; en esos instantes, salvo un nuevo escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral, no bastó para impedir que siguiese absorto

en la escena que se desarrollaba ante sus propios ojos, ante sus oídos, ya que entonces el capitán Anthony elevó la voz en tono de hosquedad. Tal vez también él hubiese oído el sarcasmo del viejo.

»—Tu padre ha encontrado una argucia que me lleva a vacilar y a renunciar, aunque no me convenza. ¡No! A ese argumento no puedo contestar. No..., no quiero contestar. Me rindo, simplemente. Se saldrá con la suya en lo que a ti concierne... y en lo que me concierne a mí. Sólo —añadió bajando la voz, con tristeza, lo cual a Powell le pareció un efecto de pedal pisado, de sordina—, sólo que le costará un tiempo. No te he mentado nunca. Nunca. Renuncio no sólo a mi ocasión y a mi suerte; renuncio a mi vida. Dentro de unos días, tan pronto toquemos puerto, y en el momento mismo en que arribemos, yo, que he declarado que nunca te podría dejar marchar, yo te dejaré marchar.

»A ojos de nuestro inocente testigo, Anthony pareció en ese momento un hombre físicamente exhausto, al borde del colapso. En mi opinión, la absoluta falsedad de sus aspiraciones, si así puede decirse, sus vanos intentos por apropiarse de un aire vacío, la imposibilidad de abrazar la vida, cayó sobre él con fuerza abrumadora, dejándolo inerte ante la enloquecida y siniestra sinceridad del otro hombre. Tal como había dicho, no podía seguir luchando por algo que no poseía; no podía arrostrar tal perversidad en nombre de su magnanimidad. Sólo lo normal puede vencer a lo anormal. Ni siquiera pudo lanzar una invectiva contra el viejo.

»—Reconozco mi derrota —dijo en un tono más firme—. Eres libre. Te dejo ir, ya que no me queda más remedio.

»Powell, el testigo, afirma que al oír estas incomprensibles palabras la señora Anthony adoptó una rigidez estatuaria, viva imagen de la estupefacción, con una mirada de pavor y los labios congelados. Acto seguido le salió del corazón un grito no muy audible, pero sí de acentos tales que no sólo dejó sin respiración al capitán Anthony (que no la estaba mirando), sino también al más distante (e igualmente desprevenido) joven:

»—Esa libertad de marchar... ¡eso es algo que no quiero! —sollozó.

»Hallábase tan quieta que hubo que dudar de que el grito hubiese surgido de ella. A espaldas de Powell cesaron los pasos impacientes; el sombrío e intermitente sarcasmo dejó de oírse. El joven Powell miró atrás y vio que el señor Smith elevaba sus ojos desvaídos, muy fija la mirada, arrugados los párpados, como quien ve venir algo desde muy lejos. Y la voz de la señora Anthony llegó a oídos de Powell, suplicante e indignada:

»—No me puedes echar de ese modo, Roderick. No pienso irme de tu lado; no te quiero abandonar.

»Powell se dio la vuelta de nuevo y entendió que el viejo había entornado de ese modo los ojos al ver a su hija abrazada al cuello del capitán Anthony, espectáculo no por sí malsano, aunque tuvo por efecto conmover al joven Powell con una emoción honda y avergonzada. Fue algo muy distinto de la emoción que tuvo al contemplar

aquella revelación por la claraboya, aunque también en este caso experimentase la incomodidad, si no la culpa o el remordimiento, de ser un testigo involuntario e invisible. Se iba acumulando la experiencia sobre sus jóvenes hombros. A la señora Anthony le caía el cabello por la espalda formando una masa oscura, como el cabello de una ahogada. Parecía a punto de abandonarse y de caer al suelo, sobre todo si el capitán retirase el brazo con que la sostenía. Sin embargo, obviamente no era ésa la intención del capitán. Firme, inmóvil, miraba al señor Smith con los ojos sombríos. Durante un rato, los sollozos bajos y convulsos de la hija del señor Smith fueron el único sonido que turbó el silencio. La fuerza con que Anthony apretaba a Flora contra su pecho era indudable incluso a cierta distancia; de pronto, consciente de la ocasión que se le ofrecía, comenzó en parte a sostenerla y en parte a llevarla hacia su camarote. Solícito, inclinaba la cabeza sobre ella; se rehizo entonces, y con una mirada llena de insólito fuego, con un timbre de voz desconocido para el señor Powell, le indicó lo siguiente: “No suba usted aún a cubierta. Quiero que se quede aquí hasta que vuelva. Deseo darle algunas instrucciones”.

»Y antes de que el joven pudiese contestar, Anthony hubo desaparecido en el camarote de popa, con su preciada carga, exultante.

»“Instrucciones”, comentó el señor Powell. “Muy bonito. Muy correcto, aunque pensé que eran seguramente instrucciones que posiblemente ningún oficial de navío hubiese recibido jamás. Me sentí levemente enfermo sólo de pensar de qué podría tratarse. En cualquier caso, todo cuanto ocurra a bordo de un barco en alta mar ha de ser resuelto de uno u otro modo. No hay nadie en especial a quien acudir buscando ayuda. Así que allí me quedé, con el viejo a mi cargo. Cuando se percató de que lo estaba mirando, comenzó de nuevo a arrastrar los pies de un extremo a otro del salón. Mantuvo los puños cerrados, metidos en los bolsillos, tan envarado como siempre, sólo que con la cabeza gacha. Y al cabo de un rato va y me interroga con su voz más afable: ‘¿Lo ha visto usted?’”.

»No había en el ánimo de Powell palabra adecuada al horror de sus sentimientos. Eso dijo; algo tenía que contestar. “¡Por Dios! ¿En qué estaba usted pensando, señor Smith, al intentar...?”, y optó lógicamente por callarse. No osó pronunciar esa palabra espantosa, veneno. El señor Smith dejó de pasearse de un lado a otro.

»—¡Pensar! ¿Qué sabrá usted lo que es pensar? Yo no pienso en nada. Hay en mi cerebro algo que piensa por mí. En los hombres, el pensamiento es como la embriaguez que produce un licor, o... Es algo que no se puede detener. Un hombre que piensa es muy capaz de pensar en cualquier cosa, lo de menos es qué piense. No, no... Pero ¿lo ha visto usted? Dígame.

»—¡Le estoy diciendo que sí! ¡Y no me cabe duda! —dijo Powell con vehemencia—. Le he observado a usted en todo momento; le he visto manipular la bebida que contiene ese vaso.

»Entonces, de algún modo Powell se quedó en blanco. El señor Smith lo miró con curiosidad, con desconfianza.

»—Estimado joven —le dijo—, no tengo ni idea de qué me está hablando. Le pregunto si lo ha visto usted. ¿Quién iba a decirlo? ¿Ha visto usted cómo lo abrazaba? ¿Será posible? Ja, ja, ja. Le preguntaba si lo había visto, verá usted, por comprobar que no ha sido una alucinación. ¿Se ha dado cuenta cómo lo abrazaba? En fin, no es que haya depositado en ella mi entera confianza...

»“En ese momento me eché sobre él”, dijo el señor Powell. “Le dije que podría considerarse un hombre muy afortunado por haber topado con un hombre como el capitán Anthony, único en un millón. Volvió a pasearse de un lado a otro. ‘También usted, ¿eh? Vaya’, dijo lastimeramente, con la mirada baja. ‘Así que se trata de un hombre maravilloso... Pero vamos a ver, ¿tiene usted al menos una remota idea de quién soy yo? ¡Escúcheme bien! Yo he sido el gran señor De Barral. Eso dijeron los periódicos mientras iban urdiendo una conspiración. Y ahora, después de haber cumplido mi sentencia en la cárcel, se me rebaja a la altura del barro...’, su voz no era ni un susurro. ‘A la altura del barro...’.

»”Sacó las manos de los bolsillos, se encasquetó mejor la gorra y volvió a metérselas como si se dispusiera a salir y afrontar un vendaval.

»”—Pero no tanto como para aguantar esta desgracia sin rechistar, para verla entre las garras de ese individuo y quedarme mano sobre mano. Eso sí que no. Ella no ha querido hacerme ni caso, por pavor o por soberbia. Algún medio tenía que ocurrírseme para sacarla de este desaguisado. ¿Ha pensado usted que ella se interesa por él y que de veras le importa? ¡Pues nada de eso! ¿Quién habría podido creer tal estupidez? Nadie. Ella sólo ha fingido que lo hacía por mí. No ha entendido que si no fuese un anciano habría saltado al cuello de ese individuo hace muchísimo tiempo. Me entraba esa tentación cada vez que la veía a ella. Mi niña... Habría valido cualquier hombre, cualquiera, salvo éste. Y este perverso mequetrefe no ha hecho más que mentirme. ¡Ha sido un complot de los dos! Fíjese: los dos han conspirado juntos a mis espaldas... Y estas conspiraciones son el infierno mismo. Ella me ha conducido al ronzal hasta poner mi cabeza bajo la bota de ese carcelero, de esa sabandija que tiene por esposo... ¡Traición! Qué forma la suya de ponerme a la altura del barro, de rebajarme más incluso de lo que ella se ha rebajado...”.

»Hizo un alto en su inquieto deambular de un lado a otro y, de nuevo, se encasquetó furiosamente la gorra, calándosela hasta las orejas. Powell se había perdido mientras oía esta retahíla de disparates, al observar el rostro febril del anciano; de pronto, raudo como el rayo, el señor Smith giró sobre sus talones, aferró el vaso del capitán y, con una presurosa y sofocada exclamación “Va por mí”, se echó al colete todo el licor que contenía.

»“Ahora sé bien qué significa la palabra ‘consternación’”, prosiguió el señor Powell. “Tal fue exactamente mi estado de ánimo. Me dije de inmediato que no había nada en la bebida, que todo había sido un mal sueño, que había cometido un espantoso error...”.

»El señor Smith dejó el vaso sobre la mesa. Quedó en pie ante Powell, ileso,

tranquilizado, en actitud de escucha, inclinada levemente la cabeza a un lado, mordisqueándose sus finos labios. De repente parpadeó de forma extraña, agarró a Powell del hombro y se desmoronó, cayendo al suelo de golpe, como si se le hubiese reblandecido todo el cuerpo en el acto, tal y como cae un trozo de seda. Powell lo sostuvo del brazo e instintivamente intentó evitar la caída, pero tan pronto quedó el señor Smith en el suelo, se soltó de una sacudida y retrocedió. Casi con idéntica rapidez se abalanzó sobre él e intentó poner en pie el cuerpo. Nada más tomarlo por los hombros supo que el viejo estaba muerto. ¡Muerto!

»Lo depositó con suavidad. Se puso en pie ante él, sin sentir miedo, ni tampoco otra sensación, casi indiferente, como si estuviese muy lejos. Tras ello, de nuevo retrocedió bruscamente, y de no haber tenido siempre en consideración a la señora Anthony, habría proferido un grito de auxilio. Tropezó al avanzar hacia la puerta de su camarote y, en efecto, su llamada, “Capitán Anthony”, le salió en tono excesivamente alto, si bien lo hizo con gran esfuerzo por dominarse. “Estoy esperando sus órdenes, señor”, dijo con claridad y firmeza al otro lado de la puerta.

»Dentro estaba todo en calma; reinaba un silencio de muerte. Oyó entonces ruido de pasos y la voz del capitán: “De acuerdo. Salgo ahora mismo”.

»Se apoyó contra el mamparo tal como a veces se ve a los borrachos a duras penas apoyados contra una tapia, medio doblado sobre sí mismo. En tal actitud lo encontró el capitán al salir y cerrar rápidamente la puerta a sus espaldas. Anthony recorrió visualmente la estancia. Powell, sin decir palabra, lo sujetó por el antebrazo, lo llevó al otro extremo de la mesa y comenzó a justificarse.

»—No se lo pude impedir —susurró trémulamente—. Fue todo muy rápido: se lo bebí de un sorbo y se desplomó.

»Pero el capitán no lo escuchaba. Estaba mirando al señor Smith, pensando que tal vez por pura casualidad no era su propio cuerpo el que yacía en el suelo. Ninguno de los dos deseaba decir nada. Se hicieron señas el uno al otro con los ojos. El capitán agarró a Powell del hombro, con fuerza, y miró al camarote de la señora Anthony; eso fue más que suficiente. Supo que el joven le había entendido. ¡Silencio! Absoluto silencio: ni una palabra sobre tal desenlace. Sus propias miradas se tornaron huidizas. Powell miró del cadáver a la puerta del camarote en que se alojaba el difunto. El capitán asintió, soltándole; Powell avanzó unos pasos, abrió del todo la puerta y la afianzó en el gancho, regresando al tiempo que miraba, temeroso, la puerta de la señora Anthony. Se inclinaron los dos sobre el cadáver. El capitán Anthony lo elevó por los hombros.

»Powell se estremeció.

»“Nunca olvidaré aquel inacabable desplazamiento por el salón, paso a paso, conteniendo los dos la respiración. Durante parte del trayecto, el cortinón todavía corrido nos ocultó de la vista, caso de que la señora Anthony hubiese abierto la puerta; lo cierto es que no respiré a mis anchas hasta que dejamos el cuerpo sobre el catre. El reflejo de la luz del salón dejaba en sombras la mayor parte del camarote. El

cuerpo rígido del señor Smith, extendido, también parecía sombrío, y vivo aún. Ya sabe usted que iba siempre rígido y envarado como un atizador. Permanecimos junto al catre como si esperásemos que nos hiciera una señal para hacernos saber que deseaba quedarse a solas. El capitán me puso el brazo sobre el hombro.

»—Mañana lo encontrará el auxiliar —me dijo al oído.

»“No contesté. Decirlo así era asunto suyo. Quizá fuese lo mejor. De nada sirve hablar ahora de mis pensamientos. Fueron pensamientos sin ninguna relación conmigo mismo, ni con aquel viejo que me aterraba más aún que mientras estuvo con vida. De quien sí me compadecí fue del capitán. ‘Confío en usted, señor Powell’, me susurró. ‘Ahora, mejor será que suba a cubierta. En cuanto a mí...’, le vi elevar las manos a la altura de la cabeza, como si estuviera distraído. Pero sus últimas palabras, antes de que saliésemos del camarote, me resuenan aún en los oídos con el tono exacto de sus murmullos, dichos para sí mismo, que no para mí:

»—¡No! ¡No! No voy a tropezar ahora contra el cadáver...”.

»Esto es lo que nuestro buen Powell tuvo que contarme —dijo Marlow cambiando de tono—. Me alegró saber que Flora de Barral se había salvado de que esa siniestra sombra no se hubiera proyectado finalmente sobre su camino.

»Permanecimos entonces en silencio; repasé mentalmente cómo había terminado sus días De Barral, sopesé la insufrible presión que ejercen los pesares imaginarios, cuyo volumen en constante expansión aplasta al final la conciencia, los escrúpulos, la prudencia, y pensé incluso en la sombría y venenosa ironía que había obsesionado al viejo.

»—Y bien... —dije.

»—Lo encontró el auxiliar —Powell se puso en pie—. Entró en el camarote a las cinco, con una taza de té que lógicamente se le cayó al suelo. Estaba yo de guardia otra vez. Desde el puente, lo vi llegar hacia mí tropezando, pálido como la muerte. Me lo había estado esperando; con todo, apenas pude hablar. “Vaya a decírselo al capitán con discreción”, le dije como pude. Él salió de estampida musitando: “¡Dios mío! ¡Dios mío!”. Y que me cuelguen si no estuvo a punto de tener un ataque de histeria mientras intentaba decírselo al capitán. En el salón, se puso a chillar. “¡Completamente vestido! ¡Muerto! ¡Y completamente vestido!”. La señora Anthony salió corriendo, cómo no, pero no llegó a ponerse histérica. Franklin, quien también estuvo allí, me contó después que ella tan sólo escondió el rostro en el pecho del capitán, que salió después y allí los dejó a todos. Pasaron varios días hasta que la señora Anthony volvió a dejarse ver en cubierta. La primera vez que hablé con ella, me tomó afectuosamente la mano y me dijo: “Mi padre le había tomado un gran aprecio, Powell”, hizo ademán de secarse los ojos y yo huí a la otra borda. A todos nos gustaría olvidar, creo yo, que todo esto llegó a tocarle tan cerca.

»Sin embargo, era evidente que él, desde luego, no podía olvidarlo, ya que tras

proceder a encender su pipa dio en ponerse a meditar en voz alta. “Tuvo que haber sido una droga de terrible potencia. Me pregunto de dónde la habría obtenido. Difícilmente pudo vendérsela un farmacéutico ordinario. Bien, lo de menos es dónde; lo cierto es que se la había procurado. Tuvo que haber sido sólo una pizca, nada más”.

»Yo tengo mi propia teoría —observó Marlow—, que hasta cierto punto descarta ese horror adicional que entraña todo crimen premeditado. El azar había vuelto a intervenir en el desarrollo de los acontecimientos. No fue el señor Smith quien se procuró el veneno. Fue el Gran De Barral; estaba en cambio destinado al famoso genio de las finanzas, cuyas empresas nada tuvieron que ver con la magnanimidad. Había contado con su propio médico en su época de esplendor. Creo incluso recordar que fue llamado a testificar en el juicio, para aclarar alguna minucia. Es bien fácil suponer que De Barral fue en su busca cuando se dio cuenta, cuando ya era imposible seguir sin darse cuenta de que existía la creciente posibilidad de que “triunfasen sus envidiosos rivales”, es decir, cuando sospechó que la suya iba a ser una sentencia muy severa.

»Dudo mucho que por amor, y más me extrañaría que por dinero, pero sí creo muy posible que por compasión le procurase dicho sujeto lo que Powell había llamado “droga de terrible potencia”. Por lo que alcanzó a presenciar Powell del acto en sí, estoy tan convencido de que debía tratarse de una cápsula, y de que ya la llevaba encima el último día del juicio, quizá asegurada por un hilván en el bolsillo del chaleco. Y no hizo uso de ella. ¿Por qué? ¿Pensó acaso en su hija en el último momento? ¿Fue por falta de arrestos? Es imposible saberlo. Pero lo cierto es que la encontró entre sus ropas cuando salió de la cárcel. Había pasado inadvertida al registro, caso de que se procediese a un registro. El azar le había dado un arma. Y el azar, el azar por sí solo, encarnado en la existencia del señor Powell, le había llevado a empuñar aquel arma abominable contra su persona.

»Explicué mi teoría al señor Powell, quien la suscribió de inmediato, por ser en cierto modo favorable al padre de la señora Anthony. E hizo un gesto concluyente con la mano: “Mejor ni pensarlo”.

»Estuve de acuerdo, y muy pronto prosiguió él, con voz de soñador.

»—Acompañé al capitán y a la señora Anthony en sus navegaciones por el mundo entero durante casi seis años. Casi tanto tiempo como Franklin.

»—¡Por cierto! ¿Y qué fue de Franklin? —pregunté.

»Powell esbozó una sonrisa.

»—Dejó el Femdale más o menos un año después, y yo ocupé su lugar. El capitán Anthony le dio una recomendación para que obtuviese el mando de un navío. No pensará usted que el capitán Anthony iba a dejar así a un hombre, como si fuese un guante viejo. Claro que la señora Anthony nunca le tuvo demasiado aprecio. No creo que llegase a emitir ni un murmullo en contra de él, pero el capitán sabía leer sus pensamientos.

»De nuevo, Powell pareció perderse en el pasado. Seguí preguntándole; de repente, se me había pasado por la cabeza la imagen de los Fyne.

»—¿Tuvieron hijos?

»Powell dio un respingo.

»—¡No! ¡No! Nunca tuvieron hijos —y calló de nuevo, inhalando con fuerza su corta pipa de brezo.

»—¿Dónde se encuentran ahora? —pregunté a continuación, como si estuviese ansioso por corroborar que toda la aprensión de los Fyne siempre estuvo fuera de lugar, que fue tan vana como suelen serlo tantas veces nuestros temores, que no existe pariente indeseable para sus queridísimas hijas, que su immaculado hogar no corre peligro de ser objeto de ninguna intrusión. Powell me miró de hito en hito; su pipa humeaba en el cuenco de su mano.

»—¿No lo sabe usted? —dijo con voz profunda.

»—¿Que si no sé el qué?

»—Que el Femdale se echó a perder hace ya más de cuatro años. Se fue a pique tras una colisión. Que el capitán Anthony pereció con su navío.

»—¡No lo dirá en serio! —exclamé bastante afectado, pues había conocido personalmente al capitán Anthony—. Y... ¿pereció también la señora Anthony?

»—Podría haberme preguntado de igual modo si no perecí yo también en el accidente —repuso Powell con un tono de acrimonia que me sorprendió—. Aquí me tiene, delante de usted. ¿No es cierto?

»Se había puesto muy gallito, pero al percatarse de mi mirada de extrañeza se alisó por así decir las plumas erizadas. Y en tono meditabundo reanudó su narración.

»—Pues sí. Créame, los hombres más valerosos, los mejores, dejan este mundo como si ya no hubiese un sitio sensato, una misión que cumplir. Es como si hubiese cosas que, como dicen los turcos, así estuviesen escritas. Si no, es como si el destino hiciese una tentativa y no diese en el blanco. Recordará usted por qué poco no chocamos de lleno, creo habérselo contado, aquella primera noche en que zarpé con ellos. Esta otra vez fue, en cambio, al alba. Reinaba una calma total, y una niebla tan espesa que podría haberse cortado a cuchillo. Y sólo que no había explosivos a bordo. Yo estaba en el puente; recuerdo aquella maldita mancha de muerte que surgió súbitamente por nuestro flanco, recuerdo las voces que dio el capitán Anthony, pues estábamos los dos en el puente. “¡Dios Santo! ¿Qué es eso? Diga rápido a todos los hombres que se salven como puedan. Hoy no llevamos dinamita en la bodega. ¡Rápido, Powell! ¡Yo voy por mi esposa!”. Yo aullé tan fuerte como pude, igual que todos los que estaban de guardia. Y se produjo el impacto.

»El recuerdo de aquel instante dejó sin aliento al señor Powell.

»—Era un paquebote belga, de la Estrella Verde. El *Westland* —prosiguió—, al mando de uno de esos botarates que no se detienen nunca ante nada. Flaherty se llamaba; así haya muerto sin recibir la absolución. Aquella masa enorme partió por la mitad a nuestro viejo Ferndale, tras el impacto se hizo un silencio de muerte. Acto

seguido oí que el capitán había vuelto al puente y que daba órdenes a voz en cuello. “Ordene máquinas avante muy despacio”. Le contestó un grito afirmativo desde el castillo de proa; de inmediato, un montón de gente armó una baraúnda infernal en medio de la niebla. Debo decir que nos arrojaron cabos por docenas. El capitán y yo afianzamos uno de ellos por debajo de los brazos de la señora Anthony. Recuerdo que lucía en su rostro una vaga sonrisa.

»—Recojan con cuidado —grité a los del puente del paquebote—. Va del cabo una mujer.

»“El capitán la vio subir a bordo sana y salva. Entonces recorrimos la cubierta los dos a la carrera, para comprobar que nadie iba a quedarse atrás. Al volver, el capitán me detuvo: ‘Ahí se nos va por fin, Powell, nuestro viejo y querido navío. Ha muerto en el mar.’

»—Y desde luego que ha muerto —dije—. Pero podría haber sido mucho peor. Agárrese bien a este cabo, señor, por lo que más quiera. Yo se lo sujeto: adelante.

»—¿De qué me habla usted? —dice de pronto, colérico—. No es mi turno aún. Le toca subir a usted.

»“Éstas fueron las últimas palabras que llegó a pronunciar en este mundo, supongo. Me di cuenta de que se proponía ser el último en abandonar el barco, de modo que trepé por la soga tan de prisa como pude; aquel condenado hatajo de lunáticos me asieron al llegar, me zarandearon, me arrastraron a popa, en medio de la baraúnda más estúpida y de la excitación más desmedida e impropia que haya visto en toda mi vida. Alguien dio una voz desde el puente de mando. ‘¿Los tenéis todos a bordo?’ Y una docena de asnos empecatados empezó a chillar al unísono: ‘¡Salvados todos! ¡Salvados todos!’ Y el maldito botarate del irlandés, mientras yo me desgañitaba gritando ‘¡Que no! ¡Que no!’ a voz en cuello, hasta que pensé que me iba a reventar la cabeza, agarra por las buenas y ordena marcha atrás a toda máquina. Marcha atrás a toda máquina, nada menos. ¡Y yo desgastándome por hacerme oír! Lógicamente...

»Vi lágrimas, una andanada de lágrimas que rodaron por las mejillas de Powell. Se le quebró la voz.

»—El Ferndale se hundió igual que una piedra, y el capitán Anthony se hundió con él: la mejor alma de hombre, la más noble, que nunca haya dejado el cuerpo de un marino. Me debatí rabioso como un poseso, como un endemoniado, con un montón de idiotas apiñados a mi alrededor, preguntándome si no era yo el capitán...

»“‘¡Yo no era digno siquiera de atarle los zapatos al hombre que acabáis de ahogar!’ les chillé... ¡Bien! ¡Muy bien! Pude darme cuenta por mí mismo de que no tenía ningún sentido arriar un bote salvavidas. El Ferndale no se veía por ninguna parte. De nada habría servido. Y piense usted, Marlow, en que en ese momento era yo quien debía ir a comunicárselo a la señora Anthony. La habían hecho bajar a alguna parte, al salón de primera clase, qué sé yo. ¡Tuve que ir a comunicarle la noticia! Y el tal Flaherty, Dios lo haya perdonado, se me acerca blanco como el papel y me indica:

‘Creo que es usted la persona más apropiada.’ Dios lo haya perdonado. Quise estar muerto, una y mil veces muerto. Un corrillo de amables damas, del pasaje, chachareaban excitadamente alrededor de la señora Anthony. Una auténtica jaula de loros. El médico del paquebote bajó delante de mí. Algo susurró a derecha e izquierda y se hizo un súbito silencio. Sí, de veras: quise estar muerto. La señora Anthony, en cambio... ¡Qué mujer!

»En este punto el señor Powell rompió a llorar.

»Era imposible no amar al capitán Anthony. Le dejo a usted imaginar cómo tuvo que ser para ella. Con eso y con todo, al cabo de una semana fue ella la que me ayudó a remontar el duro golpe.

»—¿Está la señora Anthony ahora en Inglaterra? —pregunté pasado un rato.

»Se secó los ojos sin falsas vergüenzas.

»—Oh, sí —hizo ademán de ponerse a buscar los fósforos, y mientras alcanzaba la caja que se había caído bajo la mesa añadió—: Y no muy lejos de aquí, por cierto. Esa aldea de ahí arriba, ya sabe usted...

»—¡No es posible! ¿De veras? ¡Ah, entiendo!

»El señor Powell continuó fumando con austeridad, con gran desapego. Pero no pude permitirle concluir de semejante modo, por supuesto, qué taimado, qué bandido... Así que ése era el secreto que explicaba su pasión por navegar de punta a cabo por la desembocadura del río, la razón del cariño que tenía por aquella anconada...

»—Entonces debo suponer —dije— que siente usted el mismo “entusiasmo” de siempre, ¿eh? Yo, en su caso, si me lo permite, expresaría mi entusiasmo a la propia señora Anthony. ¿Por qué no?

»Empuñó la pipa, que había estado en un tris de caérsele, con absoluta corrección. Ahora bien, si eso que los franceses llaman *effarement* ha llegado alguna vez a expresarse sobre el semblante de un ser humano, tuvo que ser sin duda en esta ocasión, como testimonio de su modestia, su sensibilidad y su inocencia. Pareció asustarse de que alguien más hubiese podido oír mi audaz, casi sacrílega sugerencia, como si no existiese más de milla y media de marismas y diques desolados entre nosotros y el terreno más próximo habitado por los hombres. Y entonces quizá hubiese recordado algo que le diese sosiego, pues consintió que un brillo lejano le iluminase los ojos, como si fuese reflejo de algún fuego interior al que atendiese y alimentase en el santuario de su corazón una devoción pura como la de una vestal.

»Alumbró y se extinguió. Sonrió con timidez, avergonzado, suspiró...

»—Bah. Estupideces. Reflexione usted un instante... —dijo más triste que molesto—. Se me olvidaba que no tuvo usted la ocasión de conocer al capitán Anthony —añadió con indulgencia.

»Le recordé que en cambio conocía a la señora Anthony, que la conocía antes incluso de que él, que era ya un viejo amigo mío, hubiese tenido noticia de su existencia. Y cuando me refirió que la señora Anthony estaba al corriente de nuestros

encuentros, le pregunté si en su opinión estaría dispuesta a recibirme. Powell no me adelantó entonces ninguna opinión, pero la siguiente vez que recalamos en la anconada me comunicó lo siguiente: “Se alegrará mucho de que vaya a visitarla. Por cierto, mejor sería que fuese hoy mismo”.

»Era bien avanzada la tarde cuando pude acercarme a la casa. El ameno encanto de un día espléndido, ya en su declinar, me rodeó y tuvo en mí una benéfica, calmante influencia; aprecié el silencio del sendero en sombra, el aire puro, el cielo azul. Qué difícil es retener la memoria de los conflictos, las miserias, las tentaciones y los crímenes que jalonan la inquieta, atribulada existencia de los hombres, cuando uno se halla a solas con la seductora serenidad de la naturaleza inconsciente. Al respirar aquella paz ajena a los sueños en torno a la pintoresca casa de campo a la que iba acercándome, me pareció como si reinase en todos los rincones del mundo, sobre el planeta entero, sobre la tierra y las aguas, y en el corazón de todos los habitantes de este planeta.

»Flora salió a recibirme a la cancela del jardín, sin ser aquella dolorosa voluta de neblina blanca, perversa y tentadora, que iba a la deriva por el complicado mal sueño de la existencia. Y tampoco me pareció un elfo abandonado. Tartamudeé como un estúpido:

»—De nuevo en el campo, señorita... Señora...

»Se portó muy bien conmigo, me devolvió la presión con que le había estrechado la mano, pero estuvimos los dos ligeramente azorados. Luego reímos un poco. Y nos tornamos graves de nuevo.

»No soy un amante de los amaneceres. Bien sabe usted cuán tenue y equívoca es la luz del alba. Pero Flora se me mostró en cambio en su verdadera personalidad, igual que una tarde espléndida y apacible... y tampoco tan avanzada, a decir verdad. Era una mujer de treinta y muy pocos años de edad, con un deslumbrante color de piel, pálidamente sonrosada, con un muy espeso cabello, una frente suave, el mentón fino y solamente aquellos ojos de la Flora de antaño, que no habían cambiado lo que se dice nada.

»En la sala a que me condujo nos encontramos con una señorita de la que no recuerdo su nombre ni apellido, una persona de cierta edad, anodina y apenas visible, vestida de negro. Una dama de compañía. Todo ello muy apropiado. Salió y entró e incluso tomó de vez en cuando asiento en la sala, aunque un tanto apartada, con algo de labor en las manos. A la hora en que trajo una lámpara encendida, ya había oído todos los detalles que de veras importan en esta historia. Entre mí y quien había sido en otro tiempo Flora de Barral difícilmente podría quedar la conversación en hablar del tiempo.

»La lámpara tenía una pantalla rosácea; su resplandor tiñó sus mejillas de un perpetuo sonrojo, con lo que me pareció maravillosamente joven, sentada ante mí en una butaca de alto respaldo.

»—Dígame, ¿qué es lo que decía en aquella famosa carta que tanto enfureció a la

señora Fyne, obligando al pequeño a entrometerse de modo tan indignante?

»—Fue una carta simplemente cruda, impúdica quizá —me dijo muy en serio—. Me sentí como una persona que ha roto todas sus ataduras, y la escribí con esa temeridad. Supe que ella no lo aprobaría, que rechazaría nuestro matrimonio, y le escribí de forma pueril. Fue el merecido eco de sus estúpidas charlas. Le dije que no amaba a su hermano, pero que no sentía rebozo ni escrúpulo alguno en casarme con él.

»Hizo una pausa, titubeó; prosiguió con una risa tímida, disimulada.

»—De veras pensé que me estaba vendiendo, señor Marlow. Y me enorgullecí de que así fuera. No podía decirle cuánto sufrí después, ya que sólo pude descubrir el amor que sentía por mi pobre Roderick mediante agónicos episodios de rabia y de humillación. Llegué incluso a sospechar que él me despreciaba, pero nunca pude ponerlo a prueba, debido a mi padre. No me habría faltado orgullo para ello, no. Pero en todo momento hube de proteger los sentimientos de mi pobre padre. Roderick era perfecto, de todo punto perfecto, pero yo me sentía como si estuviese sobre el potro de tortura, sin siquiera poder gritar ni gemir de dolor. Los prejuicios de mi padre en contra de Roderick fueron la mayor de mis penas. Me daba miedo, me sacaba de quicio. ¡Qué desdichada pude llegar a ser, señor Marlow! La noche en que tan repentinamente murió mi padre estoy segura de que tuvieron alguna grave disputa por mi culpa. ¡Sólo que yo ya no quería seguir resistiéndome al dictado de mi corazón! ¡No podía!

»Se calló de pronto, y siguió con más ímpetu que antes.

»—La verdad siempre sale a la luz, señor Marlow.

»—Desde luego —repuse.

»—La felicidad y la pena —prosiguió en tono más pensativo— al principio se entremezclaron como la luz y las tinieblas. Viví durante muchos meses en una penumbra de los sentimientos. Al menos, estaba en calma y era acogedora...

»Hizo una nueva pausa; siguió después, remontándose en sus pensamientos.

»—No, no hubo nada malo en aquella carta. Fue simplemente una estupidez por mi parte. ¿Qué sabía yo de la vida entonces? Nada. Pero la señora Fyne debiera haberse dado cuenta. Poco después ella misma escribió una carta a su hermano. Años más tarde, Roderick me permitió echarle un vistazo. Y en ella encontré esta frase; “Durante años y años intenté hacer buenas migas con esa muchacha; quise que fuese mi amiga, e hice cuanto estuvo en mi mano. Por eso te advierto una vez más que tiene alma de aventurera despiadada...”. ¡Aventurera, fíjese! —repitió Flora muy despacio—. Pues así sea. He gozado de una muy hermosa aventura.

»—Luego sí le ha parecido hermosa —dije, interesado.

»—¡La más hermosa del mundo! Dese cuenta: amé y fui amada, en paz, sin tormentos, sin remordimientos, sin miedo. El mundo entero, la vida entera se transmutaron a mis ojos. ¡Y cuántas cosas he visto! ¡Qué buena ha sido la gente conmigo! A Roderick lo adoraban en todas partes. Pues sí, he conocido la bondad y la

seguridad. Hasta las cosas más triviales me parecían bañadas por una luz insospechada, revestidas de un encanto especial. ¡El mismo mar...! Usted es un marino. Usted se ha pasado la vida en el mar. Ahora bien, ¿sabe usted qué hermoso puede llegar a ser, qué poderoso, qué encantador, qué amigo, qué insobornable?

»La escuché perplejo, conmovido. Calló sólo un instante.

»—Fue demasiado bueno: no podía durar mucho. Pero ahora ya nada podrá robármelo... No, no vaya a pensar que me quejo. Ahora ni siquiera noto un asomo de tristeza. Sí, he sido feliz. Pero tampoco he olvidado los tiempos en que fui infeliz hasta más allá de la resignación, hasta más allá de la desesperanza. Sí, usted lo recuerda también. Y después. Hubo una época a bordo del Ferndale en que los únicos momentos de alivio que me fueron dados se debieron al señor Powell, cuando conseguía que hablase un rato conmigo, en el puente. A usted le cae bien, ¿no es cierto?

»—Es un hombre excelente —dije con ardor—. ¿Lo ve usted a menudo?

»—Naturalmente. Apenas conozco a nadie más en este mundo. Estoy sola. Y él dispone de muchísimo tiempo. Su señora tía falleció hace ya unos años. Creo que no se dedica a nada...

»—Le gusta el mar —apunté—. Adora el mar.

»—Pues se diría que ha renunciado a él —murmuró.

»—Me pregunto por qué será —le insinué.

»Permaneció en silencio.

»—Quizá sea —proseguí— porque hay algo que ama más aún. Vamos, señora Anthony, no permitirá usted que me vaya después de haberla visitado con la idea de que es usted un ser egoísta, aferrado al recuerdo de su felicidad pasada, igual que atesora un millonario sus caudales, olvidándose de los pobres que llaman a su puerta...

»Me levanté; me dispuse a despedirme, pues ya empezaba a hacerse tarde. Ella se puso en pie no sin cierta agitación, y salió conmigo a respirar la fragante oscuridad del jardín. Retuvo mi mano un instante en la suya, y con la inconfundible voz de la Flora de antaño, exactamente con la misma entonación, dejando entrever aquella antigua desconfianza, la vieja duda de sí misma, la antiquísima cicatriz del duro golpe sufrido en su niñez, patética y con gracia, murmuró:

»—¿Cree usted posible que yo de veras le importe?

»—Eso debería preguntárselo usted misma. Y usted es una mujer valiente.

»—¡Oh, valentía no me falta para eso! —suspiró.

»—En ese caso, hágalo. Y es que si no lo hiciera, causaría un daño muy cruel a ese hombre tan paciente.

»Me marché, en fin, dejándola enmudecida. Al día siguiente, viendo que Powell iniciaba los preparativos para bajar a tierra firme, le pedí que presentara mis respetos a la señora Anthony. Me prometió que no dejaría de hacerlo.

»—Escuche, Powell —le dije—. ¿No nos hemos conocido usted y yo por azar?

»—Pues sí, más bien —reconoció a la vez que se calaba el sombrero.

»—Y la ciencia de la vida consiste en aprovechar cuantas ocasiones se nos presenten por azar —proseguí—. ¿No está de acuerdo?

»—Palabra de Dios —declaró con inocencia.

»—Bien, pues en ese caso no lo olvide.

»—¡Oh, dudo mucho que ahora se presente nada por el estilo! —dijo al desembarcar.

»No hizo acto de presencia con la marea alta. Icé la vela y nada más dejar a popa la orilla, en la penumbra, dando la vuelta al negro granero, aparecieron dos siluetas que permanecieron en silencio, indiscernibles.

»—¿Es usted, Powell? —saludé.

»—Y la señora Anthony —me llegó su voz causándome una especial impresión, por encima de las marismas—. Esta noche no me hago a la mar. Tengo que acompañar a la señora Anthony a casa.

»—En tal caso, incluso yo debo zarpar solo —grité.

»La voz de Flora me deseo *bon voyage* en tono sumamente afable, aunque trémulo.

»—Bien pronto tendrá noticias mías —gritó Powell de pronto, en el momento en que mi embarcación franqueaba la bocana de la anconada.

»Esto ocurrió ayer mismo —añadió Marlow recostándose perezosamente en su sillón—. Aún no he tenido noticias, pero cuento con tenerlas de un momento a otro... ¿De qué diantre se sonríe usted con tanto sarcasmo? No me da ningún miedo acompañar a un buen amigo al altar si es preciso... ¡Que me aspen! Pese a toda la fe que tengo en el azar, no soy por cierto un pagano...



Józef Teodor Konrad Korzeniowski, Joseph Conrad para el mundo de las letras, nació en Berdyczew (Ucrania) en 1857, bajo el imperio zarista. Sus padres, de la pequeña nobleza rural polaca, murieron cuando era niño, en el exilio impuesto por sus actividades antirrusas, y él quedó bajo la tutela de su tío Tadeusz Bobrowski. En 1874 cedió éste al «quijotesco» anhelo de su sobrino de hacerse a la mar y le envió a Marsella, donde el joven sirvió en la marina mercante francesa (a veces embarcando mercancías clandestinas para los círculos legitimistas) antes de unirse a un buque británico en 1878 como aprendiz. En 1886 obtuvo la nacionalidad británica y la licencia de patrón de la marina mercante de ese país. Ocho años después, abandonó la vida del mar por la vida de las letras: su primera novela, *La locura de Almayer*, se publicó en 1895, y un año después se casaba y establecía en Kent, donde en quince años escribió —en inglés, su tercera lengua— relatos y novelas que pronto se convertirían en clásicos, como *Lord Jim* (1900), *Juventud* (1902), *El corazón de las tinieblas* (1902), *El agente secreto* (1907), *Entre tierra y mar* (1912), *Victoria* (1915), *La línea de sombra* (1917) y *La flecha de oro* (1919). En 1912 apareció su peculiar volumen de memorias, *Crónica personal*. Conrad murió en Bishopsbourne (Kent) en 1924.

Notas

[1] Según la teología de la época, seis mil años era la duración de la historia de la humanidad, iniciada con la Creación en el año 4004 a. de C. (*N. del T.*). <<

[2] En la moneda de curso legal anglo-india un *lakh* equivalía a cien mil monedas del tipo que fuesen; por ejemplo, un *lakh* de rupias. (N. del T). <<

[3] Se trata de *Degeneración*, de Max Nordau, publicado en inglés en 1895, en el cual se defendía la tesis de que «los degenerados no siempre son los criminales, las prostitutas, los anarquistas y los lunáticos más notorios; a menudo son los artistas y los escritores». (N. del T.). <<

[4] Es decir, un honrado caballero. (*N. del T.*) <<

[5] Las regulaciones en evitación de colisiones marítimas muestran que Powell está en lo cierto por dos razones distintas: a) el navío que lleva el velamen desplegado debe dejar vía libre al que navega con las velas recogidas, caso del *Ferndale*, b) el navío que lleva el viento de popa debe alejarse del rumbo que traza el otro. (*N. del T.*). <<

[6] Las luces de navegación, roja la de babor y verde la de estribor. (*N. del T.*). <<

[7] Curiosamente, en español en el original, aunque sin tilde. (*N. del T.*). <<

[8] En la *Jerusalén libertada* (1580) de Torcuato Tasso, la hechicera Armida, sobrina de Satán, atrae con engaños al inocente Rinaldo y lo embruja, consiguiendo que se enamore de ella, sólo que ella también se enamora. Rinaldo recobra después la razón y abandona a Armida en la desesperanza. Impide después que la hechicera se suicide y la convence de que en el Cielo obtendrá el perdón de sus pecados. (N. del T.). <<